UÓS

ÓS

LES

(c) 2008 Ministe

BIBLIOTECA CENTRAL MILITAR
SERVICIO HISTORICO MILITAR
ESTADO MAYOR DEL EJERCITO
EX LIBRIS

Inscripcion 3380
Clasificacion A-5-3
Colocacion Sala I
Estante 20
Tabla 2ª
Numero 15

III
44 - 2
5

(c) 2008 Ministerio de Cultura

BD2-24.833

EPISODIOS NACIONALES

TOMO IX

EL TERROR DE 1824

UN VOLUNTARIO REALISTA

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Los editores se reservan todos los derechos de propiedad de esta obra ilustrada.

Madrid 1885.—Imp y lit. de *La Guirnalda*, Pozas, 12

(c) 2008 Ministerio de Cultura

EPISODIOS
NACIONALES

POR B. PÉREZ GALDÓS

TOMO IX

Ilustrado por los SRES. GÓMEZ SOLER Y PELLICER

MUSEO PEDAGÓGICO NACIONAL

MADRID

Administración de LA GUIRNALDA y EPISODIOS NACIONALES
CALLE DEL BARCO, 2 DUPLICADO

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

I

En la tarde del 2 de Octubre de 1823 un anciano bajaba con paso tan precipitado como inseguro por las afueras de la puerta de Toledo en dirección al puente del mismo nombre. Llovía menudamente, pero sin cesar, según la usanza del hermoso cielo de Madrid cuando se enturbia, y la ronda podía competir en lodos con su vecino Manzanares, el cual hinchándose como la madera cuando se moja, extendía su saliva fangosa por gran parte del cáuce que le permiten los inviernos. El anciano transeunte marchaba con pié resuelto, sin que le causara estorbo la lluvia,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

con el pantalón recogido hasta la pantorrilla y chapoteando sin embarazo en el lodo con las desfiguradas botas. Iba estrechamente forrado, como tizona en vaina, en añoso gabán oscuro, cuyo borde y solapa se sujetaban con alfileres allí donde no había botones, y con los agarrotados dedos en la parte del pecho, como la más necesitada de defensa contra la humedad y el frío. Hundía la barba y media cara en el alzacuello, tieso como una pared, cubriéndose con él las orejas y el ala posterior del sombrero, que destilaba agua como cabeza de tritón en fuente de Reales Sitios. No llevaba paraguas ni bastón. Mirando sin cesar al suelo, daba unos suspiros que competían con las ráfagas del aire revuelto. ¡Infelicísimo varón! ¡Cuán claramente pregonaban su desdichada suerte el roto vestido, las horadadas botas, el casquete húmedo, la aterida cabeza y aquel contínuo suspirar casi al compás de los pasos! Parecía un desesperado que iba derecho á descargar sobre el río el fardo de una vida harto pesada para llevarla más tiempo. Y sin embargo, pasó por el puente sin mirar al agua y no se detuvo hasta el parador situado en la divisoria de los caminos de Toledo y Andalucía.

Bajo el cobertizo destinado á los alcabaleros y gente del fizgo, había hasta dos docenas de gente de tropa, entre ellos algunos oficiales de línea y voluntarios realistas de nuevo cuño en tales días. Los paradores cercanos albergaban una fuerza considerable, cuya misión era guardar aquella principalísima entrada de la Corte, ignorante aún de los sucesos que en el último confin de la Península habían cambiado el Gobierno de constitucional dudoso en absoluto verídico y puro, poniendo fin entre bombas certeras y falaces manifiestos á los *tres llamados años*. En aquel cuerpo de guardia se examinaban los pasaportes, vigilando con exquisito esmero las entradas y las salidas, mayormente estas últimas, á fin de que no escurriesen el bulto los sospechosos ni se pusieran en cobro los revolucionarios, cuya última cuenta se iba á ajustar en el tremendo Josafat del despotismo.

El vejete se acercó al grupo de oficiales y reconociendo prontamente al que sin duda buscaba, que era joven, adusto y morenote, bastante adelantado en su marcial carrera como proclamaban las insignias, díjole con mucho respeto:

—Aquí estoy otra vez, señor coronel Garrote. ¿Tiene vuecencia alguna buena noticia para mí?

—Ni buena ni mala, señor... ¿cómo se llama usted?—repuso el militar.

—Patricio Sarmiento, para servir á vuecencia y la compañía; Patricio

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Sarmiento, el mismo que viste y calza, si esto se puede decir de mi traje y de mis botas. Patricio Sarmiento, el...

—Pase usted adentro—díjole bruscamente el militar, tomándole por un brazo y llevándole bajo el cobertizo.—Está usted como una sopa.

Un rumor, del cual podía dudarse si era de burla ó de lástima, y quizás provenía de las dos cosas juntamente, acogió la entrada del infeliz preceptor en la compañía de los militares.

—Sí, Sr. Garrote—añadió Sarmiento;—soy, como decía, el hombre más desgraciado de todo el globo terráqueo. Ese cielo que nos moja no llora más que lloro en estos días, desde que me han anunciado como probable, como casi cierta, la muerte de mi querido hijo Lucas, de mi niño adorado, de aquel que era manso cordero en el hogar paterno y león indómito en los combates... ¡ah! señores. ¡Ustedes no saben lo que es tener un hijo único y perderlo en una escaramuza de Andalucía, por descuidos de un general, ó por intrepidez imprudente de un oficialete!... ¿Pero hay esperanzas todavía de que tan horrible noticia no sea cierta? ¿Se ha sabido algo? Por Dios, Sr. Garrote, ¿ha sabido vuecencia si mi idolatrado unigénito vive aún ó si feneció en esas tremendas batallas?... ¿Hay algún parte que lo mencione?... porque Lucas no podía morir como cualquiera, no: había de morir ruidosa y gloriosísimamente, de una manera tal, que dé gusto y juego á los historiadores... ¿Ha sabido algo vuecencia de ayer acá?

—Nada—repuso Garrote friamente.

—Há seis días que vengo todas las tardes y siempre me dice vuecencia lo mismo—murmuró Sarmiento con angustia.—¡Nada!

—Desde el primer día manifesté á usted que nada podía saber.

—Pero á todas horas entran heridos, soldados dispersos, paisanos, correos que vienen de las Andalucías.—¿Se ha olvidado usted de preguntar?

—No me he olvidado—indicó el coronel con semblante y tono más compasivos,—pero nadie, absolutamente nadie tiene noticia del miliciano Lucas Sarmiento.

—¡Todo sea por Dios!—exclamó el preceptor mirando al cielo.—¡Qué agonía! Unos me dicen que sucumbió, otros que está herido gravemente... ¿Han entrado hoy muchos milicianos prisioneros?

—Algunos.

—¿No venía Pujitos?

—¿Y quién es Pujitos?

—¡Oh! vuecencia no conoce á nuestra gente.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Soy forastero en Madrid.

—¡Oh! Pasaron aquellos tiempos de gloria—exclamó D. Patricio con lágrimas en los ojos y declamando con cierto énfasis que no cuadraba mal á su hueca voz y alta figura.—¡Todo ha caido, todo es desolación, muerte y ruinas! Aquellos adalides de la libertad, que arrancaron á la madre España de las garras del despotismo, aquellos fieros leones matritenses, que con sólo un resoplido de su augusta cólera desbarataron á la Guardia Real ¿qué se hicieron? ¿Qué se hizo de la elocuencia que relampagueaba tronando en los cafés, con luz y estruendo sorprendentes? ¿Qué se hizo de aquellas ideas de emancipación que inundaban de gozo nuestros corazones? Todo cayó, todo se desvaneció en tinieblas, como lumbre extinguida por la inundación. La oleada de fango frailesco ha venido arrasándolo todo. ¿Quién la detendrá volviéndola á su inmundo cáuce? ¡Estamos perdidos! La patria muere ahogada en lodazal repugnante y fétido. Los que vimos sus días gloriosos, cuando al son de patrióticos himnos eran consagradas públicamente las ideas de libertad y nos hacíamos todos libres, todos igualmente soberanos, lo recordamos como un sueño placentero que no volverá. Despertamos en la abnegación, y el peso y el rechinar de nuestras cadenas nos indican que vivimos aún. Las iracundas patas del déspota nos pisotean, y los frailes nos...

—Basta—gritó una formidable voz interrumpiendo bruscamente al infeliz dómine.—Para sainete basta ya, Sr. Sarmiento. Si abusa usted de la benignidad con que se le toleran sus peroratas en atención al estado de su cabeza, nos veremos obligados á retirarle las licencias. Esto no se puede resistir. Si los desocupados de Madrid le consienten á usted que vaya de esquina en esquina y de grupo en grupo, divirtiéndoles con sus necedades y reuniendo tras de sí á los chicos, yo no permito que con pretexto de locura ó idiotismo se insulte al orden político que felizmente nos rige...

—¡Ah! Sr. Garrote, Sr. Garrote—dijo Sarmiento moviendo tristemente la cabeza y sacudiendo menudas gotas de agua sobre los circunstantes.—Vuecencia me tapa la boca, que es el único desahogo de mi alma abrasada... Callaré: pero déme vuecencia nuevas de mi hijo, aunque sean nuevas de su muerte.

Garrote encogió los hombros y ofreció una silla al pobre hombre, que despreciando el asiento, juzgó más eficaz contra la humedad y el fresco pasearse de un rincón á otro del cobertizo, dando fuertes patadas y girando rápidamente, como veleta, al dar las vueltas. Los demás militares y paisanos armados no ocultaban su regocijo ante la grotesca

(c) 2008 Ministerio de Cultura

figura y ditirámbico estilo del anciano, y cada cual imaginaba un tema de burla con que zaherirle, mortificándole también en su persona. Este le decía que Su Majestad pensaba nombrarle ministro de Estado y llavero del Reino, aquel que un ejército de carbonarios venía por la frontera derecho á restablecer la Constitución; uno le ponía una banqueta delante para que al pasar tropezase y cayese, otro le disparaba con cerbatana un garbanzo haciendo blanco en el cogote ó la nariz. Pero Sarmiento, atento á cosas más graves que aquel juego importuno, hijo de un sentimiento grosero y vil, no hacía caso de nada, y sólo contestaba con monosílabos ó llevándose la mano á la parte dolorida.

Había pasado más de un cuarto de hora en este indigno ejercicio, cuando de la venta salió un hombre pequeño, doblado, de maciza arquitectura, semejante á la de esos edificios bajos y sólidos que no tienen por objeto la gallarda expresión de un ideal, sino simplemente servir para cualquier objeto terrestre y positivo. Siendo posible la comparación de las personas con las obras de arquitectura, y habiendo quien se asemeja á una torre gótica, á un palacio señorial, á un minarete árabe, puede decirse de aquel hombre que parecía una carcel. Con su musculatura de cal y canto se avenía maravillosamente una como falta de luces, rasgo misterioso é inexplicable de su semblante, que á pesar de tener cuanto corresponde al humano frontispicio, parecía una fachada sin ventanas. Y no eran pequeños sus ojos ciertamente, ni dejaban de ver con claridad cuanto enfrente tenían; pero ello es que mirándole no se podía menos de decir: "¡qué casa tan oscura!„

Su fisonomía no expresaba cosa alguna, como no fuera una calma torva, una especie de acecho pacienzudo. Y á pesar de esto no era feo, ni sus correctas facciones habrían formado mal conjunto si estuvieran de otra manera combinadas. Tales ó cuales cejas, boca ó narices más ó menos distantes de la perfección, pueden ser de agradable visualidad ó de horrible aspecto, según cual sea la misteriosa conexión que forma con ellas una cara. La de aquel hombre que allí se apareció era ferozmente antipática. Siempre que vemos por primera vez á una persona, tratamos, sin darnos cuenta de nuestra investigación, de escudriñar su espíritu y conocer por el mirar, por la actitud, por la palabra lo que piensa y desea. Rara vez dejamos de enriquecer nuestro archivo psicológico con una averiguación preciosa. Pero enfrente de aquel sótano humano el observador se aturdía diciendo: "Está tan lóbrego que no veo nada.„

Vestía de paisano con cierto esmero, y todas cuantas armas portátiles

(c) 2008 Ministerio de Cultura

se conocen llevábalas él sobre sí, lo cual indicaba que era voluntario realista. Fusil sostenido á la espalda con tirante, sable, machete, bayoneta, pistolas en el cinto, hacían de él una armería en toda regla. Calzaba botas marciales con espuelas, á pesar de no ser de á caballo; mas este accesorio solían adoptarlo cariñosamente todos los militares improvisados de uno y otro bando. Chupaba un cigarrillo y á ratos se pasaba la mano por la cara, afeitada como la de un fraile; pero su habitual resabio nervioso (estos resabios son muy comunes en el organismo humano) consistía en estar casi siempre moviendo las mandíbulas como si rumiara ó mascullase alguna cosa. Su nombre de pila era Francisco Romo.

D. Patricio, luego que le vió, llegóse á él y le dijo:

—¡Ah! Sr. Romo, ¡cuánto me alegro de verle! Aquí estoy por sexta vez buscando noticias de mi hijo.

—¿Qué sabemos nosotros de tu hijo, ni del hijo del Zancarrón? Papá Sarmiento, tú estás en Bábia... No tardarás mucho en ir al Nuncio de Toledo... Ven acá, estafermo,—al decir esto le tomaba por un brazo y le llevaba al interior de la venta que servía de cuerpo de guardia,—ven acá y sirve de algo.

—¿En qué puedo servir al Sr. Romo? Diga lo que quiera con tal que no me pida nada de que resulte un bien al absolutismo.

—Es cosa mía—dijo Romo hablando en voz baja y retirándose con Sarmiento á un rincón donde no pudieran ser oidos.—Tú, aunque loco, eres hombre capaz de llevar un recado y ser discreto.

—Un recado... ¿á quién?

—Á Elenita, la hija de D. Benigno Cordero, que vive en tu misma casa, ¿eh? Me parece que no te vendrán mal tres ó cuatro reales... Este saco de huesos está pidiendo carne. ¿Cuántas horas hace que no has comido?

—Ya he perdido la cuenta—repuso el preceptor con afligidísimo semblante, mientras un lagrimón como garbanzo corría por su mejilla.

—Pues bien, carcamal: aquí tienes una peseta. Es para tí si llevas á la señorita Doña Elena...

—¿Qué?

—Esta carta—dijo Romo mostrando una esquela doblada en pico.

—¡Una carta amorosa!—exclamó Sarmiento ruborizándose.—Señor Romo de mis pecados, ¿por quién me toma usted?

El tono de dignidad ofendida con que hablara Sarmiento, irritó de tal modo al voluntario realista, que empujando brutalmente al anciano le vituperó de este modo:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Dromedario! ¿qué tienes que decir?... Sí, una carta amorosa. ¿Y qué?

—Que usted es un simple si me toma por alcahuete,—dijo D. Patricio con severo acento.—Guarde usted su peseta y yo me guardaré mi gana de comer. ¡Por vida de la chilindraina! No faltan almas caritativas que hagan limosna sin humillarnos...

Inflamado en vivísima cólera el voluntario, y sin hallar otras razones para expresarla que un furibundo terno, descargó sobre el pobre maestro

aburrido uno de esos pescozones de catapulta que abaten de un golpe las más poderosas naturalezas, y dejándole tendido en tierra, magullados y acardenalados el hocico y la frente, salió del cuerpo de guardia.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Á D. Patricio le levantaron casi exánime, y su destartalado cuerpo se fué estirando poco á poco en la postura vertical, restallándole las coyunturas como clavijas mohosas. Se pasó la mano por la cara, y dando un gran suspiro y elevando al cielo los ojos llorosos, exclamó así con dolorido acento:

—¡Indigno abuso de la fuerza bruta, y de la impunidad que proteje á estos capigorrones!... Si otros fueran los tiempos, otras serían las nueces... Pero los yunques se han vuelto martillos y los martillos de ayer son yunques ahora. ¡Rechilindrona! ¡Malditos sean los instantes que he vivido después que murió aquella preciosa libertad!...

Y sucediendo la rabia al doler, se aporreó la cabeza y se mordió los puños. Habíanle abandonado los que antes le prestaran socorro, porque fuera se sentía gran ruido y salieron todos corriendo al camino. D. Patricio, coronándose dignamente con su sombrero, al cual se empeñó en devolver su primitiva forma, salió también arrastrado por la curiosidad.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

II

ERA que venían por el camino de Andalucía varias carretas precedidas y seguidas de gente de armas á pié y á caballo, y aunque no se veían sino confusos bultos á lo lejos, oíase un son á manera de quejido, el cual si al principio pareció lamentaciones de séres humanos, luego se comprendió provenía del eje de un carro que chillaba por falta de unto. Aquel áspero lamento unido á la algazara que hizo de súbito la mucha gente salida de los paradores y ventas, formaba lúgubre concierto, más lúgubre aún á causa de la tristeza de la noche. Cuando los carros estuvieron cerca, una voz acatarrada y becerril gritó: *¡Vivan las caenas! ¡viva el Rey absoluto y muera la Nación!* Respondióle un bramido infernal como si á una rompieran á gritar todas las cóleras del averno, y al mismo tiempo la luz de las hachas prontamente encendidas permitió ver las terribles figuras que formaban procesión tan espantosa. D. Patricio, quizás el único espectador enemigo de semejante espectáculo, sintió los escalofríos del terror y una angustia mortal que le retuvo sin movimiento y casi sin respiración por algún tiempo.

Los que custodiaban el convoy y los paisanos que le seguían por entusiasmo absolutista estaban manchados de fango hasta los ojos. Algunos traían pañizuelo en la cabeza, otros sombrero ancho, y muchos con el desgreñado cabello al aire, roncos, mojados de piés á cabeza, frenéticos, tocados de una borrachera singular que no se sabe si era de vino ó de venganza, brincaban sobre los baches, agitando un girón con letras, una bota escuálida ó un guitarrillo sin cuerdas. Era aquello una horrenda mezcla de bacanal, entierro y marcha de triunfo. Oíanse bandurrias desacordes, carcajadas, panderetazos, votos, ternos, *kirieleisones*,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

vivas y mueras, todo mezclado con el lenguaje carreteril, con patadas de animales (no todos cuadrúpedos) y con el cascabeleo de las colleras. La caravana se detuvo ante el cuerpo de guardia, y entonces aumentó el ruido. La tropa formó al punto, y una nueva aclamación al Rey neto alborotó los caseríos. Salieron mujeres á las ventanas, candil en mano, y la multitud se precipitó sobre los carros.

Eran éstos galeras comunes con cobertizo de cañas y cama hecha de pellejos y sacos vacíos. En el delantero venían tres hombres, dos de ellos armados, sanos y alegres, el tercero enfermo y herido, reclinado doloridamente sobre el camastrón, con grillos en los piés y una larga cadena que, prendida en la cintura y en una de las muñecas, se enroscaba junto al cuerpo como una culebra. Tenía vendada la cabeza con un lienzo teñido de sangre, y su rostro estaba amarillo como vela de entierro. Le temblaban las carnes, á pesar de disfrutar del abrigo de una manta, y sus ojos extraviados así como su anhelante respiración anunciaban un estado febril y congojoso. Cuando el coronel Garrote se acercó al carro y alzando la linterna que en la mano traía, miró con vivísima curiosidad al preso, éste dijo á media voz:

—¿Estamos ya en Madrid?

Sin hacer caso de la pregunta, Garrote, cuyo semblante expresaba el goce de una gran curiosidad satisfecha, dijo:

—¿Con que es usted...?

Uno de los hombres armados que custodiaban al preso en el carro, añadió:

—El héroe de las Cabezas.

Y junto al carro sonó este grito de horrible mofa:

—¡Viva Riego!

Garrote se empeñó en apartar á la gente que rodeaba el carro, apiñándose para ver mejor al preso é insultarle más de cerca.

Un hombre alargó el brazo negro y tocando con su puño cerrado el cuello del enfermo, gritó:

—¡Ladrón, ahora las pagarás!

El desgraciado general se recostó en su lecho de sacos, y callaba, aunque harto claramente imploraban compasión sus ojos.

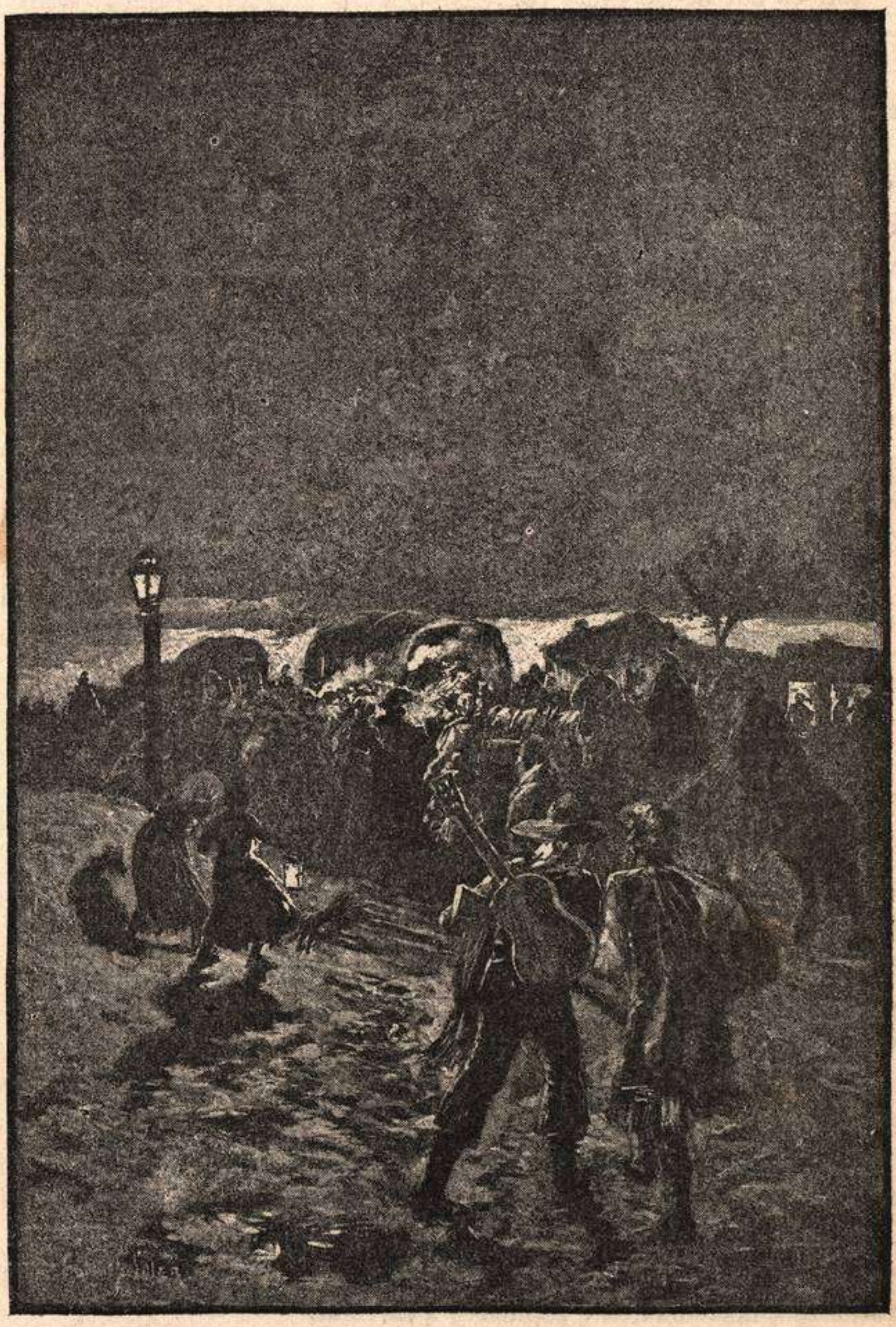
—Fuera de aquí, señores, á un lado—dijo Garrote, aclarando con suavidad el grupo de curiosos.—Ya tendrán ustedes tiempo de verle á sus anchas...

—Dicen que la horca será la más alta que se ha visto en Madrid—indicó uno.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Y que se venderán los asientos en la plaza, como en la de toros.

—Pero déjennoslo ver... por amor de Dios. Si no nos lo comemos, señor coronel—gruñó una dama del parador cercano.



(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Si no puede con su alma... ¿Y ese hombre ha revuelto medio mundo? Que me lo vengan á decir...

—¡Qué facha! ¿Y dicen que este es Riego?... ¡qué bobería!... Si parece un sacristán que se ha caido de la torre cuando estaba tocando á muerto...

—Este es tan Riego como yo.

—Os digo que es el mismo. Le ví yo en el teatro, cantando el himno.

—El mismo es. Tiene el mismo parecido del retrato que paseaban por Platerías.

Hasta aquí las mortificaciones fueron de palabra. Pero un grupo de hombres que habían salido al encuentro de los carros, una gavilla mitad armada, mitad desnuda, desarrapada, borracha, tan llena de rabia y cieno que parecía creación espantosa del lodo de los caminos, de la hez de las tinajas y de la nauseabunda atmósfera de los presidios, un pedazo de populacho, de esos que desgarrándose se separan del cuerpo de la Nación soberana para correr solo, manchando y envileciendo cuanto toca, empezó á gritar con el gruñido de la cobardía que se finge valiente fiando en la impunidad:

—¡Que nos lo den; que nos entreguen á ese pillo, y nosotros le ajustaremos la cuenta!

—Señores—dijo Garrote con energía,—atrás; atrás todo el mundo. El preso va á entrar en Madrid.

—Nosotros le llevaremos.

—Atrás todo el mundo.

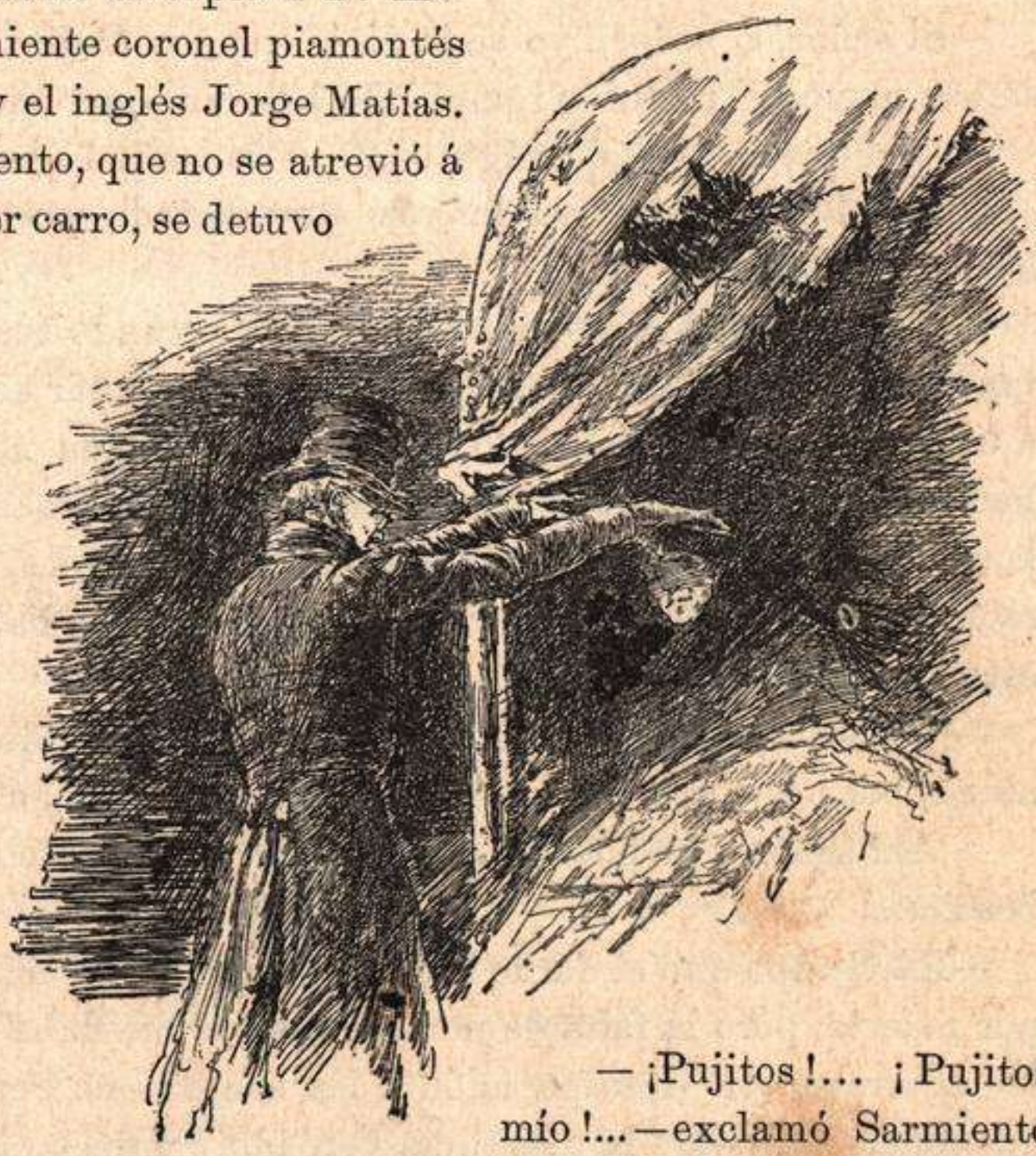
Y los pocos soldados que allí había, auxiliados con tibieza por los voluntarios realistas, empezaron á separar la gente.

Unos corrieron á curiosear en los carros que venían detrás y otros se metieron en la venta, donde sonaban seguidillas, castañuelas y desaforados gritos y chillidos. Un cuero de vino, roto por los golpes y patadas que recibiera, dejaba salir el rojo líquido, y el suelo de la venta parecía inundado de sangre. Algunos carreteros sedientos se habían arrojado al suelo y bebían en el arroyo tinto; los que llegaron más tarde apuraban lo que había en los huecos del empedrado, y los chicos lamían las piedras fuera de la venta, á riesgo de ser atropellados por las mulas desenganchadas que iban de la calle á la cuadra, ó del tiro al abrevadero. Poco después veíanse hombres que parecían degollados con vida, carniceros ó verdugos que se hubieran bañado en la sangre de sus víctimas. El vino mezclado al barro y tiñendo las ropas que ya no tenían color, acababa de dar al cuadro en cada una de sus figuras un tono crudo de matadero, horriblemente repulsivo á la vista.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Y á la luz de las hachas de viento y de las linternas, las caras aumentaban en ferocidad, dibujándose más claramente en ellas la risa entre carnavalesca y fúnebre que formaba el sentido, digámoslo así, de tan extraño cuadro. Como no había cesado de llover, el piso inundado era como un turbio espejo de lodo y basura, en cuyo cristal se reflejaban los hombres rojos, las rojas teas, los rostros ensangrentados, las bayonetas bruñidas, las ruedas cubiertas de tierra, los carros, las flacas mulas, las haraposas mujeres, el movimiento, el ir y venir, la oscilación de las linternas y hasta el barullo, los relinchos de brutos y hombres, la embriaguez inmunda, y por último, aquella atmósfera encendida, espesa, súciamente brumosa, formada por los alientos de la venganza, de la rusticidad y de la miseria.

En el segundo carro estaban presos también y heridos los compañeros de Riego, á saber: el capitán D. Mariano Bayo, el teniente coronel piamontés Virginio Vicenti y el inglés Jorge Matías. D. Patricio Sarmiento, que no se atrevió á acercarse al primer carro, se detuvo breve rato junto al segundo, pasó indiferente por el tercero, donde sólo venían sacos y un guerrillero con su mujer; y se dirigió al cuarto, llamado por una voz debil que claramente dijo:



—Sr. D. Patricio de mi alma... ¡Bendito sea Dios que me permite verle! —¡Pujitos!... ¡Pujitos mío!...—exclamó Sarmiento extendiendo sus brazos dentro del carro.—¿Eres tú?... Sí, tú mismo... Dime, ¿estás también herido? Por lo visto, también vienes preso.

—Sí señor—repuso el maestro de obra prima,—herido y preso estoy... Diga usted, ¿nos ahorcarán?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Pues eso quién lo duda?

—¡Infeliz de mí!... Vea usted los lodos en que han venido á parar aquellos polvos. Bien me lo decía mi mujer... Sr. D. Patricio, al que está como yo medio muerto de un bayonetazo en la barriga, le deberían dejar en manos de Dios para que se lo llevase cuando á su Divina Majestad le diese la gana, ¿no es verdad?

—Sí, Pujitos mío—repuso Sarmiento estrechándole la mano.—¿Sabes que tiemblo y tengo frío? más frío y más miedo que tú, porque voy á preguntarte por mi hijo en cuya compañía has vivido por esas tierras, y según lo que me contestes, así moriré ó viviré... Hace seis días que estoy en la incertidumbre más horrible; hace seis días que bajo á este camino para interrogar á todos los que llegan... ¡Ah! por fin encuentro quien me diga la verdad. Pujitos de mi alma, tú me la dirás, aunque sea terrible.

—Sí señor, sí señor, yo se la diré—repuso Pujitos, cubriéndose con ambas manos el rostro y rompiendo á llorar como un chicuelo.

—¡Con que es cierto, amigo, con que es verdad que mi pobre Lucas!.. —gimió el preceptor con la voz entrecortada por el llanto.—¡Pobre hijo de mi alma!

—¡Pobre amigo mío!--añadió Pujitos secando sus lágrimas.—Y era tan cariñoso, tan buen amigo, tan leal!... Sin cesar estaba nombrándole á usted y cavilando sobre lo que haría usted en Madrid ó lo que no haría... "Si tendrá discípulos, decía; si pasará trabajos. Ahora estará barriendo la escuela"... No nos separábamos nunca, partíamos nuestra ración y éramos en todo como hermanos. En las batallas siempre nos escondíamos juntos.

—¡Os escondíais!—exclamó D. Patricio levantando el rostro con dignidad, pues ésta era tan grande en él, que ni el dolor podía vencerla.

—¡Ah! señor... el pobre Lucas era el mejor chico del mundo... ¡Pobrecito!...

—Há tiempo que el dardo estaba clavado en mi corazón... Yo le tenía por muerto; pero la falta de noticias ciertas me daba alguna esperanza. Me agarraba con desesperación á las conjeturas. Pero tú has disipado mis dudas. Más vale la desgracia verdadera y declarada que una vacilación desgarradora.

—Aquí está lo que resta del pobre Lucas—dijo el herido mostrando un pequeño lío de ropa.

D. Patricio se abalanzó á aquel objeto mudo, testimonio tristísimo de su última esperanza muerta y lo besó con ardiente cariño. Breve rato

(c) 2008 Ministerio de Cultura

le vió Pujitos con la cabeza apoyada en el borde del carro, oprimiendo con ella el lío de ropa y regándolo con sus lágrimas. Respetuoso con el dolor del padre, el maestro de obra prima no decía nada.

—Esto es hecho—exclamó al fin D. Patricio irguiendo la frente caduca, mas bastante fuerte para soportar, mediante la energía de su espíritu, el peso de una gran pena.—El Autor de todas las cosas lo quiere así. Ya no tengo hijo... Toda esperanza acabó y con ella la vida mía... Ahora, leal amigo, excelente joven, que has sido el Pílades de aquel noble Orestes, cuéntame sin omitir nada los pormenores de la muerte de mi hijo; dime cómo se extinguió aquella vida preciosa, porque siendo Lucas de ánimo tan esforzado é intrépido, no podía morir como los demás milicianos, sino de una manera grande... ¿me entiendes? de una manera gloriosa, y en un momento de sublime heroismo.

—Precisamente heroismo no, Sr. D. Patricio—dijo Pujitos con embarazo.—Yo le contaré á usted... Lucas...

—Heroismo ha habido: no me lo niegues, porque yo conozco muy bien la raza de leones de que viene mi hijo; yo sé qué casta de bromas gastamos los Sarmientos con el enemigo en un campo de batalla. Si por modestia callas las acciones homéricas en que tú has tomado parte, haces mal, que al fin y al cabo todo se ha de saber, y si no ahí están los historiadores que en un abrir y cerrar de ojos desentrañarán lo más escondido.

—Si no ha habido acciones heróicas ni cosa que lo valga, hombre de Dios—objetó Pujitos con pena.—Nosotros estábamos en Málaga con el general Zayas, cuando éste representó á las Córtes al tenor de lo que dijo Ballesteros al capitular; ¿usted me entiende? Vino entonces Riego, mandado por las Córtes, tomó el mando y nos llevó contra Ballesteros; ¿usted me entiende?

—Y entonces se trabaron esas crueles batallas que yo imagino.

—No hubo más sino que el general llevaba el encargo de inflamarnos... Sí señor, de inflamarnos, porque todos estábamos muy abatidos y sin ganas de guerra, porque la veíamos muy negra.

—¿Y os inflamó?

—¿Cómo se puede inflamar la nieve? Fuimos en busca de Ballesteros y le hallamos en Priego. Allí se armó una...

—¡Corrieron mares de sangre!...

—No señor. Todo era *¡Viva Ballesteros!* por un lado, y por otro *¡Viva Riego!* Nos abrazamos y los generales conferenciaron. Como no se pudieron avenir, Riego arrestó á Ballesteros.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Bien hecho, muy bien... ¿Y Lucas?

—Lucas tan bueno y tan sano... Era aquella la mejor vida del mundo, porque como no había balas sino conferencias... Pero un día se presentó delante de nosotros Balanzat y tiros van tiros vienen... Desde entonces perdió la salud el pobre Lucas, porque le entró como un súpito y se quedó frio y yerto, temblando y quejándose de que le dolía esto y lo otro.

—¡Desgraciado hijo mío! Su principal pena consistiría en no poder batirse en primera fila.

—Puede que así fuera. Lo cierto es que empezó á decaer, á decaer, y la calentura seguía en aumento, y deliraba con los tiros. Riego abandonó el campo; nos fuimos con él y el pobre Lucas parecía que recobraba la vida según nos íbamos alejando de las tropas de Balanzat. El general fué perdiendo su gente, porque oficiales y soldados desertaban á cada hora. ¡Qué tristeza, Sr. D. Patricio! Pero el pobre Lucas se alegraba y decía: "Amigo Pujos, esto parece que acabará pronto.„ Había mejorado bastante, y estaba limpio de calentura... Pero de repente cuando íbamos cerca de Jaén, aparecen los franceses...

—¡Oh! ¡Me tiemblan las carnes al oirte! ¡Cómo correría la sangre en ese glorioso cuanto infausto día!

—Más corrieron los piés, Sr. Sarmiento. Yo, la verdad sea dicha, no fuí de los que más corrieron, porque no podía abandonar al pobre Lucas, que se descompuso todo, y se quedó en un hilo. Arrojamos los fusiles, que nos pesaban mucho, y nos refugiamos en una casa de labor. ¡Ay, pobre amigo mío! Le entró tal calenturón que su cuerpo parecía un volcán, perdió el conocimiento, y á las treinta horas...

—No sigas, que se me parte el corazón—dijo D. Patricio con voz entrecortada por los sollozos. —¡Cuánto padecería al ver que su mísero estado corporal no le permitía batirse! ¡Qué lucha tan horrenda la de aquella alma de león, al sentirse sin cuerpo que la ayudara!

—El pobrecito en su delirio nombraba á los franceses y se metía debajo del jergón. Serían las doce y media de la noche cuando entregó su alma al Señor...

—¡Ay, parece que me arrancas las entrañas! Calla ya.

—Yo caí prisionero, fuí herido de un bayonetazo, y después de tenerme algunos días en un calabozo de la Carolina me metieron en este carro. Por el camino se nos unió el general, preso y herido también, y juntos hemos llegado aquí. Dicen que nos van á ahorcar á todos.

—Eso es indudable—contestó Sarmiento en tono que más era de sa-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tisfacción y orgullo que de lástima.—¡Fin lamentable, pero glorioso! ¿Qué mayor honra que morir por la libertad y ser mártires de tan sublime idea?

Pujitos, que sin duda no había dado hospedaje en su pecho á tan elevados sentimientos, suspiró acongojadamente.

—Bendice tu muerte, hijo mío—añadió Sarmiento, extendiendo hacia él sus venerables manos, en la actitud de un sacerdote antiguo,—bendice

tus nobles heridas, pregoneras de tu indomable valor en los combates. Has sido atravesado de un bayonetazo, y además tienes heridos la cabeza y el brazo.

—Esto que tengo en el arca del estómago es fechoría de un francés, á quien vea yo comido de perros. Lo de la cabeza es una pedrada, y lo del brazo un mordisco. En los pueblos por donde hemos pasado nos han recibido lindamente, señor. Como los curas salían diciendo que estábamos todos condenados y que ya nos tenían hecha la cama de rescoldo en el Infierno, no había para nosotros más que palos, amenazas y pedradas. En Santa Cruz de Mudela nos dieron una rociada buena. El general y yo salimos descalabrados, y gracias á que los carros echaron á andar; que si no, allí quedamos como San Estéban. En Tembleque nos quisieron matar, y si la tropa no nos defiende á culatazos, allí perecemos

(c) 2008 Ministerio de Cultura

todos. Hombres y mujeres salían al camino aullando como lobos. Uno que debía de ser pariente de caníbales, después de molerme á coces y puñadas, me clavó los dientes en este brazo y me partió las carnes... ¿Qué ganará el Rey absoluto con esto? Mala peste le dé Dios... Pero dicen que todo esto es por obra y gracia de los condenados frailes... ¿Es verdad, Sr. D. Patricio?

—Hijo mío, mucho me temo que esos bribones se venguen ahora de lo que les hicimos con razón. Y no serán como nosotros, generosos y templados en el condenar, sino fieros, vengativos y sanguinarios cual líbicas hienas... Hemos de ver lo que nadie ha visto, ¡por vida de la ch...!

—No pudo seguir su frase el buen preceptor, porque un voluntario realista se acercó al carro y brutalmente gritó:

—Atrás, D. Camello ó le parto... ¡fuera de aquí, estantigua!

Sarmiento corrió dando zancajos hacia el parador. Con su gran levitón, cuyos faldones se agitaban en la carrera, parecía una colosal ave flaca que volaba rastreando el suelo. Después de recoger del fango su sombrero, que había perdido en la huida, confundióse entre la multitud para estar más seguro. Entonces oyó al coronel Garrote dar esta orden al capitán Romo.

—Siga adelante el convoy. Custódielo usted con su media compañía. Tengo orden de que no entre en las calles de Madrid. Pase el río; tome la ronda á la izquierda hacia la Virgen del Puerto; adelante siempre, y subiendo por la cuesta de Areneros, diríjase al Seminario de Nobles, donde esperan á los presos. En marcha, pues. Guárdense los curiosos de seguir al convoy, porque haré fuego sobre ellos. Marche cada cual á su casa y buenas noches.

El convoy se puso en movimento, carro tras carro, oyéndose de nuevo el rechinar áspero y melancólico de los ejes, que aun desde muy lejos se percibía clarísimo en el tétrico silencio de la noche. Los farolillos recogíanse poco á poco en el cuerpo de guardia como luciérnagas que corren á sus agujeros; se apagaron las hachas y se extinguieron los graznidos, cayendo todo en una especie de letargo, precursor del profundo sueño en que termina la embriaguez.

Sarmiento se alejó de allí, y antes de tomar el camino de los Ocho Hilos para subir á la puerta de Toledo, paróse para ver los carros que ya á mediana distancia iban por el Paseo Imperial. Bien pronto dejó de verlos, á causa de la oscuridad, mas conocía su situación por el farolillo que el vehículo delantero llevaba. Con voz sorda habló así el viejo patriota:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Oh! tú, el héroe más grande que han producido las edades todas, insigne campeón de la libertad española, soldado ilustre, Riego, amigo mío, si ahora vas conducido entre sayones en ignominioso carro, mañana tendrás un trono en el corazón de todos los españoles. Si te arrastran á suplicio afrentoso los infames verdugos á quienes perdonamos cuando éramos fuertes, tu nombre, que tanto repugna á despóticos oidos, será un símbolo de libertad y una palabra bendita cuando humillada la tiranía se restablezca tu santa obra. Subirás á la morada de los justos entre coros de patrióticos ángeles que entonen tu himno sonoro, mientras tu patria se revuelve en el lodo de la reacción domeñada por tus verdugos. ¡Oh, feliz tú, feliz cuanto grande y sublime! ¡Varón excelso, el más precioso que Dios ha concedido á la tierra, si fuera dable á este humilde mortal participar de tu gloria!... ¡Si al menos pudiera yo compartir tu martirio y entrar contigo en la carcel, y oir juntos la misma sentencia, y subir juntos á la misma horca!... Este honor yo lo ambiciono y lo deseo con todas las fuerzas de mi alma. Vacío y desierto está el mundo para mí, después que he perdido al lucero de mi existencia, á aquel preciosísimo mancebo inmolado como tú al númen sanguinario de la reacción... Quiero morir, sí, y moriré.

Inflamado en furor que no tenía nada de risible, añadió corriendo con agitación:

—Quiero morir gloriosamente; quiero ser víctima sublime; quiero ser mártir de la libertad; quiero subir al patíbulo... ¡Sicarios, venid por mí!

Tropezando en un árbol, estuvo á punto de caer en tierra. Entonces añadió hablando consigo mismo:

—¡Ah, Patricio, tu noble arranque me causa la más viva admiración!... Mañana has de hacer algo digno de pasar á las más remotas edades. Sí, mañana. Vámonos á casa.

Echó á andar, y al poco rato dijo:

—¿Pero en dónde está mi casa? ¡Pues no se me ha olvidado donde está mi casa!...

Miraba á la tierra como quien ha perdido el sombrero.

—¡Ay! Ya me acuerdo—exclamó sonriendo.—Tu casa está en la calle de la *Emancipación Social*, ¿no es verdad, Patricio?

Meditaba con el índice puesto en la punta de la nariz.

—No...—dijo después de una pausa, en el tono gozoso del que hace un descubrimiento útil.—Es que yo solicité del Ayuntamiento que llamase calle de la *Emancipación Social* á la de Coloreros; pero no accedió y sigue llamándose *calle de Coloreros*. Allí vivo, pues.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Entró en Madrid resueltamente. Subiendo por la calle de Toledo, dijo:

—Tengo hambre.

Pero después de registrar todos los bolsillos de su ropa, que no bajaban de ocho, adquirió una certidumbre aterradora, que expresó en angustiosos suspiros.

—Parece que se me doblan las piernas y que voy á caer desfallecido... ¡Comer! ¡que esto sea indispensable!... Miserable carne, ¿por qué eres así?... ¿Á dónde iré?... Mi casa está vacía: no hay en ella ni una miga de pan... ¿Pediré limosna? Jamás. Los hombres de mi temple sucumben, pero no se humillan... Á casa, Sr. D. Patricio; si es preciso se comerá usted el palo de una silla; á casa.

Al entrar en la calle de Coloreros encontróla oscura y desierta por ser muy avanzada la noche. Como su extenuación era grande, se habían debilitado sus sentidos, particularmente el de la vista, y necesitó palpar las paredes para encontrar la puerta. Sin saber por qué vino entonces á su mente un recuerdo muy triste, que ya otras veces había turbado profundamente su espíritu. Parecíale estar viendo delante de sí, en una noche oscura como aquella, al sin ventura Gil de la Cuadra arrojado en el suelo, arrastrando ignominiosa cadena, insultado por los polizontes. De todos los incidentes de aquella lúgubre escena, el más presente en la memoria de D. Patricio y el que le causaba más dolor era el ocurrido cuando su infeliz vecino preso pidió agua y Sarmiento, inspirándose en el más cruel fanatismo, se la negó.

—Ya, ya lo sé—dijo D. Patricio cerrando los ojos para dominar mejor su terror,—ya sé que aquello fué una gran bellaquería.

Y abriendo, no sin trabajo, la puerta, entró, apresurándose á cerrar tras sí porque le parecía que feos espectros y sombras iban en su seguimiento y que oía el lamentable son de la cadena de Gil de la Cuadra, arrastrando por las baldosas. Buscó en sus bolsillos eslabón y yesca para encender luz, mas nada halló de que pudiera sacarse lumbre. Sin desanimarse por esto, acometió la escalera con mucho cuidado y empezó á subir, deteniéndose en cada escalón para tomar fuerzas. Pero no había subido ocho cuando le fué preciso andar á gatas porque las piernas no podían con el peso del desmayado cuerpo.

—Si me iré á morir aquí—dijo con angustia bañado en sudor frío.—¡Oh! Dios mío. ¿Me estará reservada una muerte oscura, en mísera escalera, aquí, olvidado de todo el mundo...? Piedad, Señor...

Sus fuerzas, á causa de la inacción, se extinguían rápidamente.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

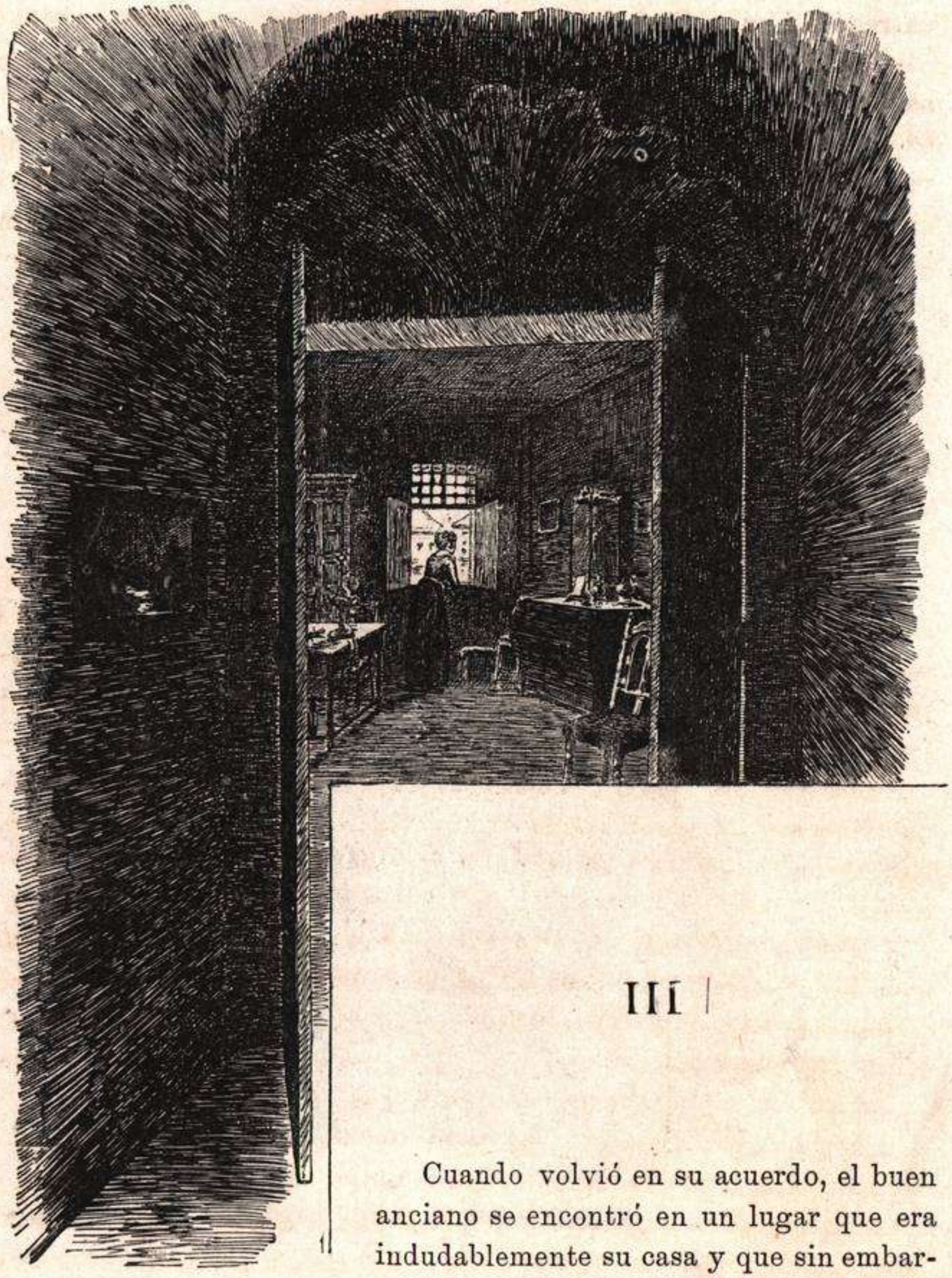
Llegó á no poder mover brazo ni pierna. Entonces dió un ronquido y entregóse á su malhadado destino.

—¡Oh! no, Señor—pensó allá en lo más hondo de su pensar;—no era así como yo quería morir.

Sus sentidos se aletargaron; pero antes de perder el conocimiento, vió un espectro que hacia él avanzaba.

Era un hermoso y brillante espectro que tenía una luz en la mano.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



III

Cuando volvió en su acuerdo, el buen anciano se encontró en un lugar que era indudablemente su casa y que sin embargo, bien podía no serlo. Llena de confusión su mente, miraba en derredor y decía:

—Indudablemente es mi casa; pero mi casa no es así.

Se incorporó en el canapé donde yacía, tocó la pared cercana, midió con la vista las distancias, y á medida que se aclaraba su entendimiento, más grande era su confusión. La semejanza entre su casa y aquella en

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que estaba era muy grande, pero también había diferencias, siendo las principales el aseo, los muebles y el orden perfecto de todo. Pero lo que más sorprendió al maestro de escuela fué ver en mitad de la encantada pieza una mesa puesta como para cenar, alumbrada por lámpara de pantalla, y que en la blancura de sus manteles y en el brillo de los platos revelaba las hacendosas manos que habían andado por allí. Como la mesa puesta, y puesta de aquel modo era el más grande fenómeno que podía presentarse ante los ojos de Sarmiento en su propia casa, creyóse juguete de duendes ó artes demoniacas. Probó á levantarse y pudo sostenerse en pié aunque apoyándose en la silla. Junto á la mesa había un sillón, y como Sarmiento lo creyese destinado á su persona, no vaciló en ocuparlo. En el mismo instante llegaron á su nariz olores de comida muy picantes y aperitivos. El anciano exclamó con mayor confusión:

—No, esta no es mi casa.

Decíalo por aquellos olores que hacía mucho tiempo habían dejado de acompañarle en su domicilio. Á pesar de no ser supersticioso, afirmóse en la idea de hallarse bajo la acción de una mágia ó bromazo de Satanás. Y sin embargo, era la cosa más sencilla del mundo. Pronto se convenció de ello nuestro amigo viendo entrar á una joven vestida de negro, la cual se llegó á él sonriendo y le dijo:

—Buenas noches, Sr. D. Patricio. ¿Ya se le pasó á usted el desmayo? Bien decía yo que no era nada. Sin embargo, mandamos llamar un médico.

—¡Por vida de cien mil chilindrones!—repuso Sarmiento, saliendo poco á poco del estupor en que había caido.—Pues no me queda duda de que estoy halando con Solita en persona.

—La misma—dijo la joven acercándose á la mesa y apoyando ambas manos en ella para contemplar más de cerca al viejo.

—¿Y cómo es que estoy en mi casa y no estoy en ella?

—Está usted en la mía.

—¡Ah! bien lo decía yo, bien lo decía. Estos platos, estos ricos olores, este arreglo no pueden existir en la casa de un pobre maestro de escuela sin discípulos. Como todos los cuartos de la casa son iguales, de aquí que... Pues con permiso de usted... me retiro á mi vivienda...

—Antes cenará usted—dijo la muchacha sonriendo con bondad.—Me han dicho que no hay gran abundancia por allá arriba.

—¿Cómo ha de haber abundancia donde reina con imperio absoluto la desgracia? He caido, señorita Doña Sola, á los más profundos abis-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mos de la miseria. Vea usted en mí una imagen del santo patriarca Job. ¡Dios me ha quitado todo, me ha quitado á mi hijo!

—Cómo ha de ser... Es preciso aceptar con resignación esos golpes y todos los que vengan detrás. Ahora cene usted, que Dios manda á los desgraciados no abandonarse al dolor y dar al cuerpo todo lo que el cuerpo necesita.

—Usted me invita á cenar...

—No invito, sino que obligo—afirmó Sola poniendo en la mesa pan y vino.—Aguarde usted un momento, que no le haré esperar.

Al poco rato volvió con una cazuela de sopas, cuyo gratísimo olor despertó en Sarmiento las más dulces sensaciones y una generosa reconciliación con la vida.

—Debe usted recordar, señorita Doña Sola—dijo el preceptor, cuando la joven le ataba las dos puntas de la servilleta detrás del cogote,—que yo fuí encarnizado enemigo de su padre de usted, porque jamás he transigido ni podré transigir con las perras ideas absolutistas.

—Lo recuerdo, sí; pero eso no hace al caso.

—Es que mi delicadeza—añadió Sarmiento tomando la cuchara,—no me permite aceptar un banquete... Con usted personalmente no hay resentimiento... pero ¿á qué negarlo? Usted y yo no podemos ser amigos hoy ni nunca... dígolo para que no se crea que adulo, que me dejo seducir y sobornar por este fino obsequio, que agradezco.

—Cene usted, cene usted...—dijo Solita llenándole el vaso.—La mucha conversación podrá ser perjudicial á su cabeza, que según me han dicho, no está del todo buena.

—Cenaré, señora, puesto que usted lo toma tan á pechos... Conste que yo no he mendigado esta cena; conste que me han traido aquí por fuerza; que no he solicitado esta amistad; conste, en fin, que no podemos ser amigos.

—Aunque no quiera serlo mío, yo me empeño en serlo de usted y lo he de conseguir—dijo Soledad sonriendo y hablando al viejo en el tono que se emplea con los chiquillos.

—Dale, dale—repuso Sarmiento engullendo aprisa.—Con que amiguitos, ¿eh? ¡Chilindrón!... Usted no tiene memoria sin duda.

—Verdaderamente no tengo mucha para el daño recibido.

—Su dichoso papaito de usted y yo éramos como el agua y el fuego... Mi deber era perseguirle, denunciarle, no dejarle respirar... Yo siempre cumplo mi deber, yo soy esclavo de mi deber. Pertenezco á mi patria, á una idea, ¿me entiende usted?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Entiendo.

—Con nada transijo. El enemigo de la patria es mi enemigo, y la hija del enemigo de mi patria es mi enemiga. ¿Qué dice usted á eso?

—Que no ha tratado á las sopas como enemigas de la patria.

—No ciertamente, porque hace mucho tiempo que no las había comido tan buenas.

—Ahora voy por la perdiz.

—¿Perdiz?... Vamos, esto parece un cuento de brujas... Si se empeña usted... pero conste que yo no he pedido la perdiz; que yo no he mendigado nada, que...

Un momento después Sola partía la perdiz, ofreciéndola pedazo tras pedazo al hambriento anciano.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Está sabrosísima... Pero con la sorpresa de esta cena había olvidado... ¿Cuándo ha llegado usted, señora Doña Solita? ¿Qué tal le ha ido en su viaje?

—He llegado esta mañana. Los de Cordero me hablaron de usted... Dijéronme que estaba usted loco...

—¡Loco yo!

—Ó poco menos.

—Que estaba usted mal de fondos.

—Eso sí que es como el Evangelio.

—Que había perdido usted á su hijo Lucas.

—También ¡ay! es verdad.

—Esperé verle á usted y ofrecerle algo de lo poco que yo tengo.

—Gracias...

—Pero usted había salido antes que yo llegara. Había ido, según me dijeron, á correr por las calles divirtiendo á los chicos, y sirviendo de entretenimiento, con sus discursos, á los desocupados de los cafés y de la Puerta del Sol.

—¡Yo!

—Descansé un poco. Todo el día lo he empleado en arreglar mi casa. He buscado una sirviente, he hecho parte de lo mucho que hay que hacer cuando se ha tenido todo abandonado á causa de una ausencia de cinco meses. Ya muy entrada la noche, sentí pasos en la escalera y después lamentos y quejidos como de una persona enferma. Salimos y hallamos al gran D. Patricio tendido boca abajo. Los vecinos salieron, y unos decían: "¡Buena turca ha cogido!„ otros: "¡Ya las pagó todas juntas!„ ¡Cómo reían algunos!... "El maldito viejo ya echó su último discurso...„ "Qué feísimo está.„ D. Juan de Pipaón dijo: "No tiene sino hambre. Dénle á oler sopas y verán cómo resucita...„ Me pareció que esta opinión era la más razonable. Entre el mancebo de los Corderos, mi criada y yo entramos el cuerpo desmayado en mi casa, que estaba seis escalones más arriba, le tendimos en ese sofá...

—Conste que yo no entré por mi pié, que no pedí...—dijo Sarmiento con viveza arqueando las cejas.

—Le abrigamos bien, vino el veterinario del sotabanco y dijo que usted padecía estos desvanecimientos desde que había dado en el hito de hablar mucho y no comer... Yo había cenado ya: al momento dispuse otra cena para el nuevo huesped.

—Traido por fuerza; es decir, cogido, secuestrado, usurpado durante su desmayo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Mandé á buscar un médico, mientras hacía la cena—añadió Sola observando con la mayor complacencia el buen apetito de Sarmiento.—Yo creí que al pobre hombre no le vendrían mal estos cuidados. Yo dije para mí: "Cuando se ponga bueno y se le despeje la cabeza, abrirá de nuevo la escuela, se llenarán sus bolsillos, y podrá vivir otra vez solo y holgado en su casa. Entre tanto lo conservaré en la mía, si quiere, y partiré con él lo poco que tengo.„

—¡Cuidarme, conservarme aquí, darme un asilo!...—murmuró D. Patricio con cierto aturdimiento.

—Me han dicho que el casero le va á plantar á usted en la calle esta semana.

—Ese troglodita será capaz de hacerlo como lo dice.

—En aquel cuarto le he preparado á usted una cama—manifestó Soledad, señalando una alcoba cercana.

D. Patricio miró y vió un lecho, cuyas cortinas blancas le deslumbraron más que si fueran rayos de sol.

—¡Una cama!... ¡para mí!... ¡para mí que hace cinco meses duermo en el suelo!...

—Aquí podrá usted vivir. Yo estoy sola, quizá lo esté por mucho tiempo,—añadió la joven poniendo delante del anciano un plato de uvas.—La casa es demasiado grande para mí... No tendrá usted que ocuparse de nada... le cuidaré, le alimentaré.

—¡Me cuidará, me alimentará!... Repito que esto es magia.

—Es caridad... ¿Por ventura no entienden de caridad los patriotas?

—Sí entendemos, sí;—replicó Sarmiento tan aturdido ya que no sabía qué decir.—¡La caridad! sublime sentimiento. Pero no ha de sobreponerse al tesón ni á la fijeza de ideas. La caridad puede llegar á ser un mal muy grande si se emplea en los enemigos de la patria, en los ministros del error... ¿Qué le parece á usted?

—Que las uvas no deben de ser ministros del error, según las ha acogido usted.

—Están riquísimas... Yo ¿cómo negarlo? agradezco á usted estos obsequios... Quizás pueda algún día corresponder á tantas finezas con otras igualmente delicadas... Con que dice que me dará una cama...

—Aquella...

—Y desayuno...

—También.

—Y comida...

—Y cena. Soy pobre; pero tengo para vivir algún tiempo. Después

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Dios nos dará más. Ya ve usted que si á veces quita, también da cuando menos se espera.

—Es cierto, sí, es cierto—dijo Sarmiento con viva emoción que se apresuró á disimular.—Pero me asombra una cosa.

—¿Qué?

—La poca memoria de usted.

—¿Poca memoria? En verdad no es mucha—dijo Sola ofreciéndole un vaso de agua.—Á veces no sirve la memoria sino de estorbo.

—Pues sí—añadió Sarmiento mascullando las palabras y algo cortado.—Usted no se acuerda... de que yo... no era santo de la devoción de su papá de usted... Porque que digan arriba, que digan abajo, su papá de usted conspiraba. Así es que yo... Mire usted, siempre que me acuerdo de esto, tengo una congoja... Cierta noche, cuando llevaron preso al Sr. Gil de la Cuadra, yo... Repito que él conspiraba y que hacían bien en prenderle... Usted recuerda...?

Soledad, pálida y abatida, miraba fijamente el mantel.

—Usted recuerda que su papá... cuando le pusieron las cadenas, ¿eh?... pues, sí, parece que tenía sed. Me pidió agua, y yo no se la quise dar. Hice mal, mal, mal; aquello fué una bellaquería, una brutalidad... una infamia: seamos claros. Más adelante, cuando vivían ustedes en casa de Naranjo... que, entre paréntesis, era un gran bribón, yo... en fin, recordará usted que la noche que murió el Sr. Gil de la Cuadra, me metí en la casa con otros milicianos para registrarla... Confiese usted que teníamos razón, porque su papá de usted conspiraba, es decir, nones, ya no conspiraba, por causa de estar muerto; pero...

La confesión de sus brutales actos de fanatismo costaba al preceptor sudores y congojas; pero sentía la necesidad imperiosa de echar de sí aquel tremendo peso, y como con tenazas iba sacándose las palabras.

—Ello es que yo me porté mal aquella noche... Verdad es que éramos enemigos; que él conspiraba contra la libertad; que yo tenía una misión que cumplir... el Gobierno descansaba en mi vigilancia... Pero de todos modos, señora Doña Solita, usted no obra cuerdamente al tratarme como me trata.

—¿Por qué?—dijo la joven alzando sus ojos llenos de lágrimas.

—Porque somos enemigos políticos.

Bañado el rostro en lágrimas, Sola se echó á reir, lo que producía singular contraste.

—Porque somos enemigos encarnizados... porque me porté mal, y si ahora salimos con que usted me da cama y mesa... Además mi dignidad

(c) 2008 Ministerio de Cultura

no me permite aceptarlo, no señora. Parecerá que he cedido en mis opiniones... que transijo con ciertas ideas.

Sola reía más.

—Usted se burla de mí. Bien: no hablemos más del asunto. Se me figura que usted me perdcna aquellos desmanes. Bien, muy bien. Reconozco que es un proceder admirable; pero yo... póngase usted en mi lugar...

—Me parece—dijo Sola,—que ya es hora de que se acueste usted.

—¿En esa cama?—dijo Sarmiento con incredulidad y abriendo mucho los ojos.

—En esa.

—¡Y tiene colchones!

—Y manta... Ya que tiene usted repugnancia de aceptar lo que le ofrezco, no insistiré—dijo la muchacha con malicia;—pero valga mi hospitalidad por esta noche. Mañana se volverá usted á su casa.

—Bien, bien—exclamó Sarmiento.—Por vida de la chilindraina, que es una excelente idea. Mañana lo decidiremos, y esta noche como estoy tan cansado... En verdad, ¿para qué necesito yo colchones, ni platos exquisitos si están contados mis días?... ¡Ay! La pérdida de mi hijo me ha secado el corazón. Para mí ha concluido el mundo. Conozco que estoy de más y me apresuro á emprender el viaje. Pero ha de saber usted que mi idea es morir gloriosamente, mi plan es tener un fin que corresponda á la grandeza de las doctrinas que he sustentado en vida. Yo no puedo morir como otro cualquiera, señora Doña Solita, y aquí me tiene usted en camino de llenar una página de la historia.

Sola parecía inquieta oyendo los disparates de su huesped.

—Sí señora—añadió Sarmiento exaltándose y echando lumbre por los ojos.—Voy á morir por la patria, voy á morir por la libertad, por esa luz que ilumina al mundo; voy á ser mártir, voy á elevar mi frente como los héroes, conquistando con un fin heróico la inmortalidad.

—Lo que yo veo es que era cierto lo que me habían dicho.

D. Patricio se levantó y tomando una actitud de estátua, prosiguió de este modo:

—¿Á qué arrastrar una vejez oscura y miserable, cuando las circunstancias me brindan con la inmortalidad? El ejemplo de ese héroe á quien he visto conducido como los criminales y que subirá al Calvario dentro de poco, me sirve de guía. ¡Oh luz de mi inteligencia, bendita seas por haberme inspirado esta idea!

Tomando luego bruscamente el tono familiar, dijo á Solita:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Pocos días me restan de vida. Quizás tres, quizás dos, quizás uno solo. Como he de molestar por tan poco tiempo, apreciable señora, me quedaré aquí.

—Está muy bien pensado. Ahora á dormir.

Vino el médico que habían llamado, y Sarmiento le despidió de mal talante, diciendo que no necesitaba medicinas, porque para él, el cuerpo no era nada y el alma todo. El médico, que ya le conocía, encargóle mucho cuidado con la cabeza, advirtiendo reservadamente á Sola que le encerrara si tenía empeño en que tal estafermo viviese. Después de la partida del Galeno, D. Patricio mostró deseos de acostarse.

—Buenas noches, señora—dijo el preceptor entrando en la alcoba.—¿Mañana tomaré chocolate?

—¿Eso había de faltar? Si no fuera por esa dichosa muerte heróica que le espera, le tomaría usted muchos días. ¡Qué necedad privarse de ese gusto por la gloria, que no es más que humo!

—Usted habla en broma—dijo D. Patricio, cuya voz se oía débilmente desde la sala, porque había cerrado la puerta para acostarse.—No puedo comprender que su claro entendimiento compare unas cuantas onzas de soconuzco con la inmortalidad y la gloria... ¡Ah! señora mía, lo único que me consuela de la pérdida que acabo de experimentar, es el saber que mi adorado hijo está gozando de esa inextinguible luz de la gloria, premio justo de los que han muerto defendiendo la libertad. ¡Mártir sublime, que Dios te bendiga como te bendigo yo! ¡Yo que me apresuro á imitarte!... ¿Solita, se ha marchado usted?

—No señor, aquí estoy oyéndole con mucho gusto. ¡Cuánto siento la muerte del pobre Lucas! .. Era tan buen muchacho!...

—¡Válgame Dios lo que he perdido! Era un dechado de virtudes—dijo Sarmiento dando un gran suspiro,—y de amor filial. Su inteligencia superior se remontaba á las más altas concepciones. Su valor indomable no tenía igual, y creeríase al verle que en él había resucitado un héroe antiguo. Vamos, que en aquel famoso 7 de Julio, dejó bien puesto el pabellón... ¡Pobre hijo mío! Sus nobles facciones eran idénticas á las de su madre. ¡Si supiera usted cuán hermosa era mi Refugio!... ¿Está usted ahí, Solita?

—Aquí estoy. Sí, debía de ser muy hermosa Doña Refugio.

—¡Ah! ¡Si usted la hubiera visto!... ¡Qué boca!... ¡qué ojos!... ¡qué pié!... Me parece que la estoy mirando. La llamaban la diosa de Calabazar del Buey, por ser este el lugar de su nacimiento... ¡Oh dulces memorias! ¿por qué venís á atormentarme en estas aflictivas horas?... Yo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

me enamoré de Refugio como un insensato, porque siempre he sido así, un fuego vivo. ¡Cuánto me costó sacarla de la casa paterna!... en fin, nos unimos en dulce lazo el día de la Encarnación... Por Noche-Buena nació nuestro Lucas, que parecía una bola de oro y manteca... ¡Oh tiempos!... Señora Doña Solita?

—¿Qué?

—¿Se ha marchado usted?

—No señor, aquí estoy.

—Parece que se ríe usted.

—De ningún modo.

—Hágame usted el favor de abrir la puerta, porque deseo verla á usted antes de dormir. Es una necesidad de mi pobre espíritu.

Soledad abrió. Completamente arrebujado en las sábanas, D. Patricio no mostraba más que la cabeza.

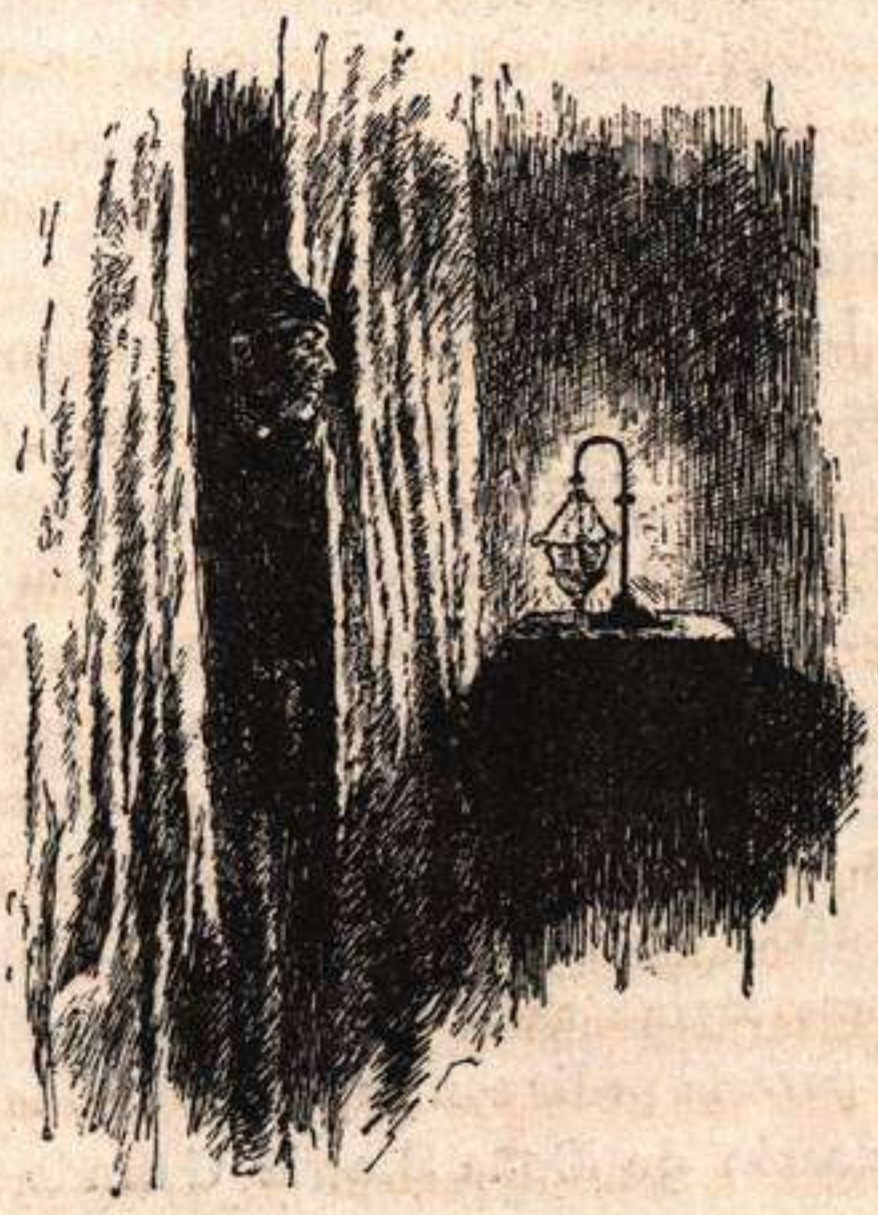
—Está usted mucho más guapa que cuando vivía el Sr. Gil de la Cuadra—insinuó el viejo.

—Podrá ser.

—¿Se acuesta usted ya?

—Antes tengo que hacer.

—Pues buenas noches, porque á causa del mucho cansancio... Perdone usted mi descortesía; pero no lo puedo remediar: me duermo como un animal. ¡Oh gloria, oh lauros inmortales, oh libertad!... Esta cama... es tan... buena...



(c) 2008 Ministerio de Cultura

IV

PASANDO sobre treinta y cinco días, nos trasladamos con el lector al 6 de Noviembre.

La plazuela de la Cebada, prescindiendo del mercado que hoy la ocupa desfigurándola y escondiendo su fealdad, no ha variado cosa alguna desde 1823. Entonces, como hoy, tenía aquel aire villanesco y záfio que la hace tan antipática, el mismo ambiente malsano, la misma arquitectura irregular y ramplona. Aunque parezca extraño, entonces las casas eran tan vetustas como ahora, pues indudablemente aquel amasijo de tapias agujeradas no ha sido nuevo nunca. La iglesia de Nuestra Señora de Gracia, viuda de San Millán desde 1868, tenía el mismo aspecto de almacén abandonado, mientras su consorte, arrinconado entre las callejuelas de las Maldonadas y San Millán, parecía pedir con suplicante modo que le quitaran de en medio. La fundación de Doña Beatriz Galindo no daba á la plaza

(c) 2008 Ministerio de Cultura

sino podridos aleros, tuertos y llorosos ventanuchos, medianerías cojas y covachas miserables. La elegante cúpula de la capilla de San Isidro, elevándose en segundo término, era el único placer de los ojos en tan feo y triste sitio.

Esta plazuela había recibido de la Plaza Mayor, por donación graciosa, el privilegio de despachar á los reos de muerte, por cuya razón era más lúgubre y repugnante. Aquella boca monstruosa y fétida se había tragado ya muchas víctimas, y ¡cuántas le quedaban aún por tragar desde aquella célebre fecha de Noviembre de 1823, que ennobleció la plaza-cadalso, dándole nombre más decoroso que el que siempre ha llevado!

En la mañana del 6 estaba llena de curiosos que por las calles afluyentes entraban para ver dos palos largos plantados en medio de tal plaza, y asistir con curiosidad afanosa á la tarea de seis hombres que se ocupaban en unir los topes de dichos árboles con un tercer madero horizontal. Los corrillos eran muchos y la gente iba y venía paseando como en los preliminares de una fiesta. Veíanse hombres uniformados, otros con armas y sin uniforme, mucha gente del populacho que por aquellos barrios abajo tiene sus albergues, y no pocas personas de la clase acomodada. Un hombre alto, seco, moreno, de ojos muy saltones, de rostro fiero y ademán amenazador, mirar insolente, boca bravía, como de quien no muerde por no menoscabar la dignidad humana; un hombre que francamente mostraba en todo su condición perversa, y en cuyo enjuto esqueleto el uniforme de brigadier parecía una librea de verdugo, avanzó resueltamente por entre el gentío, abriéndose calle bastón en mano; y dirigiéndose después con airada voz y gesto á los que trabajaban en el cadalso, les dijo:

—¡Malditos!... Mal haya el pan que se os dá... ¿No he mandado que se pusieran los palos más grandes que hay en los almacenes de la Villa?

Uno que parecía jefe de los aparejadores balbució algunas excusas que no debieron de satisfacer al vestiglo, porque al punto soltó por su abominable boca nueva andanada de denuestos.

—¡Ahora mismo, ahora mismo, canallas!... quitarme de ahí ese juguete, si no quieren que los cuelgue en él... Traigan los palos grandes, los más grandes, aquellos que estaban la semana pasada en el Canal... ¿Entienden lo que digo?... ¿Hablo yo en castellano?... Los palos grandes.

Otra vez se disculparon los aparejadores, pero el del bastón repitió sus órdenes.

—Si hace falta más gente, venga más gente... Estos holgazanes no

(c) 2008 Ministerio de Cultura

comprenden la gravedad de las circunstancias, ni están á la altura de un suceso como este... Por vida del Santísimo Sacramento, que yo les haré andar á todos derechos!... Sr. Cuadrado, lleve usted al Canal á todos lós operarios de la Villa para trasportar esos leños, y si no iré yo mismo, que lo mismo sirvo para un fregado que para un barrido.

Tres horas más tarde, el deseo de aquel hombre tan atroz se empezaba á cumplir, y la gente allí reunida (porque había más gente) vió que se elevaban con gran majestad dos maderos como mástiles de barco, gruesos, lisos, hermosos, gallardos.

—¡Ah, muy bien!—dijo el endriago, observando desde lejos el golpe de vista.—Esto es otra cosa. Así es como el Gobierno quiere que se haga. ¡Magnífico efecto!

Sus miradas de satisfacción recorrieron toda la plaza, por encima del mar de cabezas, y parecía decir: "¡Feliz el pueblo que tiene al frente de su policía un hombre como yo!„

Clavados los altos maderos, los aparejadores se ocuparon en atar la traviesa horizontal. El efecto era soberbio.

Daba nuevas órdenes para perfeccionar tan bella obra el formidable polizonte, cuando se llegó á él un hombre cuadrado y de semblante oscuro é indescifrable, que le saludó cortesmente.

—¿Qué te parece, Romo, lo que hemos hecho?—dijo el del bastón, cruzando atrás las manos con el emborlado instrumento de su autoridad.

—¡Oh! es la mayor que se ha elevado en Madrid—repuso contemplando la horca.—Y si hubiera maderos de más talla, á mayor altura la pondríamos. Esto debiera verse de toda España.

—Desde todo el mundo; que fuera de aquí también hay pillos á quienes escarmentar... Yo traería mañana á esta plaza á todos los españoles para que aprendieran cómo acaban las bribonadas revolucionarias... No hay enseñanza más eficaz que esta... Como el nuevo Gobierno no se empeñe en ir por el camino de la tibieza, habrá buenos ejemplos, amigo Romo.

—Es que si se empeña en ir por el camino de la tibieza—dijo Romo dando un golpe en el puño de su sable,—nosotros no le dejaremos ir...

—Bien, bien, me gustan esos bríos—afirmó un tercer personaje, casi tan parecido á un gato como á un hombre, y que de improviso se unió á los dos anteriores.—No ha salido el Rey de manos de los liberales para caer en las de los tibios.

—Sr. Regato—dijo el del bastón,—ha hablado usted como los cuatro Evangelios juntos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Sr. Chaperón—añadió Regato,—bien conocidas son mis ideas... ¿Ve usted esa horca? Pues todavía me parece pequeña.

—Se puede hacer mayor—dijo el que respondía al nombre de Chaperón.—Por vida del Santísimo Sacramento, que no se quejará el Cabezudo... y su bailoteo será bien visto.

—¿Conoce usted la sentencia?—preguntó Regato.

—Será conducido á la horca arrastrado por las calles—dijo Romo.—Si hubieran omitido esto los jueces habría sido una gran falta.

—Es claro; hay que distinguir... Según pedía el fiscal, la cabeza se colocará en el pueblo donde dió el grito nefando el año 20, y el cuerpo se dividirá en cuatro cuartos.

—Para poner uno en Madrid, otro en Sevilla, otro en Málaga y otro en la isla de León—añadió Chaperón dando gran importancia á tan horribles detalles.

—Pues ayer se dijo... yo mismo lo oí...—afirmó Regato,—que los dos cuartos delanteros quedarían en Madrid. Yo no lo aseguro; pero así se dijo.

—En puridad—dijo Chaperón, esto no es lo más importante. En vez de perder el tiempo descuartizando buscaremos nueva fruta de cuelga, que no faltará en Madrid... ¿Pero qué alboroto es ese?... ¿Por qué corre mi gente?

Volvió los saltones ojos hacia Nuestra Señora de Gracia, donde los grupos se arremolinaban y se oía murmullo de vivas. El fiero jefe de la Comisión Militar frunció el ceño viendo qne el buen pueblo confiado á su vigilancia relinchaba sin permiso de la policía.

—No es nada, Sr. Chaperón—dijo Regato.—Es que tenemos ahí á nuestro famoso Trapense.

—Hace un rato—añadió Romo,—venía por Puerta de Moros con su escolta.—Entró á rezar en Nuestra Señora de Gracia y ya sale otra vez. Viene hacia acá.

En efecto, avanzaba hacia el centro de la plaza la más estrambótica figura que puede ofrecerse á humanos ojos en esos días de revueltas políticas, en que todo se trasfigura, y sale á la superficie confundido con la clara linfa el légamo social. Era un hombre á caballo, mejor dicho, á mulo. Vestía hábitos de fraile y traía un Crucifijo en la mano, y pendientes del cinto sable, pistolas y un látigo. Seguíanle cuatro lanceros á caballo y rodeábale escolta de gritonas mujeres, pilluelos y otra ralea de gente de esa que forma el vil espumarajo de las revoluciones.

Era el Trapense joven, de color cetrino, ojos grandes y negros,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

barba espesa, con un airecillo más que de feroz guerrero, de truhán redomado. Había sido lego en un convento, en el cual dió mucho que hacer á los frailes con su mala conducta, hasta que se metió á guerrillero, teniendo la suerte de acaudillar con buen éxito las partidas de Cataluña. Conocedor de la patria en cuyo seno había tenido la dicha de nacer, creyó que sus frailunas vestiduras eran el uniforme más seductor para acaudillar aventureros, y al igual de las cortantes armas puso la imagen del Crucificado. En los campos de batalla, fuera de alguna ocasión solemne, llevaba el látigo en la mano y la cruz en el cinto; pero al entrar en las poblaciones colgaba el látigo y blandía la cruz, incitando

á todos á que la besaran. Esto hacía en el momento en que le vemos por la plazuela adelante. Su mulo no podía romper sino á fuerza de cabezadas y tropezones la muralla de devotos patriotas, y él afectando una seriedad más propia de mascarón que de fraile, echaba bendiciones. El Demonio metido á evangelista no hubiera hecho su papel con más

(c) 2008 Ministerio de Cultura

donaire. Viéndole fluctuaba el ánimo entre la risa y un horror más grande que todos los horrores. Los tiempos presentes no pueden tener idea de ello, aunque hayan visto pasar fúnebre y sanguinosa una sombra de aquellas espantables figuras. Sus reproducciones posteriores han sido descoloridas, y ninguna ha tenido popularidad, sino antes bien, el odio y las burlas del país.

Cuando el bestial fraile, retrato fiel de Satanás á caballo, llegó junto al grupo de que hemos hablado, recibió las felicitaciones de las tres personas que lo formaban y él les hizo un saludo marcial alzando el Crucifijo hasta tocar la sien.

—Bien venido sea el padre Marañón—dijo el jefe de la Comisión Militar acariciando las crines del mulo, que aprovechó tal coyuntura para detenerse.—¿Á dónde va tanto bueno?

—Hombre... también uno ha de querer ver las cosas buenas—replicó el fraile.—¿Á qué hora será eso mañana?

—Á las diez en punto—contestó Regato.—Es la hora mejor.

—¡Cuánta gente curiosa!... No me han dejado rezar, Sr. Chaperón,—añadió el fraile inclinándose como para decir una cosa que no debía oir el vulgo.—Usted, que lo sabe todo, dígame ¿con que es cierto que se nos marcha el Príncipe?

—¿Angulema? Ya va muy lejos camino de Francia. ¿Verdad, padre Marañón, que no nos hace falta maldita?

—¿Pues no nos ha de hacer falta, hombre de Dios?—dijo el fraile andante soltando una carcajada que asemejó su rostro al de una gárgola de catedral despidiendo el agua por la boca.—¿Qué va á ser de nosotros sin figurines? Averigüe usted ahora cómo se han de hacer los chalecos y cómo se han de poner las corbatas.

Los tres y otros intrusos que oían rompieron á reir, celebrando el donaire del Trapense.

—Queda de general en jefe el general Bourmont.

—Por falta de hombres buenos á mi padre hicieron alcalde—dijo Chaperón.—Si Bourmont se ocupara en otra cosa que en coger moscas, y se metiera en lo que no le importa, ya sabríamos tenerle á raya.

—Me parece que no nos mamamos el dedo—repuso el fraile.—Y me consta que Su Majestad viene dispuesto á que las cosas se hagan al derecho, arrancando de cuajo la raíz de las revoluciones. Dígame usted, ¿es cierto que se ha retractado en la capilla?

—¿Quién, Su Majestad?

—No, hombre, Rieguillo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—De eso se trata. El hombre está más maduro que una breva. ¿No va usted por allá?

—¿Por la capilla?... No me quedaré sin meter mi cucharada... Ahora no puedo detenerme: tengo que ver al obispo para un negocio de bulas y al Ministro de la Guerra para hablarle del mal estado en que están las armas de mi gente... Con Dios, señores... ¡arre!

Y echó á andar hacia la calle de Toledo, seguido del entusiasta cortejo que le vitoreaba. Chaperón, después de dar las últimas órdenes á los aparejadores y de volver á observar el efecto de la bella obra que se estaba ejecutando, marchó con sus amigos hacia la calle Imperial, por donde se dirigieron todos á la carcel de Corte. En la plazuela había también gente, de esa que la curiosidad, no la compasión, reune frente á un muro detrás del cual hay un reo en capilla. No veían nada, y sin embargo, miraban la negra pared, como si en ella pudiera descubrirse la sombra, ó si no la sombra, misterioso reflejo del espíritu del condenado á muerte.

Los tres amigos tropezaron con un indivíduo que apresuradamente salía de la Sala de Alcaldes.

—¡Eh! no corra usted tanto, Sr. Pipaón—gritóle el de la Comisión militar.—¿Á dónde tan á prisa?

—Hola, señores, salud y pesetas—dijo el digno varón deteniéndose. —¿Van ustedes á la capilla?...

—No hemos de ser los últimos. ¿Qué tal está mi hombre?

—Va á comer... Una mesa espléndida, como se acostumbra en estos casos. Con que Sr. Chaperón, Sr. Regato...

—¡Á dónde va usted que más valga!—dijo Chaperón deteniéndole por un brazo.—¿Hay trabajillo en la oficina?

—Yo no trabajo en la oficina, porque estoy encargado de los festejos para recibir al Rey—repuso Bragas con orgullo.

—¡Ah! no hay que apurarse todavía.

—Pero no es cosa de dejarlo para el último día. No preparamos una chabacanería como las del tiempo constitucional, sino una verdadera solemnidad regia, como lo merecen el caso y la persona de Su Majestad. El carro en que ha de verificar su entrada se está construyendo. Es digno de un Emperador romano. Aún no se sabe si tirarán de él caballos ó mancebos vistosamente engalanados. Es indudable que llevarán las cintas los voluntarios realistas.

—Pues se ha dicho que nosotros tiraríamos del carro—dijo Romo con énfasis, como si reclamara un derecho.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Ahí tiene usted un asunto sobre el cual no disputaría yo—insinuó Regato blandamente.—Yo dejaría que tiraran los caballos.

—Ya se decidirá, señores, ya se decidirá á gusto de todos—dijo Bragas con aires de transacción.—Lo que me trae muy preocupado es que... verán ustedes... me he propuesto presentar ese día doscientas ó trescientas majas lujosamente vestidas. ¡Oh! ¡qué bonito espectáculo! Costará mucho dinero ciertamente; pero ¡qué precioso efecto! Ya estoy escogiendo mi cuadrilla. Doscientas muchachas bonitas no son un grano de anís. Pero yo las tomo donde las encuentro... ¿eh? De los trajes se encarga el Ayuntamiento... Me han dado fondos. ¡Caracoles! es una cuestión peliaguda... espero lucirme.

—Este Pipaón es de la piel de Satanás... ¿De dónde va á sacar ese mujerío?

—Yo daría la preferencia á los arcos de triunfo—dijo Romo.—Es mucho más serio.

—¿Arcos?... Si ha de haber cuatro. Por cierto que el Sr. Chaperón nos ha hecho un flaco servicio llevándose para la horca los grandes mástiles que sirven para armar arcos de triunfo.

—Hombre, por vida del Santísimo Sacramento—dijo Chaperón mostrando un sentimiento que en otro pudiera haber sido bondad,—ya servirán para todo. Pues qué, ¿vamos á ahorcar á media España?

—Entre paréntesis, no sería malo. . Con que ahora sí que me voy de veras.

Estrechó Pipaón sucesivamente la mano de cada uno de sus tres amigos.

—Ya nos veremos luego en las oficinas de la Comisión.

—Pues qué, ¿hay algo nuevo?

—Hombre, no se puede desamparar á los amigos.

—¡Recomendaciones!—vociferó el brigadier mostrando su fiereza.—Por vida del Santísimo, que eso de las recomendaciones y las amistades me incomoda más que la evasión de un prisionero. Así no hay justicia posible, Sr. Pipaón, así la justicia, los castigos y las purificaciones no son más que una farsa.

El terrible funcionario se cruzó de brazos, conservando fuertemente empuñado el símbolo de su autoridad.

—Es claro—añadió Romo por espíritu de adulación,—así no hay justicia posible.

— No hay justicia posible—repitió Regato como un eco del cadalso.

—Amigo Chaperón—dijo el astuto Bragas con afabilidad y desviando

(c) 2008 Ministerio de Cultura

un poco del grupo al Comisario para hablarle en secreto,—cuando hablo de amigos me refiero á personas que no han hecho nada contra el régimen absoluto.

—Sí, buenos pillos son sus amigos de usted.

—No es más sino que al pobre D. Benigno Cordero le está molestando la policía de Zaragoza y es posible que lo pase mal. Ya recordará usted que D. Benigno dió cien onzas bien contadas porque se le comprendiera en el Decreto del 2 de Octubre fechado en Jerez. Acogiéndose á la proscripción se libraba de la carcel y quizás de la horca... Pues en Zaragoza me le han puesto en un calabozo. Eso no está bien...

—Bueno, bueno—dijo Chaperón disgustado de aquel asunto. También Romo me ha recomendado á ese Cordero.

Romo no dijo una palabra, ni abandonó aquella seriedad que era en él como su mismo rostro.

—Por última vez, señores, adios—chilló Bragas,—ahora sí que me voy de veras.

—Abur.

Dirigiéronse á la puerta de la carcel por la calle del Salvador; pero les fué preciso detenerse porque en aquel momento entraba una cuerda de presos. Iban atados como criminales que recogiera en los caminos la antigua Hermandad de Cuadrilleros, y por su traje, ademanes, y más aún por el modo de expresar su pena, debían de pertenecer á distintas clases sociales. Los unos iban serenos y con la frente erguida; los otros abatidos y llorosos. Eran veinte y dos entre varones y hembras, á saber: tres patriotas de los antiguos clubs, dos ancianos que habían desempeñado durante el régimen caido el cargo de vocales del Supremo Tribunal de Justicia, un eclesiástico, dos toreros, cuatro cómicos, un chico de siete años, descalzo y roto, tres militares, un indefinido, como

(c) 2008 Ministerio de Cultura

no se le clasificara entre los pordioseros, una señora anciana que apenas podía andar, dos de buena edad y noble continente, que pertenecían á clase acomodada, y dos mujeres públicas.

Chaperón echó sobre aquella infeliz gente una mirada que bien podía llamarse amorosa, pues era semejante á las del artista contemplando su obra, y cuando el último preso (que era una de las damas de equívoca conducta) se perdió en el oscuro zaguán de la prisión, rompió por entre la multitud curiosa y entró también con sus amigos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

V

o más cruel y repugnante que existe después de la pena de muerte es el ceremonial que la precede y la lúgubre antesala del cadalso con sus cuarenta y ocho mortales horas de capilla. Casi es más horrendo que la horca misma aquella larga espera y agonía entre la vida y la muerte, durante la cual la víctima es expuesta á la compasión pública, como son expuestos á la pública curiosidad los animales raros. La ley, que hasta entonces se ha mostrado severa, muéstrase ahora ferozmente burlona, permitiéndole la compañía de parientes y amigos y dándole de comer á qué quieres boca. Algún condenado de clase humilde prueba en esos dos días platos y delicadas confituras, cuyo sabor no conocía. Señores, sacerdotes y altos personajes le dan la mano, le dirigen vulgares palabrillas de consuelo, y todos se empeñan en hacerle creer que es el hombre más feliz de la creación, que no debe envidiar á los que incurren en la tontería de seguir viviendo, y que estar en capilla con el implacable verdugo á la puerta es una delicia. Sin embargo, á nadie se le ha ocurrido solicitar expresamente tanta felicidad, ni contar á Nerón, Lúis XI, D. Pedro de Castilla, Felipe II, Robespierre y Fernando VII entre los bienhechores de la humanidad.

Desde el 5 de Noviembre á las diez de la mañana gustaba D. Rafael del Riego las dulzuras de la capilla. Aquel hombre famoso, el más pequeño de los que aparecen ingeridos sin saber cómo en las filas de los grandes, mediano militar y pésimo político, prueba viva de las locuras de la fama y usurpador de una celebridad que habría cuadrado mejor á otros caracteres y nombres condenados hoy al olvido, acabó su breve carrera sin decoro ni grandeza. Un noble martirio habría dado á su figura el realce heróico que no pudo alcanzar en tres años de impaciente agitación y bullanga; pero tan desgraciada era la libertad en nuestro

(c) 2008 Ministerio de Cultura

país, que ni al morir bajo las soeces uñas del absolutismo, pudo alcanzar la dignidad y el prestigio de la idea que se avalora sucumbiendo. Pereció como la pobre alimaña que espira chillando entre los dientes del gato.

La causa del revolucionario más célebre de su tiempo fué un tejido de iniquidades y de absurdos jurídicos. Lo que importaba era condenarle emborronando poco papel, y así fué. Desde que le leyeron la sentencia el preso cayó en un abatimiento lúgubre, hijo según algunos, de sus dolencias físicas. Creeríase que confiaba hasta entonces en la clemencia de los llamados jueces ó del Rey, que es todo el caudal de inocencia que puede caber en espíritu de hombre nacido. Á diferencia de otros que en horas tan tremendas se atracan de los ricos manjares con que engorda el verdugo á sus víctimas, no quiso comer ó comió muy poco. Ningún amigo pudo visitarle, porque la visita hubiera sido quizás el primer paso para compañía perpétua hasta la eternidad; pero le vieron muchos indivíduos particulares de categoría, deseosos de hartar sus ojos con la vista de aquel hombre que conmovió con su nombre á toda España; sacerdotes que solícitamente se prestaban á encaminarle al cielo; hermanos de diversas hermandades; personas varias, en fin, compungidas las unas, indiferentes otras, curiosas las más; pero en tal número que no dejaban al preso un momento de descanso.

Estaba frío, caduco, con los ojos fijos en el suelo, amarillo como las velas que ardían junto al Crucifijo del altar. Á ratos suspiraba, parecía vagar en sus labios la palabra *perdón*, acometíanle desmayos y hacía preguntas triviales. Ni mostró apego á las ideas políticas que le habían dado tanto nombre, ni dió alas á su espíritu con la unción religiosa, sino que se abatía más y más á cada instante, apareciendo quieto sin estoicismo, humilde sin resignación. Chaperón y otros de igual talla gozaban viendo llorar como un alumno castigado al general de la libertad, al pastor que con la mágia de su nombre arrastraba tras sí al rebaño de los pueblos. En el delirio de su triunfo no habían ellos soñado con una caida semejante que les desembarazara no sólo de su enemigo mayor, sino del prestigio de todos los demás.

La retractación del héroe de las Cabezas fué una de las más ruidosas victorias del bando absolutista. ¡Qué mayor triunfo que mostrar á los pueblos un papel en que de su puño y letra había escrito el hombre diminuto estas palabras: "Asimismo publico el sentimiento que me "asiste por la parte que he tenido en el Sistema llamado constitucional, "en la revolución y en sus fatales consecuencias, por todo lo cual pido

(c) 2008 Ministerio de Cultura

"perdón á Dios de mis crímenes...„ Han quedado en el misterio las circunstancias que acompañaron este arrepentimiento escrito, y aunque el caracter de Riego y su pusilanimidad en las tremendas horas justifican hasta cierto punto aquella genuflexión de su espíritu, puede asegurarse que no hubo completa espontaneidad en ella. El fraile que le asistía, Chaperón y el escribano Huerta sabrían acerca de este suceso cosas dignas de pasar á la posteridad, porque á ellos debieron los absolutistas el envilecimiento del personaje más culminante, si no el más valioso de la segunda época constitucional. Ahora, cuando ha pasado tanto tiempo y la losa del sepulcro los guarda á todos, ahorcadores y ahorcados, no podemos menos de deplorar que los que acompañaron en la capilla á D. Rafael del Riego en la noche del 6 al 7 de Noviembre no hubieran hecho públicos después los argumentos empleados para arrancar una abdicación tan humillante.

El 7 á las diez de la mañana le condujeron al suplicio. De seguro no ha brillado en toda nuestra historia un día más ignominioso. Es tal que ni aun parece digno de ser conocido, y el narrador se siente inclinado á volver, sin leerla, esa página sombría, y á correr tras de una ficción verosímil que embellezca la descarnada verdad histórica. Una víctima sin nobleza, arrastrada al suplicio por verdugos sin entrañas es el espectáculo más triste que pueden ofrecer las miserias humanas; es el mal puro sin porción ninguna de bien, de ese bien moral que aparece más ó menos claro aun en los más horrendos excesos del furor político y en los suplicios á que es sometida la inocencia. Una víctima cobarde parece que enaltece al verdugo, y al hablar de cobardía no es que echemos de menos la arrogancia fanfarrona con que algunos desgraciados han querido dar realce teatral á su postrer instante, sino la dignidad personal que, unida á la resignación religiosa, rodean al mártir jurídico de una brillante aureola de simpatías y compasión. Ninguna de aquellas especies de valor tuvo en su desastroso fin el general Riego, y creeríase al verle que víctima y jueces se habían confabulado para cubrir de vilipendio el último día de la libertad y hacer más negro y triste su crepúsculo. La grosería patibularia y el refinamiento en las fórmulas de degradación empleadas por los unos, parece que guardaban repugnante armonía con la abjuración del otro.

Sacáronle de la carcel por el callejón del Verdugo, y condujéronle por la calle de la Concepción Jerónima, que era la carrera oficial. Como si montarle en borrico hubiera sido signo de nobleza, llevábanle en un serón que arrastraba el mismo animal. Los hermanos de la Paz y Cari-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dad le sostuvieron durante todo el tránsito para que con la sacudida no padeciese; pero él, cubierta la cabeza con su gorrete negro, lloraba

(c) 2008 Ministerio de Cultura

como un niño, sin dejar de besar á cada instante la estampa que sostenía entre sus atadas manos.

Un gentío alborotador cubría la carrera. La plaza era un amasijo de carne humana. ¿Participaremos de esta vil curiosidad, atendiendo prolijamente á los accidentes todos de tan repugnante cuadro? De ninguna manera. Un hombre que sube á gatas la escalera del patíbulo, besando uno á uno todos los escalones; un verdugo que le suspende y se arroja con él, dándole un bofetón después que ha espirado; una ruín canalla que al verlo en el aire grita: "¡Viva el Rey absoluto„...! ¿acaso esto merece ser mencionado? ¿Qué interés ni qué enseñanza ni qué ejemplo ofrecen estas muestras de la perversidad humana? Si toda la historia fuese así, si no sirviera más que de afrenta, ¡cuán inútil sería! Felizmente aun en aquellos días tan desfavorecidos, contiene páginas honrosas aunque algo oscuras, y entre los miles de víctimas del absolutismo húbolas nobilísimas y altamente merecedoras de la más cordial compasión. Si el historiador acaso no las nombrase, peor para él; el novelista las nombrará, y conceptuándose dichoso al llenar con ellas su lienzo, se atreve á asegurar que la ficción verosímil ajustada á la realidad documentada, puede ser en ciertos casos más histórica y seguramente es más patriótica que la historia misma.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

VI

El triste día de la ejecución todo Madrid asistió á ella, lo mismo los absolutistas rabiosos que los antiguos patriotas, á excepción de los que no podían salir á la calle sin peligro de ser afeitados ó arrojados en los pilones de las fuentes, cuando no hechos trizas por el vulgo. Pero entre tanto gentío faltó un hombre que durante todo el verano había vivido casi constantemente en la calle, entreteniendo á los desocupados y dando que reir á los pícaros. Echábanle de menos en las esquinas de la Puerta del Sol y en los diversos mentideros, por lo cual le creían muerto. No era cierto. Sarmiento vivía, gozando además de una regular salud.

La primera noche que se quedó en casa de Solita durmió de un tirón once horas, y habiendo despertado al medio día, llamó con fuertes voces para que le llevaran chocolate. Dióselo la misma dueña de la casa con mucha amabilidad, y entre sorbo y sorbo, el preceptor decía:

—Puedo aceptar estos obsequios porque hoy mismo entraré por la senda á que me lleva mi destino... Si fuera por mucho tiempo de ningún modo aceptaría... Mi caracter, mi dignidad, los recuerdos de nuestro antagonismo no me lo permiten.

—¿Qué tal está el chocolate?—le preguntó Sola con malignidad.

—Así, así... mejor dicho, no está mal... quiero decir, muy bueno, excelente, ó hablando con completa franqueza, riquísimo.

—¿Hoy se marcha usted?

—Ahora mismo... Me presentaré á las autoridades—repuso Sarmiento dejando el canjilón y arropándose de nuevo entre las sábanas,—y les diré: "Aquí teneis, infames sicarios, al que os ha hecho tanto daño; quitadme esta miserable vida; bebed mi sangre, caníbales. Quiero compartir la inmortalidad del insigne Riego...„

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Todo eso va á decir usted?... Pues un poco perezosillo está mi buen viejo para hacer y decir tantas cosas.

—¡Yo perezoso!—exclamó incorporando el anguloso busto y extendiendo los brazos:—¡Venga al punto mi ropa!

Soledad le mostró ropa blanca limpia y planchada.

—He estado arriba—dijo.

—¿En mi casa?

—Sí; saqué la llave del bolsillo de usted, subí, revolví todo buscando ropa mejor que la que usted tiene puesta... pero no encontré nada.

—¡Cómo había de encontrar, alma de Dios, lo que no tengo! No se burle usted de mi miseria.. Pero entendámonos, ¿qué ropa es esa que me ofrece?

—Estaban en la casa... son piezas desechadas, pero en buen uso.

—¡Ah! ya... es ropa desechada del Sr. D. Salvador Monsalud... Pues mire usted, si fuera obsequio de otra persona lo rehusaría; pero siendo de aquel noble patriota lo acepto. Conste que no he pedido nada.

—De ropa exterior podríamos arreglarle algunas piezas decentes—dijo Sola sonriendo,—siempre que usted tarde algunos días en marchar á la inmortalidad.

—¡Tardar! Basta de bromas... ¿Para qué quiero yo ropas bonitas? ¿Voy acaso á entrar en algún salón de baile, ó en los Elíseos Campos, donde los justos se pasean envueltos en mantos de nubes?... Figúrese usted la falta que me hará á mí la buena ropa...

—Puede que tarden en matarle á usted un mes ó dos. Y si siguen estos fríos no le vendrá mal una buena capa.

—Tanto como venir mal precisamente no... ¿La tiene usted?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—La buscaremos.

—No, no es preciso... Voy á levantarme.

—Soledad se retiró y al poco rato apareció en la sala D. Patricio completamente vestido. Sentóse en el sofá, y contemplando á la joven con bondadosa mirada, dijo así:

—Desde el tiempo de mi Refugio, no había dormido en una cama tan buena... ¡Ay! ¡ella era tan hacendosa, tan casera! Nuestro domicilio estaba como un oro, y nuestro lecho nupcial podía haber servido para que en él se revolcara un Rey... ¡Pobre Refugio! Si me vieras en mi actual miseria... ¡Pobre Lucas, pobre hijo mío! Hoy tu muerte es digna de envidia, porque estás en la morada de los héroes y de los elegidos; pero tu padre no tiene consuelo, ni puede vivir sin verte...

Derramó algunas lágrimas y por largo rato estuvo silencioso y cabizbajo, dando muestras de verdadero dolor. Soledad, ocupada en sus quehaceres, no se presentó á él sino á la hora de la comida.

—Supongo que no saldrá usted hasta después de comer—le dijo poniendo la mesa.

—Saldré antes, ahora mismo, señora—dijo Sarmiento irguiéndose súbitamente como un asta de bandera.—El peso de la vida me es insoportable. Una voz secreta me grita: "Anda, corre...„ Todo mi sér avanza en pos de la gloria que me está destinada.

—¡Cuánto mejor irá usted después de comer!... ¿Es que desprecia usted mi mesa?

—¡Oh! no señora, de ningún modo—replicó Sarmiento con cortesía;—pero conste que sólo por acompañar á usted...

Comieron tranquilamente, siendo de notar que el espiritual D. Patricio, creyendo sin duda poco conveniente el aventurarse por los ideales senderos con el estómago vacío, dióse prisa á llenarlo de cuanto la mesa sustentaba.

—¡Qué buena comida!—dijo permitiendo á su paladar aquel desliz de sensualismo.—¡Qué bien hecho todo, y con cuánto primor presentado! Solita, si usted se casa, su marido de usted va á ser el más feliz de los hombres.

Al final de la comida, los ojos de D. Patricio brillaron con resplandores de gozo, viendo una taza llena de negro licor.

—¡También café!... ¡Oh! ¡cuánto tiempo hace que no pruebo este delicioso líquido!... el néctar de los dioses, el néctar de los heroes... Gracias, mil gracias por tan delicada fineza.

—Yo sabía que á usted le gusta mucho este brevaje.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Gracias!... ¡y qué bueno es!... ¡qué aroma!

—Será el último que beba usted, porque en la carcel no dan estas golosinas.

—¿Y qué importa?—repuso el anciano con solemne acento.—¿Acaso somos de alfeñique? Cuando un hombre se decide á escalar con gigantesco pié el último círculo del cielo, ¿de qué vale el liviano placer de los sentidos?

Dijo, y poniéndose el farolillo de fieltro que desempeñaba en su cabeza las funciones propias de un sombrero, se dispuso á salir.

—Adios, señora— murmuró,—gracias por sus atenciones, que no esperaba en persona de quien soy encarnizado enemigo... político. Su papá de usted y yo nos aborrecimos y nos aborreceremos en la otra vida... Abur.

Salió precipitadamente hacia la puerta, mas no pudiendo abrirla, volvió diciendo:

—La llave, la llave...

Soledad rompió á reir.

—¡Y creía el muy tonto que le iba á dejar salir!—exclamó.—No faltaba más. Eso querrían los chicos para divertirse. ¿Quiere usted quitarse ese sombrero, hombre de Dios, y sentarse ahí y estarse tranquilo?

—Señora, señora,—dijo Sarmiento moviendo la cabeza y pateando ligeramente en muestra de su decoroso enfado,—ábrame usted la puerta y déjeme en paz, que cada uno va á su destino y el mío es... el que yo me sé.

—No abro.

—Señora, señorita, que yo soy hombre de poca paciencia. Abrame usted la puerta, ó reñimos de veras.

—Que no abro la puerta—repuso Sola,—remedando el tonillo de cantinela de su digno huésped.

—Basta de bromas, basta, repito—vociferó Sarmiento tomando el aire y tono tragi-cómicos que empleaba al reprender á los alumnos.—Yo soy un hombre formal... De mí no se ríe nadie y menos una chiquilla loca... Ea, niña sin juicio, abra usted si no quiere saber quién es Patricio Sarmiento.

—Un loco, un majadero, un vagabundo de las calles, á quien es preciso recoger por caridad y encerrar por fuerza, para que no se degrade en las calles como un pordiosero, haciendo el saltimbanquis y muriéndose de miseria, ya que por el estado de su cabeza no puede morirse de vergüenza.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Esto lo dijo la muchacha con tanta seriedad y entereza, que por breve rato estuvo el patriota aturdido y confuso.

—Aquí hay algo, aquí hay algún designio oculto que no puedo comprender — afirmó el anciano, — pero que tiene por objeto, sí, tiene por objeto impedir una resolución demasiado ruidosa y que quizás perjudicaría al absolutismo.

Otra vez se echó á reir Sola de tan buena gana, que Sarmiento se enfureció más.

—Por vida de la Chilindraina—gritó agitando sus brazos,—que si usted no me da la llave, la tomaré yo donde quiera que se encuentre.

—Atrévase usted—dijo Soledad con festiva afectación de valor, incorporándose en su asiento.—Mujer y sin fuerzas no temo á un fastasmón como usted... Quieto ahí, y cuidado con apurarme la paciencia.

—Señora, no puedo creer sino que usted se ha vuelto loca—gruñó Sarmiento con sarcasmo.—¡Querer detener á un hombre como yo! No sabe usted las bromas que gasto. Repito que aquí hay una conjuración infame... ¡Oh! si es usted hija del conspirador más grande que han abortado los despóticos infiernos... ¡Ah, taimada muchachuela! ahora me explico á qué venían los chocolatitos, la ropita blanca, el buen cocido y mejor sopa... ¡Quite usted allá! ¿Cree usted que con eso se ablanda este bronce? ¿Cree usted que así se abate esta montaña? ¿Soy yo de mantequillas? Aunque fuera preciso derribar á puñetazos estas paredes y arrancar con los dientes esos cerrojos del despotismo, yo lo haría, yo... porque he de ir á donde me llama mi hado feliz, y mi hado *fatum* que decían los antiguos, se ha de cumplir, y la víctima preciosa inscrita en el eterno libro no puede faltar, ni la sangre redentora puede dejar de derramarse, ni la libertad ha de quedarse sin la víctima que necesita. De modo que saldré, pese á quien pese, aunque tenga que emplear la fuerza contra miserables mujeres, lo que es impropio de la nobleza de mi caracter.

—¿Se atreverá usted?

—Sí; deme usted la llave de esa puerta nefanda—contestó Sarmiento con énfasis petulante que no tenía nada de temible,—ó se arrepentirá usted de su crímen... porque esto es un crímen... ¡La llave, la llave!

—Ahora lo veremos.

Corriendo afuera, prontamente volvió Sola con un palo de escoba, y enarbolándole frente á D. Patricio, le hizo retroceder algunos pasos.

—Aquí están mis llaves, pícaro, vagabundo. Ó renuncia usted á salir ó le rompo la cabeza.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Señora—exclamó D. Patricio acorralado en un ángulo de la sala.—No abuse usted de mi delicadeza... de mi dignidad, que me impide

poner la férrea mano sobre una hembra... ¡Esto es un ardid, pero qué ardid!... una trama verdaderamente absolutista.

—Siéntese usted—gritó Soledad conteniendo la risa y sin dejar el argumento de caña.—Fuera el sombrero.

--Vaya, me siento y me descubro—repuso Sarmiento con la sumisión del esclavo.—¿Qué más?

—¿Se compromete usted á no salir en quince días?

—Jamás, jamás, jamás. Antes la muerte—murmuró cerrando los ojos.—Pegue usted.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Esto es una broma—dijo Soledad arrojando el palo, sentándose junto al anciano y poniéndole la mano amorosamente sobre el hombro. —¿Cómo había yo de castigar al pobre viejecito demente y miserable que pasa la vida por las calles divirtiendo á los muchachos? Si no hay en el mundo sér alguno más digno de lástima... ¡Pobre viejecillo! Me he propuesto hacer una buena obra de caridad y lo he de conseguir. Yo he de traer á este infeliz á la razón. ¿Y cómo? Asistiéndole, cuidándole, dándole de comer cositas buenas y sabrosas, arreglándole su ropa para que esté decente y no tenga frío, proporcionándole todo lo necesario para que no carezca de nada y tenga una vejez alegre y pacífica.

Estas palabras debierɔn hacer ligera impresión en el espíritu del viejo, porque moviendo la cabeza, se dejó acariciar y no dijo nada.

—Jesucristo nos manda hacer bien á los pobres, cuidar á los enfermos y aliviar á los menesterosos—añadió Sola acercando su agraciado rostro á la rugosa efigie del vagabundo.—Y cuando esto se hace con enemigos, el mérito es mayor, mucho mayor, y el placer de hacerlo también aumenta. Recordando que este pobre iluso y fanático negó un vaso de agua á mi padre en un trance terrible, más me alegro de hacerle beneficios, sí, porque además yo sé que este desgraciado vejete loco no es malo en realidad, ni carece de buen corazón, sino que por causa del condenado fanatismo hizo aquella y otras maldades... Por consiguiente, papá Sarmiento, aquí estarás encerradito, comiendo bien y cenando mejor, libre de chicos, de insultos, de atropellos, de hambre y desnudez; aquí vivirás tranquilo, haciéndome compañía, porque yo soy sola como mi nombre, y estaré sola por mucho tiempo, quizás toda la vida... ¿Quedamos en eso? Ya ves que te tuteo en señal de parentesco y familiaridad.

—¡Ah! mujer melosa y liviana—dijo Sarmiento haciendo un esfuerzo de energía, semejante al de los anacoretas cuando se veían en grande y peligrosa tentación.—¡Quita allá! mi alma es demasiado fuerte para sucumbir á tus pérfidos halagos.

—Esta noche cenaremos—dijo Soledad hablando como cuando se les anuncia á los niños lo que han de comer.—Oye tú lo que cenaremos: pollo, chuletas, uvas...

Iba contando por los dedos cada cosa, y haciendo gran pausa en cada parada.

—Mañana—añadió—voy á ocupar á mi ancianito en cosas útiles. Me ha de trabajar para que pueda tratarle bien. Yo necesito reformar mi letra, porque escribo patas de mosca y no tengo ortografía. El viejecillo me dará lección todas las noches. Por el día le emplearé en algo que le

(c) 2008 Ministerio de Cultura

entretenga. Daréle buenos libros... nada de política... y cuando esté domesticado, le sacaré á paseo por las tardes.

Á D. Patricio se le humedecieron los ojos. Difícil es saber lo que pasaba en su alma.

—¿Y mi gloria, pero esa gloria que me está llamando?—dijo dando fuerte porrazo en el brazo de la silla —¡Vaya un modo de hacer caridades, señora, quitándole á uno la inmortalidad, el lauro de oro que se le tiene destinado!

D. Patricio dijo esto con una seriedad que hacía llorar y reir al mismo tiempo.

—¿Qué gloria?—repuso Soledad.—No conozco sino la que Dios da á los que se portan bien y cumplen sus mandamientos.

—¿Pero y esa víctima de quien necesita la libertad?

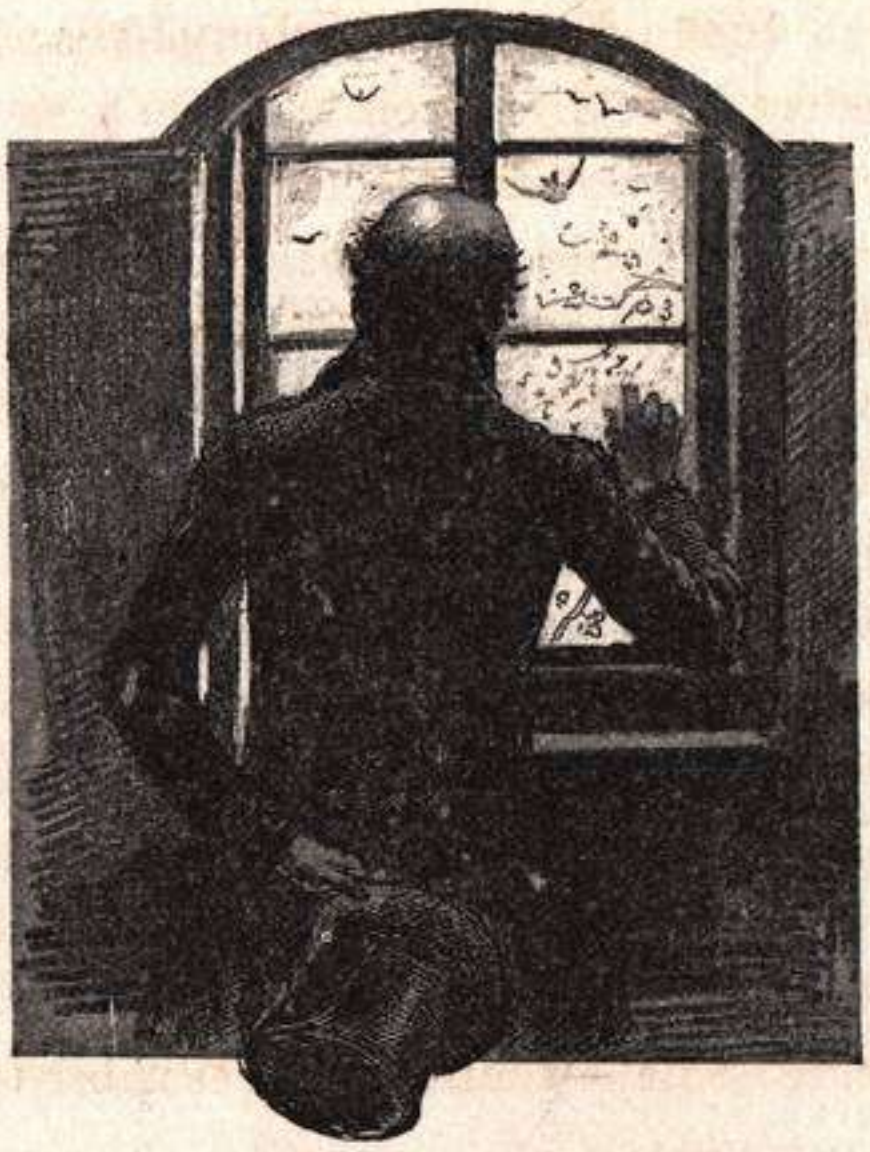
—La libertad no necesita víctimas, sino hombres que la sepan entender... Con que Sarmientillo, seremos amigos. De aquí no se sale mientras esa cabeza no esté buena.

Dióle dos cariñosas palmadas en ella la encantadora joven, mientras el insigne patriota exhalaba de su noble pecho un suspiro de á libra, permítase la frase. ¿Era que hacía el sacrificio de su ideal sublime? ¿Era que pedía á su espíritu fuerzas para sobreponerse á seducción tan terrible? No es facil saberlo. Los próximos sucesos lo dirán.

—¡Ah! señora—exclamó tomando la mano de Sola,—no sabe usted bien lo que hace. La historia, quizás, pedirá á usted cuentas de su acción abominable, aunque declaro que es inspirada por un noble impulso de caridad... Engañosa Circe, no sabe usted bien qué clase de ímpetus contiene y sojuzga al encerrarme; no sabe usted bien qué especie de mónstruo encarcela ni qué heróicas acciones se pierden con este hecho, ni qué días gloriosos serán borrados de la serie del tiempo.

Dijo, y un rato después dormía la siesta.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



VII

Los días sucesivos tuvo D. Patricio los mismos deseos de salir, si bien á excepción de una vez, no fueron tan ardientes; pero hubo gritos, amenazas, volvió á funcionar el inocente palo y la carcelera á desplegar las armas de su convincente piedad y de la graciosa prudencia que tan buenos efectos produjera el primer dia. Horas enteras pasaba el vagabundo patriota, corriendo de un ángulo á otro de la sala, como enjaulada bestia, deteniéndose á veces para oir los ruidos de la calle, que á él le sonaban siempre como discursos, proclamas ó himnos, y poniéndose á cada rato el sombrero como para salir. Este acto de cubrirse primero y descubrirse después al caer en la cuenta de su encierro era gracioso, y excitaba la risa de su amable guardiana. En la comida y cena mostrábase más manso, y se ponía con cierto orgullo las prendas de vestir que Sola le había arreglado. Desde la cabeza á los piés cubríase con lo per-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

teneciente al antiguo dueño de la casa, de cuya adaptación no resultaba gran elegancia, á causa de la diferencia de talle y estatura.

Por las noches daba á Soledad lección de escritura, poniendo en ella tanto cuidado la discípula como el maestro. Él particularmente mostraba una prolijidad desusada, esmerándose en trasmitir á su alumna sus altos principios caligráficos y la primorosa maestría de ejecución que poseía y de que estaba tan orgulloso.

—Desde que el mundo es mundo—decía observando los trazos hechos por Soledad sobre el papel pautado,—no se han dado lecciones con tanto esmero. Hánse reunido, para producir colosales efectos, la disposición innata de la discípula y la destreza del maestro. Ahora bien, señora y carcelera mía, la justicia y el agradecimiento piden que en pago de este beneficio me conceda usted la libertad que es mi elemento, mi vida, mi atmósfera.

—Bueno—respondió Sola,—cuando sepa escribir te abriré la puerta, viejecillo bobo.

En los primeros días de Noviembre estuvo muy tranquilo, apenas dió señales de persistir en su diabólica manía, y se le vió reir y aun modular entre dientes alegres cancioncillas; pero el 7 del mismo mes llegaron á su encierro, no se sabe cómo (sin duda por el aguador ó la indiscreta criada) nuevas del suplicio de Riego, y entonces la imaginación mal contenida de D. Patricio perdió los estribos. Furioso y desatinado, corrió por toda la casa gritando:

—¡Esperad, verdugos; que allá voy yo también! No será él solo... Esperad, hacedme un puesto en esa horca gloriosa... Maldito sea el que quiera arrancarme mis legítimos laureles!

Soledad tuvo miedo; mas sobreponiéndose á todo, logró contenerle con no poco trabajo y riesgo, porque Sarmiento no cedía como antes á la virtud del palo, ni oía razones, ni respetaba á la que había logrado merced á su paciencia y dulzura tan gran dominio sobre él. Pero al fin triunfaron las buenas artes de la celestial joven, y Sarmiento, acorralado en la sala, siu esperanzas de lograr su intento, tuvo que contentarse con desahogar su espíritu poniéndose de rodillas y diciendo con voz sonora:

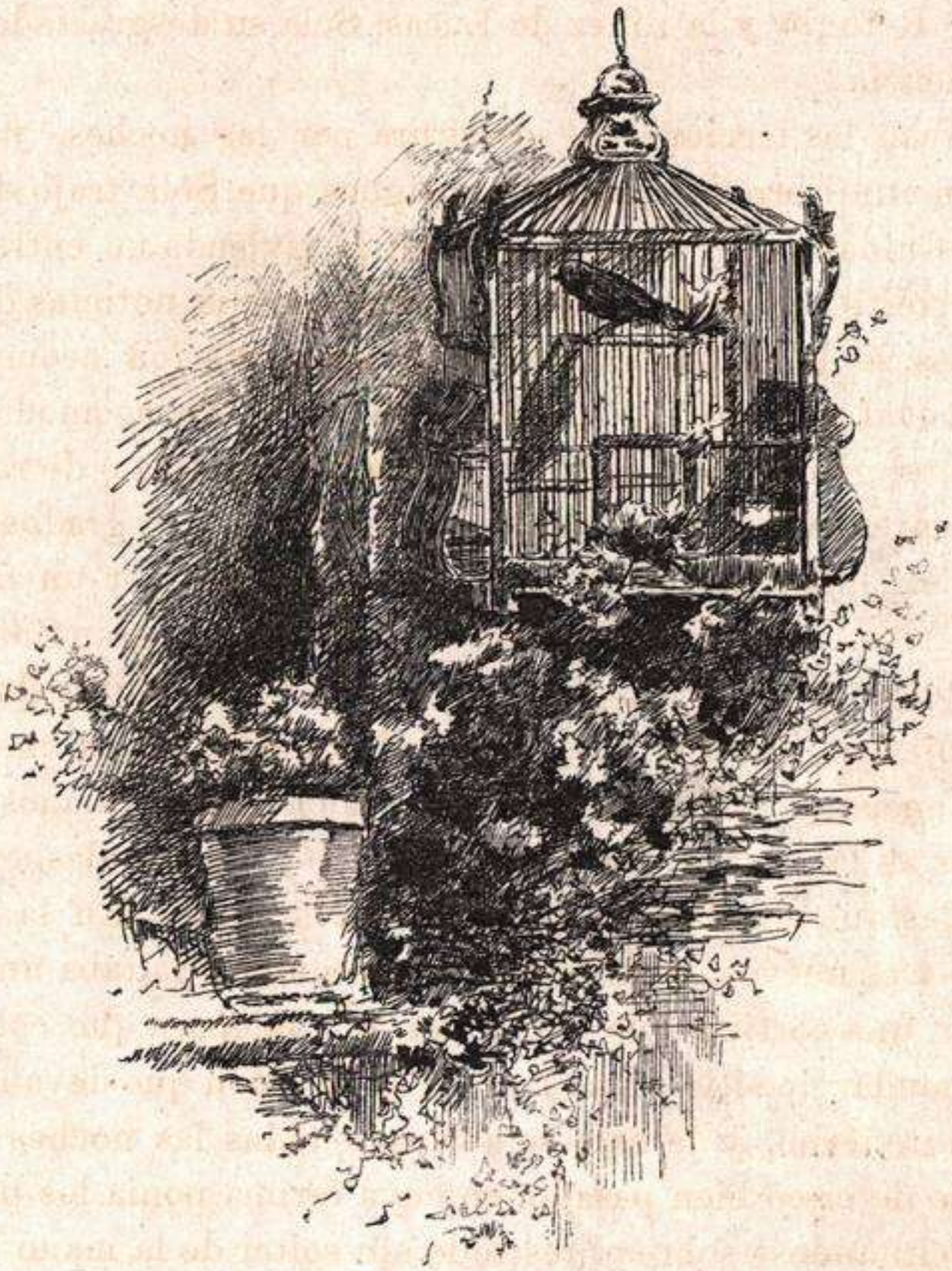
—¡Oh! tú, el héroe más grande que han visto los siglos, patriarca de la libertad, contempla desde el cielo donde moras esta alma atribulada que no puede romper las ligaduras que le impiden seguirte. Preso contra todo fuero y razón; víctima de una intriga, me veo imposibilitado de compartir tu martirio y con tu martirio tu galardón eterno. Y vosotros, asesinos, venid aquí por mí si quereis. Gritaré hasta que mis

(c) 2008 Ministerio de Cultura

voces lleguen hasta vuestros perversos oidos. Soy Sarmiento, el digno compañero de Riego, el único digno de morir con él; soy aquel Sar-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

miento, cuya tonante elocuencia os ha confundido tantas veces; el que no os ha ametrallado con balas sino con razones, el que ha destruido todos vuestros sofismas con la artillería resonante de su palabra. Aquí estoy, matad la lengua de la libertad, así como habeis matado el brazo. Vuestra obra no está completa mientras yo viva, porque mientras yo



viva se oirá mi voz por todas partes diciendo lo que sois... Venid por mí. La horca está manca: falta en ella un cuerpo. No será efectivo el sacrificio sin mí. ¿No me conoceis, ciegos? Soy Sarmiento, el famoso Sarmiento, el dueño de esa lengua de acero que tanto os ha hecho rabiar... ¿No daríais algo por taparle la boca? Pues aquí le teneis... Venid pronto... El hombre terrible, la voz destructora de tiranías callará para siempre.

Todo aquel día estuvo insufrible en tal manera que otra persona de menos paciencia y sufrimiento que Solita le habría puesto en la calle, dejándole que siguiera su glorioso destino; pero se fué calmando y un

(c) 2008 Ministerio de Cultura

sueño profundo durante la noche le puso en regular estado de despejo. Habíale traido Soledad tabaco picado y librillos de papel para que se entretuviese haciendo cigarrillos, y con esto y con limpiar la jaula de un jilguero pasaba parte de la mañana. Sentándose después junto á la huérfana mientras ésta cosía, hablaban largo rato y agradablemente de cosas diversas. Uno y otro contaban cosas pasadas: Sarmiento sus bodas, la muerte de Refugio y la niñez de Lucas; Sola su desgraciado viaje al reino de Valencia.

Continuaban las lecciones de escritura por las noches, y después leía el anciano un libro de comedias antiguas que Sola trajo de la casa de Cordero. Cuidaba muy bien de que en la vivienda no entrase papel ninguno de política, y siempre que el anciano pedía noticias de los sucesos públicos se le contestaba con una amonestación acompañada á veces de tal cual suave pasagonzalo. Poco á poco iba acomodándose el buen viejo á tal género de vida, y sus accesos de tristeza ó de rabia eran menos frecuentes cada día. Su caracter se suavizaba por grados, desapareciendo de él lentamente las asperezas ocasionadas por un fanatismo brutal y la irritación y acritud que en él produjera la gran enfermedad de la vida, que es la miseria. Á las ocupaciones no muy trabajosas de hacer cigarrillos y cuidar el pájaro, añadió Soledad otras que entretenían más al anciano. Como no carecía de habilidad de manos y había herramientas en la casa, todos los muebles que tenían desperfectos y todas las sillas que claudicaban recibieron compostura. En la cocina se pusieron vasares nuevos de tablas, y después nunca faltaba una percha que asegurar, una cortina que suspender, una lámpara que colgar, una lámina que mudar de sitio ó una madeja de algodón que devanar.

Llegó el invierno, y la sala se abrigaba todas las noches con hermoso brasero de cisco bien pasado, en cuya tarima ponía los piés el vagabundo, inclinándose sobre el rescoldo sin soltar de la mano la badila. Era notable D. Patricio en el arte de arreglar el brasero, y se preciaba de ello. Su conocimiento de la temperatura teníale muy orgulloso, y cuando el brasero empezaba á desempeñar sus funciones, el patriota extendía la mano como para palpar el aire y decía: «Ya principia á tomar calor la habitación... Va aumentando... Un poquito más y tendremos bastante. Yo no necesito más termómetro que la yema del dedo meñique.»

Más de una vez dijo, repitiendo una idea antigua:

—Desde el tiempo de mi Refugio no había visto yo un brasero tan bueno.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Por la mañana levantábase muy temprano y barría toda la casa, cantorriando entre dientes. No habían pasado tres meses desde el primer día de su encierro, cuando parecía haber adquirido conformidad casi perfecta con su pacífica existencia. Sus ratos de mal humor eran muy

escasos, y por lo general las turbonadas cerebrales estallaban mientras Solita estaba fuera, disipándose desde que volvía. Para el espíritu del pobre anciano la huérfana era como un sol que lo vivificaba. Verla y sentir efectos semejantes á los de la aparición de una luz en sitio antes oscuro, era para él una misma cosa.

—Parece que no—decía para sí,—y le estoy tomando cariño á esa muchachuela... Quién lo había de decir, siendo como éramos enemigos irreconciliables... ¡Ah! Patricio, Patricio, si ahora te abrieran la puerta de la casa y te echaran fuera, ¿abandonarías sin pena á esta pobre huérfana que te mira como miraría la hija más cariñosa al padre más desgraciado?

Un día, allá por Febrero ó Marzo del 24, Sarmiento observó que Sola estaba más triste que de ordinario. Atribuyólo á no haber recibido

(c) 2008 Ministerio de Cultura

las cartas que una vez al mes causábanla tanta alegría. El siguiente día lo pasó la huérfana llorando de la mañana á la noche, lo que afligió extremadamente al patriota. Por más que agotó Sarmiento todo el repertorio, no muy grande por cierto, de sus trasnochados chistes, no pudo sacarla de aquel estado, ni menos obligarla á revelar la causa de su tristeza. Durante la cena, que casi fué de pura fórmula, Sarmiento dijo:

—Pues si usted no se pone contenta, yo me volveré patriota como antes, ea... Así estaremos los dos iguales... Me marcharé, sí señora, estoy decidido á marcharme... y lo siento, porque le he tomado á usted mucho cariño, tanto cariño que...

Se echó á llorar y tuvo que correr á ocultar sus lágrimas en la alcoba cercana.

Tres días después Sola salió muy de mañana, y volvió asaz contenta, disipada la aflicción y con frescos colores en la cara, que eran como la irradiación de su alegría, demasiado grande para contenerse en los límites del alma. Tampoco entonces pudo el preceptor saber la causa de tan rápido cambio; pero contentóse con ver los efectos, y se puso á bailar en medio de la sala, diciendo:

—¡Viva mi señora Doña Solita, que ya está contenta, y yo también! No más lagrimas, no más suspiros. Señora, si usted me lo permite me voy á tomar la libertad de darle un abrazo.

Soledad aceptó con júbilo la idea, y el anciano la estrechó en sus brazos con fuerza.

—¿Sabe usted—dijo limpiándose una lágrima,—que hoy se quedó la llave en casa, y que habría podido escaparme si hubiera querido?

—¿Y por qué no saliste, viejecillo bobo?

—Porque no me ha dado la gana, vamos á ver... porque estoy aquí muy re-que-te-bien.

—¡Cosa más rara!—observó Soledad jovialmente.—Ya no quieres salir...

—No señora, no. Vea usted lo que son los gustos. Ya no quiero salir, y no saldré sino cuando usted me arroje. Así de *bóbilis bóbilis* me he ido acostumbrando á esta vida tonta, y... No es que yo renuncie al cumplimiento de mi destino; pero ya vendrá la ocasión, ¿no es verdad, niña mía? Hay más días que longanizas, y tiempo hay, tiempo hay.

D. Patricio hacía con su mano derecha movimientos semejantes al fluctuar de las olas, queriendo esperar de este modo el lento rodar del tiempo.

—Ahora, hija mía... no se me enfade usted si le doy este nombre,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que me sale del corazón... sí señor, porque usted se ha portado conmigo como una hija, y es justo que yo sea un buen padre para usted... Pues decía, hija querida que si usted no lo tiene á mal... me estorba en la boca el tratamiento de usted... si no te llamo de *tú*, reviento... Pues decía, hija de mi alma que ya es hora de que me dés de comer.

Un momento después comían los dos alegremente, departiendo sobre cosas placenteras, que no hay cosa que tan bien acompañe á un buen apetito como la conversación amistosa y grata. Por la tarde, Soledad preparaba á su viejo una bonita sorpresa.

—Como te vas portando bien—dijo,—y vas curándote de esas ideas ridículas, voy á darte una golosina.

—¿Qué, hija de mi alma?—preguntó D. Patricio con la curiosidad de los niños, cuaudo se les anuncia algún regalo.

—Una golosina.... ya la verás.

—¿Pero qué es? Estoy rabiando. ¿Café? si lo tomo todos los días... ¿Un periódico?

—Ahora no hay periódicos.

—¡No hay periódicos!... ¡Oh! vil absolutismo. ¿Con que no hay prensa periódica?

Con un simple gesto apagó Soledad aquel chispazo de la hoguera que parecía sofocada.

—¿Pues cuál es la golosina? Dímelo, angelito de mi corazón.

—La golosina es un paseo... Esta tarde te llevaré á dar un paseito. Está hermosa la tarde.

—Bien, bravísimo, archi-bravísimo—exclamó el vagabundo arrojando su sombrero al aire.—Estrenaré esa magnífica capa que me has arreglado. Vamos pronto... Mira, hija, que puede llover...

—Si no hay nubes...

—Puede ocurrir cualquier cosa.

—Nada puede ocurrir. Aguardaremos.

—¡Qué hermoso día! Haces bien en sacarme á pasear. Mira que tengo ganitas de saber lo que es el aire libre.

Salieron á las calles y de las calles al campo con vivo contento del patriota, que experimentó grandísimo gozo por tal expansión, y luego se volvieron á casa haciendo planes para nuevos paseos en los días sucesivos. Así corría mansamente la vejez del buen maestro, que se asombraba de encontrarse feliz sin saberlo, es decir, que miraba aquel maravilloso cambio de sus sentimientos y de sus gustos sin acertar á darse cuenta de él, como observa el vulgo los grandes fenómenos de la Naturaleza

(c) 2008 Ministerio de Cultura

sin explicárselos. Él pensaba á ratos en estas cosas, tratando de examinar de cerca la metamórfosis de su alma, y decía:

—Es que yo soy todo corazón... Esta jóven me ha recogido, me ha dado de comer y de vestir, me trata como á un padre. ¿Cómo no adorarla? Patricio no es, no puede ser ingrato, y su corazón está dispuesto á encenderse, á arder, á derretirse con los sentimientos más vivos, así como con los más delicados... No es que en mí se hayan enfriado los sublimes afectos de la patria, no, de ningún modo... (Ponía mucho empeño en convencerse á sí mismo de esta verdad.) Soy lo mismo que era, el mismo gran patriota, y persisto en mi noble idea de sacrificarme por la libertad, ofreciendo mi sangre preciosísima... Esto no puede faltar, porque está escrito en el sacrosanto libro del destino... Es que Dios no quiere que sea tan pronto como yo esperaba. Vendrá el sacrificio, el cruento martirio, los lauros, la inmortalidad; pero vendrán en oportuna sazón y cuando suene la hora. Á cada sublime momento de la historia le suena su hora, y entonces no hay más que decir... Hé aquí que Dios me depara un medio de corresponder á las bondades de ese mi angel tutelar. (Al decir esto se frotaba las manos en señal de gozo.) Es evidente que yo no tengo ningún bien mundano que dejarle, pues carezco de fincas y de dinero, como no sea el que ella misma me dá. ¿Quiere decir esto que no pueda legarle algo? No... le dejaré un tesoro que vale más que todas las fincas y caudales, un tesoro que es para beneficio del espíritu, no del cuerpo; le dejo, pues, mi gloria, y así cuando la vean, dirán: "Esa es la compañera del gran Sarmiento, esa es su hija adoptiva, la que le socorrió en sus últimos días. ¡Loor eterno á la muchacha!„

Como se ve, el patriota no estaba curado, pero su enfermedad ofrecía menos peligro, por haber entrado en un período que podremos llamar médicamente de revulsión. El cariño que Sarmiento había tomado á su favorecedora era síntoma muy favorable, y bien podía verse en aquello más que la extirpación del fanatismo, una nueva dirección de él. No mentía el infeliz al decir que era todo corazón. Capaz era éste de los sentimientos más delicados, así como de los más ardientes; basta que las misteriosas corrientes de la vida consumasen su obra, llevando, como las del cielo, la tempestad á otra región y zona distinta; pero el pensamiento no podía obedecer á este cambio, porque había en la máquina del cerebro Sarmentil una clavija rota que no podía y quizás no debía componerse nunca.

También Sola había tomado mucho cariño al desvalido anciano. Le recogió por caridad; propúsose realizar sin ayuda de nadie uno de esos

(c) 2008 Ministerio de Cultura

admirables actos de la voluntad, tanto más meritorios cuanto son más oscuros, y sofocando resentimientos antiguos, indignos de la grandeza de su alma, consumó valerosamente su obrá bendita, digna de figurar en el *Flos Sanctorum*. Con el tiempo encendióse en su pecho un vivo afecto hacia el mendigo abandonado, y esto, unido á los dulces placeres que trae consigo el amar, fué el más digno premio de su noble acción. Llegó á acostumbrarse de tal modo á la compañía del patriota vagabundo, que la habría echado muy de menos si en cualquiera ocasión le faltara.

Un día Sarmiento le dijo:

—Querida Sola, hoy voy á pedirte un favor que creo no me has de negar... Es un caprichillo de anciano mimoso, un antojillo de abuelo... Si me lo niegas por cualquier pretexto, no me enfadaré, pero me pondré muy triste.

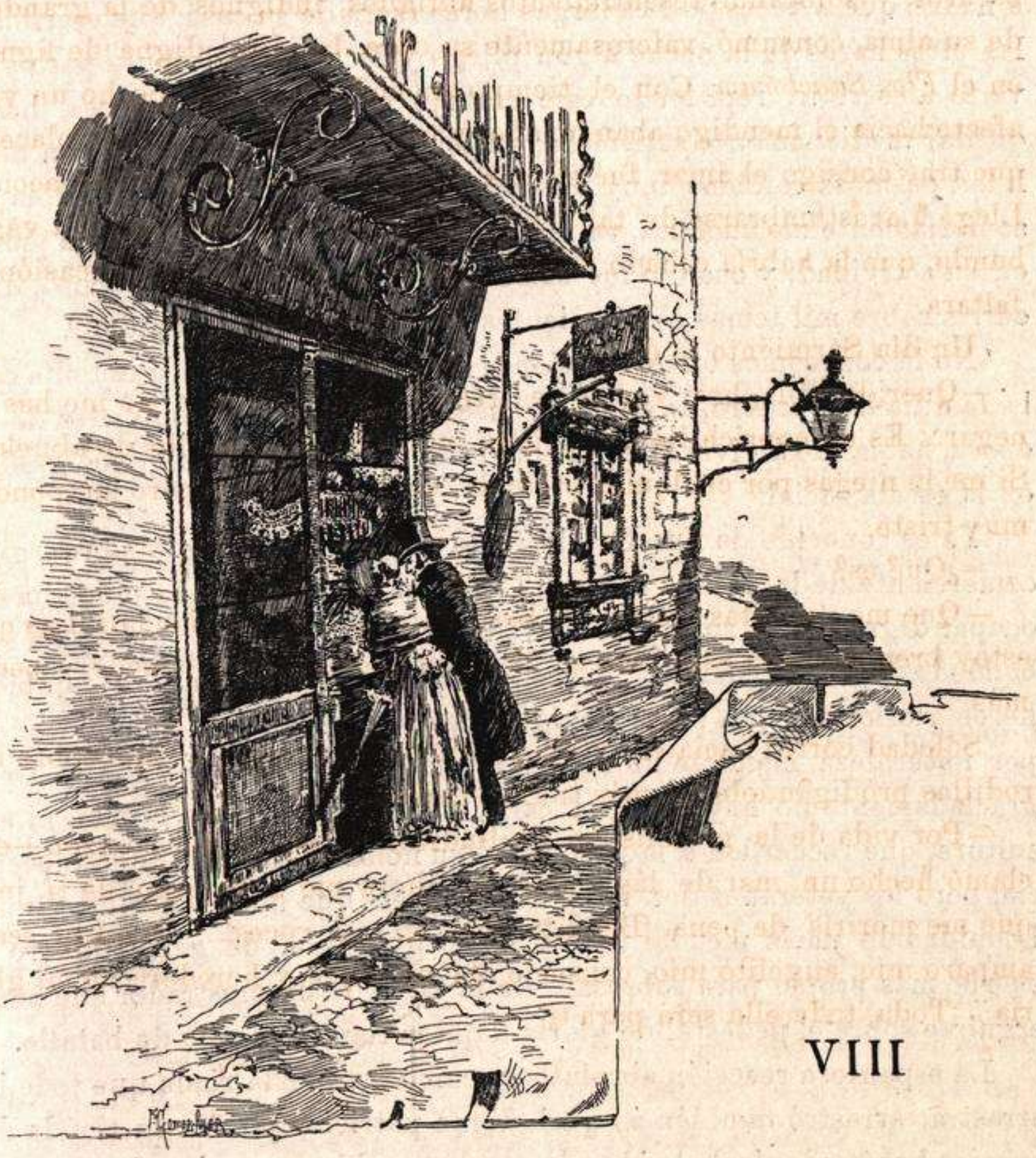
—¿Qué es?

—Que me permitas darte un beso, hija mía. Hace muchos días que estoy bregando con esta idea en la imaginación. Ya no puedo esperar más.

Soledad corrió hacia él, y D. Patricio la tuvo largo rato sobre las rodillas prodigándole las más tiernas caricias.

—Por vida de la grandísima Chilindraina, niña de mi corazón—exclamó hecho un mar de lágrimas,—si ahora me separaran de tí, juro que me moriría de pena. ¡Bendita seas tú mil veces!... Bendita seas, amparo mío, angelito mío, consuelo de mi vejez y heredera de mi gloria... ¡Toda, toda ella será para tí!

(c) 2008 Ministerio de Cultura



VIII

PARECE que es urgente decir algo acerca de la singular vida de esta solitaria joven, é inquirir su conducta para deducir de su conducta sus proyectos. Sin duda aquel espíritu valeroso, contrariado por lo que hemos convenido en llamar suerte, no llevaba una existencia pasiva, entregándose á la arbitraria fluctuación de los acontecimientos, sino que vivía en actividad grande, aunque escondida, trabajando en obra misteriosa ó luchando con obstáculos tan oscuros como sus esfuerzos. Para afirmar esto nos fundamos en conjeturas y en el conocimiento que de su carácter tenemos; mas nada positivo afirmamos aún.

Nos consta, sí, que ella recibía cartas de cuyo contenido no enteraba

(c) 2008 Ministerio de Cultura

á nadie; que á veces pasaba largas horas fuera de su casa; que escribía á las altas horas de la noche algún pliego y lo rompía después para volverlo á escribir, repitiendo este trabajo cuatro ó cinco veces, hasta quedar medianamente satisfecha; que su semblante expresaba con fidelidad pasmosa cambios muy bruscos en su espíritu, presentándola ya sombríamente melancólica, ya festiva y dichosa; que no cesaba un punto en su actividad, y cuando los asuntos de la casa le daban reposo, discurría sobre mil temas concernientes á la faena del día venidero.

No le conocemos otras relaciones de amistad que las que tenía con la familia de Cordero, la cual, á consecuencia de las calamidades de la época, había ido á vivir en la misma casa, descendiendo algunos grados en la escala social.

Ya es conocido de nuestros lectores el gran D. Benigno Cordero (*) comerciante de la subida á Santa Cruz, un hombre que se preciaba de ocupar dignamente su lugar en todas las ocasiones, y que sabía ser bondadoso padre de familia, honrado tendero, puntual amigo y también héroe glorioso, según lo que exigían las circunstancias. Siendo tímido por naturaleza, mandóle un día su deber que fuese héroe y lo fué. Desgraciadamente no hay ninguna calle, ni monumento, ni lápida, ni escultura, que recuerden á la posteridad su nombre, símbolo de la inocencia; pero los veteranos del 7 de Julio saben que hubo en Boteros un Leonidas de nariz picuda y roja como guindilla, de gafas de oro y cuerpo más propio para sobresalir de la tabla de un mostrador que para erguirse sobre el pedestal de gloria á quien llaman campo de batalla.

La espantosa reacción absolutista, como furibunda riada que todo lo arrastra, arrastró también á aquel digno patricio, que en su tienda de encajes había adquirido la idea de que los pueblos no se han hecho para los Reyes. Esta idea se pagaba entonces con la cabeza, con la ruina ó con el destierro. Muchos perdieron la primera; infinito número buscó refugio en suelo extranjero. No era en verdad de los más delincuentes el buen D. Benigno, porque no había ejercido cargo público del Estado durante los *tres llamados años*. Su crímen había sido pertenecer á la Milicia y vestir su honroso uniforme sin tacha, con la circunstancia agravante de haber cargado charreteras como representante de las más altas jerarquías. Su sobrino D. Primitivo Cordero, que se había significado altamente como correveidile político (el grado inmediatamente inferior al de personaje), fué condenado á muerte, y tuvo que huir al extranjero

(*) Véase *7 de Julio*.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

disfrazado de pastor, abandonando su comercio de hierro á la autoridad que lo embargara; mas con D. Benigno fueron más humanos, condenándole tan sólo á hacer una visita á Melilla ú otra de las córtes del Africa, en lo que recibió más disgusto que si le destinaran á la horca.

Él, no obstante, dióse su maña, y con ella, un poco de paciencia y un puñado de onzas de oro (que entonces corrían de lo lindo para estos arreglos), logró de la generosidad absolutista que se le comprendiera en el Decreto de proscripción de Jerez, el cual mandaba que todos los que se habían significado durante el malhadado imperio del Régimen famoso, sin llegar al grado de culpabilidad necesario para incurrir en otras penas mayores, no pudieran hallarse á cinco leguas en contorno de los puntos que recorría el Rey en su viaje, cerrándoseles además la Corte y Sitios Reales dentro del radio de quince leguas. Cien mil indivíduos fueron por este ridículo Decreto privados de la contemplación de la Corte y Sitios Reales.

Abandonando su tienda y su familia, partió Cordero á Zaragoza, donde fué molestado y reducido á prisión por la feroz policía de aquella ciudad, viéndose precisado á buscar en su bolsa nuevos argumentos contra la famélica justicia de aquel bendito tiempo. Entre tanto la familia vivía en Madrid en la mayor aflicción, esperando todos los días nuevas tristes de Zaragoza, atendiendo al comercio de encajes con el mayor celo y economizando todo lo posible para ver de reparar los estragos hechos por la política en el erario Corderil. Esta última razón fué la que les impulsó á mudar de domicilio, pues una habitación arreglada cuadraba admirablemente á su presupuesto, más estirado ya que cuerda de ballesta. Desde Noviembre se instalaron en el principal de la casa que ya conocemos en la calle de la Emancipación Social, según D. Patricio, y de Coloreros según el Municipio. La tienda continuaba en el mismo sitio, á mano derecha como vamos á la plazuela de Santa Cruz y á la carcel de Villa.

Componían tan hidalga familia la señora de Cordero y tres hijos, hembra la mayor y ya mujer, varones y pequeñuelos los otros dos. Acontecía en aquel matrimonio un contraste que no deja de ser frecuente en este extravagantísimo mundo, á saber, que si el esposo era diminuto y ligero, la esposa era corpulenta y pesada. Doña Robustiana podía coger á su marido debajo del brazo como un falderillo y aun jugar con él á la pelota si hubiera tenido tal antojo. Era avilesa y natural de Arenas de San Pedro, de una familia nombrada Toros de Guisando, sin duda porque en la antigüedad adquirió fama de dar hombres y mujeres

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de gran corpulencia. Alta estatura, blancas y apretadas carnes, admirables contornos y blanduras que estirando la tela pugnaban por mostrarse, arrogante cabeza con ojos negros y cejas de terciopelo, manos gruesas, semblante más correcto que agraciado, con cierto ceño no muy simpático y algo de mohín avinagrado, boca demasiado pequeña con blancos dientes, carrillos con demasiada carne, nariz castellana, escasísima agilidad en los movimientos y mucha fuerza en los puños, componían la persona de Doña Robustiana Toros de Guisando de Cordero.

De la incóngrua pareja que formaba esta mujer con el benemérito hombrecillo del arco de Boteros (pareja admirablemente acordada en el orden moral) había nacido el día mismo de la batalla de Trafalgar (21 de Octubre de 1805) Elena Cordero, en cuya persona se verificó una preciosa amalgama del sér físico del padre y del de la madre. No salió á ella ni á él, sino á los dos, realizando en sí uno de esos maravillosos términos medios que sólo resultan bien en los divinos talleres de la Naturaleza. No era Elena grande ni chica, ni gorda ni flaca, sino admirablemente proporcionada en talle, color y estatura. Su cabeza era de las más hermosas que pueden imaginarse, de tal modo que viéndola se comprendía que el valor sereno de D. Benigno no era el único parentesco de aquella familia con la raza helénica. Su cara era la más bella que se ha visto durante muchos años en toda la zona del comercio matritense desde Majaderitos á la calle de Milaneses.

Quizás faltaba á su rostro aquella movilidad de la fisonomía española, que es como el temblor de la luz jugando sobre la superficie del agua agitada; quizás le faltaba esa facultad de hablar en silencio, lenguaje admirable del cual son signos las pestañas, el iris negro que alumbra como una luz, la sombra de la cara, el modo de mover el cuello, la olvidada guedeja sobre la sien, el rumorcillo del pendiente que se mueve ensartado en la oreja. Quizás Elena era demasiado selecta y tenía demasiada corrección en toda su persona; pero no por esto dejaba de ser acabado tipo de hermosura. Verdad es que miraba y reía, se peinaba y se adornaba de una manera harto metódica; mas es posible que su corta edad y su educación circunspecta la tuvieran en tal estado. Sus apasionados alegaban para defenderla que era más bella su timidez inocente y aquella perfección muñequil tan esmerada en sus limpios perfiles que la desenvoltura y graciosa viveza de otras. Algunos la ponían resueltamente en el orden de los juguetes finos; otros en el de las imágenes de iglesia. Pero, no obstante tal diversidad de opiniones, era generalmente admirada, contribuyendo además la fama de su virtud á aumentar la

(c) 2008 Ministerio de Cultura

aurecla de respeto y consideración que circundaba como nimbo luminoso á toda la familia de Cordero.

De los dos varones poco puede decirse; eran pequeñuelos, traviesos y muy devotos hermanos de la hermandad del Novillo. En aquel tiempo las familias discurrían el modo de congraciarse con el bando dominante, y uno de los sistemas más eficaces durante el trienio había sido vestir á los niños de milicianos nacionales. Cambiadas radicalmente las cosas, Doña Robustiana, que quería estar en paz con la situación, siguió la general moda vistiendo á los borregos de frailes. Los domingos Primitivo y Segundito salían á la calle hechos unos padres priores que daban gozo.

La familia, que antes de la catástrofe de la Constitución era feliz y vivía tranquila en su paz laboriosa, había caido en gran desaliento y tristeza desde la proscripción del padre. Temían nuevas desgracias cada día, y como no veían en torno de sí más que cuadros de luto, ignominia, venganzas horribles, asesinatos jurídicos, delaciones infames, horcas y traición, no respiraban. Resuelta Doña Robustiana á no ser en manera alguna sospechosa á los ojos de la reacción, se esmeraba en variar los vestidos domingueros de los niños, dándoles la forma y color de todas las órdenes religiosas imaginables.

Compartían el tiempo la madre y la hija entre la tienda y la casa. En la primera tenían un mancebo jovenzuelo que era muy despierto y les prestaba no poca ayuda. En la casa vivían recogidamente, sin cultivar amistades que podrían resultar peligrosas; huyendo de tratar mucha y diversa gente; consagrando bastantes horas á rezar por la vuelta del padre, y á imaginar medios pacíficos y legales para hacer su situación menos aflictiva. La amistad más íntima y cariñosa que cultivaban era la de Sola, que bajaba todos los días un par de horas lo menos, cuando no subía Elena á hacerle compañía y ayudarla en sus quehaceres. La amistad de la huérfana databa de 1822 en vida de su padre, que era paisano de Cordero; pero se había aumentado y encendido más el afecto con la común desgracia. Elena había sentido desde luego por ella una de esas vivas inclinaciones de la primera juventud, que establecen lazos duraderos para toda la vida, y á la cual daban aliciente la belleza moral de Sola y aquel peculiar atractivo indefinible que sometía los corazones. La de Cordero reconocía en ella una gran superioridad espiritual, que le infundía respeto no inferior á su cariño, y subyugada por el misterioso é invencible despotismo que ejerce á la callada la aristocracia moral, se sometía á los pensamientos y al sentir de Sola, con la docili-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dad de la niñez ante la edad madura. Siendo Sola poco menos joven que ella, se le representaba, por la seriedad de sus consejos y su precoz

experiencia, como de edad mucho más alta. Hermana mayor antes que amiga, la huérfana fué erigida en confesor, en consejero, y en depositaria de los secretos del corazón de Elenita, porque el corazón de la muñeca tan perfilada, metódica y acabadita tenía secretos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Otra principal amistad de los Corderos era con la familia de los Romos, y particularmente con Francisco Romo, jefe á la sazón del comercio conocido con este nombre en la plazuela de Herradores. Las excelentes relaciones mercantiles entre ambos tenderos fueron parte á anudar las de la amistad, y durante la emigración de D. Benigno, Romo colmó de atenciones y finezas á la familia, sirviéndoles al mismo tiempo de amparo contra la reacción, por ser voluntario realista de los más significados. Doña Robustiana fiaba mucho en la amistad de aquel joven de tanto poder entre las turbas realistas, y por nada del mundo la diera en cambio de la de un príncipe. Creía tener en él fortísimo escudo contra las brutalidades de la época y fiaba en que por mediación suya sería restituido prontamente Cordero á la dulzura de su hogar.

—Hay que tener un poquito de paciencia—les decía Romo.—Se hace todo lo que se puede para que el Sr. D. Benigno vuelva á su casa; pero no se podrá mucho, hasta que los liberales no estén sometidos. Figúrese usted, señora Doña Robustiana, que el Gobierno abre un poco la mano y empieza á perdonar, á perdonar... pues ya tiene usted la revolución encima. No lo digo por el Sr. D. Benigno, que es un hombre de bien, sino por esos pillos que están acechando nuestra debilidad para soltar las riendas á su desvergüenza... No se aflijan ustedes; que vamos á dar una amnistía, una amnistía ámplia, general, con excepción de todos los pillos se entiende, y entonces ó no soy quien soy, ó D. Benigno será comprendido en ella.

Con estas promesas se consolaba la familia; pero pasaban los meses y la deseada amnistía no era más que una esperanza. En su lugar veíanse nuevas proscripciones, encarcelamientos, la horca siempre en pié, la venganza más cruel gobernando á la Nación, y la vida de los españoles pendiente del capricho de un salvaje frailón ó de fieros polizontes. Las delaciones, como puñaladas recibidas en la oscuridad, traían en gran consternación á la Corte. Desaparecían los ciudadanos sin que fuera posible saber en qué calabozo habían caido. Las cárceles tragaban gente como las tumbas en una epidemia. Nadie, libre hoy, podía estar seguro de conservar la libertad mañana, porque la virtud más pura no podía estar segura del golpe secreto, como no puede estarlo del miasma invisible.

Al fin, allá en Mayo del 24, vino la amnistía. Por ella se concedía *indulto* y *perdón general*; mas eran tantas las excepciones, que antes que amnistía parecía el Decreto una sangrienta burla. Se perdonaba á todo el mundo y se exceptuaba después á todo el mundo. La familia de Cor-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dero, viendo que pasaban meses sin que el proscripto volviese, examinaba detenidamente los 15 artículos de las excepciones, por ver si D. Benigno podía ser comprendido en alguno de ellos; pero Romo tranquilizaba á las dos señoras, diciéndoles:

—Eso corre de mi cuenta. D. Benigno vendrá; en caso que la Superitendencia de policía tenga algún escrúpulo, le purificaremos y... Santas Páscuas.

En efecto, una mañana del mes de Agosto, hallábase Doña Robustiana en el mostrador midiendo algunas varas de puntilla, cuando vió que oscurecía la luz de la puerta un objeto, un bulto, un cuerpo, un hombre, ¡D. Benigno!... Cayósele de las manos la vara de medir, y dando un grito, extendió los macizos brazos por encima del mostrador. Cordero, á quien la emoción tenía mudo y aturdido, no acertaba á abrazar á su esposa convenientemente, hallándose por medio, como guión

entre dos letras, la dura tabla del mostrador, y le dió una cabezada en el pecho. Entonces Doña Robustiana cogióle con sus robustas manazas, tiró de él suspendiéndole, y D. Benigo quedó de rodillas sobre el mostrador. Su amante esposa le opimía contra su delantera y así estuvieron largo rato entre babas y sollozos, hasta que vencida por su sensibilidad, que era más fuerte que ella, cayó redonda al suelo la esposa, como un colchón que recobra su posición natural. El mancebo corrió en busca de un sangrador.

—Esto no es nada—dijo D. Benigno corriendo á desabrochar el corsé de su esposa, que no era tarea de un momento.—Robustiana... Robustiana... ¿Y qué tal? ¿Están buenos los niños? ¿Y Elena?... ¿En dónde están mis hijos?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

El héroe de Boteros se bebía las lágrimas. No tardó la señora en volver de su soponcio, y abrazándose nuevamente ambos, derramaron más lágrimas. D. Benigno dijo entre pucheros:

—No más política, no más tonterías. La lección ha sido buena. Viva mi familia, que es lo único que me interesa en el mundo.

Los amigos de las tiendas cercanas acudieron á felicitarle; el mancebo corrió á traer á los chicos que ya habían ido á la escuela, y él, no pudiendo refrenar su impaciente anhelo de ver á Elena, corrió á la calle de Coloreros. Por el camino topaba á cada instante con antiguos amigos que le daban la bienvenida, y como casi todos se empeñaban en manifestarle su gozo con apretones de manos, abrazos y otras muestras de sensibilidad, al feliz padre le consumía el desasosiego, y procurando desasirse de las amistosas manos, exclamaba:

—Yo bueno... estoy bien... Hasta luego, señores... Voy á ver á mi hija querida.

Y penetrando en el portal, decía:

—Estará sola la pobrecita... ¡qué alegría tendrá cuando me vea!... ¡Pobre angel de mi vida!

Subió temblando y al acercarse á la puerta, y cuando alargaba la mano para tomar el verde cordón de la campanilla, sintió una voz de hombre que sonaba dentro de la casa. Era una voz ágria, bronca, y pronunciaba atropelladamente palabras qque no podían entenderse bien desde la escalera. Luego oyó D. Benigno la voz de su hija, expresándose con agitación. Al buen ciudadano matritense se le heló la sangre en las venas, á pesar de no haber formado aún idea concreta sobre lo que oía, y llamó fuertemente con la campanilla y con los puños, gritando:

—Elena, hija mía, soy yo... ¡tu padre!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

IX

AQUELLA mañana, cuando D. Benigno estaba aún á dos leguas de la Corte, Sola entraba en su casa después de una breve excursión por las tiendas.

—Querida mía—le dijo D. Patricio suspendiendo el barrido y apoyándose en el palo de la escoba,—Elenita Cordero ha venido á buscarte para que la acompañes un poco. Hoy está sola todo el día.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Y no ha venido nadie más?

—Sí, ha venido también el caballero que estuvo ayer—repuso Sarmiento poniendo ceño de disgusto.—Puede que él crea que yo no le conozco, á pesar de las barbas de capuchino que gasta... Si me parece que le estoy viendo en la sala de armas del castillo... Pero más vale callar... ¡Ah! se me olvidaba decirte que ha dejado un paquete para tí.

—Sí... hoy debía traerle—dijo Sola mirando á todos lados con ansiedad.—¿En dónde lo ha dejado?

D. Patricio señaló una puerta, por la cual entró Sola corriendo. Fué derecha á tomar un paquete que estaba sobre su cama. Pálida y con los labios secos, le dió vueltas en sus manos temblorosas, buscando la lazada del cordón que lo ataba. La veía, la tocaba sin acertar á deshacerla, de tal modo se había vuelto torpe á causa de su gran emoción.

En el paquete había cartas, muchas cartas; pero Sola buscó entre todas una que debía de ser la principal, y hallada se puso á leerla. Por temor á ser interrumpida, encerróse en la alcoba, y sentándose en un rincón, arrojó todo su espíritu sobre un papel escrito. Allí estuvo largo rato aleteando sobre él, como la mariposa sobre la flor, y tan pronto lloraba como reía, según los sentimientos expresados por aquella sombra de un sér vivo á la cual se llama carta. Después miró uno por uno los sobrescritos de las otras, y al hacer esto no mostraba mucho contento, antes bien miedo. Además el paquete contenía una cajita pequeña con dinero en monedas de oro. Contólas una por una y después lo guardó todo cuidadosamente, á excepción de las cartas que no eran para ella. De éstas hizo un nuevo paquete que ocultó en el seno.

Púsose la mantilla para salir. D. Patricio vió pintado en el semblante de la joven el gran gozo que la dominaba, y dando el último escobazo, se dirigió á ella sonriendo. Sola se detuvo en la puerta, y mirando á su protegido con expresión de lástima y de bondad, le dijo:

—Abuelo Sarmiento, si yo tuviera que marcharme para Inglaterra, ¿qué harías tú, viejecillo bobo?

Y diciendo esto y sin dejar de mirarle bajó la escalera.

Inmóvil y perplejo D. Patricio, empuñando con su derecha mano el palo de la escoba, y alzando la siniestra hasta la altura de su frente, parecía la estátua erigida para conmemorar la petrificación del hombre.

Solita entró en casa de Cordero. Elena, que corrió á abrirle la puerta le dijo:

—Hace una hora que te espero... quítate la mantilla... estoy sola con Reyes... Tengo muchas cosas que contarte.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Entraron en la sala. En el centro de ella había una gran mesa llena de puntillas que Elenita cosía unas con otras...

—¿Pero no te quitas la mantilla?—repitió la de Cordero, emprendiendo la obra interrumpida.—Hoy no sales de aquí en todo el día.

—Ahora mismo me voy—replicó Solita dejando escapar el contento por los ojos.

—¡Vaya unas amigas!—dijo Elena manifestando en el tono su tristeza.—¿Á dónde vas ahora? Hay mucho calor.

—Tengo que hacer—repuso la huérfana tocándose el pecho para ver si se le habían perdido las cartas.—Hay cosas que no se pueden dejar para mañana.

—Es verdad—dijo la muñeca poniendo un hilo entre los dientes.—Si yo pudiera dejar esto para la semana que entra lo dejaría... Parece que estás contenta...

—Siempre no hemos de estar tristes.

—¿Á dónde fuiste esta mañana?

—Á comprar un vestido.

—¿Y ahora á dónde vas?

Sola vaciló un instante, porque era preciso mentir, y su inventiva no era grande.

—Á comprar otro—repuso al fin.

—¡Qué lujo!...—exclamó Elena en scn de amistosa burla.

—Qué quieres tú... Es posible que tenga que salir de Madrid para ir á...

—¿Á dónde—preguntó la de Cordero con viveza.

—Á... otra parte—repuso la huérfana cayendo en la cuenta de que había sido indiscreta.—Todavía no hay nada de cierto.

—De modo que me quedaré sola... Pero muy satisfecha, muy oronda estás hoy.

Sola se echó á reir. Este era el desahogo de un espíritu, á quien la prudencia imponía silencio absoluto. Cuando una alegría tiene en la boca de su cráter una gran piedra de discreción que la tapa y la ahoga, sólo puede calmar su hervor riendo como los chicos y los tontos.

—Tú ries y yo estoy desesperada—dijo la primorosa muñeca dando una patadita en el suelo y rompiendo de un tirón el hilo que tenía entre los dientes.—Solilla, anoche... si supieras lo que me pasó anoche...

—¿Qué?

Este monosílabo lo pronunció Sola distraida y maquinalmente, porque tenía fija toda su atención en sí misma.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Anoche!

—¡Anoche!...—repitió la amiga volviéndose á tocar el pecho para ver si había perdido las cartas.

—Todavía no se me ha quitado el miedo—dijo Elena suspendiendo su obra para que ningún acto perjudicase á la expresión de lo que iba á decir.—Antes ese hombre me era muy antipático; pero ahora... te juro que le aborrezco con toda mi alma.

—¡Pobrecito!... no, no, quiero decir que le está bien merecido... El Sr. Romo no cautivará á ninguna mujer. Sin ser feo, es tal que parece más feo que los que lo son adrede.

—Justamente, has dicho la verdad... El amigo de casa se empeña en quererme y en que yo le he de querer... ¡Ay! amiga, tú tienes razón en decir que ese hombre ha de ser malo... Tiene en la cara una cosa... ¿qué es? Parece que va pasando por delante de él una máscara horrible que le hace sombra en la cara. ¿No es así?

—Así mismo es, así—dijo Sola mirándose en un espejo que frente á ella había y haciendo la observación de que no se encontraba tan poco bonita como antes creyera.

—Pues ve á decirle á mamá que Francisco Romo no es la flor y nata de los caballeros... Todo lo bueno lo hace el Sr. Romo... "Ay, cuándo vendrá el Sr. de Romo para contarle lo que nos pasa...„ "De este apuro nadie más que el Sr. de Romo puede sacarnos...„ "Si el Sr. de Romo no nos devuelve á tu padre, tenlo por perdido...„ Y dale con el Sr. *de* Romo.

—¿Por qué no le cuentas á tu madre lo que te pasa?

—No puedo... de ningún modo—dijo Elenita mostrando en su hermoso rostro perfilado la imagen de la mayor confusión.—¡Ay! ¡pobre de mí qué desgraciada soy! ¡sí, la más desgraciada de todas las mujeres!

Diciendo esto, la figurita de porcelana cayó en una silla y llevó á los ojos, acompañadas de un largo pañuelo, sus dos lindas manos. Alarmada Solita acudió hacia ella y abrazóla tiernamente, rogándole que explicase aquellas desgracias tan enormes que abrumaban á la gentil doncella.

—Yo no puedo querer á Romo—afirmó ésta sollozando,—porque es muy feo, muy bastote y porque no me gusta... ¿Qué culpa tengo yo de que otro me haya parecido mejor? Dime tú si cualquier mujer á quien le pongan delante á Francisco Romo y á Angelito Seudoquis puede dudar.

—¡Oh! no, de ningún modo. Angelito Seudoquis se ha de llevar la palma.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Pues está claro—dijo Elena recibiendo gran consuelo con la declaración de su amiga.—El pobre muchacho es muy bueno, de muy noble familia, superior á nosotros, que somos tenderos; es muy honrado, muy caballero, muy fino, muy valiente, según él mismo me ha dicho, y se quiere casar conmigo.

—¿Y por qué no se ha de casar?

—Porque yo soy muy desgraciada... no te rías... la más desgraciada de las mujeres—exclamó la doncella llorando como una magdalena,—y además porque he sido mala, muy mala y Dios me está castigando.

—¿Qué has hecho?

Escribí una carta á Angelito—dijo Elena observando su pañuelo.

—Eso sí que no me lo habías dicho.

—Pensaba decírtelo hoy... Le he escrito dos cartas.

—¿Dos?

—No... me parece que han sido tres... ó quizás sean cuatro.

—¿Cuatro?

—La verdad, amiga de mi alma; le he escrito ya cinco cartas.

—No digas más, porque si sigue la cuenta, va á resultar que le has escrito cincuenta.

—Él pasaba todos los días por aquí... yo sentía sus taconazos con el rechinchín de las espuelas, y me daba mucha lástima... No podía menos de asomarme... un día me mandó con Reyes un papelito... En fin, en la última carta que le escribí...

—Eso es vamos á la última.

—En la última carta le decía muchas boberías... Como él es tan tierno y en las cartas pinta muchos corazones atravesados chorreando sangre...

—¿Tú también le pintaste corazones?

—No... pero le decía que Romo es un animal... porque está celoso de Romo... También le decía que con él (es decir, con Angelito) ó con nadie... que me metería monja... que el sepulcro me era más dulce que casarme con otro... En fin, esas cosillas que se dicen...

—¿Y nada más?

—Pero es el caso que la policía ha puesto preso á Angelito ayer por la mañana.

—¡Jesús, mujer!

—Sí—añadió Elena más acongojada aún.—Le han puesto preso, porque parece que un hermano suyo que estaba emigrado en Inglaterra ha venido para conspirar. Le buscan, y como no pueden encontrarle, han cogido al hermanito... y... y...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Elena soltó un torrente de lágrimas y se deshizo en sollozos.

—¡Y... y le van á ahorcar!—prosiguió con lastimeros ayes.

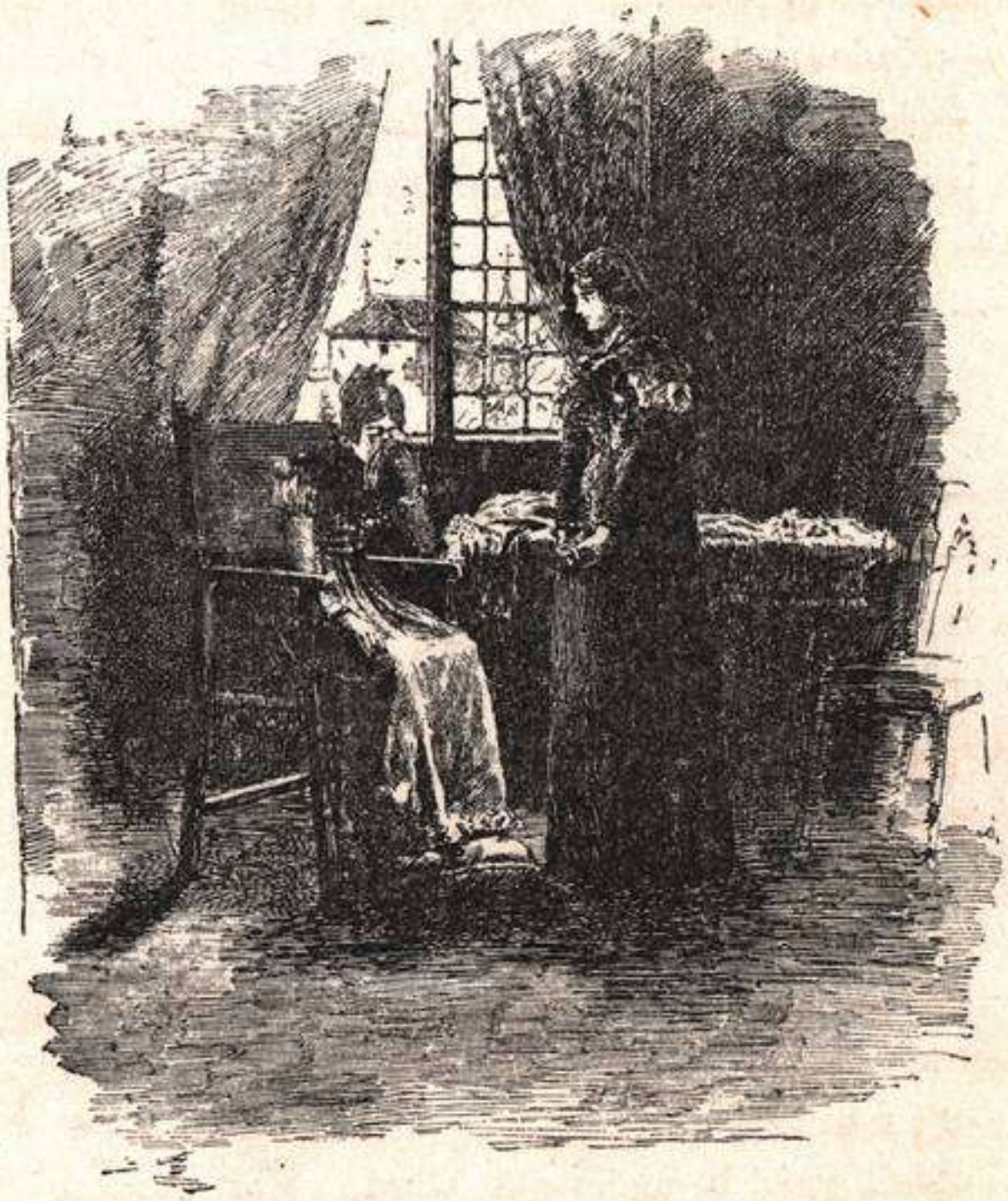
—No seas tonta, mujer—le dijo Sola, que se había puesto muy pálida.

—Y dices que por haber llegado su hermano...

—Sí, un condenado masón que ha venido á armar revoluciones; y como no le han podido coger...

Soledad pasó de la sorpresa á la estupefacción más profunda.

—¡Esos infames polizontes son tan malos!...—añadió la de Cordero.—¿Qué culpa tiene el pobre Angelito?.... El es liberal, muy liberal; pero se halla decidido, así me lo ha dicho, á no desenvainar su espada contra el Rey. Ya sabes que es cadete. No, no, jamás Angelito atentará á los derechos del Trono... Pues volviendo á ese vil Romo... Ya sabes que él es amigo de los de la policía y de Chaperón.



Sola no oía nada. Estaba absorta y no apartaba su mano del seno. Creía sentir sobre él un peso colosal que la abrumaba.

—Como es amigo de la policía...—añadió Elena.—Ya sabes que registran á todos los presos... Romo encontró en el bolsillo de Angelito la última carta que le escribí... ¿Conoces tú desgracia semejante?

—¿Y qué?

—Que la tiene él... Romo... y me la enseñó anoche... y dice que se la va á enseñar á mamá y á papá cuando venga... y dice que cuando ahorquen á Angelito él le tirará de los piés...

Un nuevo temporal deshecho de lágrimas, ayes y acongojados sollozos interrumpió la narración de la inocente doncella.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Yo me voy—dijo Sola levantándose bruscamente.

—No digas eso—repuso Elena tirando de la falda de su amiga.—Voy á estar llorando todo el día: acompáñame.

—Después.

—Ahora.

—Tengo que salir—repitió Sola sin mirar á su amiga y oprimiéndose el seno.

—¿Qué llevas ahí?—preguntó Elena tocando también y sintiendo rumor de papeles.

—Nada, nada—repuso la huérfana con turbación.

—¡Ah! pícara... las cartas de tu novio... y no me has querido decir quién es... y dices que no tienes ninguno; ¡y te escribe tantos pliegos!... Ahí llevas una resma... No te vayas, por amor de Dios.

Sola se despidió de su amiga con gran desasosiego.

—Parece que se te ha desvanecido la alegría—le dijo la muñeca.

—Adios.

—Espera un rato.

—Ni un minuto... Voy á ver á una persona...

—¿No me has dicho que á comprar otro vestido?

—Es verdad... volveré pronto. Adios.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

X

ELENITA se quedó sola en la calma y silencio de la casa, apenas interrumpidos por los cantorrios de la criada que chillaba en la cocina acompañándose con el almirez.

La desgraciada joven, más infeliz que todas las mujeres nacidas, según su propio parecer, reanudó su trabajo de coser puntillas, el cual, si no ponía la artífice gran atención, había de salir muy imperfecto. No iba á las mil maravillas la obra, por cuya razón Elena deshacía con frecuencia lo hecho, tornando á empezar. Á

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ratos aparecían entre la delicada tela de araña algunas lágrimas que se quedaban temblando en los menudos hilos negros, como insectos de diamantes cogidos en una red de pelo. Á ratos los suspiros de la obrera hacían moverse y volar los pedazos más pequeños, que se remontaban en busca de otros climas. Frecuentemente se picaba Elenita con la aguja, y muy á menudo se le enredaba el hilo entre los dedos obligándola á detenerse y á perder muchos minutos. También solía pasar la aguja con tanta presteza como si fuera puñal y con él tratara de atravesar un corazón aborrecido.

Absorta en sus reflexiones, la niña no advirtió que habían llamado á la puerta, que la criada acababa de abrir y que un hombre avanzaba con pié muy quedo, al modo de ladrón, hacia la salita donde estaba el taller de encajes. Así es que al sentir las palabras: "¿Se puede pasar?" la joven dió un grito y saltó despavorida, cual si se viera en presencia de un toro del Jarama.

—Váyase usted, Sr. de Romo, váyase usted—exclamó con terror, refugiándose en un rincón de la estancia.—Mamá no está aquí... estoy sola...

—Mejor—repuso Romo sonriendo y tratando de dar á su rostro y á su ademán el aire no aprendido de la cortesía.—¿Me cómo yo á la gente? ¿Soy ladrón ó facineroso?... No: yo vengo aquí con móviles de honradez... ¿Podrán todos decir lo mismo?

—No, aquí no ha entrado nadie, nadie más que usted.

—Puesto que usted lo dice, Elenita, lo creo—dijo el hombre oscuro tomando una silla.—Con la vénia de usted me sentaré. Estoy muy atigado.

—¡Y se sienta!

—Sí, porque tenemos que hablar. Atención, Elenita, yo tengo la desgracia de estar prendado de usted.

—Pues mire usted, yo tengo muchas desgracias, menos esa.

Romo contrajo su semblante, expresando sus afectos como los animales, de una manera muy opaca, digámoslo así, por ser incapaz de hacerlo de otro modo. No podía decirse si era el ruín despecho ó la meritoria resignación lo que determinaba aquel signo ilegible, que en él reemplazaba á la clara sonrisa, señal genérica de la raza humana.

—Pues mire usted—dijo afectando candidez,—á otros les ha pasado lo mismo, y al fin, á fuerza de paciencia, de buenas acciones y de finezas se han hecho adorar de las que les menospreciaban.

—No conseguirá usted tal cosa de la hija de mi madre.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Pues qué... ¿tan feo soy?—preguntó Romo indicando que no tenía la peor idea respecto á sus gracias personales.

—No, no; es usted monísimo—dijo Elena con malicia,—pero yo estoy por los feos... ¿Quiere usted hacer una cosa que me agradará mucho?

—No tiene usted más que hablar, y obedeceré.

—Pues déjeme sola.

—Eso no...—repuso frunciendo el ceño.—No pasa un hombre los

días y las noches oyendo leer sentencias de muerte, y acompañando negros á la horca; no pasa un hombre, no, su vida entre lágrimas, suspiros, sangre y cuerpos horribles que se zarandean en la soga, para venir un rato en busca de goces puros junto á la que ama y verse despedido como un perro.

—Pero yo, pobre de mí, ¿qué puedo remediar?—dijo Elena cruzando las manos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Es terrible cosa—continuó el hombre-carcel con hueco acento,—que ni siquiera gratitud haya para mí.

—¿Gratitud?... eso sí... nosotros estamos muy agradecidos.

—Se compromete uno, se hace sospechoso á sus amigos, interceciendo siempre por un D. Benigno que mató á muchos guardias del Rey en el Arco de Boteros; trabaja uno, se desvive, se desacredita, echa los bofes... y en pago... vea usted... ¡Rayo! hay una niña que en nada estima los beneficios hechos á su familia... ¿Qué le importan á ella la buena opinión del favorecedor de su padre, su honradez, su limpia fama en el comercio?... Todo lo pospone al morrioncillo, á las espuelas doradas y al bigotejo rubio de un mozalvete que no tiene sobre qué caerse muerto, hijo y hermano de conspiradores...

Encendida como la grana, Elena se sentía cobarde. Pero si su valor igualara á su indignación y sus tijeras pudieran cortar á un hombre como cortaban un hilo, allí mismo dividiera en dos pedazos á Romo.

—Calle usted, cállese usted—exclamó sofocada.

—Y sin embargo—añadió el hombre opaco poniéndose más amarillo de lo que comunmente era,—soy bueno, tengo paciencia, me conformo, callo y padezco... Es verdad que tengo en mi poder un instrumento de venganza... pero no lo emplearé por razón de amor, no, lo emplearé tan sólo por el decoro de esta familia, á quien estimo tanto.

Elena tuvo un arranque de esos que se han visto alguna vez, muy pocas, pero se han visto, en las palomas, en las corderas, en las liebres, en las mariposas, en los séres más pacíficos y bondadosos, y pálida de ira, con los labios secos y los puños cerrados, apostrofó al amigo de su familia, gritando así:

—Usted es un malvado, y si yo supiera que algún día había de caer en el pecado de quererle, ahora mismo me quitaría la vida para que no pudiera llegar ese día. Usted es un tunante, hipócrita y falsario, y si mi padre dice que no, yo diré que sí, y si mi padre y mi madre me mandan que le quiera, yo les desobedeceré. Hágame usted todo el daño que guste, pues todo lo que venga de usted lo desprecio, sí señor, lo desprecio, como desprecio su persona toda, sí señor; su alma y su cuerpo, sí señor... Ahora, ¿quiere usted quitárseme de delante, ó tendré que llamar á la vecindad para que me ayude á echarle por la escalera abajo?

Al concluir su apóstrofe, la doncella se quedó sin fuerzas y cayó en una silla; cayó blanda, fría, muerta como la ceniza del papel cuando ha concluido la rápida llama. No tenía fuerzas para nada, ni aun para mirar á su enemigo, á quien suponía levantado ya para matarla. Pero el

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tenebroso Romo más que colérico parecía meditabundo, y miraba al suelo, juzgando sin duda indigno de su perversidad grandiosa el conmoverse por la flagelación de una mano blanca. Su resabio de mascullar se había hecho más notable. Parecía estar rumiando un orujo amargo, del cual había sacado ya el jugo de que nutría perpétuamente su bílis. Veíase el movimiento de los músculos maxilares sobre el carrillo verdoso donde la fuerte barba afeitada extendía su zona negruzca. Después miró á Elena de un modo que si indicaba algo era una especie de paciencia feroz ó el aplazamiento de su ira. La córnea de sus ojos era amarilla como suele verse en los hombres de la raza etiópica y su iris negro con azulados cambiantes. Fijaba poco la vista, y raras veces miraba directamente, como no fuera al suelo. Creeríase que el suelo era un espejo, donde aquellos ojos se recreaban viendo su polvorosa imagen.

Levantóso pesadamente, y dando vueltas entre las manos al sombrero, habló así:

—Y sin embargo, Elena, yo la adoro á usted... Usted me insulta, y yo repito que la adoro á usted... Cada uno según su natural; el mío es requemarme de amor... ¡Rayo! si usted me quisiera, aunque no fuese sino poquitín, me dejaría gobernar como un perro faldero... Sería usted la más feliz de las mujeres y yo el más feliz de los hombres, porque la quiero á usted más que á mi vida.

Sus palabras veladas y huecas parecían salir de una mazmorra. Sin embargo, hubo en el tono del hombre oscuro una inflexión que casi casi podría creerse sentimental; pero esto pasó, fué cosa de brevísimo instante, como la rápida y apenas perceptible desafinación de un buen instrumento músico en buenas manos. Elena se echó á llorar.

—Ya ve usted que no puede ser—balbució.

—Ya veo que no puede ser—añadió Romo mirando á su espejo, es decir, á los ladrillos.—Puede que sea un bien para usted. Mi corazón es demasiado grande y negro... Ama de una manera particular... tiene esquinas y picos... de modo que no podrá querer sin hacer daño... Á mí me llaman el hombre de bronce... Adios, Elenita... quedamos en que me resigno... es decir, en que me muero... Usted me aborrece... ¡Rayo! ¡con cuánta razón!... Es que soy malo, perverso y amenacé á usted con hacer ahorcar á ese pobre pajarito de Seudoquis... No lo haré... si le ahorcara, al fin le olvidaría usted, olvidándose también de mí... Eso sí que no me gusta. Es preciso que usted se acuerde de este desgraciado alguna vez.

Elena no comprendiendo nada de tan incoherentes razones, vacilaba entre la compasión y la repugnancia.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Además yo había amenazado á usted con otra cosa—dijo Romo retrocediendo después de dar dos pasos hacia la puerta.—Yo tengo una carta, sí, aquí está... en mi cartera la llevo siempre. Es una esquela que usted escribió á esa lagartija. En ella dice que yo soy un animal... Bien: puede que sea verdad. Yo dije que iba á mostrar la carta á su mamá de usted... No, ¿á qué viene eso? Me repugnan las intriguillas de comedia. ¡Yo enseñando cartas ajenas, en que me llaman animal!... Tome usted el papelejo y no hablemos más de eso.

Romo alargó la mano con un papel arrugado, del cual se apoderó Elena, guardándolo prontamente.

—Gracias murmuró.

En aquel instante oyóse la campanilla de la puerta, y la voz de don Benigno que gritaba:

—Hija mía, soy yo, tu padre.

Elena corrió á abrir, y el amoroso D. Benigno abrazó con frenesí á su adorada hija, comiéndose á besos la linda cara, sonrosada de llorar. También él lloraba como una mujer.

—¿Quién está aquí?... ¿Con quién hablabas?—preguntó con viveza el padre, luego que pasaron las primeras expansiones de su amor.

Al entrar en la sala D. Benigno vió á Romo que iba á su encuentro abriendo también los brazos.

—¡Ah! ¿estaba usted aquí... era usted...? ¡amigo mío!

—No esperábamos todavía al Sr. Cordero—dijo Romo.—Desconfiaba de que le soltaran á usted.

—¿Por qué llorabas, hija mía, antes de yo entrar?—dijo el patriota, fijando en esto toda su atención.

—El Sr. Romo—repuso Elena muy turbada, pero en situación de poder disimularlo bien,—acababa de entrar...

—Yo creí que estaría aquí Doña Robustiana—añadió el realista.

—Y me decía—prosiguió Elena,—me estaba diciendo que usted... pues, que no había esperanzas de que le soltaran á usted, padre.

—Eso me dijeron esta mañana en la Superintendencia; pero por lo visto las órdenes que se dieron la semana pasada han hecho efecto.

—Venga acá el mejor de los amigos, venga acá—exclamó D. Benigno con entusiasmo, abriendo los brazos para estrechar en ellos á su salvador.—Otro abrazo... y otro... Á usted debo mi libertad. No sé cómo pagarle este beneficio... Es como deber la vida... Venga otro abrazo... ¡Haber dado tantos pasos para que no me maltrataran en Zaragoza, haberme servido tan leamente, tan desinteresadamente! No, no se ve esto

(c) 2008 Ministerio de Cultura

todos los días. Y es más admirable en tiempos en que no hay amigo para amigo... Yo liberal, usted absolutista, y sin embargo, me ha librado de la horca. Gracias, mil gracias, Sr. D. Francisco Romo—añadió con emoción que brotaba como un torrente de su alma honrada.—¡Bendita sea la memoria de su padre de usted! Por ella juro que mi gratitud será tan duradera como mi vida.

Era la hora de comer; y cerrada la tienda, llegaron la señora, los niños y el mancebo. Quiso D. Benigno que les acompañase Romo á su frugal mesa; pero excusóse el voluntario y partió, dejando á la hidalga familia entregada á su felicidad. Elena no respiró fácilmente hasta que no vió la casa libre de la desapacible lobreguez de aquel hombre.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XI

DEJAMOS á D. Patricio como aquellas *estátuas vivas de hielo*, á cuya mísera quietud y frialdad quedaban reducidas, según confesión propia, las heroinas de las comedias tan duramente flageladas por Moratín. El alma del insigne patriota había caido de improviso en turbación muy honda, saliendo de aquel dulce estado de serenidad en que há tiempo vivía. Dudas, temores, desconsuelo y congoja le sobresaltaron en invasión aterradora, sin que la presencia de Sola le aliviara, porque la huérfana habló muy poco durante todo aquel día y no dijo nada de lo que á nuestro anciano había quitado hasta la última sombra de sosiego.

Mas por la noche, cuando la joven se retiraba, volvió á decir la terrible frase:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Si yo me fuera á Inglaterra, ¿qué harías tú, viejecillo bobo?

D. Patricio no pudo hablar, porque su garganta era como de bronce y todo el cuerpo se le quedó frío. No pudo dormir nada en toda la noche, revolviendo en su mente sin cesar la terrible pregunta.

—¡Consagrar yo mi vida á una criatura como esta!...—exclamaba en su calenturiento insomnio:—¡amarla con todas las fuerzas del alma, ser padre para ella, ser amigo, ser esclavo, y á lo mejor oir hablar de un viaje á Inglaterra!... ¡Ingrata, mil veces ingrata! ¡Te ofrezco mi gloria, trasmito á tí, bendiciéndote, los laureles que han de ornar mi frente, y me abandonas!... ¡Ah! Señor, Señor de todas las cosas... ¡La ocasión ha llegado! El momento de mi sacrificio sublime está presente. No espero más. ¡Adios, hija de mi corazón; adios, esperanza mía, á quien diputé por compañera de mi fama!... Tú á Inglaterra, yo á la inmortalidad... ¿Pero á qué vas tú á Inglaterra, grandísima loca? ¿á qué?... Sepámoslo. ¡Ay! te llama el amor de un hombre, no me lo niegues, de un hombre á quien amas más que á mí, más que á tu padre, más que al abuelo Sarmiento... ¡Por vida de la Ch...! Esto no lo puedo consentir, no mil veces... yo tengo mucho corazón... Sola, Sola de mi vida... ¿por qué me abandonas? ¿por qué te vas, y dejas solo, pobre, miserable, á tu buen viejecito que te adora como á los ángeles? ¿Qué he hecho yo? ¿Te he faltado en algo? ¿No soy siempre tu perrillo obediente y callado que no respiraría si su respiración te molestara?

Diciendo esto sus lágrimas regaban la almohada y las revueltas sábanas.

Al día siguiente notó que Sola estaba también muy triste, y que había llorado; pero no se atrevió á preguntarle nada.

Por la noche luego que cenaron, Sola, después de larga pausa de meditación, durante la cual su amigo la miraba como se mira á un oráculo que va á romper á hablar, dijo simplemente:

—Abuelito Sarmiento; tengo que decirte una cosa.

D. Patricio sintió que su corazón bailaba como una peonza.

—Pues abuelito Sarmiento—añadió Sola, mostrando que le era muy difícil decir lo que decía,—yo, la verdad... ¡tengo una pena, una pena tan grande!... Si pudiera llevarte conmigo te llevaría, pero me es imposible, me es absolutamente imposible. Me han mandado ir sola, enteramente sola.

D. Patricio dejó caer su cabeza sobre el pecho, y le pareció que todo él caía, como un viejo roble abatido por el huracán. Lanzó un gemido como los que exhala la vida al arrancar del mundo su raíz y huir.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Es preciso tener resignación—dijo Sola poniéndole la mano en el hombro.—Tú, en realidad, no eres hombre de mucha fé, porque con esas doctrinas de la libertad los hombres de hoy pierden el temor de Dios, y principiando por aborrecer á los curas acaban por olvidarse de Dios y de la Virgen.

—Yo creo en Dios—murmuró Sarmiento.—Ya ves que he ido á misa desde que tú me lo has mandado.

—Sí, no dudo que creerás; pero no tan vivamente como se debe creer, sobre todo cuando una desgracia nos cae encima—dijo la huérfana con enérgica expresión.—Ahora que vamos á separarnos, es preciso que mi viejecito tenga la entereza cristiana que es propia de su edad y de su buen juicio... porque su juicio es bueno, y felizmente ya no se acuerda de aquellas glorias, laureles, sacrificios, inmortalidades, que le hacían tan divertido para los granujas de las calles.

—Yo no he renunciado ni debo renunciar á mi destino—repuso el anciano humildemente.

—Ni aun por mí...

—Por tí tal vez; pero si te vas...

—Si me voy, será para volver—replicó Sola con ternura...—Yo confio en que el abuelito Sarmiento será razonable, será juicioso. Si el abuelito en vez de hacer lo que le mando, se entrega otra vez á la vida vagabunda, y vuelve á ser el hazme reir de los holgazanes, tendré grandísima pena. Pues qué, ¿no hay en el mundo y en Madrid otras personas caritativas que pueden cuidar de tí como he cuidado yo? Hay, sí, personas llenas de abnegación y de amor de Dios, las cuales hacen esto mismo por oficio, abuelito, y consagran su vida á cuidar de los pobres ancianos desvalidos, de los pobres enfermos y de los niños huérfanos. Á estas personas confiaré á mi pobre viejecillo bobo, para que me le cuiden hasta que yo vuelva.

D. Patricio, que había empezado á hacer pucheros, rompió á llorar con amargura.

—Soledad, hija de mi alma...—exclamó.—Ya comprendo lo que quieres decirme. Tu intención es ponerme en un asilo... ¡Lo dices y no tiemblas!

Después, variando de tono súbitamente, porque variaba de idea, ahuecó la voz, alzó la mano y dijo:

—¡Y crees tú que á un hombre como este se le mete en un hospicio! Sola, Sola, piénsalo bien. Tú has olvidado qué clase de mortal es este que tienes en tu casa. ¡Y me crees capaz de aceptar esa vida oscura, sin

(c) 2008 Ministerio de Cultura

gloria y sin tí, sin tí y sin gloria! ¡ay! los dos polos de mi existencia... Mira, niña de mi alma, para que comprendas cuánto te quiero y cómo has conquistado mi gran corazón, te diré que yo no soy el que era, que si mis ideas no han variado han variado mis acciones y mi conducta.

Y luego con una seriedad que hizo sonreir á Sola en medio de su pena, se expresó así:

—Es evidente... porque esto es evidente como la luz del día... que yo estoy destinado á coronarme de gloria, á adornar mi frente de rayos esplendorosos sacrificándome por la libertad, ofreciéndome como víctima expiatoria en el altar de la patria, como el insigne general, mi compañero de martirio, que me espera en la mansión de los justos, allá donde las virtudes y el heroismo tienen eterno y solemne premio... Pues bien, es tanto lo que te quiero, que por tu cariño he ido dejando pasar días y días y hasta meses sin cumplir esto que ya no es para mí una predestinación tan sólo, sino un deber sagrado. ¿Me entiendes?

Soledad le pasó la mano por la cabeza, incitándole á que no siguiese tocando aquel tema.

—Por tí, sólo por tí...—prosiguió el viejo.—¡Me dá tanta pena dejarte!... Así es que me digo: "tiempo habrá, Señor,„... ¿Creerás que aquí en tu compañía se me han pasado semanas enteras sin acordarme de semejante cosa?... Hay más todavía: yo estaba dispuesto á hacer un sacrificio mayor... ¿te espantas? que es el de sacrificarte mi sacrificio, ¿no lo entiendes?... Sí, poner á tus piés mi propia gloria, mi corona de estrellas... Sí, chiquilla, yo estaba dispuesto á no separarme jamás de tí y á no pensar más en la política... ni en Riego, ni en la libertad... ¡Oh! hija mía, tú no puedes comprender la inmensidad de tal sacrificio. Por él juzgarás de la inmensidad del amor que te tengo. ¡Y cuando yo renuncio por tí á lo que es mi propia vida, á mi idea santa, gloriosa, augusta, tú me abandonas, me echas á un lado como mueble inútil, me mandas á un hospicio y te vas!...

Soledad veía crecer y tomar proporciones aquel problema de la separación que le causaba tanta pena. Su alma no era capaz de arrepentirse del bien que había hecho al desvalido anciano; pero deploraba que por los misteriosos designios de Dios, la caridad que hiciera algunos meses antes le trajese ahora aquel conflicto que empezaba á surgir en su cristiano corazón.

—El Señor nos iluminará—dijo, remitiendo su cuita al que ya la había salvado de grandes peligros.—Si tú le pidieras con fervor, como yo lo hago, luz, fuerzas, paciencia y fé, sobre todo fé...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Yo le pediré todo lo que tú quieras, hija de mi alma; yo tendré fé... Dices que tengo poca; pues tendremos mucha. Me has contagiado de tantas cosas, que no dudo he de adquirir la fé que tú, sólo con mirarme, me estás infundiendo.

—Para adquirir ese tesoro—dijo Sola con cierto entusiasmo,—no basta mirarme á mí ni que yo te mire á tí, abuelo; es preciso pedirlo á Dios y pedírselo con ardiente deseo de poseer su gracia, abriendo de par en par las puertas del corazón para que entre; es preciso que nuestra sensibilidad y nuestro pensamiento se junten para alimentar ese fuego que pedimos y que al fin se nos ha de dar. Teniendo ese tesoro, todo se consigue, fuerzas para soportar la desgracia, valor para acometer los peligros, bondad para hacer bien á nuestros enemigos, conformidad y esperanza, que son las muletas de la vida para todos lo que cojeamos en ella.

—Pues yo haré que mi sensibilidad y mi pensamiento se encaminen á Dios, niña mia —replicó el vagabundo participando del entusiasmo de su favorecedora.—Haré todo lo que mandas.

—Y tendrás fé.

—Tendremos fé... sí; venga fé.

—Con ella resolveremos todas las cuestiones—dijo Sola acariciando el flaco cuello de su amigo.—Ahora, abuelito, es preciso que nos recojamos. Es tarde.

—Como tú quieras. Para los que no duermen, como yo, nunca es tarde ni temprano.

—Es preciso dormir.

—¿Duermes tú?

—Toda la noche.

—Me parece que me engañas... En fin, buenas noches. ¿Sabes lo que voy á hacer si me desvelo? Pues voy á rezar, á rezar fervorosamente como en mis tiempos juveniles, como rezábamos Refugio y yo cuando teníamos contrariedades, alguna deudilla que no podíamos pagar, alguna enfermedad de nuestro adorado Lucas... Ello es que siempre salíamos bien de todo.

—A rezar, sí; pero con el corazón, sin dejar de hacerlo con los labios.

—Adios, angel de mi guarda—dijo Sarmiento besándola en la frente.—Hasta mañana, que seguiremos tratando estas cosas.

Retiróse Soledad, y el anciano se fué á su cuarto y se acostó, durmiéndose prontamente; mas tuvo la poca suerte de despertar al poco tiempo sobresaltado, nervioso, con el cerebro ardiendo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Ea, ya estamos desvelados—dijo dando vueltas en su cama, que había sido para él durante diez meses un lecho de rosas.—Voy á poner por obra lo que me mandó la niña; voy á rezar.

Disponiendo devotamente su espíritu para tan piadoso ejercicio, rezó todo lo rezable, desde las oraciones elementales del dogma católico hasta las que en distintas épocas ha inventado la piedad para dar pasto al insaciable fervor de los siglos. Sarmiento rezó á Dios, á la Virgen, á los Santos que antaño habían sido sus abogados, sin olvidar á los que fueron procuradores de Refugio, mientras ésta les necesitara.

Mas á pesar de esto, el anciano no advirtió que entrara gran porción de calma en su espíritu, antes al contrario, sentíase más irritado, más inquieto con propensiones á la furia y á protestar contra su malhadada suerte. Como llegara un instante en que no pudo permanecer en el abrasado lecho, levantóse en la oscuridad y se vistió á toda prisa sin estar seguro de ponerse la ropa al derecho. Sentía impulsos de salir gritando por toda la casa y de llamar á Sola y echarle en cara la crueldad de su conducta y decirle: "Ven acá, loca, ¿quién es el infame que te llama desde Inglaterra?... ¿Qué vas tú á hacer á Inglaterra?... ¡Ah! Es un noviazgo lo que te llama. Y si es noviazgo, ¡vive Dios! ¿quién es ese mónstruo? Díme su nombre, y correré allá y le arrancaré las entrañas."

En la sala distinguió debil claridad, por lo cual supuso que había luz en el cuarto de su amiga. Paso á paso, avanzando como los ladrones, dirigióse allá; empujó suavemente la puerta, pasó á un gabinete, deslizóse como una sombra extendiendo las manos para tocar los objetos que pudieran estorbarle el paso. La puerta de la alcoba estaba entreabierta; había luz dentro, pero no se oía el más leve rumor. Alargando el cuello Sarmiento vió á Sola dormida junto á una mesa en la cual había papeles y tintero.

—Estaba escribiendo—pensó,—y se ha dormido. Veremos á quién.

Entró en la alcoba, andando despacio, quedamente y con mucho cuidado para no hacer ruido. Su rostro anhelante, su cuerpo tembloroso, sus ojos ávidos y saltones dábanle aspecto de fantasma, y si la joven despertase en aquel momento se llenaría de terror al verle. Estaba profundamente dormida, con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón y ligeramente inclinada. Delante tenía una carta á medio escribir, y otra muy larga y de letra extraña que parecía ser la que estaba contestando.

—Yo conozco esa letra—pensó Sarmiento, devorando con los ojos el escrito, que estaba apoyado en un libro puesto de canto á manera de atril.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Conteniendo su respiración, el vagabundo examinó el pliego, que, abierto por el centro, no presentaba ni el principio ni el fin. Después fijó los ojos en la carta á medias escrita por Sola. D. Patricio miraba y fruncía el ceño apretando las mandíbulas. Tenía un aspecto tal de ferocidad aviesa, que si él mismo pudiera verse tuviera miedo de sí mismo.

No tardó mucho en satifacer su curiosidad; pero ésta era tan intensa, que después de leer una vez leyó la segunda. Después de la tercera no estaba tampoco satisfecho; mas temiendo que la joven despertara, se retiró como había venido. Al llegar á su cuarto se dejó caer en la cama, y dando un gran suspiro exclamó para sí:

—¡Bien lo decía yo: los emigrados...!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XII

Muy gozoso y satisfecho estaba D. Benigno Cordero con el suceso de su vuelta á la patria y al hogar querido, y resuelto á que le durase mucho el contento, hacía propósito firmísimo de no tornar á mezclarse en política, ni vestir uniforme, ni menos hacer heroicidades en Boteros ni en otro arco alguno. Verdad es que guardaba en su pecho cual tesoro riquísimo ó como los restos queridos de una persona amada que se depositan en secreta urna, las mismas aficiones políticas á que debió su destierro. Eso sí: antes creyera que el sol salía de noche que dejar de ver en la libertad, en el progreso y en la soberanía del pueblo, la felicidad de las Naciones. Mas era preciso poner una losa sobre estas cosas y D. Benigno la puso.

—Desde hoy—dijo—Benigno Cordero no es más que un comerciante de encajes. No adulará al absolutismo, no dirá una sola palabra en favor suyo; pero no, ya no tocará más el pito constitucional ni la flauta de la milicia. Á Segura le llevan preso. Yo tengo ideas, sí, ideas firmes, pero tengo hijos. Es posible, es casi seguro que otros, que también tienen

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mis ideas, las hagan triunfar; pero mis hijos por nadie serán cuidados si se quedan sin padre. Atrás las doctrinas por ahora, y adelante los muchachos. Ahora silencio, paz, retraimiento absoluto... cabeza baja y pico cerrado... pero ¡ay! alma mía, allá recogida en tí misma y sin que te oigan los oidos de la propia carne en que estás encerrada, no ceses de gritar: "¡Viva, viva y mil veces viva la señora libertad!„

Los muchos amigos del ex-jefe de milicianos le felicitaban cordialmente, y sus parroquianos, así como sus compañeros de comercio, recibieron gran contento al verle. Como era tan generoso, y tenía un natural por demás expansivo, antojósele, ocho días después del de su vuelta, obsequiar á los amigos con un modesto banquete dedicado á grabar en la memoria de todos el fausto evento de su liberación; pero Doña Robustiana, cuyo sentido práctico igualaba al peso de su cuerpo, le quitó de la cabeza la idea de aquella manifestación dispendiosa, arguyéndole así:

—Desgraciadamente no estamos para fiestas. Acuérdate del dinero que has gastado en congraciarte con esos pillos; que tiempo hay de dar banquetes. Mañana domingo, 28 de Agosto, haremos para la cena un extraordinario de poca monta, y convidaremos á Romo, al Sr. de Pipaón, que también nos ha servido, y á Sola. Total: tres convidados. Basta, hombre, basta. Tiempo hay de echar la casa por la ventana, y no faltará un motivo para ello ni tampoco elementos, ¿me entiendes?... porque si siguen los frailes reponiendo la ropa de altar, no faltará venta de encaje blanco en todo el año que corre.

D. Benigno, como siempre, armonizó su opinión con la de su cara esposa, y á consecuencia de tan dulce avenencia, al día siguiente la cocina de los Corderos despedía inusitado aroma de ricas especias, el cual anunciaba á toda la vecindad la presencia de un extraordinario. Á la hora de la cena resplandecía el comedor con la luz de dos quinqués, colocados en contrapuestos sitios, y alrededor de la mesa se sentaron el Sr. de Pipaón, Sola y los de Cordero, sin excluir los niños, que ocupaban un extremo junto á su hermana. El puesto más preeminente entre los de convite estaba vacío, lo cual causaba gran disgusto á D. Benigno.

—¿Por qué no habrá venido Romo?—decía.—Es particular: no le hemos visto desde el día de mi llegada. ¿Estará enojado con nosotros?

Se esperó un rato; pero viendo que no parecía, dió principio el banquete. El digno anfitrión estaba intranquilo por aquella auseneia de su amigo, y á cada instante miraba á su esposa como para preguntarle qué opinaba ella de tan extraño caso. Ya Doña Robustiana había dicho:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

--Estará muy ocupado en la Comandancia de Voluntarios. Se le han mandado tres avisos al anochecer. Ustedes no saben bien la calma que gasta el Sr. de Romo. Otra noche le convidamos á cenar y se descolgó aquí á las diez de la noche.

La señora presidía majestuosamente la mesa y gobernaba con mucha destreza aquella maniobra de los banquetes antiguos, consistente en estar pasando platos de aquí para allí y de derecha á izquierda, como si los convidados en vez de reunirse para comer lo hicieran para jugar al juego de *sopla* y *vivo te lo doy*. Descollaba su hermoso busto por encima de la blanca mesa, á manera de un trono forrado en tela negra sobre el cual colocaran su cabeza como provisionalmente y mientras parecía el cuello perdido. Con la estrechez del ajuste, los abundantes dones que en ella acumuló sin tasa Natura formaban un circuito de tanta extensión que una mosca (esto puede asegurarse y lo certificaron testigos oculares), una mosca, decimos, que salió de uno de los brazos para ir al otro pasando por delante, tardó no se sabe cuánto tiempo en dar la vuelta y llegar á su destino.

En el otro extremo de la mesa Primitivo y Segundo, que por ser día de fiesta vestían de padres provinciales de la orden dominica, estaban bajo la vigilancia de Soledad y Elena respectivamente, las cuales no podían probar bocado, entretenidas en enseñar á los frailescos ángeles el modo de comer; y mientras el uno se rociaba con sopa los hábitos, llevábase el otro la cuchara á los ojos, sin cesar de pedir, chillar y hacer comentos varios sobre cuanto desde la fuente pasaba á sus platos.

Pipaón, cuyo apetito parecía crecer á medida que había menos motivos aparentes para ello, amenizaba con sus chistes la comida. Estaba elegantísimo, como de costumbre, el ingenioso cortesano, ataviado con su calzón de punto blanco, su levita polonesa de mangas jamonadas, su corbata metálica destinada á anticipar la idea de la muerte en garrote, por si acaso algún día era el indivíduo condenado á ella. Revueltos los cabellos con artístico desorden, parecía su cabeza una escoba, en lo cual cumplía á maravilla con los preceptos de la moda corriente. ¡Oh! era aquel un señor muy bondadoso y sencillo, que lo mismo se sentaba á la mesa del rico que á la del pobre, con tal que en ellas hubiera buenos manjares que comer; y sin dar privadamente excesiva importancia á las ideas políticas, lo mismo fraternizaba con el negro que con el blanco, siempre que ni el uno ni el otro le estorbasen en su prodigioso medro. Menos alegre que su comensal á causa de la ausencia de Romo, D. Benigno conversaba con chispa y donaire, volviendo con graciosa movili-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dad el rostro hacia Pipaón, hacia su esposa y hacia la silla vacía donde se echaba de menos la torva figura del voluntario realista; y ¡cosa singular! aquella silla donde no se sentaba el hombre oscuro, tenía cierto aspecto lúgubre. Romo no estaba allí, y sin embargo parecía que estaba.

Esquivando entrar en el tema político á que la verbosidad importuna y mareante de Pipaón quería llevarle, D. Benigno dijo:

—Ya he manifestado cuál es mi propósito. Y qué, Sr. D. Juan, ¿cree usted que me será difícil cumplirlo? De ningún modo. Los que necesitan de la política para vivir, porque si no hay bullanga no comen, dificilmente aceptarán esta oscura vida privada que es mi delicia. Quite usted á los intrigantes la política y será como si les cortaran las manos á los rateros ó los piés á las bailarinas. ¿Digo mal? Hoy con este partido, mañana con el otro, ello es que siempre se les ve á flote...

Á D. Benigno se le cayó del tenedor un pedazo de calabacín que en él tenía, aguardando á que la boca callase para entrar. La causa de tan inesperado siniestro fué que Doña Robustiana le estaba tocando el codo, primero suavemente y después con fuerza, para que su marido cayese en la cuenta de que estaba haciendo la sátira de Pipaón.

—Verdad es que no todos los que se ocupan de política son así—dijo el honrado comerciante pinchando de nuevo la hortaliza,—ya se comprende; pero ni á unos ni á otros quiero parecerme. La vida privada es hoy mi sueño de oro... No quiere decir que en lo íntimo de mi alma no exista siempre... pero dejemos esto. Puede uno llevar en su fuero interno el fardo que más le acomode, sin necesidad de ponerse una etiqueta en la frente... esto es claro como el agua. No hay necesidad de meter ruido. En la vida privada puede tener el buen ciudadano mil ocasiones de realizar fines patrióticos y de servir á la patria. ¿Cómo? Cumpliendo lealmente esa multitud de pequeños esfuerzos que en conjunto reclaman tanta energía como cualquier acto de heroismo; así lo ha dicho Juan Jacobo Rous... tente lengüita. Dejemos á ese caballero en su casa, pues hay palabras que ahorcan... Yo me concreto á lo siguiente: vea usted mi plan, Sr. de Pipaón.

Antes que el plan de D. Benigno, merecía la atención de Bragas una lonja de ternera, cuyo especioso condimento bastaba á acreditar la ciencia culinaria de la señora de Cordero.

—Muy bien, Sr. D. Benigno—gruñó Pipaón engullendo.—Su plan de usted me parece muy bien asado... No, no, quiero decir que la ternera está muy bien asada y que su plan de usted es excelente, sabrosísimo, es decir, atinadísimo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Mi plan es el siguiente: Yo trabajo todo el día con excepción de los domingos; yo cumplo con los preceptos de Nuestra Santa Madre la Iglesia oyendo misa, confesando y comulgando como se me manda; yo cumplo asimismo mis obligaciones comerciales; yo no debo un cuarto á nadie; yo educo á mis hijos; yo pago mis contribuciones puntualmente; yo obedezco todas las leyes, decretos, bandos y órdenes de la autoridad; yo hago á los pobres la limosna que mi fortuna me permite; yo no hablo mal de nadie, ni siquiera del Gobierno; yo sirvo á los amigos en lo que puedo; yo no conspiro; yo celebro mucho que todos vivan bien y estén contentos; en suma, yo quiero ser la más ordenada, puntual y exacta clavija de esta gran máquina que se llama la patria, para que no dé por mi causa el más ligero tropezón... ¿Qué tal? ¿Me he explicado bien?

Conversación tan interesante hubo de interrumpirse porque uno de los chicos tuvo la ocurrencia de derramar sobre su hábito toda la salsa que había en el plato, mientras el otro barraqueaba como un ternero porque no le permitían comer con las manos. Calmada la agitación al otro extremo de la mesa, D. Benigno continuó:

—Siempre ha sido mi norma de conducta... Segundito, cuidado... ocupar el puesto que me señalaban las circunstancias. He sido y soy esclavo de mi deber... Primitivo, que te estoy mirando; ¿cómo se coge el tenedor?... Un día las circunstancias me dijeron: "es preciso que seas valiente" y fuí valiente. Heridas tengo que darán razón de ello. Hoy me dicen las circunstancias: "es preciso que seas pacífico„ y pacífico soy... Niños, ¿me enfado?... Mi conciencia está tranquila con tan juicioso plan de conducta; á mi conciencia obedezco y nada más.

En esto sonaron fuertes campanillazos en la puerta de la casa.

—Á buena hora viene ese señor... cuando ya estamos en los postres— dijo D. Benigno.—De seguro es Romo.

—No, no llama él de ese modo—observó la señora,—poniendo atención para oir en el momento que la criada abría.

—Puede que sea Romo—indicó Pipaón dirigiendo sus dedos en persecución de una pera que rodaba por el mantel.

—Son dos señores, dos hombres—dijo la criada entrando en el comedor.—Preguntan por el amo.

—Allá voy—dijo Cordero levantándose.

—Que esperen—manifestó Doña Robustiana con mal humor.—Que siempre te has de levantar de la mesa...

D. Benigno salió con la servilleta sujeta al cuello. En la sala encontró dos hombres desconocidos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Una luz, Reyes—gritó á la criada.

La claridad de la vela que trajo la moza permitió al honrado patriota distinguir bien las fisonomías. Creía reconocer aquellas caras. Ninguna de las dos despertaba grandes simpatías, y en cuanto á los cuerpos eran de lo más sospechosos que pueden imaginarse.

—¿Es usted D. Benigno Cordero?—le preguntó uno de ellos secamente.

—Para lo que ustedes gusten mandar. ¿Qué quieren ustedes?

—Que venga usted con nosotros.

—¿Á dónde?

—¡Toma!... á la cárcel—exclamó el indivíduo esgrimiendo su bastoncillo y admirado de que no se hubiera comprendido el objeto de tan grata visita.

D. Benigno se quedó aturdido... creía soñar... estaba lelo.

—¡Á la carcel!—murmuró.

—Y pronto. Tenemos que hacer...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—A la carcel...—dijo otra vez Cordero, como el delirante que repite un tema.—Yo... ¿por qué?... yo... ¿han dicho que á la carcel...?

—Sí señor, á la carcel... nosotros no tenemos que explicar... No somos jueces—graznó el polizonte con desenfado y altanería, consecuente con el tono general de los pillastres que se dedican á perseguir á la gente honrada.

—Aguarden ustedes un momento—dijo Cordero sin saber lo que decía.—Voy... Les diré á ustedes...

Dió varias vueltas, tropezó en una puerta. Parecía un hombre que ha perdido la cabeza y la está buscando. Sin propósito deliberado, fué al comedor, entró. Su esposa y su hija perdieron el color al ver su cara, que era la cara de un muerto.

—Son dos caballeros—murmuró Cordero con voz trémula. —Dos amigos... No hay que asustarse... Tengo que salir con ellos... Pipaón amigo, salga usted á ver qué es eso... mi sombrero, ¿en dónde está mi sombrero?

Dió una vuelta alrededor de la mesa y salió otra vez. Sin duda había perdido el juicio.

—Con que dicen ustedes que... ¡á la carcel!... ¿y se podrá saber...?

—Si usted no viene pronto—dijo el polizonte con ira, llamaremos á los voluntarios que están abajo.

El otro bribón había encendido un cigarro y fumaba mirando los cuadros de la sala.

—Pues vamos. Esto es una equivocación—dijo el comerciante recobrando un poco su entereza.

—¿Pero su hija de usted no se presenta?—preguntó el primer esbirro.

—¡Mi hija!

—¡Sí señor, su hija!—exclamó el mismo abriendo las manos y mostrando en dos abanicos de carne sus diez dedos sucios, negros, nudosos y con las yemas amarillas por el uso del cigarro de papel.

—¿Y para qué tiene que presentarse mi hija?

—¿Pues qué?... ¿No le dije que su hija tiene que venir también á la carcel?

—Usted no me ha dicho nada, y si me lo hubiera dicho, no lo habría creido—afirmó Cordero sintiendo que su corazón se oprimía.

—Vea usted este papel—dijo el funcionario mostrando un volante.—Benigno Cordero y su hija Elena Cordero.

—¡Mi hija!—exclamó D. Benigno, lanzando un gemido de dolor.—¿Pues qué ha hecho mi hija?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Eh! que suban los voluntarios. Así despacharemos pronto.

D. Benigno se había vuelto idiota. No se movía. Pipaón, que había oido algo desde la puerta, se acercó diciendo:

—Esto ha de ser alguna equivocación de la Superintendencia.

Al verle los de policía le hicieron una reverencia, como suele usarlas la infame adulación cuando quiere parecerse á la cortesía.

—¿No es usted el que llaman Mala Mosca? ¿No me debe usted su destino?—preguntó Pipaón.

—Sí señor—repuso el infame mostrando tras los replegados labios una dentadura que parecía un muladar.—Soy el mismo, para servir al señor de Pipaón.

—Á ver la orden.

Pipaón leyó á punto que entraban en la sala, sobrecogidas de terror, las tres mujeres y los dos frailecitos y la criada.

—Nada, nada, esto debe de ser un quid pro quo—dijo Bragas con disgusto evidente;—pero es preciso obedecer la orden. Desde este momento empezaré á dar los pasos convenientes...

Los de Cordero se miraron unos á otros. Se oía la respiración. En aquel instante de congoja y pavura, Elena fué la que tuvo más valor, y haciendo frente á la situación exclamó:

—¿Yo también he de ir presa? Pues vamos. No tengo miedo.

—¡Hija de mi alma!—gritó Doña Robustiana abrazándola con furor. —No te separarás de mí. Si á los dos os llevan presos, yo voy también á la carcel y me llevo los niños.

—Con usted no va nada, señora—dijo el polizonte.—El señor mayor y la niña son los que han de ir... Con que andando.

Arrojóse como una hiena la señora sobre aquel hombre, y de seguro lo habría pasado mal el funcionario de la Superintendencia, si Doña Robustiana en el momento de clavar las manos en la berrugosa cara de su presa no hubiera quedado sin sentido, presa de un breve síncope. Acudieron todos á ella, y el de policía gritó, poniéndose rojo y horrible:

—¡Al demonio con la vieja!... Vamos al momento, ó que suban los voluntarios. No podemos perder el tiempo con estos remilgos.

D. Benigno, cuyo espíritu estaba templado para hacer frente á las situaciones más terribles, elevóse sobre aquella tribulación, como el sol sobre la bruma, é iluminando la lúgubre escena con su rayo de heroismo que á todos les dejó absortos, gritó:

—Vamos, vamos á la carcel. Ni mi hija ni yo temblamos. La inocencia no tiene miedo, cobardes sayones... Vamos á la carcel, al patíbulo, á

(c) 2008 Ministerio de Cultura

donde querais, canallas, mil veces canallas... Yo había vuelto la espalda á la libertad, y la libertad me llama... ¡Allá voy, ideal divino; aquí estoy; adelante!... Vamos, miserables, abandono á mi esposa, á mis hijos. Todo se queda aquí... Tan miserables sois vosotros como Calomarde que os manda. Vamos á la carcel, y ¡Viva la Constitución!

Salió bizarra y noblemente, lleno de entusiasmo y valor, rodeando con su brazo el cuello de Elena, que al heróico arrojo de su padre respondió diciendo también:—"¡Viva la Constitución!„

Al salir encargó á Soledad que cuidase de su madre y de sus hermanos. Algo más pensaba decir; pero los sayones no la dejaron. El compañero de Mala Mosca se quedó para registrar la vivienda.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XIII

El día siguiente, después de las doce, entró Pipaón en la casa, muy agitado y sudoroso, como hombre que ha subido en pocas horas todas las escaleras de las oficinas de Madrid. Halló á Doña Robustiana en lamentable estado. Yacía la atribulada señora en una cama, y desde la noche anterior, lejos de calmarse sus ataques nerviosos, se habían exacerbado á causa de la inquebrantable resistencia á tomar alimento. Cuando Pipaón entró, no podía dar un paso en la estancia, porque estaba

(c) 2008 Ministerio de Cultura

casi á oscuras con objeto de que la luz no molestase á la señora; mas por los suspiros que oía se fué guiando hasta que dió con el lecho y pudo distinguir á Solita, sentada junto á éste sin apartar la atención ni un punto de su infeliz amiga.

El ilustre cortesano de 1815 se sentó, cuidando de exhalar también un grau suspiro para que no se dudase de la autenticidad de su pena, y después de enterarse con mucha solicitud del estado de la paciente, dijo así:

—Señora, he visto á Chaperón.

Doña Robustiana contestó con un quejido lastimero.

—Señora—añadió Bragas,—he visto á Aymerich, jefe de los voluntarios realistas.

Respondióle otro quejido seguido de sollozos.

—Señora, he visto á Ugarte, á Zea Bermudez, á varios indivíduos de la Junta secreta de Estado, á dos indivíduos de la Comisión Militar.

No obtuvo respuesta.

—Señora, he visto á Calomarde, he hablado con él: estaba almorzando, me hizo pasar, le dije lo que ocurría, contestóme que viese á D. José Manuel de Arjona. También es amigo mío: hemos hablado largamente. Voy á enterar á usted con toda claridad de la verdadera situación en que estamos, situación grave, señora, ¿á qué ocultarlo? pero no desesperada. Yo creo que se deben pintar los sucesos tales cuales son, porque de nada valdría desfigurarlos, ¿estamos en eso? Pues bien: juzgue usted por sí misma.

Doña Robustiana parecía hallarse en estado de no poder juzgar nada por sí misma; pero el impávido Pipaón habló así:

—Ya sabrá usted que ha habido audaces tentativas revolucionarias en Tarifa, Almería y otros pueblos de la costa del Mediodía. Esos tunantes salieron de Gibraltar. El desembarco les salió mal. Gracias á la vigilancia de las autoridades, tan grande iniquidad quedó frustrada. De hoy á mañana, señora, serán fusilados en Tarifa trescientos de esos pillos.

Pipaón notó que el lecho se extremecía.

—Ya sabrá usted—añadió,—que por el Decreto del 20 se condena á muerte á todos los que por cualquier medio pretendan restablecer el sistema representativo. Aquí será fusilado Gregorio Iglesias, un chicuelo de 18 años que intentó unirse á los revolucionarios del Mediodía. También parece que hoy ha sido condenado á muerte otro jovenzuelo, Tomás Franco, por haber proferido expresiones contra la vida de Su

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Majestad... En la Coruña ha sido preciso sentar la mano. Muchos de los sentenciados á la última pena han sido ejecutados ya; otros se han suicidado con opio ó abriéndose las venas... En fin, señora, esto es muy triste, pero usted comprenderá que el Gobierno, viéndose acosado por esos infames demagogos negros, sedientos de desorden, necesita mostrarse riguroso, pero muy riguroso... Yo pregunto á todas las personas imparciales y juiciosas. "¿En vista de lo que pasa, puede el Gobierno ser benigno?„

El discreto amigo no recibió contestación ni de la enferma, ni de Soledad, pero lo mismo que si la recibiera, prosiguió diciendo:

—Exactamente: no puede ser benigno. Los frailes, los obispos, todos los absolutistas de temple incitan al Gobierno á estirpar la negrería; los voluntarios realistas, que son más levantiscos é indomables que la malhadadá Milicia Nacional de marras, amenazan con sublevarse si no se les da todos los días sangre de liberales, horcas y más horcas. ¿Y qué se ha de hacer? Sobre ellos, sobre esa base poderosa se asienta el edificio del absolutismo y ¡ay de todo esto el día en que los voluntarios de la fé pasen del descontento á la sedición y de las palabras á los hechos! Por lo dicho, comprenderá usted que en la situación actual, cuando alguno, aunque sea inocente, tiene la desgracia de caer en la carcel, no es facil sacarle de ella á dos tirones...

Doña Robustiana exhaló la mitad de su alma en un gemido.

—No quiere esto decir que D. Benigno y su niña no puedan salir—añadió Bragas;—saldrán, sí señora, saldrán con la ayuda de Dios. Pero es difícil, sumamente difícil, ¿por qué he de decir otra cosa? ¿Por qué he de engañar á usted con ilusiones que luego serían amargos desengaños? Ahora examinemos el delito de nuestros queridos presos.

Al oir esto, extremecióse otra vez el lecho, y oyéronse sílabas torpemente articuladas.

—El Sr. D. Benigno y su hija han sido delatados, no se sabe por quién ni es facil saberlo. Por más que yo he tratado de averiguarlo, no me ha sido posible. Acúsanles de... pero vamos por partes, para mayor claridad. Parece que Elenita tiene un novio llamado Angel Seudoquis...

—¡Es mentira, es una infame impostura!—exclamó Doña Robustiana, sobreponiéndose á su estado nervioso.—Mi hija no tiene novio.

—Angel Seudoquis—prosiguió Pipaón, dando poca importancia á la negativa de la enferma,—hermano de D. Rafael Seudoquis, militar sin purificar, degradado y aun creo que condenado á muerte por varios horrorosos crímenes de Estado. Según consta en la delación, Rafael

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Seudoquis, que ha venido de Inglaterra con órdenes de los revolucionarios para hacer una tentativa, se valió de su hermano Angel, novio de la niña, para ponerse en comunicación con D. Benigno, el cual parecía tener encargo de ayudarle...

—¡Qué horrible maquinación! ¡Qué tejido de infames mentiras!—murmuró Doña Robustiana ahogando los sollozos.—Sola, tú que nos conoces y sabes quién entra y sale en nuestra casa, ¿no te horrorizas de oir tales calumnias?

Soledad no contestó nada. Tenía un nudo en la garganta.

—En la delación consta también—prosiguió el amigo de la casa,—que Rafael Seudoquis entró dos veces seguidas disfrazado... grandes barbas, aspecto fiero... yo no le conozco. Ello es que le vieron entrar. Guardábale el bulto su hermano, paseando en la calle. Consta que Elena recibía de él papeles que luego entregaba á D. Benigno, y constan otras estupendas cosas que no recuerdo en este momento.

—Consta que los jueces y delatores son un enjambre de miserables bandidos—afirmó Doña Robustiana con ira, incorporándose.—Sola, ¡por Dios santo! tú que nos conoces, dí á ese hombre que se engaña, porque también él, con ser nuestro amigo, parece dar crédito á tales patrañas.

—Yo ni afirmo ni niego... poco á poco—manifestó Pipaón, conservándose en aquel saludable justo medio que le había llevado á considerables alturas burocráticas.—El Sr. D. Benigno y su hija pueden ser inocentes y pueden no serlo: de un modo ó de otro es el Sr. Cordero un excelente amigo, á quien debo servir y serviré con todas mis fuerzas.

Levantóse. La enferma, acometida por una convulsión, desplomóse sobre las almohadas.

—Ánimo, señora—dijo con la frialdad del médico que pone recetas en el momento de la muerte.—Usted me conoce y sabe que haré cuanto de mí dependa. El caso es grave, gravísimo: ignoro hasta dónde puede llegar mi influencia; pero hay que confiar en Dios, que hace milagros, que los ha hecho algún día, que los volverá á hacer, señora, si es preciso. Dios ampara á los buenos.

Emitida esta máxima, se llevó el pañuelo á los ojos, como si quisiera limpiar la humedad de una lágrima auténtica, y después de echar un suspirillo mal sacado, salió de la alcoba, dejando á las dos mujeres más atribuladas de lo que estaban antes de su aparición.

Muy avanzada la noche, cuando la enferma, vencida por la fatiga, pudo hallar en un ligero sueño alivio á las penas de su alma, Sola subió

(c) 2008 Ministerio de Cultura

á su casa. Ordinariamente subía la escalera en veloces saltos, cual pájaro que vuela á su nido; aquella noche la subió lentamente, con tanto trabajo como si cada escalón fuese una montaña. No apartaba los ojos del suelo, y su rostro estaba lívido. Sin duda veía dentro de sí misma espectros que la horrorizaban.

—¿Qué tienes, niña mía?—le preguntó Sarmiento que había salido á abrirle.—¡Cuánto tiempo sin verte!... Esa pobre gente estará muy afligida. Y gracias que tienen un angel como tú para que les acompañe.

La huéfana no contestó nada. La voz de D. Patricio parecía no ser para ella más interesante ni más expresiva que el áspero chirrido de los goznes de la puerta.

—¿Qué tienes? ¿En qué piensas?—dijo el anciano sentándose junto á ella.—Tú tienes algo.

Después de una pausa en que silenciosamente la contempló, dijo:

—¡Ya comprendo, pobre de mí! Ha llegado el momento de separarte de tu viejo, de meterme en un hospicio y de marcharte para Inglaterra. Como me has tomado algún cariño, esta separación no puede menos de afligirte.

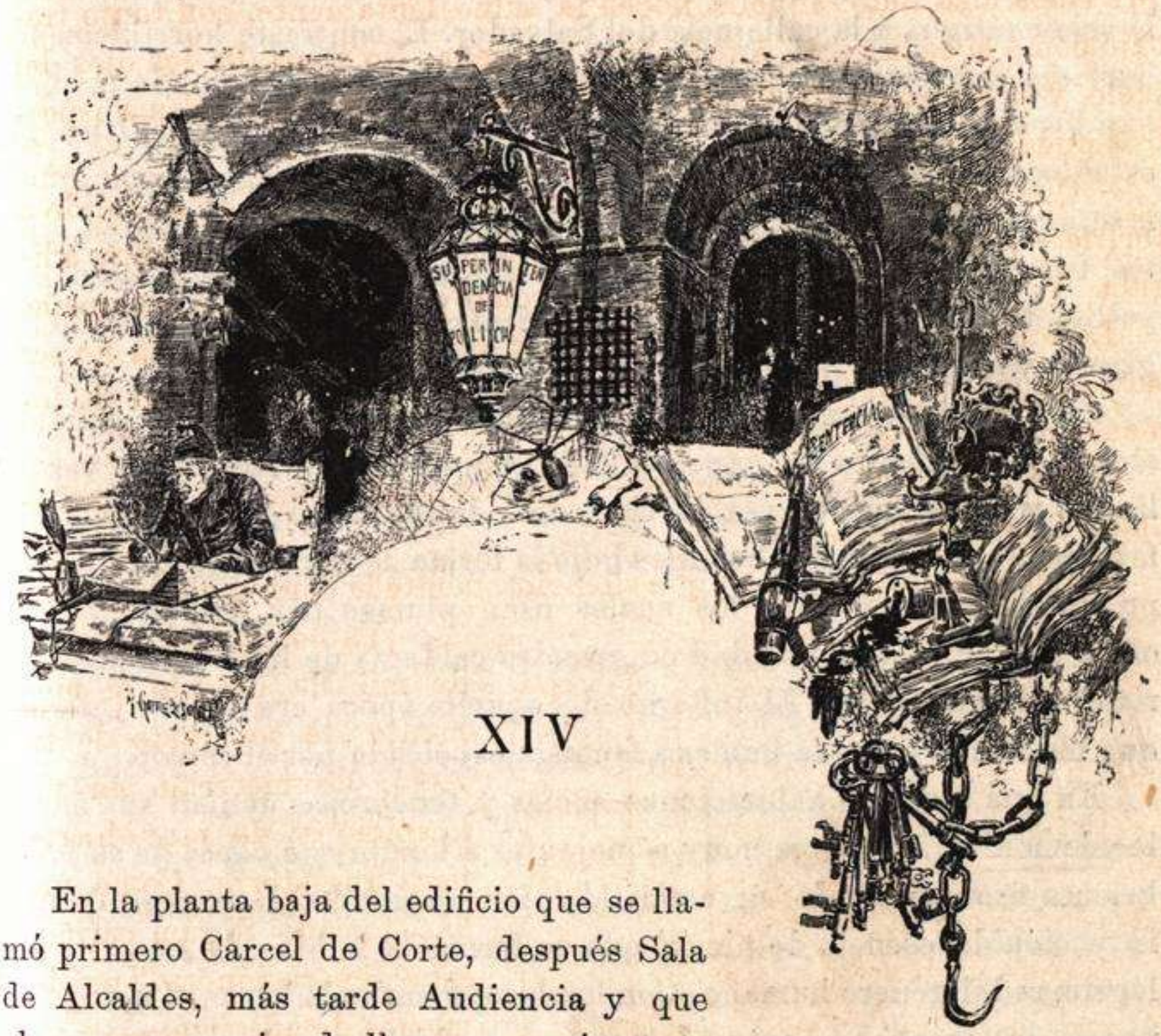
—Ya no me voy para Inglaterra — murmuró Sola con una seriedad sepulcral que desconcertó más á Sarmiento.

—Pues entonces... eso que me has dicho me causa muchísima alegría, hija de mi corazón. ¿Con que no te vas? ¡Qué sabrosas nuevas has traido esta noche á tu viejecito! Dame un abrazo.

Al caer en los brazos del vagabundo, y cuando éste la estrechaba con amante ardor en ellos, Sola gimió dolorosamente y se echó á llorar.

—¡Ay! abuelo... ¡qué desgraciada es tu niña!...—exclamó.—Más le valdría no haber nacido.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



XIV

En la planta baja del edificio que se llamó primero Carcel de Corte, después Sala de Alcaldes, más tarde Audiencia y que ahora va en camino de llamarse, según parece, Ministerio de Ultramar, estaba situada la Superintendencia general de Policía. La carcel ocupaba el inmundo edificio, que ya no existe, en la manzana inmediata, hacia la Concepción Jerónima, y que fué casa y hospedería de los padres del Salvador. Desde uno á otro caserón la distancia era insignificante, como la que existe entre la agonía y la muerte, y á falta de un puente de los Suspiros, existía el callejón del Verdugo, de facil tránsito para los que del tribunal pasaban á los calabozos ó de los calabozos á la horca.

Las respetables oficinas de aquella institución (firme columna del orden político dominante entonces), tenían alojamiento tan digno de los jueces como de las leyes, en las indecorosas crujías que ha visto no hace mucho todo el que tuvo la desgracia de frecuentar los Juzgados de primera instancia. La Comisión Militar, que era la que juzgaba á toda clase de delincuentes, tenía su albergue en un antiguo edificio de la plazuela de San Nicolás; pero el Presidente de ella frecuentaba tanto la Superintendencia que se había mandado arreglar un despacho en el

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ángulo que da al callejón del Verdugo. El Superintendente recibía en la sala contigua á la callejuela del Salvador. El contraste horriblemente burlesco entre los nombres de las fétidas callejuelas por donde respiraban los dos instrumentos más activos del poder judicial y político, no establecían diferencia esencial entre ellos, porque ambos eran igualmente patibularios. Las odiosas antesalas de la horca eran negras, tristes, frías, con repulsivo aspecto de vejez y humedad, repugnante olor á polilla, tabaco, suciedad, y una atmósfera que parecía formada de lágrimas y suspiros.

En todas las grandes poblaciones y en todas las épocas ha existido siempre un infierno de papel sellado compuesto de legajos en vez de llamas y de oficinas en vez de cavernas, donde tiene su residencia una falange no pequeña de demonios bajo la forma de alguaciles, escribanos, procuradores, abogados, los cuales usan plumas por tizones, y cuyo oficio es freir á la humanidad en grandes calderas de hirviente palabrería que llaman autos. El infierno de aquella época era el más infernal que puede imaginar la humana fantasía espoleada por el terror.

En una serie de habitaciones sucias y tenebrosas tenían sus mesas los demonios inferiores, muy semejantes á hombres á causa de su hambrienta fisonomía y de su amarillo color, resultado al parecer de una inyección de esencia de pleito, que se forma de la bilis, la sangre y las lágrimas del género humano. Con los brazos enfundados en el manguito negro, desempeñaban entre desperezos, cuchicheos y bocanadas de tabaco, sus nefandas funciones que consistían en escribir mil cosas ineptas. Con su pluma estos diablillos pinchaban, martirizando lentamente; pero más allá, en otras salas más negras, más indecorosas y más ahumadas con el hálito brumoso de la curia, los demonios mayores descuartizaban como carniceros. Sus nefandas rúbricas, compuestas de trazos nigrománticos, abrían en canal á las pobres víctimas, y cada vez que llenaban un pliego de aquella simpática letra cuadrada y angulosa que ha sido el orgullo de nuestros calígrafos, daban un resoplido de satisfacción, señal de que el precito estaba bien cocho por un lado y era preciso ponerlo á cocer por el otro.

Las mesas negras, desvencijadas, cubiertas de un hule roto por donde corría libremente la arenilla secante esperando á que se acercara una mano sudorosa para pegarse á ella, sostenían los haces de llamaradas, los paquetes de ascua, en forma de barbudos legajos amarillentos, todos garabateados con la pez hirviente de los tinteros de plomo ó de cuerno, en cuyo horrendo abismo se cebaban las ávidas plumas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Mientras algunos de estos demonios escribían, otros no tenían reposo, entrando y saliendo de caverna en caverna y llevando recados á la Superintendencia y á la carcel. Los alguaciles y ordenanzas, que eran unos pajecillos infernales muy saltones, trasportaban grandes cargamentos de materia ígnea de un rincón á otro: sonaban las campanillas, como una señal demoniaca para activar los tizonazos y la quemazón; se oían llamamientos, peticiones, apuradas preguntas; buscábase entre mil legajos el legajo A ó B; se recriminaban unos á otros los de manguito en brazo y pluma en oreja; se arrojaban fétidas colillas; volaba el papel con el pesado aire que entraba al abrir y cerrar las puertas; oíase chirrido de plumas trazando homicidas rúbricas, y movíanse, gimiendo sobre sus goznes mohosos, las mamparas en cuyo lienzo roto se leía: *Departamento de purificaciones... Padrón general... Sentencias... Pruebas... Negociado de sospechosos.*

La Superintendencia de policía y la Comisaría Militar se diferenciaban poco en el fondo y en la forma, y no se juzgue á la segunda por su calificativo, creyendo que imperaba en ella el criterio comunmente pundonoroso y honrado, aunque severo, de nuestro ejército. Estaba presidida por un terrible indivíduo que vestía de brigadier, para baldón del uniforme español; militares eran también sus vocales y el fiscal; pero todo su mecanismo interno, su personal secundario, así como sus procedimientos, habían sido tomados de la curia más abyecta. Entonces no había propiamente ejército, porque casi todo él estaba sujeto al juicio de purificación. Los voluntarios realistas, cuyo jefe era Ministro de la Guerra, sostenían el orden social, auxiliando á los sanguinarios tribunales y también imponiéndose á ellos. La Comisión Militar, que contaba en el número de sus diversas misiones la de purificar á aquel nefando ejército, casi totalmente afecto á la Constitución, estaba en absoluto sometida á la voluntad de aquella odiosa palanca del Gobierno llamada D. Francisco Chaperón. Los demás altos indivíduos del aborrecido tribunal eran figuras decorativas que sólo servían para hacer resaltar con su penumbra la roja aureola infernal del presidente.

El público aguardaba en la portería de la Comisión (plazuela de San Nicolás), impaciente, mugidor, grosero, blasfemante. Componíase en gran parte de los oscuros ministros de la delación y de los testigos de cargo, porque los de descargo no eran en ningún caso admitidos. Había personas de todas clases, abundando las de la clase popular. De la clase media eran pocas, de la más elevada poquísimas. Reuniéndolo todo, lo de dentro y lo de fuera, el gentío que escribía y el que esperaba, los

(c) 2008 Ministerio de Cultura

diablos todos, grandes y pequeños y sus cómplices delatores, podría haberse formado un magnífico presidio. La inocencia no habría reclamado para sí sino á poquísimas personas.

Grande era el alboroto entre los que esperaban por querer cada uno entrar antes que los demás, y los voluntarios tenían que forcejear á brazo partido para mantener el orden y establecer un turno riguroso.

—Yo estaba primero, señora... Échese usted atrás.

—¿Usted primero? Si estoy aquí desde la madrugada...

—Guardia, aquí se ha colado esta mujer. Ha venido después que yo y está delante.

—Le digo á usted que estoy aquí desde la madrugada.

—¿Á qué viene usted, hermosa? Si viene usted como testigo ha de esperar á que la llamen... aunque no se admiten aquí testigos con faldas.

—No vengo como testigo.

—¿Viene á reclamar?... Tiempo perdido.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—No vengo á reclamar.

—¿Á delatar?

La mujer calló. Era joven, vestía modestamente de negro, con mantilla. Su cara estaba pálida; sus ojos grandes y oscuros se abatían con tristeza.

—¿Pero usted á qué viene?—le preguntó el voluntario encargado de mantener el orden.

—Á ver al Sr. Chaperón. Ya se lo he dicho á usted seis veces.

—Acabáramos... ¿Y no podría usted ver en su lugar al segundo jefe?

—No señor. Tengo que hablar con el Sr. Chaperón, con el mismo Sr. Chaperón.

—Pues aún aguardará usted un ratito.

Una hora después, el mismo se acercó á ella y en tono de benevolencia le dijo:

—Ahora en cuanto salga ese señor sacerdote que acaba de entrar, pasará usted.

—Ya es tiempo.

—¿Ha esperado usted mucho, niña?

—Seis horas: son las diez. Apenas puedo ya tenerme en pié. Ayer también estuve á las ocho de la mañana. Me dijeron que esto era cosa de la Superintendencia. Fuí á la Superintendencia... Allí esperé seis horas; fuí de oficina en oficina y al fin un señor muy gordo me dijo que yo era tonta y que la Superintendencia no tenía nada que ver con lo que yo iba á decir; que marchase á ver al Sr. Chaperón. Por la noche le busqué en su casa; dijéronme que viniese aquí...

—Usted viene á dar informes á la Comisión Militar—dijo el voluntario realista encubriendo con estas palabras la infame idea de la delación.

La joven no contestó nada.

—Ya puede usted pasar—oyó decir al fin; y otro voluntario especie de Caronte de aquellos infernales pasadizos, la guió adentro.

Al atravesar el lóbrego pasillo, oprimiósele el corazón y tembló toda, creyendo que una infernal boca se la tragaba y que jamás vería la clara luz del día. Rechinó una mampara. La mujer vió una estancia regularmente iluminada por los huecos de dos angostas ventanas, y entró. Allí había dos hombres.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XV

UNO estaba en pié, colocado frente al marco de la puerta, de modo que recibiendo la luz por detrás todo él parecía negro, negro el uniforme, negras las manos, negra la cara. Pero en la sombra podía reconocerse facilmente al celoso funcionario que dispuso la elevación de la horca en la plaza de la Cebada el 6 de Noviembre de 1823.

El otro estaba sentado y escribía con la soltura y garbo de quien ha consagrado una existencia entera al oficio curialesco. Era un viejecillo encorvado y pergaminoso, con espejuelos verdes, las facciones amomiadas, el cuerpo enjuto. Mientras escribía, su espinazo afectaba una perfecta curva, cuyo extremo, ó sea la región capital, casi tocaba al papel. Al dejar la pluma, recobraba lentamente su posición vertical, que siempre era bastante incorrecta, por tener su cabeza cierta tendencia á colgar balanceándose, como fruta madura que va á caer de la rama. Tenía la costumbre de subirse á la frente las antiparras verdes mientras escribía, y entonces parecía estar dotado de cuatro ojos, dos de los cuales se encargaban de vigilar la estancia mientras sus compañeros cubrían el papel de una hermosa letra de Torío que en claridad podía competir con la de imprenta. Su nariz y la desaforada boca combinaban armoniosamente sus formas para producir una muequecilla entre satírica y benévola que producía distintos efectos en los que tenían la dicha de ser mirados por el licenciado Lobo, pues tal era el nombre de este personaje, no desconocido para nuestros lectores (*).

La joven balbució un saludo dirigiéndose al de la mesa, que le parecía más principal. Después extendió sus miradas por toda la pieza, que se le figuró no menos triste y lóbrega que un panteón. Cubría los polvo-

---

(*) Véase *La Córte de Carlos IV, Napoleón en Chamartin* y otros volúmenes de la *Primera série*.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

rientos ladrillos del suelo una estera de pleita que á carcajadas se reía por varios puntos. Los muebles no superaban en aseo ni elegancia al resto de las oficinas, y las mesas, las sillas, los estantes se decoraban con el mismo tradicional mugre que era peculiar á todo cuanto en la casa existía, no librándose de él ni aun el retrato de nuestro Rey y señor D. Fernando VII, que allá arriba en el testero principal, y dentro de un marco prolijamente decorado por las moscas, mostraba la augusta majestad neta. Los grandes ojos negros del Rey, fulgurando bajo la espesa ceja corrida, parecían llenar toda la sala con su mirada aterradora.

—¿Qué quiere usted?—gritó bruscamente Chaperón,—mirando á la joven.

La turbación suele causar algo de sordera; así es que la interpelada dejóse caer en una silla con muestras de gran cansancio.

—Gracias, señor, me sentaré. Estoy muy fatigada; no me puedo tener.

Su entrecortado aliento, su palidez, la sequedad de sus labios indicaban una fatiga capaz de producir la muerte si se prolongara mucho.

—No he dicho á usted que se siente, sino que qué quiere—manifestó con desabrimiento el brigadier.

La joven se levantó vacilante como un ebrio.

—Puede usted sentarse, sí, siéntese usted—dijo Chaperón con menos dureza.

Lobo le hizo una seña amistosa, obsequiándola al mismo tiempo con un ejemplar de su sonrisa.

—Yo—dijo la joven dirigiéndose á Lobo, que le parecía más amable, —quería hablar con el Sr. de Chaperón.

—Pues pronto, amiguita—gruñó éste,—despachemos, que no estamos aquí para perder el tiempo.

—¿Es Vuecencia el Sr. D. Francisco Chaperón?

—Sí, yo soy... ¿qué se te ofreco?—repuso el funcionario practicando su sistema de tutear á los que no le parecían personas de alta calidad.

—Quería hablar á Vuecencia—dijo la muchacha temblando,—acerca de D. Benigno Cordero y su hija.

—Cordero...—dijo Chaperón recordando.—¡Ah! ya... el encajero. Está bien. ¿Tú has servido en su casa?

—No señor.

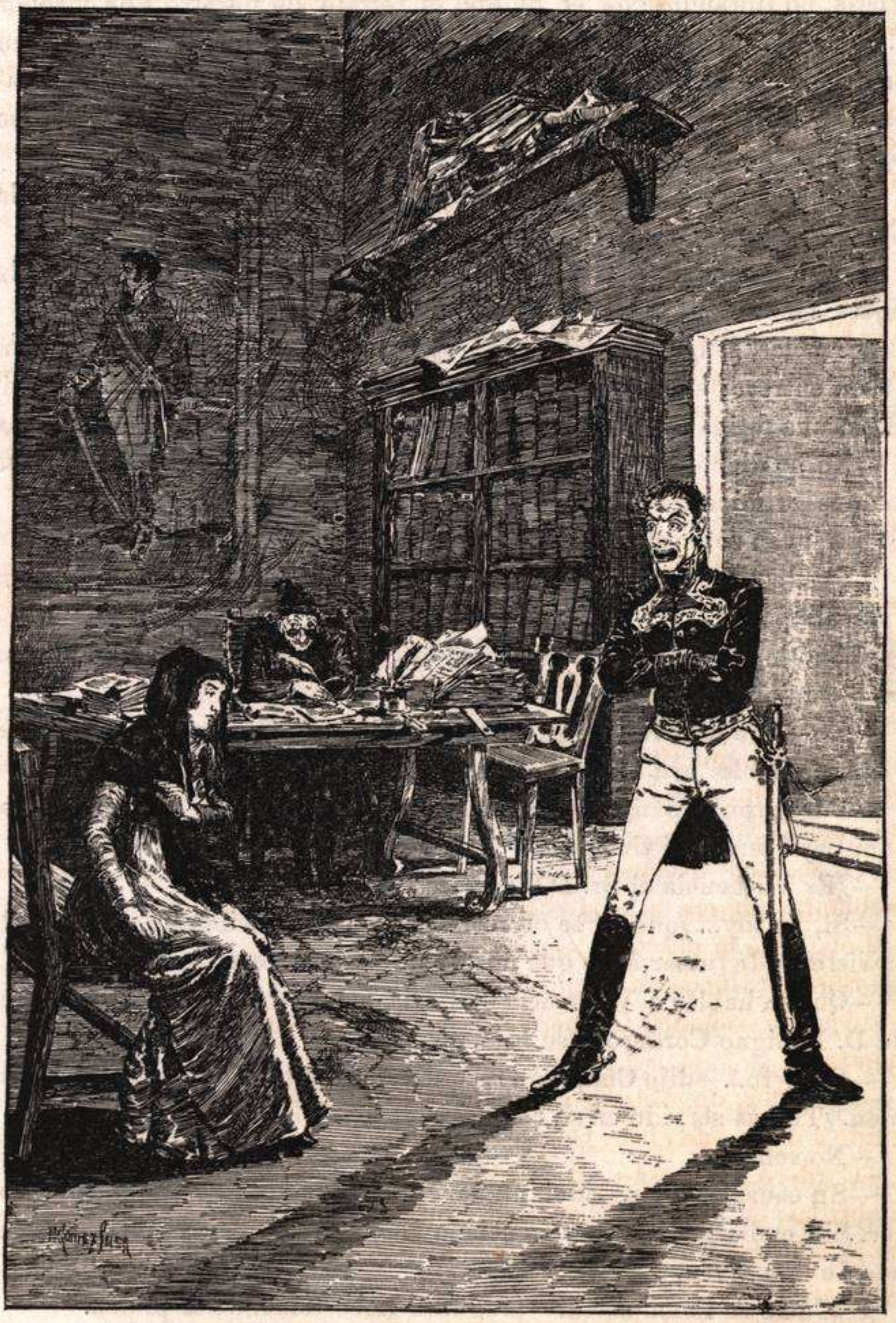
—Su causa está muy adelantada. No creo que haya nada por esclarecer. Sin embargo... Señor licenciado Lobo, recoja usted las declaraciones de esta joven.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó Lobo tomando la pluma.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Soledad Gil de la Cuadra.

—¡Gil de la Cuadra!—exclamó Chaperón con sorpresa dando algunos pasos hacia la joven.—Yo conozco ese nombre.



(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Mi padre—dijo Sola reanimándose,—era muy afecto á la causa del Rey. Quizás Vuecencia le conocería.

—D. Urbano Gil de la Cuadra... Ya lo creo. ¿Se acuerda usted, Lobo?... Ultimamente se oscureció y no supimos más de él... Era un benemérito español que jamás se dejó embaucar por la canalla.

—Murió pobre y olvidado de todo el mundo—manifestó Sola, triste por la memoria y gozosa al mismo tiempo por una circunstancia que despertaría tal vez interés hacia ella en el ánimo de aquellos señores tan serios.—Sabiendo quién soy y recordando la veracidad y honradez de mi padre, tengo mucho adelantado en la opinión de Vuecencias.

—Seguramente.

—Y darán crédito á lo que diga.

—El pertenecer á una familia de esas que se han distinguido siempre por su aborrecimiento á las novedades constitucionales, es aquí la mejor de las recomendaciones.

—Pues bien, señores—dijo Soledad animándose más,—yo diré á Vuecencias muchas cosas que ignoran en el asunto de D. Benigno Cordero.

—Anote usted, licenciado... En efecto, siempre me han parecido algo oscuros los hechos en ese endiablado asunto de Carnero... ¿no es Carnero?... No, Cordero. Tengo la convicción de su culpabilidad; pero...

—¡Oh! Señor—dijo Soledad con viveza,—precisamente yo vengo á decir que el Sr. D. Benigno y su hija son inocentes.

Chaperón, que iba en camino de la ventana, dió una rápida vuelta sobre su tacón, como los muñecos que giran en las veletas al impulso del viento.

—¡Inocente!—exclamó arrugando todas las partes arrugables de su semblante, que era su modo especial de manifestar sorpresa.

Lobo dejó la pluma y bajo sus anteojos.

—Sí señor, inocente—repitió Sola.

—Oye, tú—añadió Chaperón.—¿Habrás venido aquí á burlarte de nosotros?...

—No señor, de ningún modo—repuso la huérfana temblando.—He venido á decir que el Sr. Cordero es inocente.

—Cordero... inocente... Inocente... Cordero... ¡Qué bien pegan las dos palabrillas, eh!—dijo el Comisario militar con la bufonería horripilante que le aseguraba el primer puesto en la gerarquía de los demonios judiciales.

Se había acercado á la joven, casi hasta tocar con sus botas marcia-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

les las rodillas de ella, y cruzando los brazos y arrugando el ceño, la miraba de arriba abajo desdeñosamente, como pudiera mirar el can á la hormiga. Soledad elevaba los ojos para poder ver la tenebrosa cara suspendida sobre ella como una amenaza del cielo. Su convicción y su abnegación dábanle algún valor, por lo cual, desafiando la siniestra figura, se expresó de este modo:

—Yo afirmo que los Corderos son inocentes, que están presos por equivocación. Ya se supone que no habré venido sin pruebas.

Ella ignoraba que en aquel odioso tribunal las pruebas no hacían falta para condenar ni para absolver. No hacían falta para lo primero porque se condenaba sin ellas, ni para lo segundo, porque se condenaba también, á pesar de ellas.

—Con que pruebas...—dijo el vestiglo marcando más el tono de su bufonería.—¿Y cuáles son esas pruebecitas?

—Yo no vengo á negar el delito—afirmó Soledad con voz entrecortada, porque apenas podía hablar mientras sintiera encima el formidable peso de la mirada chaperoniana.—Yo no vengo á negar el delito, no señor; vengo á afirmarlo. Pero he dicho... que el Sr. Cordero es inocente de ese delito, que el delito ¿me entienden ustedes? se ha achacado al Sr. Cordero por equivocación... y esto lo probaré revelando quién es el verdadero... culpable, sí señor; el culpable del delito... del delito.

—Eso varía—dijo Chaperón apartándose.—Para probarme que no vienes á burlarte de nosotros, dime cuál es el delito.

—Un oficial del ejército, llamado D. Rafael Seudoquis, vino de Lóndres con unas cartas.

—¡Ah!... estás en lo cierto—dijo Chaperón con gozo, interrumpiéndola.—Por ahí, por ahí...

—Como Seudoquis no podía estar en Madrid sino día y medio, las cartas venían en un paquete á cierta persona que las debía distribuir y recoger las contestaciones.

—Admirable—dijo Chaperón como un maestro que recibe del examinado la contestación que esperaba.—Y Seudoquis no celebró entrevistas con Cordero, sino con otra persona. ¿No es eso lo que quieres decir?

—Sí señor; Cordero ni siquiera le conoce. Lo del noviazgo de Elena con Angelito es verdad; pero D. Rafael no ha visto á su hermano ni á ninguna otra persona de su familia en las treinta horas que estuvo en Madrid.

—Vamos, veo que conoces el paño... Bien, paloma. Ahora, revélanos todo lo que sabes. Lobo, anote usted.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Lobo tomó la pluma y subió otra vez á la frente sus verdes ojos sin pestañas.

—Yo no diré nada—afirmó Soledad con la firmeza de un mártir,—no diré una palabra, aunque me den tormento, si antes Vuecencia no me da palabra de poner en libertad al Sr. Cordero y á su hija.

—Según y conforme... Aquí no somos bobos. Si yo veo clara la equivocación...

—¡Pues no ha de verla!... Deme Vuecencia su palabra de ponerles en libertad desde que conozca al verdadero culpable.

—Bueno; te la doy, te doy mi palabra; mas con una condición. No soltaré á los Corderos si no resulta que el verdadero delincuente es un sér vivo y efectivo, ¿me entiendes? Aquí no queremos fantasmas. Si es persona á quien podamos traer aquí para que confiese y dé noticias y vomite todo lo que sabe y expíe sus crímenes... corriente. Tendremos mucho gusto en reparar la equivocación. ¿Para qué estamos aquí sino es para hacer justicia?

—El delincuente—dijo Sola con firmeza,—es un sér vivo y efectivo, podrá confesar, podrá expíar su culpa... Acabemos, señores, soy yo.

Chaperón y el experto licenciado habían visto muchas veces en aquella misma siniestra sala y en otras dependencias del tribunal, personas que negaban su culpabilidad, otras que delataban al prójimo, algunas que intentaban con lágrimas y quejidos ablandar el corazón de los jueces; habían visto muchas lástimas, infamias sin cuento, algo de abnegación en pocos casos, afectos diversos y diversísimas especies de delincuentes; pero hasta entonces no habían visto ninguno que á sí mismo se acusara. Hecho tan inaudito les desconcertó á entrambos y se miraron consultándose aquella jurisprudencia superior á sus alcances morales.

—¿De modo que tú dices que tú misma eres quien cometió esos delitos que Su Majestad nos ha mandado castigar? ¿Tú?...

—Sí señor, yo misma.

—¿Y tú misma lo aseguras?... de modo que te delatas á tí misma...—insistió Chaperón no dando entero crédito á lo que oía.—Anote usted, Lobo. Esto es singularísimo, lo más singular que hemos visto aquí. Lobo, anote usted.

Si en vez de decir "anote usted,„ hubiera dicho: "Lobo, muerda usted,„ el leguleyo no se habría arrojado con más ferocidad sobre la pluma y el papel. La extrañeza del caso hacía extremecer todas las fibras de su corazón, digámoslo así, de curial.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Soledad Gil de la Cuadra—dijo el magistrado militar dictando,—compareció... etc...

Después, volviéndose á la víctima que observaba el mover de la pluma de Lobo, como si desde su sitio pudiera leer lo que éste escribía, le dijo:

—¿Con que tú has sostenido relaciones con los emigrados? ¿Cuántas veces? ¿Con varios ó con uno solo?

—Con uno solo.

—Relaciones políticas, se entiende—indicó Chaperón más bien afirmando, que preguntando.

—No señor, relaciones de amistad—dijo Soledad vacilando.

—¿De amistad?... ¿Quién es él?

Solita, después de dudar breve instante, pronunció un nombre. Pudo observar que Lobo, al anotar aquel nombre, frunció primero el ceño, exajerando después hasta llegar á la caricatura la contracción burlesca de su boca.

—¿Tienes tú parentesco con ese bergante?—preguntó Chaperón.

—No señor.

—Entonces, ¿qué relaciones son esas?

—Es mi hermano... quiero decir, mi amigo, mi protector.

—Ya, ya sabemos lo que quieren decir esas palabrillas—gruñó el hombre-horca dando á luz una especie de sonrisa.—Háblanos con franqueza; que juez y confesor vienen á ser lo mismo. ¿Eres tú su querida?

Soledad se puso como la grana. Dominándose, habló así:

—Condéneme usted; pero no me avergüence. Yo no soy querida de nadie.

—¿Venimos aquí con vergüencilla?—vociferó el ogro riendo con brutal jovialidad.—¡Ay! ¡qué mimos tan monos!... Paloma, recoge ese colorete. ¿Ruborcillo tenemos? Aquí se conoce el mundo. Sr. Lobo, anote usted que ha revelado tener relaciones ilícitas con el susodicho...

—No es cierto, no es cierto—exclamó Soledad levantándose y corriendo hacia la mesa.

—¡Orden!—gritó Chaperón señalando á la víctima su asiento.

La huérfana, que había acopiado gran caudal de resignación, volvió á su sitio y tan sólo dijo:

—Si tengo valor para sacrificarme por un inocente, también lo tendré para calumniarme.

—¡Calumniarse!... ¿Seguimos con las palabrejas retumbantes? Pasemos á otra cosa. ¿Ese desuellacabras te ha escrito muchas veces?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Seis veces desde que está en Inglatera.

—¿Te ha hablado de sucesos políticos?

—Muy poco y por referencia.

—¿Conservas las cartas?

—No señor, las he roto.

—Ya lo averiguaremos. ¿Se ha anotado el domicilio de la reo?

—Sí señor.

—Adelante. Llegamos al D. Rafael Seudoquis. Ese señor trajo de Londres un paquete de cartas para que tú las repartieras...

—Sí señor...—repuso la joven con firmeza.—Puedo asegurar que Seudoquis no conoce á D. Benigno Cordero; que éste no podía encargarse de repartir las cartas, ni menos su hija, porque ni uno ni otra tenían noticia de semejante cosa. Vivimos en la misma casa, yo en el segundo, ellos en el principal, y como alguien de la policía vió al Sr. Seudoquis entrar en la casa, supuso que iba á la habitación de Cordero, cuando en realidad iba á la mía.

—Muy bien, anote usted eso. Puede muy bien resultar que el tal Cordero sea inocente, ¿por qué no?... la justicia y la verdad por delante. Sepamos ahora á quién iban dirigidas esas cartas. Este es el punto principal... Cordero no supo darnos noticia alguna. Si tú lo haces, tendremos la mejor prueba de que no has venido á burlarte de nosotros.

Soledad vaciló un instante. Helado sudor corría por su frente, y sintió como un torbellino en su cerebro. Era aquel un caso que la infeliz no había previsto, porque su alma llena toda de generosidad y ofuscada por la idea del bien que á realizar iba, no supo calcular la ignominia que podía salirle al paso y detenerla en su gallardo vuelo. Aquel acto de abnegación era de esos que no pueden realizarse con éxito feliz sin tropezar con la infamia, poniendo á la voluntad en la alternativa de retroceder ó incurrir en actos vergonzosos. Espantada Sola de los peligros que aparecían en su camino, no se atrevió á acometerlos, ni supo tampoco esquivarlos, porque carecía de la destreza y travesuras propias de tan gran empeño. Su única fuerza consistía en un valor heróico, pasivo, formidable, y robusteciendo su alma con él, dijo al severo magistrado:

—Yo me acuso á mí misma; pero no delataré á los demás.

—Me gusta... sí, me gusta la salida—afirmó Chaperón cruzándose de brazos delante de ella y moviendo el cuerpo como si fuera á dar un salto.—¿Sabes que tienes frescura?... Esto es dejarnos con un palmo de narices... Díme, mocosa, si no aclaras eso de las cartas, ¿qué ventaja

(c) 2008 Ministerio de Cultura

sacamos de que seas tú el delincuente en vez de serlo Cordero y su hija? ¿Qué diferencia hay?

—La diferencia que hay de la verdad á la mentira—replicó Soledad imperturbable.—Si ellos son inocentes, ¿por qué han de estar en la carcel ocupando un puesto que me corresponde á mí?

—Música, música—dijo el funcionario haciendo sonar como castañuelas los dedos de su mano derecha.—Aquí no estamos para perder el tiempo en distingos. Hay mucho que hacer para resguardar Trono y Sociedad de los ataques de esa gentualla negra. Á ver: ¿qué hemos sacado en limpio de tu acusación contra tí misma? Nada entre dos platos. ¡Por vida del Santísimo Sacramento! Yo creí que en punto á noticias frescas y bonitas nos ibas á traer aquí oro molido... ¡Que es inocente D. Benigno! ¿Y qué? ¡Que las cartas las recibiste tú y no él ni tampoco su hija! ¿Y qué? ¡Por vida del Sant...! esto es burlarse de la Comisión Militar. Aquí se viene á servir al Estado, no á hacer comedias. ¿Eres tú partidaria del Altar y del Trono, ó por el contrario, eres amiga de la canalla? ¿Te has prestado inocentemente á esa maquinación sin saber lo que hacías?... Hablemos claro.

Diciendo esto, Chaperón demostraba en la voz y en el gesto hallarse muy satisfecho de su elocuencia y del incontrastable poder de sus razones. Después de una pausa se acercó á Sola, y mirándola desde la altura de su corpachón negro, capaz de intimidar al más bravo; accionando enérgicamente con la mano derecha, cuyo dedo índice se erguía, tieso é inflexible como un emblema de la autoridad, habló de este modo:

—El Gobierno de Su Majestad, que nos ha puesto aquí para que vigilemos, tiene recompensas para los que le sirven, ayudándole á exclarecer las maquinaciones de los pillos, ¿te vas enterando? y tiene también castigos muy severos, muy severos, pero merecidos, para los que encubren á los malvados con su punible silencio, ¿te vas enterando?

—¿Eso lo dice Vuecencia para que delate á los que recibieron las cartas?—preguntó Soledad cerrando los ojos cual si estuviera suspendida sobre su cuello el hacha del verdugo.—Siento mucho desairar á Vuecencia; pero no puedo decir nada.

Chaperón se detuvo en su paseo por el cuarto. Viósele apretar las mandíbulas, contraer los músculos de la nariz, como si fuera á lanzar un estornudo, revolver los ojos... Sin duda su cólera augusta iba á estallar. Pero afortunadamente detuvo la formidable explosión un hombre entre soldado y alguacil, de indefinible jerarquía, mas de indudable fealdad, el cual abriendo la mampara, dijo:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Vuecencia me dispense; pero la señora que vino esta mañana está ahí, y quiere pasar.

—Que espere... ¡Por vida del...?

—Está furiosa—observó con timidez el que parecía soldado, alguacil, polizonte, sin ser claramente ninguna de estas tres cosas.

Chaperón dudaba. Iba á decir algo, cuando una señora empujó resueltamente la mampara y entró.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XVI

ERA una mujer hermosísima, arrogante y tan airosa y guapetona en su rostro y figura, como elegante en su vestir y tocado, de modo que Naturaleza y Arte se juntaban para formar un acabado tipo de mujer á la moda. La mirada que echó á Chaperón y á su legista, semejante á una limosna dada más bien por compromiso que por voluntad, indicaba que la modestia no era virtud principal en la señora. Pero su gallarda altanería ¡cuán grato es decirlo! venía como de molde enfrente de aquellos despreciables hombres tan duros con los desgraciados.

—Ni para ver al Rey se necesitan más requisitos—dijo la dama sentándose en la silla que Chaperón le ofreció, sonriendo.—Ví á Calomarde esta mañana y me mandó venir aquí... Yo creí que era cosa de un momento... pero si hay más de doscientas personas en la puerta... ¡Y qué gente! Diga usted, ¿á qué viene toda esa gente, á delatar? Si yo fuera la Comisión, empezaría por ahorcar á todo el que delatara sin pruebas... ¿No tienen ustedes otro sitio para que hagan antesala las personas decentes?

—Señora—repuso Chaperón en tono adulador, que no galante,—siempre que usted venga, pasará desde luego á mi despacho. Tengo mucho gusto en complacerla, no sólo por estimación particular, sino por lo mucho que respeto y admiro al Sr. Calomarde, mi amigo.

—Gracias—dijo la señora con indiferencia.—Vamos á mi asunto. Don Tadeo me prometió que esto quedaría resuelto en tres días.

—D. Tadeo desde su poltrona halla muy fáciles los negocios de policía. Yo quisiera verle aquí enredado con tanta gente y tanto papel... ¡En tres días, amigo Lobo, en tres días!

El licenciado apoyó la idea de su jefe, moviendo la cabeza con ex-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

presión de lástima de sí mismo, por el mucho trabajo que entre manos traía.

—Esto es vergonzoso—exclamó la señora sin disimular su enfado.—¿Con que para despachar un pasaporte se ha de gastar más tiempo que para juzgar y condenar á muerte á un hombre?... ¡Qué tribunales, Santo Dios! ¡Qué Superintendencia y qué Comisión Militar! Pongan todo eso en manos de una mujer y despachará en dos horas lo que ustedes no saben hacer en una semana.

—Pero usted, señora—dijo Chaperón con el tono que en él pasaba por benévolo,—no tiene en cuenta las circunstancias...

—Veo que aquí las circunstancias lo hacen todo. Invocándolas á cada paso se cometen mil torpezas, infamias y atropellos. Si volviera á nacer, Dios mío, querría que fuese en un país donde no hubiera circunstancias.

—Si se tratara aquí del pasaporte de una señora—indicó el presidente de la Comisión con tanto énfasis como el que va á desarrollar una tésis jurídica,—ande con Barrabás... Pero usted lleva dos criados, los cuales es preciso que antes se definan y se purifiquen, porque uno de ellos perteneció en tiempo de la Constitución á la clase de tropa, y el otro sirvió largos años al ministro Calatrava... Pero nos ocuparemos del asunto sin levantar mano...

—Yo deseo partir mañana—dijo la señora con displicencia.—Voy muy lejos, Sr. Chaperón, voy á Inglaterra.

—Empezaremos, empezaremos ahora mismo. Á ver, Lobo...

Al dirigirse á la mesa, Chaperón fijó la vista en la víctima cuyo proceso verbal había sido suspendido por la entrada de la soberbia dama.

—¡Ah!... ya no me acordaba de tí—dijo entre dientes.—Voy á despacharte.

Soledad miraba á la señora con espanto. Después de observarla bien, cerciorándose de quién era, bajó los ojos y se quedó como una muerta. Creeríase que batallaba angustiosamente con su desmayado espíritu, tratando de infundirle fuerza, y que entre sollozos imperceptibles le decía: "Levantate, alma mía, que aún falta lo más espantoso.„

—Con el permiso de usted, señora—dijo Chaperón mirando á la dama,—voy á despachar antes á esta joven. Lobo, extienda usted la orden de prisión... Llame usted para que la lleven... Orden al alcaide para que la incomunique...

La víctima dejó caer su cabeza sobre el pecho.

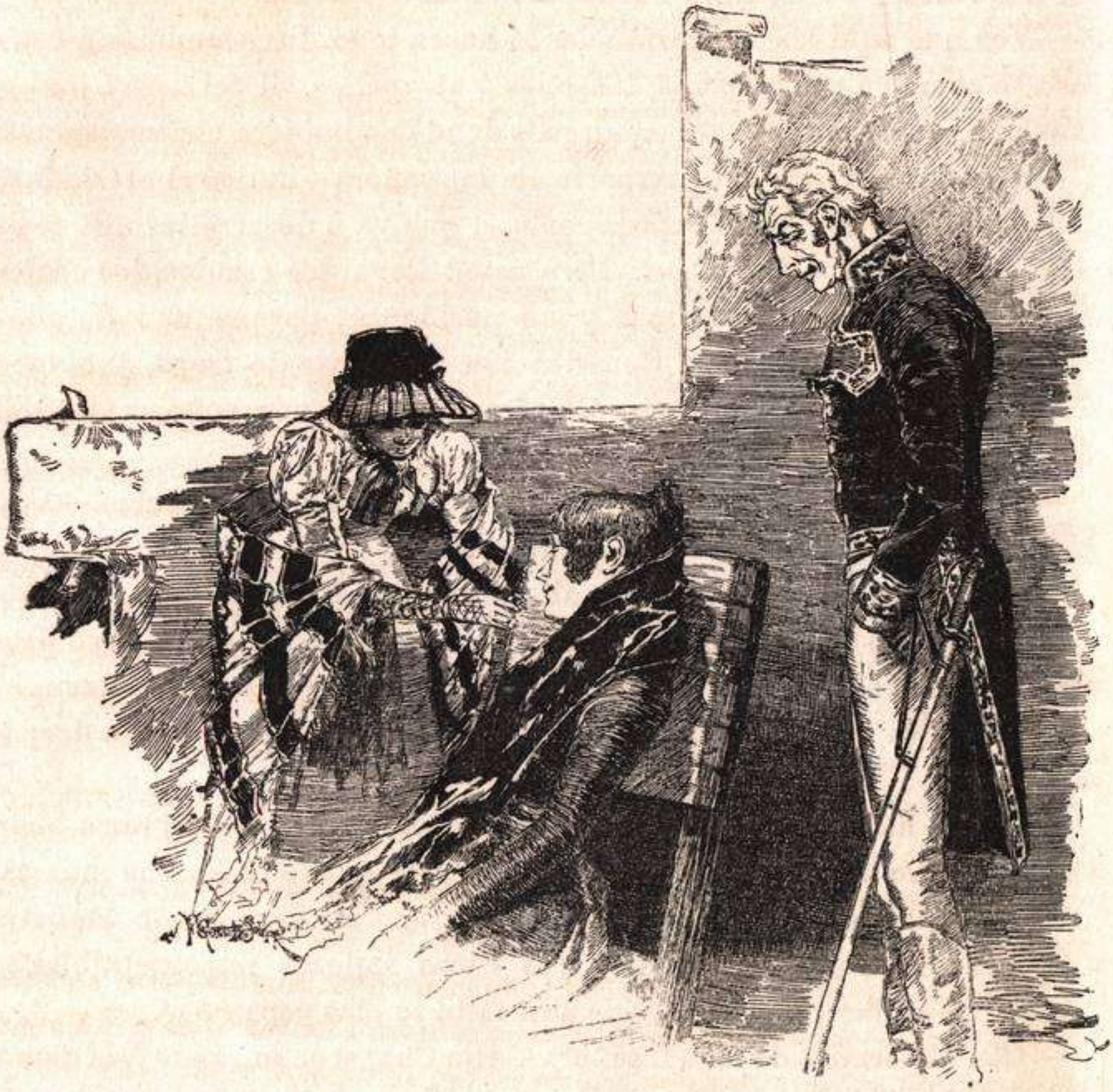
Después miró de nuevo á la dama; pero esta vez encendióse su rostro y parecía que sus ojos relampagueaban con viva expresión de ame-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

naza. Esto duró poco. Fué la sombra del espíritu maligno al pasar en veloz corrida por delante del angel oscureciendo su luz.

La señora estaba también pálida y desasosegada. Indudablemente no gustaba de ver á quien veía, y en presencia de aquella humilde personilla condenada parecía tener miedo.

—Aquí tienes, mala cabeza—dijo Chaperón dirigiéndose á la huérfana,—el resultado de tu terquedad. Demasiado bueno he sido para tí... ¿Qué hemos sacado de tu declaración? Que Cordero es inocente. ¿Y qué ganamos con eso, qué gana con eso la justicia? Tú y nosotros adelanta-



mos muy poco... Si hablaras sería distinto.. Tú habrás oido decir aquello de... quien te dió el pico, te hizo rico. ¿Te vas enterando? pero ahora, picarona, lo meditarás mejor en la carcel... Allí se aclaran mucho los sentidos... verás. Esta linda pieza—añadió señalando á la víctima y mirando á la señora,—es la estafeta de los emigrados, ¿qué tal? Ella misma

(c) 2008 Ministerio de Cultura

lo confiesa, lo cual no deja de tener mérito; pero nos ha dejado á media miel, porque no quiere decir á quién entregó las cartas que ha recibido hace unos días.

Soledad se levantó bruscamente.

—Una de las cartas de los emigrados—dijo con tono grave extendiendo el brazo,—la entregué á esa señora.

Después de señalarla con fuerza, cayó en su asiento con la cabeza hacia atrás. Breve rato estuvieron mudos y estupefactos los tres testigos de aquella escena.

—Es verdad—balbució la dama.—He recibido una carta de un emigrado que está en Inglaterra; no sé quién la llevó á mi casa... ¿qué mal hay en esto?

Chaperón, que estaba como aturdido, iba á contestar algo muy importante, cuando la señora corrió hacia la huérfana, gritando:

—Se ha desmayado esa infeliz.

En efecto, rendida Sola á la fuerza superior de las emociones y del cansancio, había perdido el conocimiento.

La señora sostuvo la cabeza de la víctima, mientras Lobo, cuya oficiosidad filantrópica no se desmentía un solo momento, acudió trasportando un vaso de agua para rociarle el rostro.

—Eso no es nada—afirmó Chaperón.—Vamos, mujer, ¡qué mimos gastamos! Todo porque la mandan á la carcel...

La puerta se abrió dando paso á cuatro hombres de fúnebre aspecto, que parecían pertenecer al respetable gremio de enterradores.

—Ea, llevadla de una vez...—dijo D. Francisco resueltamente.—El alcaide le dará algún cordial... No quiero desmayos en mi despacho.

Los cuatro hombres se acercaron á la condenada.

—Un poco de vinagre en las sienes...—añadió el jefe de la Comisión Militar.—Ea, pronto... quitadme eso de mi despacho.

—¡Á la carcel!—exclamó con lástima la señora, acercándose más á la víctima como para defenderla.

—Señora, dispense usted—dijo Chaperón apartándola con enfática severidad.—Deje usted á la justicia cumplir con su deber... Vamos, cargar pronto. No le hagais daño.

Los cuatro hombres levantaron en sus brazos á la joven y se la llevaron, siendo entonces perfecta la similitud de todos ellos con la venerable clase de sepultureros.

La mampara, cerrándose sola con estrépito, produjo un sordo estampido, como golpe de colosal bombo, que hizo retumbar la sala.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XVII

QUEL mismo día ¡por vida de la Chilindraina! ¡cuán amargas horas pasó el pobre D. Patricio! Habrían bastado á encanecer su cabeza si ya no estuviera blanca, y á encorvar su cuerpo, si ya no lo estuviera también. Sus suspiros eran capaces de conmover las paredes de la casa: sus lágrimas corrían amargas y sin tregua por las apergaminadas mejillas. No podía permanecer en reposo un solo instante, ni distraerse con nada, ni comer, ni aposentar en su cerebro pensamiento alguno, como no fuera el fúnebre pensamiento de su desamparo y de la gran pena que le desgarraba el corazón. Este lastimoso estado provenía de que Solita había salido temprano, diciéndole:

—No sé cuándo volveré. Quizás vuelva pronto, quizás mañana, quizás nunca... Escribiré al abuelo diciéndole lo que debe hacer. Adios...

Y dirigiéndole una mirada cariñosa, se había limpiado las lágrimas

(c) 2008 Ministerio de Cultura

y había bajado rápidamente la escalera y había desaparecido ¡Santo Dios! como un angel que se dirige al cielo por el camino del mundo.

—¿Será posible que haya salido hoy para Inglaterra?—se preguntaba D. Patricio apretándose el cráneo con las manos para que no se le escapara también.—¡Pero cómo, si aquí está toda su ropa, si no ha hecho equipaje, si en la cómoda ha dejado todo su dinero!... ¿Pues á dónde ha ido entonces?... "Quizás vuelva pronto, quizás mañana, quizás nunca..." Nunca, nunca.

Y repetía esta desconsoladora palabra, como un eco que de su cerebro salía á sus labios. Otro motivo de gran confusión para él era que Soledad había despedido á la criada el día anterior. Estaba, pues, el viejo solo, enteramente solo, encerrado en la espantosa jaula de sus tristes pensamientos, que era como una jaula de fieras. Pasaba del sentimentalismo más patético á la desesperación más rabiosa, y si á veces secaba sus lágrimas despaciosamente, otras se mordía los puños y se golpeaba el cráneo contra la pared. En los momentos de exaltación recorría la casa toda desde la sala á la cocina, entraba en todas las piezas, salía para volver á entrar, daba vueltas, y tropezaba y caía y se levantaba. Como entrara en la alcoba de Sola, vió su ropa y abalanzándose sobre ella hizo con febril precipitación un lío y opimiéndolo contra su pecho, cual si fuera el cuerpo mismo de la persona amada y fugitiva, exclamó así con lastimero acento:

—Ven acá, paloma... ven acá, niña de mi corazón... ¿Por qué huyes de mí? ¿por qué huyes del pobre viejo que te adora? Angel divino, angel precioso de mi guarda, cuya hermosura no puedo comparar sino á la de la diosa de la Libertad, circundada de luz y sonriendo á los pueblos; adorada hija mía, ¿en dónde estás? ¿no oyes mi voz? ¿no oyes que te llamo? ¿no ves que me muero sin tí? ¿no te sacrifiqué mi gloria?... ¡Ay!... Mi destino, mi glorioso destino me reclama ahora, y no puedo ir, porque sin tí soy un miserable y no tengo fuerzas para nada. Contigo al suplicio, á la gloria, á la inmortalidad, á los Elíseos Campos; sin tí á la muerte oscura, á la ignominia. Sola, Sola de mi vida, ¿en dónde estás? Dímelo, ó revolveré toda la tierra por encontrarte.

Esto decía cuando llamaron fuertemente á la puerta. Corrió á abrir más ligero que una liebre... No era Sola quien llamaba, eran seis hombres, que sin fórmula alguna de cortesía se metieron dentro. Uno de ellos soltó de la boca estas palabras:

—¿No es este el viejo Sarmiento que predicaba en las esquinas?... Echadle mano, mientras yo registro.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Ah!...—exclamó D. Patricio algo confuso.—¿Son ustedes de la policía?... Sí, yo recuerdo... conozco estas caras.

—Procedamos al registro—dijo solemnemente el que parecía jefe de

los corchetes.—Toda persona que se encuentre en la casa, debe ser presa. Cuidado no se escape el abuelo.

—Quiere decir—balbució Sarmiento—que estoy preso.

—Ya se lo dirán allá—replicó el polizonte desabridamente.—Andando... Llévenme para allá al abuelo, que aquí nos quedamos dos para despachar esto.

Según la orden terminante del funcionario (que era un funcionario vaciado en la común turquesa de los cazadores de blancos en aquella tenebrosa é infame época), Sarmiento fué inmediatamente conducido á la carcel, y sólo por un exceso de benevolencia incomprensible y hasta peligrosa para la reputación de aquella celosa policía, le dieron tiempo para ponerse el sombrero, recoger el pañuelo y media docena de cigarrillos.

No se daba cuenta de lo que le pasaba el infeliz maestro, y durante

(c) 2008 Ministerio de Cultura

el trayecto de su casa á la carcel de Corte, que no era largo, fué con los ojos bajos, el cuerpo encorvado, las manos á la espalda y en un estado tal de confusión y aturdimiento, que no veía por donde pasaba, ni oía las observaciones picarescas de los transeuntes. Cuando entraron en la carcel, el anciano se extremeció, revolviendo los ojos en derredor. Su entrada allí había sido como el choque del ciego contra un muro, símil tanto más exacto cuanto que D. Patricio no veía nada dentro de las paredes del tenebroso zaguán por donde se comunicaba con el mundo aquella mansión de tristeza y dolor.

Lleváronle al registro y del registro á un patio, donde había algunas personas que imploraban la misericordia de los carceleros para poder ver á los detenidos. Hiciéronle subir luego más que de prisa por hedionda escalera que se abría en uno de los ángulos del patio, y hallóse en el largo corredor ó galería, que parecía haber sido cláustro, pero que tenía entonces tapiadas todas sus ventanas, sin dejar más entrada á la luz que unos ventanillos bizcos en la parte más alta.

Al entrar en la galería, Sarmiento oyó gritos, lamentos, imprecaciones. Era el caer de la tarde, y como la luz entraba allí avergonzada al parecer y temerosa, deteniéndose en los ventanillos por miedo á que la encerraran también, no se podían distinguir de lejos las personas. Veíanse sombrajos movibles, los cuales, al acercarse á ellos, resultaban ser la simpática humanidad de algún calabocero que entraba en las celdas ó salía de ellas.

Había centinelas de trecho en trecho, cuya vigilancia no podía ser muy grande, porque á cada instante les era forzoso apartar de las puertas de las celdas á personas importunas que iban á turbar la tranquilidad de los reos. Las llorosas mujeres, abusando de los miramientos á que tiene derecho su sexo, molestaban á los señores carceleros pidiéndoles noticias de tal ó cual preso, dándoles cualquier recadillo verbal ó encargo enojoso, como llevar pan á alguno de los muchos hambrientos que se comían los dedos dentro de las celdas. En una de estas debía de estar encerrado un loco furioso, cuya manía era dar golpes en la puerta, con lo cual estaban muy disgustados los carceleros, hombres celosísimos de la paz de la casa. El dolor y la desesperación, callado el uno, ruidosa la otra, hacían extremecer las frágiles paredes, porque el mezquino edificio era indigno de la rabia que contenía, y á ser tal como á ella cuadraba, hubiera tenido más piedras que el Escorial y más hondos cimientos que el Alcázar de Madrid.

Sarmiento fué introducido en una pieza relativamente grande, cuya

(c) 2008 Ministerio de Cultura

suciedad parecía ser resúmen y muestrario de todas las suertes de inmundicia que los años y la incuria de los hombres habían acumulado en la indecorosa carcel de Corte. En la zona más baja, una especie de faja mugrienta marcaba el roce de muchas generaciones de presos, de muchas generaciones de alguaciles, de muchas generaciones de jueces y curiales. Alumbrábala el afligido resplandor de un quinqué colgado del techo, que parecía acababa de oir leer su sentencia de muerte, y se disponía con semblante contrito á hacer confesión de sus pecados. Como el techo era muy bajo, y los allí presentes se movían de un lado para otro en torno al ajusticiado quinqué, las sombras bailaban en las paredes haciendo caprichosos juegos y cabriolas. En el fondo había la indispensable estampa de Su Majestad, y sobre ella un Crucifijo cuya presencia no se comprendía bien, como no tuviera por objeto el recordar que los hombres casi son tan malos después como antes de la Redención.

Delante de Su Majestad en efigie y de la imagen de Cristo crucificado, estaba en pié, apoyándose en una mesa, no fingido, sino de carne y hueso, horriblemente tieso y horriblemente satisfecho de su papel, el representante de la justicia, el apóstol del absolutismo, D. Francisco Chaperón, siempre negro, siempre de uniforme, siempre atento al crímen para confundirle donde quiera que estuviese, en honra y gloria del Trono, del orden y de la Fé católica. Pocas veces se le había visto tan fieramente investigador como aquella noche. Indudablemente parecía que el tal personaje acababa de llegar del Gólgota y que aún le dolían las manos de clavar el último clavo en las manos del otro, del que estaba detrás y en la cruz, sirviendo de sarcástico coronamiento al retrato del Sr. D. Fernando VII.

Á la derecha había una mesa donde estaban media docena de diablejos vestidos con el uniforme de voluntario realista y acompañados por el licenciado Lobo, prestos todos á lanzar las plumas dentro de los tinteros. La izquierda era ocupada por un banquillo pintado de color de sangre de vaca: en él se sentaba alguien á quien D. Patricio no vió en el primer momento. El anciano no había salido aún de aquel estupor que le acometiera al ser conducido fuera de su casa; miró con cierta estupidez al tremendo fantasma, miró después á toda la chusma curialesca que le rodeaba, al licenciado Lobo; miró al Santo Cristo, al Rey pintado, y por fin, clavando los ojos en el banco de color de sangre, vió á su adorada hija y compañera.

—¡Sola!... ¡hija de mi alma!...—gritó con alegría.—¡Tú aquí... yo también... parece que esto es la carcel... el suplicio... la gloria... mi destino!...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XVIII

CLARÍSIMA luz entró de improviso en la mente del afligido viejo; desapareciendo las percepciones vagas, las ideas confusas para dar paso á aquella siempre fija, inmutable y luminosa que había dirigido su voluntad durante tanto tiempo, llenando toda su vida moral.

—Ya estoy en mí—dijo en tono de seguridad y convicción.—Soledad... ¡tú y yo en este sitio! Al fin, al fin Dios ha señalado mi día. ¿No lo decía yo?... ¿no decía yo que al fin vendría la hora sublime? ¡Destino honroso el nuestro, hija mía! Hé aquí que no sólo heredas mi gloria, sino que la compartes, y los dos juntamente, unidos aquí como lo estuvimos allá, somos llamados...

—Silencio—gritó Chaperón bruscamente.—Responda usted á lo que le pregunto. ¿Cómo se llama usted?

—Excusada pregunta es esa—repuso con entereza y dignidad D. Patricio,—pues todo el mundo sabe en Madrid y fuera de él que soy Patricio Sarmiento, adalid incansable de la idea liberal, compañero de Riego, amigo de todos los patriotas, defensor de todas las Constituciones, amparo de la democracia, terror del despotismo. Soy el que jamás tembló delante de los tiranos, el que no tiene en su corazón una sola fibra que no grite *libertad*, y el que aun después de muerto sacará la cabeza de la sepultura para gritar...

—Basta—dijo Chaperón, notando que las palabras del reo provocaban murmullos.—Charlatán es el viejo... Responda usted. ¿Conoce usted á esta joven?

—¿Que si la conozco? Que si conozco á Sola... Si no temiera faltar al respeto que debo á todo juez, quien quiera que sea, diría que es necia pregunta la que Vuecencia acaba de hacerme. Esta es mi hija adoptiva, mi angel de la guarda, mi amparo, mi compañera de vida, de muerte, de cielo y de inmortalidad. Dios, que dispone todas las grandezas, así

(c) 2008 Ministerio de Cultura

como el hombre es autor de todas las pequeñeces, ha dispuesto que este angel divino me acompañe también ahora. ¡Admirable solución de la Providencia! Yo creí haberla perdido y la encuentro junto á mí en la hora culminante de mi vida, cuando se cumple mi destino; aparece á mi lado, no para darme esos triviales consuelos que no necesita mi corazón

magnánimo, sino para compartir mi sacrificio y con mi sacrificio mi gloria. Adelante, señores jueces, adelante. Acaben ustedes. Soledad y yo nos declaramos reos de amor á la libertad, nos declaramos dignos de caer bajo vuestras manos, y confesamos haber trabajado por el triunfo del santo principio, ahora y antes y siempre, porque para ello nacimos y por ello morimos.

Causaba diversión á los diablillos menores y aun al diablazo grande el desenfado del buen viejo, por lo cual no habían puesto tasa á la charla de éste. Mas Chaperón, que deseaba concluir pronto, dijo al reo:

—¿Es cierto que esta joven recibió un paquete de cartas de los emigrados para repartirlas á varias personas de Madrid?

—¿Y eso se pregunta?—replicó Sarmiento como si admirara la candidez del vestiglo.—¿Pues qué había de hacer sino trabajar noche y día por el triunfo de la sagrada causa?... ¿No he dicho que para eso nacimos y por eso morimos?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Soledad miraba con ojos muy compasivos á su amigo y al juez alternativamente. Mas pronto dejó de mirarlos y se reconcentró en sí misma, mostrando estóica indiferencia hacia aquel lúgubre diálogo entre un insensato y un verdugo. Había hecho ya con Dios pacto de resignación absoluta y se entregaba á la voluntad divina, prometiendo no oponer ninguna resistencia á los accidentes humanos, ni aceptar otro papel que el de víctima callada y tranquila. Entre el instante en que la sacaron desmayada de la caverna del gran esbirro hasta aquel en que le pusieron delante al compañero de su infortunio, habían pasado para ella horas muy angustiosas. Pero su espíritu se había rendido al fin, aceptando la fórmula esencial del cristiano, que es rendirse para vencer y perderse absolutamente para absolutamente salvarse. Si algún pequeño combate sostenía aún su alma, era porque el propósito de pensar solamente en Dios no podía cumplirse aún con rigurosa exactitud. Pensaba en algo que no era Dios, pero aun así, iba conquistando la tranquilidad y un pasmoso equilibrio moral, porque había arrojado fuera de sí valerosamente toda la esperanza.

--Usted sabrá sin duda á quién venían dirigidas esas cartas—preguntó Chaperón á Sarmiento.

—¿Pues qué?... ¿ella no lo ha dicho?—repuso el anciano nuevamente admirado de la ignorancia del tribunal.—Esto no se puede considerar como delación, porque esas personas son leales patricios que también anhelan llegue la ocasión de sacrificarse por la libertad. Nosotros no tenemos secretos, nosotros, como los héroes de la antigüedad, lo hacemos todo á la luz del día. Fué preciso prestar un servicio á la santa causa, facilitando las comunicaciones entre todos los que conspiran dentro y fuera por hacerla triunfar, y lo prestamos, sí señor, lo prestamos á la clarísima luz del sol, *coram populo*. Las cartas eran cuatro.

—Atención—dijo D. Francisco acercándose á la mesa de los escribanos.

—Una era para D. Antonio Campos, ese gran patriota que acaba de llegar de Tarifa y Almería, otra para un oficial de la antigua guardia, que se llama Ramalejo, la tercera venía dirigida á D. Roque Saez y Onis y la cuarta á Doña Genara de Baraona.

—Muy bien—gruñó Chaperón, asemejándose mucho en su gruñido al perro que acaba de encontrar un hueso perdido.—Veo que el viejo y la niña son la peor casta de conspiradores que se conoce en Madrid.

—Sí—dijo Sarmiento con exaltación,—insúltenos usted... Eso nos agrada. Los insultos son coronas inmarcesibles en la frente del justo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Mire usted las espinas que lleva en su cabeza aquel que está en la cruz.

—Silencio—gritó Chaperón.—Veo que él es tan parlanchín como ella hipocritona. Ya sabemos lo de las cartas, linda pieza... Ahora el buen viejo nos informará de todas las particularidades que hayan ocurrido en la casa. ¿Tiene noticia de que entrara en estos líos D. Benigno Cordero?

—¡Cordero!—exclamó Sarmiento con asombro.—Cordero es un hombre vulgar, un tendero, un cualquiera... ¿Cómo puede ser capaz semejante hombre de intervenir en un complot de esos que sólo acometen las almas grandes y valerosas?

—¿Seudoquis fué muchas veces á la casa?

—Dos veces, dos. Para nada hay que mentar á Cordero. Nuestra gloria es nuestra, señor mío, y de nadie más. ¡Ay de aquel que intente quitarnos una partícula de ella, siquier sea del tamaño de un grano de alpiste! Nosotros, nosotros solos somos los héroes, nosotros las víctimas sublimes. Fuera intrusos y gentezuela vulgar que se presenta en el festín de la gloria con sus manos lavadas reclamando lo que no les pertenece ni han sabido ganar con su abnegación. Nosotros solos, ella y yo, nadie más que ella y yo.

—El que enviaba las cartas—añadió D. Francisco dando un paso hacia Sarmiento,—¿no hablaba de lo de Almería y Tarifa ni de la revolución que estaban preparando?

—Nosotros—repuso Sarmiento con desdén,—no nos ocupamos de frívolos detalles. ¡Almería, Tarifa! ¿qué vale eso ni qué significa? Hechos aislados que ni precipitan ni detienen el hecho principal, que es la victoria de la libertad. Si al fin tiene que ser, si ha de venir tan de seguro como saldrá el sol mañana... Que se frustre una intentona, que salga mal un desembarco, que fusileis á trescientos ó á mil ó á un millón de patriotas... nada importa, señores. Lo que ha de venir, vendrá. Si pretendeis atajarlo con patíbulos, vendrá más pronto. Los patíbulos son árboles fecundos, que con el riego de la sangre dan frutos preciosísimos. Echad sangre, más sangre; eso es lo que hace falta. Las venas de los patriotas son el filón de donde mana la nueva vida.

"No me hableis de conspiraciones parciales: yo no entiendo de eso. El que escribió las cartas, lo mismo que mi hija, lo mismo que yo, cooperamos con nuestra voluntad y nuestros deseos más íntimos y más ardientes en ese gran complot moral cuyas ramificaciones se extienden por todo el mundo. ¡Ah! señores, no conoceis la gran conspiración del tiempo. Á ella pertenezco, á ella pertenecen todas vuestras víctimas... Ea, despachemos pronto. Basta de fórmulas y de procedimientos necios.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

El patíbulo, el patíbulo, señores, esa es nuestra jurisprudencia. De él hemos de salir triunfantes, trocados de humanos miserables en inmaculados espíritus. Lo mismo nos dá que nos ahorqueis de esta ó de la otra manera, más ó menos noblemente. ¿Á los mártires del circo romano les importaba que el tigre que se los comía tuviera la oreja negra ó amarilla? No, porque no atendían más que á la sublime idea; lo mismo nosotros no atendemos más que á esta idea que nos lleva en pos del suplicio, la cual es como un fuego sacrosanto que nos embelesa y nos purifica. No tenemos ya sentidos, no sabemos lo que es dolor... ¡La carne!... ¡ah! no nos merece más interés que el despreciable polvo de nuestros zapatos. Adelante, pues. Cumpla cada uno con su deber: el vuestro es matar, el nuestro sucumbir carnalmente, para vivir después la excelsa, la inacabable y deliciosa vida del espíritu... Vamos allá; ¿en dónde, en dónde está esa bendita horca?„

Había tanta naturalidad en las entusiastas expresiones del exaltado viejo patriota y al mismo tiempo un tono de dignidad tan majestuoso, que los empleados de la Comisión, así militares como civiles, no podían resistir al deseo de oirle. Aunque el sentimiento que á la mayoría dominaba era de burla con cierta tendencia á la compasión, no faltaba quien oyese al estrafalario viejo con un interés distinto del que comunmente inspiran las palabras de los tontos. El mismo Chaperón se mostraba complacido, sin duda porque le divertía su víctima, haciéndolo mucho más barato que el célebre gracioso Guzmán que empezaba su carrera en el teatro del Príncipe. Pero como la dignidad del tribunal no permitía tales comedias, D. Francisco mandó al reo que diese por terminada la representación.

Los empleados de policía que se quedaron registrando la casa de Sola, aparecieron. Según parecía, habían encontrado alguna cosa de gran valor jurídico; habían hecho provisión de pedacitos de papel, fragmentos de cartas, sin olvidar un polvoriento retrato de Riego, hallado entre los bártulos de D. Patricio, dos ó tres documentos masónicos ó comuneros y una carta dirigida al maestro de escuela. Examinólo todo ávidamente Chaperón y lo entregó después á Lobo para que constase en el proceso. En tanto D. Patricio se había acercado á su compañera de infortunio y en voz baja le decía:

—Ánimo, angel de mi vida, cordera mía. Que en esta ocasión solemne no deje de estar tu espíritu á la altura del mío. Inspírate en mí. Reflexiona en la gloria que nos espera y en el eco que tendrán nuestros sonorosos nombres en los siglos futuros perpetuándose de generación en ge-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

neración. ¿Por qué estás triste en vez de estar alegre como unas castañuelas? ¿Por qué bajas los ojos en vez de alzarlos como yo, para tratar de ver en el cielo el esplendoroso asiento que nos está destinado? Tu destino es mi destino. Ambos están escritos en un mismo renglón. Hay gemelos del morir como los hay del nacer: tú y yo somos mellizos y juntos saldremos del vientre de este miserable mundo á la inmensa vida del otro... Posible es que no lo comprendieras antes, niña de mis ojos; yo tampoco lo creía, y era engañado por hechos mentirosos. Tu proyecto de abandonarme era una ficción del destino para sorprenderme después con esta unión celestial. Mi entrada en tu casa, el amparo que me diste, ¿qué significan sino la preparación para estas nuestras bodas mortuorias, de las cuales saldremos unidos por siempre ante el altar de la glorificación eterna? Tú necesitas de mí para este santo objeto, así como yo necesito de tí... Bien sabía yo que conspirabas... ¡Y conspirabas por la santa libertad! Bendita seas... Serás condenada y yo también. ¡Seremos condenados!... ¿Ves como no es posible la separación? ¿Ves como lo ha dispuesto Dios así? Viviremos juntos eternamente. ¡Qué inefable dicha!... Solilla de mi vida, ten ánimo; que la flaca naturaleza corporal no soborne con sus halagos tu alma de patriota. Vive como yo la excelsa vida del espíritu. Desprécialo todo, mira al cielo, nada más que al cielo y á mí, que soy tu compañero de gloria, tu gemelo, tu segundo *tú*, á quien has de estar unida por los siglos de los siglos.

Soledad miró á su amigo. La serenidad que en él producía un loco entusiasmo producíala en ella la resignación, ese heroismo más sublime que todas las exaltaciones del valor, y al cual damos un nombre oscuro: lo llamamos paciencia, y germina como flor invisible y modesta en el alma de los que parecen débiles.

—Veo que no lloras—dijo D. Patricio observando aquel semblante plácidamente tranquilo, á quien la virtud mencionada daba angelical hermosura.—No lloras, no estás demudada...

—¿Yo llorar? ¿por qué?

—Así me gusta—exclamó Sarmiento con entusiasmo.—¡Oh! almas sublimes, ¡oh! almas escogidas. ¡Y pensar que os han de intimidar horcas y suplicios!... Señores jueces, aquí aguardamos la hora del holocausto. Llevadnos ya: subidnos á esos gallardos maderos que llamais infamantes. Mientras más altos mejor. Así alumbraremos más. Somos los fanales del género humano.

Chaperón mandó que los dos reos fuesen conducidos cada cual á su calabozo; mas como el alcaide manifestase la imposibilidad de ocupar

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dos departamentos, se dispuso que ambos gemelos de la muerte fuesen encerrados en un solo cuarto.

—Vamos—dijo D. Patricio enlazando con su brazo la cintura de Sola.

Esta se dejó llevar. Cuando iban por la oscura galería, la joven huérfana oyó claramente en su oido estas palabras dichas en voz muy baja, como un silbido:

—Señora, no se sofoque usted mucho... se hará un esfuercito por salvarla... Una persona que se interesa por usted... que se interesa, sí... me encarga de advertírselo.

Soledad volvióse prontamente y vió unos ojos verdes y grandes del tamaño de huevos. Estos ojos brillaban, reflejando la claridad del farol de los carceleros, en un semblante amojamado y partido en dos por la hendidura sonriente de la prolongada boca casi vacía. En vez de tranquilizarse, Soledad tuvo miedo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XIX

El licenciado Lobo, asesor privado del Sr. Chaperón, tenía su oficina en el ángulo más oscuro y apartado de la planta baja de la Comisión Militar. Cubría el piso la estera más vieja, serviale de escritorio la mesa más rota que contaba entre sus propiedades el Estado, y el pupitre, el tintero, la estantería denotaban con honrosa vejez haber acompañado en toda su larga vida á las antiguas covachuelas. Hasta el retrato de Fernando VII, que decoraba la pared, era el más feo de toda la casa, y comido de polilla, no presentaba á la admiración del espectador más que los ojos y parte del cuerpo. Lo demás era una mancha irregular con grandes brazos al modo de tentáculos. Parecía un gran cefalópodo que estaba contemplando á su víctima antes de chupársela.

En el centro de este mueblaje y encorvado sobre una mesa llena de descoloridos papeles, aparecía el leguleyo, cuya figura encajaba en tal marco como el cernícalo en su nido. La diestra pluma rasgueaba sin cesar cual si fuera absolutamente imprescindible su actividad para la existencia de todo aquello, ó como si fuera la clave cabalística de que dependían las imágenes del despacho y del retrato y de los muebles y del licenciado mismo. Cuando la pluma paraba parecía que todo iba á desvanecerse. Si no fuera porque en los ratos de descanso el asesor se ponía á tararear alguna tonadilla trasnochada de las del tiempo de la Briones y de Manolo García, se le hubiera tenido por momia automática ó por alma en pena á quien se había impuesto la tarea de escribir mil millones de causas para poderse redimir.

Al día siguiente de la prisión de Sarmiento y cuando aún no había despachado regular porción de su faena de la mañana, una señora se presentó sin anunciarse en el escondrijo del asesor.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Oh! señora...—exclamó Lobo suspendiendo la escritura.—No esperaba á usted tan tempranito. Hágame usted el obsequio de tomar asiento.

Ya la señora lo había hecho en la única silla que servía para el caso. Era la misma dama á quien vimos en el despacho de Chaperón, guapa si las hay, seductora mujer de cara y cuerpo y apostura, *tota totalitate* hermosa. Envolvíase en un rico chal blanco que á Lobo le pareció, sobre los lindos hombros y entre los brazos de verde vestidos, como el más gracioso capricho de la nieve entre las plantas de un jardín. Como á los viejos feos se les permite ser galantes, Lobo dijo que la cara de la señora era una rosa á la cual no se había atrevido la nieve, temiendo que una mirada la derritiera.

—Déjese usted de sandeces—dijo ella.—Yo vengo á salir de dudas.

—¿Respecto á esa jovenzuela que se delató á sí misma?... Confieso que es el primer caso que he visto desde que tengo esta nobilísima pluma en la mano.—Usted se interesa por ella...

—Mucho, muchísimo—repuso la dama con pena.—Anoche he tenido una pesadilla... no es la primera vez que sueño con ella... ¿Pues no he dado en soñar que soy verdugo y que la estoy ahorcando?

—Es graciosísimo, señora mía, graciosísimo. ¿La conoce usted hace tiempo? ¿De qué procede ese interés tan vivo? Ella no demuestra tenerla á usted grabada en las telas de su corazón. Recordemos cómo declaró haberle entregado una de las cartas. Sin duda quería perderla á usted. ¡Infame víbora! ¡Y usted quiere favorecerla! ¡Oh generosidad inaudita!

—¡Ella me aborrece!

—Se conoce: sí, porque lo de la carta es una calumnia.

—No es calumnia, no. Recibí la carta—dijo la señora suspirando.—Pero Chaperón me ha dicho que no seré molestada por esa declaración. Mostraré la carta si es preciso. No contiene nada que trascienda á conspirar.

—Todo sea por Dios—dijo Lobo con ademán distraido.—Pues todo se arreglará. Basta que usted se interese por ella, para que D. Francisco sea benigno. Para él no hay más Dios que Calomarde, y como mi señora tiene felizmente todo el favor de nuestro querido Ministro y también el de Quesada...

—No me fio yo mucho del Ministro—dijo la dama nublando su hermoso semblante con las sombras de la duda.—Muy amigo mío era don Víctor Saez y me prendió en Cádiz, como usted sabe. Aquello duró poco; pero fuí maltratada del modo más grosero. No hay que fiar de las amistades en estos tiempos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—No, no hay que fiar, señora mía—repuso Lobo riendo y bajando la voz como el que va á decir un secreto peligroso. —¡Estamos en los tiempos más perros que se han visto desde que hay tiempos, y bregamos con la gente más mala que se ha visto desde que el hombre, esa infame bestia inteligente, apareció sobre la tierra! Empero usted conseguirá lo que desea. ¿Es cuestión de gratitud? ¿Ha recibido usted favores de esa infeliz ó de su familia?

—No, no es eso—repuso la dama, mostrando que le importunaba la curiosidad del hombre de leyes.—Es cuestión de conciencia.

—¿Debe usted favores á esa desgraciada?

—No, ella me debe á mí un disfavor muy grande. Yo he sido mala, Sr. Lobo... pero no, no soy tan mala como yo misma creo. No faltan voces en mi conciencia... Verdad es que tengo un genio arrebatado, que soy capaz en ciertos momentos... Vamos, lo diré, soy capaz hasta de coger un puñal...

La hermosa dama, moviendo su brazo como para matar, convirtióse por breve momento en una figura trágica de extraordinaria belleza.

—Pero estos furores me pasan—añadió pasándose la mano por los ojos.- -Pasan, sí, y como Dios castiga y advierte... Yo he sido mala; pero no he cerrado mis ojos á las advertencias de Dios. No es posible siempre reparar el mal que se ha causado... pero se me presenta ahora ocasión de hacer un bien y lo he de hacer: quiero salvar de la prisión á esa joven.

—El Sr. D. Francisco...

—No me fío yo del Sr. D. Francisco. Es demasiado amigo de mi esposo para que yo haga caso de sus palabrejas corteses. Usted, usted puede arreglarlo fácilmente.

—¿Cómo?

—Componiendo la causa de modo que aparezca la reo tan inocente de conspiración como los ángeles del cielo, aunque no sé yo si Chaperón y Calomarde podrán convencerse de que los ángeles no conspiran.

—¡La causa, señora!—exclamó Lobo sonriendo con malicia.

—Sí, componer la causa, hombre de Dios; poner lo blanco negro y lo negro blanco.

—Pero señora Doña Genara de mis pecados, si aquí no hay causas, ni jurisprudencia, ni ley, ni sentencia, ni testimonio, ni pruebas, ni nada más que el capricho de la Comisión Militar y de la Superintendencia, sometidas, como usted sabe, al capricho más bárbaro aún de los voluntarios realistas. Si todo este fárrago de papeles que usted ve aquí es tan inútil para la suerte de los presos como las piedras de que está

(c) 2008 Ministerio de Cultura

empedrada la calle... Si todo esto es vana fórmula; si yo escribo porque me pagan para que escriba; si esto es puramente lo que yo llamo *pan de archivo,* porque no sirve más que para llenar esa gran boca que está siempre abierta y nunca se sácia... ¡Oh inocencia, oh candor pastoril! No hable usted de causas ni de procedimientos, porque si todo esto (señaló los legajos que en grandes pilas le rodeaban) se escribiera en griego, serviría para lo mismo que en castellano sirve, para nada... ¡Pobres ratones! ¡y es tan inhumana la sala, que manda poner ratoneras para impedirles que se coman esto!

El licenciado después que concluyó de hablar siguió riendo un buen rato.

—Entonces es preciso emprender la conquista de Chaperón.

—Cosa muy facil, pero facilísima... tenga usted de su parte á Calomarde y á Quesada y échese usted á dormir, señora.

—Es que ahora—repuso la dama muy preocupada,—dicen que apretarán mucho la cuerda y que no perdonarán á nadie.

—Sí, el Gobierno necesita ahora más que nunca demostrar gran celo para perseguir á los liberales. Los voluntarios realistas le acusan de que ahorca poco.

—¡Qué horror!—exclamó la señora con espanto.

—De que ahorca poco. Pues bien, el Gobierno se verá en el caso de ahorcar mucho.

—¡Y á esa pobre joven...!

—Esa pobre joven... La verdad es que la causa, como causa de conspiración, es de las que más alto piden un desenlace trágico. Ahora me acuerdo de una circunstancia que favorece mucho su deseo de usted.

—¿Qué?

—Anoche nos han traido al que figura como cómplice de la tunantuela.

—¿Sarmiento?... le conozco—dijo la señora desanimándose.—Es un pobre tonto, á quien la Comisión no puede considerar como reo.

—Poquito á poco. La ley está de tal modo redactada, que yo no me atrevería á absolverle. Puesto que la señora quiere que yo dé unos cuantos toques á la causa, se hará. Nada se pierde en ello. Verá usted cómo resulta que el culpable de todo es Sarmiento, y que la joven jamás ha roto un plato.

—Buena idea, si ese infeliz estuviese en su claro juicio; si tuviera responsabilidad...

—Ahí está el *quid.* Anoche dijo Chaperón que le iba á mandar al

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Nuncio de Toledo. Puede que persista en esta humanitaria idea. Allá veremos... Ya sabe usted que la cabeza de mi jefe es una berroqueña.

—Lo que sé—dijo la dama en tono humorístico,—es que su jefe de usted es uno de los hombres más brutos que han comido pan en el mundo.

—Señora—repuso Lobo como quien da expansión á un sentimiento contenido por el deber,—yo le aseguro á usted que no come cebada por no dar qué decir. Así anda el Reino en manos de esta gente. Malaventurados los que se ven en la dura necesidad de servirle, como yo, por ejemplo, que pudiendo estar pavoneándome en una sala del Consejo, cual lo piden mis merecimientos y servicios, me hallo reducido á la triste condición en que usted me ve. ¡Ay! señora de mi vida—añadió mostrando tendencias á hacer pucheros.—Esto me pasa por haber sido una mala cabeza, por haber fluctuado entre los dos partidos sin decidirme por ninguno. Desde la guerra vengo haciendo quiebros como un bailarín sin saber á qué faldón agarrarme. Mis vacilaciones, mi timidez natural, y ¿por qué no decirlo? mi honradez me han traido al estado en que me veo, simple secretario de un Chaperón, yo que llegué á posarme en la sala de Mil y quinientas... ¡Y que no he pasado yo congojas en gracia de Dios!...—al decir esto movía la cabeza como los muñecos que la tienen pegada al cuerpo por una espiral de alambre.—Sin destino y teniendo que mantener esposa, dos suegras y once becerros mamones! Es verdad que Dios se llevó de mi casa á la gente mayor, pero vinieron nietecillos... ¡y qué casorios los de mis hijas!... En fin, señora, me callo, porque si sigo hablando de mis lástimas ha de llorar hasta el tintero. ¡Qué hubiera sido de mí sin la pensión que me dió durante tres años el Sr. de Araceli, y sin el favor de personas generosas como usted y otras á quienes viviré eternamente agradecido!... Pero me callo, positivamente me callo, porque si siguiera hablando...

—Una persona de tantas tretas como usted—manifestó Genara poco atenta á las lamentaciones del curial,—puede ingeniarse para que yo vea satisfecho mi deseo. Estoy segura de que no he de quedar descontenta.

—En estos tiempos, señora, ¿quién es el guapo que puede dar una seguridad? ¿No ve usted que todo está sujeto al capricho?

Genara, vagamente distraida, contemplaba el cefalópodo formado por la humedad sobre el retrato del Monarca. De repente sonaron golpes en la puerta y una voz gritó:

—El señor Presidente.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Con perdón de usted, señora—dijo Lobo levantándose.—Ya está ahí ese Judas Iscariote. Tengo que ir al despacho.

El licenciado salió un momento como para curiosear, y al poco rato volvió corriendo con su pasito menudo y vacilante.

—Señora—dijo á su amiga en tono de alarma.—Con Chaperón ha entrado el señor Garrote, su digno esposo de usted.

—¡Jesús, María y José!—exclamó la dama llena de turbación. —Me voy, me voy... ¿Sr. Lobo, por dónde salgo, de modo que no encuentre...?

—Por aquí, por aquí...—manifestó el curial guiándola fuera de la pieza por oscuros pasillos, donde había alcarrazas de agua, muebles viejos y esteras sin uso... No es muy bueno el tránsito, pero saldrá usted á la calle de los Autores sin tropezar con bestias cornúpetas mayores ni menores.

—Ya, ya veo la salida... Adios, gracias, Sr. Lobo. Vaya usted luego por mi casa—dijo la señora recogiéndose la falda para andar más ligera.

Al poner el pié en el callejón, pasaba por delante de ella, tocándola, una figura imponente y majestuosa.

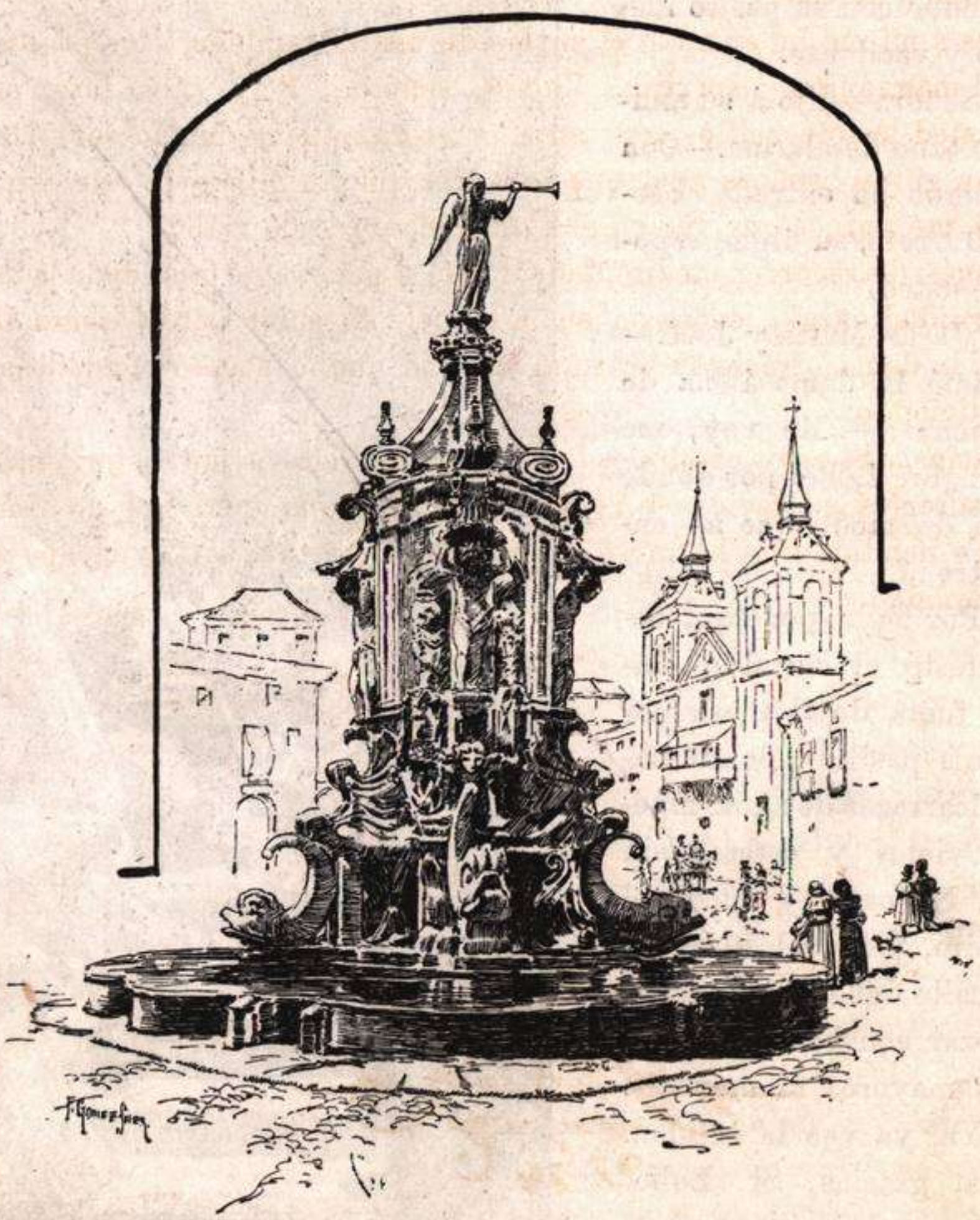
(c) 2008 Ministerio de Cultura

Cruzáronse dos exclamaciones de sorpresa.

—¡Señora!

—¡Padre Alelí!...

Era un fraile de la Merced, alto, huesudo, muy viejo, de vacilante



paso, cuerpo no muy derecho, y una carilla regocijada y con visos de haber sido muy graciosa, la cual resaltaba más sobre el hábito blanco de elegantes pliegues. Apoyábase el caduco varón en un palo, y al andar movía la cabeza, mejor dicho, se le movía la cabeza, cual si su cuello fuera más que cuello una visagra.

—¿Á dónde va el viejecito?—le dijo la señora con bondad.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Y usted de dónde viene? Sin duda de interceder por algún desgraciado. ¡Qué excelente corazón!

—Precisamente de eso vengo.

—Pues yo voy á la carcel, á visitar á los pobres presos. Dicen que han entrado muchos ayer. Voy á verlos. Ya sabe usted que auxilio á los condenados á muerte.

—Pues á mí me ha entrado el antojo de visitar también á los presos.

—¡Oh! magnánimo espíritu... Vamos, señora... Pero, tate, tate, no mueva usted los piececillos con tanta presteza, que no puedo seguirla. Estoy tan gotoso, señora mía, que cada vez que auxilio á uno de estos infelices, me parece que veo en él á un compañero de viaje.

Después de recorrer medio Madrid con la pausa que la andadura de Su Paternidad exigía, entraron en la cárcel. Al subir por la inmunda escalera, la dama ofreció su brazo al anciano que lo aceptó bondadosamente, diciendo:

—Gracias... Si estos escalones fueran los del cielo, no me costaría más trabajo subirlos... Gracias: se reirán de esta pareja; ¿pero qué nos importa? Yo bendigo este hermoso brazo que se presta á servir de apoyo á la ancianidad.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XX

CHAPERÓN entró en su despacho con las manos á la espalda, los ojos fijos en el suelo, el ceño fruncido, el labio inferior montado sobre su compañero, la tez pálida y muy apretadas las mandíbulas, cuyos tendones se movían bajo la piel como las teclas de un piano. Detrás de él entraron el coronel Garrote (de ejército) y el capitán de voluntarios realistas Francisco Romo, ambos de uniforme. En el despacho aguardaba holgazanamente recostado en un sofá de paja el diestro cortesano de 1815, Bragas de Pipaón.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Á tiro de fusil se conocía que el insigne cuadrillero del absolutismo estaba sofocadísimo por causa de reciente disgusto ó altercado. ¡Ay de los desgraciados presos! ¡Si los diablillos menores temblaban al ver á su Lucifer, cómo temblarían los reos si le vieran!

Garrote y Romo no se sentaron. También estaban agitados.

—No volverá á pasar, yo juro que no volverá á pasar—dijo Chaperón dando una gran patada.—¡Por vida del Santísimo Sacramento!... vaya un pago que se da á los que lealmente sirven al Trono.

Hubiérase creido que la estera era el Trono, á juzgar por la furia con que la pisoteaba el gran esbirro.

—Todavía—añadió mirando con atónitos ojos á sus amigos,—le parece que no hago bastante; que dejo vivir y respirar demasiado á los liberales. ¿Han visto ustedes injusticia semejante? "Sr. Chaperón, usted no hace nada; Sr. Chaperón, las conspiraciones crecen y usted no acierta á sofocarlas. Los conspiradores le tiran á usted de la nariz y usted no los ve...„ "Pero Sr. Calomarde, ¿me quiere usted decir cómo se persigue á los liberales, á los comuneros, á los milicianos, á los compradores de bienes nacionales, á los clérigos secularizados, á toda la canalla, en fin? ¿Puede hacerse más de lo que yo hago? ¿Cree usted que esa polilla se extirpa en cuatro días?...„ Pues que no, que para arriba y que para abajo, que yo soy tíbio, que soy benigno, que dejo hacer, que no tengo ojos de lince, que se me escapan los más gordos, que me trago los camellos y pongo á colar los mosquitos. Y vaya usted á sacarlos de ahí. Convénzalos usted de que no es posible hacer otra cosa, á menos que no salgamos á la calle con una compañía y fusilemos á todo el que pase... Esta misma noche he de procurar ver á Su Majestad y decirle que si encuentra otro que le sirva mejor que yo en este puesto, le coloque en lugar mío. Francisco Chaperón no consentirá otra vez que D. Tadeo Calomarde le llame zanguango.

—No hay que tomarlo tan por la tremenda—dijo Garrote con su natural franqueza, apoyándose en el sable.—Si el Ministro y el Rey se quejan de usted me parece injusto... ahora si se quejan de la organización que se ha dado á la Comisión Militar, me parece que están acertados.

—Eso, eso es—afirmó Romo sin variar su impasible semblante.

—No lo entiendo—dijo D. Francisco.

—Es muy sencillo. Las Comisiones están organizadas de tal modo que aquí se eternizan las causas. Papeles y más papeles... Los presos se pudren en los calabozos... ¡Demonio de rútina! Para que esto marchara

(c) 2008 Ministerio de Cultura

bien, sería preciso que los procedimientos fueran más ejecutivos, enteramente militares, como en un campo de batalla... ¿Me entiende usted?... ¿Se quiere arrancar de cuajo la revolución? Pues no hay más que un medio.—(Al decir esto se puso en el centro de la sala accionando como un jefe que da órdenes perentorias.)—Á ver, tú, ¿has conspirado contra el Gobierno de Su Majestad? Pues ven acá... Ea, fusilarme á esta buena pieza. Á ver, tú, ¿has gritado "viva la Constitución„?... ven acá, te vamos á apretar el gaznate para que no vuelvas á gritar... Y tú, ¿qué has hecho? ¿compraste bienes del clero? Diez años de presidio... Y nada más. Entonces sí que se acababan pronto las conspiraciones. Juro á usted que no se había de encontrar un revolucionario aunque lo buscaran á siete estados bajo tierra.

Chaperón hundía la barba en el pecho acariciándosela con su derecha mano.

—Lo que dice el amigo Navarro—afirmó Romo,—no tiene vuelta de hoja. Nosotros los voluntarios realistas hemos salvado al Rey. Los franceses no habrían hecho nada sin nosotros. Somos el sostén del Trono, las columnas de la Fé católica. Pues bien, dígase con franqueza, si tenemos las preeminencias que nos corresponden. Los liberales nos insultan y no se les castiga.

Chaperón hizo un brusco movimiento. Iba á responder.

—Quiero decir, que no se les castiga como merecen—añadió el voluntario realista.—En vez de tener absoluta confianza en nosotros, se nos quiere sujetar á reglamentos como los de la Milicia Nacional. Nos miran con desconfianza... ¿y por qué? porque no permitimos que se falte al respeto á Su Majestad y á la Fé católica; porque estamos siempre en primera línea cuando se trata de sofocar una rebelión ó de precaverla. Nuestro criterio debiera ser el criterio del Gobierno. ¿Y cuál es nuestro criterio? Pues es ni más ni menos que *exterminio absoluto*, no perdonar á nadie, cortar toda cabeza que se levante un poco, aplacar todo chillido que sobresalga. ¡Ah! señores, si así se hiciera otro gallo nos cantara. Pero no se hace. Aunque el Sr. Chaperón se enfade, yo repito que hay lenidad, mucha lenidad, que no se castiga á nadie, que las causas se eternizan, que dentro de poco los negros han de reirse en nuestras barbas, que así no se puede estar, que peligra el Trono, la Fé católica... Y no lo digo yo solo, lo dice todo el instituto de voluntarios realistas, á que me glorío de pertenecer... Y estamos trinando, sí, Sr. Chaperón, trinando porque usted no castiga como debiera castigar.

El hombre oscuro emitió su opinión sin inmutarse, y las palabras

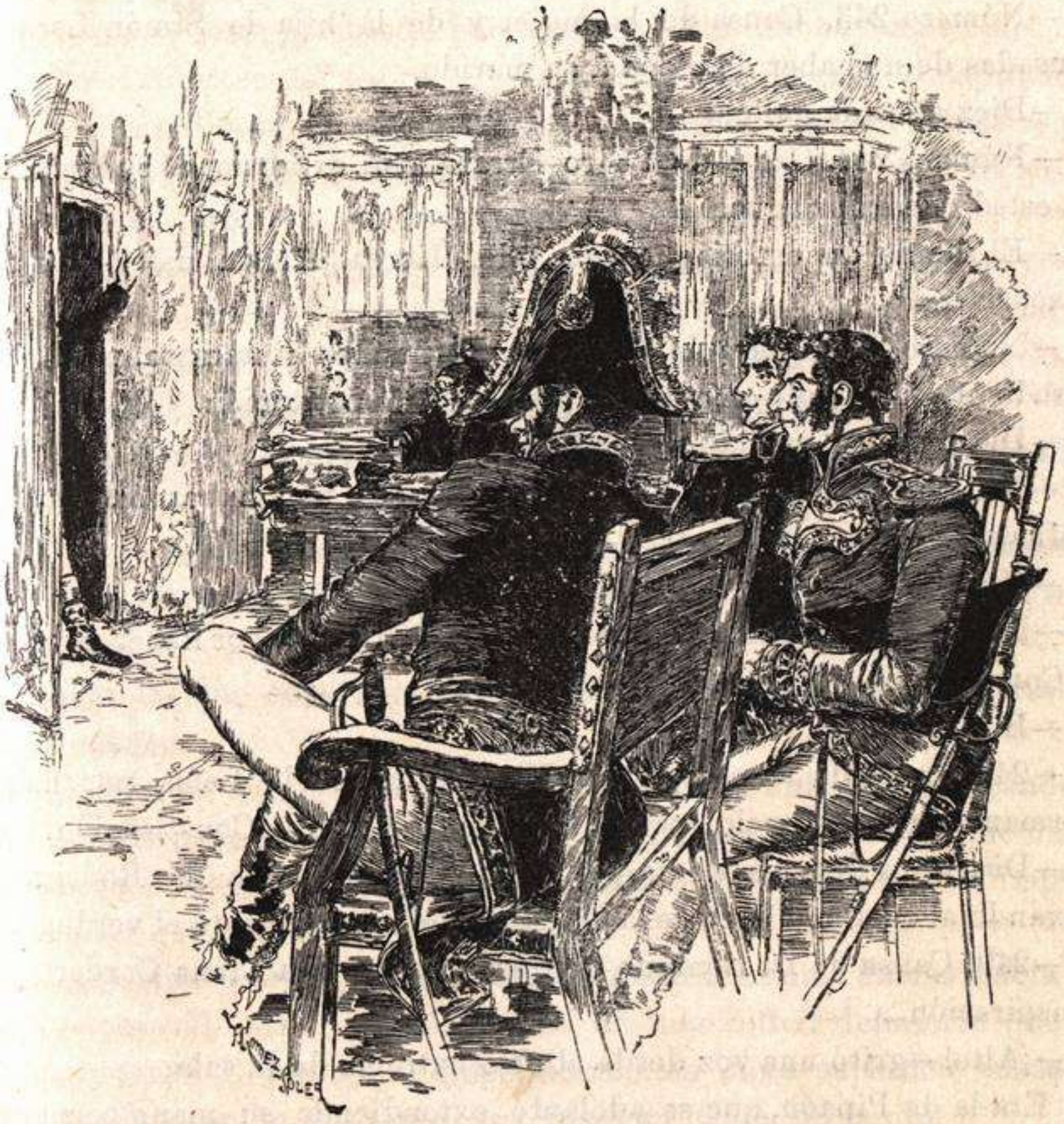
(c) 2008 Ministerio de Cultura

salían de su boca como salen de una carcel los alaridos de dolor sin que el edificio ría ni llore. Tan sólo al fin, cuando más vehemente estaba, vióse que amarillaba más el globo de sus ojos y que sus violados labios se secaban un poco. Después pareció QUE SEGUÍA MASCULLANDO como en él era costumbre, el orujo amargo de que alimentaba su bilis.

—Todo sea por Dios—dijo Chaperón, alzando del suelo los ojos y dando un suspiro.—¡Y de tantos males tengo yo la culpa!... Ya verán quién es Calleja.

Diciendo esto se encaminó á la mesa. Ya el licenciado Lobo ocupaba en ella su puesto.

—Á ver, despachemos esas causas—dijo al leguleyo.



—Aquí tenemos algunas—repuso Lobo poniendo su mano sobre un montón de infamia,—á las que no falta sino que Vuecencia falle.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—A ver, á ver. Con bonito humor me cogen. Vamos á prepararle su trabajo al fiscal.

Lobo tomó el primer legajo y dijo:

—Número 241. Esta es la causa de aquel comunero que propuso establecer la república.

—Horca—dijo Chaperón prontamente y con voz de mando, como un oficial que á las tropas dice "fuego.„ —Sea condenado á la pena ordinaria de horca.

—Número 242—añadió Lobo tomando otro legajo.—Causa de Simón Lozano, por irreverencias á una imagen de la Virgen.

—Horca—gruñó Chaperón, cual si se le pudriera la palabra en el cuerpo.—Adelante.

—Número 243. Causa de la mujer y de la hija de Simón Lozano, acusadas de no haber delatado á su marido.

—Diez años de galera.

—Número 244. Causa de Pedro Errazu por expresiones subversivas en estado de embriaguez.

—El estado de embriaguez no vale. ¡Horca! Añada usted que sea descuartizado.

—Número 245. Causa de Gregorio Fernandez Retamosa, por haber besado el sitio donde estuvo la lápida de la Constitución.

—Diez años de presidio... no, doce, doce.

—Número 246. Causa de Andrés Rosado por haber exclamado: "¡Muera el Rey!„

—Horca.

—Número 247. Causa del sargento José Rodriguez por haber elogiado la Constitución.

—Horca.

—248. Causa de su compañero Vicente Ponce de León, por haber permanecido en silencio cuando Rodriguez elogió la Constitución.

—Diez años de presidio y que asista á la ejecución de Rodriguez, llevando al cuello el libro de la Constitución, que quemará el verdugo.

—249. Causa de D. Benigno Cordero y de su hija Elena Cordero por conspiración...

—¡Alto!—gritó una voz desde el otro extremo de la sala.

Era la de Pipaón, que se adelantó extendiendo su mano como una divinidad protectora.

—Si es criminal perdonar al culpable, criminal es, criminalísimo condenar al inocente—dijo con mucho énfasis.—Yo me opongo, y mien-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tras tenga un hálito de vida alzaré mi voz en defensa de la inocencia.

—Vaya, recomendación habemos—observó Garrote riendo.—Eso no puede faltar en España. Favorcillo, amistades, empeños... Mientras tengamos eso, no habrá justicia en nuestro país... ¡Recomendación! Yo empezaría por ahorcar esa palabra. Me repugna.

—No se trata aquí de recomendar á un amigo á la generosidad de D. Francisco—dijo el cortesano poniéndose rojo de tanto énfasis.—Es que la inocencia de D. Benigno está ya tan clara como la diáfana luz del día. ¿Le consta á usted que no?

—Á mí no me consta nada—repuso Navarro alzando los hombros.—Si no le conozco... Pero me ha llamado la atención una cosa, y es que se han sentenciado en este mismo momento varias causas por desacato, por exclamaciones, por besos, por sacrilegio, sin que hayamos oido una voz que se interese por los reos; pero aparece una causa de conspiración (al decir esto dió una gran palmada) y en seguida vemos venir la recomendación. Si no hay gente más feliz que los conspiradores... Yo no sé cómo se las componen, que siempre encuentran amigos.

—Hablemos claro—dijo el cortesano tragando saliva.—Yo no recomiendo á un conspirador: solamente afirmo que el Sr. Cordero no ha conspirado jamás. ¿No está el Sr. Chaperón convencido de ello? ¿No se ha demostrado que los verdaderos culpables son otros?

—Este es un caso extraño—afirmó D. Francisco.—Cierto es que los Corderos son inocentes.

—Bueno, si hay realmente inocencia, no digo nada—objetó sonriendo Navarro.—Pero es particular que sólo los que conspiran resultan inocentes.

—Sólo los que conspiran—añadió Romo en tono del más perfecto asentimiento.

—¿Pues qué?—dijo Pipaón con mayor dósis de énfasis y encarándose con el voluntario realista.—¿No será usted capaz de sostener que nuestro amigo D. Benigno y su hija son inocentes del crímen que les imputó un delator desconocido?

Romo miró á todos uno tras otro impasiblemente. Jamás había su rostro aparecido más frío, más oscuro, de más difícil definición que en aquel instante. Era como un papel blanco, en cuya superficie busca en vano la observación una frase, una línea, un rasgo, un punto.

—Bien conocen todos—dijo con tranquilo tono—mi caracter leal, mi amor á la veracidad. Para mí la verdad está por encima de todos los afectos, hasta de los más sagrados. Soy así y no lo puedo remediar.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

¿Por qué me llaman los compañeros, *Romo el voluntario de bronce?* Porque soy como de bronce, señores; á mí no hay quien me tuerza, ni me doble, ni me funda. ¿Se trata de una cosa que es verdad? Pues verdad y nada más que verdad. (Romo hizo tal gesto con el dedo índice que parece iba á agujerear el suelo). Si mi padre falta y me lo preguntan digo que sí. No significa esto que sea insensible, no. Yo también tengo mis blanduras. Soy de bronce y tengo mi cardenillo... (el hombre duro y lóbrego parece que se conmovía). Yo también sé sentir. Bien saben todos que quiero mucho á D. Benigno Cordero. Bien saben todos que trabajé porque volviera á Madrid. Pues bien, supongamos que me preguntan ahora si creo que D. Benigno Cordero conspiraba: yo responderé... que no lo sé.

Díjolo de tal modo, que dudando afirmaba. Lo que el hombre de bronce llamaba su cardenillo, si para él era un afecto, para los demás podía ser un veneno.

—¡Que no lo sabe!—exclamó Pipaón con ira.—Por fuerza usted ha perdido el juicio.

—No lo sé—repitió el voluntario mirando al suelo.—Si no lo sé, ¿por qué he de decir que lo sé, faltando á mi conciencia? ¿Qué importan mis afectos ante la verdad? Yo cojo el corazón y lo cierro como se cierra un libro prohibido, y no lo vuelvo á abrir aunque me muera... porque no tengo que fijar los ojos más que en la verdad... y la verdad es antes que nada, y maldito sea el corazón si sirve para apartarnos de la verdad.

—El amigo Romo—dijo Navarro,—nos dá un ejemplo de honradez que es muy raro y tendrá muy pocos imitadores.

—Pues yo—afirmó Pipaón subiendo todavía algunos puntos en la escala de su énfasis,—digo que si la verdad está sobre el corazón, la caridad está sobre la verdad... Pero no necesitan los Corderos implorar la caridad sino alegar su derecho, porque son inocentes. Sr. D. Francisco Chaperón, ¿no cree usted que son inocentes?

—Yo creo que sí—replicó el Presidente con acento de convicción.—El delito que á ellos se imputaba ha sido cometido por otras personas. Así consta por declaración de los mismos reos. La delación ha sido equivocada.

—¿Lo ven ustedes?—dijo Bragas rompiéndose las manos una con otra.

—Por lo que veo, el delito no desaparece—indicó Garrote.—Lo que hay es un cambio de delincuente.

—Eso es, una sustitución de delincuente.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Y se castigará?—preguntó con incredulidad el coronel del ejército de la Fé.

—¡Bueno fuera que no!... ¿Estamos en Bábia?... Á fé que tengo hoy humor de blanduras. Siga usted, Lobo.

—Causa de D. Benigno Cordero.

Chaperón meditó un rato. Después, tomando un tonillo de jurisconsulto que emite parecer muy docto, habló así:

—Absolución. Solamente les condeno á dos meses de carcel, por no haber denunciado las visitas de Seudoquis al piso segundo de su misma casa.

—¡Qué bobería!—murmuró por lo bajo Pipaón, arqueando las cejas.

—Número 251. Causa de D. Angel Seudoquis—cantó el licenciado.

—Diez años de prisión y pena de degradación militar, por no haber dado parte á la autoridad de la llegada de su hermano á Madrid... Las cartas que se le han encontrado son amorosas... No hay la menor alusión á las cosas políticas. Adelante.

—Número 252. Causa de Soledad Gil de la Cuadra y de Patricio Sarmiento.

—Es la más rara que se ha conocido en esta Comisión.

—Sí, la más rara—añadió Romo,—porque presenta un caso nunca visto, señores, el caso más admirable de abnegación de que es capaz el espíritu humano. Figúrense ustedes una joven inocente que por salvar á dos personas que le han hecho favores se declara culpable... mentira pura... una mentira sublime, pero mentira al fin.

—Abnegación—indicó Chaperón con cierto aturdimiento.—¿Qué entendemos nosotros de eso? Cosas del fuero interno, ¿no es verdad, Lobo? Al grano, digo yo, es decir, á los hechos y á la ley. El delito es indudable. La prueba es indudable. Tenemos un reo convicto y confeso. Caiga sobre él la espada inexorable de la justicia, ¿no es verdad, Lobo?

El licenciado no decía nada.

—Pero aparecen ahí dos personas—dijo Navarro.

—Una joven y un viejo tonto. Ella parece ser la más culpable. Del mentecato de Sarmiento no debemos ocuparnos. Sería gran mengua para este tribunal.

—Si tras de lo desacreditado que está—dijo Navarro con sorna,—dá en la flor de soltar á los cuerdos y ajusticiar á los imbéciles...

—Nada, nada. Adelante—manifestó Chaperón con impaciencia.—Despachemos eso.

—Soledad Gil—cantó Lobo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Pena ordinaria de horca. Y sea conducido D. Patricio á la casa de locos de Toledo. Esto propondré á la Sala pasado mañana.

Miró á sus amigos con expresión de orgullo semejante á la que debió tener Salomón después de dictar su célebre fallo.

—Me parece bien—afirmó Garrote.

—Admirablemente—dijo Pipaón, tranquilizado ya respecto á la suerte de sus amigos y fiando en que le sería facil después librarles de los dos meses de carcel.

—Y yo digo que habrá mucha ligereza en el Tribunal si aprueba eso, —insinuó con hosca timidez Romo.

—¡Ligereza!

—Sí; averígüese bien si la de Gil de la Cuadra es culpable ó no.

—Ella misma lo asegura.

—Pues yo la desmentiré, sí señor, la desmentiré.

—Este es un hombre que no duerme si no ve ahorcados á sus amigos.

—Aquí no se trata de amigos—exclamó Romo con cierto calor que se podía tomar por rabia.—Yo no tengo amigos en estas cuestiones; yo no soy amigo de nadie, más que del Rey y de la sacratísima Fé católica. Romo, *el voluntario de bronce*, no tiene amistades más que con la justicia y con la verdad. Y ya que hablamos del Sr. Cordero, diré que dejé de frecuentar su casa desde que ví en ella ciertas cosas.

—¿Qué ha visto usted?—preguntó vivamente el cortesano, tan sofocado por su enojo como por su collarín metálico que le condēnaba elegantemente á garrote.

—No tengo para qué decirlo ahora—repuso el voluntario volviendo la espalda.—Está sentenciada la causa, ¿para qué añadir una palabra más?

—Me parece—dijo Bragas en tono de sarcasmo,—que el amigo Romo está durmiendo y ve visiones, como las veía el que delató á nuestros amigos.

—¿Se sabe quién los ha delatado?—preguntó Navarro al Presidente de la Comisión. —¿Es persona que merece crédito?

—Dos indivíduos de nuestra policía. Generalmente ellos obran por indicaciones de personas afectas á Su Majestad.

—Esas personas son entonces los verdaderos denunciadores.

—En efecto, esas son—dijo Romo,—á esas personas hay que agradecer el espurgo que se está haciendo y al cual deberá su tranquilidad el Reino. ¿Quién se atrevería á vituperar á los médicos porque dijeran: "Córtese usted ese dedo que está gangrenado„?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Pues si aquí no ha habido una mala inteligencia, ha habido una infame intención—replicó Bragas firme en su puesto.—Mi amigo Cordero ha sido víctima de una venganza.

—Usted no sabe lo que dice—afirmó Romo con desprecio.—En las oficinas del Consejo y en los gabinetes de las damas se entenderá de intrigar, de entorpecer la marcha de la justicia; pero de purificar el Reino, de hacer polvo á la revolución...

—¿Y cómo se purifica el Reino? Atropellando á la inocencia, condenando á un hombre de bien por la delación de cualquier desconocido?

—Repito que usted no sabe lo que habla—dijo Romo presentando en su rostro creciente alteración que le hacía desconocido.—Los que pasan la vida enredando para poner en salvo á los mayores delincuentes; los que se entretienen en escribir billetes de recomendación para favorecer á todos los pillos, no entienden ni entenderán nunca la rectitud del súbdito leal que en silencio trabaja por su Rey y por la Fé católica. Mírenme á la cara (el Sr. Romo estaba horrible), para que se vea que sé afrontar con orgullo toda clase de responsabilidades. Y para que no duden de la verdad de una delación por suponerla oscura, se aclarará, sí señores, se aclarará... Mírenme á la cara (cada vez era más horrible); yo no oculto nada. Para que se vea si la delación de Cordero es una farsa, declaro que la he hecho yo.

Al decir *yo*, dióse un gran golpe en el pecho que retumbó como una caja vacía. Brillaban sus ojos con extraño fulgor desconocido; se había trasfigurado, y la cólera iluminaba aquellas facciones antes oscuras. El lóbrego edificio donde jamás se veía claridad, echaba por todos sus huecos la lumbre amarillenta y sulfúrea de una cámara infernal. Haciendo un gesto de amenaza, se expresó así:

—El que sea guapo que me desmienta.

Y salió sin añadir una palaba. Pipaón, que era hombre de muy pocos hígados, como se habrá tenido ocasión de observar en otras partes de esta historia, se quedó perplejo, pero afectaba la indecisión de un valiente que medita las atrocidades que ha de hacer. Chaperón dijo:

—No se decida nada sobre esas dos causas. Quédense para otro día.

Un diablillo menor entró muy gozoso, diciendo á su jefe:

—Acabamos de recibir una gran noticia de la Superintendencia. Rafael Seudoquis ha sido preso en Valdemoro. Esta noche llegará á Madrid.

—¡Suceso providencial!—exclamó D. Francisco con júbilo.—Cayó el principal pez. Vea usted, Sr. Pipaón, de qué manera vamos á salir pronto

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de dudas. Sobre ese sí que no habrá dimes y diretes. Apunte usted, Lobo... horca ¡tres veces horca!

—Saldremos de dudas—indicó Pipaón decidiéndose á aflojar la hebilla de su collarín metálico, cuya presión se le hacía insoportable.—Ese hombre es la providencia de mis amigos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXI

DECIR cuánto padeció el magnánimo espíritu del Presidente de la Comisión Militar en aquellos días fuera imposible. Había en el fondo, muy en el fondo de su alma, perdido entre el légamo de los más perversos sentimientos, un poco de equidad ó rectitud. Verdad es que esta virtud era un diminuto corpúsculo, un sér rudimentario, como las *moneras* de que nos habla la ciencia; pero su pequeñez extraordinaria no amenguaba la poderosa fuerza expansiva de aquel organismo, y á veces se la veía extenderse tratando de luchar en las tinieblas con el cieno que la oprimía, y de abrirse paso por entre la masa de yerbas inmundas y groseras existencias que llenaban todo el vaso de la conciencia chaperoniana.

Convencido de la inocencia de Cordero y de su hija, D. Francisco sentía que la *monera* de su alma le gritaba con vocecita casi imperceptible que les pusiera en libertad. Sus compañeros de Comisión, aunque generalmente deliberaban y votaban por fórmula, dejándole á él toda la gloria de la iniciativa (y reservándose sólo los sueldos), opinaban también que Cordero debía ser absuelto. Los últimos escrúpulos de D. Francisco se disiparon con las declaraciones de Rafael Seudoquis, el cual, si al principio se mostró reservado, después por la virtud de un hábil interrogatorio capcioso, echó gran luz sobre el suceso de las cartas, dejando ver la inculpabilidad absoluta del tendero de encajes y de su hija.

La declaración de Soledad, la de Seudoquis, la opinión de todos los individuos de la Comisión Militar, las gestiones del habilidoso Bragas y su propia conciencia (guiada esta vez por el mísero corpúsculo que crecía en el fondo de ella) decidieron á D. Francisco á firmar la orden

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de excarcelación, novedad inaudita en aquellas diabólicas regiones, cuya semejanza con el Infierno se completaba por la imposibilidad de que salieran los que entraban.

Pero aquí comenzaron las tribulaciones del funcionario absolutista, (y nos es forzoso ponernos de su parte) porque el mismo día en que dictara la excarcelación, recibió tales vejaciones y desaires de sus amigos los voluntarios realistas, que estuvo á riesgo de reventar de cólera, aunque la desahogaba con votos y ternos, asociando la vida del Santísimo Sacramento á todas las picardías habidas y por haber. Al ir por la mañana al tribunal para oir misa vió un pasquín infamante en la esquina de la parroquia de San Nicolás, en el cual documento se hablaba de las onzas de oro que percibía el *brigadier traga-muertos por cada preso que soltaba*. Recibió diversos anónimos amenazándole con descubrir sus artimañas, y supo que en el cuerpo de guardia habían pintado los voluntarios su simpática imagen pendiente de la horca con amenos versículos al pié.

—Esos bergantes, á quienes se permite la honra de parecerse á los soldados—decía para sí midiendo con las piernas al modo de compás, el suelo de su despacho,—se van á figurar que reinan con Fernando VII... Sí... como no les corten las alas, ya verán qué bonito se va á poner esto... ¿Tenemos aquí otra vez la Milicia Nacional? porque es lo mismo; llámese blanco, llámese negro, es exactamente lo mismo. Miserables saltimbanquis, ¿de qué me acusais? ¿de que no castigo á los conspiradores? ¿Pues qué he de hacer, marmolejos con fusil, sino castigarlos? ¿Entendeis vosotros de ley, borrachos? Que no castigo las conspiraciones... que desde que sucedió lo de Almería y Tarifa, no ha sido condenado ningún conspirador. ¿Pues no está ahí Seudoquis? ¿No están también sus cómplices, sus infames cómplices?... porque éstos sí que son malos! Ahí les teneis, presos por conspiración. ¿Quereis más, ladrones de caminos? Ahí teneis á Seudoquis, á quien vereis en la horca, ahí teneis á la muchachuela, á quien vereis en la horca... ¿Quereis más carne muerta, cuervos? ¡Por vida del Santísimo! ¿quereis también al imbécil?... Sr. Lobo, á ver esa causa.

Lobo, que silenciosamente cortaba su pluma, dióle las últimas raspaduras, y hojeó después varios legajos.

—Al punto voy, excelentísimo señor—dijo melífluamente.

Aquel día se notaba en el licenciado un extraordinario recrudecimiento de amabilidad y oficiosa condescendencia.

—Esa endiablada causa, excelentísimo señor... aquí la tenemos. Abul-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ta, abulta que es un primor. Ya se ve: como que está llena de picardías... No vaya á creer Vuecencia que consta de dos ó tres pliegos como algunas. Esto es un archivo. Y que he trabajado poco en gracia de Dios... No, no es tan facil hinchar un perro.

—De Seudoquis no se hable—dijo Chaperón tomando asiento frente á su asesor, é implantando los dos codos sobre la mesa para unir las manos arriba, de modo que resultaba la perfecta imagen de una horca.

—Ese está juzgado. En cuanto á la joven, su culpabilidad es indudable, y yo creo que la debemos ahorcar también. ¿Qué le parece á usted, licenciado de todos los demonios?

—¿Quiere Vuecencia que le hable como jurisconsulto ó como amigo?—preguntó Lobo con cierto misterio.

—Como usted quiera, hombre, como usted quiera, con tal que hable claro.

—¿Como jurisconsulto?

—Dale.

—Como asesor opino... Sr. D. Francisco, haga usted lo que más le acomode. Ahora, si me consulta Vuecencia como amigo... ¿Quiere que le hable con completa claridad y confianza?

—Sí.

—Pues en confianza, si la Comisión ahorca á esa madamita, me parece que hace una gran barbaridad.

—¿Eh?

—Una barbaridad de *á fólio*.

—¿Por qué?

—Porque es inocente.

—¿Esas tenemos?... ¡Por vida del Santísimo!—exclamó con ira,—como usted no tiene la responsabilidad de este delicado cargo; como á usted no le acusan de tibieza, ni de benignidad, ni de venalidad... Ya les echaré yo un lazo á mis detractores... pero vamos al caso. ¿Dice usted que es inocente?

—Sí, y lo pruebo—repuso Lobo tomando la más solemne expresión de gravedad judicial.

—Lo prueba, lo prueba...—dijo Chaperón con sarcástica bufonería.—Lo que usted probará será el aguardiente si se lo dan. Grandísimo borracho, escriba usted, escriba usted mi fallo.

—Escribiremos, excelentísimo señor—dijo Lobo resignadamente como el que habiendo recibido una coz no se cree en el caso de devolver otra.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Chaperón encendió un cigarro. Después de la primera chupada, dijo:

—La condeno á pena ordinaria de horca.

Luego se quedó un rato contemplando la primer bocanada de humo, que salía del horrendo cráter de sus labios.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXII

La primera noche de su encierro D. Patricio y su compañera de carcel no durmieron.

La prisión no pecaba ciertamente de estrecha; pero en luces competía con la noche absoluta, siendo difícil asegurar quién llevaba la ventaja, si bien al filo del medio día parecía vencer la carcel á su rival á causa de ciertas claridades que

(c) 2008 Ministerio de Cultura

se entraban por el enrejado ventanillo, temerosas y sobrecogidas de miedo, y embozadas misteriosamente en espesas capas de telarañas. Dichas claridades recorrían con pasos de ladrón el techo y las paredes, miraban con cautela á los negros rincones y al piso, y á eso de las dos ó las tres volvían la espalda para retirarse dejando la fúnebre pieza á oscuras. Dos sillas, una tarima pegada á la pared y una mesa constituían el mísero ajuar. Los ladrillos del suelo respondían siempre á cada pisada de los presos con un movimiento de balanza y un sonido seco, señales ciertas de su disgusto por verse molestados en su posición horizontal. Seguramente ellos, como toda la casa, habrían vuelto con gozo á poder de los padres del Salvador, sus antiguos dueños, hombres pacíficos que jamás lloraban, ni hacían escándalos, ni pateaban desesperadamente el suelo, ni pedían á gritos que los sacaran de allí.

La primera noche, como hemos dicho, Sarmiento y su amiga, no muy bien avenidos con su residencia en tan ameno sitio, no durmieron nada y hablaron poco. El viejo, como si su entusiasta locuacidad delante del tribunal le hubiera agotado las fuerzas y secado el rico manantial de sus ideas, estaba taciturno. Los excesos de espontaneidad producían en él una reacción sobre sí mismo. Después de divagar por el exterior, libre, sin freno, cual andante aventurero que todo lo atropella, se metía en sí como cartujo. Soledad también sufría la reacción correspondiente á una espontaneidad que sin duda le estaba pareciendo excesiva. Pero su espíritu estaba tranquilo; su pensamiento, después de pasar revista con cierto desdén á los sucesos más próximos, se remontaba orgullosamente á las alturas desde donde pudiera descubrir horizontes más gratos y personas más dignas de ocuparlo. Había llegado á adquirir la certidumbre de un trágico fin; pero lejos de sentir el terror propio de tales casos y muy natural en una débil muchacha inocente, se sobrepuso con ánimo grandioso á la situación; supo mirar desde tan alto su propia persona, su prisión, su proceso, sus verdugos, las causas é incidentes de aquella lamentable aventura, que fué creciendo, creciendo, y bien pronto cuanto la rodeaba, incluso Madrid, la Nación y el mundo entero, se quedó enano. ¡Admirable resultado del espíritu religioso y de la elasticidad del corazón, cuya magnitud, cuando él se decide á crecer, se pierde en las indefinidas dimensiones de lo infinito!

Al día siguiente, D. Patricio, que había llegado ya al límite de su tétrico silencio y no podía permanecer más tiempo mudo, se expresó así:

—Hija mía, me parece que esto es hecho.

—¿Por qué no te echas á ver si duermes un ratito?—le dijo Sola con

(c) 2008 Ministerio de Cultura

bondad.—La tarima no es como las camas de casa; pero á falta de otra cosa...

—¡Dormir... dormir yo!—exclamó Sarmiento con voz lastimera.—Ya el dormir profundo está cercano. Te digo que esto es hecho.

—Sí, esto no puede ser más hecho... Ya que no quieres levantarte del suelo, al menos tiéndete de largo y recuesta esa pobre cabecita sobre mis rodillas.

Sola, que estaba sentada en la silla, se puso en el suelo, dando después una palmada sobre su falda, para indicar que podía servir de blanda almohada. D. Patricio, sentado contra la pared, con las rodillas en alto, los brazos cruzados sobre aquellas y la barba sobre los brazos, formando con su cuerpo dos ángulos opuestos y muy agudos, no quiso dejar tan encantadora postura de *zig-zag*.

—No, niña mía; aquí estoy bien. Lo que te digo es que esto es hecho.

—Se me figura que estás cobarde, viejecillo tonto.

—¡Cobarde yo! —exclamó Sarmiento con un rugido.—No me lo digas otra vez, porque creeré que me insultas.

—Como te he visto tan parlanchín delante de los jueces y ahora tan callado...—dijo la reo extendiendo su mano en la oscuridad para palpar la cabeza del anciano.

—Es que el alma humana tiene grandes misterios, niña querida. Desde que entramos aquí estoy pensando una cosa.

—Con tal que no sea algún disparate, deseo saberla.

—Pues verás... Me ocurre que esto es hecho, quiero decir, que se cumple al fin mi altísimo destino, que las misteriosas veredas trazadas por el Autor de todas las cosas y de todos los caminos, me traen al fin á la excelsa meta á donde yo quiero ir. Pero...

—Veamos ese pero, abuelito Sarmiento. Hasta ahora no había peros en ese negocio del destino.

—Pero... hay una cosa en la cual yo no había pensado bien hasta que salimos de aquel endiablado tribunal. Respecto de mi suerte no hay duda... ¿pero y tú?

—No tengo yo dudas respecto á la mía—dijo Sola con seriedad.—Los dos moriremos.

—¡Tú... tú también!

Oyóse un bramido de horror y después largo silencio.

—Eso no puede ser, eso es monstruoso, inícuo—gritó el preceptor agitando en la oscuridad sus brazos.

—Ahora te espanta, viejecillo, y cuando estábamos en el tribunal te

(c) 2008 Ministerio de Cultura

parecía natural. No decías, "moriremos los dos, somos mellizos de la muerte...» No dijiste también: "vamos á la horca: mientras más alta sea mejor. Así alumbraremos más. Somos los fanales del género humano.»

—Verdad que tales cosas dije, pero has de tener en cuenta que yo me hallaba entonces en uno de esos momentos de inspiración, en los cuales pronuncio las sorprendentes piezas oratorias que me han dado tanta fama. Yo no esperaba encontrarte allí. ¡Ay! cuando te ví presa y condenada por conspiradora... porque tú has conspirado, niña de mis ojos... sentí una alegría tan grande... Me pareció que Dios te destinaba también al martirio; pero ahora veo que esto no debe ser. Calmada aquella estupenda exaltación, la voz de la Naturaleza ha resonado en mí, diciéndome que no debo asociar á mi muerte á ningún otro sér. Tú eres una muchacha oscura, y tu sacrificio no puede ser de gran beneficio á la causa santa.

—¡Ah!—dijo Soledad sonriendo, pero sin que nadie pudiera ver su sonrisa, como no fueran las mismas tinieblas,—ya comprendo: tienes envidia de que vaya á quitarte un poquito de esa gloria.

—Tonta, pero tonta—replicó el anciano muy expresivamente,—si toda has de heredarla tú, toda, toda. Si no es precise que tú mueras como yo, ni eso viene al caso.

—Los jueces no creerán lo mismo.

—¡Pues son unos bribones, unos...!—exclamó Sarmiento ronco de ira, moviendo sus piernas para levantarse.—Yo les diré que eso no puede ser... Les convenceré, sí; pues no he de convencerles...

Soledad se echó á reir.

—Te ries... pues esto es muy serio. Yo no creo que te condenen; pero si te condenaran...

Oyóse un chasquido que bien podía ser causado por una gran manotada que el preceptor se dió en la cabeza.

—Sí, me condenarán—porque mi delito de recoger y repartir las cartas está más que probado, y si no, con la declaración tuya...

—Yo declaré... ¿qué declaré yo?...

Soledad repitió á Sarmiento lo que él mismo había dicho respecto á las cartas y á las personas que las recibieron.

—¡Yo declaré todo eso, yo!—dijo el patriota muy perplejo, como un beodo que va poco á poco recobrando el sentido.—¿Y por eso dices que te condenarán?... Me parece que no estás en lo cierto. De ahí se desprende que el delincuente, según ellos, soy yo, yo el conspirador, yo el apóstol y el agente secreto de la libertad, y como yo tengo además la

(c) 2008 Ministerio de Cultura

nota de Demóstenes constitucional y de haber revuelto á media España con mis conmovedoras arengas, de aquí que yo sea el condenado y tú no.

—Me parece—dijo la huérfana tocando el hombro de Sarmiento,—que mi viejecito ve las cosas al revés. Yo seré condenada y él irá á un sitio donde se vive muy bien y tratan caritativamente á los pobres.

—¡Por vida de ochenta millones de Chilindrainas!—gritó Sarmiento poniéndose de un salto en pié,—no me digas que tú serás condenada á muerte sin mí, porque me vuelvo loco, porque soy capaz de derribar de un puñetazo esas férreas puertas, y hacer añicos á Chaperón y los demás jueces, y demoler á puntapiés la carcel y pegar fuego á Madrid entero... ¡Tú condenada á muerte!

—Somos los fanales del género humano.

—No, no, esa es una figura de retórica—tonta,—dijo el fanático pasando del tono trágico al familiar.—Aquí no hay más fanal que yo. Tú me acompañas en mi última hora, me acompañas, ¿entiendes?... pero no mueres. ¡Morir tú!... ¿por qué, angel delicado é inocente?... ¿Habrá un juez que falle tal infamia?... Si tu muerte no es provechosa á la santa causa... ¿Á qué ni para qué? Yo solo, yo solo, ¿lo entiendes bien? ¡yo solo! Este es el destino, esta la voluntad, esto lo que está trazado en los libros inmortales, cuyos renglones dicen á cada siglo sus grandezas, á cada generación su papel, á cada hombre su puesto... Pobre y desvalida niña de mis entrañas, no me digas que vas á morir también, porque me siento cobarde, me convierto de águila majestuosa en tímido jilguerillo, se me van las ideas sublimes, se me achica el corazón, me trastorno todo, me siento caer desplomándome como una torre secular que es sacudida por temblores de tierra, me evaporo, niña mía, desfallezco, dejo de ser un Cayo Graco para no ser más que un Juan Lanas.

Arrastrándose por el suelo, Sarmiento tanteaba con las manos en la oscuridad hasta que dió con el cuerpo de Sola. Echándose entonces como un perro, hundió la cabeza en su regazo. Soledad no dijo nada.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXIII

PROLONGÁBASE el silencio de ambos cuando se abrió la puerta del calabozo y entraron dos personas: el carcelero y el padre Alelí. Acostumbraba el buen sacerdote visitar á los presos para consolarles ú oirles en confesión, y frecuentemente pasaba largos ratos con alguno de ellos hablando de cosas festivas, con lo cual se amenguaban las tristezas de la

(c) 2008 Ministerio de Cultura

carcel. Era el padre Alelí un varón realmente santo y caritativo: su bondad se mostraba en dos especies de manías: dar almendras á los muchachos de las calles y palique á los presos. Parecía que unos y otros eran su familia y que no podía vivir sin ellos.

Con su fórmula de costumbre saludó á nuestros dos infortunados amigos, que apenas distinguían en la lobreguez del cuarto la escueta figura blanca del fraile, vaga, semi-fantástica, cual un capricho de la oscuridad para engañar á los ojos. El padre Alelí tocó en tierra y en las paredes con su palo, como los ciegos, y al mismo tiempo decía:

—¿Pero dónde están ustedes?... ¡Ah! ya toco aquí un cuerpo.

—Soledad, tomándole del brazo, le ofreció una silla.

—No, tengo que marcharme. Hoy he de hacer muchas visitas... Gracias, señora... ¿Es usted la que llaman Soledad? Debo advertirle una cosa que le consolará mucho: hay una dama que se interesa por usted... Ahí fuera está... No la han dejado entrar; pero me encarga diga á usted que hará todo lo posible para evitar una desgracia... ¡Qué señora tan angelical, qué corazón de oro!... ¿Y el ancianito donde está...? Anímese usted, buen hombre. Ya, ya me han dicho que está demente.

Oyóse entonces una voz sorda é inarticulada, que parecía expresar el más amargo desprecio.

—¿Está en el suelo el pobre hombre?—añadió Alelí, tanteando suavemente con su palo.—Me parece que le siento roncar... Si todos tuvieran el buen abogado que este tiene... ¡Su demencia le salvará!... Adios, hijos míos, no puedo detenerme... mañana será más larga la visita.

Retiróse y los dos presos quedaron solos todo el día. Al anochecer les interrogaron. Después volvieron á quedar solos, ella muda y recogida, Patricio taciturno á ratos y á ratos poseido de furor que con ninguna especie de consuelos podía calmar su compañera. Tampoco aquella noche durmieron gran cosa, y al día siguiente que era el 1.º de Setiembre volvió el padre Alelí, á quien el carcelero dejó encerrado dentro.

—Hoy puedo dedicar á mis amigos un ratito—dijo dejándose conducir por Soledad á la silla.—Ya estoy... Gracias señora... Me han dicho que es usted muy simpática... En estos cavernosos cuartos no se ve nada... ¿Y el pobre tonto cómo se encuentra?

—¡Quieres dejarnos en paz, endiablado frailón!—gritó una voz ronca, irritada, temblorosa, que parecía ser la voz misma de la oscuridad que había tomado la palabra.

—¡Jesús, María y José!—exclamó el padre Alelí santiguándose.—Verdaderamente esta no es casa de orates. Todo sea por Dios.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Abuelito Sarmiento—dijo Soledad acariciando al anciano que arrojado á sus piés estaba.—No es propio de persona cortés y bien educada como tú, el tratar así á un sacerdote.

—¡Que se vaya de aquí!... ¡Que nos deje solos!—gruñó el fanático, arrastrándose como un tigre enfermo.—¿Qué busca aquí el frailucho?

—¡Ave María purísima!...

—Si al menos nos trajera buenas noticias...

—Buenas las traigo para usted...

—Á ver, á ver...—dijo D. Patricio incorporándose de improviso.

—Usted será absuelto libremente.

Sarmiento se desplomó en el suelo, haciendo temblar los ladrillos.

—¡Maldita sea la boca que lo dice!...—murmuró con hondo bramido.

—Siento no poder dar nuevas igualmente lisonjeras á esta señora—añadió el fraile tomando la mano de la joven y estrechándosela entre las suyas.—No puedo decir lo mismo, ni quiero dar esperanzas que no han de verse realizadas. Las circunstancias obligan al tribunal á ser muy severo... ¡Cómo ha de ser! Más padeció Jesucristo por nosotros. Si tiene usted resignación, paciencia cristiana; si purificando su alma sabe desprenderla de las miserias del mundo y elevarla al cielo en este trance de apariencia aflictiva, será más digna de envidia que de lástima.

—¡Maldita sea la boca que lo dice!

Sarmiento al hablar así, arrastrábase hasta el ángulo opuesto.

—¿Qué es la vida?—añadió Alelí tomando un tono melífluo.—Nada, un soplo, aire, una ilusión. ¿Qué es el tiempo que contamos en el mundo? Nada, un momento. La vida está allá. ¿Qué importa un sufrimiento pasajero, un dolor instantáneo. Nada, nada, porque después viene el eterno gozar y la plácida eternidad en que se deleitan los justos. Nadie es mejor recibido allá que los que aquí han padecido mucho. Los perseguidos por la justicia son los primeros entre los bienaventurados. Los pecadores que se depuran por el arrepentimiento y el castigo corporal forman en la línea de los inocentes, y todos juntos penetran triunfantes en la morada celestial.

Á esta homilia, dicha con arte y sentimiento, siguió largo silencio. El padre Alelí suspiraba. Su mucha práctica en consolar á los reos de muerte no había gastado en él los tesoros de sensibilidad que poseía, antes bien, los había enriquecido más. Estaba sujeto á grandes aflicciones por razón de su oficio y se identificaba tanto con sus penitentes, que decía: "Me han ahorcado ya doscientas veces y tengo sobre mí un par de siglos de presidio."

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Después que cobró ánimos, habló así:

—Hoy he visto á esa señora; ¡qué angelical bondad la suya! Está desesperada por no haber podido conseguir cosa alguna en pró de usted. Sin embargo, no cede en su empeño... aún tiene esperanza... Yo, si he de decir la verdad, ya no la tengo.

—Yo tampoco la tengo ni la quiero—dijo Soledad con un arranque de unción religiosa.—Me resigno á mi desgraciada suerte y sólo espero morir en Dios.

Por grandes que sean los bríos de un alma valerosa, la idea del mo-

rir y de un morir violento, antinatural y vergonzozo, la turba y la acomete con fiera sacudida, prueba clara de que sólo á Dios corresponde matar. Sola derramó algunas lágrimas y el fraile notó que sus heladas manos temblaban. Ya á aquella hora, que era la del medio día, habían aparecido, puntuales en su cuotidiana visita las claridades advenedizas que se paseaban por el cuarto. Á favor de ellas se distinguían bien los tres personajes: el fraile sentado en la silla, todo blanco y puro como un angel secular que hubiera envejecido, Soledad de rodillas ante él, vestida de negro, mostrando su cara y sus manos de una palidez trasparente; D. Patricio echado en el rincón opuesto, con la cara escondida entre los brazos y éstos sobre los ladrillos, cada vez más semejante á un tigre enfermo, cuya respiración era calenturiento ronquido.

—Llore usted, llore—dijo el padre Alelí á su penitente,—que así se

(c) 2008 Ministerio de Cultura

calma la congoja. Yo también lloro, querida mía, también me lleno de agua la cara, á pesar de estar tan acostumbrado á ver lástimas y dolores. ¿El mundo qué es? barro amasado con lágrimas, ni más ni menos. Lloramos al nacer, lloramos también al morir, que es el verdadero nacimiento.

—Padre—dijo la huérfana,—si ve Su Reverencia hoy á esa señora, hágame el favor de manifestarle que le doy gracias de todo corazón por lo que ha hecho por mí, aunque sus buenos deseos hayan sido inútiles. Al mismo tiempo quiero que Su Reverencia le ruegue que me perdone... Su Reverencia no está en antecedentes. Yo cometí el día de mi prisión una grave falta; me dejé arrastrar por la ira, y por la pimera vez en mi vida sentí en mi corazón el ardor de una pasión infame, la venganza. No sé cómo fué aquello... Me hizo tanto daño mi propio furor, que me desmayé. Nunca había sentido cosa semejante. Parece que pasó por dentro de mí como un rayo. Verdad es que yo tenía motivos, sí, padre, motivos... Pero no hablemos de eso... Yo ruego á esa señora que me perdone.

—Y yo me comprometo á asegurar á usted que ya está perdonada—replicó el fraile con bondad.—Conozco á la señora y sé que sabe perdonar.

—¿Su Reverencia podrá decirme si le ocasionarán algún perjuicio á esa señora las palabras que yo dije delante del juez?

—Presumo que no le ocasionarán daño alguno. Esté usted tranquila por ese lado. Creo haber entendido (quizás me equivoque, porque estoy ya un poco lelo), que entre usted y ella hay un resentimiento antiguo. Parece que la señora, en un momento de delirio, porque los tiene, sí, tiene esos momentos de delirio...

—No quisiera que se nombrase eso más—replicó Sola con presteza, extendiendo la mano como para taparle la boca al fraile.—Soy la agraviada, y desde que estoy aquí me he propuesto olvidar ese y otros agravios perdonándolos con todo mi corazón.

—Bien, muy bien. Esa cristiana conducta me gusta más que cien mil rosarios bien rezados.

—¿Su Reverencia conoce bien lo que pasa en la Comisión Militar? Estoy muy ansiosa por saber si el Sr. Cordero y su hija han sido puestos en libertad.

—Desde ayer, hija, desde ayer están en su casa tan contentos.

—¡Oh, qué dicha!—exclamó Sola cruzando las manos.—Eso es lo que yo quería... porque son inocentes y estaban presos por un delito que yo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cometí. Yo le contaré todo á Su Reverencia. Quiero hacer confesión general.

—Á punto estamos—repuso el fraile, acomodando el codo en la mesa y sosteniendo la frente en la mano.

Sola se acercó más, dando principio al solemne acto.

Duró próximamente media hora. El padre Alelí dió su absolución en voz alta y con los ojos cerrados, trazando lentamente la cruz en el aire con su brazo blanco y su mano flaca y delicada. Concluido el latín, dijo en castellano á la penitente:

—Adquisición admirable hará el reino de Dios muy pronto con la entrada de un alma tan hermosa.

Sola, que sentía mucho dolor en las rodillas, se echó hacia atrás sentándose sobre sus propios piés.

En el mismo momento oyóse un feroz ronquido y el roce de un cuerpo contra el suelo. La voz cavernosa y terrible de Sarmiento se expresó así:

—¿Quiere usted marcharse con cien mil docenas de demonios?... ¿Qué cuchichean ahí?

El fraile se levantó y dando dos pasos hacia el punto en donde sonaban las tremendas voces, dijo:

—Su compañera de usted ha confesado. ¿Quiere usted hacer lo mismo?

—¡Yo!... Por vida de la re-condenada Chilindraina, Sr. D. Majadero, que si no se me quita pronto de delante...

El padre Alelí se tocó la sién con su dedo índice, moviendo la cabeza en señal de lástima.

—¡Confesar yo!... ¡yo, que soy un volcán de rabia!—añadió el desgraciado tratando de levantarse con fatigosos movimientos que hacían bailar á los ladrillos.—¡Repito que no hay Dios!... ¡no, no hay Dios! Todo es una mentira. El mundo, la gloria, el destino, fábula y palabrería. Dénme un cuchillo, porque me quiero matar, me avergüenzo de vivir... Al primero que se me ponga por delante, le muerdo.

Las claridades que un momento se habían alejado, volvieron juguetonas, sin abandonar sus capisayos de telarañas, y con ellas pudo ver el padre Alelí que la pobre bestia enferma alzaba la cabeza y mostraba una horrible cara amoratada y polvorienta, toda llena de viscosa baba. Sus ojos daban miedo.

—¡Desgraciado!—murmuró con dolor el padre Alelí.—Tú que vivirás eres más digno de lástima que ella, destinada á morir.

—No me lo digas, no me lo digas—gritó Sarmiento incorporando su

(c) 2008 Ministerio de Cultura

busto por un movimiento rapidísimo de sus remos delanteros.—No me lo digas porque te mato, infame fraile, porque te devoro.

—Eres un pobre demente.

—Soy un hombre que ha perdido su ideal risueño, un hombre que soñó la gloria y no la posee, un hombre que se creyó león y se encuentra cerdo. Mi destino no es destino, es una farsa inmunda, y al caer y al envilecerme y al pudrirme como me pudro, tengo la desgracia de conservar intacto el corazón para que en él clave su vil puñal la justicia humana, matando á mi hija... Infame frailucho, ¿has venido á gozarte en mi miseria? Vete pronto de aquí, vete. Mira que no soy hombre, soy una bestia.

Clavaba sus uñas en los ladrillos y estiraba el amenazante rostro descompuesto.

—Que Dios se apiade de tí—dijo grave y solemnemente el fraile bendiciéndole.—Adios.

Y después de encargar á Sola que tuviera resignación, mucha resignación por las diversas causas que lo exigían (señalaba al infortunado viejo), se retiró considerando la magnitud de los males que afligen á la raza humana.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXIV

¡VÁLGANOS Dios y qué endiablado humor tenía D. Francisco Chaperón, á pesar de haber procedido conforme á lo que en él hacía las veces de conciencia! Pues no llegaba el cinismo de los voluntarios realistas al incalificable extremo de vituperarle aún, después que tan clara prueba de severidad y rectitud acababa de dar... ¡Cuán mal se juzga á los grandes hombres en su propia patria! Varones eminentes, desvelaos, consagrad vuestra existencia al servicio de una idea, para que luego la ingratitud amargue vuestra noble alma... ¡Todo sea por Dios!... ¡Por vida del Santísimo Sacramento, esto es una gran bribonada!

Todavía vacilaba el D. Francisco en perdonar á Cordero, después de haberlo propuesto en junta general á la Comisión; pero el cortesano de 1815 añadió á las muchas razones anteriormente expuestas otras de mucho peso, logrando atraer á su partido y asociar hábilmente á su trabajo á un hombre cuya opinión era siempre palabra de oro para el

(c) 2008 Ministerio de Cultura

digno Presidente de la Comisión. Este hombre era el coronel D. Carlos Garrote. Para seducirle, Bragas no necesitó emplear sutiles argucias. Bastóle decir que Genara bebía los vientos por sacar de la carcel á Sola, aunque en sustitución de ella fuese preciso ahorcar á todos los Corderos y á todos los Toros de Guisando nacidos y por nacer. No necesitó de otras razones Navarro para sugerir á Chaperón la luminosa idea siguiente:

—Vea usted cómo voy comprendiendo que la hija de Gil de la Cuadra es una intrigante. De esta especie de polilla es de la que se debe limpiar el Reino. Apuesto á que es la querida de Seudoquis.

No se habló más del asunto. Aunque decidido á castigar severamente, Chaperón no había de reconquistar las simpatías perdidas en el cuerpo de voluntarios. Hubiéralo llevado con paciencia el hombre-horca, y casi casi estaba dispuesto á consolarse, cuando un suceso desgraciadísimo para la causa del Trono y de la Fé católica vino á complicar la situación, exacerbando hasta el delirio el inhumano celo del señor brigadier. En la noche del 2 al 3 de Setiembre, un preso, el más importante sin duda de cuantos guardaba en su inmundo vientre la carcel de Córte, halló medios de evadirse, y se evadió. No se sabe si anduvo en ello la virtud del metal, que es llave de corazones y ganzúa de puertas, ó simplemente la destreza, energía y agudeza del preso. No discutiremos esto: basta consignar el hecho tristísimo (atendiendo al Trono y á la Fé católica) de que Seudoquis se escapó. ¿Fué por el tejado, fué por las alcantarillas, fué por medio de un disfraz? Nadie lo supo, ni lo sabrá probablemente. En vano D. Francisco, corriendo á la carcel muy de mañana (pues ni siquiera tuvo tiempo de tomar chocolate) mandó hacer averiguaciones y registrar las bohardillas y sótanos, y prender á casi todos los calaboceros é interrogar á la guardia, y amenazar con la horca hasta el mismo santo emblema de la Divinidad humanada, que tan asendereado estaba siempre en su irreverente y fiera boca.

Á la hora del despacho se encerró con Lobo. Estaba tan fosco, tan violento, que al verle, se experimentaba el más vivo deseo de no volverle á ver más en la vida. Para hablarle de indulgencia se habría necesitado tanto valor como para acercar la mano á un hierro candente. Chaperón sólo se hubiera ablandado á martillazos.

—¿Está corriente la causa de esa?... Es preciso presentarla sin pérdida de tiempo al tribunal—dijo á su asesor.

—Ahora mismo la remataré, Excelentísimo Señor.

—Me gusta la calma... Yo me he de ocupar de todo... No sirven uste-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

des para nada... Voy á llamar al primer asno que pase por la calle para encomendarle todo el trabajo de esta secretaría.

En aquel mismo instante entró Genara. No podía presentarse en peor ocasión, porque venía á pedir indulgencia. Nunca había sido tampoco tan interesante ni tan guapa, porque sus atractivos naturales se sublimaban con su generosidad y con el valor propio de quien intrépidamente penetra en una caverna de lobos para arrancarles la oveja que ya han empezado á devorar.

La fiera estaba tan mal dispuesta en aquella nefanda hora, que sin aguardar á que Genara se sentase, díjole con voz ahogada:

—Por centésima vez, señora...

Se detuvo moviendo la cabeza sobre el metálico cuello, cual si éste le extrangulara impidiendo el facil curso de las palabras.

—Por centésima vez...—gruñó de nuevo poniéndose rojo.

—Acabemos, hombre de Dios.

—Por centésima vez digo á usted que no puede ser... En bonita ocasión me coge... Ciertamente que están las cosas á propósito para perdonar... Seudoquis escapado... los Corderos en libertad... La Comisión desacreditada, acosada, vilipendiada, escarnecida... No somos jueces, somos vinagrillo de mil flores... No sé cómo no entran los chicos de las calles y nos tiran de la nariz... Me han pintado colgado de la horca... y con razón, con mucha razón... Más vale que digan de una vez: "se acabó el Gobierno absoluto; vuelvan los liberales...„ Malditas sean las recomendaciones... Ellos conspiran y nosotros perdonamos... Con tales farsas pronto tendremos al Cojo de Málaga en el Trono... Seudoquis escapado... ¡la impunidad! aquí no hay más que impunidad... Se ahorca por besar el sitio donde estuvo la lápida de la Constitución, y damos chocolate á los conspiradores... Señora, usted me toma por un Dominguillo .. Señora... ¡Seudoquis escapado!... ¡la impunidad!... esa malhadada impunidad... lepra horrible, horrible...

Echaba las palabras á borbotones, interrumpidos á intervalo por sofocadas toses y gruñidos. Los temblorosos labios parecían el obstruido caño de una fuente, por donde salía el agua en violentas bocanadas con intermitencias de resoplidos de aire. Á cada segundo se metía los dedos en el duro cuello de cartón para ensanchárselo y respirar mejor.

—Tanto enfado me mueve á risa—dijo la dama con burlona sonrisa y demostrando mucha tranquilidad.—Cualquiera que á usted le viese creería que estoy en presencia del mismo Soberano absoluto de estos Reinos. Sr. Chaperón, ¿por quién se ha tomado?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Señora—dijo el brigadier enfrenando su cólera,—usted puede tomarme por quien quiera; pero esta vez no cedo, no cedo... Ya comprendo la intriga, me trae usted una cartita de Calomarde... Es inútil, inútil, no hago caso de recomendaciones. Si Calomarde me manda atender al ruego de usted, presentaré al punto mi dimisión. De mí no se ríe nadie: soy responsable de la paz del Reino, y si vienen revoluciones, tráigalas quien quiera, no yo.

—Calomarde no ha querido darme carta de recomendación- -manifestó Genara sin abandonar su calma.

—Ya lo presumía. Hemos hablado anoche... hemos convenido en la necesidad de apretar los tornillos, de apretar mucho los tornillos.

—Calomarde y usted apretarán la hebilla de sus propios corbatines hasta ahogarse si gustan—dijo ella con malicioso desdén,—pero en las cosas públicas no harán sino lo que se les mande.

—Señora, permítame usted que no haga caso de sus bromitas. La ocasión no es á propósito para ello. Tenemos que hacer... ¿Pero qué es eso? Veo que me trae usted una carta.

—Sí señor—replicó Genara alargando un papel,—lea usted.

—Del señor conde de Balazote, gentil-hombre de Su Majestad—dijo el vestiglo abriendo y leyendo la firma.—¿Y qué tengo yo que ver con ese señor?

—Lea usted.

—¡Ah!... ya...—murmuró Chaperón quedándose estupefacto después de leer la carta,—el señor gentil-hombre me besa la mano...

—¡Ya ve usted qué fino!

—Y me hace saber que Su Majestad me ordena presentarme inmediatamente en Palacio.

—Para hablar con Su Majestad.

—Quiere decir que Su Majestad desea hablarme...

Chaperón volvió á leer. Después dió dos ó tres vueltas sobre su eje.

—Mi sombrero...—dijo demostrando grandísima inquietud,—¿en dónde está mi sombrero...? Señora, usted dispense... Lobo, aguárdeme usted...

—Yo aguardo aquí—indicó Genara.

—Veremos lo que quiere de mí Su Majestad—añadió D. Francisco en estado de extraordinario aturdimiento.—¿Y mi bastón, en dónde he puesto yo ese condenado bastón?... ¿Habré traido los guantes?... Señora, dispense usted que... Á los piés de usted... ¿Su Majestad me espera?... Sí, me esperará, no saldrá hasta que yo no vaya... Y yo no recordaba

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que la Corte había venido ayer de la Granja para trasladarse á Aranjuez... Adios; vuelvo.

Una hora después Chaperón entraba de nuevo en su despacho. Venía, si así puede desirse, más negro, más tieso, más encendido, más agarrotado dentro del collarín de cuero. Cruzando sus brazos se encaró con Genara, y le dijo:

—Vea usted aquí á un hombre perplejo. Su Majestad me ha hablado, me ha tratado con tanta bondad como franqueza, me ha llamado su mejor amigo, y por fin me ha mandado dos cosas de difícil conciliacion, á saber: que sea inexorable y que acceda al ruego de usted.

—Eso es muy sencillo—replicó Genara con gracia suma.—Eso quiere decir que sea usted generoso con mi protegida y severo con los demás.

—¡Inexorable, señora, inexorable!—exclamó D. Francisco apretando los dientes y mirando foscamente al suelo.

—Inexorable con todos menos con ella. ¿Hay nada más claro?

—Dije á Su Majestad que se había escapado Seudoquis, y me contestó... ¿qué creerá usted que me contestó?

—Alguna de sus bromas habituales.

—Que había hecho perfectamente en escaparse, si se lo habían consentido.

—Eso es hablar como Salomón.

—Veremos cómo salgo yo de este aprieto. Tengo que contentar al Rey, á usted, á los voluntarios realistas, á Calomarde; tengo que contentar á todo el mundo, siendo al mismo tiempo generoso é inexorable, benigno y severo.

Chaperón se llevó las manos á la cabeza expresando el gran conflicto en que se veía su inteligencia.

—¡Qué lástima que soltáramos á ese Cordero!...—dijo después de meditar.—Pero agua pasada no muele molino, veamos lo que se puede hacer. Formemos nuestro plan... Atención, Lobo. Lo primero y principal es complacer á la señora Doña Genara... ¿Qué filtros ha dado usted á nuestro Soberano para tenerle tan propicio?... Atención, Lobo. Lo primero es poner en libertad á esa joven... escriba usted... *por no resultar nada contra ella.*

Genara aprobó con un agraciado signo de cabeza.

—Ahora pasemos á la segunda parte. Esta prueba de benevolencia no quiere decir que erijamos la impunidad en sistema. Al contrario, si la inocencia es respetada... porque esa joven será inocente... si la ino-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cencia es respetada, el delito no puede quedar sin castigo... Atienda usted, Lobo... Esta conspiración no puede quedar impune de ningún modo. Soledad Gil de la Cuadra es inocente, inocentísima, ¿no hemos convenido en eso? Sí; ahora bien, sus cómplices ó mejor dicho, los que aparecen en este negocio de las cartas que se repartieron... No, no hay que tomarlo por ese lado de las cartas. Lobo, quite usted de la causa todo lo relativo á cartas. Veamos el cómplice.

—Patricio Sarmiento...

—¿Ese hombre está en su sano juicio?

—Permítame Vuecencia—dijo Lobo,—que le manifieste... El hablar de la imbecilidad de ese hombre me parece... Si Vuecencia, excelentísimo señor, me permite hablarle con franqueza...

—Hable usted pronto.

—Pues diré que eso de la imbecilidad de Sarmiento me parece una inocentada.

—Eso es: una inocentada—repitió Genara.

—Pues qué, ¿no constan en la causa mil cosas que acreditan su buen juicio? Se le encontró entre sus papeles un paquete de cartas sobre la organización de la Comunería, y consta que fué uno de los que más parte tuvieron en el asesinato de Vinuesa.

—¿Hay pruebas, hay testigos?

—Diez pliegos están llenos de las declaraciones de innumerables personas honradas que han asegurado haberle visto entrar, martillo en mano, en la carcel de la Corona.

—Admirable. Adelante.

—Después ha fingido hallarse demente para poder insultar á Su Majestad, para burlarse de la Religión y apostrofar á los defensores del Trono.

—¡Se ha fingido demente!

—Está probado, probadísimo, excelentísimo señor.

Chaperón dudaba, hay que hacerle ese honor. La *monera* de que antes hablamos se agitaba inquieta y alborotada entre el cieno, haciendo esfuerzos por mostrarse.

—Pero esas pruebas de que se fingía demente...—murmuró.—¿Hay dictámen facultativo?

Genara no veía con gusto aquella discusión y guardaba silencio.

—¿Qué dice el artículo 7.º del Decreto del 20 de este mes?—preguntó Lobo con extrardinario calor.

—*Que la fuerza de las pruebas en favor ó en contra del acusado se dejan*

(c) 2008 Ministerio de Cultura

á la prudencia é imparcialidad de los jueces. Bien, admitamos que la ficción de demencia es cosa corriente. No hay más que hablar.

—¿Qué dice el artículo 11 del mismo Decreto?

—*Que se castigue con el último suplicio á los que griten "Viva la Constitución, mueran los serviles, mueran los tiranos, viva la libertad...*" ¡Ah! aquí no puede haber quebraderos de cabeza. Según este artículo, Sarmiento debía haber sido ahorcado cien veces... Pero la imbecilidad, la locura ó como quiera llamarse á esa su semejanza con los graciosos de teatro...

—¿Qué dice el artículo 6.° del mismo Decreto?—preguntó de nuevo Lobo con tanto entusiasmo que sin duda se creía la imagen misma de la jurisprudencia.

—Dice que *la embriaguez no es obstáculo para incurrir en la pena.*

—¿Y qué es la embriaguez más que una locura pasajera?... ¿Qué es la locura más que una embriaguez permanente? Consulte Vuecencia, excelentísimo señor, todos los autores y verá como concuerdan con mi parecer. Vuecencia podrá fallar lo que quiera; pero de la causa resulta, claro como la luz del día, que la muchacha y los ángeles del cielo rivalizan en inocencia, y que el Sarmiento es reo convicto del asesinato de Vinuesa, de propagación de ideas subversivas, del establecimiento de la Comunería, de predicación en sitios públicos contra la única soberanía que es la real, de connivencia con los emigrados, etc., etc.

—¡Oh! Sr. D. Francisco—dijo la dama con generoso arranque.—Si quiere usted merecer un laurel eterno y la bendición de Dios, perdone usted también á ese pobre viejo.

—Señora, poquito á poco—repuso el funcionario poniéndose muy serio.—Antes que erigir en sistema la impunidad, cuidado con la impunidad, ¡por vida del...! presentaré mi dimisión. Bastante ha conseguido usted.

La dama inclinó la cabeza, fijando los ojos en el suelo. Otra vez suplicó, porque no podía resistir impasible á la infame tarea de aquellos inícuos polizontes; pero Chaperón se mostró tan celoso de su reputación, de su papel y de atender á las circunstancias (¡siempre las circunstancias!) que al fin la intercesora, creyéndose satisfecha con el triunfo alcanzado, no quiso comprometerlo, aspirando á más. Se retiró contenta y triste al mismo tiempo. Necesitaba ver aquel mismo día á los demás indivíduos de la Comisión, pues aunque el Presidente lo era todo y ellos casi nada, convenía prevenirlos para asegurar mejor la victoria.

Cuando se quedaron solos, Chaperón dijo á su asesor privado:

—Arrégleme usted eso inmediatamente. Extienda usted la sentencia

(c) 2008 Ministerio de Cultura

y llévela al comandante fiscal para que la firme. Hoy mismo se presentará al tribunal. Manaña nos reuniremos para sentenciar á la mujer que robó el almirez de cobre y el vestido de percal viejo... Pasado mañana tocará sentenciar eso... ¡Oh! veremos si los compañeros quieren hacerlo mañana mismo... Quesada me ha recomendado hoy la mayor celeridad en el despacho y en la ejecución de las sentencias...

Y cabizbajo, añadió:

—Veremos cómo lo toma la Comisión. Yo tengo mis dudas... mi conciencia no está completamente tranquila... pero ¿qué se ha de hacer? todo antes que la impunidad.

Y aquel hombre terrible, que era Presidente de derecho del pavoroso tribunal, y de hecho fiscal, y el tribunal entero; aquel

(c) 2008 Ministerio de Cultura

hombre, de cuya vanidad sanguinaria y brutal ignorancia dependía la vida y la muerte de miles de infelices, se levantó y se fué á comer.

La Comisión, reunida al día siguiente para fallar la causa de la mujer que había robado un almirez de cobre y un vestido de percal viejo, falló también la de Sarmiento. No pecaban de escrupulosos ni de vacilantes aquellos señores, y siempre sentenciaban de plano conformándose con el parecer del que era vida y alma del tribunal. Todas las mañanas, antes de reunirse, oían una misa llamada *de Espíritu Santo*, sin duda porque era celebrada con la irreverente pretensión de que bajara á iluminarles la tercera persona de la Santísima Trinidad. Por eso deliberaban tranquila, rápidamente y sin quebraderos de cabeza. Todos los días, al dar la orden de la plaza y distribuir las guardias y servicios de tropa, el Capitán General designaba el sacerdote castrense que había de decir la misa *de Espíritu Santo*. Esto era como la señal de ahorcar (*).

Al anochecer del día en que fué sentenciada la causa de Sarmiento, previa la misa correspondiente, el escribano entró en la prisión y á la luz de un farolillo que el alguacil sostenía, leyó un papel.

Oyéronle ambos reos con atención profunda. Sarmiento no respiraba. No había concluido de leer el escribano, cuando D. Patricio, enterado de lo más sustancial, lanzó un grito y poniéndose de rodillas elevó los brazos, y con entusiasmo que no puede describirse, con delirio sublime, exclamó:

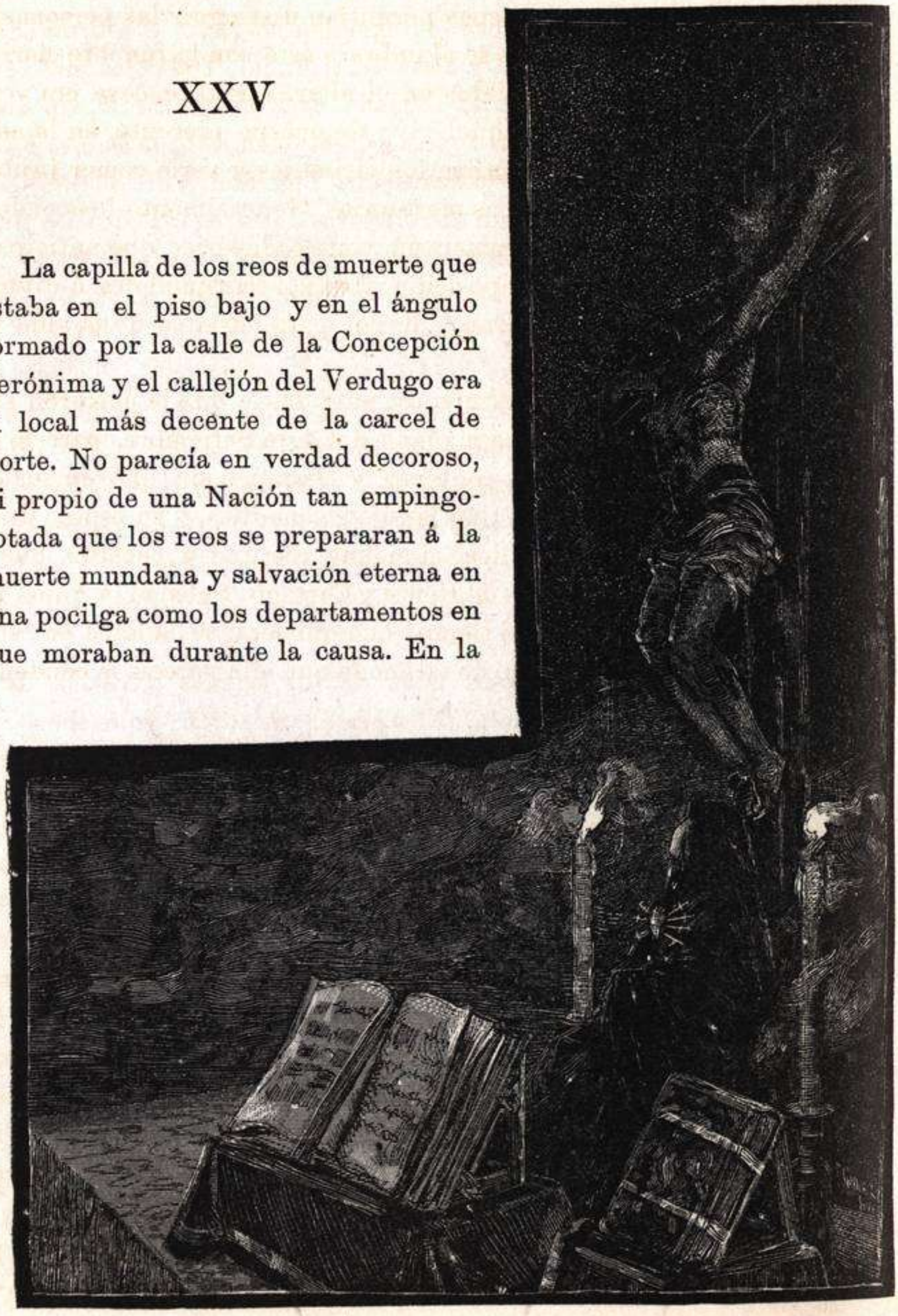
—¡Gracias, Dios de los justos, Dios de los buenos! ¡Gracias, Dios mío, por haber oido mis ruegos!... ¡Ella libre, yo mártir, yo dichoso, yo inmortal, yo santificado por los siglos de los siglos!... Gracias, Señor... Mi destino se cumple... No podía ser de otra manera. Jueces, yo os bendigo. Pueblo, mírame en mi trono... Estoy rodeado de luz.

(*) Véase cualquier número del *Diario de Avisos* año de 1824.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXV

La capilla de los reos de muerte que estaba en el piso bajo y en el ángulo formado por la calle de la Concepción Jerónima y el callejón del Verdugo era el local más decente de la carcel de Corte. No parecía en verdad decoroso, ni propio de una Nación tan empingorotada que los reos se prepararan á la muerte mundana y salvación eterna en una pocilga como los departamentos en que moraban durante la causa. En la



(c) 2008 Ministerio de Cultura

capilla entraban movidos de curiosidad ó compasión muchos personajes de viso, señores obispos, consejeros, generales, gentiles-hombres, y no se les había de recibir como á cualquier pelagatos. Tomaba sus luces esta interesante pieza del cercano patio, por la mediación graciosa de una pequeña sala próxima al cuerpo de guardia; mas como aquellas llegaban tan debilitadas que apenas permitían distinguir las personas, de aquí que en los días de capilla se alumbrara ésta con la fúnebre claridad de las velas amarillas encendidas en el altar. Lúgubre cosa era ver al reo, aquel moribundo sano, aquel vivo de cuerpo presente, en la antesala de la horca, y oirle hablar con los visitantes y verle comer junto al altar, todo á la luz de las hachas mortuorias. Generalmente los condenados, por valientes que sean, toman un tinte cadavérico que anticipa en ellos la imagen de la descomposición física, asemejándoles á difuntos que comen, hablan, oyen, miran y lloran para burlarse de la vida que abandonaron.

No fué así D. Patricio Sarmiento, pues desde que le entraron en la capilla en la para él felicísima mañana del 4 de Setiembre, pareció que se rejuvenecía, tales eran el contento y la animación que en sus ojos brillaban. Rosicler mustio le tiñó las ajadas mejillas, y su espina dorsal hubo de adquirir por maravilloso don una rectitud y esbeltez que recordaban sus buenos tiempos de Roma y Cartago. Soledad, á quien permitieron acompañarle todo el tiempo que quisiera, se hallaba en estado de la más viva consternación, de tal modo que ella parecía la condenada y él el absuelto.

—Querida hija mía—le dijo D. Patricio cuando juntos entraron en la capilla,—no desmayes, no muestres dolor, porque soy digno de envidia, no de lástima. Si yo tengo este fin mío por el más feliz y glorioso qne podría imaginar, ¿á qué te afliges tú? Verdad es que la naturaleza (cuyos Códigos han dispuesto sabiamente los modos de morir) nos han infundido instintivamente cierto horror á todas las muertes que no sean dictadas por ella, ó hablando mejor, por Dios; pero eso no va con nosotros, que tenemos un espíritn valeroso, superior á toda niñería... Ánimo, hija de mi corazón. Contémplame y verás que el júbilo no me cabe en el pecho... Figúrate la alegría del prisionero de guerra que logra escaparse y anda y camina, y al fin oye sonar las trompetas de su ejército... Figúrate el regocijo del desterrado que anda y camina y ve al fin la torre de su aldea. Yo estoy viendo ya la torre de mi aldea, que es el Cielo, allí donde moran mi padre que es Dios, y mi hijo Lucas, que goza del premio dado á su valor y á su patriotismo. Bendito sea el primer paso que

(c) 2008 Ministerio de Cultura

he dado en esta sala, bendito sea también el último; bendito el resplandor de esas velas, benditas esas sagradas imágenes, bendita tú que me acompañas, y esos venerables sacerdotes que me acompañan también.

Soledad rompió á llorar, aunque hacía esfuerzos para dominarse, y D. Patricio, fijando los ojos en el altar y viendo el hermoso Crucifijo de talla que en él había y la imagen de Nuestra Señora de los Dolores, experimentó una sensación singular, una especie de recogimiento que por breve rato le turbó. Acercándose más al altar, dijo con grave acento:

—Señor mío, tu presencia y esos tus ojos que me ven sin mirarme recuérdanme que durante algún tiempo he vivido sin pensar en tí todo lo que debiera. El gran favor que acabas de hacerme me confunde más en tu presencia. Y tú, Señora y Madre mía, que fuiste mi patrona y abogada en cien calamidades de mi juventud, no creas que te he olvidado. Por tu intercesión sin duda, he conseguido del Eterno Padre este galardón que ambicionaba. Gracias, Señora, yo demostraré ahora que si mi muerte ha de ser patriótica y valerosa para que sea fecunda, también ha de ser cristiana.

Admirados se quedaron de este discurso el padre Alelí y el padre Salmón que juntamente con él entraron para prestarle los auxilios espirituales. Ambos frailes oraban de rodillas. Levantáronse y tomando asiento en el banco de iglesia que en uno de los costados había, invitaron á Sarmiento á ocupar el sillón.

—Yo no daré á Vuestras Reverencias mucho trabajo—dijo el patriota sentándose ceremoniosamente en el sillón,—porque mi espíritu no necesita de cierta clase de consuelillos mimosos que otras vulgares almas apetecen en esta ocasión; y en cuanto al auxilio puramente religioso, yo gusto de la sencillez suma. En ella estriba la grandeza del dogma.

El padre Alelí y el padre Salmón se miraron sin decir nada.

—Veo á Sus Reverencias como cortados y confusos delante de mí—añadió Sarmiento sonriendo con orgullo.—Es natural, yo no soy de lo que se ve todos los días. Los siglos pasan y pasan sin traer un pájaro como este. Pero de tiempo en tiempo Dios favorece á los pueblos dándole uno de estos faros que alumbran al género humano y le marcan su camino... Si una vida ejemplar alumbra muy mucho al género humano, más le alumbra una muerte gloriosa... Me explico perfectamente la admiración de Sus Paternidades; yo no nací para que hubiera un hombre más en el mundo; yo soy de los de encargo, señores. Una vida consagrada á combatir la tiranía y á enaltecer la libertad; una muerte que viene á aumentar la ejemplaridad de aquella vida, ofreciendo el espec-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

táculo de una víctima que espira por su fé y que con su sangre viene á consagrar aquellos mismos principios santos; esta entereza mía; esta serenidad ante el suplicio, serenidad y entereza que no son más que la convicción profunda que tengo de mi papel en el mundo, y por último la acendrada fé que tengo en mis ideas, no pertenecen, repito, al orden de cosas que se ve todos los días...

El padre Alelí abrió la boca para hablar; mas Sarmiento, deteniéndole con un gesto que revelaba tanta gravedad como cortesía, prosiguió así:

—Permítame Vuestra Paternidad Reverendísima que ante todo haga una declaración importante, sí, sumamente importante. Yo soy enemigo del instituto que representan esos frailunos trajes. Faltaría á mi conciencia si dijese otra cosa; yo aborrezco ahora la institución como la aborrecí toda mi vida, por creerla altamente perniciosa al bien público. Ahí están mis discursos para el que quiera conocer mis argumentos. Pero esto no quita que yo haga distinciones entre las cosas y las personas, y así me apresuro á decirles que si á los frailes en general les detesto, á Vuestras Paternidades les respeto en su calidad de sacerdotes y les agradezco los auxilios que han venido á prestarme. Además, debo recordar que ayer, hallándome en mi calabozo, traté groseramente de palabra á uno de los que me escuchan, no sé cuál era. Estaba mi alma horriblemente enardecida por creerse víctima de maquinaciones que tendían á desdorarla, y no supe lo que me dije. Los hombres de mi temple son muy imponentes en su grandiosa ira. Entiéndase que no quise ofender personalmente al que me oía, sino apostrofar al género humano en general y á cierto instituto en particular. Si hubo falta la confieso y pido perdón de ella.

El padre Alelí, aprovechando el descanso de Sarmiento, tomó la palabra para decirle que tuviese presente el sitio donde se encontraba, y rompiese en absoluto con toda idea del mundo para no pensar sino en Dios; que recordase cuál trance le aguardaba y cuáles eran los mejores medios para prepararse á él; y finalmente, que ocupándose tanto de vanidades, corría peligro de no salvarse tan pronto y derechamente como de la limpieza de su corazón debía esperarse. Á lo cual D. Patricio, volviéndose en el sillón con mucho aplomo y seriedad, dijo al fraile que él (D. Patricio) sabía muy bien cómo se había de preparar para el fin no lamentable sino esplendoroso que le aguardaba, y que por lo mismo que moría proclamando su ideal divino, pensaba morir cristianamente, con lo cual aquel había de aparecer más puro, más brillante y más ejemplar.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Esto decía cuando llegaron los hermanos de la Paz y Caridad, unos caballeros muy cumplidos y religiosos que se dedican á servir y acompañar á los reos de muerte. Eran tres y venían de frac, muy pulcros y atildados, como si asistieran á una boda. Después que abrazaron uno tras otro cordialmente á D. Patricio, preguntáronle que cuándo quería comer, porque ellos eran los encargados de servirle, añadiendo que si el reo tenía preferencias por algún plato lo designara para servírselo al momento, aunque fuese de los más costosos.

Sarmiento dijo que pues él no era glotón, trajeran lo que quisieren, sin tardar mucho, porque empezaba á sentir apetito. Desde los primeros instantes los tres cofrades pusieron cara muy compungida, y aun hubo entre ellos uno que empezó á hacer pucheros, mientras los otros dos rezaban entre dientes; visto lo cual por Sarmiento, dijo muy campanudamente que si habían ido allí á gimotear, se volviesen á sus casas, porque aquella no era mansión de dolor, sino de alegría y triunfo. No creyendo por esto los hermanos que debían abandonar su papel oficial, comenzaron á soltar una tras otra las palabrillas emolientes que eran del caso y que tantas veces habían pronunciado, *verbi-gratia*... "Querido hermano en Cristo, la celestial Jerusalem abre sus puertas para tí„... "Vas á entrar en la morada de los justos„... "Ánimo. Más padeció el Redentor del mundo por nosotros.„

—Queridos hermanos en Cristo—dijo el reo con cierta jovialidad delicada.—Agradezco mucho sus consuelos; pero he de advertirles que no los necesito. Yo me basto y me sobro. Así es que no verán en mí suspirillos, ni congojas, ni babas, ni pucheros... Me gusta que hayan venido, y así podrán decir á la posteridad cómo estaba Patricio Sarmiento en la capilla, y qué bien revelaba en su noble actitud y reposado continente (al decir esto erguía la cabeza, echando el cuerpo hacia atrás) la grandeza de la idea por la cual dió su sangre preciosa.

Pasmados se quedaron los hermanos así como los frailes, de ver su serenidad, y le exhortaron de nuevo á que cerrase el entendimiento á las vanidades del mundo. Sola, de rodillas junto al altar, rezaba en silencio.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXVI

EMPEZARON los hermanos á servir la comida. Sentóse don Patricio á la mesa, invitando á tod os á que le acompañaran. No había comenzado aún, cuando entró el Sr. de Chaperón, que jamás dejaba de visitar á sus víctimas en la antesala del matadero. Como de costumbre en tales casos, el señor brigadier trataba de enmascarar su rostro con ciertas muecas y contorsiones y gestos encargados de expresar la compasión, y hélo aquí arqueando las cejas y plegando santurronamente los ángulos de la boca, sin conseguir otra cosa que un aumento prodigioso en su fealdad.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Saludó á Sarmiento con esa cortesía especial que se emplea con los reos de muerte, y que es una cortesía indefinible é incomprensible para el que no ha visto muestras de ella en la capilla de la carcel; urbanidad en la cual no hay ni asomos de estimación, porque se trata de un delincuente atroz, ni tampoco desprecio ú encono á causa de la proximidad del morir. Es una callada fórmula de repulsión compasiva, sentimiento extraño que no tiene semejante como no sea en el alma de algún carnicero no muy novicio ni tampoco muy empedernido.

—Hermano en Cristo—dijo D. Francisco poniendo su mano, tan semejante al hacha del verdugo, sobre el cuello del preceptor,—supongo que su alma sabrá buscar en la religión los consuelos...

Esta formulilla era de cajón. Aquel funcionario de tan pocas ideas la llevaba prevenida siempre que visitaba á los reos.

—Sr. D. Francisco—replicó Sarmiento levantándose,—si Vuecencia quiere acompañarme á la mesa...

—No, gracias, gracias, siéntese usted... ¿Qué tal estamos de salud?... ¿Y el apetito?

Lo preguntaba, como lo hubiera preguntado un médico.

—Vamos viviendo—repuso el patriota.—Ó si se quiere vamos muriendo. Todavía no ha llegado el instante precioso en que sea innecesario este grosero sustento de la bestia... Hemos de arrastrar el peso del cuerpo, hasta que llegue el instante de dejarlo en la orilla y lanzarnos al oceano sin fin, en brazos de aquellas olas de luz que nos mecerán blandamente en presencia del Autor de todas las cosas.

Chaperón miró á los frailes é hizo un gesto que indicaba opinión favorable del juicio de Sarmiento.

—Y ya que Vuecencia ha tenido la bondad de visitarme—añadió el reo, después de saborear el primer bocado,—tengo el gusto de declarar que no siento odio contra nadie, absolutamente contra nadie. Á todos les perdono de corazón, y si de algo valen las preces de un escogido como yo (al decir esto su tono indicaba el mayor orgullo) he de alcanzar del Altísimo que ilumine á los extraviados para que muden de conducta, trocando sus ideas absolutistas por el culto puro de la libertad... Sí señor; se intercederá por los que están ciegos, para que reciban luz; se recomendará á los crueles para que hallen misericordia en su día. Patricio Sarmiento es leal, pío, generoso, como apóstol de la misma generosidad, que es el liberalismo... En mi corazón ya no caben resentimientos; todos los he echado fuera, para presentarme puro y sin mancha. El martir de una idea, el que con su sangre ha puesto el sello á esa idea,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

¿me entienden ustedes? para que quede consagrada en el mundo, no enturbiará su conciencia con odios mezquinos. Reconozco que con arreglo á las leyes mi condenación ha sido razonable. Vuecencia que me oye no ha hecho más que cumplir con la ley que se le ha puesto en la mano. Así me gusta á mí la gente. Venga esa mano, Sr. D. Francisco.

Dióle tan fuerte apretón de manos, que Chaperón hubo de retirar la suya prontamente para que no se la estrujara.

—Además—prosiguió Sarmiento,—yo sé que los que hoy me condenan, me admirarán mañana, si viven, y los que me vituperan hoy, luego me pondrán en el mismo cuerno de la luna... Porque esto durará poco, Sr. D. Francisco; el absolutismo, á fuerza de extrangular, se sostendrá un año, dos, tres, pongamos cuatro... En este guisado de vaca—añadió dirigiéndose á uno de los hermanos de la Caridad,—se le fué la mano á la cocinera: lo ha cargado de sal... Pongamos cuatro años; pero al fin tiene que caer y hundirse para siempre, porque los siglos muertos no resucitan, Sr. D. Francisco, porque los pueblos, una vez que han abierto los ojos, no se resignan á cerrarlos, y así como cada estación tiene sus frutos, cada época tiene su sazón propia, y los españoles, que hasta aquí hemos amargado de puro verdes, vamos madurando ya, ¿me entiende Vuecencia? y se nos ha puesto en la cabeza que no servimos para ensalada. Vuecencias ahorquen todo lo que quieran. Mientras más ahorquen peor. El absolutismo acabará ahorcándose á sí mismo. ¿No lo quieren creer? Pues lo pruebo. Empezó creando para su defensa y sostenimiento la fuerza de voluntarios realistas. Son estos unos animalillos voraces y tragaldabas que no se prestan á servir á su amo, si éste no les alimenta con cuerpos muertos. Una vez cebados y enviciados con el fruto de la horca, mientras más se les da más piden, y llegará un momento en que no se les pueda dar todo lo que piden, ¿me entiende Vuecencia?

D. Francisco, sin contestarle, y dirigiendo maliciosas ojeadas á los frailes, hacía señas de asentimiento.

El padre Salmón, que atendia con sorna á las razones del preso, bajó la cabeza para ocultar la risa. Pero el padre Alelí, que devotamente rezaba en su breviario, alzó los ojos y mirando con expresión de alarma al reo, le dijo:

—Hermano mío, veo que lejos de apartar usted su pensamiento de las ideas mundanas, se engolfa más y más en ellas, con gran perjuicio de su alma. Los momentos son preciosos; la ocasión impropia para hacer discursos.

—Y yo digo que no es á propósito para sermones—replicó Sarmiento

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dando un golpecillo en la mesa con el mango del tenedor.—Yo sé bien lo que corresponde á cada momento, y repito que consagraré á la religión y á mi conciencia todo el tiempo que fuere necesario.

—Bastante ha perdido usted en vanidades.

—Poquito á poco, señor sacerdote—dijo Sarmiento frunciendo las cejas,—yo nada le quito á Dios. No se quite nada tampoco á las ideas, que son mi propia vida, mi razón de ser en el mundo, porque entiéndase bien, son la misión que Dios mismo me ha encargado. Cada uno tiene su destino: el de unos es decir misa, el de otros es enseñar é iluminar á los pueblos. El mismo que á Su Paternidad Reverendísima le dió las credenciales me las ha dado á mí.

—Reflexione, hombre de Dios—indicó el padre Salmón, rompiendo el silencio,—en qué sitio se encuentra, qué trance le espera, y vea si no le cuadra más preparar su alma con devociones, que aturdirlas con profanidades.

—Vuestras Paternidades me perdonen—dijo Sarmiento grave y campanudamente después de beber el último trago de vino,—si he hablado de cosas profanas, que no les agradan. Yo soy quien soy y sé lo que me digo. Sé mejor que nadie por qué estoy aquí, por qué muero y por qué he vivido. Allá nos entenderemos Dios y yo, Dios qne llena mi conciencia y me ha dictado este acto sublime, que será ejemplo de las generaciones. Pero pues las religiosidades no están nunca demás, vamos á ellas y así quedarán todos contentos.

—Esas divagaciones, hombre de Dios—dijo Salmón con puntos de malicia,—confirma uno de los delitos que le han traido á este sitio.

—¿Qué delito?

—El de fingirse enagenado para poder tratar impunemente de cosas vedadas.

—Hablillas—dijo Sarmiento sonriendo con desdén.—Señores hermanos de la Paz, si tuvieran ustedes la bondad de darme cigarros, se lo agradecería... Hablillas del vulgo. Si fuéramos á hacer caso de ellas, ¿cómo quedaría el padre Salmón en la opinión del mundo? ¿No dicen de él que sólo piensa en llenar la panza y en darse buena vida? ¿No goza fama de ser mejor cocinero que predicador?... ¿de frecuentar más los estrados de las damas para hablar de modas y comidas, que el coro para rezar y la cátedra para enseñar? Esto dice el vulgo. ¿Hemos de creer lo que diga? Pues del padre Alelí que me está oyendo y que es persona apreciabilísima, ¿no se dijo en otro tiempo que era volteriano? ¿No le tuvo entre ojos la Inquisición? ¿No decían que antaño era amigo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de Olavide y que después se había congraciado con los realistas? Esto se dijo: ¿hemos de hacer caso de las necedades del vulgo?

El padre Alelí palideció, demostrando enojo y turbación. Chaperón se mordía los labios para dominar sus impulsos de risa. Ofrecía en verdad la fúnebre capilla espectáculo extraño, único, el más singular que puede presentarse. Frente al altar veíase una mujer de rodillas, rezando sin dejar de llorar, como si ella sola debiera interceder por todos los pecadores habidos y por haber; en el centro una mesa llena de viandas y un reo que después de hablar con desenfado y entereza recibía cigarros de los hermanos de la Paz y Caridad y los encendía en la llama de un cirio; más allá dos frailes, de los cuales el una parecía vergonzoso y el otro enfadado; enfrente la tremebunda figura de D. Francisco Chaperón, el abastecedor de la horca y el terror de los reos y de los ajusticiados, sonriendo con malicia y dudando si poner cara afligida ó regocijada; todo esto presidido por el Crucifijo y la Dolorosa, é iluminado por la claridad de las velas de funeral que daban cadavérico aspecto á hombres y cosas, y allá más lejos en la sala inmediata una sombra odiosa, una figura horripilante que esperaba, el verdugo.

D. Francisco Chaperón se despidió de su víctima. En la sala contigua y en el patio encontró á varios indivíduos de la Comisión Militar y á otros particulares que venían á ver al reo.

—¡Que me digan á mí que ese hombre es tonto!—exclamó con evidente satisfacción.—Tan tonto es él como yo. No es sino un grandísimo bribón, que aún persiste en su plan de fingirse demente, por ver si consigue el indulto... Ya, ya. Lo que tiene ese bergante es mucho, muchísimo talento. Ya quisieran más de cuatro... Por cierto que entre bromas y veras ha hablado con un donaire... Al pobre Salmón le ha puesto de hoja de peregil, y Alelí no ha salido tampoco muy librado de manos de este licenciado Vidriera... Es graciosísimo: véanle ustedes... Por supuesto, bien se comprende que es un solemnísimo pillo.

Y D. Francisco se retiró, repitiéndose á sí mismo con tanta firmeza como podría hacerlo un reo ante el juez, que D. Patricio no era imbécil, sino un gran tunante. Tal afirmación tenía por objeto sofocar la rebeldía de aquel insubordinado corpúsculo, á quien llamamos antes la *monera* de la conciencia chaperoniana, y que desde que Sarmiento entró en capilla, se agitaba entre el légamo, queriendo mostrarse y alborotar y hacer cosquillas en el ánimo del digno funcionario. Con aquella afirmación, D. Francisco aplacó la vocecilla y todo quedó en profundo silencio allá en los cenagosos fondages de su alma.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXVII

DURANTE la noche arreció el nublado de visitantes, sin que su curiosidad importuna y amanerada compasión causaran molestia al reo; antes bien recibíalos éste como un soberano á su corte. Situado en pié frente al altar, íbalos saludando uno por uno, con ligeros arqueos de la espina dorsal y una sonrisa protectora, cuya intensidad de expresión amenguaba ó disminuía, según la importancia del personaje. Todos salían haciéndose lenguas de la serenidad del reo, y en la sala-vestíbulo, inmediata al cuerpo de guardia, oíase cuchicheo semejante al que se oye en el átrio de una iglesia en noches de novena ó tinieblas. Los entrantes chocaban con los que salían, y la sensibilidad de los unos anticipaba á la curiosidad de los otros noticias y comentarios.

Pipaón, que se había presentado de veinte y cinco alfileres, y parecía una ascua de oro, según iba de limpio y elegante, estuvo largo rato en compañía del reo, y le dió varias palmadas en el hombro, diciéndole:

—Ánimo, Sr. Sarmiento, y encomiéndese á Su Divina Majestad y á

(c) 2008 Ministerio de Cultura

la Reina de los cielos Nuestra Madre amorosísima, para que le den una buena muerte y franca entrada en la morada celestial... Adios, hermano mío. Como mayordomo que soy de la hermandad de las Ánimas, le tendré presente, sí, le tendré presente para que no le falten sufragios... Adios... Procure usted serenarse... Medite mucho en las cosas religiosas... este es el gran remedio, y el más seguro lenitivo... ¡La religión, la dulce religión! ¡Oh! ¿qué sería de nosotros sin la religión?... es nuestro consuelo, el rocío que nos regenera, el maná que nos alimenta... Adios, hermano en Cristo, venga un abrazo (al dar el abrazo Pipaón tuvo buen cuidado de que no fuera muy expresivo, para que no se chafaran los encajes de su pechera)... Estoy conmovidísimo... Adios, repítole que medite mucho en los sagrados misterios y en la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo... Quizás nos veamos en el Cielo, ¡ay de mí! si Dios es misericordioso conmigo.

Este fastidioso discurso, modelo exacto de la retórica convencional y amanerada del cortesano, agradó mucho á cuantos lo oyeron; mas D. Patricio lo acogió con seriedad cortés y cierto desdén que apenas se traducía en ligero fruncimiento de cejas. Pipaón salió y aunque iba muy aprisa derecho á la calle, detuviéronle en el patio algunos amigos.

—Estoy afectadísimo... no puedo ver estas escenas—les dijo respondiendo á sus preguntas.—Fáltame poco para desmayarme.

—Dicen que es el reo más sereno que se ha visto desde que hay reos en el mundo.

—Es un prodigio. Pero aquella vanidad é hinchazón son cosa fingida... ¡Cuánto debe padecer interiormente! Se necesitan los bríos de un héroe para sostener ese papel sin faltar un punto.

—¡Farsante!

—Es el perillán más acabado que he visto en toda mi vida. Seguramente espera que le indulten; pero se lleva chasco. El Gobierno no está por indultos.

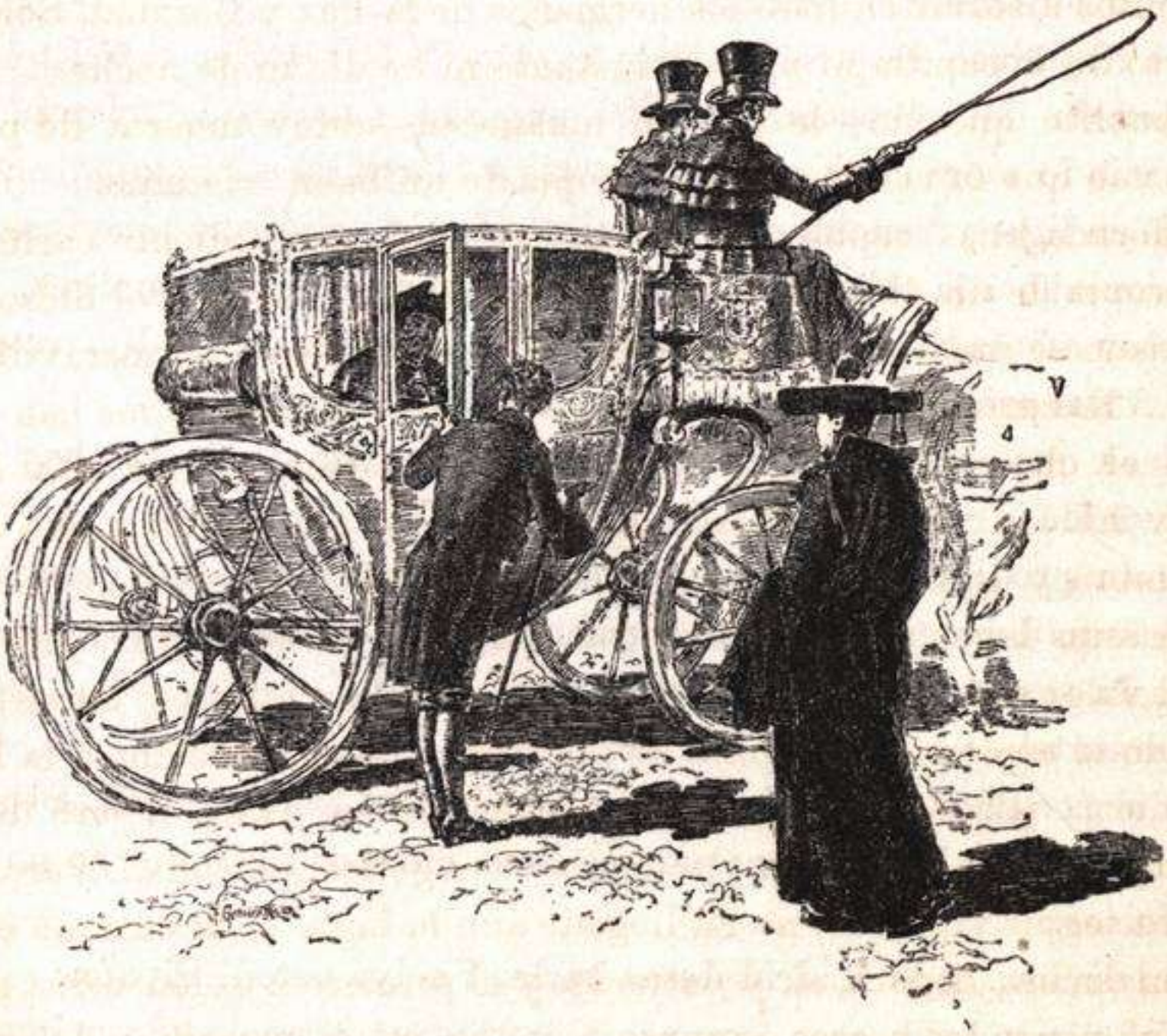
—Entremos... todo Madrid desea verle. Vuelva usted, Pipaón.

—¿Yo? por ningún caso—repuso el cortesano estrechando manos diversas una tras otra.—Voy á una reunión donde cantan la Fábrica y Montresor... ¡Qué ária de la *Gazza Ladra* nos cantó anoche esa mujer! Montresor nos dió el ária de *Tancredo*. ¡Aquello no es hombre, es un ruiseñor!... ¡Qué portamentos, qué picados, qué trinos, qué vocalización, qué falsete tan delicioso! Parece que se trasporta uno al sétimo cielo. Con que adios, señores... tengo que ensayar antes un paso de *gabota*. Señores, que se diviertan ustedes con el viejo Sarmiento.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Aún no se había separado de sus amigos, cuando salió al patio un señor obispo que venía también de visitar al reo. Todos se descubrieron al verle, haciéndole calle. Pipaón, después de besarle el anillo, le habló del condenado á muerte.

—Mi opinión—dijo Su Ilustrísima (que era una de las lumbreras del Episcopado)—es que si no constara en los autos, como aseguran consta de una manera indubitable, que se ha fingido y se finge loco para hablar impunemente de temas vedados, la ejecución de este hombre sería un asesinato. Desempeña ese desgraciado su papel con inaudita perfección, y apreciándole por lo que dice, no hay en aquella mollera ni el más pequeño grano de juicio... Á propósito de juicio, Sr. de Pipaón, no lo



ha tenido usted muy grande fijando para el lunes la gran fiesta de desagravios á Su Divina Majestad que celebra la hermandad de *Indignos esclavos del Santísimo Sacramento*, porque siendo el lunes día de la Natividad de Nuestra Señora, la *Real Congregación de la Guardia y Custodia* dispone por antiguo privilegio de la iglesia de San Isidro.

Pipaón respondió, *mutatis mutandis*, que no correría sangre á causa

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de un conflicto entre ambas hermandades, y que él respondía de arreglarlo todo á gusto de clérigos y seglares, y sin que se quejaran el Santísimo Sacramento ni nuestra Señora, con lo cual y con aceptar la carroza de Su Ilustrísima para trasladarse á la calle de la Puebla donde había de hacer el ensayo de la gabota antes de la tertulia, tuvo fin aquel diálogo.

Ya avanzada la noche se cerró la capilla á los curiosos, y también la puerta de la carcel, después que entraron seis presos recién sacados de sus casas por delaciones infames. Una nueva conspiración descubierta dió mucho que hacer aquella noche y en la siguiente mañana al señor Chaperón.

D. Patricio se acostó á dormir en la pequeña alcoba inmediata á la capilla; pero su sueño no fué muy tranquilo. Velábanle solícitos y siempre prontos á servir en todo los hermanos de la Paz y Caridad. Sola no se apartó de la capilla ni un solo instante ni de día ni de noche.

—Abuelito querido—le dijo al amanecer,—estoy muerta de pena, porque veo que tu conducta no es propia de un buen cristiano.

—Adorada hija—repuso Sarmiento besándola con ardiente cariño,—si es propia de un filósofo, lo será de un cristiano, porque el filósofo y el cristiano se juntan, se compendian y amalgaman en mí maravillosamente... Hazme el favor de ver si esos señores hermanos me han preparado el chocolate... No extraño tus observaciones, hija mía. Eres mujer y hablas con tu preciosa sensibilidad, no con la razón que á mí me alumbra y guía. ¡Bendito sea Dios que me permite tenerte á mi lado en estas horas postreras! Si no te estuviera viendo, quizás me faltaría el valor que ahora tengo. Una sola cosa me afecta y entristece, nublando el esplendoroso júbilo de mi alma, y es que mañana á la hora de las diez... porque supongo que... eso será á las diez... dejaré de recrear mis ojos con la contemplación de tu angelical persona... Pero ¡ay! tú debes seguir viviendo; no ha llegado aún la hora de tu entrada en la mansión divina; llegará, sí, y entrarás, y el primero á quien verás en la puerta abriendo los brazos para recibirte en ellos amoroso y delirante será tu abuelito Sarmiento, tu viejecillo bobo.

La voz temblorosa indicaba una viva emoción en el reo.

—Y te llevaré á presencia del Padre de todo lo existente y le diré: "¡Señor, aquí la tienes; esta es, mírala!...„ Pero no quiero afligirte más. Ahora oye varios consejos que debo darte y algunos encargillos que quiero hacerte... ¿Está ese chocolate?... Dame la mano para levantarme, hija mía. ¿Sabes que están pesados y duros mis pobres huesos?... ¡Ah!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pronto tendrás este bocado, ¡oh carnívora tierra! pronto, pronto se te arrojará esta piltrafa, que por lo acecinada demuestra que te pertenece ya. El noble espíritu abandona este inmundo saco, y vuela en busca de su patria y de sus congéneres los ángeles.

Levantóse delante de Sola porque estaba vestido. Un hermano le trajo el chocolate, y quedándose solo con su amiga, le dijo estas palabras que ella oyó con profundísima atención:

—Idolatrada hija, mañana á las diez nos separaremos para siempre. Dios me dió la inefable dicha de conocerte, para que mi espíritu se confortase antes de dejar el mundo. Te condujiste conmigo tan noble y caritativamente que no vacilo en declararte merecedora de inmortal premio. Yo te lo aseguro, yo te lo profetizo—dijo esto cerrando los ojos y extendiendo solemnemente los brazos en actitud de profeta,—yo te lo fío bendiciéndote. Creo tener poderes para ello. Gozarás de la eterna dicha por tu cristiana acción. Ahora bien; hablando de cosas más terrestres, te diré que es mi deseo partas en seguida para Inglaterra á ponerte bajo el amparo de ese hombre generoso que ha sido tu protector y hermano. Le conozco y sé que su corazón está lleno de bondades. Como me intereso también por él, declaro ante tí que ese joven debe tomarte por esposa, de lo cual resultará ventaja para entrambos; para tí porque vivirás al arrimo de un hombre de mérito, capaz de comprender lo que vales; para él porque tendrá la compañera más fiel, más amante, más útil, más hacendosa, más cristiana y más honesta con que puede soñar el amor de un hombre. Tengo la seguridad de que él lo comprenderá así,—al decir esto mostraba la convicción de un apóstol.—Si no lo comprendiese, dile que yo se lo mando, que es mi sacra voluntad, que yo no hablo por hablar, sino trasmitiendo por el órgano de mi lengua la inspiración celeste que obra dentro de mí.

Sola oyó este discurso con recogimiento y admiración, pasmada de advertir una profundísima concordancia entre la demencia de su amigo y ciertas ideas de antiguo arraigadas en ella. No acertó á decir una palabra sobre aquel tema, y su viejecillo bobo se le representó entonces grande y luminoso, cual nunca lo había visto, más respetable que todo lo que como respetable se presenta en el mundo.

Después de una pausa, durante la cual apuró el pocillo, Sarmiento prosiguió así:

—Querida hija de mi corazón, voy á hacerte un encargo, atañedero á cosas terrestres. Las cosas terrestres también me ocupan, porque de la tierra salí, y en ella he de dejar las preciosas enseñanzas que se des-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

prenden de mi martirio. El género humano merece mi mayor interés. La dicha del Cielo no sería completa, si desde él no contempláramos la constante labor de este pobre género humano, sin cesar trabajando en mejorarse. Los que de él salimos no podemos dejar de enviarle desde allá arriba un reflejo de nuestra gloria, sin lo cual se envilecería, acercándose más á las bestias que á los ángeles. Hay que pensar en el género humano de hoy, que es el coro celestial é inmenso de mañana, y todo hombre es la crisálida de un angel, ¿me entiendes? Si las criaturas superiores, al remontarse sobre los mundanos despojos, miraran con desprecio esta pobre turba inquieta y enferma á que pertenecieron; si no atendiendo más que al Eterno Sol, hicieran del deseo de la bienaventuranza un egoismo, adios universo, adios pasmoso orden de cielo y tierra, adios concierto sublime. No, yo miro á la tierra y la miraré siempre. Le dejo un dón precioso, mi vida, mi historia, mi ejemplo, hija mía, ¿sabes tú lo que vale un buen ejemplo para esta mísera chusma rutinaria? Sí, mi historia será pronto una de las más enérgicas lecciones que tendrá el rebaño humano para implantar la libertad que ha de conducirle á su mejoramiento moral. Pero digo yo, ¿es facil escribir esa historia? No. Bien conocidos son mis discursos, y aunque yo no los he escrito, como todo el mundo los tiene grabados en la memoria, no faltará quien los dé á la estampa. Sócrates no dejó escrito nada... Pero si serán perpetuados mis discursos, habrá gran escasez de datos biográficos respecto á mí. Oye, pues, lo que voy á decirte.

Tomando á Sola por un brazo, la acercó á sí:

—Viviendo en tu casa—añadió,—apunté no hace dos meses, los principales datos de mi vida, tales como el día de mi nacimiento, el de mi bautizo, el de mi confirmación, el de mi boda con Refugio, el del feliz natalicio de Lucas, el de mi entrada en la enseñanza y otros: son datos preciosísimos. Como los historiadores han de empezar desde mañana mismo á revolver archivos y libros parroquiales, yo te encargo que les saques de apuros. Mira tú; el apunte en que constan esos datos está escrito con lapiz... Me parece que lo puse debajo del hule de la cómoda. Búscalo bien por toda la casa, y entrégalo á esos señores. Al punto sabrás quiénes son, porque no se hablará de otra cosa en todo el mundo. No te descuides, y evitarás mil quebraderos de cabeza, y quizás inexactitudes y errores que darán ocasión á desagradables polémicas.

Sola sintió al oir esto que la admiración despertada por anteriores palabras del viejecillo bobo, se disipaba como humo. ¡Cuán difícil era señalar la misteriosa línea donde los desvaríos de Sarmiento se trocaban

(c) 2008 Ministerio de Cultura

en ingeniosas observaciones, ó por el contrario, sus admirables vuelos en lastimoso rastrear por el polvo de la necedad! La joven prometió cumplir fielmente todo lo que le mandaba.

Al poco rato apareció el padre Alelí preparado para decir la misa, y empezada ésta, Sarmiento la ayudó con extraordinaria devoción y acierto, tan seguro en las ceremonias como si hubiera sido monaguillo toda su vida. Soledad la oyó con gran edificación acompañada de los hermanos y de algunos empleados de la carcel. Después, por orden del Sr. Chaperón, se cerró la capilla al público.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXVIII

PONIENDO sobre todas las cosas su anhelante deseo de llegar pronto al fin de la jornada vital, que era el comienzo de su triunfo, Sarmiento deploraba que la justicia de aquellos tiempos hubiese fijado en cuarenta y ocho horas el plazo de la preparación religiosa. Con diez ó doce horas había bastante, según él. Los dos frailes que le asistían aprovecharon la ocasión de su soledad para hablarle recio en el negocio de la salvación, logrando que D. Patricio atendiese á él, y consintiera en oir el trasnochado sermoncillo que preparado traía el padre Salmón. Después de comer, cuando Sola vencida por el cansancio había cedido al sueño y dormitaba sentada, el padre Alelí logró hacerse oir de Sarmiento con

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mayor interés. Por la noche pareció que el espíritu del buen viejo se recogía y como que se amilanaba algún tanto, mostrándose además en su rostro y cuerpo cierto desmayo ó fatiga. El patriota no permanecía ya en pié, sino recostado con abandono en el sillón, fijando la vista en el suelo cual si cayera en una meditación taciturna. Silencio profundísimo reinaba en la carcel; las velas se habían consumido mucho y ardían en el último cabo de ellas, elevando entre la vacilante luz el negro pábilo caduco, y derramando cera amarilla en grandes chorros sobre los candeleros y sobre el altar. El Crucifijo y la Dolorosa parecían entregados á un sopor misterioso. Nunca, como en aquella tristísima hora, había parecido la capilla lúgubre y conmovedora. Su ambiente de panteón daba frío, su luz ténue convidaba á morirse y enterrarse. Era la madrugada del último día.

No fué insensible el espíritu de Sarmiento á esta influencia externa, y conociéndolo Alelí, le dijo que ya le quedaban pocas horas; que viese lo que hacía si no deseaba arder perpétuamente en los infiernos. Al oir esto, miróle Sarmiento con desdén, y levantándose del sillón, se puso de rodillas.

—Puesto que Su Paternidad quiere que confiese, confesaré—dijo lacónicamente.

—No es preciso que se arrodille usted, hermano mío—indicó el buen fraile levantándole.—En estos casos permitimos al penitente que haga la confesión sentado para evitarle cansancio.

—Yo prefiero estar de rodillas, porque no soy de alfeñique—dijo el reo volviéndose á hincar.—Ahora, si Vuestra Paternidad tiene oidos, oiga... Yo amo á Dios sobre todas las cosas. ¿Cómo no amarle, si es fuente de todo bien, manantial de toda idea, orígen de toda vida? Él dió la idea moral al mundo, y el mundo, después de mil luchas, disputas y sangre, aceptó la ley moral que felizmente lo rige. Después le dió la idea política, es decir, la libertad, para que se gobernase, y todavía el mundo no la aceptado en su totalidad. Estamos en la época de la predicación, del martirio...

—Basta—dijo Alelí con enfado.—Está usted profanando el nombre de Dios con absurdas afirmaciones. Poco adelantamos por ese camino, hermano querido. Confiese usted su amor á Dios, sin mezcla de extravagancia alguna. Me basta con eso por ahora, y adelante.

—Confieso—añadió el penitente,—que con frecuencia he jurado su santo nombre en vano, y además que he usado otros votos y ternos raros, pues adquirí tiempo há la pícara costumbre de sacar á todo el

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Chilindrón y la Chilindraina; pero, con perdón de Vuestra Reverencia, creo que pecados como este no llevan á casa de Pedro Botero. Tampoco he santificado las fiestas como está mandado... desidia, pura desidia y abandono. En el cuarto, ¿qué he de decir sino que jamás he faltado á él ni en pensamiento? Pues en lo de matar, si alguien perdió por mí la vida fué en leal acción de guerra y cuando el honor de mi bandera me lo mandaba así. No obstante, un pecado grave tengo en lo tocante á este mandamiento, y ese lo voy á confesar aquí con la boca y con el corazón, porque há tiempo pesa sobre mi conciencia, y aunque estoy muy arrepentido, paréceme que jamás logro echar de mí la mancha y peso que me dejó. Hallándose preso y encadenado un vecino mío, padre de esta joven que me acompaña, pidió un vaso de agua y se lo negué. ¡Qué infame bellaquería! Pero válganme mi contrición sincera y el cariño ardiente que después he puesto en la bendita hija de aquel desgraciado.

—Adelante—murmuró Alelí satisfecho de que hubiese algún pecado evidente que justificase su ministerio.

—Del sexto no diré más sino que después de la muerte de mi Refugio que acaeció hace veintidos años, he observado castidad absoluta, á pesar de ser solicitado para faltar á aquella preciosa virtud por más de una hembra que no debió mirarme cual saco de paja. Tampoco he robado jamás á nadie ni el valor de un alfiler, y en el ramo de mentir si alguna vez falté á la verdad fué en negocios baladís y de poca monta.

—Alto, alto—dijo Alelí con interés sumo, viendo llegado el tema que abordar quería.—Usted ha mentido, y ha mentido gravemente por sistema sosteniendo un papel engañoso con la terquedad del hombre más perverso. Es opinión general que usted se finge demente, poseyendo en realidad un claro juicio; es público y notorio, y así consta en la causa, que todos esos disparates con que ha divertido á Madrid son obra del talento más astuto, para poder vivir en una sociedad que proscribe á los revolucionarios. Vamos á ver, hermano mío, repare usted delante de quién está, mire esa imágen sacratísima, considere que le restan pocas horas de vida, considere que ya no es posible la mentira, y ábrame su corazón y arroje la máscara y dígame si en efecto este hombre exaltado que vemos es un habil histrión. ¡Ah! hermano mío, aseguran que usted sostiene su papel, esperando que le indulten por tonto... ¡error, error, porque no es ese el camino del indulto! Más facil le sería conseguirlo con una confesión franca de su pecado... Al menos haciéndolo así, tendrá el perdón de Dios y la glória eterna.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Yo farsante, yo histrión, yo... yo!—exclamó Sarmiento clavando ambas manos, como garras, en su pecho.

Miraba al padre Alelí con los ojos encendidos y con expresión de sorpresa, que bien pronto se tornó en amargo desdén.

—Usted no me comprende...—dijo levantándose.—Vaya usted á confesar colegiales, señor padre Alelí. Me confesaré solo.

Y arrodillándose delante del altar, alzó las manos y sin quitar los ojos del Crucifijo, habló así:

—Señor, Tú que me conoces no necesitas oir de mi boca lo que siente mi corazón, que pronto dará su último latido dejándome libre. Sabes que te adoro, que te reverencio, y que ejecuto puntualmente la misión que me señalaste en el mundo. Sabes que la idea de la libertad enviada por Tí para que la difundiéramos, fué mi norte y mi guía. Sabes que por ella vivo y por ella muero. Sabes que si cometí faltas, me he arrepentido de ellas con grandísima congoja. Sabes que perdono de todo corazón á mis enemigos y que me dispongo á rogar por ellos, cuando mi espíritu pueda hablar sin boca y ver sin necesidad de ojos. Mi confesión está hecha públicamente. Oigala todo el que tiene oidos.

Y después volviéndose al fraile que absorto le miraba, díjole:

—Ahora, padre Alelí, espero que no tendrá Vuestra Paternidad reverendísima inconveniente alguno en darme el pan Eucarístico. Bien se ve que puedo recibir á Dios dentro de mí. Estoy puro de toda mancha: soy como los ángeles.

Entonces vióse una cosa extraña, que por lo extraña parecía horrible en aquel sitio y ocasión. El padre Alelí no pudo evitar una sonrisa. Diríase que ésta brilló en la fúnebre capilla como un reflejo mundano dentro de la región de los difuntos. Pero contuvo al punto su hilaridad, y gravemente dijeron á duo ambos frailes:

—No podemos dar á usted la Eucaristía, desgraciado hermano.

Mientras Sola acudió á consolar á Sarmiento que parecía muy contrariado por aquella negativa, Alelí llevó aparte á Salmón y le dijo:

—Es más tonto que hecho de encargo. Yo repito que ajusticiar á este hombre es un asesinato, y Chaperón, los jueces que le sentenciaron y nosotros que le asistimos, estamos más locos que él. Yo no puedo ver este horrible espectáculo. ¿Pero no es evidente que ese hombre es necio de capirote? Estamos coadyuvando á una obra inícua. ¡Y esperábamos que confesase su comedia!

—Como siempre le tuve por mentecato redomado, no me he llevado chasco. No sé para qué nos traen aquí.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Ni yo. Voy á hablar con Chaperón.

—Yo no me tomaría el trabajo de hablar con nadie.

—Pues yo sí.

--Pues yo no.

Poco después de esto el reo vió los objetos y las personas con una claridad que le conturbó sobremanera sin saber por qué. Era que había avanzado el día y la capilla recibía un poco de luz, ante la cual palidecía ligeramente la de las soñolientas velas, casi consumidas. Aquel debil resplandor del astro rey hizo daño á la retina y al espíritu del viejo, sin que su entendimiento pudiera explicarse la razón de ello.

—Es de día—dijo con cierto asombro,—y al punto se quedó muy taciturno.

Los hermanos de la Caridad aparecían más compungidos que en el día anterior, y rezaban devotamente arrodillados ante el altar. Salmón rogó al condenado que se sentase, y poniéndole á su lado hízole exhortaciones encaminadas á apartar su alma del tremendo abismo á cuyo borde se encontraba.

—Pocas horas me restan—murmuró el patriota dando un gran suspiro.—Mi alma será más fuerte cuanto más cerca esté el instante lisonjero de su liberación. ¿Cuántas horas faltan?

—No cuente usted las horas... ¿Qué valen dos ni tres horas comparadas con la eternidad?

Sarmiento no respondió nada. Observaba los ladrillos del piso y fijaba su vista con minuciosidad aritmética en todos aquellos que tenían el ángulo gastado. Diríase que los contaba.

—¿En dónde está mi hija?—dijo de súbito moviendo la cabeza con ansiedad.—Sola, niña de mi corazón, no te separes de mí.

Sola se arrojó llorando en sus brazos. Notó que tenía las manos frías y temblorosas.

—Dentro de poco dejaré de verte—exclamó el viejo haciendo esfuerzos verdaderamente heróicos para dominar su emoción.—Que sea tan flaca y miserable esta humana Naturaleza, que ni aun teniendo por segura la entrada en la morada celestial, pueda mirar con absoluto desprecio los afectos del mundo... Aquí me tienes más valiente que un león (sus labios temblaban al decirlo y su voz era como el ronco trinar de una ave moribunda), y sin embargo, eso de separarme de tí, eso de dejarte sola...

Se pasó la mano por la frente, y durante un rato tapóse los ojos.

—No sé por qué está triste el día—murmuró con disgusto.—¡Qué

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ruido hay en la carcel!... ¿qué voces son esas? Parece un canto desacorde ó un graznido de pájaros llorones. ¿Qué es eso?

Soledad no contestó nada, y apoyó su frente sobre el pecho del anciano. Á la capilla llegaba una repugnante música llorona de gritos humanos que parecía formada de todos los rencores, de todos los sarcasmos, de todas las lágrimas y de todos los suspiros encerrados en la carcel.

El padre Alelí, que había salido al amanecer, volvió muy cabizbajo, y sin hablar una sola palabra al reo ni á los demás preparóse para decir la misa. En tanto uno de los hermanos departía con Sarmiento de cosas religiosas, sabedor de que éstas habían de llevar gran alivio y fuerzas al espíritu del reo.

—Hoy—le dijo,—celebramos en Santa Cruz los Mayordomos de esta Real Archicofradía misa solemne de rogativa para implorar los divinos auxilios en la última hora del pobre condenado á muerte. Ya sabe usted que Nuestro Santísimo Padre Pío VII ha concedido indulgencia plenaria á todos nosotros y á los fieles que asistan á esa misa y hagan oración por la concordia de los Príncipes cristianos, extirpación de las heregías y exaltación de la Fé católica.

—De modo—dijo Sarmiento con amarga ironía,—que en esa misa se hace oración por todo menos por mí.

—No, hermano mío, no—dijo el cofrade con la melosidad del beato, —que también habrá lo que llamamos *ejercicio de agonía*, donde se hace la recomendación del alma del reo; luego siguen las jaculatorias de agonía y se cantará el *ne recorderis*. Los más bellos himnos de la Iglesia y las piadosas oraciones de los fieles acompañan á usted en su tránsito doloroso... ¿qué digo doloroso? gloriosísimo. Piense usted en la pasión de nuestro Señor Jesucristo, y se sentirá lleno de valor. ¡Oh, feliz mil veces el que abandona esta vida miserable libre de todo pecado!

El hermano inclinó la cabeza á un lado, bajando los ojos y cruzando las manos en mística actitud. Después rezó en silencio.

El padre Alelí dijo la misa, que oyó Sarmiento como el día anterior, de rodillas y con profunda atención. Al concluir sentóse con muestras de gran cansancio; mas ponía mucho empeño en disimularlo.

—¿No quiere usted tomar nada?—le dijo uno de los hermanos.—Hemos preparado un almuerzo ligero. ¿Se siente usted mal, hermano querido?—Vamos, un huevo frito y un poco de jamón... Si para eso no se necesita gana—añadió viendo que el reo hacía signos negativos con la cabeza y con la mano.—Sí, lo traeremos,y también un vaso de vino.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—No quiero nada.

—¿Ni café?

—Tomaré el café por complacer á ustedes—repuso Sarmiento sonriendo con tristeza.

Alelí se sentó junto á él y tomándole la mano se la apretó cariñosamente diciéndole:

—Hermano mío, en nombre de Dios y de María Santísima, á cuya presencia llegará usted pronto, si sabe morir como cristiano en estado de contrición perfecta, le ruego que no me oculte sus pensamientos, si por ventura son distintos de lo que ha manifestado aquí y fuera de aquí.

—Si yo ocultara mis pensamientos, si yo no fuera la misma verdad—replicó D. Patricio con la entereza más noble,—no sería digno de este nobilísimo fin que me espera... ¡Ah! señores, la taimada Naturaleza nos tiende mil lazos por medio de la sensibilidad y del instinto de conservación; pero no, no será mi grande espíritu quien caiga en ellos. Vamos, vamos de una vez.

Y se levantó.

—Calma, calma, hermano mío; aún no es tiempo—le dijo Alelí tirándole del brazo.—Siéntese usted. Por cierto que no es nada conveniente para su alma esa afectación de valor y ese empeño de sostener el papel de héroe. Una resignación humilde y sin aparato, una conformidad decorosa sin disimular el dolor y un poco de entereza que demuestre la convicción de ganar el cielo, son más propias de esta hora que la fanfarronería teatral. Usted está nervioso, desazonado, inquieto, sin sosiego, tiémblanle las carnes y se cubre su piel de frío sudor.

—El que era Hijo de Dios sudó sangre—afirmó Sarmiento con brío; —yo que soy hombre, ¿no he de sudar siquiera agua?... Vamos pronto. Repito que tengo vivos deseos de concluir.

Entonces sintióse más fuerte el coro de lamentos, y al mismo tiempo ronco son de tambores destemplados.

—Hé aquí las tropas de Pilatos—observó Sarmiento.

—Hermano, hermano querido—le dijo Alelí abrazándole.—Una palabra sola de verdadera piedad, de verdadera religiosidad, de amor y temor de Dios. Una palabra y basta; pero que sea sincera, salida del fondo del corazón. Si la dice usted, todos esos pensamientos livianos de que está llena su cabeza, como desván lleno de alimañas, huirán al ver entrar la luz.

—Cristiano católico soy—afirmó Sarmiento.—Creo todo lo que me manda creer la Iglesia, creo todos los misterios, todos los sagrados

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dogmas, sin exceptuar ninguno. He oido misa, he confesado sin omitir nada de lo que hay en mi conciencia, he deseado ardientemente recibir la Eucaristía, y si no la he recibido ha sido porque no han querido dármela. ¿Qué más se quiere de mí? ¡Oh! Señor de cielos y tierra, ¡oh! tú, María, Madre amantísima del género humano, á vosotros vuelvo mis miradas, vosotros lo sabeis, porque veis mi rostro, no este de la carne, sino el del espíritu. Los que no ven el de mi espíritu, ¿cómo pueden comprenderme? Hacia Vosotros volaré, invocándoos, llevando en mi diestra la bandera que habeis dado al mundo, la bandera de la libertad, por la cual he vivido y por la cual muero.

Salmón y Alelí movieron la cabeza. Su pena y desasosiego eran muy profundos. Soledad, sin fuerzas ya para luchar con su dolor, estaba á punto de perder el conocimiento. D. Patricio, dicho su último discurso, examinaba una grieta que en el techo había y después la costura del paño del altar. Creeríase al verle que aquellos dos objetos insignificantes merecían la mayor atención.

Varias personas entraron en la capilla, todas decorando sus caras con la aflicción más edificante. El reo se levantó y sin dejar de observar la costura del altar, habló así solemnemente:

—Cayo Graco, Harmodio y Aristógiton, Bruto... héroes inmortales, pronto seré con vosotros... y tú, Lucas, hijo mío, que estás en las filas de la celestial infantería, avanza al encuentro de tu dichoso padre.

Los frailes, puestos de rodillas, recitaban oraciones y jaculatorias, empeñándose en que el reo las repitiera; pero Sarmiento se apartó de ellos afirmando:

—Todo lo que puede decirse lo he dicho en mi corazón durante la misa y después de ella.

Oyóse el tañido de la campana de Santa Cruz.

—Tocan á muerto—dijo Sarmiento.—Yo mandaría repicar y alzar arcos de triunfo, como en el día más grande de todos los días. ¡Ya veo tus torres, oh patria inmortal, Jerusalen amada! ¡Bendito el que llega á tí!

El alcaide le saludó, enmascarándose también con la carátula de piedad lastimosa que pasaba de rostro en rostro, conforme iba entrando uno y otro personaje. Después separáronse todos para dar paso á un hombre obeso, algo viejo, vestido de negro, cuyo aire de timidez contrastaba singularmente con su horrible oficio: era el verdugo, que avanzando hacia el reo, humilló la frente como un lacayo que recibe órdenes.

D. Patricio sintió en aquel momento que un rayo frío corría por

(c) 2008 Ministerio de Cultura

todo su cuerpo desde el cabello hasta los piés, y por primera vez desde su entrada en la fúnebre capilla sintió que su magnánimo corazón se arrugaba y comprimía.

—Sí, sí, perdono, perdono á todo el mundo balbució el reo, fijando

otra vez toda su atención en los ladrillos del piso.—Vamos ya... ¿No es hora de ir?

Pero su ánimo, rápidamente abatido, forcejeó iracundo en las tinieblas y se levantó. Fué como si se hubiera dado un latigazo. La dósis de energía que desplegara en aquel momento era tal, que sólo estando muerta hubiera dejado la mísera carne de responder á ella. Tenía Sarmiento entre las manos su pañuelo y apretando los dedos fuertemente sobre él, y separando las manos lo partió en dos pedazos sin rasgarlo. Cerrando los ojos murmuraba:

—¡Cayo Graco!... ¡Lucas!... ¡Dios que diste la libertad al mundo...!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

El verdugo mostró un saco negro. Era la hopa que se pone á los condenados para hacer más irrisorio y horriblemente burlesco el crímen de la pena de muerte. Cuando el delito era de alta traición la hopa era amarilla y encarnada. La de Sarmiento era negra. Completaba el ajuar un gorro también negro.

—Venga la túnica—dijo preparándose á ponérsela.—*Reputo el saco como una vestidura de gala y el gorro como una corona de laurel* (*).

Después le ataron las manos y le pusieron un cordel á la cintura, á cuyas operaciones no hizo resistencia, antes bien, se prestó á ellas con cierta gallardía. Incapacitados los movimientos de sus brazos, llamó á Sola y le dijo:

—Hija mía, ven á abrazar por última vez á tu viejecillo bobo.

La huérfana lo estrechó en sus brazos, y regó con sus lágrimas el cuello del anciano.

—¿Á qué vienen esos lloros?—dijo éste sofocando su emoción.—Hija de mi alma, nos veremos en la gloria, á donde yo he tenido la suerte de ir antes que tú. De mi imperecedera fama en el mundo, tú sola, tú serás única heredera, porque me asististe y amparaste en mis últimos días. Tu nombre, como el mío, pasará de generación en generación... No llores; llena tu alma de alegría, como lo está la mía. Hoy es día de triunfo; esto no es muerte, es vida. El torpe lenguaje de los hombres ha alterado el sentido de todas las cosas. Yo siento que penetra en mí la respiración de los ángeles invisibles que están á mi lado, prontos á llevarme á la morada celestial... es como un fresco delicioso... como el aroma más delicado... Adios... hasta luego, hija mía... no olvides mis dos recomendaciones, ¿oyes? Vete con ese hombre... ¿oyes?... los apuntes... Adios, mi glorioso destino se cumple... ¡Viva yo! ¡Viva Patricio Sarmiento!

Desprendieron á Sola de sus brazos; tomóla en los suyos el alcaide para prestarle algún socorro, y D. Patricio salió de la capilla con paso seguro.

El padre Alelí le había atado un Crucifijo en las manos y Salmón quiso ponerle también una estampa de la Virgen; pero opúsose á ello el reo diciendo:

—Con mucho gusto llevaré conmigo la imagen de mi Redentor, cuyo

---

(*) Estas palabras las dijo el valeroso patriota D. Pablo Iglesias, ahorcado el 24 de Agosto de 1825. Su noble y heróico comportamiento en las últimas horas dá en cierto modo caracter histórico al personaje ideal que es protagonista de esta obra.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ejemplo sigo; pero no esperen Vuestras Paternidades que yo vaya por la carrera besando una estampita. Adelante.

Al llegar á la calle presentáronle el asno en que había de montar, y subió á él con arrogantes movimientos, diciendo:

—Hé aquí la más noble cabalgadura cuyos lomos han oprimido héroes antiguos y modernos. Ya estoy en marcha.

Al llegar á la calle de la Concepción Jerónima y ver el inmenso gentío que se agolpaba en las aceras y en los balcones, en vez de amilanarse, como otros, se creció, se engrandeció, tomando extraordinaria latitud. Revolviendo los ojos en todas direcciones, arriba y abajo, decía para sí:

—Pueblo, pueblo generoso, mírame bien, para que ningún rasgo de mi persona deje de grabarse en tu memoria. ¡Oh! ¡si pudiera hablarte en este momento!... Soy Patricio Sarmiento, soy yo, soy tu grande hombre. Mírame y llénate de gozo, porque la libertad por quien muero renacerá de mi sangre, y el despotismo que á mí me inmola perecerá ahogado por esta misma sangre, y el principio que yo consagro muriendo, lo disfrutarás tú viviendo, lo disfrutarás por los siglos de los siglos.

El murmullo del pueblo crecía entre los roncos tambores, y á él le pareció que toda aquella música se juntaba para exclamar:

—¡Viva Patricio Sarmiento!

El padre Alelí le mostraba el Crucifijo que en la mano llevaba (el mismo padre Alelí) y le decía que consagrase á Dios su último pensamiento. Después el venerable fraile rezaba en silencio, no se sabe si por el reo, ó por sus jueces. Probablemente sería por estos últimos.

Al llegar á la plazuela, Sarmiento extendió la vista por aquel mar de cabezas, y viendo la horca, dijo:

—¡Ahí está!... ahí está mi trono.

Y al ver aquello, que á otros les lleva al postrer grado de abatimiento, él se engrandeció más y más, sintiendo su alma llena de una exaltación sublime y del entusiasmo más expansivo.

—Estoy en el último escalón, en el más alto—dijo.—Desde aquí veo al mísero género humano, allá abajo, perdido en la bruma de sus rencores y de su ignorancia. Un paso más y penetraré en la eternidad, donde está vacío mi puesto en el luminoso estrado de los héroes y de los mártires.

Al pié de la horca, rogáronle los frailes que adorase el Crucifijo, lo que hizo muy gustoso, besándolo y orando en voz alta con entonación vigorosa.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Muero por la libertad como cristiano católico—exclamó.—¡Oh! Dios á quien he servido, acógeme en tu seno.

Quisieron ayudarle á subir la escalera fatal; pero él desprendiéndose de agenos brazos, subió solo. El patíbulo tenía tres escaleras; por la del centro subía el reo, por una de las laterales el verdugo y por la otra

el sacerdote auxiliante. Cada cual ocupó su puesto. Al ver que el cordel rodeaba su cuello, Sarmiento dijo con enfado:

—¿Y qué? ¿no me dejan hablar?

Los sacerdotes habían empezado el Credo. Callaron. Juzgando que el silencio era permiso para hablar, el patriota se dirigió al pueblo en estos términos:

—Pueblo, pueblo mío, contémplame y une tu voz á la mía para gritar: ¡Viva la...!

Empujóle el verdugo y se lanzó con él.

Calleron de rodillas los sacerdotes que habían quedado abajo, y elevando el Crucifijo exclamaron consternados:

—¡Misericordia, Señor!

La muchedumbre lanzó el trágico murmullo que indicaba su curiosidad satisfecha y su fúnebre espanto consumado.

El padre Alelí dijo tristemente:

—Desgraciado, sube al Limbo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXIX

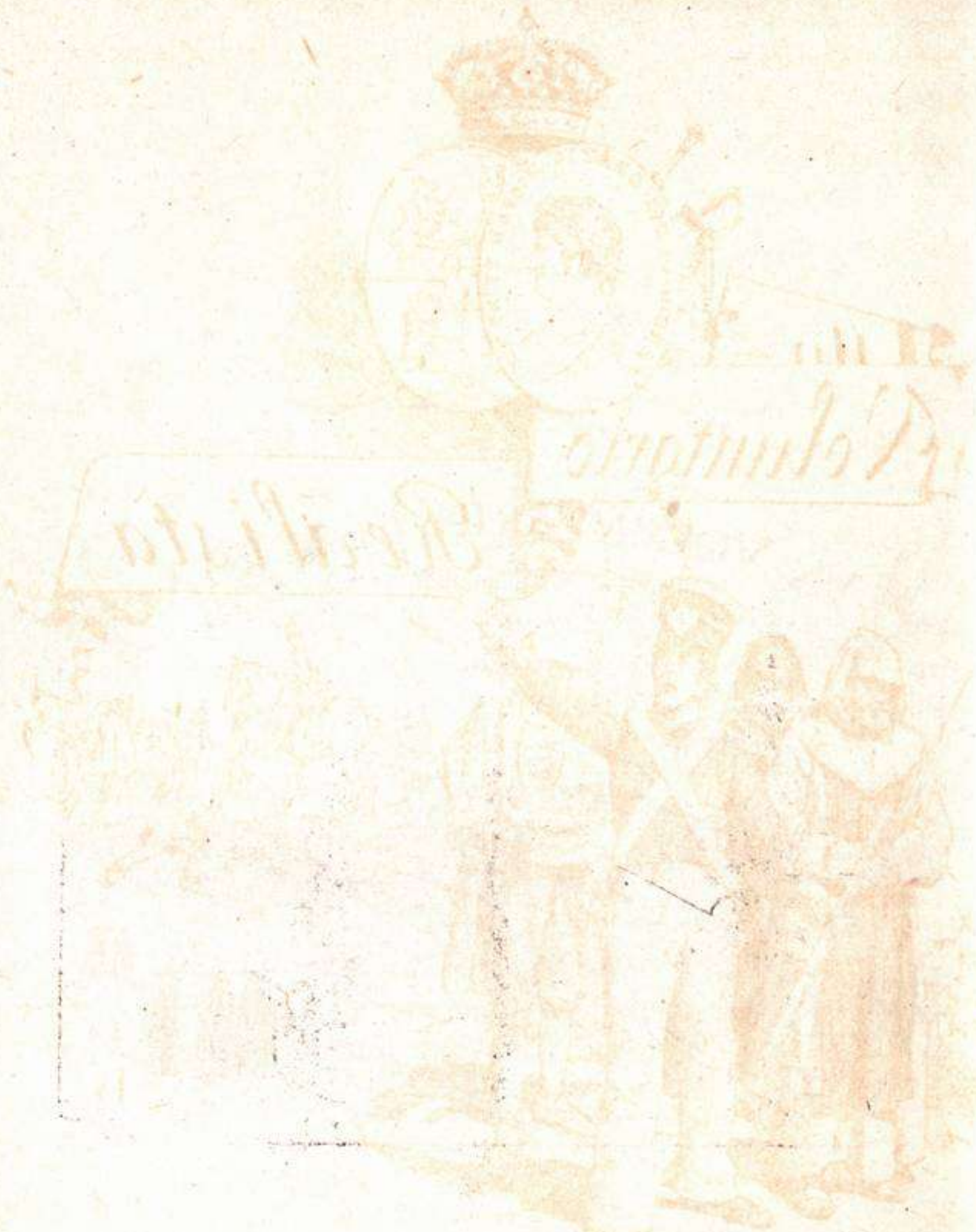
Qué sabía él?... Á pesar de ser fraile discreto y gran sabedor de teología, ¿qué sabía él si su penitente había ido al Limbo ó á otra parte? ¿Quién puede afirmar á dónde van las almas cargadas de entusiasmo y fé? ¿Habrá quien marque de un modo preciso la esfera donde el humano sentido merecedor de asombro y respeto, se trueca en la enagenación digna de lástima? Siendo evidente que en aquella alma se juntaban con extraña aleación la excelsitud y la trivialidad, ¿quién podrá decir cuál de estas cualidades vencía á la otra? Glorifiquémosle todos. Murió pensando en la página histórica que no había de llenar, y en la fama póstuma que no había de tener. ¡Oh, Dios poderoso! ¡Cuántos tienen ésta con menos motivo, y cuántos ocupan aquélla habiendo sido tan locos como él, y menos, mucho menos sublimes!

FIN DE EL TERROR DE 1824.

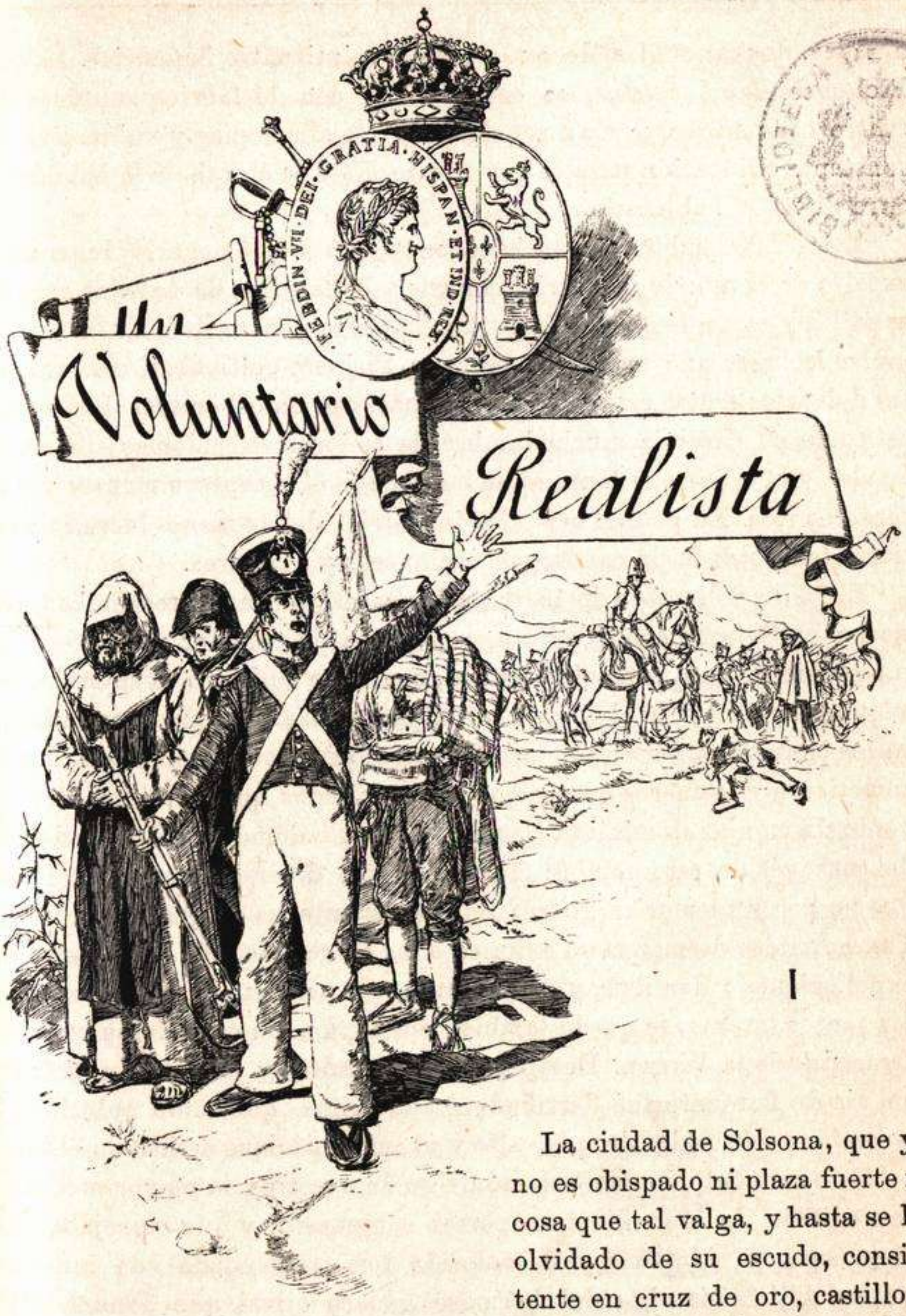
Madrid-Octubre de 1877.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura



(c) 2008 Ministerio de Cultura



BIBLIOTECA DE INGENIEROS DEL EJÉRCITO

I

La ciudad de Solsona, que ya no es obispado ni plaza fuerte ni cosa que tal valga, y hasta se ha olvidado de su escudo, consistente en cruz de oro, castillo y cardo de los mismos esmaltes sobre campo de gules, gozaba allá por los turbulentos principios de nuestro siglo la preeminencia de ser una de las más feas y tristes poblaciones de la cristiandad, á pesar de sus formidables muros, de sus nueve esbeltos torreones, de su castillo romano, indicador de gloriosísimo abolengo, y á pesar también de su catedral á que daban lustre cuatro dig-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

nidades, dos canongías, doce raciones y veinticuatro beneficios. La que Ptolomeo llamó *Setelsis*, se ensoberbecía con la fábrica suntuosa de cuatro conventos que eran regocijo de las almas pías y un motivo de constante edificación para el vecindario. Este se elevaba á la babilónica cifra de 2.056 habitantes.

Estos 2.056 habitantes *setelsinos* ocupaban ¿á qué negarlo? lugar muy excelso en el mundo industrial con sus ocho fábricas de navajas, tres de candiles y otras de menor importancia. También se dedicaban á criar mulas lechales que traían del cercano Pirineo; cultivaban con esmero las delicadas frutas catalanas y eran maestros en cebar aves domésticas así como en cazar la muchedumbre de codornices, palomas silvestres, ánades y becadas que tanto abundan en aquellos espesos montes y placenteros ríos. No podían ser tales industrias de las menos lucrativas en tierra tan poblada de canónigos, racioneros y regulares.

El 19 de Setiembre de 1810 los franceses, que nada respetaban, entraron en Solsona con estrépito, y después de cometer mil excesos se entretuvieron en quemar la catedral, con cuyo siniestro desplomáronse las torres y vinieron al suelo las campanas. También pusieron la mano en los conventos, encariñándose demasiado con los de religiosas, donde cometieron desafueros que mejor están callados que referidos. El convento de monjas dominicas llamado de San Salomó por ser fundación del marqués de este nombre (1573) padeció diversos tormentos de los que no pocas memorias guardaron las espantadas vírgenes del Señor. Tan horribles desmanes no eximían á las santas casas de sufrir también expoliaciones y derribos, y San Salomó, que perdiera en aquel horrendo día tantos tesoros, se quedó también sin copón, sin candeleros y sin las arracadas de la Virgen. Desaparecieron cuadros y estátuas, y un trozo del ala de Poniente fué derribado á cañonazos, quedando reducidas á escombros seis celdas del piso alto y el refectorio que estaba en el bajo.

Este convento de San Salomó exige de nosotros la mayor atención. Era edificio de muy diversas partes compuesto, y que semejaba una vieja capa de riquísima y descolorida tela, remendada con innobles trapos. Allí había algo del hermoso género ojival que domina en el Principado, restos de bóvedas románicas, puertas churrigueresca, trozos pertenecientes á la insulsa arquitectura del siglo pasado, paredes de ladrillo enyesado, tapias de adobes, muros hendidos, techos que se habían chafado cual sombrero; tragaluces bizcos, rodeados de una especie de marco palpebral hecho con blanco yeso; rejas comidas de moho, tras de las cuales estaban las podridas celosías, por cuyos huecos sólo cabía

(c) 2008 Ministerio de Cultura

el dedo meñique de las monjas; vigas que servían de puntales; tapiales modernos que se empeñaban en cubrir huecos ocasionados por el desplome ó abiertos por la bala de artillería; una torrecilla cuya espadaña sólo tenía un esquilón; en suma, era un adalid valeroso combatido por los formidables enemigos que se llaman tiempo y guerra; pero que se defendía bien tapándose sus heridas y remendándose sus desgarrones como Dios le daba á entender, y desafiaba orgulloso á lluvias y vientos, prometiéndose llegar con sus jorobas, tumores, infartos, bizmas y muletas á las más remotas edades venideras.

Estaba San Salomó en un extremo de la ciudad, y en el punto más desierto de ella, por donde partía el camino de Guardiola y Peracamps, que á corto trecho se trocaba en intransitable cuesta escarpada cuyas ramificaciones se perdían en la montaña. La calle de los Codos, llamada así porque formaba dos ángulos en opuesto sentido quebrándose como un biombo, limitaba el convento por Poniente. Dicha calle no era otra cosa que el hueco, foso ó pasadizo que quedaba entre San Salomó y el lienzo occidental de la muralla de la ciudad, y los codos que daban nombre á la tal vía eran ocasionados por los ángulos estratégicos de la fortificación. Al fin de la calle había un torreón y un poco más allá la puerta del Travesat.

Por Oriente con vuelta al Mediodía estaba la iglesia, en la calle de la Sombra, y no lejos de la puerta de aquella la del torno y locutorio, que era un arco románico picado y bruñido por la barbárie académica del siglo anterior y pintorreado de azul por orden de la madre abadesa. Hacia el Norte extendíase la gran tapia de la huerta, sin más huecos que las hendiduras producidas por el resentimiento de la fábrica. Las rejas y celosías estaban en la parte más alta mirando al campo por encima de la muralla. Su estructura no permitía á los curiosos ojos monjiles ver la calle, en lo que verdaderamente perdían muy poco, pues rara vez pasaba por las calles de los Codos ó de la Sombra alguna cosa digna de ser vista.

Á pesar de su aspecto caduco, no reinaba la miseria en el interior de aquel silencioso retiro, como acontece en los conventos del día, que casi casi no son otra cosa que asilos de mendicidad. Por el contrario, al decir de algunos curiosos solsoneses, imperaban allí dentro el bienestar y la abundancia. Siempre fueron las dominicas poco inclinadas á la pobreza absoluta: su orden ha sido por lo general aristocrática, compartiendo con la del Cister la prerogativa de acoger á las señoritas nobles á quienes vocación sincera, desgraciados amores ó la imposibilidad de ocupar

(c) 2008 Ministerio de Cultura

una alta posición arrojaban del mundo. San Salomó albergaba en la época de nuestra historia veintidos señoras que habían llegado á sus tristes puertas impulsadas respectivamente por alguna de aquellas tres causas.

Todas eran nobles, pues no podía convenir al decoro del reino de Dios que mancomunadamente con las hijas de marqueses y condes vivieran mujeres de baja estofa. Además de las rentas de la casa, que á todas por igual beneficiaban, algunas monjas, contraviniendo las reglas más elementales de la orden, gozaban de rentillas y señalamientos privados que les otorgara el padre, el tío ó el abuelo, y esto se lo comían allá en la sagrada paz de su celda sin dar participación á las demás. Es probable que no reinara dentro de San Salomó la paz más perfecta como acontece en los cláustros donde se han relajado todas las reglas y sobre la fraternidad impera el egoismo; pero también es probable que los solsoneses no supiesen nada de esto, porque entonces los conventos, si habían olvidado mnchas cosas, aún sabían guardar á maravilla sus secretos.

Y sus secretos eran que se permitían hacer vida separada, comiendo algunas en sus celdas y teniendo criadas para el servicio particular; que había hasta diez hermanas que no se hablaban ni aún para saludarse, porque era evidente que si cambiaran dos palabras, de estas dos palabras había de nacer una docena de disputas, y finalmente que había algunas (afortunadamente eran las menos) que se odiaban de todo corazón.

Por diversas cosas y motivos era célebre San Salomó; pero aquello en que su fama se elevaba hasta tocar el mismo cuerno de la luna era el arte culinario. Váyanse noramala cuantas confituras han podido labrar manos de monja en todas las órdenes habidas y por haber; váyanse con mil demonios todos los platos suculentos é ingeniosos de la cocina extranjera; que nada hay comparable á lo que salió en tiempos felicísimos de los hornos, de las sartenes y de los peroles de San Salomó. No hace muchos años vivía aúu uno de los testimonios más entusiastas de aquella superioridad incontestable, el padre Mercader, arcipreste de Ager *vere nullius* que fué en su edad de oro capellán de aquellas benditas mujeres. Viejo y enfermo parece que se rejuvenecía al referir los sobrosos regalos que le enviaban en días solemnes, con la particularidad de que las señoras de San Salomó hacían platos nunca ideados por cocinera alguna y que unían á la novedad más asombrosa el gusto más excitante y delicado. Ellas tenían las trazas más habilidosas del mundo para preparar una colación en la cual se saborearan bocados muy exquisitos sin faltar

(c) 2008 Ministerio de Cultura

al ayuno. Ellas aderezaban una comida de vigilia con tal arte que sin faltar á las reglas literales de la penitencia experimentase el paladar regaladas delicias. Hacían entre otras cosas un compuesto de abadejo que en la Semana Santa de cierto año produjo grandísimo zipizape en el cabildo catedral por los celos que de los felices gustadores de aquella ambrosía piscatoria tuvieron los que no lograron catarla. El deán y el chantre estuvieron siete años sin hablarse.

Basta de cocina.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

II

DURANTE cuarenta años fué sacristán de San Salomó un buen hombre verdaderamente sencillo y piadoso que tenía por nombre José Armengol. Como sintiera que la muerte venía por él, pensó que era lamentable no dejar sucesor en la sacristía para que recayese en su linaje la recompensa de tantos años de servicios prestados á la religión con piedad y desinterés. No tenía hijos el Sr. Armengol, pues el único que Dios le concediera había muerto de un lanzazo en la guerra del Rosellón; pero tenía un nieto que si bien de corta edad, podía servir para desempeñar el cargo, mayormente si las benévolas monjas le enderezaban á la virtud haciéndole hombre devoto ó instruyéndole en todos los oficios de la sacristanía. El Sr. Armengol se murió tranquilo y satisfecho cuando la madre

(c) 2008 Ministerio de Cultura

abadesa le prometió que el pequeñuelo sería sacristán de San Salomó.

Trajeron á Pepet de las montañas de la Cerdaña en que se criaba libre y salvaje como los pájaros, familiarizado con las altas cimas piníferas, con las soledades abruptas y rumorosas, con el estrépito de los torrentes y la sombría majestad de la cordillera de Cadí, país propicio á las leyendas y al bandolerismo. Doce años tenía cuando se vió en poder de la madre abadesa, la cual poniendo sobre la cabeza del rapaz su mano portentosa le dijo con grave y bondadoso acento:

—*Noy,* el Señor te ha favorecido desde tu tierna edad destinándote, aunque indigno, á servir en esta casa. Grande honra te cabe en esto y no todos tropiezan á tu edad con tales prebendas. Pruébanos ahora que mereces el favor de Dios y que eres capaz de sostener el buen nombre de tu abuelo.

Pepet miró á la madre abadesa con espanto. No comprendía lo que aquello significaba, aunque su instinto le dió á entender que se hallaba bajo el dominio de aquellas señoras pálidas y de fantástico aspecto, cubiertas de blancos paños y de negras tocas. Quiso protestar; pero no tuvo voz ni valor para ello.

La primera noche que pasó en el convento tuvo calentura y pesadillas horribles, en las cuales giraron en su cerebro las pálidas caras de ojos mortecinos, desabrido sonreir y glacial aspecto. Aquel andar suave y vagoroso por los cláustros y coro sin que se sintieran los pasos infundíale más pavor que respeto. El susurro de sus apagadas voces, semejante al gotear de una fuente lejana, le hacía temblar. Pero los días pasaron y aquella primera impresión penosa se calmó, llegando el inocente niño á ver sin miedo á las religiosas y á considerarlas como unas señoras muy buenas, infinitamente mejores que cuantas hembras de una y otra clase había visto en su corta vida.

Pepet se adiestraba en su oficio bajo la dirección de un sacristán suplente traido para aquel objeto de Nuestra Señora del Cláustro, hombre sesudo y riguroso, á quien llamaban por apodo Fray Tinieblas. De seguro habría tratado mal al neófito por envidia de sus altos destinos sacristaniles, si las monjas no lo impidiesen, manifestando al chico la protección más decidida.

Los conocimientos y la práctica de Pepet adelantaron rápidamente, y la madre abadesa, que desde el coro atisbaba los primeros trabajos del predestinado niño, decía para sí con gozo:

—Este tierno arbolito será digno sucesor de aquel tronco robusto que se llamaba José Armengol.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

A los dos meses de hallarse en San Salomó, presenció Pepet un espectáculo que produjo en su alma sensaciones muy hondas y patéticas. Era un día de gran solemnidad. La iglesia resplandecía como un ascua de oro, siendo tantas las luces, que él solo recordaba haber encendido más de doscientas. Debía correr la estación primaveral, porque los altares estaban llenos de frescas y olorosas flores que embriagaban el sentido. Llenábase la estrecha nave de fieles, que pugnaban por hallar un hueco y se estrujaban unos contra otros. El señor obispo, acompañado de un mediano ejército de canónigos y racioneros, había subido al altar mayor y entrado en la sacristía. Deslumbradoras ropas llenas de encajes, oro, pedrerías, cubrieron los encorvados hombros, y sonaron en el coro melodiosos cantos de órgano combinados con la dulcísima voz de las monjas. Pepet miraba y oía con embeleso sintiendo su alma en estado de arrobamiento y exaltación, porque su fantasía simpatizaba de un modo extraordinario con las cosas solemnes, ruidosas y misteriosamente bellas.

Pero el estupor del sacristán en ciernes llegó á su colmo al ver que entre la fila de monjas arrodilladas en la delantera del coro apareció una joven de sorprendente hermosura. Vestía las fastuosas ropas del siglo que jamás había visto él en tan lóbregos sitios. Lujosas pedrerías adornaban su garganta y orejas, y sobre sus hombros caían con admirable majestad y gracia los más hermosos cabellos negros que se podían ver en el mundo. Su divino rostro estaba tan pálido como la cera de la encendida vela que en la mano sustentaba. No alzaba del suelos los ojos, no movía ni las cejas ni los descoloridos labios, ni las negras pestañas que velaban sus miradas como vela el pudor á la hermosura, ni parte alguna de su cuerpo. Parecía una estátua, una mujer muerta; pero que acababa de morir en aquel mismo instante y se conservaba derecha y de rodillas por milagroso don.

El obispo echó muchos latines, y todos echaron latines, incluso Pepet que también había aprendido sus latines sin saber lo que querían decir; y el órgano seguía cantando como una endecha tierna y dulce, semejante á canción de amores ó al acordado ritmo de flautas pastoriles en las soñadas praderas de la égloga. El pueblo gemía lleno de admiración ó quizás de lástima. Estaban todos en lo más serio de los latines, de la música y de los gemidos, cuando Pepet vió que rodearon á la hermosa doncella que parecía muerta; quitáronle sus joyas; arrancaron de su seno las flores que lo adornaban y que ni áun en el mismo tallo natal habrían estado más bien puestas, y después... Pepet sintió que la sangre ardía

(c) 2008 Ministerio de Cultura

en sus venas... oyó el rechinar de unas tijeras. ¡Horrible, feroz atentado! ¡Le cortaban los cabellos!... Los tijeretazos que arrancaban una tras otra guedeja, destrozaron el corazón del pobre rapaz... sintió que su alma minúscula se llenaba de una cólera sofocante, irresistible, volcánica, sintió una angustia mortal, y sin saber cómo, dió un salto y lanzó un terrible grito, diciendo:

—¡Brutos!... ¡pillos!

Hubo pequeña alarma, y le recogieron del suelo, porque había perdido el conocimiento. El obispo se echó á reir, y los demás también. Repuesto de su desmayo, Pepet salió de la sacristía donde le había metido Tinieblas. Desde aquel momento sintió que en su espíritu entraban de rondón muchas ideas nuevas, y que su conciencia empezaba á sacudirse y á resquebrajarse como un gran témpano que se deshiela. Oyó con indiferencia las palabras huecas de un canónigo que subiera al púlpito para suplicar á todas las jóvenes solsoneses allí presentes que imitaran el ejemplo de la gentil y noble doncella, que había dejado el regalo de su casa y el cariño de sus padres para desposarse con Jesús, aceptando la vida de humildad y de penitencia que estos celestiales desposorios traen consigo. La hermosa doncella que había tomado el velo era Doña Teodora de Aransis y Peñafort, sobrina del conde de Miralcamp.

Poco después de este suceso Pepet cayó gravemente enfermo de pertinaces calenturas; véase cómo. Las madres de San Salomó, que comprendían cuán necesitada de esparcimiento y de solaz es la niñez, permitían á su acólito que fuese todos los días á jugar con los demás chicos del pueblo, los cuales tenían costumbre de congregarse al filo del Mediodía en la ribera del río Negro, por ser este el sitio donde con más libertad se entregaban al goce de sus diabluras y al juego de tropa que era su mayor delicia. Allí organizaban ejércitos con espadas de caña y sombreros de papel; allí asaltaban formidables plazas, defendían castillos, se destrozaban á cañonazos (entiéndase pedradas) conquistando lauros inmortales y ganando gloriosísimas contusiones, tras de las cuales venía la zurribamba que en sus casas les administraban los enojados padres ó el maestro de escuela.

Al poco tiempo de darse á conocer Pepet en aquella sociedad militar, donde se estimaban en su justo valer las prendas del soldado, empezó á desplegar las más eminentes dotes. Tenía el condenado muchacho ese singular don de prestigio que aparece frecuentemente en la niñez como anuncio de una superioridad futura. Algunas veces desaparece, y los

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que de chicos fueron leones al crecer se vuelven pollinos. Pepet era atrevido, daba grandes porrazos, no perdonaba las faltas de disciplina, sacaba de su cabeza las más admirables invenciones en cuanto á plan de batallas y pedreas, y resolvía gallardamente todas las disputas ya fuesen personales ó de antagonismo entre los distintos cuerpos de ejército. A todo atendía con prudencia suma; por todo velaba; era astuto en las exploraciones, heróico en los encuentros, prudente en las retiradas, previsor en todos los casos. Si se trataba del aprovisionamiento de las plazas, nada se hacía sin Pepet, que al ver á sus bravos soldados faltos de vituallas, dirigía admirablemente el merodeo de frutas en las huertas del río ó el saqueo de una cabaña cuando estaban ausentes los dueños. Muchos palos y tirones de orejas ganaban todos á veces en estas guerreras trapisondas; pero las más veían recompensadas sus fatigas con el abundante esquilmo de las parras llenas de racimos, de los perales y de los melocotoneros.

Pepet no ascendió á general; lo fué desde el primer momento, porque su natural intrepidez y la energía de su caracter púsole desde luego en aquel elevado puesto, donde se habría conservado con asombro y orgullo de ambas riberas si no atajaran sus pasos gloriosos las calenturas. El río Negro, con sus verdosos charcos, era un foco de miasmas palúdicos. Muchos días pasó el chico entre la vida y la muerte; pero Dios primero y los cuidados de las buenas madres le salvaron.

Vivía el pobrecito general en compañía de Tinieblas en la habitación sacristanesca, pieza espaciosa y abovedada que estaba debajo del altar mayor. Había una puerta que comunicaba esta pieza con el cláustro del convento, y aunque la regla mandaba que esta puerta estuviera siempre condenada, y bien lo decían sus gruesos barrotes y candados, las madres la tenían abierta durante el día y por ella entraban en la vivienda de Pepet con ánimo de asistirle. Merecía disculpa y áun perdón esta falta cometida con fines tan caritativos. La madre abadesa y Sor Teodora hacían la buena obra con solicitud y piedad.

La convalecencia de Pepet fué muy larga y penosa. Estaba pálido y delgado como un cirio; sus ojos se habían agrandado tanto que parecía que ellos solos ocupaban la cara. Apenas podía andar, y la buena Teodora de Aransis y la excelente Sor Angela de San Francisco le sostenían cada cual por un brazo para que paseara un poco por el cláustro y la huerta en las horas de sol. Sentábanle en un banco y allí pasaba largos ratos con la mirada fija en el suelo, las manos cruzadas. Fortalecido al fin, buscaban las madres algo que le entretuviese, pues nada es tan

(c) 2008 Ministerio de Cultura

necesario á los muchachos enfermos y decaidos como un juguete ó pasatiempo cualquiera que les distraiga y alegre los espíritus. La madre Teodora, que en lo compasiva y generosa ganaba á todas las habitantes

de San Salomó, lo mismo que les superaba en gracia y belleza, le dijo un día hallándose con él en el cláustro:

—Pobre Pepet, siento mucho que no tengamos en la casa un mal juguete con que puedas vencer tu tristeza.

Pepet sonrió, mirándose en los hermosos ojos de la monja, que cual espejos negros le fascinaban:

—¿Qué deseas tú? Dímelo y veré si puedo proporcionártelo —añadió la religiosa con dulce bondad.—Tú estás muy triste... ¿qué deseas?

Pepet callaba, sin dejar de mirarla con una fijeza parecida al éxtasis. Interrogado de nuevo, murmuró...

—Yo deseo... sí, señora; yo deseo...

—¿Qué?

—Un tambor—repuso el chico con firmeza.

La monja se echó á reir.

—Ya sé que eres muy guerrero—dijo—pero en esta casa no tenemos nada de eso. Sería bueno que se oyera aquí ruido de tambores... Que se te quite eso de la cabeza, pobre Pepet... ¿Quieres que te haga un sombrero de papel y una espada de caña para que te pasees por la huerta como un general?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Sin esperar contestación, la de Aransis corrió á su celda con andar vivaracho, y al poco rato regresó, trayendo un sombrero hecho del papel que se usa para poner pastas al horno, y una espada de caña. Dando ambas prendas á Pepet, le dijo con orgullo:

—En un momento lo he hecho... ¿No es verdad que está bien?

Pepet no hizo movimiento alguno para constituirse en propietario de aquellos enseres marciales. Permitió que Sor Teodora le pusiera el gorro; pero sus ojos relampaguearon, y rechazó la espada diciendo:

—La espada que yo deseo no es de caña, sino de hierro.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

III

PEPET se curó por completo. Pasaron años y el muchacho crecía, y en el convento se desarrollaba placentera y sosegada la vida de las monjas. Con los años fué desplegando Armengol tan buenas aptitudes para aquel edificante servicio, que al fin quedóse solo y despidieron como inútil á su maestro fray Tinieblas, de Nuestra Señora del Cláustro.

Fiel á sus deberes, respetuoso con las madres, puntual en las ocasiones, celoso en los servicios, riguroso con los fieles, fanático por la religión, Pepet era un modelo de sacristanes. Su carácter adusto y reconcentrado, su trato más bien taciturno que amable, la aspereza de sus palabras no eran realmente defectos en aquel difícil puesto. Su formalidad era objeto de grandes alabanzas, y había olvidado los ruidosos juegos de su infancia. Jamás se le vió en tabernas ni en sitios malos, ni gastó palabra en disputas, ni dinero en francachelas, ni el tiempo en cosas frívolas, agenas al cuidado y custodia de su querida iglesia. De esta manera llegó á los diez y ocho años, siendo su salud perfecta, su vida triste y metódica, su castidad absoluta.

Era Pepet de cuerpo más bien pequeño que mediano, de enjutas carnes, complexión acerada y movimientos fáciles. Su rostro no tenía gracia alguna, á no ser la fijeza y vivacidad de la mirada, la cual, dotada de gran potencia, distinguía los objetos más lejanos con tanta seguridad que antes parecía adivinarlos que verlos. Sus cejas eran corridas y juntas, formando un ceño poco apacible y que á veces infundía miedo. Tenía la tez terrosa, los labios gruesos, buenos dientes, la barba rayada por una cicatriz que ganó en río Negro, y la frente ancha y rodeada de

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cabellos negros y duros como crines. Su cuerpo de una agilidad pasmosa no conocía dificultades para subir, encaramarse, deslizarse, saltar, escabullirse, doblarse y hacer los más estupendos equilibrios, como no sin susto podían observar todos los años las señoras monjas cuando se armaba el monumento.

Á los diez y ocho años ganó Armengol el nombre que puso en olvido el que le dieran en el bautismo. Fué este culminante suceso del modo siguiente. Ya se sabe que desde aquella feroz acometida que dieron los franceses de Napoleón al convento en 1810, perdió éste muchas cosas preciosísimas que en diversos órdenes atesoraba: en este número de joyas perdidas y jamás recobradas estaban las campanas. No tenía, pues, San Salomó en tiempo de Pepet Armengol más que un menguado esquilón que servía para dar los toques canónicos, llamar á misa y echar de tiempo en tiempo algún repiqueteo que era objeto de punzantes bromas en todo Solsona. "Ya suena el almirez de las madres„ decían, ó bien: "Hoy tienen fiesta las monjas cascabeleras.„ Un día que pasaba Pepet por la plaza, una mujer le dijo: "Adios, señor *Tilín*.„

Y desde aquel día cuando el joven iba solo y meditabundo como de costumbre por la calle de la Sombra, los chicos, escondiéndose detrás de una esquina y asomando la carilla burlona, gritaban: *¡Tilín, Tilín!*, y apretaban á correr enseguida para librar sus nalgas de la venganza del ofendido.

No se sabe cuál es la misteriosa ley que divulga los nombres postizos y los fija y los esculpe y les da una perpetuidad que en vano pretenden las sentencias más graves de los filósofos. No se sabe cómo fué; pero ello es cierto que desde entonces Pepet Armengol no tuvo otro nombre que Tilín, y Tilín se llamó toda su vida.

No se sabe tampoco cómo penetran en los conventos las noticias, las novedades y áun las hablillas y picardihuelas del mundo; pero es lo cierto que penetran, sí, en aquellos santuarios de recogimiento y ascetismo, porque para la atmósfera moral como para la física no se conocen puertas. Una tarde detuvo á Pepet en el cláustro la madre Teodora de Aransis, á quien él tributaba desde su enfermedad culto ardentísimo de gratitud y admiración. Sonriendo le dijo la buena religiosa:

—Tilín, dame un poco de cera para pegar unas flores. ¿Qué haces, Tilín?... ¿No oyes lo que te digo?... Anda pronto, Tilín.

Desde este momento Pepet se resignó con su nuevo bautismo.

El capellán de San Salomó, hombre instruido y amigo de las letras, había puesto particular cariño á su acólito y quiso enderezarle por el

(c) 2008 Ministerio de Cultura

camino de la iglesia docente. La tentativa no tuvo resultado y Pepet mostróse tan rebelde al latín, que Mosén Crispí de Tortellá diputó á su protegido como el más torpe y záfio de los hombres. No obstante Tilín cobró grandísima afición á los libros del capellán, y se pasaba largas horas en la excelente biblioteca de éste leyendo obras de historia, que eran las que sobre todo lo escrito le enamoraban. Reprendíale Mosén Crispí por su antipatía á los poetas y á los teólogos; pero Tilín, firme en sus gustos como todo aquel que los tiene de veras y desconoce el capricho, estrechaba más y más su exaltado consorcio con Plutarco, Solís, Tito Livio, Masdeu, Mariana y todos aquellos que hablaran mucho de guerras, trapisondas, matanzas, heroicidades, asaltos y acometidas.

Durante aquel tiempo hízose su caracter más sombrío y taciturno y empezó á padecer tan lamentables distracciones que las madres le dieron quejas acerca de ciertos detalles en el servicio de la iglesia. Durante tres, cuatro ó quizás cinco años (pues no hay gran exactitud en las fechas anteriores á la presente historia) prosiguieron las horas taciturnas de Tilín, así como los quejumbrosos murmurios de la madre abadesa y los fruncimientos de cejas de Sor Teodora de Aransis á causa del mal servicio. Ésta solía amonestarle suavemente en tono de madre á hijo, aunque la diferencia de edad entre ambos no pasaba de diez años que debían cargarse en la cuenta de la siempre hermosísima monja; y un día que halló coyuntura para decirle cosas que há tiempo meditaba, le habló en la huerta de esta manera:

—Tilín, tu conducta no es la de un buen sacristán, no es tampoco la de un hombre agradecido. La madre abadesa ha dicho que si sigues descuidándote en el servicio de la iglesia se verá precisada á ponerte en la calle.

Tilín se extremeció y con muestras de espanto repuso:

—¡Me echará la señora!

—No lo sé... quizás no. Yo espero que te portarás bien.

—¡Portarme bien!—exclamó Tilín con sarcasmo—¿y qué llaman portarme bien?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Hacer todas las cosas al derecho y no equivocarse en la misa, y tener bien limpio todo el metal, y no dejar la mitad de las luces sin encender, y hacer todo como lo hacía el buen Tilín de otros tiempos, que era como un oro, cuidadoso y puntual.

—El otro Tilín...—murmuró Pepet como si estuviera lelo.—¡Ay! aquel era un niño y yo soy un hombre.

—¡Un hombre! ¡Ah! ¿por qué no completas la idea? ¿por qué no dices "un ambicioso„?

—Señora—afirmó Tilín con súbita energía que asustó á la hermosa monja.—Yo sacristán es lo mismo que el Demonio con casulla... Se acabó, se acabó...

—¡Ah, tunante!—replicó Teodora de Aransis con emoción.—De ese modo tratas á las pobres monjitas que te han criado? ¡Qué ingratitud!...

—Señora, yo no sé lo que digo—manifestó Pepet pasando la mano por su ancha frente, semejante á una convexa placa de bronce rodeada de crines.—Hace tiempo que me siento como loco, tonto, maniático ó no sé qué... Yo no puedo olvidar lo que debo á las buenas madres... yo no quiero dejar esta casa; pero yo quiero... yo deseo probar que Tilín sirve para algo más que para sacristán de monjas.

—Tilín, tú eres un ambicioso, un alucinado, un pecador que está sediento, sí, con la abrasadora sed del mundo—dijo la madre tomando tanto interés en aquel tema que sus mejillas se tiñeron de ligero rosicler.—Tú estás dominado por Satanás que te quiere arrastrar al mundo. al pecado. Tu alma se pierde, Tilín; que se pierde tu alma... Cuidado, detente, cuidadito, hijo mío... Por ser ambicioso como tú, un hermano mío á quien quise y quiero con toda mi alma, ha sido muy desgraciado, Abandonó la casa de mis padres, metióse en las bullangas del mundo y hoy le tienes emigrado, pervertido por el jacobinismo. Es al mismo tiempo el amparo y el tormento de mi anciana madre.

Cruzó las manos como si suplicara y parecía que de sus enrojecidos ojos iban á salir lágrimas.

—¿Qué deseas tú, qué quieres?—añadió.—¿Cuál es tu ambición? ¿Quieres ser rico, quieres ser poderoso?

—No.

—Si no estuvieras en esta santa casa ¿qué posición, qué oficio elegirías tú?

Tilín irguió su cabeza, y echando lumbre por los ojos exclamó prontamente:

—El de soldado, el de guerrero.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Ah!—exclamó burlonamente Sor Teodora de Aransis, arrancando unas hojas de sándalo y oliéndolas.—¿Con que lo que te gusta es matar gente?... ¡Bonito oficio! ¡Oh! se puede ser guerrero y santo al mismo tiempo. Ahí tienes á San Fernando, á San Jorge, á San Luis. En el mismo cielo hay milicias angélicas de que es capitán el gloriosísimo San Miguel.

La expresión profundamente desconsolada del rostro de Pepet indicaba que no era su deseo figurar en las milicias del cielo, sino en las de la tierra.

—Yo soy un desgraciado que delira despierto—murmuró con desaliento.—Si usted me promete no reirse, yo le contaré todo lo que pienso y siento, cosas que ciertamente la maravillarán, haciéndole sentir por mí... no sé si diga interés ó lástima.

—Quizás las dos cosas. Ya te escucho.

La monja se sentó en un banco de piedra. Pepet en una carretilla de trasportar tierra.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

IV

No, señora—dijo Tilín—no tengo vocación para la Iglesia ni para estar metido entre monjas. Desde muy niño, y cuando andaba solo por los montes de Cadí saltando de peña en peña y descolgándome por los precipicios y trepando á los picachos y metiéndome en las cuevas donde se esconden las bestias feroces y vadeando torrentes y rompiendo jaras y malezas como el jabalí que se abre paso con los dientes; desde entonces, señora madre, yo no tenia más que un pensamiento... ¿cuál? pues meter ruido en el mundo. Me parecía que yo estaba destinado á hacer trastornos, á luchar... y vencer se entiende; todas mis trapisondas habían de concluir con vencer, poniendo bajo mis piés á los pillos que no habían querido reconocer mi grandeza.

La monja sonreía.

—Ya sé que la señora se reirá de mí. Es natural; ¡cosas de chiquillos! Dicen que todos los chiquillos sueñan como yo soñaba, aunque cada cual según sus gustos; aquel sueña con verse obispo echando bendiciones, el otro con verse en un teatro representando comedias. Á mí nunca me dió por tales simplezas, sino por arremeter espada en mano contra mucha gente y destrozarla y poner mi ley sobre todas las leyes... Después he ido conociendo bastante el mundo, y á veces me he reido un poquillo, como la señora se está riendo ahora... Pero ¡qué triste es reirse uno mismo de sus propias cosas, de todo aquello que ha soñado y visto en la niñez!... Muchas cosas que eran grandes se han vuelto chicas delante de mis ojos... Yo he crecido, yo he llegado á hombre y todavía sueño. No, no nací yo para estar metido entre monjas. Yo vivo con dos vidas,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

la del sacristán y la del guerrero; con la primera enciendo velas, ayudo á misa, fregoteo plata, toco la campana; con la segunda mando ejércitos, conquisto plazas, allano ciudades, destruyo pueblos, aplasto tronos, conduzco á los hombres como rebaños de carneros, quito y pongo fronteras, todo esto sin dejar de ser el mismo Tilín de siempre, sin enfatuarme en mi persona, ni gastar lujo, ni probar más alimento que el de los campos de batalla, un pedazo de carne y un vaso de vino, durmiendo sobre el suelo con una cureña por almohada, escribiendo mis órdenes sobre un tambor; siempre valiente, señora, y siempre sencillo, que es la manera de ser siempre grande.

Sor Teodora de Aransis miró á Pepet de un modo que revelaba tanta curiosidad como admiración. Después, expresándose maquinalmente como el corista que repite una fórmula litúrgica, dijo:

—Vanidad de vanidades.

—Á veces he creido que estas vidas, señora, venían la una de Dios nuestro padre, y la otra del Demonio malo que inventa tantas picardías para perdernos. Pero no; Satanás no tiene nada que ver en esto. Dios es el que me ha puesto este fuego dentro de mí. Hay cosas que no pueden venir más que de Dios: eso se conoce, sí, lo conozco en que cuando pienso en las guerras, todo mi afán de revolver y de alborotar en el mundo tiene el objeto de hacer justicia y castigar á los bribones, y poner sobre todas las cosas la religión, y sobre todos los hombres al mismo Dios.

La madre se quedó meditabunda con la mejilla sostenida en la palma de la mano y balanceando el cuerpo hacia adelante. Ya no decía "vanidad de vanidades„ sino:

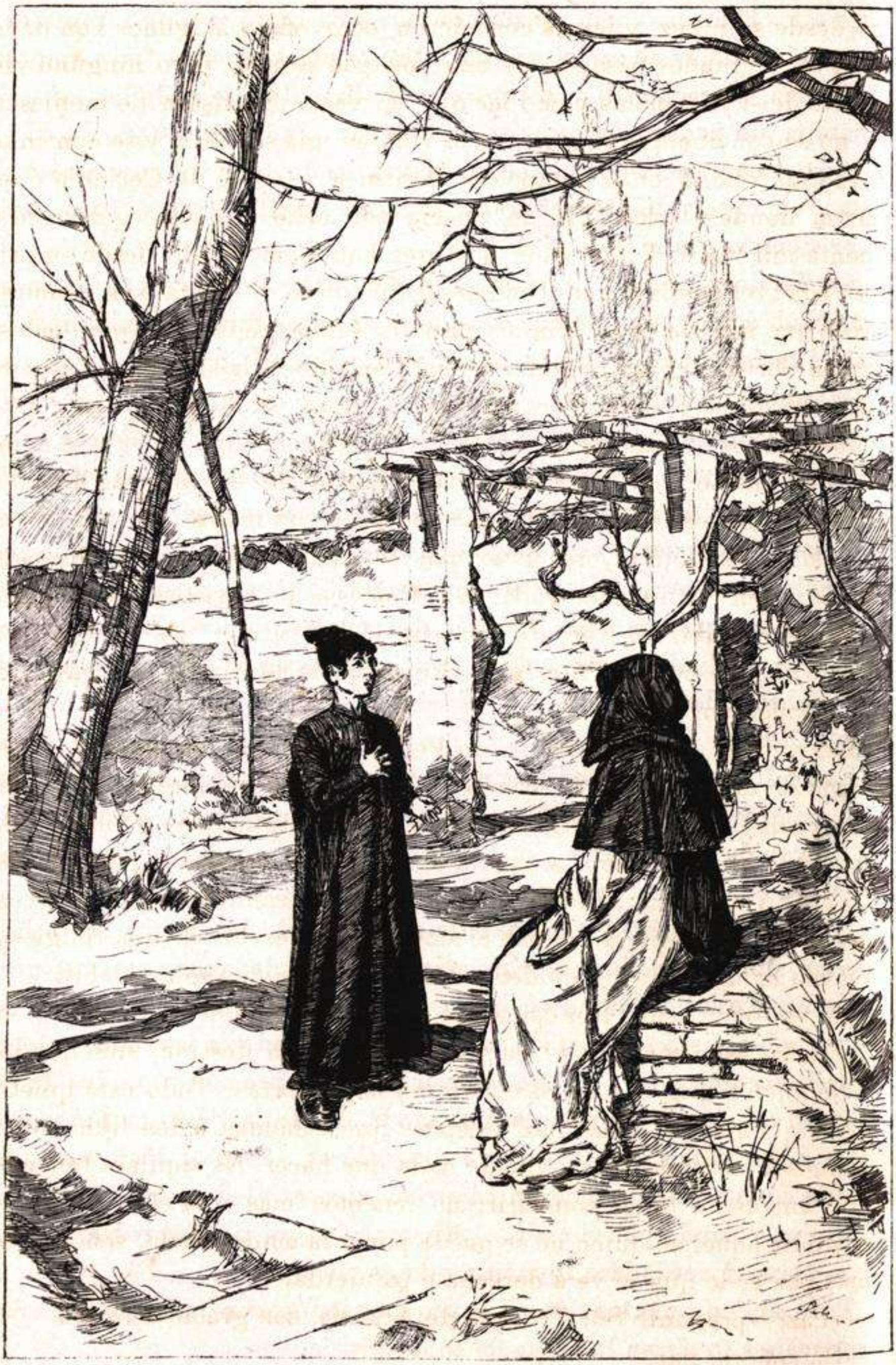
—Vaya con Tilín... vaya con Tilín.

—Dios—añadió éste—fué quien me llevó á la biblioteca del señor capellán, donde los libros de historia acabaron de enloquecerme, presentándome escrito lo que yo había supuesto, y ofreciéndome vivo lo que yo había visto soñado. De tanto gozar, yo padecía leyendo, señora. Figurábame que era yo mismo el autor de tantas proezas y que las había realizado en otra época remota y olvidada. Yo decía: "Lo que fué podrá volver á ser, y tan hombre soy yo como César „ Pero al decir esto miraba mi sotana y caía como un pájaro á quien una bala parte el corazón cuando va volando por el cielo... ¡Mi sotana! Aquí tiene usted el Demonio, señora; el verdadero Demonio mío es mi sotana.

Tilín dió un puñetazo en el banco de piedra, con tanta fuerza cual si sus manos tuvieran la culpa de su desgracia.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Sí, señora—añadió—yo llamo el Demonio á este perro destino mío que me ha puesto en situación de no poder ser nunca nada. ¡Un sacristán



(c) 2008 Ministerio de Cultura

de monjas! No; en todo lo que he leido no he visto que ninguno de los grandes guerreros fuera en su juventud lo que yo soy. Ó nacieron en el trono ó entre la nobleza, y los que nacieron en el pueblo fueron soldados desde su niñez y jamás conocieron otro oficio. Algunos han dado saltos muy grandes pasando de una posición á otra; pero ninguno vió delante de sí distancias como las que yo veo... ¡Sacristán de monjas!... No, no se concibe que se empiece la vida en una sacristía y se continúe en el Capitolio, ó en el campo de Mantinea ó en el de Cerinola ó en Narwa, donde Carlos XII de Suecia con ocho mil suecos derrotó á ochenta mil rusos. Todos esos hombres han demostrado desde su primera edad el destino que Dios les había dado, y hasta sus nombres parece que son los más propios para la inmortalidad. Epaminondas, Hernán Cortés, el gran Federico no habrían sido nada si hubieran estado donde yo estoy y se hubieran llamado como yo me llamo. ¡Ay! este nombre mío es mi muerte, mi esclavitud. Paréceme que tener este nombre es lo mismo que estar encerrado dentro de un arca de hierro ó debajo de una losa enorme. Dígame usted, señora madre, con toda franqueza si no es así. ¡Ay! ¿cree usted que Hernán Cortés habría conquitado á Méjico si en vez de llamarse Hernán Cortés se hubiese llamado Tilín?... No, yo no concibo un libro de historia que se titule: "De la conquista de tal ó cual reino por Tilín I„, ó "Relación de la batalla que ganó Tilín al emperador Fulano.„

Las quejas amargas del pobre Pepet revelaban juntamente con la energía de una vocación entusiasta, el candor más extraordinario. Aquel cachorro de león que mostraba la garra, tenía aún la boca teñida con la leche de la leona madre. La monja le miraba atentamente y mirándole revolvía en su cabeza atrevidos y desusados pensamientos que rara vez, como no sea en España, ocupan el amodorrado cerebro de una religiosa. No decía nada por temor de decir demasiado con una sola palabra.

—Y yo—continuó Tilín con acento de desesperación—no sólo veo en mí grandes estorbos para el cumplimiento de mi destino, sino que los veo también fuera. Ya en el mundo no hay guerras. Todo está quieto. España quiere paz y más paz. Después que echamos á los franceses y quitamos á los liberales, no queda nada que hacer. Ni siquiera tenemos un rey intruso á quien combatir: no tenemos más que el legítimo, el verdadero, aquel en quien no se puede poner la mano. Nada, señora, paz y más paz es lo que se ve á derecha é izquierda.

—¿Paz?—preguntó Sor Teodora de Aransis, con graciosa ironía.

—Sí, señora, paz.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Pues yo no la veo.

La monja irguió su hermoso cuello, moviendo su cabeza y arqueando las cejas con expresión enteramente mundana.

—Yo no veo sino guerra—dijo después de una pausa, durante la cual miraba delante de sí, como se mira á un espejo.

—¿En dónde está esa guerra?

—En España.

—¿En España? No hay guerra por ahora.

—Pero la habrá—afirmó Sor Teodora con aplomo.

--¿Por qué motivo? ¿No tenemos Rey? ¿Acaso podrán levantarse otra vez los liberales?

—No se levantarán. Pero los masones tienen minado el trono.

—¡El trono!—exclamó Pepet lleno de confusión.—Es el más seguro del mundo.

—Tal vez no.

—¿No tenemos gobierno absoluto?

—Á medias; gobierno con puntas de masónico, que no se decide á poner la religión por encima de todo... Veo que no entiendes una palabra, Tilín. Nosotras que jamás salimos de esta casa, conocemos lo que pasa en el mundo mejor que tú. En la biblioteca del padre capellán no aprenderás sino cosas muertas y pasadas para siempre. Voy á explicarte lo que ignoras, fiando en tu discreción y en el respeto que me tienes. Has de guardarme el secreto, porque esto no lo saben aún sino pocas personas.

Tilín prometió á la señora ser más reservado que un sepulcro, y con tal declaración, ella cobró ánimos para hablar de este modo:

—Te equivocas grandemente al suponer que tendremos paz. No, hijo mío; guerra, y guerra muy empeñada y tremenda nos aguarda. Todo está por hacer: con la derrota de los liberales no se ha conseguido casi nada; todo está, pues, del mismo modo; la Religión por los suelos, la Inquisicion sin restablecer, los conventos sin rentas, los prelados sin autoridad. Ya no tenemos aquellos gloriosísimos días en que los confesores de los reyes gobernaban á las naciones; se publican libros que no son de Religión, ó le son contrarios; en pocas materias se consulta al clero, y muchas, muchísimas cosas se hacen sin contar con él para nada. ¡Qué vergüenza! Es verdád que no hay Córtes; pero hay Consejos y ministros que son todos seglares y carecen de la divina luz del Espíritu Santo. No gobiernan los liberales, es verdad, pero ello es que sin saber cómo, gobierna algo de su espíritu, y las sectas, las infames sectas ma-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

sónicas no han sido destruidas. El ejército, que se compone absolutamente de masones, no ha sido disuelto y desbaratado, y en cambio están sin organizar los voluntarios realistas. Mil novedades execrables han subsistido después de aquella horrorosa tormenta, y en cambio no funcionan ya las comisiones de purificación que habían empezado á limpiar el reino. ¡Cuánta ignominia! Es verdad que se han concedido mercedes al clero; pero los primeros puestos los han atrapado los jansenistas, y están en la oscuridad hombres que pelearon con la lengua y con la espada, en el púlpito y en los campos de batalla. Andan sueltos muchos, muchísimos que fueron milicianos nacionales y asesinos de frailes y monjas, y la masonería se extiende hasta el mismo trono, hasta el mismo trono, Tilín.

Absorto, anonadado estaba el sacristán oyendo aquellas graves razones que la monja decía con firmeza y devoción, añadiendo á su elocuencia para hacerla más seductora las gracias de su persona. No desplegaba sus labios Pepet y oía la voz de la dama cual si ésta fuera un angel de Dios que había bajado del cielo con un recado para los hombres.

—Ese trono que tanto ha costado—prosiguió la madre con brioso entusiasmo—que fué preciso defender primero de los franceses y después de los liberales, no satisface las aspiraciones de nuestro católico reino. La Religión no ha triunfado todavía, y es preciso que la Religión triunfe. Santiago, nuestro glorioso patrón, no ha de permitir que sus escuadrones estén mano sobre mano. Lo que se puede hacer, ¿por qué no se hace? Contra la masonería, que es el gobierno de Satanás, se levantará la Religión, que es el gobierno de Dios. Todo lo que se opone, ó si no se opone estorba al triunfo de la Fé caerá, y si lo que estorba es un trono, caerá también. Veo que te asombras, Tilín; veo que te espantas.

—No, señora, no; Tilín no se asusta de nada que sea caida de cosas altas y enormes, hundimientos y choque de unas gentes con otras, sorpresas terribles, cataclismos y erupciones de la rabia humana... Pero yo no creía, no sospechaba que los derechos de nuestro Rey, tan deseado y querido, pudieran ser puestos en duda.

—Culpa será de quien no ha sabido seguir el camino que le trazó la divina Providencia—replicó vivísimamente la exaltada monja.—¿Tú no sabes que hay un príncipe insigne, ferviente católico, amante de su pueblo, fiel cumplidor de los preceptos de la Iglesia, y que hasta en sus menores actos demuestra que vive para la Fé y por la Fé? Ese príncipe santo se rodea de los varones más sabios, de los prelados más virtuosos, de clérigos previsores y de seglares devotísimos; ama la Religión sobre

(c) 2008 Ministerio de Cultura

todas las cosas, y para él la Religión está sobre todo lo humano, y sobre pueblos y reinos y monarquías; ese príncipe confiesa y comulga todas las semanas, dando así una lección á todos los príncipes de la tierra, y no se separa jamás de una imagen de la Inmaculada Concepción, que es su dulcísima patrona y consejera... ¿Quieres saber más?... ¿Necesito decirte más?

—Sí... sí—exclamó Tilín, que ya no tenía curiosidad, sino fiebre.

—La Religión debe triunfar, y para que triunfe es preciso que haya quien la defienda—dijo la monja asemejándose por su acento y su apostura á la Sibila Cumana.—Tú dices que habrá paz, y yo digo que habrá guerra, guerra cruel y reñida... Nada te digo respecto á tu vocación ni á tu destino. Tú sabrás lo que haces. Únicamente he querido probarte que las circunstancias no son tan impropias como creías... que los tiempos son para cosas grandes, ruidosas y heróicas, que la vocación guerrera no tiene hoy nada de trasnochada, y que un hombre puede llamarse Tilín y sin embargo...

Cambiando bruscamente de tono y levantándose, añadió:

—Pero si anochece... ¡qué tarde! Tilín, corre á tocar el *Angelus*... ¡qué dirá la madre abadesa si me ve aquí charla que charla!... Corre, hombre, corre... parece que estás lelo.

La monja se alejó apresuradamente. Tilín, inmóvil y con la vista fija en ella, la vió desaparecer bajo la arquería del cláustro, como una sombra que se difundía en la masa oscura de la noche. Lentamente marchó á la sacristía, y empuñando la soga del esquilón, tocó el *Angelus*. La campana, difundiendo su gangoso tañido por los aires mucho más allá de Solsona, hasta los montes lejanos, parecía proclamar aquel nombre irrisorio que debía ser el nombre de un héroe, y gritaba con insistencia: Tilín, Tilín.

—¡Jesús, María y José!—exclamaba la madre abadesa.—¡Vaya un modo de tocar el *Angelus*! Tilín se ha vuelto loco. Parece que toca á rebato.

Y los vecinos decían: "Las monjas cascabeleras están tocando á fuego."

(c) 2008 Ministerio de Cultura

V

QUASCURRIERON muchos días (eran los de Marzo de 1827) sin que Sor Teodora de Aransis volviese á departir tan extensa y acaloradamente con el sacristán de San Salomó, y en éste se acentuaron más las distracciones y los descuidos, llegando á cometer faltas de servicio que eran escándalo de las madres y desdoro del culto. Pasaba á veces la noche entera en la ciudad, y su trato era por demás adusto y misantrópico.

Una tarde de Abril presentáronse dos damas en el locutorio. Era una de ellas hermosa por todo extremo, ricamente ataviada, con ademán un poco altanero y edad que podía sin gran seguridad suponerse entre los 35 y los 40 años. Vestía con lujo y sin remilgos, dando á entender que no la mortificaba ninguna cosa que diera realce á su belleza, tanto más cuanto que ésta iba necesitando auxilio para que no se conociera demasiado su occidente. Doña Josefina Comerford, pues este era el nombre de aquella histórica dama, era una belleza en decadencia; mas no por esto dejaba de ser magnífica como es magnífica una puesta de sol. La mujer que la acompañaba parecía servidora.

Después de esperar breve rato, descorrióse la cortina que tapaba la reja, y una voz dijo:

—¡Oh! Josefina... no me habían dicho que era usted... Voy á mandar que se le abra la puerta.

—Mande usted abrir y entraré—repuso Doña Josefina mirando al través de la reja sin ver nada.

Después dió algunos paseos por el locutorio con desenvoltura y muestras de impaciencia. Miraba al suelo, como miran los hombres cuando tienen un grave proyecto entre ceja y ceja.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Por fin una vieja criada del convento se presentó á ella, cerró la puerta del locutorio que daba á la calle, mandó á la servidora que esperase allí, y haciendo señas á Doña Josefina para que la siguiese, condújola por un pasadizo oscuro que iba á parar al cláustro. Desde allí no necesitó guía la de Comerford para dirigirse á la sala interior del locutorio, donde la aguardaban tres monjas.

Era la sala grande y no muy clara, á pesar de la blancura de sus paredes. Zócalo de pintados azulejos cubría hasta la altura de una vara la parte inferior de aquellas, y sencilla y añosa estera de esparto libraba los piés de la frialdad de los ladrillos. Un tríptico de relevante mérito y dos ó tres cuadros oscuros y muy borrosos en que apenas se distinguían el cordero de San Juan ó el caballo de San Martín ó el hábito de San Bernardo, por ser trozos pintados con blanco, compendiaban el interés iconográfico de aquella sala. En ella reinaba mortecina y difusa claridad roja producida por la trasparencia de las dos cortinillas encarnadas que cubrían las ventanas. Media docena de sillones y un gran banco que parecían ser las obras más ingeniosas de la Inquisición, por lo duros, incómodos y rígidos, servían para martirio de los huesos. En uno de ellos se sentó la visitante después de saludar á las tres monjas una tras otra.

La claridad roja daba al rostro de Doña Josefina el aspecto de una llamarada en figura humana, con lo cual se avenía perfectamente el inextinguible ardor de sus palabras. Las tres monjas, encendidas también, y asemejadas en cierto modo á sanguinolentos espectros, ocupaban sus puestos con correcta simetría, haciendo honor á los sillones de nogal por la tiesura con que se sentaban en ellos. Trabóse al punto vivísima conversación en lengua catalana.

—Ayer esperábamos á usted—dijo la madre abadesa.

—No se puede, no se puede, señora—repuso la de Comerford. Van los negocios muy atrasados. Acabo de llegar de Berga y apenas he tenido tiempo para vestirme... Debo salir esta noche misma para Manresa; el tiempo es corto. Diré en pocas palabras lo que tengo que decir y hasta otro día.

—También nosotras seremos breves—indicó la madre abadesa moviendo un brazo.—Ante todo, díganos usted... ¿Es cierto que han sido ahorcados Planas y Lloret?

—Cierto es que la serpiente nos ha herido á dos de nuestros bravos leones—dijo la de Comerford con vehemencia.—Pero todo no puede ser flores. Ha de haber muchas víctimas y no pocos mártires. Si no los

(c) 2008 Ministerio de Cultura

hubiera no sería tan santa nuestra causa... Las partidas que hoy existen no tienen más objeto que ir tanteando á los pueblos en los límites del Principado. Más adelante se verá quién es Cataluña. Ahora lo que nos importa es que la empresa no se malogre por precipitación. De eso nos ocupamos, y si las órdenes se cumplen bien se conseguirá el objeto. Tenemos de nuestra parte muchas autoridades militares que se han vendido en secreto. Algunos sospechan que nos harán traición; yo no lo creo. Además, de Madrid vienen un día y otro las mayores seguridades de que tendremos apoyo en altas esferas. ¡Ay! aquella celosa Junta no se duerme en las pajas. Ha sabido unir todos los deseos en uno solo, y hoy, amigas mías, muchos personajes de aquí y de allá que tenían distintas opiniones piensan ya de la misma manera. El acuerdo es perfecto, puedo asegurarlo á ustedes, entre el arzobispo de Tarragona, el señor Miguel, vicecancelario de Cervera, el padre Barrí de Santo Domingo, el Sr. D. José Corrons, lectoral de Vich, el domero de Manresa, el guardián de Capuchinos de esta ciudad y el valiente entre los valientes nuestro indomable Jep dels Estanys. Las instrucciones que ha recibido de Madrid la Junta son precisas y resuelven todas las dudas que había en puntos muy esenciales; los escrúpulos de algunos se han disipado; el beneplácito de la Santa Sede es ya evidente y aún se tiene por segura la protección de la Rusia y de la Francia. ¿Qué tal? En el Palacio de Madrid se sabe todo lo que pasa aquí, y no se dará un paso por estas leales montañas que sea hijo del acaso ó del capricho, sino que todos, chicos y grandes nos moveremos con arreglo á un plan admirablemente concertado. ¡Oh! amigas mías, regocijémonos, entusiasmémonos con la idea de que esta tierra de cristianos tendrá al fin el verdadero gobierno cristiano.

—¡Loado sea el Señor!—exclamó la abadesa moviendo por igual los dos brazos.—Este acuerdo entre tales varones nos prueba que no obedecen al capricho ni á la fantasía, sino á una voz divina que en el interior de todos ellos ha sonado. La Virgen Santísima sea con ellos. Ahora bien, amiga querida, puesto que para gloria y salvación nuestra nos corresponde hacer algo en la medida de nuestras escasas fuerzas, en pró de la causa del Señor, aquí estamos aguardando las órdenes de la junta de Manresa, de la cual es usted órgano tan precioso.

—Á eso voy, amiga mía—dijo Doña Josefina acercando más su inquisitorial sillón al de las madres.—Primeramente, al dinerillo que ustedes tienen en depósito se unirá dentro de poco el que se está recaudando en esta diócesis de Solsona y parte del que vendrá de Madrid. Lo en-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tregará el señor deán de esta Santa Iglesia Catedral y ustedes lo darán á Jep dels Estanys, á Caragol ó á Pixola, prévia presentación de un vale reservado y en cifra donde se especificará la suma. También podrá usted recibir dinero del alcalde de Solsona ó dárselo. Aquí traigo la clave de la cifra y la explicaré para que no hallen dificultades.

Doña Josefina sacó un papel de su ridículo (porque Doña Josefina llevaba ridículo) y acercándose á las madres explicóles durante corto rato los signos y combinaciones que aquellas debían conocer. Después la simetría que se había alterado cuando se inclinaron en una misma dirección las tres señoras volvió á restablecerse.

—He comprendido perfectamente—dijo melífluamente la abadesa.—Se hará todo como lo mandan los señores. Dulcísimo es para nosotras prestar este concurso á obra tan insigne.

Era la madre abadesa señora muy redicha, como se habrá observado. Tenía buen fondo; pero el fanatismo le había sorbido los sesos. Lanzada por las bullidoras eminencias del país á los torbellinos de una odiosa conspiración, había llegado á olvidar el lenguaje sencillo, dulce y místico de las enclaustradas, adoptando un tonillo presuntuoso con puntas de diplomático, que era como un eco del charlar vehemente de la gran alborotada catalana Doña Josefina Comerford, la cual solía dar á la expresión de su fanatismo algo de la atropellada facundia de los clubs.

—Ahora, amigas de mi alma—manifestó Doña Josefina—ahora que todo lo material está preparado, falta tan sólo que se esgriman aquellas armas sutiles contra las cuales no pueden nada los más altos torreones ni la artillería más formidable: hablo de las armas de la oración. Yo, como pecadora, poco puedo alcanzar con mis preces; pero ustedes, amantísimas esposas del que da las victorias, del que con sus batallones de ángeles tiene á raya al Malo, pueden conseguir mucho. El auxilio de la devoción y la piedad es de gran precio. El señor lectoral de Vich dijo delante de mí á las clarisas de aquella ciudad: "Las lágrimas suplicantes de los débiles darán á los fuertes la victoria.„

La madre abadesa se inclinó de un lado cruzando las manos, en señal de la magnitud de su emoción, y entonces alteróse por completo la simetría del grupo. Al mismo tiempo dejóse oir una voz hueca, telarañosa, si es permitido decirlo así, una voz gastada y oscurecida por los años, la cual voz provenía, según todos los indicios, de la carcomida laringe de la señora monja que se sentaba á la derecha de la madre abadesa, y que hasta entonces había sido mudo testigo de la conferencia. Aquella voz dijo con lastimoso tono:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Oh! ¡si pudiera conseguirse tan alto fin con las oraciones!... Todos los lectorales de Vich y todos los prelados de la cristiandad no me convencerán de que la causa del Señor y el triunfo de su Fé hayan de conquistarse con guerras, violencias, brutalidades y matanzas. Doña Josefina ha hablado de las oraciones, como aprestos de guerras... Esos, esos solos deben ser los sables, los cañones y los fusiles de los regimientos de Jesucristo.

Alzando sus brazos, á que daban majestad las ámplias mangas blancas, la monja se animaba. Era una mujer anciana y cadavérica, cuyas palabras sonaban con no sé qué tono de prestigio y autoridad, como palabras salidas de la tumba.

Antes que la última sílaba de la anciana religiosa acabase de vibrar, oyóse en la sala una pequeña exclamación, una de esas ligeras inflexiones de voz que son como el preludio de una risa de desdén. Provenía este bullicio de la tercera monja, que aún no había dicho nada y estaba sentada á la izquierda de la madre abadesa. Sonó después la risa y luego estas palabras:

—¡Qué cosas tiene la madre Monserrat!

El delicioso y fresco timbre de la voz, la gracia de la entonación y el festivo reir indicaban claramente la persona por demás simpática de Sor Teodora de Aransis.

—Es lo que me quedaba que oir—añadió con desenvoltura. —¡Que las sectas y el imperio de los malos puedan derribarse con oraciones! ¡Que una nación invadida por herejes sea limpia por rezos de monjas!.. Decir eso es vivir en el Limbo. Bueno es rezar; pero cuando el mal ha tomado proporciones y domina arriba y abajo, en el trono y en la plebe, ¿de qué valen los rezos?... ¿Por qué tantos ascos á la guerra? La guerra impulsada y sostenida por un fin santo es necesaria, y Dios mismo no la puede condenar. ¿Cómo ha de condenarla, si Él mismo ha puesto la espada en la mano de los hombres, cuando ha sido menester? Nos asus-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tamos de la guerra, y la vemos en toda la historia de nuestra Fé, desde que hubo un pueblo elegido. ¿No peleó Josué, no peleó Matatías gran sacerdote, no pelearon los Macabeos y el santo rey David? Bonito papel habría hecho San Fernando si en vez de arremeter espada en mano contra los moros, se hubiera puesto á rezar, esperando vencerlos con rosarios. No es tan mala la guerra, cuando un apóstol de Jesucristo se dignó tomar parte en ella, con su manto de peregrino y caballero en un caballo blanco, repartiendo tajos y pescozones. La guerra contra infieles y herejes es santa y noble. ¡Benditos los que mueren en ella, que es como morir en olor de santidad! En el cielo hay un gran lugar placentero destinado á los valientes que han sucumbido peleando por Dios.

Sor Teodora de Aransis se agitó hablando de este modo, y sus bellas facciones tenían el divino sello de la inspiración. Atendían á sus palabras con muestras de asentimiento Doña Josefina y la madre abadesa; pero la madre Monserrat, dirigiendo una mirada rencillosa á la audaz defensora de la fuerza, rumió estas palabras:

—Hermana Teodora de Aransis, usted es una niña.

—Tengo treinta y dos años—repuso con brío la de Aransis, sin dignarse mirar á su contrincante.

—Y yo tengo setenta—afirmó ésta; —yo he visto guerras y usted no. Yo he visto las horrorosas calamidades de la guerra; yo he visto este santo asilo profanado, derribadas sus paredes á cañonazos y sus claustros y celdas invadidos por una soldadesca infame. ¡Todo lo envilece, sí, todo lo envilece! Yo ví caer el ala del Poniente y desaparecer hechas escombros tres celdas arriba y el refectorio abajo, quedando sólo en pié lo que llamamos la *Isla*, donde usted vive; yo ví á tres hermanas degolladas y á otras injuriadas horriblemente. Los pocos cabellos que tengo se erizan todavía en mi cabeza al recordar aquel día de Setiembre de 1810. ¡Vaya un día, Señor Dios sacramentado! ¿Cómo quieren que me entusiasme con la guerra? La aborrezco, le tengo miedo: el ruido de un tambor me hace morir... Esta buena Teodora de Aransis es una niña, piensa mundanamente á pesar de llevar algunos años dentro de esta casa, y tiene los espíritus muy levantiscos.

—No se trata ahora de soldados del infame Napoleón, señora—dijo Teodora burlándose.—Precisamente es todo lo contrario. Los soldados de la Fé no darán sustos á la asustadiza madre Monserrat.

—Todos los soldados son iguales y todas las guerras odiosas... Hay cabezas tan duras que no lo entenderán nunca.

—Y hay personas que jamás han tenido en su mollera ni pizca de

(c) 2008 Ministerio de Cultura

discernimiento—dijo Sor Teodora de Aransis con tono de sofocada ira.

—Y hay jóvenes que se olvidan del hábito que visten, renegando de la humildad y del respeto que se debe á las personas mayores—gruñó la madre Monserrat.

—Y hay espectros tan empingorotados y tan tiesos que hacen la oposición á todo, y con su cara de vinagre y su necio orgullo se hacen insoportables.

—Y hay monjillas tan casquivanas que se componen y acicalan dentro de sus celdas, cuando nadie las ve, y no pueden olvidar que en tiempos muy desgraciados han ido á bailoteos y teatros.

—Y hay madrazas de cara verde, del propio color de la envidia, que han vivido setenta años encolerizadas contra todo lo que valía más que ellas, criticando lo que les era superior.

—Y yo sé de quien tiene la lengua muy larga...

—Y yo sé de quien la tiene llena de veneno...

—Y yo...

—Paz, paz...—exclamó la abadesa, extendiendo á un lado y otro sus blancas manos.

—La madre Teodora es demasiado vehemente—dijo Doña Josefina guiñando el ojo á Sor Teodora,—y la madre Monserrat muy rigorista. Todo esto ha provenido de una opinión sobre las guerras. Yo creo también que la guerra es á veces necesaria y que Dios mismo la dispone. Hay santos del combatir como hay santos del ayunar. Pero no es esto motivo para que la madre Monserrat se enfade.

—Ni para que se altere la armonía que en estas casas debe reinar—expresó la madre abadesa con afectada unción.—En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que á todos perdonó, yo ruego á las dos hermanas que me oyen... sí, yo les ruego, como hermana y como superiora, que sofoquen al punto el rencor y se reconcilien dándose el ósculo de paz.

—Mi alma es incapaz de rencor—dijo la madre Monserrat.

—Yo perdono de todo corazón —murmuró Sor Teodora.

Se besaron. La vieja imprimió sus labios sobre las hermosas mejillas de la joven, y ésta contestó al beso fijando apenas sobre la seca piel agena sus frescos labios. Aquel besuqueo fué una ventosa contestada por una picadura. Doña Josefina después de repetir sus instrucciones se retiró.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

VI

A pesar de los preparativos, cuya importancia se daba á conocer por la actividad bullidora de Doña Josefina Comerford, pasaron los meses de Mayo y Junio en aparente paz. Cataluña parecía tranquila y desarmada. Solsona continuaba viviendo con aquella serenidad y monotonía que hacían las delicias de sus canónigos. La compañía medio organizada de voluntarios realistas y los pocos artilleros que prestaban el servicio militar dentro de los muros, más parecían figuras decorativas que soldados en la víspera de una batalla.

Cierto día de fines de Junio vió Solsona una cosa que dió mucho que hablar. Por la calle Mayor adelante iba Tilín vestido con el uniforme de voluntario realista. Su figura no era un tipo acabado de militar gallardía; pero él marchaba por la calle abajo con desenfado, aunque sin fanfarronería, indiferente á las hablillas que sus insólitos arreos suscitaban.

—Mejor le sienta la sotana—decían en los corrillos.—¿Á dónde va ese holgazán con media vara de cartuchera y un quintal de morrión?... Mírenlo... pues no va poco tieso... Todos los bordados del cuello y solapa, así como las charreteras y los cordones del morrión se los han hecho las monjas... Es el uniforme más guapo que hay en toda Solsona... Y diz que entra en el cuerpo con el grado de alférez... Si no hay como ser sacristán de las monjas cascabeleras para llegar pronto á general... No, mujer, no entra de alférez sino de sargento; pero como haya guerra, y dicen que la habrá, verás cómo sube más vivo que un águila, con el favor de las madres... Mírale, mírale, como pasa sin saludar á nadie...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

¡Condenado Tilín! ¡cómo se reirá de él la tropa! No habrá un solo voluntario que le obedezca.

Y siguieron los comentarios.

Así como la aparición de ciertas aves exóticas anuncia la proximidad de tempestades, aquella desusada vestimenta del sacristán de San Salomó anunció un acontecimiento que puso en grande zozobra y pasmo á la ciudad de Solsona. Era la madrugada, cuando el sueño de los pacífi-

cos moradores fué bruscamente turbado por estrepitoso ruido de tambores. Echáronse los vecinos de las camas, fueron abiertas todas las puertas y acudieron los voluntarios á la plaza, donde había ya un par de compañías, venidas, según después se supo, de Berga al mando del excarnicero *Pixola* (Don Narciso Abres). Un fraile, puesto en pié en medio de la plaza y entre la gente armada, hizo callar con solemne gesto á los tambores, y enderezó á los solsoneses una arenga diciéndoles que Cataluña se lanzaba á la guerra porque el monarca no gozaba de la libertad necesaria para gobernar el reino. ¡Qué pico de oro! Sin abandonar su tono de sermón, añadió que S. M. había expedido órdes reservadas autorizando el pronunciamiento é invistiendo de mandos militares á aquellos bravos y piadosísimos cabecillas, los cuales, ¡oh abnegación

(c) 2008 Ministerio de Cultura

evangélica! abandonaban sus hogares por defender la Fé de Cristo y el glorioso trono de las Españas.

Después que el fraile hubo desembuchado lo que en su mollera traía, volvieron á sonar los tambores, y los pelotones de voluntarios recorrieron la ciudad y la muralla toda en redondo como por fórmula de toma de posesión de la plaza y de su absoluto rendimiento á las tropas apostólicas. Los pocos soldados de línea se entregaron sin vacilar porque ya estaban concertados para ello; comenzaron á repicar las campanas, declaróse en rebelión el municipio y alguna que otra banderola hecha por manos enclaustradas subió agitándose y haciendo gestos á lo alto de un palo para anunciar á los pueblos vecinos la grata nueva.

Pixola publicó en seguida un bando disponiendo que se entregasen todas las armas, y que todos los oficiales indefinidos domiciliados en la ciudad y su término se presentasen inmediatamente en *esta comandancia general* para recibir órdenes. Obedecieron algunos por miedo ó porque simpatizaban con la insurrección, ó quizás porque estaban cansados de una vida oscura; pero otros contestaron á los emisarios de Pixola con insultos y bravatas, por lo cual enfurecido el cabecilla juró que haría una degollina de indefinidos si Dios no lo remediaba. El más reacio fué un coronel retirado, viejo, terco y realista por más señas, que tenía por nombre D. Pedro Guimaraens y por vivienda una casa solar á media legua de Solsona y á la opuesta orilla del río Negro.

—Dí á ese desollador de carneros—contestó al portador del mensaje—que si voy á Solsona será para arrancarle las orejas por bandido y ladrón, y que tengo aquí muchas armas, sí, muchas, para defensa del Rey y de la Religión, y que si él desea probarlas que se dé un paseo por acá con toda esa cuadrilla de sacristanes y salteadores de caminos.

Tal como lo oyó de los labios de Guimaraens se lo dijo el emisario á D. Narciso Abres, el cual bramando de ira se levantó de la mesa donde comía para ir en persona á castigar tamaña afrenta.

—Sosiéguese vuecencia—le dijo con calma Pepet Armengol que en la misma mesa comía, juntamente con otros dos jefes y el padre capellán de San Salomó, pues allí no había categorías.—Á ese espantajo de Guimaraens no se le conquista con amenazas. Yo le conozco bien, porque he ido muchas veces á llevarle recados de las madres... Ya sabe usted que una hermana suya está en San Salomó... Le conozco bién, y sé que es una oveja. Déjeme vuecencia ir allá, y verá cómo sin ruido ni amenazas sino antes bien con maña y tiento, le sonsaco las armas y le obligo á reconocer la autoridad que ha dado á vuecencia la Junta de Cataluña.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Me parece buena idea—dijo Mosén Crispí de Tortellá dando un golpe en la mesa con el vaso de vino después de vaciado.—Veamos el estreno de Tilín... Una hazaña, querido Abres, tendremos una hazaña, porque este Tilín ha leido mucho.

Pixola se echó á reir.

—No se tome esto á broma—añadió el capellán.—Tilín es amigo de Guimaraens, el cual es el mayor y más refinado glotón que ha comido perdices en todo el Principado... ¡Ah! señores; no sólo el pez muere por la boca; muere también el valiente por la misma parte. Guimaraens, que en una batalla sería más bravo que cien leones, no haría jamás lo que hizo D. Mariano Álvarez en Gerona, porque no tiene el heroismo del ayuno. ¿Saben ustedes cómo se conquista á ese hombre? Con la artillería de las monjas de San Salomó, cuyo ginovesado ha rendido ya muchas plazas... Dése esta empresa á Tilín, querido Abres, y verá usted qué victoria alcanza nuestro bravo rapavelas si, como creo, consigue de las madres un par de perdices en adobo, ó siquiera un mediano plato de esas natillas sin igual que no deben divulgarse mucho para que el género humano no se corrompa y enerve con las delicias de Cápua.

Pixola y los demás reían á carcajadas.

—Anda, hijo, anda—dijo Tortellá á su antiguo acólito dándole un pescozón.—Dile á la madre Purificación que se esmere... se trata de una gran conquista; se trata de ganar el nuevo Zaragoza.

—Puedes ir—indicó Abres al sacristán-soldado. ¿Necesitas gente?

—Tres hombres escogidos por mí.

—Toma los que quieras.

—Dentro de dos horas estaré de vuelta. Conozco la casa. El Sr. Guimaraens estará en la huerta fumándose un cigarro. No le faltará la compañía de los dos artilleros viejos y de los dos criados, y de la señora Badoreta... Vamos allá... la casa tiene dos puertas... en la huerta hay un ángulo... después se suben tres escalones... ya... ya... Vamos á hacer una visita de cumplimiento á casa del señor coronel.

Poco después Tilín pasaba el río por el puente de Llobera, acompañado de tres montañeses de la Cerdaña sin uniforme y con armas. En vez de tomar en línea recta la dirección de la casa de Guimaraens, que á la distancia de un cuarto de legua se destacaba sobre la verdura de un bosque espeso, caminaron á la derecha río abajo, y describiendo luego una gran curva, subieron hacia la montaña por extensa ladera de viñas y almendros. No tardaron en penetrar en el bosque, y allí con precaución y en silencio se acercaron á la casa. Por espacio de un cuarto de

(c) 2008 Ministerio de Cultura

hora estuvo Tilín cuchicheando con su gente. Subió después á un árbol, desde donde podía explorar la huerta, y vió á la señora Badoreta tendiendo ropa en el jardinillo delantero; Valentín, el más bravo de los dos veteranos, limpiaba el caballo y Suarez estaba regando las judías y poniéndoles tutores. No viendo por ninguna parte á los otros dos criados, supuso que estaban dentro de la casa. Bajando del árbol, dió Tilín sus órdenes á los que le seguían, repitiéndoselas hasta tres veces para que se les clavaran bien en la mollera; les señaló una ventana baja que desde allí se veía abierta; indicóles los puntos por donde podían escalar fácilmente la tapia, y después penetró solo en la casa.

Condújole la señora Badoreta al interior, no sin reirse de su chistosa metamórfosis, y al verse Tilín en presencia del Sr. de Guimaraens en la sala donde éste residía comunmente, oyó una carcajada de franca burla, seguida de estas palabras:

—Tilín, Tilín de todos los demonios... ¿Con que es cierto que te has echadc á militar? ¡No he visto en mi vida mamarracho semejante! ¡Hombre, vuélvete de espaldas para verte por detrás!... ¡Y tienes bayoneta!... ¿Cómo no te han dado fusil esos pillos? ¡Serías capaz hasta de hacer fuego con él!... ¡Vaya con Tilín!... Hombre de Dios, pues es verdad que así, así, con esa albarda, nadie diría que eres sacristán... ¡Qué demonio! si ayudas á misa con esa facha, te juro que he de ir á verte. ¿Y qué dicen las reverendas?

—Las señoras no tienen novedad—repuso Tilín secamente.

—¿Me traes algo de parte de ellas?... Vamos, tú nunca has venido á mi casa con las manos vacías.

El Sr. Guimaraens era un tipo militar de los de la guerra del Rosellón, viejo, sin barba ni bigote, con el blanco pelo un poco largo, cual si no hubiese renunciado aún á ponerse coleta. Aunque anciano era fuerte y membrudo y tenía la presencia majestuosa, la talla corpulentísima, el semblante agraciado y noble. Era hombre muy devoto y realista ferviente aunque no de los furibundos; y cuando Tilín se presentó á él estaba sentado en su lustroso sillón de cuero, leyendo la vida del santo del día, costumbre piadosa á que no había faltado en treinta años. Era célibe y vivía en compañía de dos viejos, leales camaradas de sus campañas allá en los tiempos del general Ricardos y ora asistentes que parecían amigos. Un pinche, un mozo de cuadra y la señora Badoreta, famosa en el cocinar y antaño criada en San Salomó, completaban la familia del pacífico veterano.

Vió con desconsuelo que Tilín no traía consigo cesta ni bandeja cu-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

bierta con la blanquísima servilleta monjil, y dando un desconsolado suspiro le dijo:

—Esas señoras reverendísimas, ocupadas de la insurrección, han dejado apagar los hornillos. ¡Qué pícaras! Siéntate, Tilín, hablaremos un poco y echarás un cigarro.

—Gracias, señor, tengo que marcharme pronto—dijo el voluntario dando un paso hacia él.

—¿Entonces á qué has venido?

—A traer á usted un recado.

—¿De las monjas?

—De las monjas, sí, señor.

—¿Qué quieren esas señoras mías?

—Que me entregue usted inmediatamente todas las armas que tiene en su casa, y que se venga conmigo para ponerse á las órdenes de Pixola.

Dijo esto Tilín con tal osadía y aplomo, que Guimaraens se quedó perplejo por un momento; pero al punto recobróse, y tomando el caso á risa, como era natural, empezó á batir palmas. Reía con estrépito, echado el cuerpo hacia atrás y apretándose los ijares.

—¡Bravísimo, deliciosísimo, señor sacristán!—exclamó poniéndose como la grana de tanto reir.—Dí á tus amas que me he reido de la gracia hasta morir... ¿Con que armas?... ¡Bendito sea Dios! ¡Pobre Tilín!... Me dan ganas de abrazarte por el gusto que me das. Eres un mamarracho... pero eres chistosísimo... y con esa casaca... y esos humos de general... ¿Con que mis armas? Pide por esa boca, monago.

Guimaraens dejó de reir, porque vió á Tilín trasformado de súbito. El rostro del voluntario realista estaba lívido, sus ojos centelleaban y su mano convulsa mostraba una pistola. Fiero é imponente el monago, exclamó:

—No he venido aquí á hacer reir.

—¿Miserable, qué haces?—dijo Guimaraens levantándose y poniéndose á la defensiva.

—Saltarle á usted la tapa de los sesos si no me obedece.

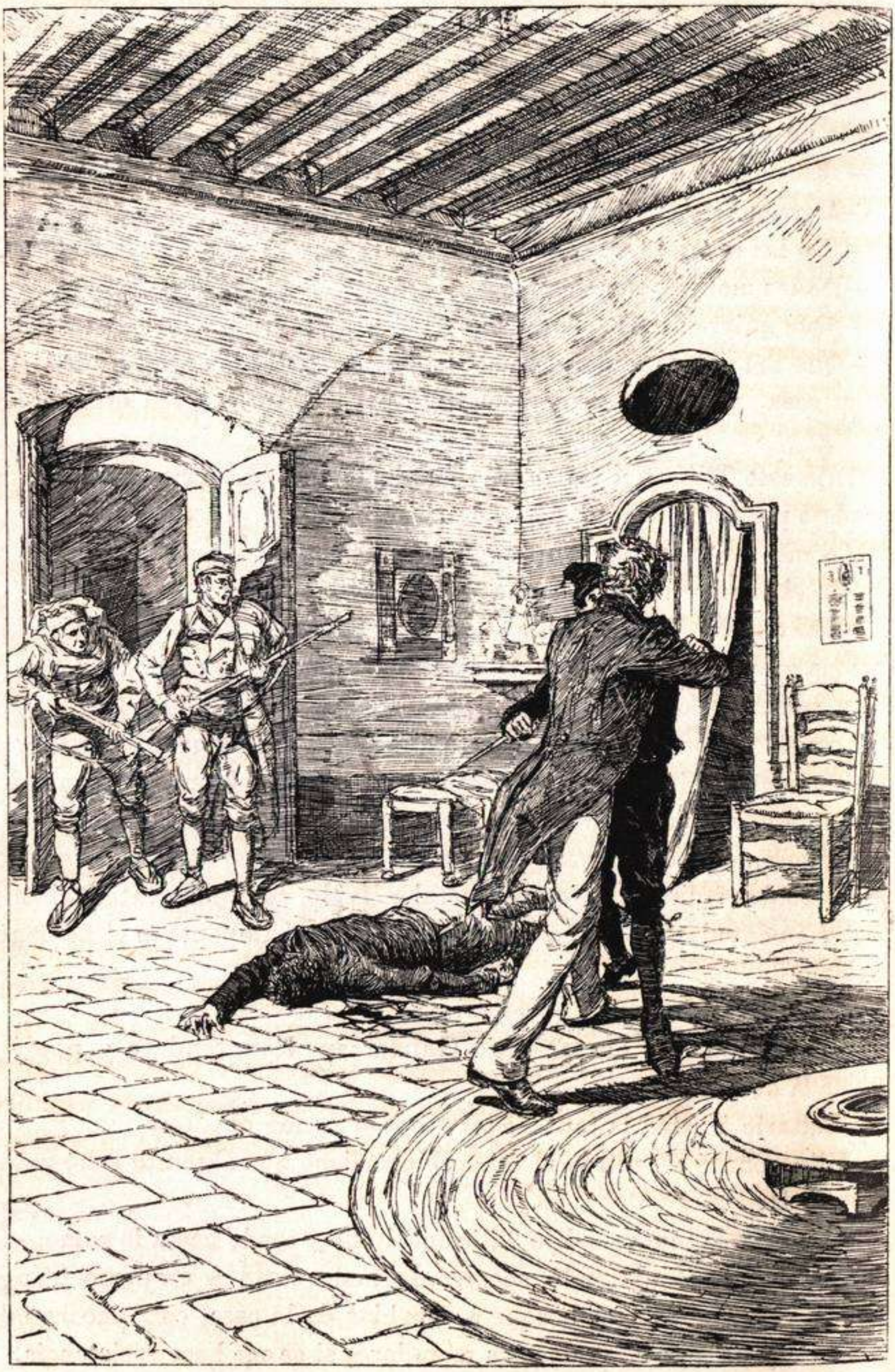
Tilín apuntó al rostro del venerable anciano que al punto echó mano á una silla.

—Si usted se mueve—dijo Tilín intrépido y osado hasta lo sumo,—si usted da un grito pidiendo socorro, le mato como á un perro. Tengo cuarenta hombres en el bosque á espaldas de la casa, con encargo de arrasarla y de matar á todos sus moradores si se me hace resistencia.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Ratero!—gritó furioso Guimaraens—¡qué has de tener tú!... ¡Hola, Valentín!... ¡Suarez!

Al punto apareció despavorido un hombre, un jovenzuelo. Oyéronse



(c) 2008 Ministerio de Cultura

dos disparos en la huerta y los gritos de la señora Badoreta que exclamaba: ¡ladrones! El joven abalanzóse á la defensa de su amo; pero Tilín, rápido como el pensamiento, guardóse las espaldas apoyándose en un alto ropero y disparó sobre el criado, que cayó muerto sin exhalar un grito. Guimaraens al ver desarmado á Tilín que arrojara al suelo su pistola, arremetió á él como un león. Pero recibióle Pepet con un puñal, sin que por esto se acobardase el veterano. Trabáronse estrechamente de manos, y después de una lucha breve y terrible, en la cual Armengol se esforzaba en defenderse de su enemigo sin herirle, apareció bañado en sangre uno de los tres montañeses de Pixola.

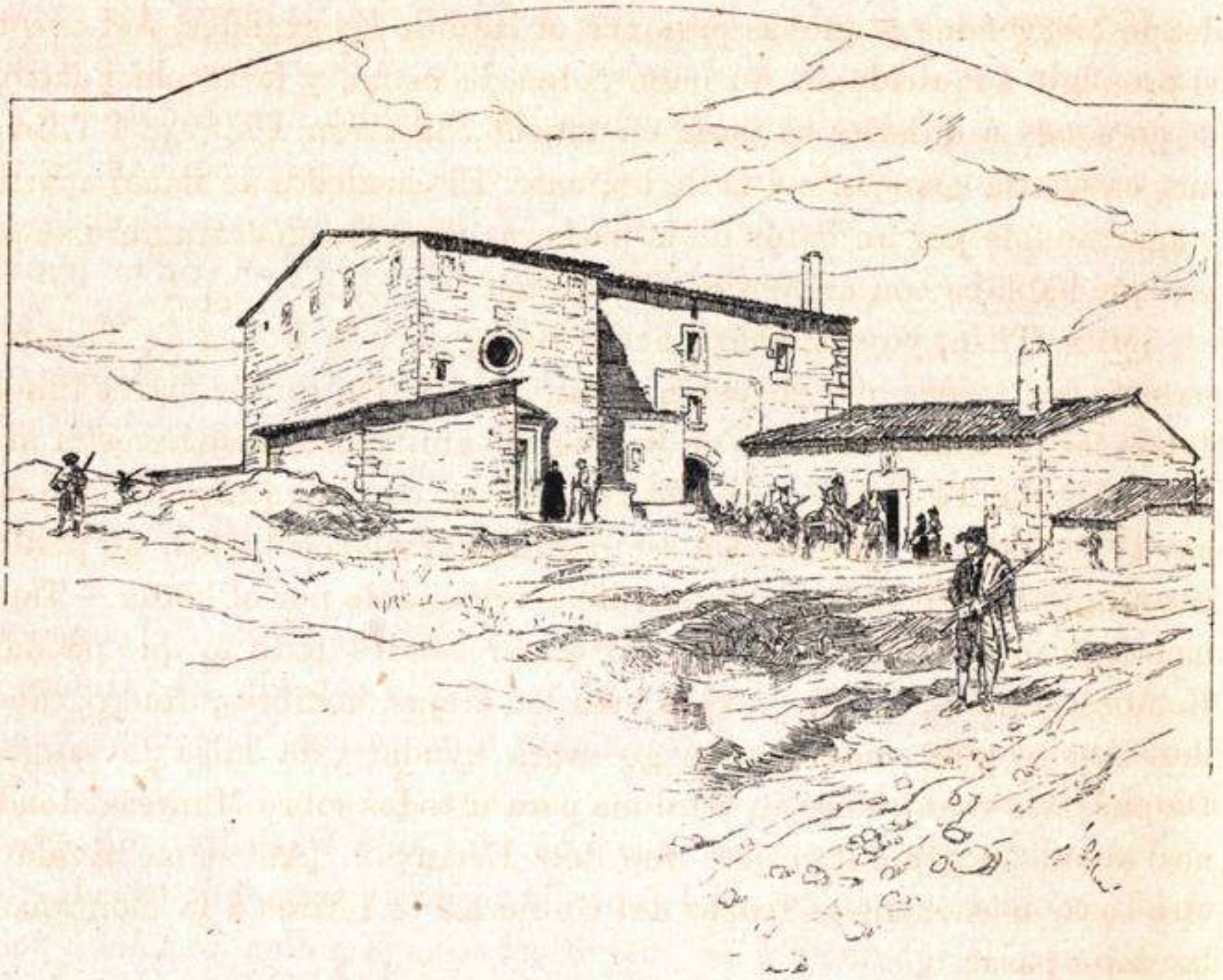
—¡Miserables ladrones—gritó el coronel—no os valdrá vuestra alevosía!... ¡Suarez!... ¡Valentín!

Guimaraens fué acorralado, vencido, pero aún se necesitó el concurso de otro guerrillero para atarle los brazos por la espalda. El valiente y noble anciano rugía, y de su espumante boca salían blasfemias, como sale del volcán la hirviente lava.

Valentín, uno de los veteranos que servían á D. Pedro, entró mal herido, echando venablos por la boca, armado de tremenda espada con que acometió ciego de ira á los guerrilleros que sometían á su amo; pero como se hallaba descalabrado, tuvo que someterse sin que le valiera de nada su fiera intrepidez. Suarez estaba atado al tronco de un árbol y herido también. Sorprendidos cuando el uno se hallaba limpiando el caballo y el otro trabajando en las hortalizas, no tuvieron tiempo ni de armarse ni de pedir auxilio á los payeses de las cercanías. El plan de Pepet Armengol había tenido realización cumplida, aunque no fácil porque uno de los guerrilleros quedó muerto por Suarez que pudo disponer de la azada; otro recibió un sartenazo de la señora Badoreta, á quien el peligro dió los alientos y el rencor de una leona.

Antes de anochecer Tilín y los tres hombres de su cuadrilla, penetraron en Solsona llevando atado como alimaña recién cogida al respetable coronel D. Pedro Guimaraens. Á poca distancia les seguía un carro lleno de armas diversas. Inmenso gentío se agolpaba para ver al preso, á quien no compadecían muchos por ser hombre reputado de orgulloso, y que últimamente, á causa de la sospechosa templanza de su realismo, era acusado de jacobino.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



VII

EL día siguiente Pixola, después de encomiar la acción de Tilín, dijo al señor capellán:

—Me parece que tenemos un hombre. Cuando las madres me lo recomendaron, yo le destiné mentalmente á ranchero, pero me parece que ese caballero del esquilón va á picar un poco alto. Le voy á dar el mando de una compañía. Ahí tiene usted un sacristán que valdrá más que cien obispos.

Las hordas de Pixola eran un conjunto heterogéneo de voluntarios realistas uniformados y procedentes de los cuerpos que se formaran el 24, de soldados desertores, de payeses que se armaban con lo que podían, y de trabucaires ó contrabandistas de la Cerdaña y de los valles de Aran y de Andorra. En el improvisado ejército las gerarquías militares iban saliendo de los acontecimientos, de las hazañas individuales y también de las intrigas, que son fruto natural de toda colectividad

(c) 2008 Ministerio de Cultura

donde hierven las pequeñas pasiones al lado de las grandes. Así es que el prestigio adquirido en un buen golpe de mano, y la recomendación de personas á quienes se tenía en mucho, bastaron á elevar á Tilín á una categoría semejante á la de teniente. El carnicero le llamó aparte, y agarrándole por un botón de la pechera, como era su costumbre siempre que hablaba con un amigo, hablóle así:

—Mira, Tilín, yo voy ahora hacia Balaguer y la Conca de Tremp á recoger las tropas que se están organizando. Tú te vas hacia Pinós, donde hay mucha gente que no ha querido afiliarse. Allí se necesita una mano pesada. Te llevarás cincuenta hombres con el encargo de que me has de reclutar doscientos. En ese país hay muchos caballos, no perdones ninguno... Oye otra cosa—añadió reteniéndole por el botón.—También hay mucho dinero, es preciso que recaudes todo lo que puedas. Hombres, dinero, caballos. Abre bien las orejas: hombres, dinero, caballos. Espero que nuestro monago sabrá ayudar esta misa de sangre. Después nos reuniremos en Cardona para ir todos sobre Manresa, donde nos espera el general en jefe Jep dels Estanys... ¡Ah! se me olvidaba otra cosa; si encuentras tropas del Gobierno te retiras á la montaña y las dejas pasar.

Con estas instrucciones y sus cincuenta hombres partió Tilín el 8 de Julio en dirección á Clariana y al río Cardoner. Asombró á todos la atinada organización que supo dar á su pequeña hueste, principiando por establecer en ella la más rigurosa disciplina. El segundo día de expedición, dos indivíduos de malísima estofa que habían sido contratados por Pixola en la raya de Andorra no mostraron gran celo por cumplir una orden que el gran Tilín les diera. Reprendióles éste con severidad, pero sin malas palabras ni grosería, y lo mismo fué oir la voz del jefe, rompieron ellos á reir diciéndole que harto hacían en dejarse mandar por un sacristán de monjas, y que no se les urgara mucho porque también ellos sabían repicar campanas. El denodado teniente les mandó fusilar; hubo un momento de vacilación; pero los delincuentes perecieron; y á los disparos que les cortaran la vida siguió ese silencio congojoso de la disciplina que es como el de la muerte. Tenía Tilín un núcleo de diez ó doce hombres feroces que le obedecían ciegamente, y sobre esta sólida base fundó el orden y la cohesión admirables de su pequeño ejército.

Siempre sereno, atento á su deber, previsor, demostrando gran conocimiento del terreno y un tacto singular para dirigir la marcha, aquel prodigioso monaguillo se parecía á un gran general.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Antes de llegar á Cardona se internaron en la montaña buscando la sierra de Pinós. En todos los caseríos Tilín reclamaba los hombres útiles, y si algunos se le unían de buen grado, otros buscaban refugio en las montañas; pero él supo encontrar en su caletre trazas muy ingeniosas para que la mayor parte no se le escapase. El primer pueblo donde puso en práctica su plan fué San Salvador de Torruella. Hizo que se le presentaran el alcalde y los dos ó tres cabezas de familia más acomodados del pueblo; pidióles los mozos útiles desde 20 á 45 años, con más todo caballo, mula ó animal cuadrúpedo que sirviese para trasportes de guerra, y por añadidura una suma que concienzudamente fijó en treinta mil reales. Alborotáronse los prohombres, á pesar de su férvido y jamás sospechoso realismo, jurando y perjurando que ni áun vendiéndose al moro todos los vecinos juntarían los treinta mil. En cuanto á mozos todos los del pueblo estaban ya en la evangélica facción, y de cuadrúpedos no había que hablar, porque allí el trabajo de los animales lo hacían los hombres.

Hallábanse durante estas conferencias en un mesón que hay á la entrada del pueblo. Tilín, económico de palabras como todo el que es pródigo de acciones, mandó al alcalde que bajase al patio.

—¡Perdón!—gritó el pobre hombre cayendo de rodillas.

Tilín dió una orden terrible, como quien da un consejo, y el alcalde fué fusilado. Igual suerte habrían sufrido los otros caciques si al punto no acudieran los vecinos con todo el dinero que tenían y seis caballos, presentándose además catorce hombres que antes de la cruel sentencia y suplicio del alcalde andaban escondidos en pajares y desvanes.

En Prades tuvo mejor acogida. El alcalde salió vara en mano á recibirle y denunció la existencia en el pueblo de dos sargentos indefinidos y de cuatro liberales que á todas horas hablaban mal de Sus Majestades y de la Religión. Sin atender á estas menudencias, Tilín pidió lo de siempre, dinero, armas, hombres, caballos. Hablósele de un rico que

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tenía cinco hijos útiles, muchos ahorros, dos pares de mulas, seis escopetas de caza y un pedazo de cañón de los que se cogieron á los franceses en el Bruch. Tilín mandó visitar la casa del rico y pudo allegar la mitad de aquellos tesoros, despreciando el medio cañón, que era de un valor puramente arqueológico. Los frailes salieron á recibirle en comunidad y poco faltó para que salieran también con palio; le abrazaron, obsequiándole con gran mesa; pero él se mostró sobrio y discreto. Por la tarde y delante de la misma puerta del convento arcabuceó á dos reclutas que se le habían querido escapar. En Quadrells fueron cinco las víctimas; pero ya los mozos recogidos ascendían á ochenta, siendo menos de la mitad los recogidos por fuerza: los demás se afiliaban voluntariamente por entusiasmo ó por vagancia ó por miedo. El dinero recaudado se elevaba á diez mil duros y las armas formaban un arsenal respetable, aunque heterogéneo. En caballos y mulas habían juntado lo bastante para organizar un pequeño escuadrón.

En Torá hubo conatos sediciosos, porque algunos descontentos quisieron separarse de la cuadrilla incitados por un voluntario de Berga que era al modo de alférez. Tilín cortó la conspiración haciendo arcabucear á siete, y á un bendito y chismoso lego de San Francisco que le acompañaba con hábito y sable hízole obsequio de cincuenta palos por no haber dado cuenta de la trama que conocía desde sus principios. Respetado y temido, Tilín avanzaba en su empresa, y fué terror de los pueblos y brazo potente de la insurreción en aquella agreste comarca, donde reclutaba zorros para hacer de ellos leones.

Al salir de Torá sus espías le dijeron que una fuerza del ejército bajaba por la carretera de Manresa. Se la había visto el día anterior en Fals y parece que seguiría en dirección á Castelfullit. Al punto ambicionó ardientemente el monago sorprender aquella fuerza, cualquiera que fuese su importancia, y concebir un plan y dar las primeras órdenes para su inmediata ejecución fué todo uno. Hermosísima noche le favorecía. Avanzó con buenos guías delante de sus tropas para hacerse cargo del terreno y pagó á peso de oro el espionaje, en lo cual le favorecía la adhesión del país á una causa propagada al calor del fanatismo religioso; apostó sus tropas convenientemente después de obligarlas á hacer una marcha titánica en seis horas por sierras y vericuetos; repartió palos á los morosos, fusiló á los díscolos, recompensó á los valientes, avanzó, acechó, olfateó, inquirió el rastro del enemigo con ese instinto felicísimo del guerrillero, que es la desesperación de la estrategia, y antes de que amaneciera el día 20 de Julio cayó como una lluvia de verano sobre las

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tropas del coronel Roda (división de Carratalá), que recorrían la carretera de Cataluña para intimidar á los pueblos y desarmar á los voluntarios. Tres batallones y cuarenta caballos componían aquella fuerza que fué materialmente destrozada y hecha trizas por un sacristán ávido de los laureles de Viriato. Había dado orden á sus guerrilleros de que no perdonaran á nadie. El estrago fué inmenso, la lucha breve y sangrienta, el gozo de Tilín delirante. Dispersáronse la mitad de los soldados por la vertiente de Monserrat; muchos perecieron batiéndose con ardor; cincuenta quedaron prisioneros con treinta y dos caballos y gran número de armas.

Era aquella la primera victoria formal del águila que había tenido por nido una sacristía y por plumaje una sotana. Pero él miró su triunfo como hombre acostumbrado á saborearlos y se apresuró á tomar las medidas necesarias para hacerlo más fructífero. Sin dar descanso á su gente recorrió los pueblos de la carretera hasta cerca de Cervera. Calaf, Vilamajor, Montfalcó, Rabasa le vieron dentro de sus muros y de grado ó á regañadientes diéronle todo cuanto se le antojó pedir. Los mozos ingresaban con gusto, porque ya los frailes habían hecho su papel y tenían soliviantado al país; no así el dinero, para cuya percepción necesitaba Tilín emplear argumentos un poco fuertes y hablar con los fusiles de sus bárbaros soldados. Ovaciones y plácemes tuvo el héroe; y allí eran de ver cómo le ensalzaban los frailes y le mandaban golosinas las monjas, y le predecían todos magnífico porvenir y fama no menos grande que la de los más exclarecidos guerreros de la cristiandad.

No quiso llegar á Cervera, y retrocediendo volvió á internarse en Pinós para de allí pasar á la cuenca del Cardoner y marchar á Cardona donde esperaba recibir nuevas órdenes de Pixola. Había recogido doscientos hombres, más de quince mil duros; muchas armas y ochenta caballos. Por el camino instruía y armaba su nueva gente, aumentaba y organizaba un escuadrón. Satisfecho de tantos y tan rápidos triunfos y comprendiendo por éstos y por la magnitud de su suerte que merecía ser coronel, pensó darse á sí mismo este grado; mas la modestia habló en su alma y contentóse con ser comandante por el momento. Lo hizo extendiendo un oficio en que textualmente decía: "En atención á mis eminentes servicios á la causa de la Religión y del Trono absoluto, vengo en nombrarme comandante de los ejércitos de la Fé.»

Revolviendo en su mente estos y otros pensamientos, decía para sí:

—¡Rabo y uñas de Lucifer! Si Pixola no me reconoce el grado... le fusilaré.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

VIII

LEGÓ cerca de Cardona el 1.º de Agosto. El calor era sofocante y un sol canicular abrasaba y asfixiaba el país. Existe en aquel ducado uno de los más admirables prodigios de la Naturaleza en Europa, y es la montaña de sal que tiene más de cien varas de altura y una legua de circunferencia; inmenso cristal duro y brillante, con el cual podrían abastecerse todas las cocinas del mundo durante siglos de siglos, si fuese suprimido el mar. Los mágicos reflejos irisados, los cambiantes de mil colores que producen los rayos del sol al herir las vertientes de aquel peñasco, que semeja colosal diamante caido de las arracadas del cielo, seducen y embelesan la vista. No se parece aquello á nada de cuanto en otras campiñas y montañas se ve. Sus crestas relampaguean, sus costados fulguran, en sus caprichosas grutas compiten los reflejos de todas las piedras preciosas.

Al caer de la calurosa tarde, las tropas de Tilín descansaban junto á una aldea y á la sombra de espesos bosques. El jefe avanzó paseando por la carretera, en compañía de su segundo y del padre Maza, no el de los cincuenta palos, sino un beato mínimo de Cervera que se le había incorporado en calidad de capellán, asesor militar, intendente, con ciertos vislumbres y pujos de jefe de Estado Mayor por su gran pericia topográfica en aquel país. Iba Tilín meditabundo, con las manos á la espalda, ademán harto común en los grandes genios militares, y contemplaba el monte de sal que con la fuerza de los rayos del sol parecía estar sudando y brillaba de tal modo que en ciertos parajes no era posible fijar la vista en él. De pronto vieron los paseantes que por el

(c) 2008 Ministerio de Cultura

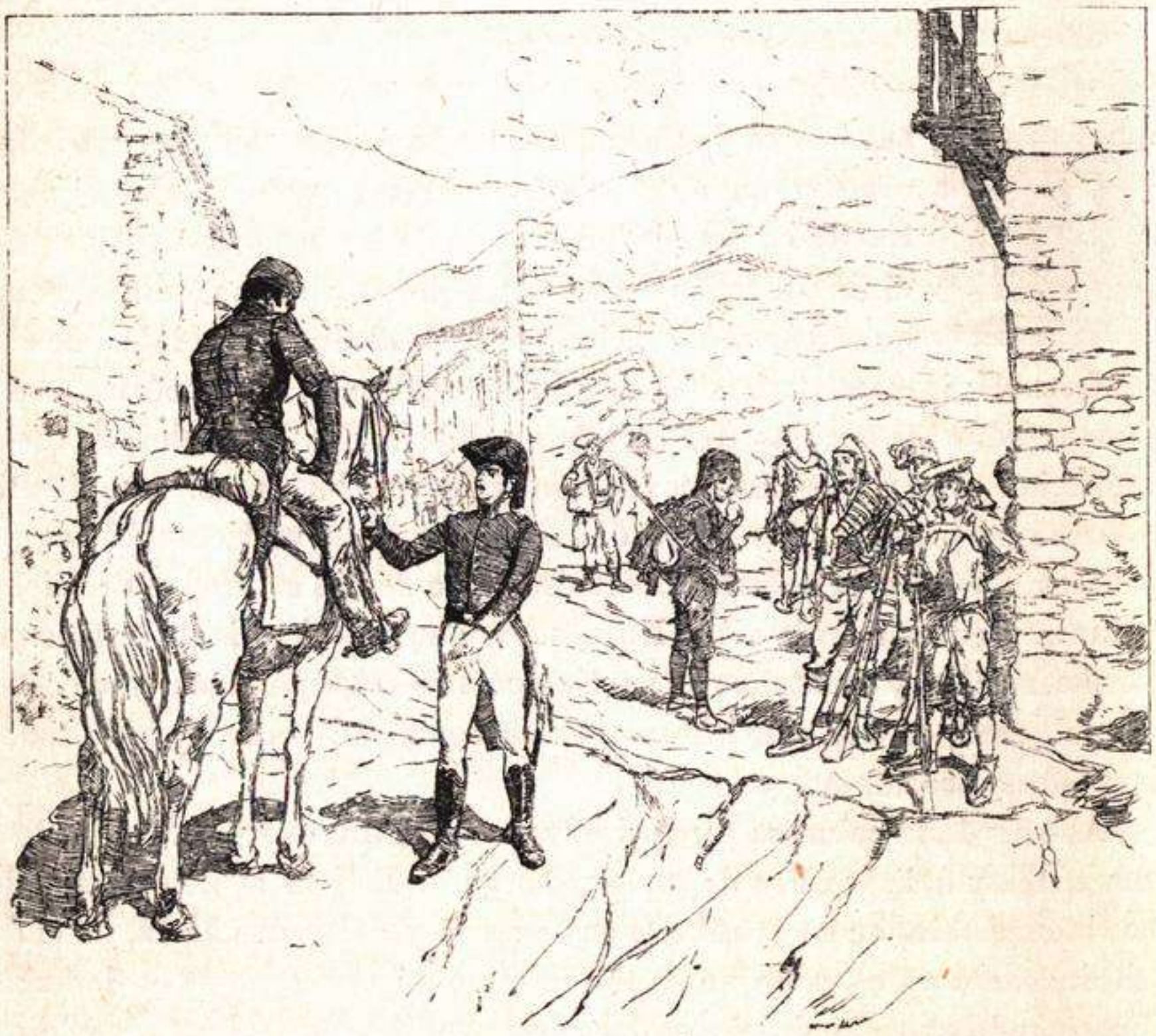
camino abajo venía un hombre á caballo. No se le pudo distinguir bien en el primer momento porque los resplandores del vibrante sol en la montaña cristalina parece que le envolvían en diabólica luz, semejante á telarañas de fuego; pero cuando estuvo cerca, advirtióse que era el caballero de buen porte y el corcel de magnífica estampa.

—Hé aquí un viajero que me parece sospechoso—dijo el padre Maza.

—Trae una balija á la grupa, y yo juraría que es militar aunque viste de paisano.

—Y yo—dijo Tilín—creo que en toda Cataluña no hay un caballo como este.

Cuando estuvo á diez pasos, Tilín gritó:—¡Alto! deténgase el ginete.



Éste se detuvo de mal talante.

—¿Á dónde va usted?—preguntóle Tilín ásperamente.

—¿Y á usted qué le importa?... ¿Quién es usted?

—Soy el comandante Armengol, que manda un batallón de la división de Solsona—dijo el guerrillero, pareciendo muy complacido de tomar en su boca aquellos sonoros términos militares.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Ah!... ¡ya!—exclamó el ginete con cierta sorna.—¿Pero qué batallón y qué divisiones son esos?... ¿Me encuentro entre la gente del célebre Tilín, que estos días da tanto que hablar en el país?

—Ese soy yo—dijo el ex-sacristán con orgullo.

El ginete saludó.

—Muy señor mío... Lo celebro mucho. Espero que no habrá inconveniente para seguir mi camino.

—Según y conforme. ¿Quién es usted?

—Soy hombre de paz. Realistas, liberales, jacobinos y apostólicos, son lo mismo para mí.

—¿De modo que usted no es nada?

—Nada.

—Grandísima falta: es preciso ser apostólico.

—Soy comerciante.

—¿Cómo se llama usted?

—Es curioso el señor militar.

—¿De dónde viene usted?

—Pesadito es el interrogatorio.

—Poco á poco—dijo Tilín tomando la brida del fogoso animal.—Usted no pasa adelante sin probarnos que no es un hombre sospechoso, un espía de Calomarde ó del marqués de Campo-Sagrado. Será usted registrado; veremos si lleva papeles. En caso de que sea inocente le dejaré marchar quedándome con el caballo.

—No permitiré que me quiten mi caballo—afirmó el caballero con resolución y enojo.—Sabré defenderlo.

Pepet llamó á los guerrilleros que estaban más cerca.

—Este hombre es preso—les dijo.—Llevadle al ventorrillo donde está mi alojamiento. Vamos allá, padre Maza, que, ó mucho me engaño, ó este encuentro ha de dar algo de sí.

Viendo el ginete que la resistencia, á más de ser muy arriesgada, habría empeorado su ya malísima situación, se dejó llevar con el alma inflamada de ira y maldiciendo entre dientes la hora menguada en que su mala suerte le llevara por aquel infernal camino. En el breve trayecto hasta la vivienda del jefe, esforzóse en tomar cierto aire de dignidad y confianza, porque mostrarse debil y receloso entre semejante gente, habría sido excitarla más y más á la barbarie. Si le tomaban por un personaje de posición elevada, de esos que con sus amistades y relaciones se sobreponen á todos los obstáculos, incluso á los de la justicia, facil sería que no le hicieran daño. Así cuando se apeó junto al tinglado

(c) 2008 Ministerio de Cultura

del ventorrillo entre un círculo de soldados y guerrilleros que admiraban la soberbia estampa del caballo, entregó éste al mismo que le había conducido y en tono de amo le dijo:

—Dale un pienso y agua. Cuídalo bien si quieres una buena propina. Si en vez de la propina quieres tres palos míos y una reprimenda del Sr. Tilín, trátamelo mal.

Dando dos palmadas de cariño al generoso animal, entró en el alojamiento, que consistía en dos fementidas piezas comunicadas entre sí, y ambas horriblemente sucias y desmanteladas, sin más muebles que las cojas mesas y los bancos de figón manchados de polvo y vino. El caballero hizo que entraran su balija y después se paseó por la estancia sin dignarse mirar á los guerrilleros que allí había, dormitando unos y bebiendo ó jugando los otros.

Era el preso un hombre como de treinta y cuatro años, de gallarda figura y hermoso varonil semblante. Su fisonomía, como sus modales y su vestir, revelaban esa hidalguía que antes se consideraba principalmente vinculada en la alcurnia, pero que há tiempo ha pasado al patrimonio de todas las clases, aunque siempre viene desde la cuna. Su mirar tenía severidad y altivez en la precisa dósis que cabe dentro de la cortesía. Era bastante moreno, con hermoso pelo y bigote negros: calzaba botas polacas, y su traje tenía un corte especial que á distancia indicaba la mano de sastre extranjero. Su sombrero, que llevaba con gracia, no tenía entonces precedente en las modas españolas, pues era uno de esos blancos platos de lana que después se usaron mucho llevando el nombre de boinas. Este no era aún un nombre fatídico.

No hacía diez minutos que el caballero estaba allí cuando entró Armengol, acompañado de su segundo y del padre Maza. Antes que le dirigiera la palabra, el preso dijo:

—Conviene que estemos un rato solos, señor brigadier.

Y él mismo señaló con un gesto la puerta á los guerrilleros. El padre Maza, juzgando que la orden de despejo no rezaba con él, acomodaba su crasa humanidad en un banco, cuando el caballero le dijo sonriendo:

—Si hoy necesito confesión religiosa, llamaré al padre mínimo. Por ahora únicamente tengo que hablar con el señor brigadier.

Quedáronse solos, y Tilín le dijo:

—Ha de saber usted que yo no soy brigadier.

—¿No? yo creí que sí... Como en Cardona oí hablar tanto de usted, y se decía que había sometido toda la provincia de Lérida, juzgué que un caudillo de tanto valor no podía menos de tener un alto grado.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Soy comandante—afirmó secamente Tilín.

—Me habían dicho que era usted muy joven—dijo el caballero observándole con curiosidad y admiración—pero nunca creí que fuera tanta su mocedad. Usted llegará á los primeros puestos, aunque es preciso contar con la envidia que intentará estorbar su carrera. Los jefes procurarán oscurecer sus triunfos, le rebajarán, le calumniarán tal vez... Hoy mismo, cuando son tan evidentes los servicios de Tilín, he oido censurarle por excesivamente atrevido, y hasta me han dicho que Pixola piensa quitarle el mando de esta fuerza... Amigo mío, no contaba usted con la envidia, que en nuestro país por desgracia, ennegrece todas las cosas...

—¡Destituirme!... ¡quitarme el mando!—exclamó Tilín con ira.—Falta que yo lo permita. ¿Dicen eso en Cardona?

—Lo oí decir á dos frailes de San Francisco que ayer mismo comieron con Pixola en Clariana.

—¿Está Pixola en Clariana?

—Sí, señor... Ahora empieza usted su vida militar. Por lo mismo que la ha empezado gloriosísimamente, verá que todos esos figurones inep-tos, todos esos holgazanes llenos de vanidad tratarán de oscurecer su mérito y de apropiarse su fama.

—Mi mérito y mi fama—dijo Tilín gravemente—si es que los tengo ó los puedo tener, saldrán por encima de todo.

—Así lo creo... Pero vamos á nuestro asunto. Es preciso que usted me deje partir inmediatamente.

—Á eso vamos—replicó Pepet.—¿Y quién es usted? Juraría que no es comerciante.

—Así es en efecto—dijo el caballero sonriendo con franqueza.—Pero la compañía de usted al interrogarme no me permitía decir la verdad. Había allí un fraile, y los frailes son indiscretos y parlanchines. Ahora que estamos solos, diré mi nombre y la razón de mi viaje. Me llamo D. Jáime Servet y vengo de Barcelona.

—¿Y á dónde va usted?

—Á Cervera.

—¿Y qué cbjeto lleva usted? Eso es lo principal, eso—afirmó el guerrillero con buenos modos.—Si usted va como amigo de nuestra causa y me lo prueba mostrándome sus despachos, le dejaré seguir. Si usted va como particular á negocios propios, y me lo prueba, le dejaré seguir también quedándome con el caballo. Si usted es espía ó comisionado de Calomarde ó del marqués de Campo-Sagrado, entonces le fusilaré... Va-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mos, no hay más que hablar. Ahora responda el Sr. D. Jáime Servet.

Sin vacilar Servet respondió:

—Voy á Cervera á llevar órdenes de la Junta de Barcelona.

—Muéstreme usted los pliegos—dijo Tilín sin mirar á su interlocutor.

—Mi comisión es de índole tan reservada, que nada llevo escrito. Las órdenes que llevo las daré verbalmente.

Sonrisa de duda y mofa contrajo los enormes labios de Tilín.

—En ese caso, la Junta daría á usted salvoconducto para que libremente atravesara el país sublevado.

—No tengo salvoconducto ni cosa que lo valga—repuso el caballero sin perder su serenidad.—Lo tenía; pero por un descuido que pago muy caro, dejé ese papel en manos de Jep dels Estanys, cuando me presenté á él en Vich.

—¡Qué casualidad!... Bueno, pues dígame usted esas órdenes verbales que va á llevar á Cervera.

—Si usted se llamara fray Agustín Barrí, guardián de Capuchinos de Cervera, lo haría de buen grado. Mi deber es morir cien veces antes que revelar una palabra sola.

—¿Tan reservadas son esas órdenes?

—Lo son tanto y de tal gravedad para Cataluña, para España, para el mundo todo, que sólo el pensarlo espanta.

Guardó silencio Tilín durante un minuto, acariciándose la barba, y después miró á su prisionero, y con calma flemática le dijo:

—Usted es un impostor, usted es espía de Calomarde. Voy á mandar que le fusilen á usted inmediatamente.

El caballero tembló; mas dominando la furibunda ira que hervía en su alma, se expresó de este modo:

—Sea, pues. Solo é indefenso no puedo protestar de ese horrible crímen, sino ante Dios. Pero no sólo la justicia divina, sino la humana ha de vengarme algún día, y usted que ensoberbecido con sus triunfos, encubre con la bandera de la Fé el asesinato de un servidor de su propia causa, dará cuenta pronto, muy pronto, de mi muerte, y en toda su vida, por larga que sea, no aplacará sus remordimientos.

La entereza y el tono de solemnidad con que el forastero se había expresado, confundieron momentáneamente al voluntario realista. Clavando su mirada profunda y sagaz en el rostro del prisionero, dijo así:

—¡Uñas y rabo de Satanás! Si no es usted traidor, que me fusilen á mí. Jamás me equivoco... Pero observo que ha traido usted consigo una maleta. Déme usted la llave.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

El extranjero sacó una llave, y arrojándola en el suelo á los piés de Armengol, volvió la espalda, y después de llevarse la mano á la frente, se puso á pasear. Tilín abrió la balija, y al registrar, sus manos parecían las insaciables y viles manos de un aduanero.

—Ropa—dijo sacando varias piezas—dinero... ¿Qué es esto?

Mostraba un pliego. El llamado Servet tembló al ver aquel pliego en manos del volutario realista. Sin poder dominar su coraje, exclamó:

—Un papel, asesino. Léalo el que pueda.

Tilín fijaba sus ojos con atención en tres letras misteriosas trazadas sobre la cubierta del pliego.

—Esto parece masónico—dijo sonriendo diabólicamente.—¿Qué significan estas letras F. P. D? ¡Uñas y rabo!... Por mi vida, que recuerdo haber oido hablar de estas tres letras á Mosén Crispí de Tortellá.

—Esas tres letras—dijo Servet acariciando una idea feliz—quieren decir *Ferdinandum pedibus destrue.*

—¡Ah!... yo había oido aquello de *Lilia pedibus*... "pisotea las flores de lís.„

—Aquí no se pisotea más que á Fernando. Aquel era un lema jacobino, este es un lema...

—Un lema...—dijo Tilín con ansiedad.—Pero leeremos lo que dice este papel.

—Un lema apostólico—afirmó prontamente el llamado D. Jáime.

Abrió el papel para leerlo; pero al punto exclamó con desconsuelo:

—Si está en latín.

En el semblante del prisionero brilló un rayo de esperanza. Inmutóse como la cara del reo que vislumbra su salvación.

—Llamaré al padre Maza para que me lo traduzca—dijo Pepet.

El semblante de Servet se nubló segunda vez. Por dicha suya, antes de apartarse de la maleta, Tilín vió otro pliego. Tomándolo leyó el sobrescrito que decía:

Á la señora Madre Abadesa de San Salomó, en Solsona.

Tilín, estupefacto, no apartaba sus ojos de aquellas letras.

—Lea usted—dijo el caballero animándose considerablemente—si es que en las costumbres de los guerrilleros entra también el sorprender los secretos de las damas.

—Esta carta es...

—De Doña Josefina Comerford—replicó con imperturbable audacia y gravedad el caballero.

Tilín que ya había empezado á despegar la oblea con su grosero

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dedo, se detuvo. El caballero firme en su difícil papel de osadía y descaro, que era el único conveniente en tales circunstancias, prosiguió así:

—Concluyamos. Me repugna esta escena de Inquisición. Si he de ser arcabuceado que sea de una vez. Necesito un confesor, como católico cristiano. Caiga mi sangre sobre la cabeza de mi asesino. Una sola disposición me cumple hacer.

—¿Cuál?

—Que lleve usted esos paquetes de oro y esa carta á donde dice el sobre.

—¿Á las monjas?

—Sí. El resto de mi comisión no puedo revelarlo. El secreto se va conmigo y con usted la responsabilidad de este crímen.

Tilín puso la carta en la balija, y acompañando sus palabras de un gesto desenfadado y como generosó, exclamó:

—Caballero, es usted libre.—Puede usted seguir su camino.

Mientras el caballero daba interiormente gracias á Dios por el buen término de aquella peligrosa aventura, el terrible soldado colocaba el dinero y las ropas en su sitio.

—Un favor espero de usted, caballero—dijo al concluir.

—Estoy á sus órdenes.

—Que lleve usted una carta mía á San Salomó. Es para Sor Teodora de Aransis.

Tilín sacó del pecho una carta que había escrito aquel día y después de mirarla con cierta expresión afectuosa, la entregó al mensajero.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

IX

RECOBRADOS el caballo y las armas, puesta en orden la balija y apurado un vaso de vino con que le obsequiara el jefe de la partida, púsose el caballero de nuevo en marcha sin querer detenerse, á pesar de los ruegos de Tilín y del padre Maza, que le incitaban á descansar aguardando la frescura de media noche para seguir su viaje. Él les dijo muy cortesmente que de buen grado pasaría unas horas en tan grata compañía; pero que la premura y gravedad de las órdenes que llevaba no le permitían reposo alguno. La verdadera causa de su precipitación era un deseo vehementísimo de ponerse á gran distancia de semejantes pájaros y no dar tiempo á que el bravo Tilín se arrepintiera de su generosidad. Metió espuelas para alejarse todo lo posible, temeroso de que fueran en su seguimiento, y cuando se creyó seguro dejóse ir con lentitud para meditar sobre el grave suceso pasado y dar gracias á Dios. La noche era oscura y el camino solitario; pero el alma del caballero estaba alegre.

—Otra vez mi buena estrella—decía—ó mejor, la Divina Providencia me ha sacado sano y salvo de un grave peligro. ¡Bendito sea Dios que me ha salvado una vez más, y sírvame este suceso de aviso y lección para no meterme otra vez en aventuras tan arriesgadas como poco provechosas! Maldita fué la hora en que discurrí pasar de Barcelona á Zaragoza, y según voy viendo más corto será el camino de la Meca. Salgo y las partidas me impiden llegar á Manresa; tomo el camino de Berga y las partidas me echan sobre Cardona; ahora creo que voy en dirección de Solsona, pero no me asombrará verme á las puertas de Pekin si sigo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tropezando con bandidos y sacristanes. Me he metido en un país encantador que está saboreando las delicias de la guerra civil más bestial, más soez y repugnante que imaginarse puede... ¡Ah! señores míos; señores míos, (al decir esto parecía dirigirse á alguien que podía escucharle) no conocen ustedes la tierra que desean reformar. Esto no tiene enmienda por ahora ni hay alquimia que de esta basura haga oro puro. Lo que he pensado y sostenido varias veces lo veo y lo palpo ahora... Un puñado de hombres refugiados en Inglaterra se empeñan en librar á su país del despotismo y mientras ellos sueñan allá, ese mismo país se subleva, se pone en armas con fiereza y entusiasmo, no porque le mortifique el despotismo, sino porque el despotismo existente le parece poco y quiere aún más esclavitud, más cadenas, más miseria, más golpes, más abyección.

Había soltado las riendas como D. Quijote cuando le hervían en la cabeza los pensamientos, y mecido por el lento paso del animal que también parecía cavilar sesudamente en la vanidad de las glorias caballares, dejábase llevar por sus recuerdos y sus reflexiones á distintas esferas.

—¿Y á qué voy yo á Zaragoza?—prosiguió. ¿A qué? Mis pasos por este país son tan insensatos como los del caballero andante más loco, más ridículo y más extraviado que hizo disparates en el mundo. ¿Á dónde voy yo?... ¿La principal misión que me encargaron no la he desempeñado ya? ¿No me dijeron: "explora y examina cómo estás el país, tómale el pulso y observa si está dispuesto á apoyar una sublevación liberal?" Pues bien, yo he venido, yo he examinado, yo he tomado el pulso y he visto ¡mala peste nos dé Dios! la horrible fiebre del absolutismo más abrasadora que nunca... ¡Señores *mineros* (*), vengan todos acá y verán qué divina patria tenemos! ¡Da gozo viajar por estas amenas provincias, pobladas de frailes y guerrilleros hambrientos de esclavitud como la hiena de carne muerta!... ¿Qué tengo yo que hacer aquí? Nada: ya he visto demasiado. La lección es buena y suficiente, el peligro que mi pellejo corre extraordinario. Vámonos á la frontera. Patria querida, me repugnas.

Arrendando á su caballo miró al horizonte hacia el Norte. Expresión de desdén y amargura nubló su rostro, cuando apartando su corcel del camino real se metió por una senda que á mano derecha partía en dirección al monte. Pasó junto á las tapias del cementerio de una aldea,

(*) Este nombre se daba en Lóndres y en el círculo de emigrados á los partidarios de Mina.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pasó junto á la misma aldea que era un montón de ruinas gloriosas del tiempo de la guerra con los franceses, y al poco trecho se detuvo. Sus pensamientos habían dado una brusca vuelta como la veleta atormentada por el viento.

—No—dijo hundiendo la barba en el pecho después de mirar al cielo. —Es preciso ir á Zaragoza. ¿Qué me detiene? ¿el peligro? ¿Tendré yo menos valor que el pobre Valdés, héroe y mártir en Tarifa, que los hermanos Bazan sacrificados en Alicante? ¿Y por qué he de ser tan desgraciado como ellos? Sí, aventurero, déjate de subterfugios y ve á Zaragoza... No hay que fiar demasiado en las apariencias. Ni todo el país está tan fanatizado como Cataluña ni toda Cataluña está compuesta de frailes, ni todos los frailes son guerrilleros. En Barcelona hay liberalismo y cultura suficientes para compensar este salvajismo de la sublevación apostólica. No hay que desconfiar todavía. Las poblaciones podrán arrancar á las aldeas su barbarie, si hay empeño en ello. No, no será tanta la abyección de este pedazo de tierra europea que dispongan de su suerte media docena de monjas y otros tantos canónigos. Los tenebrosos intrigantes del *Angel Exterminador* no prevalecerán aunque lo mande el Papa y aunque se devanen los sesos todas las eminencias de cal y canto que farolean en el cuarto del infante D. Carlos.

Espoleando á su caballo volvió al camino real.

—¿No es lastimoso que me vuelva sin desempeñar la mitad de mi comisión? Si salí en bien de la primera mitad, ¿por qué no he de salir en bien de la segunda? Dios me ha favorecido siempre, á pesar de ser yo tan gran pecador, aunque no empedernido. Adelante, adelante y salga el sol por... Zaragoza. Si ahora vuelves al extranjero y te preguntan: "¿Qué has hecho?„ ¿podrás responder algo? Algo sí, pero no lo bastante.

"Los barceloneses responden de reunir dos mil paisanos armados, y aseguran que los voluntarios realistas de aquella ciudad son poco temibles. Es verdad; Cataluña sublevada por el absolutismo delirante, no es el mejor terreno para una tentativa; pero lo que es imposible en Cataluña, ¿no será hacedero en Aragón, donde el clero tiene mucho menos poder? Además, este infame levantamiento clerical que aquí es un obstáculo grande, ¿no puede ser un auxiliar en otra parte? Calomarde acudirá con todas sus fuerzas á Cataluña, y el corazón de España quedará desamparado por el absolutismo. ¡Ah! cómo paga el infame absolutismo su culpa. Este asqueroso tumor que le ha salido dará con su podrida existencia en tierra... Aventurero, marcha.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Después de distraerse pensando en otras cosas que no interesan al lector, volvió á dar en su misma idea y dijo:

—Veamos; ¿qué has hecho tú? ¿qué has hecho para justificar tu vuelta al extranjero? ¿Has dado á conocer la noble idea que hoy agita á lo más selecto de los emigrados? Apenas la manifesté en Barcelona, todos la creyeron irrealizable. Es una ilusión, un disparate, un cuento de viejas. Pero ¡ay! hemos visto tantos disparates convertidos en realidad de la noche á la mañana! ¿Quién pudo creer que España resistiera á Napoleón? Nadie, y sin embargo... Hoy todo liberal español á quien se dice que nuestra salvación estriba en cambiar de dinastía, poniendo en el trono á D. Pedro de Braganza, se ríe y duda. ¿No aspiran los apostólicos á cambiar de Rey? Poco á poco la idea de un cambio de familia dejará de causar espanto... ¡Ah!... ¡D. Pedro, D. Pedro!... Verdaderamente es un disparate; pero un disparate seductor que se presta á ser propagado. Adelante, pues. No me voy á Francia sin arrojar esta idea en el surco. Anda, aventurero, anda. Todavía tienes afecciones en este país. Tu patria te llama con voces distintas; te llama con la voz cariñosa de una mujer; te llama con la voz grave del interés. Aventurero, eres pobre, pero vas á ser rico: has heredado. Un tío que ha vuelto de América te ha dejado algunos miles, que es preciso recoger. Sí; no se vive sólo de ideas, se vive también de pan. Ya que sigues adelante, aventurero, sé prudente, toma precauciones. Llevas papeles que te comprometen. ¡Fuera toda esa carga inútil, por si viene el naufragio!

Diciendo esto se apartó del camino, ató su caballo al tronco de un árbol y poniendo la balija en el suelo apresuróse á hacer prolijo escrutinio de lo que en ella había.

—Este papelote en latín de nada me sirve ya—dijo rasgándolo.—Con la autorización escrita y cifrada que me dió la Junta de Barcelona para la de Zaragoza, me bastará. Explicaré verbalmente las ideas que traigo de Lóndres. La carta de Torrijos podría servirme, pero la sacrifico también. La de Chapalangarra es inútil, porque tengo amigos en Navarra. Esta otra de Palarea está tan bien imaginada y encubre tan bien el objeto con el artificio de la recomendación para comprar harinas, que la conservaré. Romperé la de D. Alejandro O'Donnell que no encubre bien la comisión, porque esto de que vaya á vender reliquias un comerciante de harinas, no engañará más que á los tontos. Esta lista de personas dada por Mendizábal, tampoco conduce á nada nuevo: en tierra con ella. ¡Ah! aquí sale mi salvación; la esquela para las monjitas de San Salomó... muy señoras mías... Si aquella buena mujer que me alojó en Cardona

(c) 2008 Ministerio de Cultura

no me hubiera dado este papel, que creo es una especie de memorial pidiendo chocolate, á estas horas quizás estaría yo delante del Padre Eterno, no pidiendo chocolate, sino dándole cuenta de mis culpas. También guardaré la carta de Tilín para la monja. ¡Benditos sean los amigos que me enteraron de las intrigas de Doña Josefina Comerford y de las madrecitas de San Salomó! Sin estos preciosos datos, ¡pobre de mí!... Todo está bien; vuelva la balija á la grupa, el hombre al caballo, el caballo al camino, y Dios por delante.

Ningún encuentro digno de ser mencionado tuvo aquella noche. Al divisar los muros de Solsona, encomendóse á Dios para que no le deparase ninguna desventura en la histórica ciudad episcopal; pero sin duda el Autor de todas las cosas, ó le creyó indigno de misericordia por la magnitud de sus pecados, ó quiso someterle á sufrimientos muy amargos para probar el temple de su espíritu, porque no bien pisó el caballo blanco los guijarros que pavimentaban las calles de Solsona, cuando cayeron sobre el caballero tantas desventuras, que tuvo por dichoso el encuentro con Tilín y las demás trapisondas y padecimientos de su trabajada existencia. Dejémosle ahora lamentando su triste suerte en las mazmorras del Ayuntamiento de Solsona, y antes de ocuparnos de los reveses de este aventurero desconocido, veamos lo que aconteció al bravo Tilín y el giro que tomaron sus asombrosas y nunca vistas proezas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

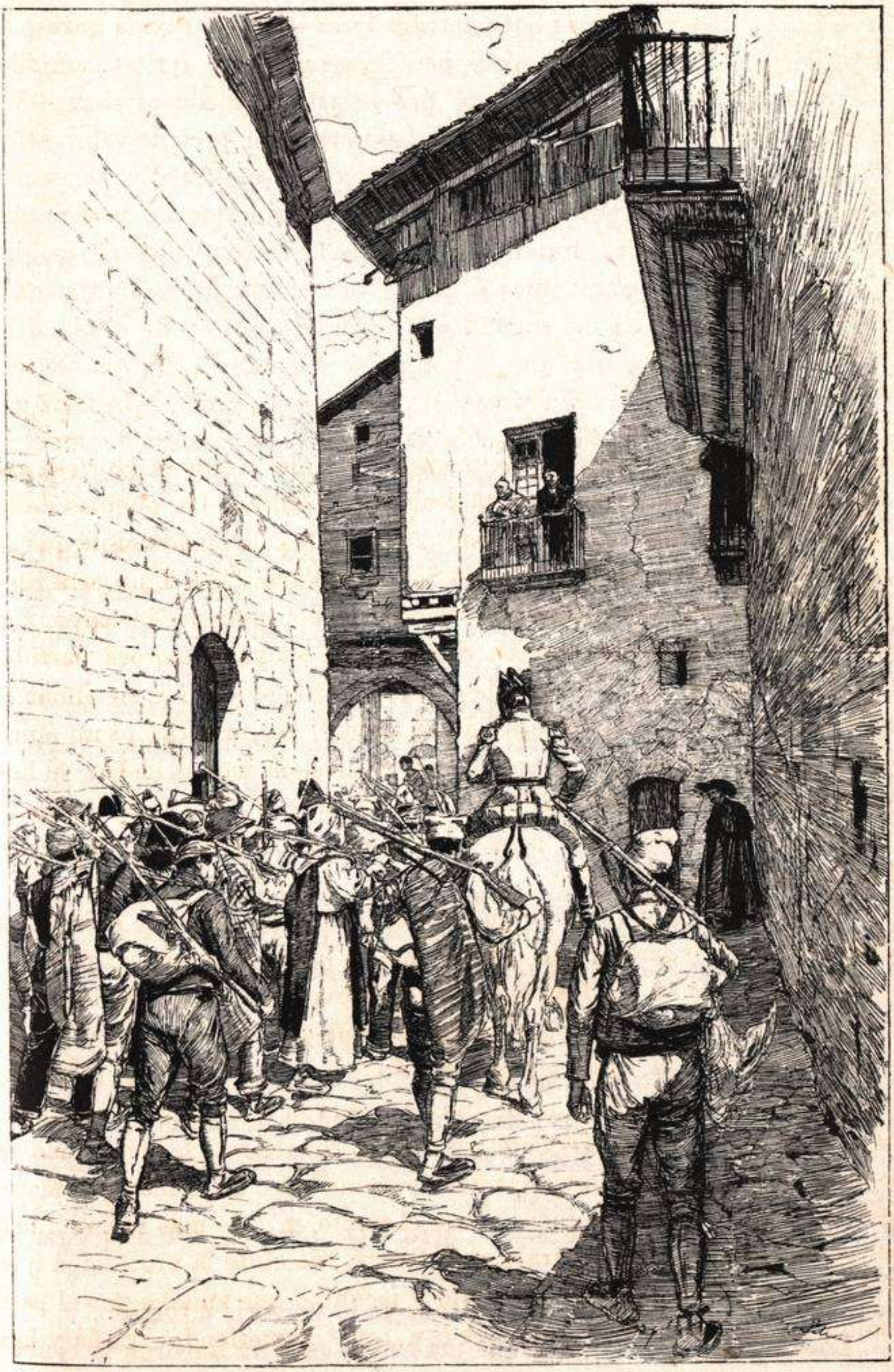
X

Había corrido próximamente un mes desde la gloriosa salida del voluntario realista á civilizar los pueblos de la sierra, cuando recibió orden de Pixola mandándole que al punto se trasladase á Solsona. Maravilló á Tilín esta premura y la sequedad del despacho; pero mucho mayor fué su sorpresa cuando al entrar en Solsona con su ya numerosa partida, vió que Pixola en vez de recibirle con los brazos abiertos y encomiar el éxito de la expedición, recibiale ásperamente, sin mostrar ni un ápice de entusiasmo por tan descomunales servicios, ni menos alabar su heróico valor. Aquel primer arañazo dado por la horrible harpía, enemiga de las humanas grandezas, hizo manar sangre del ardiente corazón de Pepet Armengol.

Gran condescendencia fué que el carnicero reconociese y otorgase á nuestro héroe los grados que éste mismo se habia dado por un procedimiento novísimo en los fastos de las improvisaciones personales; mas con esto el díscolo guerrillero demostraba que no sólo aborrecía á Pepet, sino también que le tenía un tantico de miedo. Ni la muchedumbre de mozos útiles, ni las armas, ni el dinero, bastaron á modificar la opinión de Pixola sobre los merecimientos de su subalterno, la cual como se asentaba en la ruín envidia, más desfavorable era cuanto mayores motivos había para que no lo fuese. Pero el punto en que más insistió, por ser aquel en que se encontraba más fuerte, fué el de la protección que Tilín había dado á un pícaro sectario y jacobino que andaba por el país malquistando á los realistas unos con otros, y metiendo zizaña y ha-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ciéndoles desconfiar de sus jefes y dándoles dinero para que atropellasen é hicieran atrocidades.



(c) 2008 Ministerio de Cultura

Perplejo se quedó el sacristán al oir esto; pero contestó que ni él había protegido á ningún perro sectario, y que si dió libre paso á un desconocido, fué por creerle enviado de la Junta de Barcelona.

—Ya, ya veo que tienes buenas tragaderas—le dijo Pixola gozoso de humillarle delante de las notables personas, canónigos, frailes, honrados contrabandistas y trabucaires que presentes á la sazón estaban.—Valiente papamoscas tenemos aquí... No basta tener un poco de valor, señor Tilín, para mandar tropa en una guerra como esta; es preciso tener mucha astucia y cierto pesquis y ciencia del mundo, que no se aprenden en la sacristía de las reverendísimas. Ya me figuraba yo que el jacobino te engañaría, como engañamos á un pobre pez cuando le arrojamos el anzuelo. ¡Ves cómo no me engañó á mí! Desde que le eché el ojo, dije: "ese hombre no me gusta; que lo pongan á la sombra.„ ¡Oh! ya conozco yo á mi gente masónica. Sus farsas no me convencieron, ni la carta que traía para las monjas pidiendo chocolate, ni la que tú le diste, poniendo tus acciones en las mismas nubes, y pintándolas como iguales á las de Hernán Cortés en la nueva España.

Las risas y chacota que acogieron estas observaciones hicieron temblar el corazón soberbio y fogoso de Tilín, y las llamaradas de su enojo de su despecho, de su ofendido amor propio, salieron á su bronceado rostro, poniéndolo sanguinoso.

—¿Quieres saber las consecuencias de tu falta?—añadió el cruel Pixola.—Pues ya dicen por ahí que los jacobinos te han ganado... Podrá no ser verdad; yo creo que es mentira; pero ello es que maldita la confianza que puedo tener en tí.

Tilín se puso rojo, después amarillo y tembloroso. Dando un patada que hizo extremecer la casa, exclamó con salvaje furia:

—¡Por el rabo del Malo! El que sostenga que yo me he vendido á los jacobinos, venga delante de mí, dígamelo en mi cara y le sacaré las entrañas.

—¡Oh! fuertecillo estás—dijo el carnicero riendo de su triunfo y de la cólera de Tilín.—No se prueba la honradez sacando entrañas; se prueba con la conducta... En fin, gracias que has dado con un hombre como yo decidido á protejerte. Mira si seré bueno, que no pienso quitarte el mando.

Tilín, mirando fijamente á su jefe, dijo para sí, sin desplegar los amoratados labios:

—Y si me le quitaras, perro ladrón, yo lo volvería á tomar.

Los importantes varones que presentes estaban llevaron la conver-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

sación á otro terreno, y durante una hora larga se habló del proyecto de tomar á Manresa para fundar en aquella excelente plaza el gobierno central de la idea apostólica.

—Jep ha salido ya de Berga—dijo Pixola—Caragol debe haber salido también de Vich, y yo me pongo en marcha mañana. Nos juntaremos, y allá para la semana que viene á más tardar, Manresa será nuestra.

No se ocuparon más aquel día el guerrillero y su pequeña corte de la importante persona de Tilín; pero al siguiente recibió el héroe la estocada mortal de la envidia con la orden de permanecer en Solsona, mientras las demás tropas y somatenes iban sobre Manresa. Esta eliminación en la jornada de más peligro y lucimiento puso al sacristán en el último grado de la rabia. Era evidente ya que se deseaba oscurecerle y postergarle; pero él guardó su rabia en el pecho aparentando resignación y conformidad con su suerte. El veneno y las llamas que devoraban su alma, fueron celosamente guardados como el puñal de que se piensa hacer uso en momento oportuno. Se le vió silencioso mas no irritado, en el momento de salir la gente de Pixola y la suya para tan notable empresa, y dijo adios á sus compañeros sin mostrarse envidioso. Para colmo de humillación, ni siquiera quedaba al frente de la guarnición de la ciudad, sino como subalterno de un tal Mañas, nombrado jefe de la plaza, el cual era un viejo borracho que pasaba la mitad del tiempo durmiendo y la otra mitad jugando á las cartas.

Los partidarios que quedaban en Solsona no tenían más consigna que vigilar á los presos sepultados en las mazmorras del Ayuntamiento, entre los cuales hallábanse Guimaraens y el aventurero D. Jáime Servet, y defender la ciudad en caso de un ataque, muy poco probable por cierto, de las tropas del Rey. Tilín, viéndose condenado á forzosa holganza, vagaba sin compañía por la solitaria muralla de la ciudad ó bien por las tristes riberas del río Negro, testigo de los juegos de su infancia, terminando siempre su paseo en la puerta del Travesat junto á San Salomó.

Por las mañanas visitaba la sacristía, ayudaba algunas misas, y si se lo permitían, pasaba á ver á las madres y á departir con ellas acerca de los negocios de la causa apostólica, que iban mal según unas y á pedir de boca según otras. Aquella preferencia que desde su edad más tierna había mostrado Pepet por la bella y afable Sor Teodora de Aransis mostrábase ahora con más claridad, bien porque la desgracia avivase los afectos de su corazón, ó bien porque la situación desventajosa en que se encontraba, relativamente á su antigua gerarquía sacristanesca,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

le autorizase á dejar traslucir lo que antes ocultaba. La corta pero accidentada vida militar había gastado dos principalísimas protuberancias, digámoslo así, del caracter de Tilín, la timidez y el respeto á ciertas cosas y personas, bien así como la piedra puntiaguda y angulosa se pule y redondea al ser arrastrada por los torrentes.

Todos los días pasaba largas horas en el monasterio sin quitarse el uniforme, y aunque la madre abadesa no gustaba de ver allí los arreos marciales, inclinóse al fin á tolerarlos por lo singular de las circunstancias. Rogóle dicha señora que ayudase al sacristán su sustituto en los servicios de limpieza dentro de la sacristía; pero Tilín se negó á degradar su uniforme en faena tan impropia de un militar de grandes alientos. Fuéle dicho entonces que se quitase la casaca, espada y chacó, con cuya advertencia recibió nuestro héroe tanta pena como si le hubieran dado cien bofetadas; pero como habría sido más grande aún su dolor si le privaran de entrar en el convento durante aquellos días de tristeza, desgracia y descanso, consintió al cabo en degradarse. No creyendo decente estar en mangas de camisa se puso su antigua sotana, con lo cual se vió realizada una metamórfosis de que no creemos pueda haber ejemplo en otro país del mundo. Así cambiaba de apariencia aquel extraordinario mozo pasando de guerrero á sacristán lo mismo que había pasado de la oscuridad de la sacristía al esplendor y estruendo de los campos de batalla.

Casualmente había á la sazón en el convento una obra que exigía buenas manos, y el sustituto de Tilín, si las tenía excelentes para robar cera, carecía de fuerzas para trabajos mayores. Estaban arreglando un flamante y lindo altar para la Virgen de Setiembre y era necesario el concurso de un hombre de buenos puños. Tilín despachó esta obra de romanos en dos días, y después quiso arreglar la huerta que se hallaba en malísimo estado por enfermedad del hortelano.

Asistiendo, como auxiliares ó como meras espectadoras, á estas santas tareas, algunas monjas se regocijaban oyendo á Tilín la relación de sus proezas, siendo de observar que el héroe de ellas, antes de aminorarlas con la modestia las acrecía con el frecuente uso de la hipérbole, presentándolas con tal grandor que las buenas señoras se quedaban embobadas ante tanta maravilla creyendo ver resucitado el tiempo de la caballería andante. Como eran caritativas y bondadosas, Tilín hacía caso omiso de los fusilamientos que había ordenado, y todo era batallas y más batallas en las cuales había salido victorioso.

La que ponía más atención á estos homéricos relatos era Sor Teodora

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de Aransis, que seguía con interés febril el giro de los sucesos apostólicos, teniendo siempre en tortura su imaginación y sobrexcitados sus nervios.

Lejos de extinguirse en el rudo corazón de Tilín, madriguera de impetuosas pasiones, el profundo afecto hacia ella, aquel sentimiento había ido tomando cuerpo con los años, variando de naturaleza conforme al giro del tiempo y á las mudanzas del caracter. Era para él la de Aransis objeto de un respeto que rayaba en supersticioso culto, y de tal modo se apoderaron de su ánimo la memoria y la imagen de la esposa de Cristo, que ni un instante se apartaron ambas de su cerebro durante la campaña. Sin embargo, mientras fué soldado la pureza de sus pensamientos era tal y tan grande la fuerza del respeto, que sus afectos parecían más bien un apasionado fervor místico que afición ordinaria entre dos séres humanos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XI

Tenero después que volvió de la campaña y se puso de nuevo, aunque no por razón de oficio, la malhadada sotana de su niñez, Tilín no era el mismo, al menos en la forma. Ya hemos dicho que había perdido su timidez; mas con ella perdió la delicadeza y aquellas formas de respetuoso culto con que antaño solía expresar sus pasiones ó velarlas, dándoles apariencia dulce y simpática, y ahora despuntaba en él una brutalidad desapacible, una expresión ruda y desentonada, cual si desapareciese todo lo que dan la educación, el trato, el tiempo, los lugares, y no quedase más que la obra pura y tosca de la Naturaleza.

Es preciso considerar que aquel hombre de pasiones ardientes, criado dentro de un convento de monjas, amoldado en el hueco de una sacristía tan violentamente como podría amoldarse una espada dentro de un cáliz, había roto su clausura, había ido á los campos de batalla, frecuentando el comercio de soldados, hombres de mundo y bandidos; que había vivido en la independencia del guerrillero y del salvaje, consumando diariamente actos de valor, ensoberbeciéndose con un éxito constante, y aprendiendo á practicar la vida de las pasiones libres y sin artificio, porque el guerrillero es atrevido, brutal, cruel; pero es verdadero en sus sentimientos, lleva su corazón desnudo como su espada, no engaña á nadie más que al enemigo, porque ese es su oficio, y es un tipo del adalid de las primitivas sociedades, luchando por un pedazo de suelo. Considerando esto, se comprenderá que Tilín guerrero, no podía ser el mismo Tilín de marras.

En efecto; Sor Teodora notó que él no la miraba como antes; que no le hablaba en el mismo tono de antes; que sus pensamientos eran más

(c) 2008 Ministerio de Cultura

audaces; que se expresaba con más desenfado. Había en todo él cierta claridad deslumbradora y relampagueante, que hacía daño á la vista; un no sé qué de franqueza y desembozo que causaba miedo. Pero Sor Teodora, fanatizada por la guerra, á que atendía con tanto interés, no alcanzaba á penetrar la razón de esta soltura de Tilín. Si alguna vez paró mientes en ello, considerólo como la desenvoltura propia de un soldado de Cristo, y pensó que aún perteneciendo á las milicias cristianas, han de ser los guerreros muy distintos de los monaguillos.

Tilín trabajaba un día en la huerta. Sor Teodora se acercó y le dijo:

—No se sabe nada de Manresa, Tilín. ¿Qué piensas de esto?

—Yo no pienso nada, señora—dijo el voluntario realista, haciendo un movimiento homicida con el cuchillo de jardinero que en la mano tenía.

—¿Acaso yo puedo dar razón de la guerra? ¿No han creido que todo puede hacerse sin mí?

—Ha sido una injusticia. Ya te he dicho que la madre abadesa piensa escribirle dos letras sobre esto á Jep dels Estanys, y yo le he escrito ya sobre el particular á Doña Josefina Comerford.

—Poco me importan á mí Jep y Doña Josefina—replicó Tilín, poniéndose ceñudo—pues yo estoy decidido á hacerme justicia. ¿Piensa la señora que voy á volver á la sacristía de San Salomó?

—No, eso no: no faltaría más. Tu vocación y tu ardor guerrero te llevan á ser general, y lo serás, sí; ya la historia se ocupará del general Tilín.

—General ó no, yo me vengaré—dijo Pepet con fiereza.

—La venganza es cosa mala, Tilín, muy mala.

Esto decía con unción la monja que tanto se entusiasmaba con guerras y batallas.

—Será cierto; pero yo necesito vengarme. El hombre bueno se volverá malo tal vez; pero ¿quién tiene la culpa?

—No hables de maldades. Es preciso que tú seas siempre bueno. Algunos guerreros han sido santos.

—Yo no seré santo, señora, yo no seré santo, no quiero ser santo—afirmó Tilín con ruda franqueza.—Aunque quisiera serlo no podría.

—¿Por qué?—preguntó la monja disponiéndose á dar á su protegido una lección de teología.

—Porque cada uno nace para lo que nace. ¡Santo yo!—dijo Tilín dando un gran suspiro y sentándose con muestras de cansancio.—Mi corazón está ardiendo como una hoguera que no se puede de ningún modo apagar. Quise ser soldado y apenas empecé á serlo me ataron las manos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Es fuerza que este volcán estalle por alguna parte, y no hay duda que estallará.

Luego acercóse á Sor Teodora y con acento terrible, le dijo sin alzar los ojos:

—Señora, yo no lo puedo remediar; yo haré barbaridades, haré estragos y quizás mi memoria sea maldita.

—¿Por qué? ¡Pepet, estoy aterrada!... Explícame eso—dijo la religiosa poniéndose pálida y juntando las manos.

—¿Por qué?... porque ambiciono mucho y todo lo que ambiciono es imposible. Me faltan alas, me sobra espacio.

—Pues no ambiciones tanto.

—No puedo, no puedo.

Su acento era el de la desesperación.

—¡Qué locura!

—¡Todo es imposible! ¿Cree la señora que me satisface esa guerra mezquina, guerra de estúpidos y de salteadores?... No; yo no quiero mandar somatenes, sino ejércitos. Yo adoro el estruendo, las grandes

(c) 2008 Ministerio de Cultura

marchas, la fatiga, el polvo de los campos, el calor horrible, las hambres, la gloria de las grandes jornadas, los inmensos peligros, la embriaguez de la matanza, las astucias, las sorpresas, las banderas alzadas sobre montones de muertos...

—¡Qué horror! —exclamó la monja cubriéndose el rostro con las manos.

—Yo adoro todo eso... ¿Qué puedo esperar de esta guerra que no tiene más objeto que el robo, ni más movil que la envidia? Bien lo decía yo; mi época ha pasado. ¡Ay de mí! Me atrasé en el nacer; todo lo posible es ridículo y todo lo grande, señora, es tan imposible para mí como poner en el cielo mis manos de barro miserable.

Diciendo esto, se llevó el puño á la cabeza y se hubiera arrancado un mechón de cabellos, si su cabello cortado á lo militar tuviera mechones.

—Después de esta guerra vendrá otra más grande—dijo la religiosa tomando el tono sibilino que tan grande impulso había dado á la vocación de Tilín—vendrán cosas estupendas, y pasarás de esta esfera mezquina de los somatenes á la esfera de las grandes acciones de guerra.

—No, no, no—gritó Tilín, y cada *no* parecía en su boca como un golpe de maza; tal era la energía con que los pronunciaba.

—Vendrá...

—No vendrá nada... Delante de este sacristán destituido no hay más que imposibles. No es sólo el de la guerra.

—¿Cuál otro?

—Otro.

Tilín volvió su rostro, y Sor Teodora se echó á reir.

—Me causan risa tus ardores, Tilín—le dijo.—Apostamos á que al fin y al cabo, después de tanto delirio, acabas por renunciar á las glorias del mundo y te consagras á servir á Dios en la sacristía de las pobrecitas monjas cascabeleras.

—Eso no, eso no, eso no—exclamó Tilín, soltando sus palabras como gemidos de agonía.—Jamás, señora; yo no puedo continuar en San Salomó.

—¡Ya no nos quieres, pícaro!

—¡Oh!... no es eso..—dijo Tilín enternecido súbitamente.—Yo no puedo seguir aquí; soy muy malo y no me puedo vencer. El valiente es cobarde consigo mismo. ¡Yo en esta casa, en la casa de Dios y de la religión!...

Pepet hundió su cabeza, mirando tan cerca un hoyo que delante de

(c) 2008 Ministerio de Cultura

él estaba abierto, que parecía querer enterrarse en vida. Arrojó de su pecho varios suspiros cual si quisiera expulsar de su cuerpo la vida.

—Adios, Tilín—dijo la madre dando algunos pasos hacia el claustro.

La monja se separó de él. Tilín la vió alejarse y no le dijo nada. Después abandonó las herramientas del jardín para ir á la sacristía, ponerse su uniforme y salir á la calle. Largo rato estuvo platicando de cosas indiferentes con el sacristán sustituto. Cuando salió, vestido ya su gallardo uniforme, era casi de noche. Las monjas se retiraban á sus celdas y veíanse sombras blancas que se perdían en el claustro, y oíase rumor de perezosos rezos. Tilín quiso hablar á la abadesa y dirigióse al vestíbulo de donde partía la escalera. Todo estaba oscuro. Vió delante una figura que entraba del claustro para pasar al coro. Tilín la detuvo; Sor Teodora lanzó una exclamación de sorpresa, y antes que pudiese decir una palabra, cayó de rodillas ante ella el sacristán guerrillero, y como un reo que pide perdón, exclamó con voz profunda y sofocada:

—¡Madre, mujer, Sor Teodora...! por Dios, quiéreme.

La hermosa dama se quedó estática y muda; tante le sorprendieron el tono y la voz del sacristán soldado.

—¡Tilín!... ¡Jesús!...—murmuró.

Y Tilín repitió con loco ardor.

—¡Quiéreme, quiéreme!

Su voz temblaba. Después se levantó y tendiendo sus brazos sin atreverse á tocarla, acercó su boca al oido de Sor Teodora y á media voz dijo estas palabras:

—Monja, yo te amo.

—¡Jesús Crucificado, ampárame—gritó la esposa de Cristo llevándose las manos á la cabeza.—¡Satanás, perro maldito, vete!...

Quiso huir. Sintió que sujetaban su hábito. Dió un nuevo grito. Oyéronse pasos y una voz que decía: "¿Quién está ahí?„

Dos monjas que llegaron vieron á Sor Teodora acongojada y trémula. ¿Había tenido una visión? Sensiblemente perturbada se hallaba; pero con un vaso de agua la volvieron á su pristino sér. Tilín había desaparecido.

Largo rato estuvo la madre sin volver de su espanto, aterrada y sobrecogida, sientiendo sobre su alma un peso colosal y una opresión tan angustiosa en su pecho que apenas podía respirar, y todo lo veía negro y rojo, como si se hallase bajo las pavorosas bóvedas del Infierno. La inaudita revelación, tan sacrílega como infame, había producido en su espíritu una sacudida espantosa como la que produciría un reclamo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

verbal del mismo Satanás, reclutando gente para sus calderas. No obstante el espíritu de la buena religiosa estaba absolutamente limpio de pecado en aquel negocio, y ni con fugaz idea, ni con vano pensamiento era cómplice de la execrable pasión de Armengol. Por el contrario el atrevido sacristán representósele desde aquel instante como un sér aborrecible, digno de los más crueles castigos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XII

El primer cuidado de la dama aquella noche después que se retiró á su celda fué rezar, implorando la misericordia de Dios, no en pró de ella misma, que en aquel caso no la necesitaba, sino en pró del miserable extraviado que con sus livianos pensamientos y deseos faltaba horriblemente á la ley divina y profanaba el santo asilo de las castas esposas de Jesucristo. Aun se puede tener por seguro que Sor Teodora de Aransis se dió una buena tanda de azotes y se puso silicio, mortificaciones ambas que habrían caido mejor en el cuerpo del bárbaro criminal que en el de la mujer inocente. La causa de esta severidad con sus propias carnes era que se creía culpable por otro concepto, y como culpable digna de castigo. Veamos la opinión que formó de sí misma.

Dos ó tres horas llevaba de oración y recogimiento después del tremendo suceso, cuando ocurrióle de súbito una idea que le pareció sorprendente por lo juiciosa y atinada. En efecto, aquella idea encerraba una lógica profunda. Según ésta, lo que había pasado á Sor Teodora, aquellas infernales palabras que había oido, aquel brutal hombre que delante de sí había visto, horrorizándola con su delirio, no eran otra cosa que un castigo providencial por su detestable afición á las guerras religiosas. La noble conciencia de la dama iluminóse con esta idea, y comprendió que era contrario á la religión, á la severidad monástica y á las leyes más elementales del amor de Dios su afán por las luchas de los hombres y aquel su deseo de ver triunfar al son de trompetas, cajas, cañonazos y gemidos de moribundos la mansa Fé católica.

Sí, castigo era por haber olvidado la ley de Dios y la santidad de la

(c) 2008 Ministerio de Cultura

orden, contribuyendo á inflamar las pasiones de los hombres. ¿Qué era Tilín sino la personificación monstruosa de aquella misma guerra salvaje, de aquel bando osado, violento, sedicioso, rebelde á toda ley? Sí, ella había consagrado á la infame hidra la vehemencia, el interés, las simpatías y aún el amor que debía á su esposo, y en castigo de esta infidelidad, el ofendido consorte había permitido que la infame hidra se volviese contra ella y la hiriera con una de sus más ponzoñosas garras. Bien, muy bien, la lógica de este razonamiento irradiaba en la conciencia de la noble mujer como un reflejo de verdad divina.

Consecuencia inmediata de tal lógica fueron los azotes que la religiosa se administró, maltratando tan sin piedad sus hermosos hombros y espaldas, que si alguien la viera se habría apresurado á impedir tal desafuero contra la belleza y contra una de las más seductoras obras del Autor de todas las cosas y carnes. Parte de la noche estuvo en vela la madre, orando con fervor, y al día siguiente púsolo todo en conocimiento de su confesor, de quien recibió absolución completa y los más saludables consuelos.

Más tranquila después del acto religioso, Sor Teodora rogó á la madre abadesa que la impusiera una tarea cualquiera aunque fuese de las más penosas. La madre abadesa mandóle que barriese todo el claustro, y apenas cogiera Sor Teodora la escoba para dar principio á su obra, vió aparecer á Tilín, que de la sacristía salió con una espuerta de herramientas y algunos pedazos de madera. Parecióle tan horrible y repugnante, que bien pudo conocer Pepet el espanto que causaba en el ánimo de la señora. Quiso ésta retirarse, pero él le dijo:

—Una palabra, señora, pues va en ello la salvación de mi alma.

—¡La salvación de su alma! Esto era motivo bastante para no huir. Á veces una palabra basta á llenar de gracia un corazón y salvar un alma. Si ella podía decir esa palabra, ¿por qué no decirla? La de Aransis no era gazmoña.

La madre abadesa me ha mandado que clave estas tablas en la puerta—dijo Tilín.—Dios me depara por un instante la compañía de la persona que más amo en el mundo. Señora, si usted no me oye y se va...

Al decir esto, Tilín fijó sus ojos de fuego en el semblante de la asustada monja, y al mismo tiempo mostró un cuchillo enorme que con las otras herramientas tenía.

—¿Qué?...—murmuró ella.

—Si usted se va y no me oye, ahora mismo me parto el corazón con este cuchillo y acabo para siempre.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Diciéndolo mostraba el filo del arma.

Sor Teodora tembló de espanto y no se atrevió á moverse. Veía á Tilín en las agonías de la muerte; veía el convento manchado por la sangre de un suicida, y el horrible escándalo que había de seguir á este hecho. Más muerta que viva tomó su escoba y se puso á barrer á pocos pasos del dragón.

—Señora—dijo éste tomando un martillo.—Yo haré por vencerme; pero es precisa condición que usted no huya de mí.

—Malvado—exclamó la monja, recobrando de pronto su energía—si no temiera ofender á Dios, aquí mismo te rompía la cabeza con este palo. ¿Quién te inspiró tan infames ideas? ¿De ese modo pagas los beneficios que has recibido en esta casa? Sin duda estás dominado por Satanás. Arderás en los infiernos si no te detienes á tiempo.

Y diciendo esto barría.

—Arderé con gusto si ardemos juntos—replicó Tilín, que lanzado por los despeñaderos del sacrilegio, no podía detenerse.—Yo no soy como ningún otro, señora. Veneno y fuego corren ya por mis venas.

—Maldito, para todos hay misericordia; pídela y se te dará.

—No la quiero sin usted...—¿Por qué soy maldito? porque amo. ¿Quién ha hecho los corazones sino Dios? Si usted estuviera fuera de esta casa, ¿qué mal habría en que correspondiera á mi cariño?... Mi cariño es ahora salvaje y loco... pero sería dulce y tranquilo si no hallara tantas espinas cuando se acerca á su objeto. Todo el mal consiste en que es usted monja, en que viste un hábito, en que hizo votos... ¡Ay, señora, hace doce años, cuando le cortaron á usted el cabello... yo era niño y usted era ya una mujer que podía haberse casado con cualquier hombre... Pues digo que cuando le cortaron á usted el cabello sentí que una espada fría me atravesaba el corazón. Desde aquel instante la quiero á usted y la adoro más que si estuviera en los altares.

Sor Teodora iba á contestar, pero no pudo y siguió barriendo.

—Eso de ser monja—añadió Tilín, clavando un clavo—es lo que me atormenta. Yo digo que á veces es Satanás quien hace los conventos. Este por lo menos obra suya es... No me hable usted de Dios, ni me llame irreligioso, ni sacrílego... todo eso será verdad, será verdad; pero no quiero oirlo... Demasiado me atruena la tempestad que zumba en mis oidos... Hay un medio de cortar este mal, señora—añadió suspendiendo su obra y mirándola con fijeza y una especie de extásis deleitoso, que le hacía poner los ojos en blanco;—hay un medio. Usted que es tan santa, usted que conseguirá de Dios cuanto le pida, pídale que le arran-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que esa soberana hermosura; que le apague la luz de esos ojos divinos; que le quite esa gracia y ese encanto hechicero prestado por los ángeles del cielo; que le prive de ese noble continente y de ese modo de mirar, el cual parece que va repartiendo dones donde quiera que vuelve los ojos; pídale usted esto, y entonces... no entonces tampoco dejaré de quererla, tampoco entonces.

Sor Teodora volvió el rostro. Creía sentirse extrangulada por una serpiente que se enroscaba en su cuello.

—Este miserable no tiene salvación—pensó.—Abandonémosle.

Y dió algunos pasos para alejarse.

—Señora—gritó Tilín lleno de despecho—nos veremos, nos veremos cuando usted menos lo piense.

Esta audaz despedida, que era una amenaza, despertó tal cólera en el ánimo de la de Aransis, que se volvió y dijo:

—¿Pues qué, menguado y vil hombrecillo, todavía esperas que he de tolerar una vez más tus groserías? Yo te juro que es hoy el último día que pondrás los piés en esta casa.

—Eso dicen, señora. Ya me ha mandado la madre abadesa que no vuelva más, porque el capellán se ha quejado de mis entradas aquí.

—¿Lo ves, lo ves, execrable víbora?

—Sí, ya me han prohibido la entrada, y en cuanto clave esta puerta adios para siempre San Salomó, mi querido San Salomó, donde está mi vida toda... Pero volveré, señora, yo juro á usted que me verá cuando y donde menos lo piense. Esto no se puede dejar.

La monja sintió que su terror se aumentaba. La imagen detestable de Tilín se le representó lo mismo que el terrible indivíduo que está á los piés de San Miguel.

—Volveré—repitió Tilín levantándose y recogiendo las herramientas.—Hasta luego, señora... No se digna mirar al pobre condenado. Señora...

La monja se alejaba rápidamente. Huía como se huye del mónstruo más horrendo.

—Sí... me condenaré...—murmuró Tilín.—Ya estoy condenado... Sí, ya lo estoy, si ya no puedo salvarme.

El sacristán guerrero estaba tan absorto en sus pensamientos que no vió á la madre abadesa que hacia él venía.

—Tilinillo—le dijo la señora,—antes que te vayas arregla el emparrado de la huerta. Ya ves que con el peso de los racimos y lo mucho que ha crecido la vid amenaza caerse uno de los palos y rompernos la crisma el día menos pensado. Ponle un par de clavos y nada más.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Ya había pensado en ello, señora. Voy á traer la escalera grande que hay en la iglesia. Compondré el emparrado y también daré una mano de cal á las tejas del palomar que se están cayendo.

—Bien, hombre, bien, todo se te ocurre—dijo la buena madre entusiasmada con la previsión del sacristán soldado. Yo no tendría inconveniente en que siguieras entrando aquí. ¿Qué importa? Tú eres bueno; te hemos criado desde niño... sabes respetarnos y nos quieres mucho... pero el señor capellán me ha dicho hoy que esto no puede consentirse... y hoy te despedirás de nosotras. Pero vendrás á vernos por el locutorio, ¿no es verdad?

—Sí, señora, volveré por el locutorio.

—Espero que otra vez tomarás parte en la campaña. ¡Qué injusto ha sido contigo ese bribón de Pixola! Ya le he escrito á Jep... Por las espinas de Cristo, que es un dolor ver oscurecido á militar tan valiente. Es lástima que no hayas ido á Manresa.

—Aún es tiempo: iré.

—¿Con la gente de aquí?

—Con la gente de aquí, ó conmigo solo.

Y sin más razones fué á buscar la escalera. Viósele después sobre el emparrado, sobre el palomar y andando por el filo de la gran tapia. Parecía el gato de San Salomó recorriendo sus dominios. Después se encerró largo rato en la leñera, sala baja que antes de la embestida de los franceses fué refectorio y pasando á trastera estaba completamente atestada de restos de madera y de retama para los hornos de bollos. Allí estuvo Pepet revolviendo todo en busca de no sabemos qué materiales para la obra magna que pensaba hacer en el palomar. Grande fué su tarea; pero al anochecer dió todo por concluido, y puesto el uniforme y despidiéndose de las monjas, salió del convento.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XIII

Había decidido poner fin á aquel estado de destierro y vergonzosa inacción en que le tenía el envidioso Abres y correr á compartir las fatigas y las glorias del ejército apostólico junto á los muros de Manresa. ¿Qué le importaba la desaprobación de su jefe inmediato? Él hallaría modo de congraciarse con Jep dels Estanys, y si no lo lograba obraría por cuenta propia organizando un somatén libre que levantara una bandera enfrente de todas las banderas habidas y por haber; y si no conseguía esto tampoco se sometería al fallo de la Junta Suprema para que le fusilase, le quemase, le descuartizase ó hiciera con él todo lo que una Junta Suprema puede hacer con un oficial rebelde.

Su osadía no reparaba en consideración alguna, y tanto desprecio le inspiraba la disciplina como el peligro.

Concertóse aquella misma tarde con dos docenas de amigos, gente que nada tenía que perder, de esa que lo mismo sirve para lances heróicos que para la empresas más desalmadas, y al cerrar la noche salieron todos de Solsona, sin dar cuenta á nadie, resueltos á no parar hasta Manresa.

Deseaba Tilín acometer con los suyos una empresa grande y terriblemente difícil, cosa en verdad más posible en pensamiento que en realidad, por no ser aquellos tiempos propios para ninguna especie de grandezas como no fueran las grandezas de la vulgaridad. Hallándose su alma empapada, digámoslo así, en tan sublime idea, forzó la marcha para llegar pronto, y después de andar sin descanso por espacio de una noche y un día, apartándose de los caminos más frecuentados, llegó á

(c) 2008 Ministerio de Cultura

San Mateo de Bagés, donde supo que las tropas y somatenes de la causa apostólica estaban sobre Manresa aguardando el momento de la entrada, el cual no iba á depender de sangrientas peleas ni de empeñados asaltos, sino del soborno de la guarnición de la plaza. Decir cuanto enfrió esta noticia el ánimo de Tilín fuera inútil, conociéndose sus bríos indomables y su natural violento y despótico, para quien el empleo de la fuerza era una necesidad, una delicia y la única razón y lógica posibles.

Resolvió ante todo presentarse al general en jefe, á quien había escrito una carta muy expresiva la madre abadesa, y manifestarle que no podía servir á las órdenes de Pixola, porque Pixola era un hombre rastrero, vil, envidioso. Después pensaba pedirle el puesto de más peligro en los próximos combates, para borrar con un comportamiento heróico sus faltas de disciplina.

En San Fructuoso de Bagés halló Tilín al comandante general de los sublevados, el hombre de confianza de la Junta, el brazo de aquella inmensa intriga de canónigos inquietos, de inquisidores cesantes y de seglares sin empleo que tenía su centro en Madrid, no se sabe si en la sociedad del *Angel Exterminador* (cuya existencia no está históricamente demostrada) ó en el misterioso cuarto del infante D. Carlos.

D. José Bussons, llamado vulgarmente *Jep dels Estanys*, era un guerrillero anciano, seco, pequeño, pero fuerte y ágil todavía, de caracter violento y agrio. Hablaba poco, reía menos y era el hombre más blasfemo de Cataluña, y áun puede decirse de toda la cristiandad; pero esto no era obstáculo para que los píos autores de la rebelión hicieran de él el Josué de la guerra apostólica, por aquello de *operibus credite non verbis*. Y las obras de Jep eran las más propias para despertar gran entusiasmo entre la gente oscura y envidiosa que rumiaba su descontento en claustros, sacristías y camarillas episcopales, porque poseía el instinto de la organización bélica y había establecido la practica de que las gavillas de la Fé rezasen el rosario entre batalla y batalla. De la conciencia privada, digámoslo así, de Jep dels Estanys puede juzgarse por el hecho inaudito de recibir á bofetadas á los sacerdotes que quisieron prestarle los auxilios espirituales cuando fué condenado á muerte en el sangriento epílogo de aquella campaña.

Según declaró en su último instante, había estado diez y ocho veces en la carcel por diferentes crímenes, aunque los principales, dicho sea en disculpa suya, eran delitos de contrabando. Su educación guerrera la hizo en las gloriosas peleas contra el fisco, y sus primeros laureles los ganó pasando géneros prohibidos. De esta escuela pasó á la de la guerra

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de la Independencia, saltando de contrabandista á coronel. Guerreó más tarde contra los constitucionales, ganando una pensión vitalicia de veinte mil reales con que el Rey quiso premiar méritos tan sobresalientes. Detestaba la vida pacífica y normal de las ciudades y el noble trabajo de la industria. Su más grata mansión era el campo, su descanso el cansancio, su cama las duras peñas; tan bien vivía bajo un sol abrasador como sobre nieves y hielos, con tal que no le faltase un pedazo de pan y un tomate crudo para desayunarse. Cuando no había guerra era preciso, según él, inventarla, conformándose en esto con el pensamiento de Voltaire respecto á Dios.

No era ambicioso de riquezas; inquietábale un afán insaciable, que según unos era el afán de hacer daño. Despreciaba las penalidades y sabía cómo se conciliaba el sueño en los calabozos, lugares de comodidad y regalo para quien había aprendido á dormir á caballo ó en la rama de un árbol. Tenía la audacia y la presteza del cernícalo, así como su crueldad. Su cara era seca, áspera y arrugada como un pedazo de leña vieja.

Jep dels Estanys.

Cuando se ofrece á la contemplación de nuestros lectores, vestía uniforme de voluntario realista sin cruces ni insignias, no llevando el ingente chacó con que se decoraban los indivíduos de aquel cuerpo, sino la montera catalana doblada hacia adelante, como la usaban la mayor parte de las tropas. Á éstas las trataba caprichosamente, siendo unas veces severo con las faltas, y otras muy tolerante, según estaba de humor. La buena estrella de Tilín quiso que éste fuese bueno aquel día,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

y así, después de observarle de piés á cabeza, le dijo el general con cierta sorna:

—¡Ah! eres tú el que se ha criado en las faldas de las monjas... Bien, bien. Ya sé que eres valiente. Á mí me gustan los hombres valientes sobre todo. Á mí también me criaron monjas. Mi madre era criada de las madres del monte Olivete en Tortosa... Pero esto no hace al caso.

—Lo que pido á vuecencia—dijo Tilín con entereza—es que me conceda el puesto de mayor peligro en la toma de Manresa. De este modo lavaré mi falta.

—¿Qué falta?—preguntó Jep con asombro.

—La de no haber obedecido á Pixola. Yo quería tomar parte en la guerra y no estar mano sobre mano en Solsona

—¡Ah!... Ya sé que Pixola es un bruto. ¿Quién hace caso de Pixola? Has hecho perfectamente en venir aquí... ¿Y qué grado tienes?... ¿Nada menos que comandante?... Cuando esto se acabe rectificaremos todos los grados, y el Rey, cualquiera que sea, dará los premios que cada cual merezca... Mira, chico, ya que estás aquí, puedes prestarme un servicio. Estos brutos no sirven para nada. Todavía están mis botas sin limpiar... Hace dos horas que están arreglando los arneses de los caballos... Mira, Tilín, límpiame esas botas que están llenas de barro.

El comandante general, calzado con alpargatas y sentado junto á una mesa sobre la cual garrapateaba un oficio, señaló sus botas que estaban arrojadas en un rincón de la sala junto á un montón de ropa sucia. Viéndolas parecía que se veían los piés de un borracho. De un morralillo sacó Jep un cepillo y lo tiró al otro extremo de la sala.

—Ya tienes lo necesario—dijo tomando la pluma con no poca dificultad. —¿Con que tú quieres un puesto de peligro? Lo mismo fuí yo en mi mocedad. ¡Un puesto de peligro! Eso es, ó ser soldado ó no serlo. Lo demás se deja para las damas. El inconveniente, chiquillo, es que ahora no habrá puestos de peligro. Como nosotros guerreamos por órdenes que vienen de muy alto; como á nosotros nos apoya parte de la Corte si no toda ella, y hay un manejo secreto que hace inútiles las bayonetas, la guarnición de Manresa se rendirá. Allá dentro hay unos nenes de sotana que harán más que todos los generales... Sin embargo, puede que tengas donde lucirte. Has subido mucho, monago; veo que aquí cada uno se da á sí mismo los grados que le acomodan.

Echóse mano al bolsillo y sacando los trebejos de fumar, dijo:

—Mira, Tilín, toma dos cuartos y vete á comprármelos de yesca. Doblas la esquina de esta casa y enfrente ves la lonja de Alfarrás. Tráe-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mela pronto, que quiero fumar... pronto digo: me gusta la gente de piernas ligeras.

El soñador Tilín, cuyo cerebro hervía con el movimiento y bullicio de gloriosas batallas, sintió su corazón atravesado por una aguja de hielo y una sensación de caida semejante á la que tenemos cuando en sueños nos despeñamos de una alta cima sobre abismos sin fondo. Arrojó el cepillo con desdén, y tomados los dos cuartos, salió diendo para sí:

—¡El Demonio me lleve! Ni esto es guerra, ni estos son soldados, ni esto es causa apostólica, ni esto es decencia, ni esto es valor, sino una farsa inmunda.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XIV

Los intrigantes que dentro de Manresa trataban de ganar á la tropa de línea no pudieron convencer á algunos oficiales de la ventaja que obtendrían en su carrera, pasándose á la insurrección. Estos oficiales eran hombres de honor que no se vendían por dinero, ni tampoco por las promesas de salvación eterna. Pero los conspiradores lograron sobornar á algunos y á casi todos los sargentos del regimiento de la Reina, empleando entre otros argumentos el de que la Junta de Cataluña tenía poderes secretos del Rey para sublevarse contra el mismo Rey. Al leer esta pestilente página de nuestra historia es preciso tener mucha lástima de un soberano contra quien se sublevaba una parte del reino, tomando su nombre. Pero la doblez ya proverbial del hijo de Carlos IV autorizaba este procedimiento.

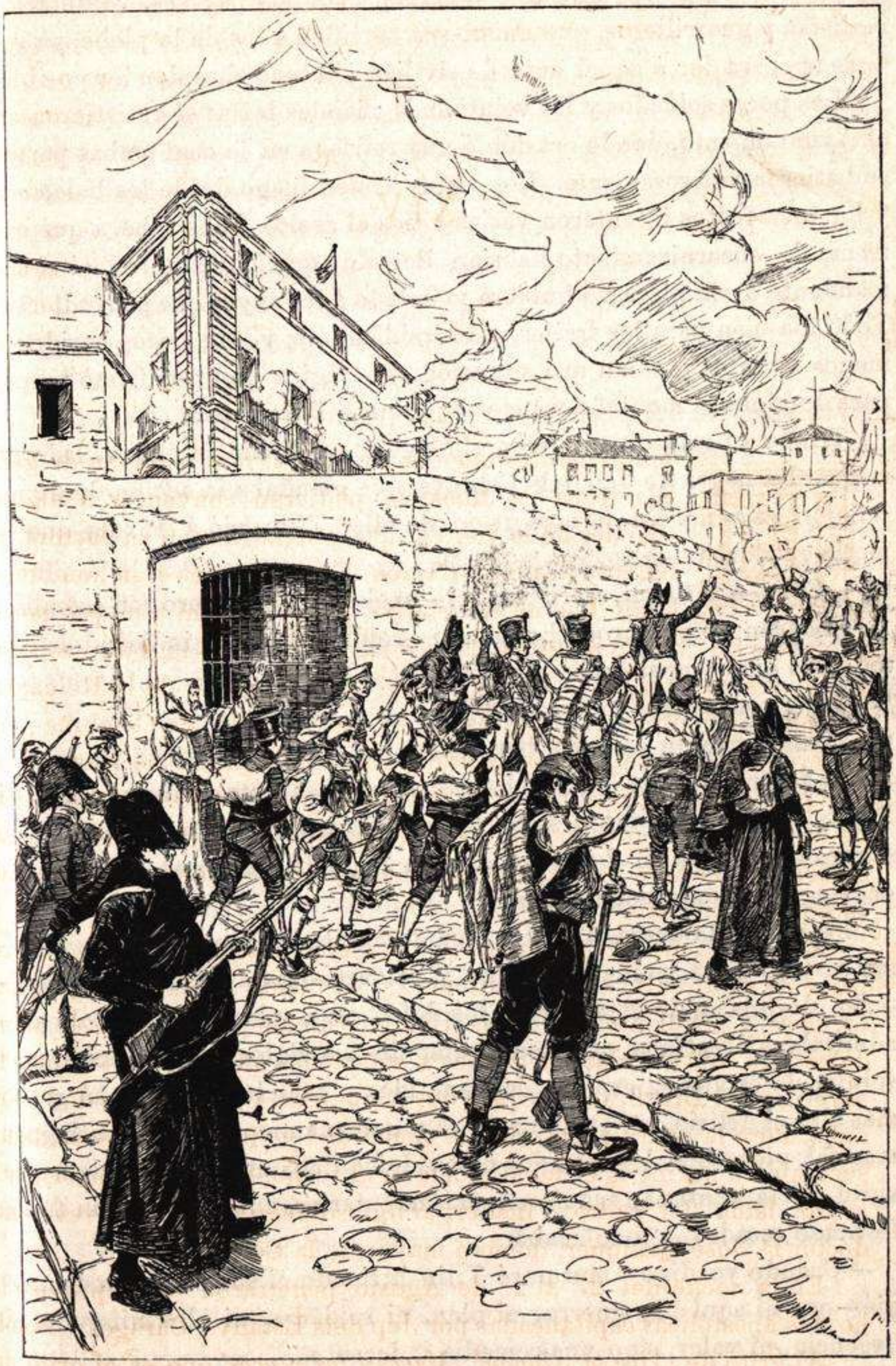
Manresa tiene buena situación para una defensa. Rodéala en gran parte de su circuito el río Cardoner, y su planta es enriscada, agria y tortuosa, y pendientes sus calles. Una guarnición pundonorosa la habría defendido contra todas las bandas y somatenes que pueden eruptar las cavernas del Bruch, los bosques del Ampurdan y las grietas de la Cerdaña. Pero la guarnición, salvo la oficialidad y un puñado de soldados, sucumbió á las intrigas, no al plomo ni al fuego, y se dejó vencer por la astuta labia del padre Vinader, religioso mínimo, y del reverendo doctor D. José Quinquer, domero mayor de la Colegiata.

En la noche del 27 al 28 de Agosto penetraron de improviso las hordas apostólicas capitaneadas por Jep dels Estanys, Caragol y Pixola.

Al grito de *¡Viva la religión! ¡Mueran los negros!* que es el grito que

(c) 2008 Ministerio de Cultura

servía entonces para la consumación de todas las hazañas populares, fueron asaltadas muchas casas y ultrajadas multitud de personas que no



(c) 2008 Ministerio de Cultura

eran todas liberales: la mayor parte habían incurrido en el desagrado apostólico por la tolerancia de su realismo y la suavidad de su celo religioso. La ciudad fué al punto dominada por los payeses, voluntarios realistas y guerrilleros, que unían sus berridos á los de la plebe, ya sobornada para dar á aquel acto de civilización todo el esplendor posible.

Los pocos soldados y los veinticinco oficiales leales se resistieron en el Ayuntamiento, dando ocasión á una refriega en la cual ambas partes se batieron valerosamente. Los leales hacían fuego desde los balcones, y los insurrectos intentaron varias veces el asalto. Dios sabe á qué extremo de encarnizamiento habrían llegado aquellos hombres, si el comandante de la plaza no hubiera mandado á los suyos que se rindieran. Todo iba bien para los frailes, admirablemente; y con pocos heridos y menos muertos poseían una situación estratégica de grandísimo precio para dominar la montaña y tener en jaque á Barcelona.

Tilín y su gente sostuvieron el fuego en el Ayuntamiento al lado de la guardia negra de Jep dels Estanys, que mandaba la acción desde un callejón cercano. En lo más recio de ella, Tilín vió á Pixola que se metía entre el tumulto.

—¿Cómo estás aquí, sacristanillo?—exclamó el carnicero con asombro.

—Ladrón, estoy porque he venido—replicó el joven, indicándole con un gesto que se apartara.

—¿Por qué saliste de Solsona?

—Porque me dió la gana, borracho.

El furor bélico de Tilín daba á sus palabras extraordinario brío. Si Pixola en aquel instante se le pusiera delante en ademán hostil, de seguro le partiera en dos, como hacían los caballeros andantes con los endriagos y mónstruos fabulosos.

Pepet habría deseado que el Ayuntamiento de Manresa fuera altísimo castillo con formidables torres y baluartes, para acometerlo y asaltarlo, despreciando el ardor de los defensores, y hacer allí uno de esos admirables desatinos que son pasmo de los siglos: pero cuando más sublimado estaba su espíritu con esta idea y cuando sentía en su grado más alto el delirio de la matanza y el espeluznamiento de la embriaguez marcial, vióse que los sitiados no se defendían; un pañuelo blanco se agitó en la ventana, acudieron parlamentarios, entró y salió un fraile llevando recados, y todo acabó.

—Cuando yo digo– murmuró Tilín hiriendo el suelo con furibundo pié—que ni aquí hay guerra, ni plan, ni soldados, ni idea ninguna, ni decencia, ni valor, sino una comedia indecente...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Los oficiales y soldados del Rey fueron al punto desarmados, y Jep, tomando posesión de la casa municipal, procedió á la formación de la indispensable Junta. Mientras se nombraba, los frailes y canónigos se confundían en las salas del edificio con los guerrilleros y jefes de somatén. Parecía aquello un mercado de infames ambiciones en que la vanidad cotizaba los servicios de cada sugeto en las campañas de la intriga. Un lenguaje soez compuesto de los vocablos más populares sobresalía entre aquel tumulto como el espumarajo que corona las olas agitadas del mar. Sobre aquel espumarajo de dicterios, de voces de venganza, de insultos y de blasfemias, se destacaron al fin los nombres de los elegidos para componer la Junta, el padre Vinader, de la orden de mínimos, el canónigo Quinquer, el guerrillero Caragol, el médico D. Magín Pallás y el regidor San Martín.

Durante la elección unos cuantos desalmados de la horda de Pixola invadieron la casa del gobernador, arrastraron, sacándola del lecho donde estaba enferma, á su esposa, y ya les tenían á ambos en medio de la plaza con los ojos vendados para fusilarles, cuando D. José Saperes (Caragol) que era el más humano de los junteros, acudió y pudo impedir un horrible crímen. Los demás atropellos no fueron de consideración. Pero gran parte del vecindario abandonó la ciudad en la mañana siguiente buscando refugio en Barcelona.

Inútil es decir que el primer cuidado de la paternal Junta fué publicar una proclama y dar las consabidas órdenes para que todos los oficiales se presentasen, sin que se olvidara la cobranza de un año de contribución y el reclutamiento de los quintos del último reemplazo. La tradición revolucionaria fué escrupulosamente cumplida, probándose que no en vano habíamos tenido en nuestra historia cursos completos de motines. *La santa causa del Trono y del Altar*, como decía la proclama de Manresa, que poco después fué quemada por la mano del verdugo, como lo fuera años antes la Constitución del 12, plagiaba ramplonamente á los demagogos de las Cabezas de San Juan.

El día después de la toma de la ciudad, Jep dels Estanys trató á Tilín con desvío, no demostrando admiración de sus dotes militares, y después de preguntarle si tenía buena letra le puso á escribir oficios. Mucho disgustó á nuestro héroe verse en la triste condición de escribiente; pero no quiso manifestar su cólera. El mismo Jep debió conocer cuánto le mortificaba la inacción.

—Mira, Tilín—le dijo al día siguiente,—me ha hecho notar el señor Pallás, individuo de la Junta y médico de la ciudad, que las calles están

(c) 2008 Ministerio de Cultura

llenas de inmundicias y que esto puede ser causa de enfermedades. No es natural que nuestros bravos chicos se ocupen en limpiar las calles, ¿verdad?

—Tiene razón vuecencia—repuso Tilín decido á dejarse fusilar antes que envilecer su persona con el oficio de barrendero.

—Pues mira, Tilín, vas á hacer lo siguiente: Ya sabes que la carcel está llena de presos. Son los liberales y toda la gentuza negra de Manresa... conozco á algunos. Esos son los que van á poner á nuestra ciudad como el mismo oro. Llévate un par de docenas de hombres armados, entra en la primer tienda donde encuentres escobas y cubos para agua y toma tantos como sean los presos... me parece que estos pasarán de veinte. Luego vas á la carcel, sacas á los negros y á cada uno le pones en la mano su escoba y su cubo. Ellos limpiarán y tus soldados les vigilarán. Al primero que se niegue al trabajo, ó murmure de nosotros, ó pronuncie algún vocablo contra el Altar y el Trono me le dejas en el sitio. No te digo más.

Ni él necesitaba más. Aquella tarde se hizo todo como lo había mandado el jefe y las calles quedaron limpias de inmundicia. No así el corazón de los apostólicos, que cada vez se enfangaba más.

El héroe de San Salomó había de tener otros empleos y ocupaciones durante su residencia de cerca de dos meses al lado de la Excelentísima Junta Superior. Un fraile que acompañaba á Jep en calidad de jefe de división y que tenía la audacia de escribir furibundos libelos con la horrible firma de *El padre Puñal*, quiso tomar á Tilín por ayudante. Negóse éste y un día se trabaron de palabras. Cada cual sacó á relucir su gerarquía militar. De las palabras vinieron á las acciones y Tilín tuvo la suerte de poder pasearse sobre las costillas de su enemigo, á quien no dejó hueso sano. El escándalo fué grande y Pepet pasó á un calabozo, de donde le sacó días después otro fraile que le tenía grande afición. Vióse luego maltratado por Jep dels Estanys y favorecido por Caragol; pero fué víctima de las hablillas, y una mañana Caragol le llamó simple.

Su caracter impetuoso, su afán por sobresalir y su indómita soberbia, diéronle fama de díscolo y revoltoso, y nadie hacía buenas migas con él. Sus mejores amigos le abandonaban, y si hubiera intentado echarse al campo con un somatén de su propia pertenencia, no habría encontrado quince hombres que le siguieran. Aquella esfera de vulgaridad y de bajeza era muy impropia para el desarrollo de su caracter despótico y soberbio, que necesitaba acción incesante y vasto campo para ejercer su

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dominio. Aquella guerra no era guerra, era una campaña de rencillas, de insultos, de miserias, de contiendas pequeñas, semejantes á las disputas de las verduleras. Una revolución grande y atrevida, una de esas revoluciones descaradas que atacan lo más firme en nombre de cualquier idea fija y van derechas á su objeto hasta que vencen ó se estrellan, hubiérale sobrepuesto á la multitud, personificando en su ruda figura todas las violencias disfrazadas de justicia, la firmeza heróica y quizás todas las maldades y excesos de la pasión humana; pero en aquella sentina de intrigas frailescas tenía que hundirse necesaria y

fatalmente. Era inepto para toda intriga. Capaz de los más febriles arrebatos del valor y de la audacia, en la ociosidad de la plaza ganada no era más que un pobre monaguillo.

El fraile que ya á fines de Setiembre le había sacado de la carcel le demostraba siempre mucho cariño. Regalábale frutas y dulces de mondjas; pero con confites no se conquistaba el corazón inmenso del voluntario realista. Un día el padre Bernardino de Chirlot le dijo:

—Querido Armengol, si hubiera muchos hombres como tú, facil sería dar al traste con ese fantasmón orgulloso que tiene forma humana y se llama Caragol. Yo sé que muchos religiosos verían con gusto que la

(c) 2008 Ministerio de Cultura

actual Junta era disuelta á puntapiés y nombrada en su lugar otra de verdaderos católicos... Á todas partes llega el francmasonismo.

—Padre Chirlot—dijo Tilín, ébrio de cólera—tan canalla sería una Junta como otra, y tan bestia es Caragol como todos los demás. ¿Quiere usted sobornarme para una sedición?

—Todo sería que te dieran medios para ello—replicó el fraile, acariciándose la luenga barba rubia semejante á la cola de un caballo.

—¿Me darían dinero?

—Tal vez—dijo el capuchino con malicia.

—¿Y hombres?

—Tú los buscarías. Con dinero convertirás las piedras en hombres.

—¿Y el objeto?... ¿el fin?... ¡Ah! ¡padre Chirlot de todos los demonios, para farsa asquerosa basta ya! Váyase usted con Barrabás.

Y se retiró dejando al fraile medianamente corrido.

Al llegar al alojamiento del general en jefe, vió á éste en la puerta con las manos metidas en la faja, paseando de largo á largo.

—¡Monago!—gritó Jep dels Estanys.

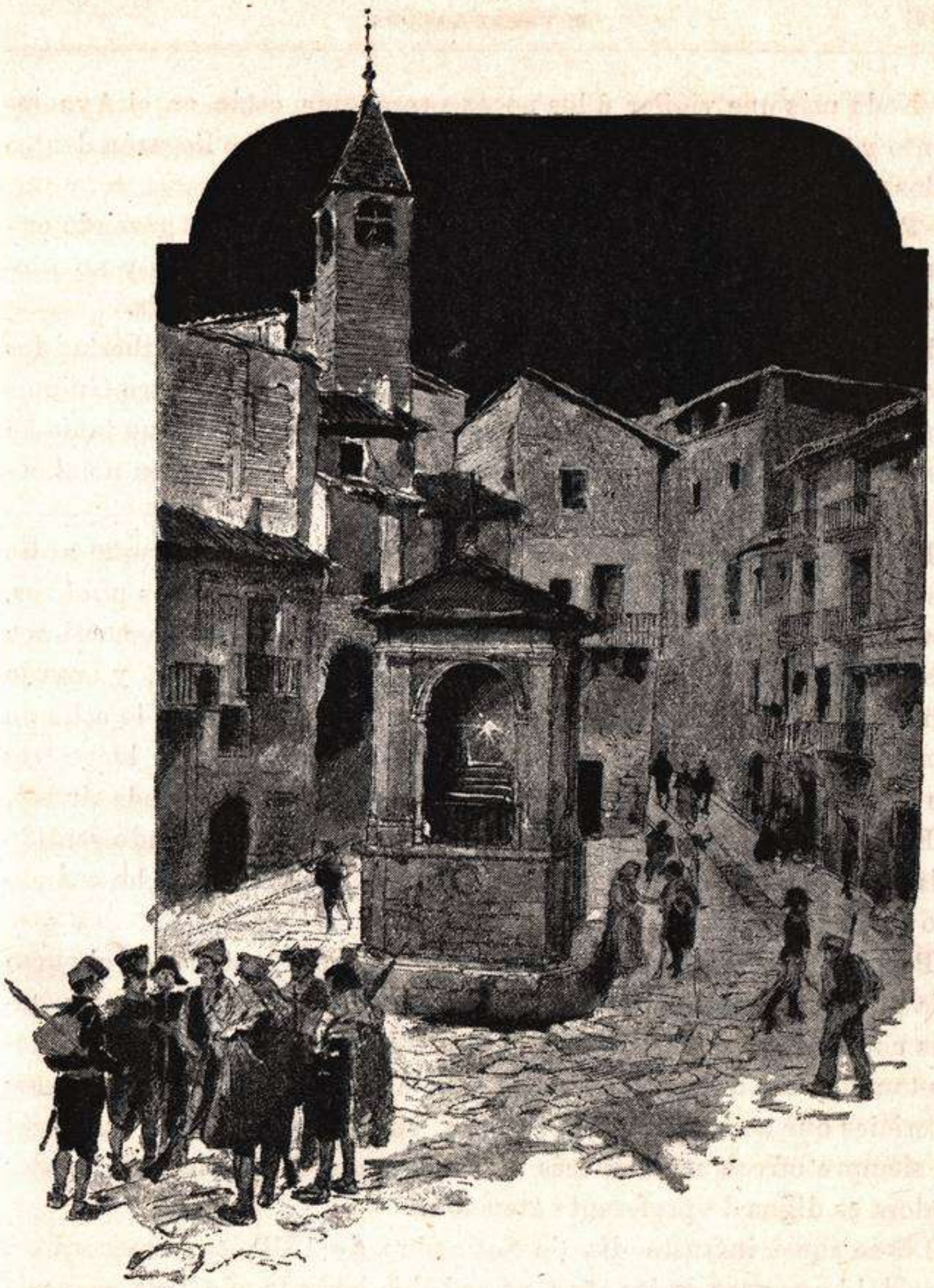
—Este nombre causaba á Tilín enojo violentísimo, que no se atrevía á manifestar por temor de hacerse más ridículo.

—¿Qué manda vuecencia?—dijo.

—¿Por qué estás tan pálido?... ¿Te pasa algo? El Demonio cargue contigo... Mira, monago, lleva mi caballo al río y dale un baño.

Pepet Armengol tomó el caballo, lo sacó de la ciudad, y al llegar al camino montó en él en pelo, y oprimiéndole los ijares con sus talones sin espuelas, lo lanzó á la carrera por el camino de Solsona. Su alma sentía inefables delicias en aquella carrera, semejante al loco desbordamiento de su fantasía. Estaba solo, corría, era libre.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



XV

Arribó de noche á la ciudad y se apeó en casa de Mosén Crispí. Al día siguiente los pocos hombres de armas que guarnecían la ciudad le recibieron con simpatía, mostrándose dispuestos á obedecer al sedicioso, por cierta inclinación instintiva que tenían todos ellos á la anarquía.

—¿Qué órdenes teneis?—les dijo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Nada más que vigilar á los pocos presos que están en el Ayuntamiento y alojar á las facciones de Aragón y Navarra que llegarán dentro de dos días.

—Pues es preciso hacer todo lo contrario—afirmó Pepet gozando extremadamente en la rebeldía,—es preciso soltar á los presos y no preparar alojamiento alguno á esa nueva canalla que ha de venir.

En la mañana del 30 de Setiembre fueron puestos en libertad los presos, siendo los primeros que vieron la luz del día D. Pedro Guimaraens y D. Jáime Servet. En cuanto al borracho de Mañas que tenía en Solsona una sombra de autoridad, harto beneficio le hacían en no ahorcarle. El vino acabaría con él.

Llenos de alarma y susto estaban los solsoneses al ver que nadie mandaba en la ciudad, porque Tilín no se dejaba ver en sitios públicos, ni cuidaba de nada, ni impedía que unos cuantos desalmados cometiesen desafueros y maldades. También las monjas se asustaron, y cuando Tilín fué á visitar á la madre abadesa por el locutorio, ésta le echó un sermón por su mala conducta. El antiguo sacristán estuvo luego tres días sin repetir su visita, y rara vez se le veía en las calles de la ciudad.

Excusado es decir de Sor Teodora de Aransis que habiendo sentido vivísimo contento por la ausencia del dragón, se asustó mucho cuando tuvo conocimiento de su llegada.

Puesto que esta ilustre señora nos ha de ocupar bastante en el curso de la presente historia, convendrá que como complemento de las ámplias noticias que se han de dar, de su vida y de su caracter, mencionemos también los objetos materiales que la rodeaban. De estos objetos materiales que acompañan á la persona, sirviéndole como de marco, el que siempre ofrece más interés es la vivienda; y la vivienda de Sor Teodora es digna de preferente atención.

Desde aquel infausto día de Setiembre de 1810, cuyo recuerdo, á pesar del lento paso de los años, no se había borrado aún de la memoria de la madre Monserrat, la casa de San Salomó, horriblemente profanada por los franceses, había recibido varias reparaciones; pero el ala occidental del claustro continuaba en el suelo. En la parte alta de dicha ala, que estaba formada por una fila de doce celdas, había una gran solución de continuidad debida á la desaparición de cuatro celdas, de modo que quedaban cinco unidas al cuerpo central del edificio y tres aisladas en el extremo de la crujía. En la solución de continuidad subsistía parte de las paredes, el techo era nulo, las puertas estaban tapiadas, la galería de unión estaba reparada y era perfectamente practicable. Disputas y

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cuestiones entre las monjas sobre los fondos del convento habían impedido reedificar la parte demolida, y tan sólo se habían hecho las obras de albañilería necesarias para que la destrucción no fuese á mayores. Á las tres celdas que habían quedado solas al extremo del ala, dieron las madres un nombre muy propio; las llamaban *la Isla*, y en ellas habitaban dos religiosas. La tercera celda, que era muy pequeña y casi inhabitable, servía de despensa á entrambas señoras. Una de las monjas que habitaban la Isla era Sor Teodora de Aransis. En la época de nuestra historia era la única, porque su compañera había muerto.

El monasterio constaba: de un cuerpo de edificio pegado á la iglesia, y de dos alas paralelas que partían en ángulo recto y en dirección de Sur á Norte. Separábalas el rectángulo del claustro. El centro y ala de Oriente hallábanse intactos. El ala de Occidente era la que tenía la solución de continuidad y la Isla. El claustro que resultaba de estas tres construcciones, estaba cerrado al Norte por el piso inferior que contenía el refectorio nuevo: en el superior hallábase abierto y un gran tejado servía de punto de unión impracticable á los extremos de las alas.

Diferentes veces dijo la madre abadesa á Sor Teodora de Aransis que mudase de habitación, para que no viviera sola en aquel apartado sitio; pero ella, sin rechazar la idea, hizo propósito de permanecer allí durante el estío, por razón de la frescura que en aquella parte del convento se disfrutaba. La celda tenía su puerta hacia la galeria del claustro, una pequeña reja al Poniente y otra grande al Norte, sobre la huerta, cuya frondosidad embelesaba el sentido en noches de verano. Desde aquellas rejas que distaban poco de la gran tapia del convento, se veían las murallas de la ciudad, sólo separadas de éste por la tortuosa calle de los Codos, la puerta del Travesat y parte de la campiña y de las montañas.

Interiormente era la celda un lugar sosegado y delicioso por el dulce silencio que en él reinaba á causa de su alejamiento del centro del edificio. Perfecto orden reinaba allí, así como la pulcritud más refinada, no siendo la austeridad tan excesiva que convidase al ascetismo, ni tanta la pobreza que inspirase un vivo anhelo de ser santo. Por el contrario, Sor Teodora tenía en su morada varios objetos primorosos que había traido de su casa, entre los cuales descollaban algunos vasos y jarros de plata, una alacena de talla que habría honrado á cualquier museo y un tapiz, obra de sus hábiles manos, que hubiera caido maravillosamente en el gabinete de una dama del siglo. Dos ó tres pinturas del mejor gusto, algunas imágenes de madera que no lo eran tanto, tres docenas de

(c) 2008 Ministerio de Cultura

libros, muchísimas flores contrahechas que casi competían con las verdaderas, completaban el ajuar.

Como la regla mandaba que las monjas no tuvieran cama sino un solo colchón puesto sobre el suelo, el lecho de Sor Teodora, como el de todas las monjas de San Salomó y el de muchas monjas que hoy

existen en Madrid y provincias, era un inmenso colchón de tres piés de alto. Véase aquí como interpretando la regla por la manera más ingeniosa y burlándola en realidad, convertían las monjas la mortificación en comodidad, y la pobreza en el refinamiento del bienestar.

Ciertamente convidaba á una vida regalada y tranquila, tal como pueden desearla los egoistas más empedernidos, aquel dulce retiro que

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tenía las ventajas del aislamiento, del silencio, de la calma unidas á las comodidades de una dorada medianía. Pocos habrá que no tengan la abnegación de ser pobres, austeros y recogidos en una cueva de tal naturaleza, donde no puede llamarse virtud el apartamiento del mundo. Había allí cierta elegancia unida al aseo más grato; había delicado olor de flores, que no sabemos si es parecido al que los beatos llaman olor de santidad.

Recogióse Sor Teodora en su apacible nido después de cerrar la puerta, no con llave ni cerrojo, porque las celdas de los conventos no tenían entonces aquellas seguridades, reputadas inútiles, sino simplemente con un picaporte que lo mismo podía abrirse por fuera que por dentro. Encendió su lámpara, tomó un libro y se puso á leer.

Después de leer tranquilamente por espacio de media hora, se puso de rodillas y rezó con fervor y recogimiento. Ya se llevaba las manos á la cabeza para quitarse las tocas, primera de las operaciones precursoras del acostarse, cuando sintió ruido en la puerta. Volvióse sobresaltada por no ser costumbre que ninguna monja la visitara de noche, y vió con espanto... ¡Jesús Sacramentado!... parecía un sueño increible, pero era realidad innegable... vió á Tilín en persona, con su cuerpo uniformado, su cara morena, sus gruesos labios, sus ojos de fuego, su frente de bronce, sus cabellos duros. El sacristán guerrero mantúvose en la puerta con una especie de timidez feroz, como si ni aún su colosal osadía tuviese la fuerza suficiente para traspasar aquel umbral sagrado. Había atropellado la ley de Dios, abolido su propia conciencia, y no obstante se detenía tembloroso ante el pudor y la hermosura, cuyo imponente prestigio llenaba de confusión al miserable.

Sor Teodora no pudo gritar: cayó desfallecida en una silla, cerró los ojos y sus brazos se estiraron trémulos como para apartar un objeto terrible.

—Señora—balbució Tilín dando un paso y cerrando la puerta tras sí—no hay que temer nada de este miserable... no vengo más que á pedir perdón, señora... este miserable...

Procurando dominarse la monja se levantó para salir y pedir socorro. Tilín la detuvo con mano de hierro, y precipitadamente le dijo:

—Si usted llama, vendrán y seré descubierto, y habrá escándalo; mientras que si se calma y me oye un instante, nada más que un instante, me marcharé pronto, la dejaré tranquila para siempre, señora, para siempre.

—No quiero—dijo Sor Teodora, intentando desasirse.—Voy á llamar.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Por Dios y la Virgen María que á mí me han desamparado, señora, óigame usted. Si usted grita me marcho, y si me voy no sabrá una cosa que le interesa mucho.

—Nada tuyo puede interesarme—exclamó ella ardiendo en ira.—Malvado, te aborrezco.

—Eso al menos es algo—murmuró Tilín con sarcástico gozo.—Yo no vengo sino á pedir perdón y á ver por última vez, por última vez á quien me aborrece.

Se dejó caer de rodillas y besó el suelo.

—Antes de privarme para siempre de ver la luz de mi vida—exclamó con voz ahogada,—he querido besar estos ladrillos. Era un deseo ardiente, no quiero morirme sin satisfacerlo. ¡Besar estos ladrillos! Es lo único que puedo alcanzar. Con poco se contenta el malvado aborrecido.

Absorta y petrificada, la de Aransis permaneció en medio de la celda con los ojos fijos en Pepet y las manos cruzadas. Los elegantes pliegues de su hábito blanco daban á aquella imponente figura, belleza y majestad.

—Aquí está el hombre más infeliz del mundo—dijo Tilín, tocando los ladrillos con su frente;—aquí está el polvo más vil que Dios tiene en el mundo con forma de hombre. Vilipendiado, aborrecido de todo el mundo, sin gloria, sin honra, sin porvenir, sin ilusión alguna, este miserable no ve ya más que tinieblas y ruinas delante de sí... ruinas y tinieblas.

Miró después á la señora y le pareció más aplacada en su enojo.

—¿Y ni siquiera ha de merecer un ligero consuelo en su corazón? ¡Esto es horrible, señora! Los perros son más felices que yo. Soy criminal; pero ya que no puedo verme amado, quiero tener el único placer que me es lícito, el de verme perdonado.

—Sal de aquí al instante—dijo la madre con brío—y te perdono.

—Saldré, señora, saldré—replicó Tilín sin levantarse del suelo.—Mi vida es el infierno. Para comprender mi estado, no imagine usted las llamas y las calderas hirvientes de que hablan los predicadores; eso no basta, eso es frío y descolorido; imagine usted la falta absoluta de esperanza y de ilusiones, la ruina completa de todo lo que edifica el espíritu... Ese es el infierno en que vivo yo. Mi único alivio será que usted me mire un rato sin ira, que me permita estar aquí, y hable conmigo... y me diga, me diga: "Tilín...„

—¡Ni un instante! Malvado sacrílego... demasiadas pruebas te doy de mi bondad, pues que te escucho.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Un momento pequeño, señora; muy poco, muy poco tiempo...

—Nada.

—¡Estoy condenado!

—Condénate cien veces.

—¡Condenado por usted! ¡por usted! ¡por usted!

Y levantando la faz lívida hacia ella, añadió con voz ronca:

—Condenado por tí, monja, que pereces hechicera.

Y se cogió su propia cabeza por los cabellos, como cogería el verdugo la del recién degollado para mostrarla al pueblo.

—¡Condenado por tí! ¡por tí!—repitió ella—por tu execrable maldad y sacrilegio.

—Pues bien, señora, perdón, perdón, yo pido á usted perdón. Pero démelo sin ira, sin enfado, sin repugnancia, con aquella voz dulce y angelical con que me hablaba en mi niñez, con aquel mirar tiernísimo y aquel trato seductor que era mi encanto en tiempos mejores.

—Te perdono, márchate, y no vuelvas más aquí... Huye de mí, demonio del Infierno.

La religiosa se cubrió el rostro con muestras de horror, y extremecimientos nerviosos sacudieron su cuerpo.

—¡Ni un momento siquiera!—murmuró Tilín apretándose el corazón.

Miró á la monja y la monja le miró á él. Grande fué la sorpresa de Sor Teodora al ver lágrimas en las atezadas mejillas de aquel hombre que tanto se parecía á un volcán por tener el centro de fuego y el exterior de piedra.

—Te perdono—dijo la madre con lástima, pero siempre con el mismo terror.—Vete, vete, te digo que te vayas. Infame bandido, que has escalado los muros de esta santa casa, huye de aquí, ¿no temes la maldición de Dios?

—¡Dios!... ¡Dios!... ¿Para qué hablar tanto de él? Mi Dios es otro. Si usted me permite estar un poco más, y contemplarla y referirle mis penas... mis penas que son grandes, atroces...

—No permito nada.

Tilín dió un suspiro y se levantó. Su semblante desconcertado y contraido parecía el semblante de un reo de muerte momentos antes de subir al patíbulo.

—¡Mal rayo!—exclamó con desesperación—¡que el mundo sea así y no de otro modo! ¡Que existan estas paredes y estos votos, y estas rejas horribles!

Revolvió los ojos con fiereza por la estancia:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Adios, señora—dijo en tono y con ademanes de loco.

Sor Teodora le señaló la puerta.

Acercóse Tilín á la monja, retrocedió ella. Acercándose él más y bajando la voz le dijo:

—Antes de llegar los dos al otro mundo, nos veremos. Adios.

Cuando él salió de la celda, Sor Todora dió algunos pasos para observar por donde iba; pero faltáronle las fuerzas consumidas en aquel cuarto de hora de angustias infinitas, y sintiéndose acometida de un desmayo, se dejó caer de hinojos, apoyó la frente en la silla y perdió por un instante el conocimiento y el uso de sus claros sentidos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XVI

Poco duró el síncope á la ilustre dama, y al reponerse, su primer cuidado fué correr á observar qué camino tomaba el dragón. Pero ni por la puerta de la celda, ni por la reja abierta al Sur sobre el emparrado y frente al palomar divisó forma humana. Teodora, al dar por terminadas inutilmente sus observaciones, supuso que Tilín había entrado por la sacristía.

—Ese bribón—pensó—se ha quedado esta tarde dentro de la iglesia, ó en algún rincón de la sacristía. Al avanzar la noche salió de su agujero como los ratones que van á hacer sus correrías, y ahora se ha metido en él otra vez... Pero yo he de descubrir el escondite y he de armar una ratonera para enseñar á ese desalmado á jugar con el honor de respetables mujeres consagradas á Dios.

Como la puerta no tenía cerrojo puso tras ella todos los muebles que pudo cargar; mas ni áun con tal barricada quedó la señora tranquila, y rebeldes sus ojos al sueño, no podían apartar de sí la imagen fiera del voluntario realista. Acostóse rendida, y no logrando hallar sosiego ni calmar la fiebre que el insomnio le producía, levantóse y se puso á leer. Pronto advirtió que su atención se distraía del piadoso asunto del libro, corriendo hacia otros pensamientos, y atormentándose con un descarriado giro alrededor de las pasiones humanas. Para esto conocía Sor Teodora un remedio preciosísimo que guardaba en la gaveta más alta del armario. Al punto abrió la gaveta para sacar su precioso específico. Era un manojo de cuerdas con nudos.

Largo rato duraron los azotes, cuyo término fué cuando la viveza de los dolores anunció á la buena religiosa que un golpe más haría tras-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pasar los límites de la penitencia para entrar en los de la barbarie. Sin embargo, como testigcs presenciales, podemos asegurar que los instrumentos de mortificación usados por la madre Teodora de Aransis no eran de los más destructores, y que cualquiera podría hacerse santo con ellos sin riesgo de perder la vida temporal.

Abandonadas las disciplinas, pensó la dama que pues las oraciones no tranquilizaban su ánimo ni tampoco el cruento vapuleo, lo mejor sería ponerse al trabajo, y al punto tomó una obra de bordar que empezado había dos semanas antes.

Dábale á la aguja arriba y abajo, y cada vez que sentía algún ruido exterior ó bullicio de las hojas de los árboles se extremecía y sobresaltaba. Así pasó la noche hasta la hora en que la campana del convento la llamó á maitines. No solía madrugar para asistir al coro, contribuyendo con su pereza, fundada casi siempre en dolores de cabeza ó en cualquier desazón ilusoria, á la relajación de la disciplina; pero aquel día fué diligente y asistió al coro.

En el coro la madre Monserrat le dijo:

—Ya sé que ha estado usted enferma anoche.

—Yo... yo no, señora—repuso con turbación la de Aransis.

—Ha estado usted en vela toda la noche—afirmó la vieja moviendo su apergaminada cabeza como un martillo.—Me pareció que ví luz.

—Entonces también usted ha estado en vela—dijo Teodora.

—También... Pero yo he estado rezando—replicó con malicia la madre Monserrat.

Trazó una grandísima cruz desde su frente á su cintura y de hombro á hombro, y volviendo la vista al altar tomó parte en el rezo general.

Sor Teodora no tenía criada, no ciertamente por alarde de pobreza, sino porque en su sentir las criadas dentro de los conventos no compensaban con sus servicios las molestias que ocasionaban y los enredos que hacían chismorreando de celda en celda y ocasionando enemistades y sinsabores. Ella misma, pues, se hizo su chocolate y se preparó su comida privada, porque en San Salomó, como en muchos conventos modernos, aunque había refectorio y yantar común, cada celda tenía sus festinillos á que asistían dos, tres, cuatro monjas, ó más generalmente una sola. Sor Teodora disponía de una pequeña cocina en la tercera de las piezas que componían la Isla, y allí, ayudada de una fámula de las que servían indistintamente á todas las monjas, se aderezaba alguna vez platos de su gusto. Aquel día, quizás con motivo del largo insomnio, sintió la buena madre inusitado apetito y antojos de comer golosinas. Felizmente

(c) 2008 Ministerio de Cultura

no carecía de elementos. Además de los riquísimos fiambres que se hacían en la gran cocina del monasterio, la hermosa dama recibía de su familia jamones y carnes mechadas que habrían tentado á un cenobita. En la alacena de talla que ocupaba lugar muy principal en su celda había manjares diversos, que con un poco de lumbre serían de exquisito gusto.

Bastante tiempo empleó la señora en disponer algunas chucherías para su propio regalo, pero cuando llegó la hora de comer apenas probó un poco de cada cosa. Su apetito, que la había incitado á trabajar con tanto celo en la cocina, había desaparecido. Guardó todo para dedicarse á la labor de aguja. Mientras trabajaba sintió deseos vivísimos de pasearse por la huerta y bajó; pero el aburrimiento obligóla á subir de nuevo, y después de pasearse en su celda discurriendo lo que podría hacer para pasar el tiempo consideró que lo mejor sería escribir á su familia. Casualmente no había contestado á la última carta de su hermano.

Después de escribir por espacio de un cuarto de hora, tomó de nuevo el trabajo para bordar un ala de mariposa. Dedicóse luego á deshacer un ramo de flores naturales que en un búcaro tenía y á hacerlo de nuevo, operación en que tardó media hora. Corría lentamente la tarde pesada, calorosa y larga, y Sor Teodora pensó que era conveniente para su alma rezar un poco. Bajó al coro, estuvo rezando largo rato, subió después á la cocina, descendió á la huerta cuando ya había aflojado el calor, y se paseó bajo el emparrado mirando alternativamente al suelo y al cielo.

Para que el lector comprenda bien á Sor Teodora de Aransis le diremos que aquel desasosiego, aquel constante mudar de ocupación, aquella caprichosa inconstancia en los empleos que había de dar á su fantasía y á sus manos, eran fenómenos que se repetían invariablemente todos los días desde algún tiempo.

No nos es dificil inquirir la causa de este desasosiego ni nos importa nada decirla, porque no es depresiva para la noble señora de que tenemos el honor de ocuparnos. Ya hemos dicho á su tiempo que Teodora de Aransis consideró como un pecado digno de los más acerbos castigos poner toda su atención y sus pensamientos y sus afectos todos en las cosas de la guerra y de la intriga apostólica. Así desde que consideró pecaminoso aquel desvarío bélico y político, la buena madre hubo de intentar arrojarlo de sí y limpiar su espíritu de tan infame maleza. En efecto, no volvió á informarse de ninguna particularidad relativa á la

(c) 2008 Ministerio de Cultura

guerra, ni leyó las cartas de Doña Josefina Comerford, y siempre que venían á su pensamiento ideas de batallas ganadas ó por ganar, de reyes caidos, de príncipes elevados ó de trapisondas por la Fé, echaba prontamente sobre ello otras ideas é imaginaciones, como se echa tierra sobre el cadáver recién entrado en el hoyo. El efecto de este sistema fué, como es facil suponer, un estado de atolondramiento y vaguedad constante en el espíritu de la ilustre religiosa, que al hallarse apartado de su ocupación predilecta, pugnaba por tornar á ella, rechazando todas las distracciones que se le ofrecían para apartarle de su tema. En suma, Sor Teodora de Aransis se aburría lindamente en San Salomó, aunque ella misma no lo conocía y daba otro nombre á aquel su estado de constante zozobra diciendo:—¡Ay, Dios mío, qué maniática me he vuelto!

Ya sabemos de ella que su religiosidad no era extraordinaria. La más preciada joya de su corona de monja era su conformidad con aquella vida y con la irremediable reclusión en que estaba sin saber fijamente por qué. Y no es fuera de propósito decir algo acerca de las causas del monjío de Sor Teodora de Aransis. Sus padres, que eran ricos y nobles, murieron tempranamente, dejándola en la orfandad con otras dos hermanas de menos edad que ella, y un hermano mayor. Por desvío de su madre, fué criada por unos tíos, que la fiaron á las Ursulinas de Lérida para su educación, la cual fué desempeñada tan cumplidamente en el orden religioso, que á los diez y ocho años de su edad, Teodora, catequizada por las madres y por un capellán anciano que era un águila para el confesonario, no pensó más que en ser monja. Ninguna persona de su familia trató de contrariar esta vocación juvenil, que por lo precoz debió haber sido sujeta á observación; antes bien los nobles tíos de Teodora y su madre, que en Francia residía, encendieron más y más en su alma el celo religioso, y avivaron la llama de su devoción, convenciéndola de que era una felicidad para ella abandonar el mundo y sus picardías. ¡Y qué bien le alabaron de palabras y por cartas su afición, y qué mal le pintaron las vanidades del mundo y la dificultad de salvarse fuera de los claustros!... La pobre joven, cuya acalorada imaginación necesitaba poco para tomar vuelo, abrazó la vida mística con deleite y entusiasmo, mientras allá en el perverso mundo sus hermanas menores se casaban con sus primos, y su hermano mayor derrochaba la fortuna paterna y metía ruido y escandalizaba y emigraba y se hacía jacobino.

En los primeros años ¡Ave María Purísima! la religiosidad y unción de Teodora fueron el asombro de San Salomó. Parecía que iba á eclipsar su celo y piedad á las Teresas, Claras, Ritas y Rosas. No había culto

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que ella no practicase, ni mortificación que no se impusiese, ni sutileza mística que no discurriera para más elevar su alma. El amor divino la puso delicada y enferma; juntamente con las increibles penitencias que se imponia en castigo de pecados que no había cometido, y para aplacar tentaciones que no había tenido. Pero así como se desvanece poco á poco la ilusión de un amor primero, tanto menos sólido cuanto mayor es su aparente vehemencia, así se fué disipando la seráfica exaltación de Teodora de Aransis, á la manera que van apagándose las memorias y oscureciéndose la imagen del novio ausente. Así como las evoluciones de la vida física parece que sustituyen un sér con otro al verificarse el paso más importante de la edad, así el alma de la señorita de Aransis mudó de aficiones y de ideas. Su vocación había sido, dicho sea sin irreverencia, como esos amoríos juveniles tan parecidos á los fuegos artificiales que se desvanecen después de haber sonreido y estallado en la oscuridad, y no dejan tras sí más que ceniza, humo, sombras.

Creeríase que Sor Teodora habia estado hasta poco antes en la edad de los juguetes, y que entraba en la edad de las personas, en aquella edad en que los muñecos son arrinconados y entran á desempeñar su papel los hombres. Á la seriedad afectada que tan mal le sentaba, sucedió una seriedad verdadera. Adquirió entonces un desarrollo físico que la hacía parecer más linda, y su interesante hermosura mostróse con todo el esplendor de una risueña primavera. En el cecinto triste y sombrío de San Salomó, aquella belleza de un carácter gracioso, seductor, mundano y ligeramente maligno parecía, según la expresión de Mosén Crispí de Tortellá, la imagen del sol de Mediodía reflejada en el fondo de un pozo.

Sor Teodora debió conocer que era hermosa, extraordinariamente hermosa, porque el convento, á pesar de la disciplina y de todas las reglas, estaba lleno de pícaros espejos. Ignoramos lo que pensó la ilustre dama acerca de su impremeditado casorio con Jesucristo; pero la idea del honor y del deber estaba muy profundamente arraigada en su alma, y tenía por sí tanta fuerza que sustituyó á la vocación. No pudo ser esto sin tormento interior; pues no hay, no puede haber sacrificio placentero, y al considerarse sepultada en vida y al conformarse á ello, Teodora ponía sobre sus sienes una corona quizás de más precio que aquella de imaginarias espinas, con que soñaba en la época de místico delirio.

La devoción externa amenguó tanto en ella, que hubo de causar algo de escándalo. Esto la obligó á hacer esfuerzos para no parecer menos

(c) 2008 Ministerio de Cultura

monja que sus compañeras. Pero al mismo tiempo la hermosa dama necesitaba apacentar con algo su espíritu, y dióse á la lectura. Por algún tiempo leyó obras diversas tanto sagradas como profanas, aunque éstas últimas eran autorizadas por la Iglesia. Más tarde se dedicó á criar pájaros. Después abandonó los pájaros regalándolos juntamente con los libros al padre capellán, y su alto espíritu y exclarecida inteligencia se apacentaron, se cebaron, mejor dicho, en aquel negocio delirante de las guerras. Nada hay más que decir sino que al desechar de sí toda aquella maleza pecaminosa, se quedó tal cual tuvimos el honor de pintarla al comienzo de este capítulo, inquieta, desasosegada, caprichosa. Era una niña de treinta y dos años que no podía estarse quieta.

Y como en un convento, por más que se discurra, no se pueden inventar ocupaciones variadas y que interesen profundamente; como el continuo rezar no podía satisfacer aquellas constantes ansias de actividad, Sor Teodora había caido en el más grande tedio. Nada de lo que hacía era en ella más que una fórmula. Rezaba por fórmula, y se azoraba por hacer algo. Cocinaba por capricho y trabajaba por mecanismo. El trabajo material no podía satisfacer sino parcialmente á su entendimiento superior. ¡Oh! si no hubiera tenido el contrapeso de un gran sentimiento del deber, aquel espíritu preclaro, de cuya exaltación fanática hemos visto alguna muestra en las expresiones y discursos de marras, habría hecho perder á Nuestro Señor una de sus esposas más guapas, aunque no es la hermosura la cualidad que más estima Él.

Aquel día (y entiéndase que después de esta explicación retrospectiva, volvemos á aquel día, es decir, al que siguió á la nocturna diabólica aparición de Tilín) Sor Teodora tenía en qué pensar. Su terror era tan fuerte y de tal modo le repugnaban la pasión y más que la pasión la persona del desgraciado Armengol, que no cesaba de discurrir medios para impedir que volviese á poner los piés en el convento.]

Pensó referir todo á la madre abadesa; pero luego desistió de este pensamiento por no dar motivo de escándalo en la comunidad y de grandísimo regocijo á la madre Monserrat, su terrible alguacil y enemiga. ¡Ah! ¡infame vieja! Ella fué la que por primera vez dijo que Sor Teodora de Aransis ¡horrible calumnia! se acicalaba á escondidas en su celda, adobándose el rostro, perfumándose el cabello, y refinando su hermosura con afeites y profanidades del mundo. Ella la que constantemente le clavaba las aceradas uñas de su aleve ironía; ella la que desde su celda, situada en el extremo del ala oriental del convento, atisbaba noche y día la de Sor Teodora, situada en la *Isla*, observando con vigi-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

lante saña á qué horas de la noche apagaba la luz, á qué horas del día bajaba á la huerta!

No, no, lo mejor era callar aquel horrible secreto, tomando precauciones para que no se repitiera el suceso en las noches siguientes. En caso de reincidencia, revelaría todo, aunque el convento se hundiese, y con él la reputación intachable de casa tan noble, tan santa y venerable.

Firme en su idea de que Tilín se había ocultado en la sacristía, examinó aquella tarde la puerta de ésta y vióla clavada, como estaba desde que el voluntario realista saliera para Manresa. Grande fué entonces la confusión de la dama, y sin dar cuenta á nadie de su sobresalto, observó la reja del locutorio y la puerta interior de éste; mas nada pudo hallar que indicase fractura reciente. Al anochecer retiróse á su celda, muy descontenta de sus observaciones, y estuvo más de una hora pasando mental revista á todos los escondrijos y agujeros de San Salomó, representándose en su imaginación la informe y heterogénea masa del edificio con sus muros hendidos, sus techos abollados, sus altas tapias absolutamente inaccesibles desde fuera.

No tenía sueño ni esperaba tenerlo en toda la noche. La temperatura era buena, aunque ya avanzaba Octubre. Sor Teodora salió á la galería, y apoyando sus brazos en el barandal, estuvo largo rato aspirando la frescura de la huerta y recreándose con un ligero vientecillo que á ratos venía del Norte y que le besaba el rostro. La noche era oscurísima y en el cielo brillaban algunas estrellas con tan vivo fulgor, que parecían haber descendido, según la observación de Sor Teodora, á contemplar desde cerca la tierra. Cansada de fresco y de astronomía, entró en su celda y entornó las maderas de la ventana enrejada. Después encendió luz. El reló de la catedral dió las diez.

La idea del desamparo en que estaba y de la escasa seguridad de su celda volvió á mortificarla. Una barricada de muebles podía no ser obstáculo bastante para el mónstruo. ¡Oh! ¡cuánto sintió en aquella hora no haber referido el inaudito caso á la madre abadesa!... ¿Qué debía hacer? Lo mejor era quedarse en vela toda la noche, sin perjuicio de arrastrar todos los muebles hacinándolos junto á la puerta. Sobrecogida y espantada miró á la puerta, creyendo sentir ruido fuera.

Sor Teodora dió algunos pasos para reforzar el picaporte con algún objeto que le sujetara, y antes de llegar quedóse yerta y muda de terror. Su corazón dió un vuelco terrible cual si se rompiera en pedazos. Helóse su sangre. En la puerta que ligeramente se abría, apareció un bulto, un hombre... ¡el dragón!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

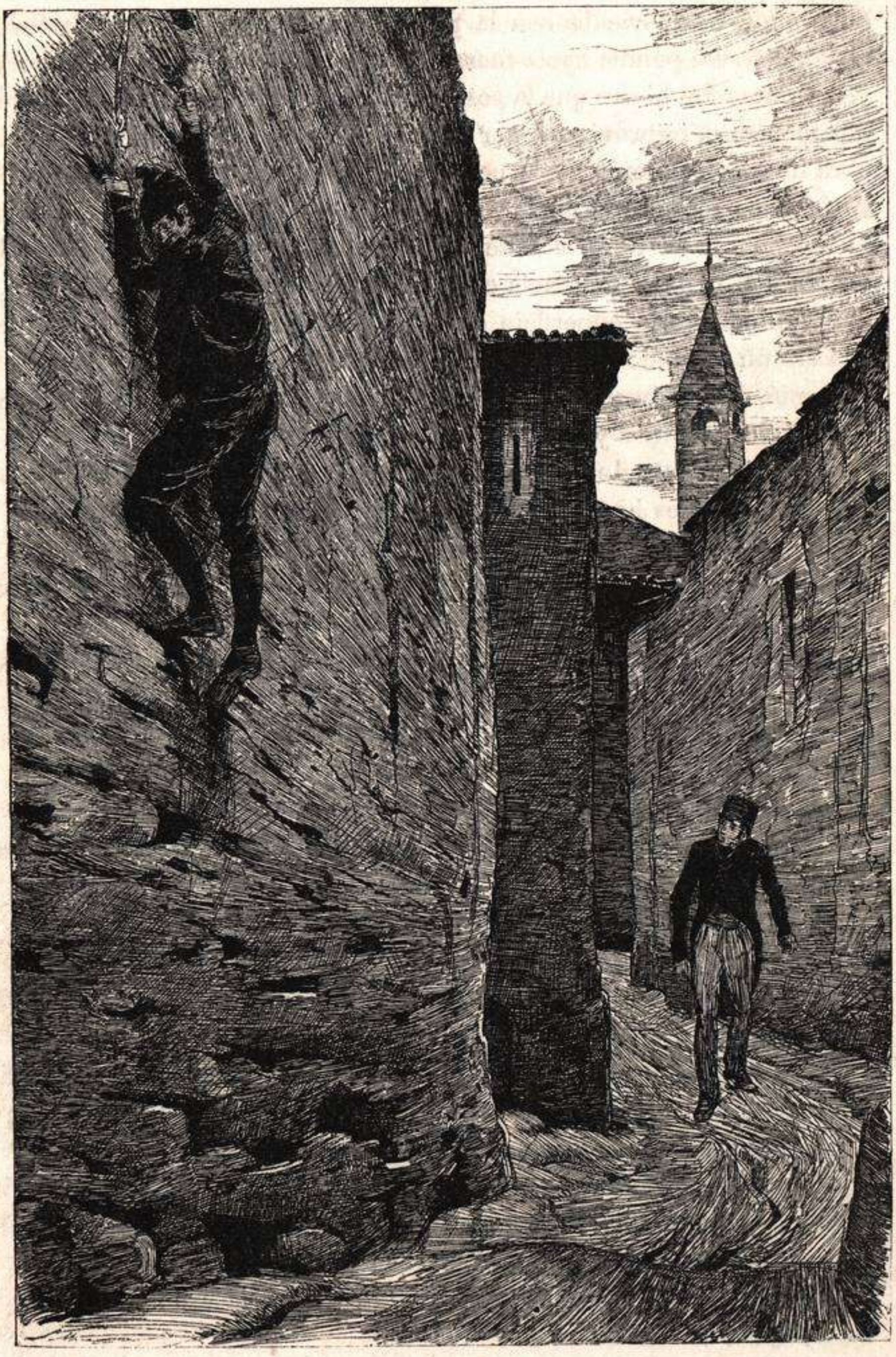
XXVII

CONVIENE apartar los ojos por ahora de los sustos y congojas de aquella noble mujer, sometida por el pícaro Enemigo Malo á duras pruebas, para fijarlos en los pasos cada vez más errados y torpes del infelicísimo voluntario realista, el cual parecía no ya sometido á pruebas ó escrúpulos, sino arrastrado al mismo Infierno por Satanás, atizador infame de las humanas pasiones y perturbador de aquellas almas que encuentra organizadas con alientos grandes, mas sin el sostén de un sentido moral muy puro.

Por noticias de muy fiel origen, sabemos que Tilín, luego que salió de la celda de Sor Teodora de Aransis, dejando á ésta sin habla ni sentido, montó á horcajadas sobre el barandal de madera, y sin esfuerzo alguno, inclinándose de un lado, puso el pié en los palos horizontales del emparrado. No era preciso ser gran equilibrista para andar por allí, á causa de la robustez de los maderos. Andando á gatas y cuidando de evitar los huecos ocultos por el follaje, se podía recorrer aquel camino aéreo, especie de puente echado desde la galería hasta el palomar que estaba en el mismo borde de la tapia, punto donde acababa el convento y empezaba el mundo. El palomar tenía un reborde por el cual se podía andar fácilmente agarrándose á los ladrillos de las paredes que lo formaban; pero al llegar á la tapia, que en aquel sitio formaba un ángulo entrante casi recto, cesaba todo camino y era preciso volar para salir del convento. La pared era en lo exterior lisa, perfectamente vertical, y su altura de doce varas hacía ilusoria toda tentativa de escalamiento para entrar ó de salto para salir. Tilín miró hacia abajo y vió que todo era

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tinieblas en el callejón oscuro formado por las tapias de San Salomó y las murallas de la ciudad. Parecía aquello un abismo sin fondo, propio



(c) 2008 Ministerio de Cultura

para que un desesperado arrojase en él la enojosísima carga de la vida.

Pero no era esta la intención del joven realista. Ya sabía él por donde andaba. En lo alto de la tapia y asegurado entre los ladrillos del ángulo que ésta formaba con la pared del palomar, había un fortísimo clavo, del cual pendía hacia fuera una soga. La hábil colocación de ésta y la firmeza del hierro que la sostenía indicaban no ser aquel un trabajo del momento, improvisado por la pasión ó el capricho, sino más bien obra de premeditación hecha con estudio y en sazón oportuna. El lector, si tiene memoria, comprenderá cuando fué hecha esta obra. Tilín confió su cuerpo á la cuerda y echóse fuera descendiendo lentamente con los puños, y al llegar á distancia como de tres varas del suelo buscó con el pié un objeto en la superficie de la pared. Hallado al fin aquel objeto que era un segundo clavo tan sólido como el de arriba y apoyando en él su pié, dejó la cuerda, agarróse con los acerados dedos á los huequecitos de los ladrillos y desde allí se arrojó al suelo.

En el momento de caer una voz sonó á su lado, y manos nada blandas le tocaron los hombros. La voz dijo riendo:

—Date preso, seductor de monjas.

—¡Quién va!—gritó Tilín desasiéndose de aquellas manos y arremetiendo á su descubridor con amenazadores puños.

—Alto, alto, señor Tilín—dijo éste agarrotando las muñecas del sacristán con mano vigorosa.—Soy amigo. No tema usted nada de un pobre prisionero. Jamás he sido protector de monjas, y si lo fuera, callaría este caso, porque tampoco soy delator...

—¿Quién es usted?

—¿Tan desfigurado estoy que no me conoce?—dijo acercando su rostro al de Pepet.

—¡Ah! es el Sr. Servet si no me engaño.

—El mismo, y si por caracter no fuera discreto, seríalo ahora por tratarse de un hombre á quien eternamente tendré gratitud por la libertad que me ha dado.

—El Demonio cargue con usted y con su gratitud—replicó Tilín, cuyo enojo no podía aplacarse con las corteses manifestaciones del que en tan mala ocasión le había sorprendido.

—Y con el mal humor de usted—añadió el llamado Servet.—En ninguna parte está mejor un secreto que en el pecho de un hombre agradecido. Si en vez de ser yo quien pasaba por aquí hubiera sido otro, el Sr. Tilín habría tenido un disgusto. Mañana sabría toda la ciudad que las monjas de San Salomó...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Por las patas y el rabo de Satanás!—gritó Tilín con ira—que si usted habla mal de las señoras ó las ultraja, aquí mismo le arranco el corazón. Tengo ganas de matar á alguien.

—Hombre, ¡qué capricho!... Pues á mí me pasa lo mismo—dijo Servet flemáticamente.—Aquí tengo dos pistolas y un cuchillo de monte que me ha dado el Sr. de Guimaraens.

—Pues vamos—gritó Tilín como un insensato, dando algunos pasos hacia la puerta del Travesat.

—¿Á donde?

—Á matarnos.

Si la noche hubiera estado clara se habría visto en los ojos de Pepet Armengol el brillo siniestro de la locura.

—Eso debe meditarse antes—dijo el caballero D. Jáime con gravedad no exenta de burla.—Mi vida actual no es precisamente de las que merecen el nombre de deliciosas; pero ¡qué demonio! es preciso llevarla á cuestas y la llevaremos; no faltará un cabecilla que nos alivie de ese peso.

—¡Déjeme usted... déjeme usted solo!—exclamó Tilín apoyando su cuerpo en la muralla de la ciudad y hundiendo la barba en el pecho.

—Pues adios, adios. Nunca me ha gustado ser importuno.

El caballero dió algunos pasos para alejarse. Con violento ademán se abalanzó Tilín hacia él y deteniéndole por un brazo acercó el martilludo puño á su rostro y le dijo:

—Si usted deja escapar una palabra, una palabra sola que ofenda la honra, la fama y la santidad de las señoras de San Salomó, encomiéndese usted á Dios. ¿Está entendido?

—Entendido. Yo no he visto nada. Puede volver á subir si gusta.

—No subiré más, no. No subiré más—bramó el voluntario moviendo la cabeza con desesperación.—Y si subo ó no subo, á usted poco le importa. Las madres de San Salomó son honradas. No hay ninguna que no lo sea. Yo soy el criminal, ellas no.

Servet encogió los hombros y se retiró de nuevo.

—No, no se vaya usted—dijo Tilín deteniéndole primero y siguiéndole después.

—Pronto cambiamos de parecer, amigo.

—Yo no tengo amigos. ¡Ay! si tuviera alguno le pediría un consejo.

—Pues cuente usted que yo soy ese amigo y ábrame su corazón.

—No, no, no. Mi corazón no se abre, no se puede abrir, está ya soldado con plomo derretido.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Qué exaltación, Sr. Tilín! Vámonos de aquí. Entraremos en la taberna de Mogarull ó de Guasp, y beberemos un poco para que al buen guerrillero se le despeje la cabeza.

Tilín se dejó llevar como un idiota.

—Yo siento haber sorprendido un secreto tan delicado como el que acaba de descubrirme la casualidad—añadió el caballero mientras se internaban en la ciudad.—Pero no es culpa mía, sino de la Providencia. Yo entré por la puerta del Travesat. Venía de casa del Sr. de Guimaraens que, entre paréntesis, si debe á usted la libertad, no puede olvidar que le debe también la prisión, y aguarda una coyuntura para desollarle vivo. Mi Sr. D. Pedro, luego que salimos de la carcel, me llevó á su casa, dióme de comer y de vestir, obsequiándome con tanta finura que no sé cómo pagarle. Todo cuanto he necesitado lo ha puesto á mi disposición menos una cosa que me hace suma falta; un caballo, un caballo, señor Tilín, que me lleve á la frontera antes que estos benditos apostólicos vuelvan á prenderme.

—¡Un caballo!—repitió Tilín sin atender á la narración de Servet.

—El Sr. de Guimaraens, que salió anteayer para Cervera á ponerse á las órdenes del conde de España... ¿no sabe usted que tenemos encima las tropas reales?... se despidió de mí con grandísima pena y me dijo: "Querido Servet, siento no poder darte un caballo; pero te ofrezco mi tartana, que es la mejor pieza que rueda en Cataluña. ¡Donoso regalo! Héme aquí, Tilín amigo, dueño de un coche que de nada me sirve y que daría por la pezuña de un caballo.

—¿Un coche?—dijo Tilín vivamente, con muestras de gran interés.

—Sí, esa preciosa alhaja la tengo en una cabaña que está á cien varas de la puerta del Travesat. Esta tarde he traido mi vehículo gallardamente tirado por un asno, sobre cuyos lomos he roto medio fresno sin conseguir hacerle salir de un pasillo morigerado y tímido que me quemaba la sangre. Mi ánimo es buscar un caballo en Solsona, empresa dificil, porque carezco de amistades en esta generosa ciudad de mis entrañas. Pero confío en Dios, que ya me ha dado pruebas de su protección deparándome un amigo al dar mi primer paso dentro de estos benditos muros... ¿Benditos dije?... ¡si yo os viera hechos polvo juntamente con toda la caterva apostólica!... En suma, Sr. Tilín amigo, yo considero harto feliz nuestro encuentro, acaecido del modo más extraño. Entraba yo por la calle de los Codos, pensando en el coche que tengo y en el caballo que no tengo, cuando parecióme sentir ruido en lo alto de la tapia de San Salomó. Miré y no ví nada. Detúveme...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—No quiero que nombre usted á San Salomó.

—Detúveme y al fin ví un bulto que descendía por una cuerda.

—Basta.

—Era un hábil trabajo de volatinero que merecía verse, mayormente cuando se veía gratis. El bulto se desprendió arrojándose al suelo. Hay un clavo á la altura de la mano, Sr. Tilín. La idea es ingeniosa.

—Digo que basta.

—No se hable más del asunto. Lo principal es que realmente yo soy aquí el que cuelga, el que pende, no digo de una soga sino de un cabello, y bajo mis piés miro, no la deleitosa calle de los Codos, sino el insondable abismo de mi perdición.

—¿Necesita usted un caballo?...

—Sí; un caballo á quien confiar mi pobre persona para que la ponga en la frontera sana y salva. Si estoy aquí un día más, señor guerrillero, me expongo á perder otra vez mi libertad. En el caso de que los señores apostólicos que hay en la ciudad y los que pronto vendrán fueran misericordiosos conmigo, ¿cuál sería mi suerte el día en que entrase en Solsona el conde de España, vencedor y vengativo? Y ese día no está lejos, amigo Tilín, ya se han visto tropas del Rey á dos leguas de aquí. Guimaraens recibió anteayer órdenes fechadas en Cervera.

—¿Y teme usted al conde de España? ¿Pues no es usted espía de Calomar de?

—¡Espía yo!

—Entonces no hay duda de que es usted sectario y jacobino. Tenía razón Pixola.

—Tampoco soy jacobino.

—Á mí no me importa que sea usted el mismo Lucifer, capitán del Infierno—dijo Tilín.—Nada me asusta. No tengo ya afición á ninguna causa política; todas me son indiferentes, mejor dicho, todas me interesan con tal que destruyan.

—¡Destruir!

—Sí, destruir. Dígame usted ¿no está la Corte minada por los masones? ¿Es cierto, como aquí nos han dicho, que si los masones triunfan, destruirán todo, y no dejarán en pié nada de lo que hoy existe?

—Los masones no triunfarán.

—¿Qué bando hará tabla rasa de todo?

—El de ustedes si triunfara, pero tampoco triunfará.

—¿Y Calomarde pegará fuego á toda Cataluña?

—No lo creo; pero fusilará á todos los cabecillas que coja.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Pregunto si pegará fuego á toda Cataluña.

—No lo sé.

—¿Y no demolerá las ciudades?

—Mucho es eso.

—Entonces ¿quién volverá el mundo del revés?

—Tampoco lo sé; pero de seguro habrá alguien que lo haga.

—¿Y quién lo hará?

—Uno que puede mucho.

—¿Es fuerte?

—Más fuerte que todos los tronos, que todos los partidos, que todos los hombres.

—¿Quién es?

—El tiempo.

—¡El tiempo! ¿dónde está ese tiempo que no viene?

—Ya vendrá.

—¡Oh! tarda.

—Es propio del tiempo tardar.

Tilín calló después profundamente. Seguían andando y de pronto detúvose el guerrillero y mirando al cielo con espantados ojos y haciendo un gesto convulsivo como si al mismo cielo amenazara, exclamó:

—¡Me aborrece!

—¿Quién?

—¡Necia pregunta!—dijo Tilín apretando fuertemente el brazo del caballero.—No tengo amigos; yo no confiaré á nadie lo que me pasa... Sr. Servet...

—¿Qué?

—Míreme usted.

—Ya miro.

Los dos hombres se contemplaron lúgubremente en la oscuridad de la noche.

—Sr. Servet—prosiguió Tilín acercando más su rostro al de su improvisado amigo.—¿Es cierto que yo soy horrible?

—No, ciertamente. Un corazón generoso, una figura tosca, aunque enérgica y simpática, no pueden ser horribles.

—¿Entonces no es cierto que yo sea un mónstruo?

—¿Un mónstruo?

—Sí lo seré; pero de maldad, de... no sé de qué.

Después estuvo meditando largo rato, apoyado en un poste de las arquerías de la plaza de San Juan.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Delante de él Servet contemplaba su faz sombría alumbrada á ratos por la mirada, y su fuerte y áspera cabellera que parecía tormentosa nube pesando sobre un horizonte inflamado en ciertos momentos por la sulfúrea luz del relámpago. El caballero cortó el silencio diciendo:

—Usted se ha malquistado con sus jefes. Es indudable que si le cogen los cabecillas apostólicos le fusilarán, y si cae en las manos del conde de España, le fusilará también. La común desgracia nos hará amigos y compañeros. Ayudémonos mútuamente, y huyamos juntos.

—¡Huir!—murmuró Tilín con sordo gemido.—Yo también huiré.

—Iremos juntos.

—No, yo tengo que hacer algo en Solsona.

Miró al cielo hacia la parte donde estaba San Salomó.

—Lo que más importa es no perder tiempo, porque mañana, quizás dentro de algunas horas no habrá remedio para nosotros. Ya sabe usted que las facciones de Aragón y Navarra, en la imposibilidad de hacer cosa de provecho en aquellas provincias, vienen á reforzar las de Cataluña.

—Yo no sé nada.

—Se dice que pronto llegarán á Solsona. Yo temo volver á visitar los aposentos subterráneos del Ayuntamiento, y usted no debe vivir muy tranquilo, puesto que ya está declarado rebelde y pronto se le declarará vendido á Calomarde. Sé lo que son revoluciones y sé cómo se trata en ellas á los que después de haberlas servido las abandonan.

Tilín no atendía á las razones harto discretas del forastero. Abstraido en otros pensamientos dijo de súbito:

—Yo tengo una casa en Cadí... allá en los bosques de la Cerdaña, donde apenas hay raza humana... ¡Qué soledad, qué soledad tan grande!

—¡Ah!—dijo Servet—un buen guerrillero, cansado del mundo y herido en el corazón por los desengaños, se retira á hacer vida de anacoreta en su casa solar! Muy bien. Me gusta esa idea que responde á dos necesidades urgentes, la de descansar de las fatigas de la guerra ó de los sobresaltos amorosos y la de ponerse á veinte leguas del conde de España, cuya compañía debe evitar quien estime en algo la vida. Y el conde de España está en Cataluña... lo que equivale á decir que nuestras cabezas y las cabezas de todos los guerrilleros apostólicos están sobre el tajo. En mal hora vendrán esos valientes navarros y aragoneses, como no vengan, según se ha dicho, á someterse.

—El locutorio—dijo Pepet bruscamente—está al lado del camarín, donde están el altar viejo y las piezas del monumento.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Pasmado se quedó el forastero al oir razones tan incoherentes y que tan mal respondían al asunto de que se trataba. Continuó hablando de la necesidad de huir, de la absoluta perdición de la causa apostólica, y cuando pidió á Pepet su parecer sobre tan importante opinión, respondióle el irritado voluntario:

—De aquí á mi casa de la Cerdaña... cuatro jornadas y cuatro descansos, uno en Regina Cœli, otro en Vilaplana, otro en Nargo, otro en Querforadat.

Oyendo tan desconcertadas razones, Servet pensó que aquel hombre había perdido el juicio.

—Cree usted—dijo Tilín echándose las manos á la espalda y dando algunos pasos en contrario sentido—¿cree usted, Sr. Servet, que el viento Sur me será favorable?

—Si piensa usted ir en buque...

—No es eso, digo que será favorable... ¡Oh! no, mejor será el viento Nordeste.

Y miró al cielo para ver la dirección que llevaban las nubes.

—Norte fijo—afirmó Servet mirando también y riendo de los despropósitos de su nuevo amigo.—Cataluña necesita un poco de fresco para limpiar su atmósfera de lo que le viene del Sur. También tenemos al Rey D. Fernando en camino de esta tierra, y según todas las noticias, ya debe de estar cerca de Tarragona. Ese solícito y paternal monarca ha querido venir por sí mismo á aplacar la insurrección... ¿Sabe usted, señor Tilín, que más me huele á cáñamo que á pólvora?

El voluntario no contestó sino después de pasado un rato.

—Todo podrá quedar hecho en una hora—dijo mirando con extravío á D. Jáime,—y se hará, se hará.

Al decir esto oyóse lejano y ronco el ruido de los tambores de guerra, y algunos hombres pasaron apresurados por la plaza disputando. Reunióse bastante gente, y entre el rumor de las hablillas oyóse:

—Las facciones de Aragón... ahí están.

—Ahí tenemos ya á la canalla.que faltaba—dijo Servet.—Ya vengan á pelear, ya vengan á someterse, conviene evitar su compañía. Buenas noches, Sr. Tilín.

El voluntario le estrechó la mano, diciéndole:

—Tendrá usted el caballo que desea, pero es preciso que me dé su coche.

—Con la mejor voluntad del mundo—replicó el otro lleno de gozo.—Es un mueble que no me parece mío sino por lo que me estorba.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Pues yo lo necesito: es para mí de grandísima utilidad.

—Como el caballo para mí. Bendito sea el momento en que entrando por la calle de los Codos, ví descolgarse de la tapia...

—Basta. Usted no ha visto nada.

—Es verdad, amigo y protector mío: nada he visto.

Estipularon en seguida de un modo formal y definitivo el cambio que habían indicado. Servet daría su tartana á Tilín á trueque de un caballo. Mas como el guerrillero no tenía por el momento más que el suyo, ó sea el de Jep dels Estanys, hizo solemne promesa de buscar el que Servet necesitaba y de tenerlo á su disposición en todo el día siguiente.

No pudo fijar Tilín punto determinado para verse ambos amigos en el discurso de las veinticuatro horas siguientes, "porque—decía—mis quehaceres serán muchos mañana, y no se me podrá ver por ninguna parte.„

Al fin quedó concertado que Servet entregaría al día siguiente su coche y fuera al caer de la tarde á la posada de José Guasp, donde hallaría á un amigo de Tilín y con éste el deseado caballo. Dándose afectuosos apretones de manos, se despidieron cuando ya entraban en la plaza los grupos de guerrilleros aragoneses y navarros, que acababan de llegar.

—¿Podremos hacer el viaje juntos?—dijo Servet al voluntario.

—De ningún modo—repuso éste.—¿Sale usted mañana?

—Contando con el caballo, mañana.

Tilín clavó sus ojos en el suelo. Ceñudo y fosco parecía leer en la tierra misteriosos anuncios del destino.

—Entonces...

Y dijo una frase que uno y otro ¡ay! habrían de recordar más tarde. Aquella frase era:

—Quizás nos encontremos en el camino.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XVIII

El caballero D. Jáime Servet (de quien hemos de ocuparnos ahora con algún detenimiento) se retiró al campo y á la casa de Guimaraens, donde estuvo solo todo el día siguiente. Impaciente y sin sosiego, esperaba la tarde para ir á la ciudad y tomar el caballo prometido: así cuando comenzó á oscurecer quiso despedirse de la señora Badoreta, que por orden de su amo le había prestado ropa y algunos dineros para el viaje; pero la señora Badoreta no estaba en la casa, y el caballero tuvo que marcharse sin despedirse de ella, y lo que es más sensible, sin comer.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Partió hacia la ciudad. En la cabaña situada fuera de la puerta del Travesat halló á Pepet que puntual había ido á tomar posesión de la tartana. Estaba el guerrillero en compañía de seis hombres cuyo aspecto pareció á Servet harto sospechoso, y aún el mismo Tilín figurósele más sombrío, más ceñudo, más hipocondriaco que de ordinario. Pocas palabras cambiaron. Tilín anunció á su amigo que el caballo le esperaba en la posada de Guasp.

—¿No entra usted en Solsona?—le dijo Servet.

—No: está atestada de navarros y aragoneses. Me repugna esa gente.

Despidióse de su amigo, y como el día anterior le dijo:

—Quizás nos encontremos en el camino.

Servet entró en la ciudad. Vestía un traje ambiguo que de la cintura abajo era de caballero, y de medio cuerpo arriba de payés, terminando el atavío con la gorra catalana. Su chaquetón pardo con vueltas encarnadas dejaba ver el pecho, donde se cruzaban los curvos mangos de dos pistolas, cuyos cañones desaparecían entre la seda de una faja morada. El pantalón de pana oscura era ajustado y desaparecía en la rodilla, bajo el borde de cuero de sus botas negras con espuelas de plata. Á pesar de la suavidad de la estación, no había olvidado la manta necesaria en las altitudes de los puertos del Pirineo.

Sin detenerse más que en comprar avíos para cargar sus armas, encaminóse á la posada de Guasp, punto de mucha concurrencia, por ser la parada de todos los carros y caballerías, y además porque el despacho de vino y comidas reunía en la oscura y fétida sala baja á todos los holgazanes de Solsona y sus cercanías. Aquella noche el figón rebosaba de gente, y por su enorme puerta chata y jibosa salía un bullicio ronco y un vaho inmundo semejantes á las blasfemias y al vinoso hálito que salen de la boca del borracho. El humo de los cigarros envolvía el enjambre de bebedores en una nube, que hacía palidecer las luces. Componíase tan noble concurrencia de guerrilleros navarros y aragoneses, y estaban discutiendo si seguirían hacia Manresa ó se volverían á su país, pues ya la guerra se tenía por abortada. Cuando D. Jáime entró, oyó que decían: "Nos han engañado... nos han tendido un lazo. Esto es una farsa... Volvámonos á nuestra tierra..„ Algunos hablaban la jerga indefinible en la cual los eúskaros hallan gran belleza eufónica, y que la tendrá realmente cuando sea bello el ruido de una sierra.

Servet buscó al posadero, á quien conocía desde antes de su prisión, y hallado aquel insigne hombre, cuya semejanza con un tonel sostenido en dos patas de oso era perfecta, le preguntó por el caballo que había

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dejado Tilín. El posadero le contestó que el caballo estaba en la cuadra. Grande era la prisa de Servet, pero su hambre era mayor, y así, resuelto á acallar tan fiero enemigo, pidió un poco de carne asada y vino. Procuraba buscar los sitios más oscuros y huir de los grupos más bullangueros, pero en todas partes había gente. Dirigíase á un rincón que era sin duda el más ahumado, el más tenebroso y el más fétido del local, cuando vióse frente á frente de un hombre alto y proceroso que clavó en él sus ojos con asombro. Para figurarse aquel hombre, es preciso que el lector se figure antes una zalea bermeja cuyos abundantes bellones apenas dejan ver unos pómulos rojos, dos ojos azules y una nariz mediana. La zalea era la barba, lo demás la cara de tal individuo que apenas tenía frente, y ésta desaparecía bajo el borde redondo de una gorra blanca.

Servet le miró también y se extremeció de terror; mas disimulándolo, siguió adelante. Oyó que el coloso barbado decía á otro de poca talla, regordete y moreno:

—Oricaín, mira esa cara.

Y señaló al forastero que quería confundirse entre la multitud. El pequeño dijo al grande:

—Zugarramundi, ¿estás seguro de que es él? (*)

Servet salió al patio, que era grande y tenía en uno de sus costados un gran tinglado á cuyo amparo pensaban gravemente mulas y caballos. Púsose á examinar los animales buscando el suyo, y afectando no ocuparse de los que le seguían; pero estaba muy intranquilo, y en vez de caballos y mulas veía los inmensos peligros que tan á deshora le habían salido al camino.

De pronto oyó tras de sí la voz del gigante barbudo que gritaba:

—Carlos, Carlos, baja.

Y después la voz de otro que dijo:

—Señor coronel Navarro, baje usted.

Ya no quedó al forastero duda alguna respecto al grandísimo aprieto en que se vería; pero como era hombre de mucho temple, pensó que la precipitación y azoramiento podían perderle. Afortunadamente pasó el mesonero con una cesta de paja, y Servet, formando un plan al instante con la rápida inspiración que infunde el peligro, le dijo:

—Sr. Guasp, me siento indispuesto y quiero pasar aquí la noche. Déme usted un cuarto.

(*) Pueden verse estos personajes en *La Segunda Casaca*.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Un cuarto!—gruñó jovialmente el tonel con forma y alma humana. —¿Y de dónde voy yo á sacar un cuarto? Como no quiera usted uno de los cuatro míos.

—¿No hay ninguno? ¿Ni siquiera aquél donde dormían los volatineros hace dos meses?

—¡Ah!... aquél, sí... libre está, y si usted lo quiere, saque la llave de mi bolsillo. No puedo valerme de las manos.

—Gracias... Aquí está la llave—dijo Servet, retirando su mano de los bolsillos del Sr. Guasp.

—¿Sabe usted cuál es el cuarto?

—Ya, ya sé—dijo el caballero dirigiéndose sin precipitación al otro extremo del patio donde había una puerta que más bien de pocilga que de habitación para hombres parecía.

Mientras abría la puerta, observó á los que le observaban. Eran el indivíduo de las espesas barbas, su compañero y un tercer personaje con uniforme militar. No distinguió Servet su cara, pero la reconocía en la oscuridad de la noche y la reconociera en medio de las tinieblas absolutas.

El caballero entró en su vivienda y cerró por dentro.

—Ahora—pensó—que venga á buscarme.

Y se ocupó en cargar sus pistolas. Hecho esto, aplicó el oido á la puerta.

—Ya viene—dijo—y por el ruido que hace parece que trae un regimiento para cazarme... Bien, Sr. Garrote, tu cobardía no se ha de desmentir un momento. Traes cien perros contra un solo hombre. ¡Oh! Maldita sea cien veces mi suerte—exclamó hiriendo furiosamente el suelo con su pié.—Me cazará como á una liebre.

Llevó su mano á la frente y se dió un golpe con ella, como para que del choque brotase una idea. La idea brotó.

—No, no, no seré tan necio que les espere aquí. ¿De qué me valdría una defensa desesperada? ¡Ah! malvado asesino; no sospechaba que fueras jefe de estos bandidos de Aragón y Navarra. Debí sospecharlo, porque allí donde hay bandoleros has de estar tú para mandarlos.

Volvió á escuchar. Bulliciosa gente se acercaba por la parte exterior.

—¡Ah! ¡cobarde sayón!—murmuró Servet corriendo á la ventana y abriéndola.—Por esta vez se te escapa la pieza... ¡Maldito seas de Dios!

Mientras sonaban golpes en la puerta, él midió la altura de la ventana sobre el suelo. No era mucha, y aunque lo fuera, no vacilara en arrojarse. Saltó y hallóse en un corral. Felizmente había un gran por-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

talón á poca distancia y entróse por él sin saber á donde iba. No había dado diez pasos por aquel recinto acotado, cuando se vió acometido por dos enormes perros, de los cuales á pesar de su brío, no pudo defenderse. Le magullaron atrozmente un brazo y una mano. Un mozo apareció con un garrote; mas sin darle tiempo á que le acometiera, fué derecho á él Servet y apuntándole con una pistola, le dijo:—Si al instante no me abres camino para salir á la calle, te mato. Sujeta esos perros ó si no, te mato también.

Sin duda el joven (pues era un joven hortelano de pocos alientos) creyó que se las había con algún personaje de campanillas y no con ladrón ni ratero de gallinas, como al principio pensara, porque temblando de miedo le dijo:—No me mate usted, señor, y le enseñaré por donde se va á la calle.

Los perros, contenidos por el muchacho, dejaron de acometer al fugitivo.

—¿Es usted...?—balbució el joven.

—Déjate de preguntas... guía pronto y sácame de aquí, porque te mato.

—Venga usted, señor, y guarde esa pistola, por amor de Dios.

Y le condujo á una puerta, que abrió. Al verse en un callejón oscuro y estrecho, el caballero dijo:—¿Qué calle es esta?

—El callejón del Cristo.

—¿Á donde va?

—Por la izquierda á la plazuela de las Tablas, por la derecha á la calle de los Codos.

—¿Y á donde sale la plazuela de las Tablas?

—Á la muralla y á la cuesta de Peramola, donde están las veinte casas arruinadas.

Servet miró á un lado y otro como el hombre que viendo dos muertes iguales á derecha é izquierda, no sabe cual preferir. Pero era preciso decidirse y se decidió. Sin decir adios al muchacho, tomó hacia la izquierda.

Iba despacio, pegado á las casas para ocultarse más en la sombra. Antes de llegar á la plazuela de las Tablas, sintió ruido de muchas pisadas de hombres que parecían brutos y una voz que claramente lanzó al negro espacio estas palabras:

—Por aquí ha de salir, por aquí... No puede escaparse.

Volvió atrás y corrió á escape en la dirección contraria. Era aquel más que callejón un tubo, sin salida lateral alguna. No vió puerta

(c) 2008 Ministerio de Cultura

abierta, ni ángulo, ni resquicio. Andaba por allí como la bala por el ánima del cañón. Su fuga era semejante á la que emprendemos en sueños, cuando nos vemos perseguidos por horrible mónstruo y no tenemos más escape que correr por larguísima galería que no se acaba nunca, nunca. El mónstruo nos sigue, nos alcanza y la galería, ¡oh angustia de las angustias! no tiene fin.

Salió por fin á una calle que era la de los Codos. Siguióla en dirección á la puerta del Travesat, porque hubiera sido temeridad tomar la vía contraria en dirección al corazón de la ciudad. Sus perseguidores le seguían: eran muchos, veinte ó treinta lo menos, á juzgar por las patadas y los gritos. Decían: "Ahí va, ahí va.„

La calle de los Codos era como una zanja formada por la muralla de la ciudad y la tapia de San Salomó. Tres ángulos agudos y contrarios, determinados por los baluartes, hacían de esta zanja un *zic-zac*. Servet apretó el paso. Llegó á un punto en que sus perseguidores no podían verle porque la noche era oscura y porque además le protegía la pared saliente de San Salomó. Allí, detrás de aquel gran pliegue del muro se detuvo para respirar. Pero no había tiempo de tomar aliento, porque los sabuesos venían y sus infames ladridos sonaban cerca.

Con rapidez inapreciable Servet pensó que su única salida era la puerta del Travesat; pero en la puerta había guardia y era más facil cogerle. ¿Se arrojaría por la muralla? No, porque sería milagro que no se estrellase.

—¡Ah!—exclamó con súbito gozo.—Dios es conmigo.

Alzando su mano la extendió por la pared de San Salomó hasta tropezar con un grueso y fuerte clavo. Se agarró á él y su cuerpo trepó... Al punto buscaron sus manos una soga, la hallaron y haciendo un esfuerzo desesperado subió como un marinero. ¡Arriba! Subía con el corazón, con el impulso de su sangre hirviente, con el empuje elástico de sus músculos de acero, con su pensamiento atrevido, con su alma toda.

Una vez arriba prestó atención. La jauría pasaba. Oyó después disputar en la puerta del Travesat. La guardia sostenía que por allí no había salido nadie. Los infames cazadores retrocedían para reconocer la muralla, donde había lienzos destruidos por donde un hombre podía escabullirse y bajar aunque dificilmente al campo. No parecían sospechar de San Salomó, y recorrieron la calle de los Codos y después salieron al campo, y volvieron á entrar, y tornaron á salir metiendo tanta bulla que no parecía sino que en Solsona andaba suelto el Demonio.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XIX

La idea de su triunfo regocijó de tal modo á Servet, mejor dicho, le enloqueció tanto que estuvo á punto de gritar: "¡Galgos del Infierno, no me cogereis aquí!"

No pudo reprimir la risa que le inspiraba el inútil furor y la confusión de sus perseguidores. Se reía con toda su alma inundada de una complacencia delirante. Creía sentir bajo su cuerpo la trepidación del convento y del pueblo todo que era como la prolongación de su carcajada.

Siguió observando y vió que sus perseguidores se detenían al pié del muro, y uno de ellos señalaba á lo alto. Uno había sospechado, y la idea no había parecido á sus compañeros absurda. Les oyó discutir: después miraron todos hacia arriba, como si un secreto instinto ú olfato de sabueso les indicase que allí estaba el rastro del hombre perdido. Servet tuvo cuidado de retirar la cuerda. Ellos seguían mirando: al fin retiráronse todos y quedaron algunos como de guardia.

—Esos salvajes—pensó Servet,—serán capaces de registrar el convento.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Comprendiendo que allí era grande también el peligro si no tomaba resolución pronta, Servet exploró el lugar á donde su buena ó su mala estrella le había llevado, y vió confusamente las negras alas del convento, el emparrado tendido como un puente de verdes pámpanos entre el muro y el edificio, y por último una luz en la reja más cercana. Entre tanto, un dolor agudísimo en el brazo recordóle que había sido mordido poco antes y que su herida, ensañada por el esfuerzo últimamente hecho y por el roce de los ladrillos, iba á tomar carácter de gravedad. Su debilidad recordóle también que no había comido nada en todo el día y que era urgente acudir á la restauración de fuerzas tan bien empleadas hasta allí y tan necesarias aún si Dios no se ponía de su parte.

Pronto comprendió nuestro fugitivo que no podía haber dado con su pobre cuerpo en sitio menos á propósito. ¡Un convento de monjas! ¡Buen genio tendrían las madres para recibir á deshora huéspedes llovidos!

La extraordinaria santidad de aquel lugar hacíalo ¡cosa horrible! casi tan inhospitalario como el Infierno. Pero ni estas consideraciones, que habrían bastado para dar en tierra con el corazón más esforzado, abatieron el de Servet que confiaba mucho en las soluciones providenciales é inesperadas, en los bruscos cambios de la suerte, ó si se quiere decir más clara y cristianamente, en la misericordia de Dios.

Encomendóse á él con todo su corazón y deslizóse por el emparrado adelante, poniendo piés y manos donde parecía haber resistencia. Andaba como un gusano, y su situación, con ser tan deplorable, le hacía sonreir. Cerca de él brillaba la claridad de una luz que parecía arder en el recatado y honesto recinto de una celda. La reja estaba entreabierta. ¡Oh, Dios poderoso! En el interior una hermosa monja leía.

El caballero pensó lo siguiente:

—Necesito ahora de toda la audacia, de todo el descaro, de toda la sangre fría que puede tener un desesperado.

Entre los peligros, mejor dicho, la muerte segura que había fuera de aquellos muros y las desconocidas soluciones que podría ofrecerle aquella casa, no debía existir vacilación. La inspiración divina que le llevó desde la calle de los Codos á deslizarse como un reptil por entre los pámpanos, podría sugerirle dentro de San Salomó recursos salvadores. Era preciso tener mucho arrojo, firmeza grande en la acción y rapidez suma, lo mismo que cuando se va á dar una gran batalla.

Concibió su plan y con aquella prontitud aquilífera, que es la cualidad primera del genio estratégico lo empezó á poner en ejecución. Saltó

(c) 2008 Ministerio de Cultura

á la galería, empujó primero suavemente la puerta de la celda y viendo que cedía la abrió con fuerza... entró.

Súbitamente cerró tras sí y dirigiéndose á la monja y poniéndole su puñal al pecho, le dijo:

—Si usted da un grito de alarma, si usted llama, si usted denuncia de algún modo á la comunidad mi entrada en el convento, me veré precisado á matarla, y la mataré con sentimiento; pero sin vacilar un instante. El peligro me obliga á ser despiadado.

Ya dijimos que Sor Teodora de Aransis había creido ver un bulto, un hombre, el dragón. Su sorpresa y terror fueron mayores al ver que no era Tilín el que entraba: era un desconocido.

El miedo, el estupor, la vista del arma terrible cuya punta tocaba su pecho, quitáronle todo movimiento y paralizaron el curso de su sangre y hasta de sus pensamientos, y detuvieron en su garganta la palabra. Sólo pudo exhalar un débil gemido, como la cordera próxima á morir, y balbució estas palabras: "Hombre, no me mates, no me mates.„

Había cruzado sus hermosas manos blancas y con suplicantes ojos más que con palabras pedía misericordia al aventurero intruso.

—Señora—dijo éste, amenazando siempre con su arma.—No soy un ladrón, no soy un asesino, soy un desgraciado caballero víctima de las discordias civiles y de una miserable venganza. He entrado aquí al azar huyendo de un inmenso peligro; no vengo á llevarme nada ni á faltar al respeto; sólo pido amparo por poco tiempo, un hueco, un escondite. Elija usted entre la muerte y otorgarme lo que le pido, comprometiéndose á ocultarme en sitio seguro, si, como creo, es registrado esta noche el convento para buscarme.

Sor Teodora no podía decir nada. Convulsión violenta agitaba su cuerpo y sus ojos desencajados se fijaban en el aparecido como en espectro aterrador. El intruso tuvo una idea. Volviéndose rápidamente cerró la puerta, y tomando una silla sentóse delante de ella.

—Señora—dijo gravemente bajando la voz,—mi situación en esta celda es sumamente desagradable para mí. Mi brusca entrada en esta casa de paz y santidad, la audacia con que he profanado esta celda honesta y venerable, presentaránme á los ojos de usted como un sér aborrecible, espantoso. No podré con palabras hacer que se forme de mí una opinión mejor, no: el peligro en que me veo me ha obligado á amenazar á usted con esta arma que sólo usan los malvados... Pero no, yo intentaré... yo intentaré convencer á usted de que no soy un criminal, sino un desgraciado, el más desgraciado de los hombres. Me he hallado

(c) 2008 Ministerio de Cultura

solo en la ciudad, frente á centenares de enemigos... ¿No es legítima mi defensa? ¡Ah! señora. Mientras yo tenga sangre en mis venas, mientras mi mano pueda empuñar un arma y mi cuerpo pueda sostenerse, no entregaré mi vida á la ferocidad de esa gente, no mil veces... He luchado contra inmensos obstáculos. Á punto de caer en manos de mis verdugos, un milagro me ha salvado, la mano de Dios me ha levantado y me ha puesto aquí. Es preciso que yo me salve, no porque estime en mucho mi vida, que poco vale, sino por no dar á esos miserables el regocijo de la victoria... Señora—añadió con noble acento—perdone usted la violencia de mis palabras y mis crueles amenazas. Han sido recurso impuesto por la necesidad, superior á mi caracter, á mi respeto, á todo, por el peligro que convierte en fieras á los séres más pacíficos.

Sor Teodora empezó á recobrar el uso de sus pensamientos, de sus palabras, de su acción.

—Váyase usted de mi celda—dijo con torpe y angustiosa voz—salga usted de aquí, y acójase en cualquier parte del convento. Yo no le denunciaré... yo no.

—¡En cualquier parte del convento!... No conozco el edificio. Si le registran esta noche para buscarme...

—¿Y quién, quién se atreverá á registrar á San Salomó?

—Quien se ha atrevido á cosas mayores, señora.

—Salga usted al instante de mi celda—repitió Sor Teodora restableciéndose prodigiosamente en el ejercicio de sus facultades intelectuales y vocales.—No puedo tolerar esta profanación horrible. Salga usted y ocúltese... no diré nada. Si usted no se va, gritaré y llamaré á las hermanas. Por pronto y bien que usted me mate, no me faltará un poco de aliento para pedir auxilio.

—¡Oh! no—exclamó el caballero.—Me arrepiento de mi primer arrebato. No pondré la mano en quien ya me ha prometido un poco de amparo permitiéndome que me oculte en cualquier parte del convento. Ya he encontrado una generosidad que no esperaba, y esto me mueve á abandonar el papel odioso que, á pesar mío, he hecho al entrar aquí. Señora...

El intruso se levantó.

—¿Qué?

—Señora, si yo pudiera mover á compasión el espíritu elevado y piadoso de usted me tendría esta noche por el más feliz de los hombres. He entrado aquí inspirando miedo. Prefiero cualquier pequeño beneficio otorgado por la caridad á las mayores ventajas concedidas por el miedo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Bien, bien—dijo Sor Teodora deseando poner fin á aquella escena que aún le parecía espantosa pesadilla.—Váyase usted, ¡por las llagas de Jesucristo!... váyase usted... escóndase en cualquiera parte... Yo haré que no sé nada... Es lo único, lo único que puedo hacer.

—Yo saldré, saldré—dijo Servet—pero si usted me lo permite...

—No admito réplica... Fuera, fuera de aquí—prosiguió la monja adquiriendo al fin dominio sobre sí misma y acercándose con paso seguro y ademán imponente al intruso.

—¡Oh! ¡señora!... cómo me atreveré á pedir á usted un poco más de compasión, un poco, casi nada.

—No oigo una palabra más. Salga usted... ya no temo sus armas, las desprecio, porque mi deber se sobrepone á todo y al miedo del morir.

—Señora...

El caballero dió un gran suspiro, apoyóse en la silla, después dejó caer su cabeza sobre el pecho, y sus brazos desfallecidos se extendieron á un lado y otro. Volvió hacia la ilustre religiosa su semblante pálido, y con dolorido acento le dijo:

—Estoy herido.

Sor Teodora se quedó cortada y parecía meditar. El forastero caía rápidamente en profundo marasmo. Mortal palidez cubrió su rostro y su voz sonó cavernosa como la del que agoniza.

—¡Herido!—repitió la monja mirando el brazo ensangrentado.—Es verdad.

—Si la caridad, señora—murmuró el caballero—no se sobrepone en el ánimo de usted al rencor que le he inspirado, al sentimiento de la profanación de esta casa por mi entrada importuna, á su recato y á su escrupulosidad de monja, declárome abandonado no sólo de los hombres sino de Dios, y me resigno á morir. No puedo más.

Cerró los ojos y su abatimiento fué más visible.

—Mis escrúpulos—indicó Sor Teodora con entereza—no me impedirán dar á usted algunos auxilios. ¿Esa herida es grave?

—Es la mordedura de un perro; siento dolores horribles. Después he tenido que trepar por la tapia de San Salomó y me he magullado horriblemente el brazo herido.

—Mi conciencia—pensó la religiosa—no me dice nada contra la idea de curarle esa herida y vendarle el brazo.

Y dirigióse á la alacena para sacar de ella lo necesario.

—¡Oh, señora!—dijo el intruso con fervor.—Ya veo que Dios no me abandona. Perdón, perdón por mis amenazas al entrar aquí, por mi

(c) 2008 Ministerio de Cultura

lenguaje descortés. Creí entrar en la caverna de un enemigo y me encuentro en la morada de un ángel.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Sor Teodora echó vino en un vaso. Parecía muy atenta á preparar la medicina, pero su semblante estaba ceñudo y no indicaba gran tranquilidad en su alma.

—Señora y venerable madre—añadió el herido, tomando su puñal y sus pistolas y poniéndolas sobre la mesa.—Ahí tiene usted las armas que le han inspirado tanto miedo. En presencia de un angel de bondad me desarmo. Me entrego á usted en cuerpo y alma y estoy dispuesto á obedecerla. Me someto á su autoridad, y si mi bienhechora se arrepiente de serlo y me denuncia, hágalo en buen hora. ¡Infeliz de mí! Antes lo fiaba todo á mi audacia y al arrojo que me infundía el peligro; ahora lo fío todo á la nobleza y á la caridad de esta dama tan santa como hermosa, que tiene pintada en su semblante la bondad de los ángeles. ¡Bendito sea Dios que me ha traido aquí!

La de Aransis dejó un momento su obra para recoger las armas y ponerlas en otro sitio.

—Soy de usted—dijo el herido con sumisión.—Mi libertad, mi vida, están en sus divinas manos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XX

Poco después los blancos y finísimos dedos de Teodora se acercaban temblando á la herida y tocaban sus bordes doloridos. El semblante de la religiosa era todo compasión, y el del aventurero gratitud.

—Esto debe lavarse—dijo ella.

Sin detenerse echó agua en una jofaina de plata, añadiéndole gotas de una esencia aromática que perfumó la celda. Después de lavar la herida aplicó sobre ella el vino que había batido con aceite y la vendó al fin cuidadosamente.

Clavando sus negros ojos en el herido, señaló la puerta y le dijo:

—Ahora...

—Ahora, sí—repuso él de mala gana sin moverse de su silla.—Si yo me atreviera á decir á la señora una cosa...

Hablaba en el tono más humilde.

—¿Qué cosa?—preguntó Sor Teodora con severidad.

—Que me muero de hambre, señora.

Al decir esto parecía que sus fuerzas se extinguían y que iba á perder el conocimiento. La monja miró al suelo, luego al intruso, después á la rica alacena de talla que guardaba tantos tesoros.

—Las inmensas fatigas del día de hoy—añadió Servet con profunda lástima de sí mismo—no me han permitido llevar un pedazo de pan á la boca. El hambre y el cansancio me agobian de tal modo, señora, que si usted me arroja de aquí en este triste estado, no podré dar un paso.

La venerable madre volvió á fruncir el ceño. Parecía vacilar. Después dirigióse á la alacena y sacó de ella un objeto que despedía olores

(c) 2008 Ministerio de Cultura

gratísimos al olfato: era una gallina asada. Su dorada pechuga, sus gordos muslos medio achicharrados por el fuego, convidaban á la gastronomía. El hambriento se reanimó sólo con la vista de tan hermosa pieza, honra de las cocinas de San Salomó.

Sin decir una palabra, la monja tendió sobre la mesa un pequeño mantel, blanco y limpio como el cuello de un cisne, puso en él la fuente con la gallina, un pan entero y una botella de vino blanco que en el subido color de oro y delicadísimo aroma indicaba sus muchos años. Hecho esto, sin olvidar el cubierto y un vaso de plata, se apartó de la mesa, y tomando una silla sentóse en ella, volviendo la espalda al intruso que había caido ya sobre la cena. Sor Teodora no acompañó con una sola palabra su acción, ni tampoco con una sola mirada. Tomando su libro de oraciones, se puso á leer.

—Si mil años viviera—dijo el hambriento, después de los primeros bocados—no tendría tiempo bastante para agradecer á usted lo que ha hecho por mí esta noche, venerable madre.

Hubo una pausa durante la cual nada se oía más que el ruido del comer. La de Aransis miró de reojo y viendo que el intruso, después de hacer desaparecer media pechuga y un ala, se detenía, levantóse y volviendo á la alacena, sacó unas lonjas de jamón adornadas con esa filigrana de cocina que llaman huevos hilados y es tan agradable al paladar como á la vista.

—Gracias, señora—murmuró D. Jaime.—Mi hambre ha sido satisfecha y me basta.

La monja sacó también un plato de confituras y se lo puso delante. Sin mirarle, ni cambiar con él palabra alguna, volvió á su asiento y volvió á tomar su libro. ¡Qué ganas de rezar le habían entrado! Sin duda quería desagraviar á Dios del grandísimo desacato y profanación que la entrada de aquel hombre en su celda representaba. Pero el aventurero se cansó del largo silencio, y deseoso de romperlo, habló de este modo:

—Bien sé, reverenda madre, que el hombre que ha entrado aquí como un ladrón amenazando y aterrado, no merece ser tratado con miramiento y consideración. Lo más que se puede hacer por él es darle una limosna, pero nada más, nada más.

Sor Teodora no pronunció sílaba ni movió pestaña. Parecía una de esas estátuas en que el arte ha representado á un grave personaje histórico leyendo sobre su sepulcro.

—Bien sé que este hombre no merece consideración—añadió el caballero.—Si se le conociera bien, quizás la tendría; pero no se le conoce,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

no es más que como un saltador de tapias. ¡Ah! si se conocieran sus inmensas desgracias, los móviles que le han traido aquí, quizás, quizás no tendría el sentimiento de ver apartados de sí los ojos de su bienhechora. Permítame usted—añadió dirigiéndose á ella—que me duela de este desvío. No estoy acostumbrado á él. He tenido la suerte de encontrar hasta hoy simpatías, afecto, amistad en todas partes. Bien sé que pedir esto en el caso presente sería mucho pedir... He recibido mucho más de lo que podía esperar y mi gratitud será eterna.

Inclinóse profundamente con el mayor respeto.

—Demasiado favor es—dijo Sor Teodora sin mirarle—auxiliar á un hombre desconocido que ha entrado aquí como entran los ladrones sacrílegos.

Entonces le miró y con súbito enojo le dijo:

—¿Pero no se marcha todavía?...

—Espero las órdenes de mi dueño—replicó el intruso inclinando su cabeza.

—Váyase usted.

—¿Á dónde, señora?

—Al Infierno... ¿qué sé yo?

—No puedo salir de San Salomó mientras estén en Solsona las guerrillas de Navarra. Me es imposible, señora. Si salgo mi muerte es segura: entre mis cazadores hay uno que jamás perdona.

—¿Y qué me importa eso?—dijo la monja alzando bruscamente los hombros y cerrando el libro.

—Yo he puesto mi vida en manos de usted, señora, en esas manos que han nacido para ser generosas y que lo serán, aunque usted misma no quiera. He entregado á usted mis armas. Estoy indefenso. Si usted no quiere completar su acción caritativa ocultándome en el convento por esta noche, abra esa puerta, llame á las buenas madres que duermen, alborote la casa, toque la campana de alarma, llame á las autoridades de la ciudad y entrégueme á ellas. Si usted lo hace lo acepto, recibiré mi perdición y mi muerte como si vinieran de Dios.

—¿De modo que insiste usted en quedarse aquí?—dijo la de Aransis confusa y asombrada.

—Por mi voluntad sí, señora, porque nadie va voluntariamente á su ruina. Si usted en conciencia cree que debo ser arrojado de este asilo que me deparó la Providencia, arrójeme en buen hora.

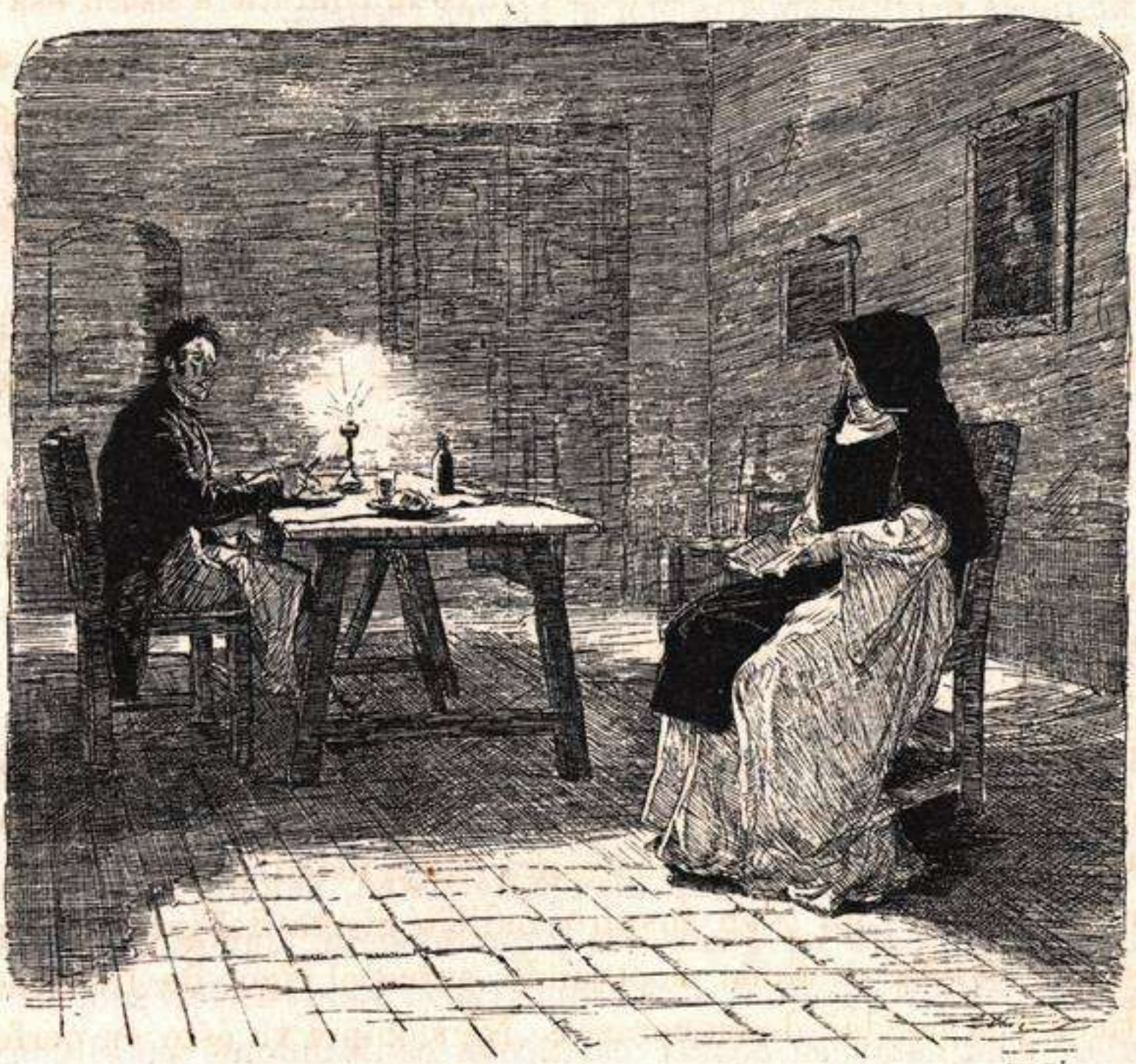
—¿Háse visto un descaro igual?... ¡Un hombre en mi celda!... ¡Jesús y María Santísima de mi alma!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

La madre se llevó las manos á su preciosa cabeza cubierta con las blancas tocas.

—No pretendo que usted me oculte aquí, sino en cualquier otro sitio donde esté seguro. Lo pido como se piden los favores, no con amenazas ni con armas; usted hará lo que su conciencia le dicte, señora; ó entregarme á mis enemigos ó salvarme.

—¿Cómo he de salvar á quien no conozco, cómo? No es virtud sino pecado ocultar al criminal y ponerlo á cubierto de la justicia.



—Yo no soy criminal, ni nunca, nunca lo he sido, señora—declaró el intruso con acento patético y conmovido.

Su acento tenía la admirable entonación del honor verdadero que no puede confundirse con ninguna otra. Los histriones más hábiles apenas pueden fingirla. Sor Teodora que tenía su alma fácilmente abierta á la convicción, principió á experimentar hacia Servet las agradables sensaciones que producen los movimientos de benevolencia en el corazón humano.

—Por el que está en esa cruz—dijo el herido extendiendo su mano hacia el crucifijo—juro que no soy criminal, que no lo he sido nunca,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que esta cacería que ahora sufro no es motivada por ningún hecho deshonroso.

—¿El cazador de usted quién es?

El caballero vaciló un instante. Comprendiendo que la verdad le salvaría, dijo:

—Es un celoso.

—¡Un celoso!—repitió Sor Teodora sintiendo su cerebro cargado de ideas que repentinamente entraron en él.

—Un celoso y además un fanático. Si yo le contara á usted esa historia, usted que es buena y noble dejaría de ver en mí un criminal atrevido, y si en el curso de ella aparecían faltas y faltas graves, seguro estoy de que me las perdonaría.

—Tal vez no—replicó ella que había empezado á sentir abrasadora curiosidad sin poder precisar de qué ni por qué.

—Y pongo por testigo á Dios de que la protección que usted se digne concederme esta noche no será mal empleada ni recaerá en persona indigna de ella. No es vanidad, señora, lo que voy á decir; si usted, faltando á todas las leyes de la caridad, diera la voz de alarma y me entregase á mis enemigos, cometería un crímen abominable, porque crímen es entregar al verdugo un inocente.

Sor Teodora replicó frunciendo el ceño:

—Eso podrá ser verdad y podrá no serlo.

—Sí, podrá ser verdad y podrá no serlo. Pero esto no lo ha de decidir el discernimiento frío de un juez, sino el corazón noble y generoso de una dama, de una religiosa, de una santa. Elija usted, señora.

Sor Teodora dió un gran suspiro indicio cierto del grave compromiso en que estaba su alma, fluctuando entre el rigor de los deberes monásticos y la bondad de su corazón. No siempre va éste en perfecto acuerdo con las tocas.

—No me será muy difícil creer—dijo después de una larga pausa—que no estoy delante de un ladrón, bandolero ó asesino. Bien veo por su lenguaje que no pertenece usted á esa pobre clase plebeya de la cual salen todos los malvados. Hasta llegaré á creer que pertenece usted á la clase más alta de nuestra sociedad. Ciertos modales y lenguaje no se adquieren sino habiendo nacido á larga distancia del populacho... Pero hay muchas especies de criminales desde que la política ha trastornado la sociedad, y quizás usted, sin ser precisamente reo de esos feos delitos propios de la baja plebe, haya cometido otros que me vedarían en absoluto ampararle.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Señora, no comprendo á usted.

—Desde que me entregó sus armas, desde que usted me habló de esa terrible persecución que sufre, formé un juicio que creo ha de resultar cierto. Á ver si me engaño: el afán con que usted huye de los guerrilleros de Navarra, es porque sin duda algún celoso defensor del Altar y del Trono ha visto en usted á un enemigo de esta causa sagrada. Usted es espía de Calomarde y de las tropas del Rey que ya están sobre Cervera. ¡Oh! señor mío, no creo en la farsa de esa cacería por celos, no: tanta inquina en ellos, tanto recelo en usted, me prueban que anda por medio la pasión de las pasiones... la política. ¿Y siendo usted amigo de esos hombres corrompidos que vienen á sofocar esta santa insurrección por la Fé, se atreve á buscar asilo dentro de los muros sagrados de San Salomó?... ¡Qué audacia!

—¡Oh, señora!—exclamó el caballero cruzando las manos.—Nada podré ocultar á usted. Dios ha dispuesto que me revele á mi bienhechora tal como soy... Me he fiado á su generosidad y su generosidad no puede faltarme. Hallo en usted un caracter que despierta en mí grandísima afición y simpatía, y no puedo dejar de corresponder á ese caracter, mostrando la parte principal del mío, que es el amor á la verdad. El corazón me dice que de tan noble y hermosa dama, que de tan ejemplar religiosa no he de recibir más que beneficios. Señora, me presentaré á usted con mi verdadera forma, y así me haré más acreedor á su amparo... Yo no soy espía de Calomarde.

—Entonces...

—Los defensores de la llamada causa apostólica y los realistas de Madrid son igualmente extraños á mis ideas y á mis acciones. Habiéndome impuesto ahora el deber de decir á usted la verdad pura, creyendo que así ha de tomar más interés por mí, le diré... Salga lo que saliere, señora, digo á usted que soy liberal.

Sor Teodora sofocó un grito y se puso pálida.

—Y repito ahora lo que antes dije—manifestó el intruso arrodillándose ante la monja en la actitud más respetuosa.—Reverenda madre, disponga usted de mi suerte. Entrégueme usted á mis enemigos ó salve esta pobre vida, según lo que su conciencia le dicte.

—¡Jacobino!—murmuró Sor Teodora santiguándose.

—Así nos llaman—dijo festivamente permaneciendo de hinojos y alzando los ojos para contemplar la soberana hermosura de la monja.—Así nos llaman... De modo que tiene usted de rodillas á sus piés al mismo Demonio.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Levántese usted—dijo la de Aransis bruscamente.

—No me levanto hasta no oir mi sentencia de esos labios—repuso galantemente el caballero.—¿Será posible que mi franqueza no despierte en usted la piedad? Á un hombre que muestra así el más grave de sus secretos ¿se le puede negar amparo?

Sor Teodora habia llegado al más alto grado de confusión. Bien lo comprendía Servet, el cual, conocedor del corazón humano, había visto en la ilustre dama uno de esos caractéres que se conquistan más facilmente con la verdad y la franqueza, que con la violencia y la amenaza. La de Aransis era en efecto como él la creía. Para conquistar su benevolencia era preciso confiársele resueltamente, someterse á ella sin rodeos. El desconfiado, el artificioso, el astuto no serían sus amigos; pero el franco, el leal y el verdadero sí.

—Lo que usted me ha dicho—indicó mirando tan fijamente al caballero que parecía querer penetrar sus más íntimos pensamientos—me mueve á tratarle como el mayor enemigo de esta casa. Yo no puedo dar asilo á un jacobino, enemigo de los Reyes y de la Fé.

Servet inclinó su cabeza en señal de resignación.

—Por consiguiente—añadió ella alzando la mano y estirando el dedo índice como un predicador—voy á dar aviso á la comunidad para que llame á las autoridades de Solsona.

El caballero se inclinó otra vez. Las miradas y el tono de Sor Teodora no parecían indicar sentimientos tan crueles como los que sus palabras expresaban.

—Sin embargo—añadió—prometo ocultarle y favorecerle, si me revela el objeto de su venida á Solsona y las conspiraciones de jacobinos que entre manos trae... porque usted ha venido sin duda con algún fin contrario á esta porfía apostólica que hay ahora.

—Si yo comprara á ese precio el favor de usted, señora—dijo el caballero con entereza—sería un miserable. Yo creí que usted no me tendría por un miserable. ¡Revelar lo que se nos ha confiado como un secreto! No, señora. En lo que usted me pide, acaba la franqueza y empieza la deshonra. La reverenda madre no sabrá nada de mi boca. Yo no soy traidor á mis amigos y favorecedores. ¿Esperaba usted mi contestación para dar la voz de alarma á la comunidad? pues ya la tiene .. He dicho antes que me sometía en cuerpo y alma á mi bienhechora. Desarmado estoy... puede perderme si gusta; salga usted... no tema que lo impida violentamente.

Corriendo á la puerta puso su mano en el picaporte.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Quieto—dijo vivísimamente Teodora corriendo á impedir aquel movimiento.

—Es que no puedo acceder á la traición que se me exije.

—No importa... yo no quiero que nadie sea traidor—replicó la monja, acompañando su voz de un ademán tranquilizador.—Me he acordado de mi pobre hermano, que como usted tiene la desgracia de ser jacobino. ¡Pobre hermano mío! Á su recuerdo debe usted mi piedad.

—¿Entonces me favorece usted, se decide á ampararme?

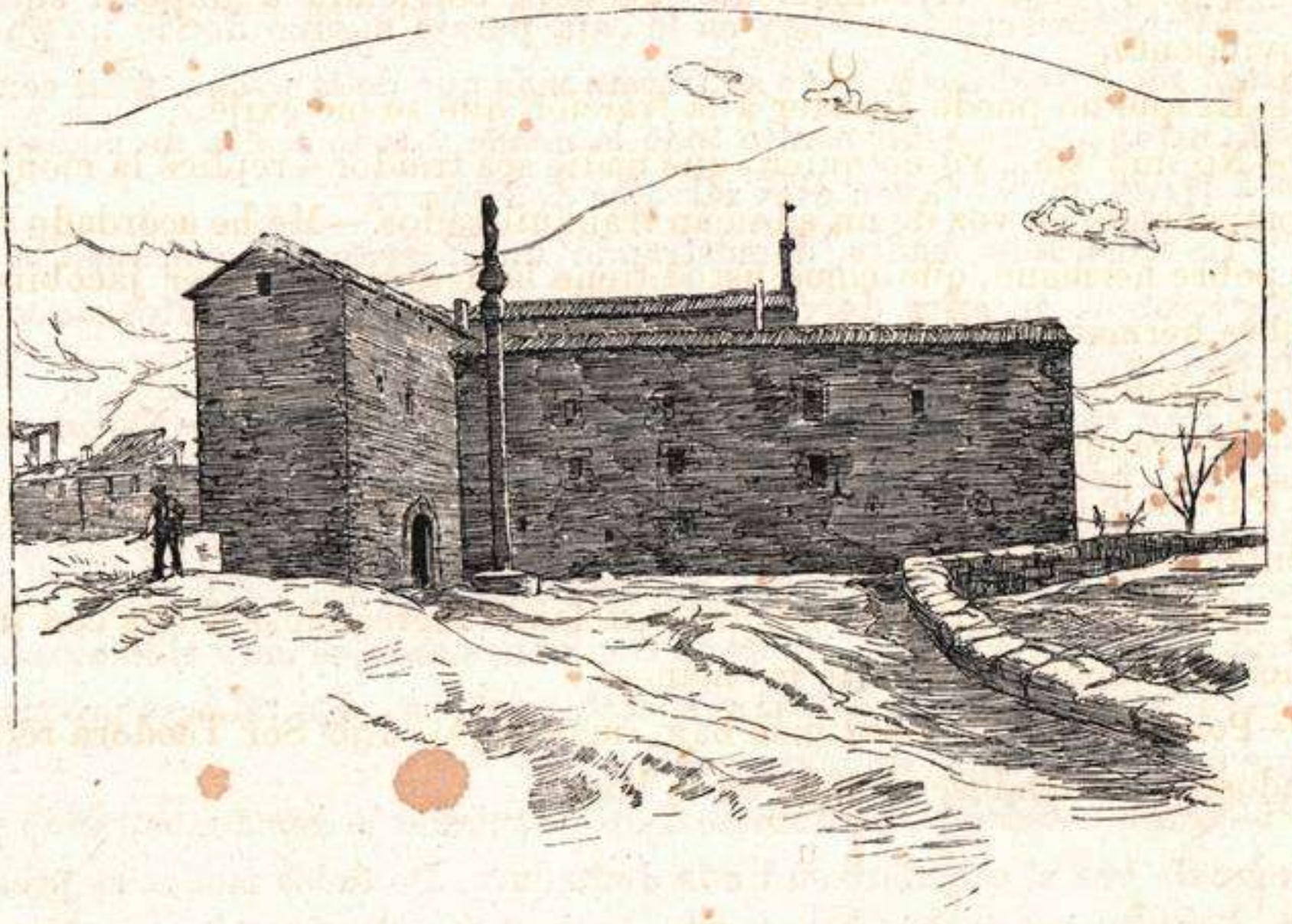
—Sí—repuso ella sonriendo ligeramente.

Parecióle á Servet, al ver aquella sonrisa, que veía, como vulgarmente decimos, el cielo abierto.

—¡Oh! ¡gracias, gracias, señora!—exclamó acercándose á ella con intención evidente de besarle las manos.

—Por Dios, hable usted más bajo, más bajo—dijo Sor Teodora retirándose y poniéndose el dedo en la boca.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



XXI

En la otra celda de la Isla... en el cuarto de la leña... en la sacristía... no, mejor será en la iglesia... no, en la iglesia no... En la covacha del hortelano... no, en la torre... ¿por qué no en la iglesia?... dentro de uno de los altares...

Estas palabras dichas por Sor Teodora de Aransis, con la voz apagada, los ojos fijos en el suelo y un dedo sobre el labio inferior, demostraban la gran vacilación de su alma. Iba nombrando los distintos lugares donde el caballero podía esconderse, pero tan pronto como los nombraba los desechaba, por no ofrecer la seguridad absoluta que el caso requería. El problema era dificilísimo; pero la dama se aplicaba á él con la constancia y el ardor de un buen matemático. Después de indicar varios sitios apuntando en seguida sus inconvenientes, miró al caballero y le dijo:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Verdaderamente no hay en la casa paraje alguno donde no pueda usted ser descubierto. Si no se tratara más que de la noche, facil sería... pero usted quiere estar oculto toda la noche y todo el día de mañana...

—Hasta que se vayan esos salvajes de Navarra.

La venerable madre, demostrando un interés que contrastaba un tanto con su anterior desvío, volvió á enumerar los distintos rincones de San Salomó.

—Hay aquí al lado una celda que no tiene uso—dijo.—Nadie entra en ella... pero la madre priora tiene la llave... y si se le antoja entrar... la madre priora tiene el don de hacer las cosas cuando menos falta hacen... Suele venir á mi cocina que está entre las dos celdas, y si siente ruido... ó si se le antoja... porque tiene unos antojos muy ridículos...

—Y recibo la visita de esa respetable señora... En tal caso procuraré que no tenga quejas de mi cortesía.

—Quite usted allá, hombre de Dios—exclamó la dama mostrando por segunda vez al caballero su linda dentadura. De todos modos es preciso que usted me deje sola lo más pronto posible... Bien podría suceder que cualquier hermana pasase por aquí y viese un hombre en mi celda... En tal caso resultaría muy mal recompensada mi generosidad.

—No pasará eso, señora. Las buenas madres duermen. Dios vela su sueño y los ángeles de la guarda impedirán que este acto caritativo sea descubierto y mal interpretado por la malicia.

—Mucho confío en el amparo de los ángeles de la guarda y en la bondad de Dios—dijo la señora—pero lo mejor es que salga usted de aquí.

Estaban sentados los dos el uno frente al otro junto á la mesa central de la celda, y la luz de la lámpara iluminaba de lleno ambos rostros.

—Nadie que esto viera—añadió la monja contemplando á su huésped con curiosa fijeza—podría interpretarlo como lo que es realmente, como un acto caritativo... ¡Cuántos juicios equivocados se forman en el mundo! ¡Cuántas personas inocentes son víctimas de la maledicencia!...

—Pero hay un juez que todo lo sabe, y que nunca se equivoca en sus sentencias. Á ese hay que apelar, despreciando los vanos juicios de los hombres, inspirados siempre en el odio ó la envidia... Pero no quiero mortificar por más tiempo á mi bienhechora, permaneciendo aquí.

Se levantó.

—Estaba pensando—dijo la madre—que pudiendo trepar por una ventanilla que está sobre la puerta de la sacristía, podría usted ocultarse fácilmente en el camarín. Hay allí mil objetos... Pero no: el sacristán

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ha dado ahora en la manía de arreglar aquello y todo el día está revolviendo trastos... ¿Dónde, Jesús Sacramentado, dónde?... Déjeme usted pensar.

Apoyó la frente en la palma de la mano. El caballero se sentó de nuevo y esperó las decisiones de su angel bienhechor. Después de largo rato el caballero no oyó más que un suspiro.

—¿No halla usted mi salvación, reverenda madre?—dijo al fin Servet.

—¿Qué?—exclamó bruscamente ella como si fuera arrancada de una meditación profunda.

—Lo mejor será que no se mortifique usted más por este desgraciado. Si Dios ha decidido ampararme esta noche nadie lo podrá impedir.

El caballero volvió á levantarse.

—Yo creo—dijo Teodora en tono de lástima y melancolía—que Dios no le abandonará á usted si son ciertas, como creo, esas cristianas ideas que ha manifestado. El que confía en Dios nuestro Señor y amantísimo padre, será salvo.

—Tantas, tantísimas veces me ha salvado de inmensos peligros, que he llegado á creerme invulnerable, y siento un valor muy grande para acometer los trances difíciles y arriesgados. Mi secreta confianza en Dios me ha sostenido durante mi juventud, la más borrascosa que puede imaginarse, por las pasiones, los trabajos, las sorpresas, los compromisos, las penalidades, los triunfos y las caidas que en ella ha habido, y es tal mi vida, reverenda madre, que yo mismo me recreo echando una ojeada hacia atrás y mirando esas turbulentas páginas ya pasadas.

La idea de una vida agitada, fatigosa, llena de pasiones y sobresaltos, de dolores y alegrías contrastaba de tal modo con la idea que Sor Teodora tenía de su propia juventud, la más monótona, la más solitaria, la más desabrida de todas las juventudes posibles, que la dama ilustre sintió vivo interés ante aquella existencia que se le presentaba como un drama vivo. Su discreción era tanta que pudo disimular aquel interés y curiosidad ansiosa, y dijo:

—La juventud del día vive en locos afanes. No dudo que la de usted habrá sido y será de las más desasosegadas.

El huesped se sentó.

—La mayor desgracia de mi vida—dijo—ha sido siempre no poseer lo que amo y amar todo lo que no puedo poseer, corriendo siempre detrás de cosas imposibles.

—Ese mal parece muy común.

El caballero dió su opinión sobre esto, y Sor Teodora se admiró de

(c) 2008 Ministerio de Cultura

observar en sí cierta cosa inexplicable, así como un deseo de saber toda la vida del intruso hasta en sus más escondidos repliegues. Despertaba en ella interés semejante al de una novela de la cual se han leido algunas páginas que anuncian escenas conmovedoras. Después de doce años de convento había sentido la reverenda madre un brusco llamamiento de la vida exterior y mundana, de toda aquella vida que había puesto juntamente con sus magníficos cabellos, á los piés del Esposo. Ella se asombraba de no estar todo lo horrorizada que debía estar en presencia de un extraño, y se admiraba de oir con agrado, más que con agrado con simpatía, la conversación del caballero desconocido.

Pero lo escandaloso de su situación revelósele después de un momento de tristeza meditabunda en que se creyó libre, sin tocas, en el siglo, rodeada de afectos nobles, en consorcio honrado y cariñoso con toda clase de personas. Fué una visión breve y risueña, y tras la visión vino un sobresalto y un grito de la conciencia semejante al alarido del centinela que da el "quién vive.„

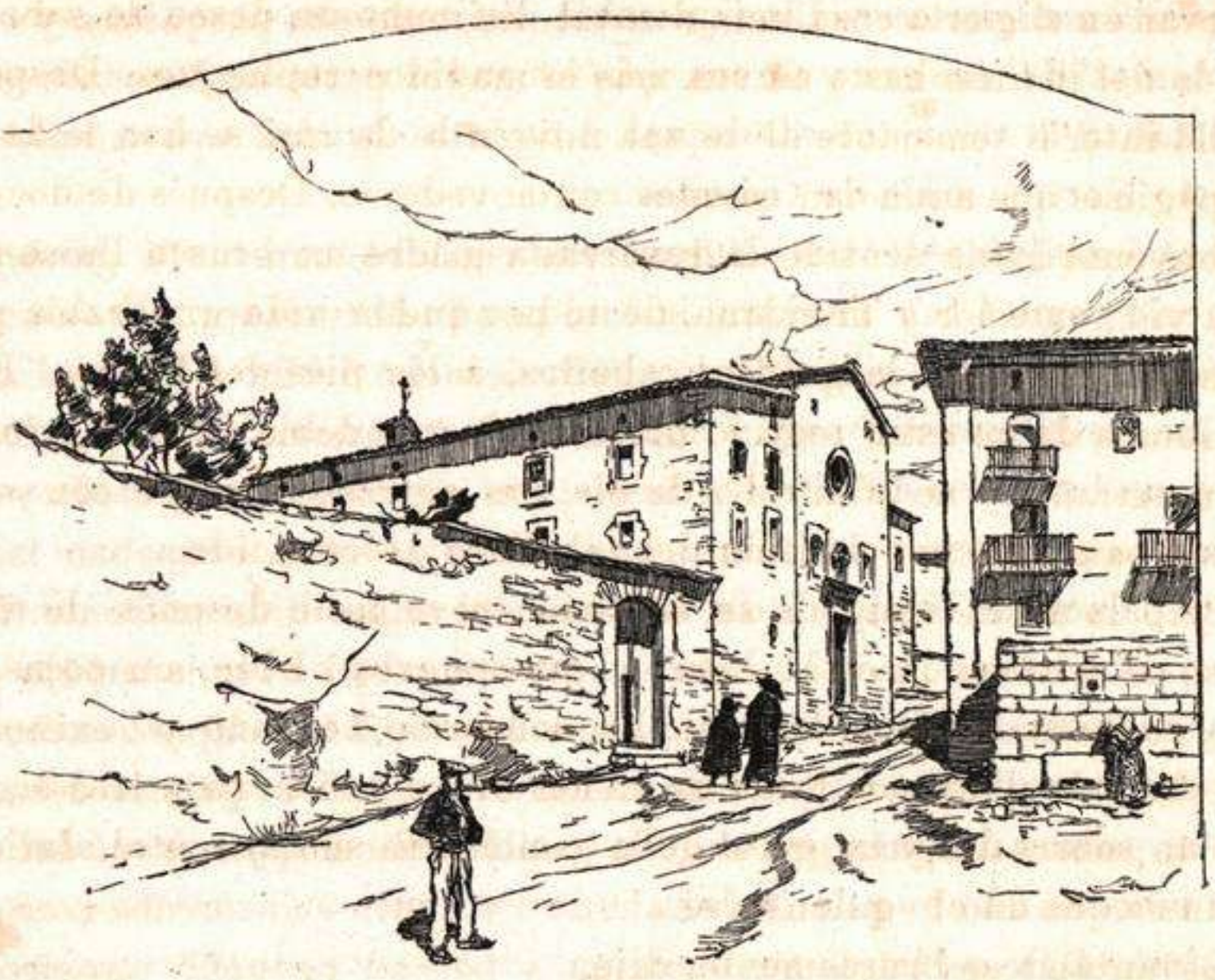
Levantándose bruscamente, dijo:

—Esto no puede seguir. Salga usted y escóndase donde pueda... ¡No parece sino que estoy tonta!

El caballero se dispuso á obedecer. El reló de la ciudad dió la una.

Sor Teodora abrió cautelosamente la puerta y examinó la galería y el clautro para ver si reinaba soledad absoluta. Sus sentidos experimentaron una impresión extraña. Tuvo miedo, lanzó una ligera exclamación. Servet acercóse á ella y vió que aspiraba el aire fuertemente, cual si no bastándole sus ojos y oidos, quisiera explorar con el olfato.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



XXII

POR la parte exterior de la celda ocurría poco antes algo que merece ser referido. La soledad y apartamiento de la Isla no eran tan grandes que estuviese á salvo de la curiosidad monjil aquella interesante parte del convento, y así como no hay bien que no tenga su sombra de mal, así la independencia que gozaba la de Aransis, tenía por enemigo el afán inquisitorial de una madre que habitaba en el ala opuesta del convento, frente á frente, claustro por medio, de la celda de Sor Teodora. Grandísima era la inclinación de la madre Monserrat á saber lo que hacían ó dejaban de hacer las otras monjas, y ya corrompiendo con mimos y regalitos la discreción de las criadas, ya valiéndose de sus propios ojos, había logrado ser un archivo humano lleno de cuantos datos pudiera apetecer el autor que tuviese el capricho de escribir la historia íntima

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de aquella antigua casa. Hacía con tal disimulo sus pesquisas, y observaba con tal delicadeza y finura, que la mayor parte de las madres apenas notaban la presencia de aquel diligente alguacil aposentado en el extremo Norte del ala de Oriente.

Pero á ninguna de sus compañeras vigilaba con tanta gana y con tanto celo como á Sor Teodora, la cual por su hermosura, por su orgullo y por antiguas rivalidades, tenía cierto derecho divino á la fiscalización de la madre Monserrat, según opinión de esta misma. Bien puede afirmarse que los pasos de la de Aransis, sus entradas en la celda y en la cocina, sus paseos por la huerta, sus visitas al coro, ocupaban las tres cuartas partes del tiempo y del espíritu del alguacil de enfrente. Ponía éste especial atención en la hora á que apagaba su luz la monja de la Isla; y cuando á las altas horas de la noche estaba la lámpara encendida, la Monserrat salía paso á paso de su celda, recorría la galería del ala de Oriente, pasaba después por el gran pasillo del cuerpo central del edificio, y recorriendo la galería del ala de Poniente se acercaba con pasos ligerísimos á la celda de su enemiga, y por un pequeño agujero, que allí habían hecho los ángeles sin duda, introducía su alma toda puesta en una mirada. Miraba como quien clava una aguja.

Algunas veces al retirarse después de esta inspección decía:

—Lo que yo me figuraba... Está leyendo novelas.

Otra noche al retirarse, se santiguó tres ó cuatro veces, y poniendo cara de espanto, exclamó para sí:

—Nuestra Señora de Monserrat nos valga... Está con las tocas quitadas poniéndose flores en la cabeza y mirándose al espejo.

La atisbadora iba á su celda por el mismo camino. Sus pasos no se sentían: calzaba sus venerandos piés con alpargatas que parecían de plumas.

Aquella noche (nos referimos á la noche del caballero hambriento, que fué una noche muy célebre en San Salomó) la de Monserrat hizo su viaje de inspección porque ya era cerca de la una y la celda de su víctima estaba iluminada. Era preciso tomar acta de este peregrino caso.

La monja aplicó su oreja á la puerta, y entonces... ¡por los sagrados clavos y las divinas llagas de Jesucristo!... Se quedó helada de espanto. No daba crédito á aquel su sentido acústico tan bien ejercitado y tan experto. El agujerillo de vigilancia parecía que se había agrandado. Adaptó la monja su ojo vidrioso... Miró, estuvo mirando un largo rato. ¡Cómo miraba! Creyó al principio que era alucinación; pero no, era realidad, realidad.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Echó á correr tambaleándose, porque sus caducas piernas vacilaban, cual si no pudieran sostener el formidable peso de su indignación. Se santiguó repetidas veces, elevó las flacas manos al cielo, movió la cabeza tan semejante á una calavera, y murmuró:

—Ya me esperaba yo esto... En esto habían de parar las locuras de esa mujer. ¡Piedad, Señor!

Dicen que la reverendísima estuvo á punto de dar en tierra con su esqueleto, tal era el pavor que sentía; pero ella sacó de su demacración senil las fuerzas que necesitaba para poder llegar hasta la madre abadesa y referirle un caso tan horroroso. Los minutos que tardó en llegar á la celda de la superiora, le parecieron siglos de infamia, de vilipendio, para la orden de Santo Domingo.

La abadesa no estaba en su celda. Aquella señora, que era la más rezona de las habitantes de la casa, acostumbraba dejar por las noches su angosto lecho y bajar al coro, donde estaba en oración largas horas, de rodillas sobre el mármol duro y frío, apoyando sus brazos en una silla que le servía de reclinatorio y sumido el espíritu en las honduras mareantes de la mística. Algunas monjas la imitaban en esta santa costumbre.

Entró la vieja en el coro, y á la luz incierta de la lámpara que alumbraba al Cristo, vió á la madre abadesa de rodillas. Acercóse y le tocó en el hombro.

—¿Quién es?—dijo la abadesa con voz soñolienta.

La de Monserrat se arrodilló á su lado y se persignó con precipitación.

—Soy yo—repuso—que vengo á poner en conocimiento de...

—Ya... ya me lo figuro—dijo la madre abadesa incorporándose.—Yo también empezaba á alarmarme.

—¿Sabe usted lo que voy á decirle?...

—Sí... que se siente olor á madera quemada.

—No, no es eso.

—Hace un rato que sentí ese olor—afirmó la madre abadesa husmeando el aire. ¿No siente usted?

—Fuego hay en el convento, pero es un fuego que no se ve.

—¿Qué me dice usted, señora?

—Dentro del convento ha entrado esta noche un hombre.

—Usted sueña, hermana... Pues no me queda duda... ¿No siente usted olor á quemado?

—Será que en las murallas han encendido alguna hoguera... Cuando

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pasan cosas graves, cuando el convento está profanado, deshonrado por la infamia y el sacrilegio, no conviene pensar en fruslerías.

La abadesa se levantó.

—¡Un hombre! Eso no puede ser—dijo con espanto.

Y al punto se puso á temblar.

—Un hombre, sí. ¿No sé yo lo que es un hombre?

—¿En dónde?

—En la celda de una religiosa.

La abadesa cesó de temblar y empezó á reir. El caso le parecía tan absurdo, tan inverosímil; estaba además tan acostumbrada á los ridículos terrores de Sor María Monserrat, que no pudo permanecer seria.

—Si á la abadesa de esta comunidad—dijo la delatora—le falta valor para llamar á la puerta de la celda donde se está consumando el horrendo sacrilegio, yo lo haré. No temo nada, no me importa que un asesino...

La monja no pudo continuar porque fué acometida de una tos muy fuerte.

—¡Oh!... sí, parece que hay humo aquí—dijo en tono de alarma.

Las dos monjas se acercaron á la reja que daba al altar mayor.

—¡Humo, humo!

Esta exclamación brotó á un tiempo de una y otra garganta. Á la indecisa luz de la lámpara veíase una como niebla espesa que envolvía los abigarrados oropeles del altar churrigueresco.

Las dos monjas corrieron de aquella reja á otra que al claustro daba.

—¡Jesús de mi alma!—gritó la madre Monserrat llevándose las manos á la cabeza.—¿Qué es esto?... Un hombre... dos hombres, tres hombres... les he visto correr por el claustro hacia la sacristía...

La abadesa se quedó tan aterrada que no pudo ni hablar ni moverse. Volvieron á asomarse á la reja de la iglesia. Una claridad ténue y rojiza llenaba el recinto sagrado permitiendo ver las imágenes, las colgaduras, los altares: era un aspecto siniestro y horripilante.

Las dos monjas corrieron hacia el claustro. Oyéronse los pasos precipitados de tres hermanas que bajaban. En el patio había también algo de humo. Corrieron todas á la puerta de la sacristía, la empujaron; estaba abierta. Cuando la puerta cedió las cinco madres lanzaron espantoso grito y retrocedieron de un salto. Por la puerta salió una bocanada, un chorro, una manga formidable de humo negro, espeso, resinoso y en el fondo del centro oscuro vieron las llamas que brillaban y extendían sus rojas lenguas por las paredes.

Todo San Salomó no tuvo más que una voz para gritar: ¡Fuego!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXIII

Con fulminante rapidez se propagó, siendo de notar que parecía haber comenzado por dos puntos distintos; por la sacristía y por las habitaciones ruinosas llenas de retama y trastos viejos que estaban debajo de la Isla. Es difícil distinguir los incendios de casualidad de los de intención. La primera sabe remedar á la segunda, y ésta tiene á veces bastante destreza para disfrazarse de inocencia... Pero no pueden hacerse consideraciones dentro de un convento que se quema y en presencia de veintiseis pobrecitas mujeres, contando religiosas y sirvientes, aprisionadas entre llamas y que por ninguna parte hallarán salida si no las favorece el vecindario.

Las llamas entraron en la iglesia y agarrando la primera cortina que hallaron á mano junto al altar escalaron la pared. Como bocas hambrientas que hallan pan, clavaron sus voraces dientes en la vieja madera de los altares; de un soplo devoraron el apolillado tisú y las secas flores que adornaban las imágenes; subieron más culebreando; de una manotada hicieron estallar todos los vidrios, entraron fuertes corrientes de aire, y entonces engordando súbitamente los horribles dragones de fuego estrecharon en sus mil brazos ondulantes las vigas del techo.

Por otra parte, la sacristía que era centro y raíz principal del incendio, enviaba llamas por el pasillo que conducía al locutorio, mientras el fuego que salía de las crugías bajas del ala izquierda trepaba á las galerías incendiando las celdas altas. Felizmente la escalera estaba libre y, aunque muy cargada de humo, permitía á las monjas bajar al claustro. La invasión de la sacristía por el fuego no permitía tocar la cam-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pana; pero los vecinos de Solsona vieron pronto aquella claridad horrible y la columna de humo que coronaba á San Salomó como una aureola infernal. Todas las campanas de la ciudad se desgañitaban y se levantaron los habitantes todos, para correr en auxilio de las madres dominicas.

El incendio era de esos que no habrían cedido ante los aparatos modernos, formidable artillería de agua que servida por los bomberos suele abatir baluartes de fuego en las ciudades de hoy. ¿Qué podrían hacer contra aquel infierno los diligentes vecinos y los guerrilleros navarros llevando cubos de agua? Pronto se conoció que serían inútiles todos los esfuerzos para salvar la fundación del señor marqués de San Salomó y no hubo más que un pensamiento: salvar á las pobres madres.

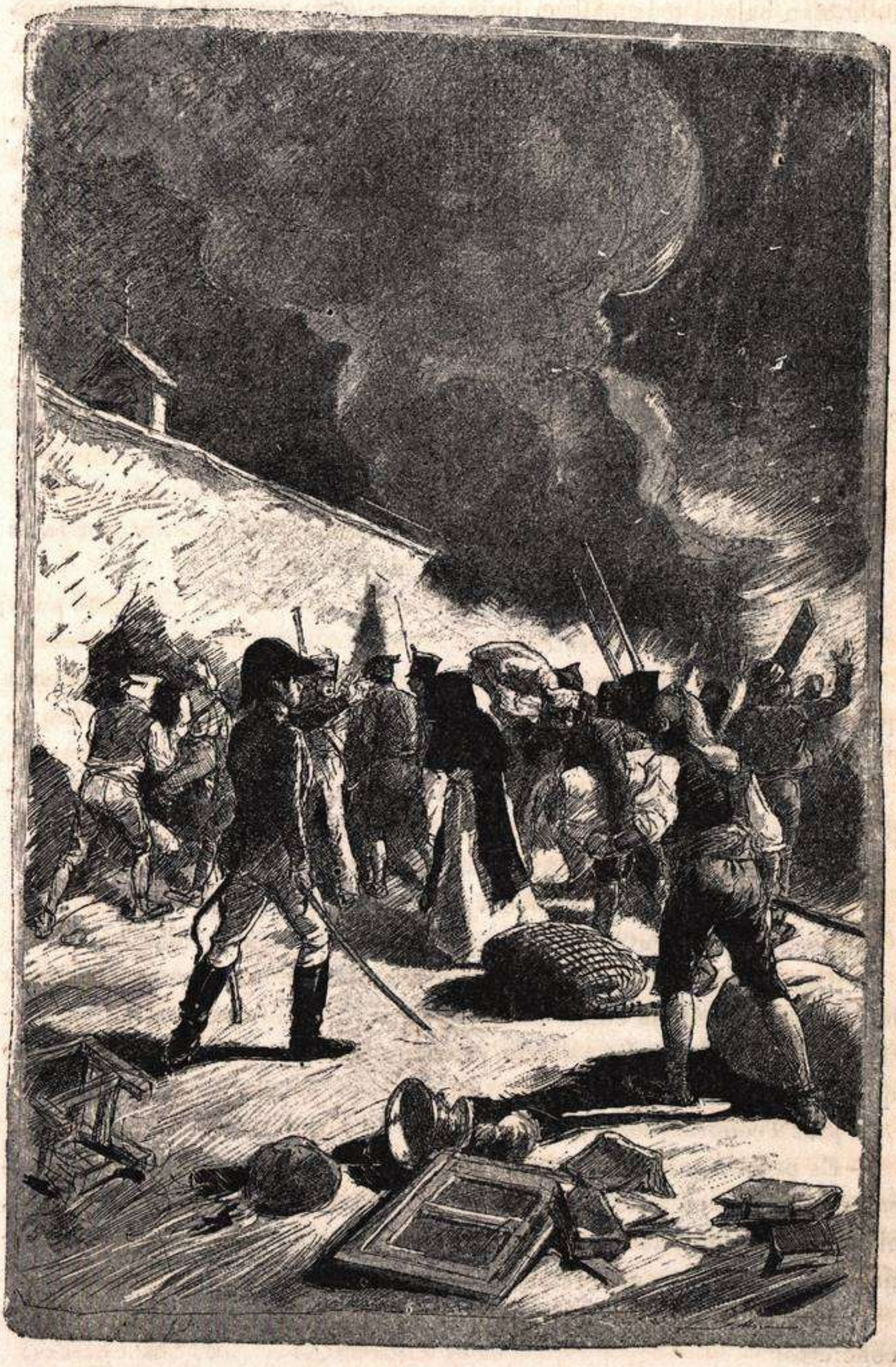
No se sabe por donde entraron los primeros que fueron á auxiliar á la comunidad; lo cierto es que cuando algunos vecinos rompieron á hachazos la puerta del locutorio y entraron en el claustro, vieron que dentro del convento había ya algunos hombres ocupados en salvar lo que se podía. Sin duda aquellos hombres habían entrado antes que el fuego imposibilitase el paso de la sacristía al claustro.

El aspecto de éste y del patio era espantoso. Bajaban llorando las pobres monjas, y no hubo santo alguno que no fuera invocado entre gritos, lamentos, congojas, interjecciones de horror. Veíanse las blanquinegras figuras corriendo y bajando al claustro, como rebaño de ovejas acosadas por el lobo. Algunas habían salido de sus celdas sin acabar de vestirse, porque el fuego no les había dado tiempo para más. Ponían otras gran empeño en salvar su ajuar, y hacían subir á los vecinos ó trataban ellas mismas de arrostrar la atmósfera de humo para sacar algunos objetos. Otras más filosóficas creían que después de perdida la casa, nada merecía ser salvado.

Los hombres á quienes la catástrofe había abierto las puertas del sagrado asilo, sacaron de las celdas lo que se podía salvar y lo arrojaban desde la galería alta. Las llamas avanzaban y no fué posible continuar en aquella tarea. Un calor horroroso, suficiente á dar idea perfecta de las penas del Infierno, impedía á todo sér vivo permanecer más tiempo en el claustro y áun en la huerta. Era preciso salir, abandonar para siempre aquellos benditos muros que el Demonio había tomado para sí expulsando á las esposas de Jesucristo. Había monja á quien esta idea afligía más que el peligro de morir asada. Dos de aquellas infelices que estaban enfermas en cama fueron sacadas en brazos y en una de ellas pudo tanto el miedo que espiró en el claustro.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

La confusión crecía. Había allí hombres diversos, paisanos y militares, yendo y viniendo sin entenderse. Todos mandaban, nadie obedecía.



(c) 2008 Ministerio de Cultura

Cada cual obraba según su valor, su generosidad ó su iniciativa. Hubo quien se echó á cuestas á dos monjas y quiso salir con ellas cuando aún no habían bajado todas. Hubo quien propuso un premio al que entrara en la iglesia para salvar de las llamas el símbolo de la Eucaristía, sin que apareciese un héroe decidido á afrontar la muerte por empresa tan santa. Hubo quien intentó salir por la puerta del locutorio; pero esto era imposible. Las llamas se habían extendido ya por el pasillo y el humo era tan denso que no había medio de dar un paso por el locutorio.

Las monjas se llamaban unas á otras como para reconocerse y recontarse.

—Madre Transfiguración, ¿está usted ahí?

—Sí, el Señor me ha dejado vivir, ¿y Sor Melitona de San Francisco?

—La he visto hace un momento... ¿Se ha salvado la Madre Rosa de San Pedro Regalado?...

—Sí, ahí está...

—Sor Ana, ¿está usted aquí?... Sor Ana.

—Allá está... Se ha empeñado en salvar sus colchones, y por tales pingajos han estado á punto de perecer dos hombres.

—Hay personas muy imprudentes.

—¿Y la madre Monserrat?

—Aquí estoy, hija, más muerta que viva—repuso la voz cavernosa que salía al parecer de una calavera.—Por más que me vuelvo loca no puedo averiguar dónde está Sor Teodora de Aransis.

La flaca monja entraba y salía de grupo en grupo, como una serpiente que culebrea resbalando entre la yerba.

—¿Está Sor Teodora de Aransis?

—Repito que no lo sé... No está aquí, ni allí, ni allá.

—¡Jesús Sacramentado! ¿Si se habrá quedado en su celda...?

—¡Calle usted, tonta!... ¡por las sagradas llagas!... ¡Si hemos subido y hemos encontrado la celda vacía!... y los restos de un festín. ¡Es particular!... ¡Y el incendio ha sido intencionado! ¡Aquel hombre!... no me queda duda de que él, él...

—¡Sor Teodora! ¡Sor Teodora!...

—Es preciso salir al momento, no puede perderse un minuto. Á fuera, señoras—gritó un hombre moreno, bien plantado, con uniforme militar, el cual había logrado á fuerza de golpes, bramidos y empellones imponer su voluntad en medio del gran tumulto.

¡Gracias á Dios, al fin había alguien que mandara en aquel desconcierto!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Que se cae la pared del claustro!—gritó una voz terrible y de agonía.

—¡Á fuera, á fuera!

Fué preciso abrir con grandísimo trabajo un boquete en la tapia de la huerta, con espacio suficiente para dar salida á la comunidad, siempre que esto se hicera con orden. El hombre moreno, coronel de ejército y jefe de los voluntarios navarros y aragoneses, designó un plazo para aquella operación y la hizo ejecutar á sablazos. Trabajaban con ardorosa fiebre picoteando el ladrillo con azadones, palas, barras, clavos; con cuanto había. No había concluido la obra importante, cuando el coronel sintió que le sacudían fuertemente el brazo. Volvióse y vió una monja que no parecía sino la estampa de la muerte.

—Señor coronel—dijo el espectro.—Señor coronel, el incendio ha sido intencionado. Yo sé quién es el perverso que ha hecho esta gran bellaquería.

—¿Quién?... ¿Dónde está?

El espectro extendió su brazo blanco que parecía un bastón metido en la funda de una almohada y señaló á un hombre vestido de payés y con un brazo vendado, el cual en aquel instante arrojaba una herramienta de las que habían servido para abrir el boquete y se deslizaba por él, ávido de poner sus piés en la calle.

Dando un rugido, Carlos Navarro gritó:

—¡Á ese... ese... que se escapa!... ¡Zugarramundi... ahí va... cuidado... es él!...

La roja claridad que iluminaba las caras, daba á esta escena un aspecto de extraordinario pavor.

La gritería que fuera sonaba no permitió conocer lo que pasó; pero sin duda los deseos del jefe quedaron satisfechos, porque se abalanzó á la tronera y retiróse después diciendo:

—Muy bien, compañeros... No pensé que Dios me lo depararía esta noche... Bien decía yo que se había metido aquí... ¿Con que también incendiario? ¡Horrible conjunto de crímenes!... Ahora, señoras, salgamos. Mucho orden... digo que mucho orden... Esta noche le voy á romper la cabeza á uno.

Colocó un grupo fuera de la tronera y otro grupo dentro. No eran como dos ejércitos, sino como dos partidas de juego de pelota. Los de dentro cogían en brazos una dominica y por el boquete la entregaban en los brazos de los que estaban fuera. Parecía que echaban niños en el torno de una casa de expósitos. Nunca falta un bufón en las más terri-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

bles escenas de la vida, y allí hubo uno que al echar fuera una monja, decía: "Ahí va otra carta al correo.„

Pocas hubo que hicieran dengues y repulgos al verse entre brazos de hombres; pero el susto, el horror, el peligro, no permitieron á las más de ellas entretenerse en gazmoñerías. Cuando todas estuvieron fuera, se reunieron en apretado grupo; no sabían andar, no sabían á donde ir. La más tranquila era la muerta, á quien echaron fuera como un saco. Aunque se incendiase el mundo todo, aquella nada podría decir. Unas se arrojaban sin aliento en el suelo; otras lloraban á lágrima viva, otras hablaban todas á un tiempo, haciéndose preguntas, expresando con una observación breve, con un vocablo suelto, con una articulación indefinible el pánico, el azoramiento, la turbación de aquel instante.

—¿Estamos todas?

—Una, dos, tres, cuatro...

—¿Y á mí no me cuentan? También estoy aquí.

—Tengo una mano abrasada... ¡Jesús mío, qué dolor tan vivo!

—Mirad cómo está mi hábito; y gracias que la Santísima Virgen me libró de morir achicharrada.

—Estuvo en un trís que me quedase en la escalera hecha carbón.

—Ya sabeis que no gusto de enredos. Por la salvación de mi alma, que cuando subimos, había en la celda restos de un festín... pero de un festín opíparo.

—Contemos otra vez... dos, tres...

—Pues sí que falta una.

—Su celda estaba vacía, vacía, vacía... La luz apagada... Yo le había visto antes, y su cara se me quedó en la memoria ¡qué terror! Tenía el brazo vendado y la manga subida.

—El único zapato que pude ponerme se me perdió en la huerta...

—Yo dormía profundamente, cuando sentí un ruido infernal, abrí los ojos, ví la claridad... ¡El divino Jesús nos valga!

—Ya no queda duda. Con la muerta somos veintiuna, con las cuatro criadas veinte y cinco.

—¡Falta una, falta una!

—¿Sería yo capaz de decir una cosa por otra?... Un hombre, un hombre. ¡Horripilante suceso! ¿Por qué nos quemaría nuestra casa ese malvado?

—Yo también digo que el convento ha sido incendiado por una mano alevosa.

—¡Falta una!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Qué horrible aspecto presenta nuestra casa!... Adios, San Salomó, vivienda querida, vivienda adorada, adios para siempre.

—Adios, San Salomó. Señor, Padre Nuestro, pues tú lo has querido, sea. Pobres debemos ser y pobres seremos.

—¡Bendito sea el poder de Dios!

—No puedo mirar á San Salomó... Me muero de aflicción.

—Ánimo, hermanas mías. El Señor lo ha querido así; tengamos resignación.

—Yo le ví, yo le ví.

—¿Á dónde vamos?

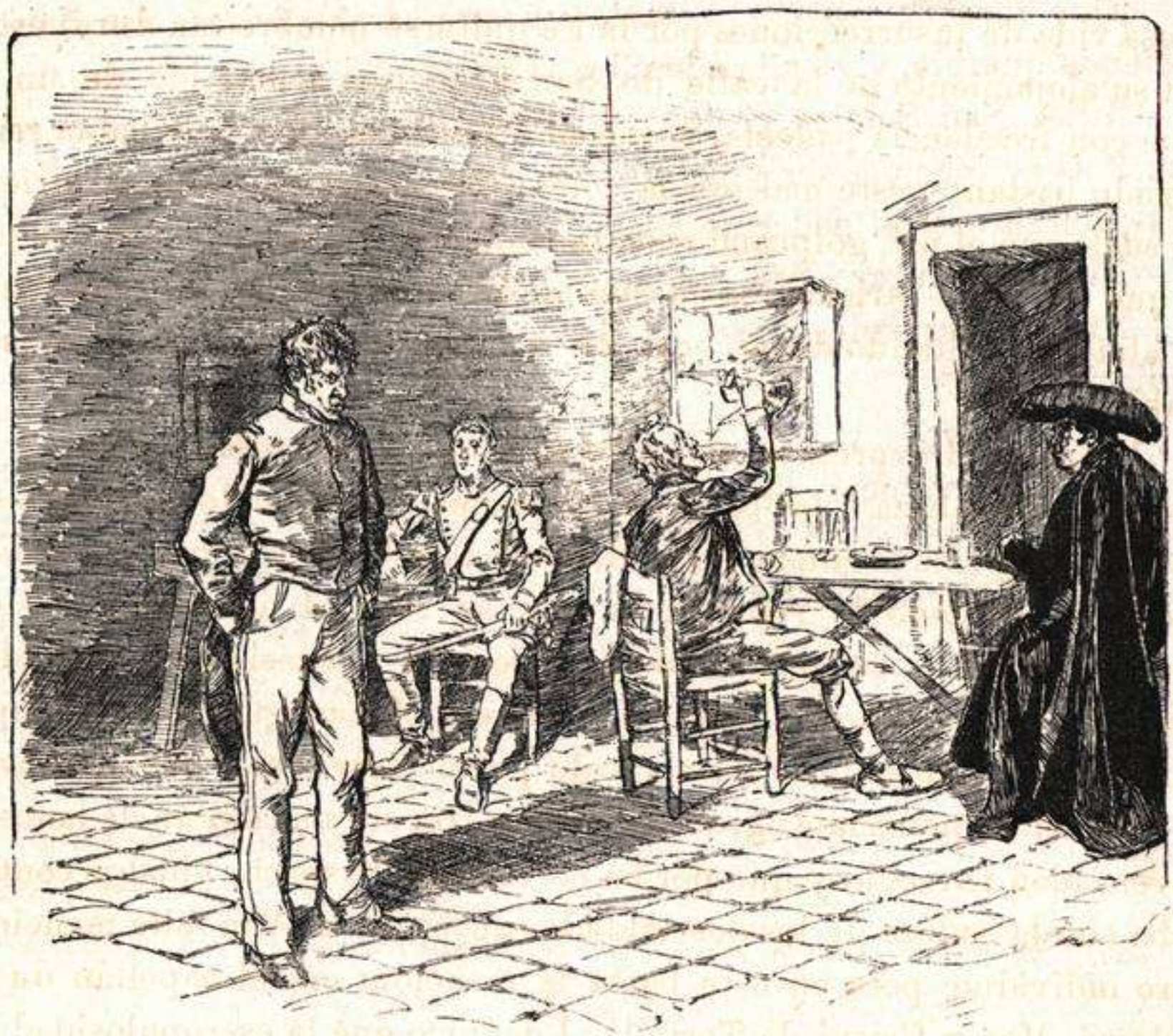
—¿Estamos todas?

—No, no, que falta una.

—Falta una.

—Una.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



XXIV

El concertado desarrollo de esta narración, que es menos novela de lo que creerán muchos, exige que no digamos ahora una palabra más de las buenas madres de San Salomó, dejándolas entregadas á su dolor y en camino del albergue provisional que les preparó el obispo de Solsona. Otros personajes nos llaman en lugar no apartado del siniestro, allá donde suena la bronca trompeta de la historia anunciando los sucesos que se escriben en unos libros muy serios y que también han de tener su hueco importante en este que lo es de entretenimiento.

Á la mañana siguiente, cuando aún echaba humo y chispas el cadá-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ver tostado de San Salomó, D. Carlos Garrote (y jamás pudo en su gloriosa vida de insurrecciones por la Fé quitarse nombre tan duro) estaba en su alojamiento de la calle de San Francisco acometido de un mal que con frecuencia padecía, y que en los últimos años se le había recrudecido bastante: este mal era la cólera. Mostraba su dolencia hiriendo el suelo con el pié, golpeando con la mano una mesa harto desvencijada, y que con tales caricias iba en camino de no servir más que para leña, y finalmente, soltando de su boca en nutrida descarga, venablo tras venablo.

Mientras él expresaba su enojo andando de un testero á otro y llevando de la cabeza á los bolsillos sus manos, un segundo personaje sentado junto á una segunda mesa donde había butifarra, pasteles y vino, parecía encargado de representar con su sensual abandono, sus ojos medio chispos y su semblante epicúreo, la antítesis del exaltado y ardiente Garrote. Aquel viejo borracho era Mañas, guerrillero estúpido que los caudillos habían arrinconado por no servir más que de estorbo.

Un tercer personaje agrandaba el cuadro: era un capitán de lanceros, joven, bien parecido y que por su cortesanía y aspecto hidalgo contrastaba con la rudeza de los dos soldados apostólicos. Aún falta mencionar otro indivíduo; pero en éste basta la mención: era el capellán de San Salomó, Mosén Crispí de Tortellá. Lo único que la escrupulosidad histórica nos obliga á decir es que parecía inclinarse más á compartir con Mañas la butifarra, los pasteles y el vino, que con Garrote la ira, las manotadas y los vocablos picantes. Menos Navarro todos estaban sentados y á excepción de Mañas todos muy serios.

Lástima que no estuviéramos allí desde el principio del consejo. El primero á quien oimos fué Garrote, que repitiendo una idea expresada sin duda muchas veces antes de nuestra llegada, dijo con la boca, con las manos y con los piés:

—Yo no me someto.

Á esta aseveración semejante á un disparo, sucedió un silencio profundo. Garrote, luego que dió varias vueltas en una órbita cuyo centro era Mañas, se paró delante del oficial de lanceros y le echó á boca de jarro estas palabras:

—Si los demás quieren someterse, yo no me someto. Dígalo usted así al conde de España que le ha enviado.

—Ya esta guerra no tiene razón de ser, señor coronel—dijo con energía el oficial.—Su Majestad ha llegado ya á Cataluña y ha mandado dejar las armas á los que se habían alzado en su nombre.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Yo no me he levantado en su nombre.

—¿Pues en nombre de quién?

—En nombre de otro.. No vengamos aquí con mistificaciones... Se nos dijo una cosa y ahora resulta otra... Este es un juego indecente, un juego indecente.

—Pero señor coronel de mis pecados—dijo Mosén Crispí apretándose el vientre y tratando de dar á su rostro expresión de bondad.—Si Su Majestad declara que es libre, que no hay tal jacobinismo en Palacio, que pondrá la Fé católica por encima de todo... ¿qué hemos de hacer nosotros? No seamos más realistas que el Rey, por amor de Dios.

—Sr. Tortellá de mil demonios—dijo Garrote encarándose con él é increpándole con desabrimiento.—No venga usted á empastelarnos con sus distingos y sus boberías de canónigo harto. Bastante nos han engañado ya; ¿y quién nos ha metido en este berengenal? Usted y sus colegas los de hábito negro y pardo. ¿Por qué antes nos decían una cosa y ahora otra? ¿Qué inmunda farsa es esta? ¿Qué comedia ridícula y nauseabunda quieren ustedes representar? ¿Me han tomado por títere? Á mí me gustan las cosas claras, y las palabras concretas, ¡Sr. Tortellá de mil rábanos! Ustedes nos han engañado; nos hicieron tomar las armas, y ahora nos mandan soltarlas. ¿Cuál fué la razón de aquello? ¿Cuál fué la razón de esto?

—Nosotros...—balbució el capellán muy atolondrado.

—Ustedes, sí—declaró Garrote furioso como un león.

Estaba junto á la mesa desvencijada, y á cada dos ó tres palabras, daba con la palma de la mano un golpe que sonaba como un pistoletazo.

—Sí, ustedes... Nos dijeron que se iba á emprender una guerra grande, gloriosa... ¡pum! una guerra por la Religión. Nos dijeron que el Rey ¡pum! estaba entregado á los masones, y que la Cámara real era una logia, una zahurda de jacobinos... ¡pum! que Calomarde era masón, que el Rey era masón... ¡pum! Nos dijeron, y esto es lo más grave, que la guerra se haría alzando la bandera de la Religión y proclamando... ¡pum! el nombre del infante D. Carlos como futuro Rey de España en sustitución de Fernando VII... Nos dijeron que en Madrid estaba todo hecho para quitar del trono á un hermano el cual estaba vendido á los masones y poner... ¡pum! á otro hermano que oye misa todos los días... Nos dijeron que cuando se levantase Cataluña, toda España respondería y que el reinado de la Fé y la destrucción del liberalismo vendrían fácilmente... Nos dijeron que había un breve secreto del Papa, ordenando el alzamiento, y que Francia, Austria y Rusia lo apoyaban... ¡pum! Nos,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

engañaron pintándonos la Junta Apostólica de Madrid como un centro poderoso, y ahora veo que no es más que una reunión de mentecatos, de algunos consejeros cesantes que quieren volver al Consejo, de algunos canónigos que quieren ser obispos y de algunos brigadieres que quieren ser generales... ¡pum, pum, pum!

La mano del guerrillero rebotaba como una pelota de goma y tenía la palma roja, casi sangrienta. Mosén Crispí no se atrevió á contestar y miraba á la butifarra, á Mañas, al oficial, á la mesa golpeada, por ver si alguno de estos tres objetos le sugería una idea.

—Y ahora- prosiguió Garrote apartándose de la mesa que había quedado casi llorando,—ahora nos dicen que todo ha sido una broma, que dejemos las armas, que el proyecto de poner á D. Carlos en el trono es prematuro, impracticable, tonto, cosa de monjas, y no sé qué más... Esto es jugar con hombres formales. Ha bastado que el Rey haya venido á Cataluña para que todo se desvanezca como el humo; los más valientes se vuelven cobardes, muchos bravos son sacrificados, y los curas se meten en sus iglesias á decir: *pésame Señor*... ¡Mil rábanos! No ha pasado nada... con tal que conserven sus empleos, sus canongías y sus prebendas esos señores que nos han hostigado. El Rey llegará y hará un picadillo masónico con la carne de todos los que se han batido en Cataluña por la causa santa, divina, inmortal de la Fé y de la Monarquía.

—No—dijo bruscamente el oficial,—lo primero que ha dicho Su Majestad es que perdonará á todo el mundo.

—Eso se dice para que soltemos las armas, para que nos entreguemos como corderos... ¡Perdón, perdonar! ¡Qué horrible ironía! Linda cosa es el perdón masónico. Los mismos que desde Madrid y desde Barcelona dirigieron esta trama, serán los primeros que aconsejen al Rey castigos terribles, para que callen las bocas que pudieran revelar secretos graves... ¡Rábano, rábano! La mía, si no me la cierra el verdugo, será la primera que grite: "Esos que hoy se acogen al manto real y reciben en triunfo á D. Fernando, fueron los que nos hostigaron á quitarle del trono para poner en su lugar al infante D. Carlos, que oye misa todos los días.„

Mañas, que comprendió la necesidad de decir algo, murmuró algunas palabras torpes y oscuras que salieron de su boca como un vapor vinoso. Mosén Crispí le mandó callar, tocándose la sién con el dedo índice y guiñando el ojo. Su mímica quiso decir:

—Ese hombre de los rábanos está loco: no hagamos caso de él.

—Sus deberes de militar, sus gloriosos antecedentes, señor coronel—

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dijo el oficial—el uniforme que viste, el bien del país, y la suerte de muchos hombres inocentes exigen de usted que se someta á la voluntad del Rey. El Rey ha pedido á todos prudencia y cordura, y es preciso que todos respondamos á la voz de nuestro Rey legítimo.

—Yo no me someto, yo no me someto—afirmó Garrote con voz de trueno.—Si Jep dels Estanys, Caragol, Pixola, Rafi y los demás quieren someterse, háganlo en buen hora: ellos se entenderán con su conciencia. Al hacerlo habrán visto delante de sí la balanza que tiene en uno de sus platos el ascenso y en otro el verdugo. ¡Mal demonio harto de rábanos! á mí no me sobornan las charreteras ni me asusta la horca... Cuando mi conciencia me acuse me fusilaré yo mismo. Yo no me someto... Aquí hay mucha, pero mucha inmundicia... Esto da náuseas.

—Somos militares y debemos obediencia al Rey—dijo el oficial.

Garrote clavó en él una mirada centellante; apretó los dientes: la piel verdosa de sus sienes y de su cara vibró como si los tendones y venas fueran alambres sacudidos por la descarga eléctrica.

—¡Obediencia!—exclamó sacando de su volcánico pecho palabras como rugidos.—¿Á quién?... ¡Ah! señor oficial... yo no obedezco más que á Dios que fortalece mi brazo y afila mi espada para que defienda su religión santa contra los jacobinos. Yo no obedezco más que á mi conciencia, que me manda no reconocer dueño alguno mientras no se siente en el trono de San Fernando el príncipe elegido por Dios para restablecer los santos principios del gobierno cristiano... Veo que mira usted mis charreteras... ¡Ah! desde hoy las considero como una deshonra... No se puede servir á dos señores... Fuera de mí, insignias de vilipendio, que me pareceis diabólicos emblemas de un orden masónico.

Y se arrancó con salvaje fuerza las charreteras. Su mano como una garra tiró tan violentamente que rasgó el paño de la levita y mostró la camisa en los hombros. Después arrojó contra la pared las insignias, gritando:

—¡Fuera de mí!... No quiero pertenecer á este rebaño de miserables... Desde hoy soy libre, combatiré solo, combatiré por la Fé y por el verdadero Trono allá en mis benditas montañas donde jamás se conoció la traición.

El oficial se levantó.

—Nada tengo que hacer aquí—manifestó con desabrimiento, afirmándose el chacó en la cabeza. Por fortuna los jefes principales del movimiento conocen lo descabellado y ridículo de sostenerlo más tiempo, y ya han dicho que depondrán las armas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Cada cual—dijo Garrote mirando al oficial con desdén—es dueño de meterse en lodo hasta el cuello.

El oficial hizo una profunda reverencia y se retiró. El ruido de sus pasos no se había extinguido en la escalera, cuando Garrote se acercó á la puerta y gritó:—¡Zugarramundi!

El hombre velludo, tan parecido á un oso pirenáico, apareció en la puerta: era desde antaño feroz satélite y ayudante del furibundo coronel. En las guerras de partidas era su jefe de Estado Mayor.

—Nos vamos en seguida—le dijo el jefe.

—¿Á dónde?

—Á nuestra tierra; los aragoneses pueden quedarse en la suya.

—Está bien: ¿y cuándo salimos?

—Dentro de una hora. Paga las cuentas del mesón, dispón los caballos... Si algún catalán de los que están conmigo quiere someterse le dejas ir en paz... Pero antes...

Zugarramundi, que ya se retiraba, volvió.

—Pero antes—añadió el coronel—le mandas dar veinticinco palos.

—Está bién... ¿Y qué dispones del prisionero?

—¡Ah... el prisionero! no me acordaba en este momento. Pues al prisionero...

Se puso á meditar acariciándose la barba.

—Le llevaremos con nosotros. ¿Cuántos carros tenemos?

—Cinco.

—Destina uno para él si no puede andar.

—No puede: la herida que ayer le hicimos cuando quería escapar por la gatera de San Salomó le tiene un poco marchito. ¿No dijiste que era preciso fusilarle? Pues dejémosle aquí.

—¿Muerto?

—Ó vivo. El Sr. Mañas se encargará de cumplir la sentencia.

—Sí; para que me lo suelten otra vez. ¡Rábanos! No; le llevaremos, le llevaremos, y en el camino daremos cuenta de él. ¿Va algún capellán con nosotros?

—Ninguno.

—Bueno; no faltará un cura que le auxilie... Dale bien de comer... no quiero que padezca hambre.. Es paisano nuestro, Zugarramundi, es alavés.

—Está bien.

Después que se retiró el oso, quien primero rompió el silencio fué Mosén Crispí de Tortellá, y gozoso de tener un tema de conversación

(c) 2008 Ministerio de Cultura

distinto de aquel en que había merecido los apóstrofes del coronel, habló de este modo:

—Por mis pecados, Sr. D. Carlos Navarro, que ha sido usted demasiado benigno con ese demonio de hombre. Yo le hubiera mandado fusilar delante de las tapias humeantes de esa santa casa vilmente incendiada. ¡Oh! Sr. D. Carlos, horripila ver la enorme dósis de perversidad que Lucifer ha depositado en el alma de algunos hombres!

Carlos sólo contestó con un gruñido.

—No puede quedar duda de que ese embajador de los jacobinos fué quien puso fuego á la casa del Señor, sin duda con el salvaje intento de reducir á carbón á las in ocentes vírgenes... No puedo hablar de esto sin que se me parta el corazón.

En el mismo instant e Mañas partía la butifarra.

—No obstante—añadió el venerable tomando la ruedecilla que Mañas le ofrecía—yo procuraría indagar... Indudablemente aquí hay un misterio... Ese hombre...

—Aquí hemos venido...—murmuró Mañas con torpe lengua, demostrando que si los demás habían ido allí con algún objeto, él no había ido sino á comer cerdo y á beber vino.

—Sí, ya lo sé—replicó el capellán algo turbado.—Hemos venido á convenir cómo se ha de arreglar esto de soltar las armas... Es caso grave, porque la ciudad de Solsona no quiere malquistarse con el Rey, la ciudad de Solsona no quiere que la horca se alce en su plaza de San Juan, ni que las tropas del conde de España entren aquí tocando los clarines de la venganza.

—Pues usted dirá... Ya sabe usted que yo me voy.

—Pues... el Ayuntamiento que me delegó para tratar con usted de la paz, desea que todo se arregle, que la ciudad de Solsona aparezca amiga de Su Majestad.

—Yo me voy...

—No sometiéndose, eso es lo mejor para la tranquilidad de la ciudad. Ahora falta ver quién recoge el mando de las pocas fuerzas apostólicas que hay por aquí.

—Por mi voluntad entregaría el mando á D. Pedro Guimaraens, la única persona decente que conozco en esta tierra.

—D. Pedro marchó al cuartel general, y dicen que el conde de España le ha dado un batallón para que recorra el país, y apoye á los que quieran someterse, que son los más. Puede que esté en Regina Cœli. Á falta de D. Pedro Guimaraens, yo pondría la autoridad en la cabeza de Tilín.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿En dónde está ese Tilín?

—Pues mire usted que no lo sé, y me da que pensar su desaparición. Hoy le he buscado todo el día y no le he podido encontrar. Anoche se portó heróicamente; fué el primero que entró á salvar á las pobres monjas... Después no se le vió más.

—¿En dónde está?

—¿No le he dicho á usted que no lo sé? Ese sacristán tiene unas rarezas... Suele esconderse cuando se le necesita y presentarse cuando no hace falta.

—Bien—dijo Garrote.—Pues ha de quedar en la división apostólica de Solsona una sombra de autoridad; pues es preciso que esta farsa asquerosa que llaman la paz... yo la llamaría la ignominia... se haga con visos de convenio, yo delego mi autoridad...

Miró con desprecio á Mañas que con su mano temblcrosa vaciaba el turbio resíduo de la última botella.

—Sí—añadió el fogoso guerrillero.—El bando apostólico de Solsona es digno de tener por jefe á un borracho. Viejo Mañas, te confiero el mando. Toma ese bastón, animal.

Y cogiendo una butifarra y haciendo ademán de metérsela por la boca, y dándole después dos golpes con ella en la cabeza, la arrojó violentamente sobre la mesa y salió de la sala.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXV

DESDE que los cocheros de Palacio, los marmitones, los lacayos y algunos soldados vendidos á los cortesanos inauguraron el 19 de Marzo de 1808 en Aranjuez la serie de bajas rapsodias revolucionarias que componen nuestra epopeya motinesca, el más repugnante movimiento ha sido la sublevación apostólica de 1827. Es además de repugnante, oscuro, porque su orígen, como el de los mónstruos que degradan con su fealdad á la raza humana, no tuvo nunca explicación cabal y satisfactoria. Acabó misteriosamente, lo mismo que había empezado, como esas tragedias reales en que por una secreta confabulación de testigos, asesinos y jueces, queda todo indeterminado y confuso, no existiendo la evidencia más que en la muerte de la víctima.. No hubo lógica ni plan en la sublevación, como no hubo justicia en los castigos. Creeríase que eran autores de aquella intriga sangrienta los mismos contra quienes parecía dirigida, y que la propia mano herida por el filo, acariciaba la empuñadura de aquella espada que se forjó en las agrestes ferrerías de las montañas catalanas y se templó en los conventos. En todo lo relativo á los orígenes de aquella guerra, hay algo de las poéticas vaguedades de la leyenda: la historia no ha podido esclarecer con su luz las lobregueces de este hecho que sólo puede compararse á las tenebrosas demencias del suicidio.

Durante mucho tiempo se consideró que la guerra apostólica había sido engendrada por la sociedad secreta del absolutismo llamada *El Angel Exterminador*, y compuesta de obispos ambiciosos, consejeros cesantes é inquisidores sin trabajo. Aunque el absolutismo ha tenido

(c) 2008 Ministerio de Cultura

también su masonería, y de las más chuscas, áun sin el uso de mandiles, ningún historiador ha probado la existencia del *Angel Exterminador*. Quién decía que su centro estaba en Roma, quién que estaba en el cuarto del infante D. Carlos. Pero si la sociedad no es cosa evidente, lo es sí la existencia de una intriga formidable y subterránea, de la cual eran activos trabajadores muchos próceres y magnates, diestros en las artes del topo. La posterior guerra de los siete años probó que desde 1825 el absolutismo rabioso, anhelando cambiar de ídolo porque el existente no satisfacía por completo su sed de persecuciones y de venganza, había empezado á preparar el terreno.

Si alguien pudo exclarecer los orígenes de la sublevación apostólica fueron los cabecillas catalanes; sin duda ellos pensaban decir algo; pero antes que pudieran ser indiscretos, Calomarde y el conde de España les fusilaron á todos. El Rey les prometió el perdón para que se sometieran, y después de sometidos les fusiló para que no hablaran. Es una diplomacia como otra cualquiera.

¿Fué Calomarde instigador de la guerra? Entonces resultaría Fernando VII juguete de su ministro, y esto no era así. Calomarde, que sin duda hubiera sido capaz de venderse á quien le quisiera comprar, sirvió bien á Fernando hasta el cuarto casamiento de éste, y en 1827 todavía era no más que instrumento harto sumiso de las pasiones y del brutal egoismo de su señor.

Si Calomarde no fué autor de la guerra, los verdaderos autores de ella se le sometieron al ver el mal éxito que aquella tenía, aspirando á sacar de la paz el partido que no habían podido sacar de la guerra. Es indudable que los tenebrosos congregacionistas del *Angel Exterminador* (y es forzoso dar este nombre á la pandilla por no tener otro) salieron muy bien librados de aquella sangrienta aventura; pero también lo es que los infelices que habían sacado las castañas del fuego para satisfacer las hinchadas ambiciones y las envidias de la Corte, pagaron con su vida el crímen propio y el ageno.

Grave cosa fué aquella sublevación cuando Fernando se dispuso á sofocarla por sí mismo. Salió del Escorial el 22 de Setiembre, siendo despedido por los célebres versos de la bondadosa Reina Amalia, que al componerlos demostró tener más comercio con los ángeles que con las musas. Al Rey acompañaba Calomarde. Había gran prisa, y el déspota y su Sancho Panza recorrieron el camino con una rapidez que habrían envidiado quizás algunos de nuestros trenes mixtos. Pero delante del Rey habían salido los correos reservados llevando órdenes

(c) 2008 Ministerio de Cultura

apremiantes para que cesara todo. Por eso apenas puso el pié en tierra de Lérida el egregio conde de España con su ejército, principió la desbandada. Las pequeñas partidas se presentaban, y las grandes se ponían en movimiento para sacar algún jugo del país antes de disolverse. La sublevación cayó como un espantajo de trapo y caña puesto en medio de los sembrados, y al cual quitan de pronto la vara que lo sustenta. Los facciosos del Panadés y de Tarragona fueron los más solícitos para presentarse á indulto. En cambio Jep dels Estanys, Caragol y la gente furibunda de Manresa se mostraron muy rebeldes. Sin atreverse á hacer frente al conde de España, resistiéronse á terminar tan tonta y desabridamente una guerra á que los del *Angel Exterminador* les habían lanzado, ofreciéndoles la cooperación de Rusia con 40.000 hombres y 6.000 caballos, el apoyo de Francia y las simpatías del Papa.

Dejando guarnecida á Manresa salieron; Jep se dirigió á Berga, que era su madriguera preferida, y Caragol fingió una marcha sobre Barcelona, unos dicen que con objeto de acercarse á la frontera y otros que con el fin puramente *apostólico* de merodear. No tenían las manos atadas aquellos benditos arcángeles de fusil y cartuchera, porque Jep dels Estanys cuando tuvo que salir de Berga perseguido por el conde de España sacó de allí *diez y ocho* cargas de dinero, que eran la cosecha de unos cuantos meses de trabajo en la viña del Altar y el Trono.

Ya veremos la suerte que les cupo á estos andantes cosecheros, á quienes Fernando hablaba en su proclama *el lenguaje de la clemencia, abriéndoles sus brazos de padre amoroso.* Una observación haremos que será la última pincelada en el cuadro de aquella guerra, y es que todas las reyertas entre los absolutistas de uno y otro bando, así como todas sus reconciliaciones terminaban con un porrazo á los liberales. Estos infelices, pocos en número, acobardados y oscurecidos, pagaban el furor de los sublevados y de los perseguidores de los sublevados. Los rebeldes, al huir delante del conde de España, gritaban de pueblo en pueblo: "¡muerte á los *negros*!„ y el conde de España solía decir: "esos malvados *negros* tienen la culpa de todo.„ Así es que se llevaba con paciencia la fuga é impunidad de los apostólicos con tal que hubiese *negros* que sacrificar. Un observador de pura casta absolutista como Mosén Crispí, habría creido que aquellos pobres fueron puestos en España por Dios para impedir que los defensores de Este se destrozaran mucho al engrescarse entre sí.

Es preciso ser de bronce ó de berroqueña para no sentir la más viva lástima de tales desdichados. ¿Vencían los apostólicos?... pues *¡muerte á*

(c) 2008 Ministerio de Cultura

los negros! ¿Iban bien los absolutistas?... pues *¡duro en los negros!* Que las cosas iban mal en el campo de Jep... pues *¡á ellos, que tienen la culpa de todo!* Que salía chasqueado el conde y se desesperaba por no poder alcanzar á Pixola... pues *¡viva la religión y mueran los masones!* Síntesis de este hecho y resúmen de él fueron las horrorosas hecatombes de Barcelona á principios del año siguiente, cuando los envenenados odios y disputas que desgarraban el seno de la familia realista parecían no poder aplacarse sino engolosinando á uno y otro partido con carne de liberales.

Explicada la situación de la guerra, nos cumple despedirnos de esa bienaventurada ciudad de Solsona, donde han ocurrido los principales sucesos de esta historia, para buscar el término y solución lógica de éstos en otro pueblo menos ilustre, pues carece de escudo de armas, de abolengo romano y de murallas; pero que merecería tener todas estas cosas y aun otras, sólo por haber sido teatro de los verídicos sucedidos que vamos á referir.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXVI

Al anochecer del día que siguió á la catástrofe de San Salomó, un cochecillo de dos ruedas corría por el detestable camino que desde Solsona se dirige á la Conca de Tremp. Era uno de esos vehículos puramente españoles que parecen hechos para realizar el ideal de la incomodidad, y cuyo nombre respondería perfectamente á su cruel instituto si en vez de tartana fuera *quebranta-huesos*. El que ocupa hoy nuestra atención era cerrado, formando una especie de cajón alto con portezuela en la parte posterior y en la delantera una ventanucha pequeña, sin vidrio, destinada á dar aire á la víctima, para que no la asfixiara el calor antes

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de tener los huesos bien rotos y las carnes bien molidas. Tiraba de él un brioso caballo que parecía más hecho al noble oficio de la silla que al del arrastre, á juzgar por el desorden de su marcha y los brincos con que amenazaba volcar el vehículo. Guiábalo un joven sentado en media cuarta de tabla adherida á la limonera de la derecha. Parecía tener el cochero un delirante anhelo de llegar pronto á su destino, según aporreaba al animal con la vara. El interior lo ocupaba sin duda persona á quien el de fuera estimaba en mucho, porque entre golpe y golpe descargado sobre la bestia, volvía su rostro, y mirando al interior del quebranta-huesos por la ventanilla delantera decía algunas palabras enderezadas á dulcificar la molestia de trasporte tan inquisitorial. El camino, que más era de herradura que de ruedas, estaba alfombrado de guijarros, que en algunos sitios eran verdaderos peñascos, ofreciendo en otros hoyos profundos. Caballo y camino jugaban con el coche como un titiritero con las bolas haciéndole dar las más graciosas piruetas. Viendo aquello, tendría corazón de bronce quien no compadeciera á la persona que iba dentro. Si tal persona además de ir allí, iba contra su voluntad, entonces era tan digna de lástima como quien va al patíbulo en la fatal carreta.

La noche era oscura y serena; pero el horizonte se inflamaba á ratos con vivos relámpagos, indicio de tormenta próxima, y algunas ráfagas de aire fresco venían del lado de la montaña, levantando polvo y haciendo murmurar el ramaje de los árboles.

Ni un alma se hallaba en tal hora por aquel camino solitario y agreste, y las pocas casas que se veían al paso estaban cerradas y silenciosas. Creeríase que la superstición había alejado á todos los habitantes de aquella tierra y que sólo quedaban los duendes para obligar á huir también á los que después viniesen.

Pero el quebranta-huesos pasó al fin á regular distancia de una casa, en cuya ventana brillaba una luz. Entonces del lóbrego cajón inquisitorial salió una voz angustiosa que dijo:—¡Socorro!

El que guiaba castigó fieramente á la cabalgadura para que acelerase el paso, y cuando quedó á distancia mayor la casa iluminada, el hombre volvióse hacia dentro y dijo:

- -No... no vale pedir socorro, señora. Nadie oye, nadie ve.

—¡Socorro! ¡Socorro!—repitió la voz interior ya enronquecida y furiosa.

Después varió de tono y acompañada al parecer de lágrimas, dijo suplicante y dolorida:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Por la salvación de tu alma, Pepet, por la memoria de tu madre; déjame, suéltame, déjame en medio del camino y vete solo con tu endiablado coche... Te lo agradeceré, te lo agradeceré con toda mi alma... no te guardaré rencor, Tilín... no te tendré miedo; me acordaré de tí en mis oraciones; pediré á Dios por tí... Sé bueno conmigo, ten piedad de mí... suéltame, déjame y así podrás librarte del castigo que te espera por tu maldad... Piensa un instante siquiera en Dios.

El hombre no pensaba en Dios. Pálido y hosco, cejijunto, balbuciente como el asesino en el momento de clavar el puñal en la víctima dormida, marchaba derecho á su bárbaro objeto; no reparaba en consideración alguna, no se acordaba de Dios, no era cristiano; era incapaz de toda idea piadosa; no veía tampoco obstáculos, no veía más que la fiebre ardiente que le devoraba y aquel objeto criminal que le atraía fascinando su alma irritada, objeto que, fijo en su cerebro, le enloquecía con el deleite del triunfo y le quemaba con el fuego de la impaciencia.

Oyó que su víctima lloraba dentro del coche. Entonces se volvió adentro y dijo:

—Es verdad que soy un malvado, que me condenaré, que arderé en el Infierno... ¿pero de quién es la culpa?

—Tuya, infame ladrón, incendiario; tuya, mónstruo emparentado con todos los demonios del Infierno—exclamó la voz del coche, volviendo á ser colérica.—Mucho más humano serías conmigo si me mataras... ¡Ay! te lo agradecería con toda mi alma. Viva ó muerta, infame bandido, no arderé como tú en los infiernos... estarás solo, y padecerás eternamente, siempre, quemándote en tus sacrílegas pasiones, sin satisfacer en toda la eternidad la sed rabiosa de tu alma.

Tilín hizo crugir sus dientes, tan fuertemente los apretaba, y hablando consigo mismo, dijo:

—¡El Infierno!... pues poco que me gusta á mí el Infierno... Ya sé que he de ir á él... ya lo sé... Si de todos modos he de ir á él, que sea...

Y azotaba al caballo, porque aunque éste corría mucho, á él siempre le parecía que andaba poco; tan anheloso estaba de ganar terreno. Habría deseado las alas negras que había visto pintadas en el ángel de las tinieblas, para cruzar con ellas el cielo tempestuoso hasta llegar con su presa á las cavernas donde se traman en juntas diabólicas las tentaciones que luego se esparcen por la tierra. Era firme creyente y creía en las potestades del Báratro tal como las pinta la doctrina cristiana. Hacía el mal sabiendo lo que hacía y las consecuencias de él. No era malo por carencia de ideas morales, como los adocenados criminales que

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pueblan diariamente los presidios y dan trabajo al verdugo, sino por un extravío que arrancaba de la exacerbación de sus violentas pasiones. Su corazón precipitado en aquel rumbo perverso, podía torcerse de improviso tomando otro camino. Esto lo conocía Sor Teodora de Aransis. Dando á ratos tregua á su violenta ira, no creía facil conseguir nada por la violencia, y trataba de someter á su terrible enemigo, tocándole hábilmente al corazón. Por eso intentaba dar suavidad á su voz y mágico encanto de seducción á sus palabras. Sofocando su cólera, dejaba que hablase la conmovedora piedad. Diríase de ella que intentaba enternecer y cristianizar al Demonio con las súplicas que se dirigen á los santos. Sus manos aparecieron cruzadas en el ventanillo.

—Tilín, Tilín—le dijo.—Yo te juro por Dios que es mi padre y por nuestro glorioso Patriarca Santo Domingo, que si me dejas y te vas, no te guardaré rencor, no tendré de tí malos recuerdos... al contrario los tendré buenos, muy buenos... Á nadie diré que pegaste fuego á San Salomó; á nadie diré que en la confusión del primer momento y cuando bajé huyendo de las llamas, me cogiste, me amordazaste y me sacaste por la puerta del locutorio, cuando el fuego y el humo permitían aún pasar por allí. Á nadie diré que me ocultaste después en una casucha que hay fuera de la puerta del Travesat, donde tú y otros bandidos como tú, digo mal, bandidos no, sino alucinados, me tenían preparado el suplicio de este coche. Á nadie diré que luego me has traido á este viaje horrible, que no sé donde terminará; no diré nada... tendré buenos recuerdos de tí, me acordaré de tu amistad, tus buenos servicios; todos los días, todos, cuando me arrodille delante del Señor Sacramentado para pedirle por los pecadores, pediré á Dios que te quite esos malos pensamientos y te dé otros buenos y cristianos que lleven tu alma al cielo, donde me volverás á ver... sí, me volverás á ver.

Esta idea debió parecer eficaz á la dominica, porque la repitió después de una pausa, añadiendo:

—Me volverás á ver, me estarás viendo por toda una eternidad.

Tilín no dijo nada. De pronto detuvo el coche. El corazón de Sor Teodora, al sentir aquella pausa en su tormento físico, palpitó de emoción y esperanza.

Pero Tilín se había detenido para prestar atención á un rumor lejano que á su espalda había creido sentir, y quiso cerciorarse de él.

—Sí—pensó después de un minuto de atención.—Viene gente á caballo, y no debe de ser poca, según el ruido que hace.

El sacristán diablo pareció un momento turbado; pero al punto

(c) 2008 Ministerio de Cultura

halló en su grande ánimo la iniciativa y la prontitud de ejecución que le distinguía en los lances difíciles.

—Tilín—añadió la señora—¿no oyes lo que te he dicho?—Ten compasión de mí, acuérdate de aquellos días en que asistiéndote en tu enfermedad, te salvé esa vida que ahora vuelves contra mí. Tú eras entonces un niño, yo una joven. Ahora soy una vieja. ¿Qué quieres de mí? Por Dios y por tu madre, hijo mío, ¿á dónde me llevas? ¿Qué horrible viaje es este?

—En la Cerdaña—dijo Tilín con nerviosa agitación—en los más alto,

en lo más enriscado, en lo más solitario, en lo más montuoso, allí donde están libres los osos, y donde nacen los torrentes, tengo yo una casa...

—¡Y allá me quieres llevar, bandido!—exclamó la dama con desesperación, no pudiendo reprimir la cólera.—No, yo gritaré y alguien me oirá... Esto no puede seguir. ¿No hay almas caritativas aquí? ¿Se ha acabado el mundo? ¿Es posible que no me favorezca Dios? ¡Dios, Dios mío!... ¿Tantos son mis pecados que merezca este horrible infierno en vida?

Tilín, muy temeroso por aquel ruido de tropa que había sentido, volvió á azotar al caballo, y desviándose del camino por una colina pelada que á la derecha había, dijo para sí:

—Me ocultaré en el monte hasta que pase esa tropa. Por aquí está si

(c) 2008 Ministerio de Cultura

no me engaño, el convento arruinado de Regina Cœli, donde sólo viven dos clérigos pobres que piden limosna. No sería malo intentar congraciarme con ellos... Necesito un sitio seguro donde pasar el día de mañana. ¿Qué hora es? próximamente las doce. Este maldito coche es el estorbo de los estorbos. Si pudiera llevarla á caballo... Necesito cuatro jornadas que es preciso hacer de noche y tres descansos por el día, uno aquí ó en Vilaplana, otro en Nargo, otro en Querforadat, para de allí subir á mi casa. ¡Maldito coche!... Alas, alas es lo que yo quisiera. Sólo mi fuerza de voluntad que jamás se acobarda es capaz de intentar este viaje con tales obstáculos... Si triunfo, Lucifer trendrá que darme tratamiento de Excelentísimo Señor.

El coche avanzaba lentamente, porque el camino era casi impracticable en la oscuridad de la noche. De pronto oyóse un estallido metálico, seco, y el coche se hundió cayendo sobre un costado. Sor Teodora dió un grito, y Tilín lanzó un apóstrofe que habría hecho extremecer de espanto á cielo y tierra, si la tierra y el cielo se afectaran por las vanas palabras del hombre. El eje del coche se había roto.

—¿Lo ves, lo ves?—dijo Sor Teodora esforzándose en reprimir su alegría.—¿Qué quiere decir esto, Tilín? ¿No ves claros y patentes los designios de Dios? ¿No ves la mano que te ataja en tu infame camino? Tú tienes buen corazón, tú tienes conciencia, aunque ahora está muy perturbada. Considera, hijo, reflexiona...

Al mismo tiempo que esto decía dulcificando su voz, temblaba interiormente de miedo, pensando que aquella contrariedad exasperaría al malvado inspirándole quizás alguna violencia horrible. También ella oyó entonces el ruido de hombres á caballo y puso atención invocando mentalmente á Dios para que en tan apretada ocasión la amparase. Tilín, que oía también con toda su alma, rugió así:

—¡Por las uñas y rabo del Otro! Es la partida de Garrote que salió esta tarde de Solsona.

Después miró su coche que yacía en tierra como un buque recién naufragado. Abriendo la portezuela, ayudó á salir á Sor Teodora, cuyos molidos huesos apenas le permitían moverse. La dama dió algunos pasos para probar si funcionaban después del atroz suplicio del coche los tendones y músculos de sus piernas. Tilín dijo sombríamente:

—Esto puede remediarse. Á una legua escasa de aquí está el herrero Gasparó Cort, que tiene ejes de coche. Si tiene ejes, iré, traeré uno antes del día, y seguiremos nuestro camino.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Y yo, insigne mentecato—gritó Sor Teodora viendo que su situación mejoraba extraordinariamente—te esperaré aquí tan tranquila como si estuviera en la celda de mi convento! Á fé que eres simple. Esto ha concluido. Déjame en paz.

Tilín comprendió lo descabellado de su plan en lo relativo á buscar un nuevo eje, como no lo forjara con un hueso de su cuerpo en la fragua de su corazón. No había más remedio que dar por concluido el viaje, pensando cristianamente en la intervención de la Providencia para salvar á la digna señora del riesgo en que estaba. Pero Tilín, enérgicamente apasionado y delirante, antes que en Dios pensaba en los demonios que guiaban sus pasos y silbaban en sus oidos palabras enloquecedoras y le ponían delante de los ojos fantasmas y expectáculos de gran atractivo para él.

—No, no, señora—exclamó de súbito asiendo la mano de su víctima con extraño vigor.—Esto no ha concluido. Un hombre como yo no se deja vencer por un eje roto.

Sor Teodora al sentir la mano de hierro qne la sujetaba como las tenazas de Satanás sujetarían al precito sobre la caldera hirviente, encomendó su alma al Señor. La oscuridad y silencio del bosque cercano diéronle grandísimo pavor; pero evocando las fuerzas todas de su alma, decidió hacer frente á los mayores peligros, desplegando los recursos de su voluntad, de su astucia y aún de su vigor físico, que no era despreciable á pesar de ser mujer y monja.

—Tilín—dijo con grave acento. —Por malvado y pervertido que seas, no podrás desconocer que la voz de Dios acaba de hablarte, que su mano te ha detenido en tu criminal carrera.

El criminal no decía nada; pero apretaba más la mano preciosa, como el avaro oprime su tesoro temiendo que se le escape. Fijaba sus ojos con terrible expresión de duda en el suelo.

—¡Tilín, Tilín!—añadió la monja, que habia empezado á comprender la posibilidad de ablandar aquel bronce.—¿No me oyes? ¿Piensas en Dios, en tu crímen, estás mirando á tu horrible conciencia?... Por Dios y su Santa Madre, déjame y sálvate, sálvate, hijo mío, de la condenación eterna.

Cuando esto decía oyóse el tañido de un esquilón que sonaba muy cerca, en el bosque.

—¿Qué campana es esta?

—La de Regina Cœli, la de Regina Cœli—gritó Tilín hiriendo el suelo furiosamente con el pié.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Es un convento, un asilo!—dijo ella.—¡Dios mío, has venido en mi ayuda!

Y la monja empezó á rezar. Pero Tilín le apretaba aún la mano.

Oyóse entonces á muy poca distancia el ruido de gente á caballo que poco antes obligara á Pepet á apartarse del camino.

—¡Gente de armas!—balbució Sor Teodora de Aransis, inundada de gozo.—¡Me he salvado!

—El Demonio, sí, el Demonio es quien me ha jugado esta mala partida.

—Suéltame, ladrón—dijo la dominica recobrando su entereza y dueña ya de la situación,—suéltame.

Sacudió la mano gritando: —¡Socorro!

—Basta, basta—gruñó Pepet soltando la mano.

La monja dió algunos pasos hacia donde sonaba el esquilón, y Tilín corrió hacia ella.

—Es usted libre—le dijo.—Pida usted hospitalidad á los frailes de Regina Cœli... Me confieso vencido. El Demonio se ha reido de mí.

—No me sigas, malvado, no me sigas.

—¿Qué pensarán de una religiosa que se presenta sola, á estas horas, pidiendo asilo en un convento de frailes?

La monja se detuvo.

—¿Qué importa?—dijo.—Todo antes que estar en tu poder, mónstruo. No me sigas.

—Yo también quiero pedir hospedaje en Regina Cœli, yo también: estoy cansado.

Pero Teodora había adelantado y no le oía. Corriendo entre los árboles, perdióse por un momento; pero al fin pudo salir á donde se veía la oscura mole de Regina Cœli. El esquilón seguía tocando. La dama vió una puerta y en la puerta luz, y esta luz iluminaba una figura, un hombre, un fraile, cualquier cosa... Sin vacilar corrió hacia él.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXVI

UNA monja!—exclamó con asombro el que estaba en la puerta, que era un viejecillo tembloroso y caduco, empaquetado dentro de una sotana, y que ni aún parecía tener fuerzas para sostener la linterna con que se alumbraba, y cuyos rayos caían principalmente sobre la pechera encarnada de un segundo personaje vestido con uniforme militar.

—¡Una monja!—repitió éste, antes que la de Aransis tuviera tiempo de exponer el objeto de su peregrina visita.

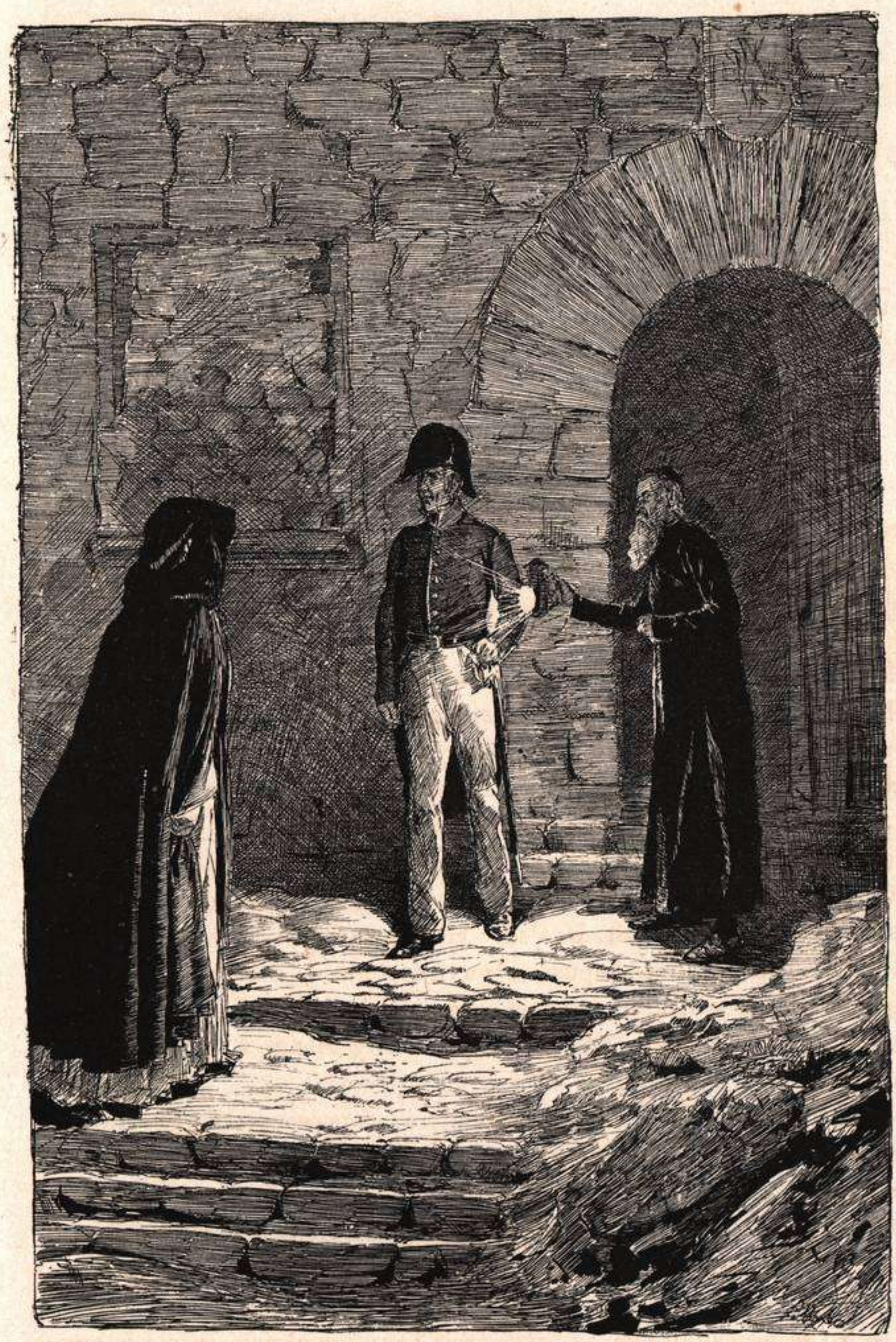
—Sí, una monja—dijo ella,—una pobre monja de San Salomó, que se ve obligada á pedir auxilio á los religiosos, caballeros, militares ó quienes quiera que sean los habitantes de esta casa... Pero si no me engaño estoy hablando con el Sr. D. Pedro Guimaraens.

—El mismo, señora—repuso el bravo coronel, quitándose galantemente el sombrero y dirigiendo hacia el semblante de la religiosa los pálidos rayos de la linterna.—Me parece que estoy viendo á Sor Teodora de Aransis.

—Esa soy yo... Usted no comprenderá mi presencia aquí—dijo muy turbada la dama, como quien aún no ha inventado bien la mentira que va á decir.—Ya sabe usted que anoche nos quemaron el convento... Yo iba á casa de mis tíos, á Balaguer, porque me encuentro muy enferma... ¡cosa tremenda!... el coche se ha roto... roto el eje... me ví sola en medio del camino... sola no... con el criado de mis tíos.

—No se necesitan más explicaciones para dar alojamiento á la buena madre—declaró Guimaraens menos atento á las cuitas de Sor Teodora que al ruido de caballos que cerca se sentía.—Yo estoy aquí cumpliendo

(c) 2008 Ministerio de Cultura



(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

un deber militar que me ha encargado el conde de España... ¿Sabe usted?... Este sitio es el mejor para cortar la comunicación de los valles del Cardoner con la Conca de Tremp... Estoy aquí con un pequeño destacamento esperando las fuerzas que han de llegar á la madrugada...

Y volviéndose al frailecillo, añadió:

—Nuestro bendito padre Martín de la Concepción se ha cansado de tocar la campanilla, y es preciso que no cese de tañer un momento para que la brigada pueda dirigirse aquí sin equivocarse, porque esos niños de Madrid no conocen estas tierras... Que toque, que siga tocando... Pues sí, señora mía, aquí podrá usted reposar hasta mañana. No hay comodidades de ninguna especie, ¿verdad Padre Juanico?

—No importa—dijo la dominica entrando en el atrio.—Me basta con hallarme en lugar seguro.

—Y dispénseme la reverendísima madre—indicó D. Pedro haciéndole otra cortesía sombrero en mano,—que no la acompañe en este momento, porque siento ruido de caballerías, y si al principio me parecía tropel de arrieros que iban al mercado de Castellnou, ahora me parece una partida fugitiva que pasa.

—Vaya su excelencia—dijo el frailecillo.—Yo acompañaré á la reverendisima madre á la única habitación que tenemos para cuando se nos presenta algún forastero... ¿No ha traido la señora la servidumbre? ¿No ha venido con la señora alguna otra madre, ó un par de madres, ó media docena de madres?

Incapaz de responder á estas preguntas, la monja calló, dejándose guiar por el padre Juanico. En el ruinoso patio sintió rumor de soldados que jugaban ó cantaban coplas tendidos en el suelo. Tan aturdida estaba la buena madre, que no había formado aún juicio alguno sobre su nueva situación, si bien se veía segura y salva por el respeto que entonces infundía á la gente armada el hábito religioso. Érale sí forzoso desplegar un poco de ingenio para explicar su presencia en Regina Cœli sin ocasionar interpretaciones malignas, y para hacerse trasladar á Solsona sin peligro de caer de nuevo en los terribles brazos del dragón que la perseguía.

D. Pedro salió á toda prisa acompañado de algunos soldados, mientras el padre Juanico guiaba á Sor Teodora por un claustro medio derruido, siendo preciso mucho cuidado para no tropezar en las piedras que obstruían el paso.

—Esta casa, señora—dijo el caduco fraile,—está así desde la acometida de los franceses el año 10. Regina Cœli era una casa de clérigos

(c) 2008 Ministerio de Cultura

regulares. ¡Ah! entonces éramos treinta y cinco, ya no somos más que dos, el padre Martín de la Concepción y un servidor de Vuestra Maternidad reverendísima... Creo que ha sido horrible eso de San Salomó.

El padre Juanico se detenía á cada seis pasos para contemplar el rostro de la señora, y alzando no sin esfuerzo su cabecilla flaca y colgante, obsequiaba á la monja con una sonrisa senil harto grotesca.

—Sólo dos, señora—añadió alumbrando el piso lleno de piedra.—Vivimos de limosna... vivimos traquilos, esperando la muerte que ha de asemejarnos á estos escombros, á estas piedras, á este cadáver descompuesto de Regina Cœli. Lo poco que aún vive de Regina Cœli será polvo también... Pues como decía á la señora, los dos hermanos vivimos aquí tranquilamente, es decir, vivíamos tranquilamente hasta esta noche á las diez, hora menguada en que se nos metió por las puertas el señor D. Pedro Guimarens con sesenta soldados de Su Majestad... ¡Linda noche nos ha dado!... Al pobre Martín de la Concepción lo tiene desde hace dos horas tocando la esquila... y no quiere que se canse el buen hombre, sino que toque y toque... Estos demonches de militares son muy déspotas, señora... Cuidado no tropiece usted en la losa de ese sepulcro... Por aquí, señora, por aquí... y aún falta lo mejor. Esos toques de la esquila son para avisar á una brigada entera, á una brigada de demonios uniformados que viene á tomar posesión del convento... Estamos lucidos... ¡Venir á turbar á dos pobres religiosos moribundos que esperamos por instantes la última hora!... En fin, paciencia nos dé Dios. Aceptemos este cáliz no tan amargo como el que supo apurar Su Divina Majestad en la noche de su pasión... El pobre hermano Martín se ha cansado otra vez de tocar... En fin, señora, esta es la única habitación que podemos ofrecer á Vuestra Maternidad reverendísima para que pase la noche... Iré á ver si han llegado los de la servidumbre de Vuestra Maternidad reverendísima.

—¡Esta es la habitación!...—exclamó llena de asombro la madre Teodora de Aransis contemplando las desnudas paredes de una sala inmensa, helada, vacía, con el techo agujereado y el piso hecho de escombros.

—No tenemos otra. En cuanto á lecho para dormir, no espere Vuestra Maternidad que se lo ofrezcamos, porque no lo tenemos. Martín de la Concepción y yo dormimos en el suelo.

La madre volvió á mirar no menos espantada que la vez primera el antro en que se hallaba. Un pedazo de altar y un rimero de tablas carcomidas eran los únicos asientos. Algunas piedras sepulcrales llenas de escudos é inscripciones formaban apiladas como una especie de mesa.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Aterrada en el primer momento, Sor Teodora se serenó pronto comprendiendo que no estaba en el caso de pedir gollerías.

—Esta bien, reverendo hermano—dijo.—Deme usted una luz y ayúdeme á cerrar estas ventanas.

—Estas dos ventanas no se pueden cerrar--dijo el frailecillo con burlona sonrisa.—Tampoco se cierra la puerta, en una palabra, madre reverendísima, aquí no se cierra nada. En Regina Cœli no hay llaves, ni cerrojos, ni trancas, ni candados. Puede Vuestra Maternidad entornar las puertas y afianzarlas con un palo. Como no hay viento no se abrirán... Traeré la luz al momento.

Largo rato estuvo sola y á oscuras la buena monja embebida en hondas reflexiones sobre su situación, y ya se impacientaba de la oscuridad cuando volvió el padre Juanico tan apresurado como sus piernas medio muertas se lo permitían. Puso una lámpara de cobre sobre el montón de piedras sepulcrales que hacían las veces de mesa, y dejándose caer sobre un madero, dijo suspirando:

—Déjeme Vuestra Maternidad que descanse un rato... no puedo tenerme... Este renegado de Guimaraens va á quitarnos la poca vida que tenemos... ¿Oye usted? todavía repica el desventuradísimo Martín de la Concepción... ¡Ay! cómo me canso, señora, con estas idas y venidas. Á estas horas estaríamos el hermano y yo roncando riquísimamente sobre nuestras tablas si estos Barrabases no se nos hubieran metido aquí... Y lo que falta, pues, y lo que falta.

—Paciencia, hermano—dijo la dominica, sentándose también.

—Pues como iba contando—prosiguió el fraile, demostrando menos cansancio de lengua que de piernas,—esos hombres á caballo que iban por el camino eran los de la partida de Garrote, que hace días pasó para Solsona y ahora se vuelve á su país. El señor de Guimaraens les ha quitado algunas armas y les ha dejado seguir. Llevaban consigo un prisionero, un hombre malvado de esa infame ralea de jacobinos. Es, según dicen, el que pegó fuego á San Salomó.

Sor Teodora suspendió tan bruscamente sus reflexiones, que se la habría creido picada por el aguijón de una víbora. Clavó los negros ojos en el rostro excesivamente maduro y pasado del padre Juanico, que alentado por la atención que á sus palabras se prestaba, añadió:

—Garrote, que va en retirada y sin armas, ha dejado aquí al prisionero para que el señor de Guimaraens haga un poco de justicia. ¡Hace tanta falta en estos tiempos!... Le van á fusilar.

Sor Teodora se levantó. Un lúgubre rumor que en el patio se oía,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

llamó vivamente su atención. Miró por la ventana que al patio daba.

—Ahí le llevan—dijo el fraile, señalando al patio donde se distinguían grupos moviéndose con algazara.—Le van á meter en la cueva, en lo que era panteón y ahora nos sirve de leñera.

Sor Teodora no vió más que sombras, pero comprendió lo que pasaba. El corazón se le salía del pecho latiendo con desusada violencia.

—Adios, señora, que pase Vuestra Maternidad reverendísima buena noche—dijo el padre Juanico tomando su linterna.—¡Ah! me olvidaba de advertir á Vuestra Maternidad que el Sr. de Guimaraens pasará á verla. Me lo ha dicho. Sin embargo, estará muy ocupado en toda la noche. Parece que ya llega la brigada que esperaban... ¡Gracias á Dios que descansa el pobre Martín!... Buenas noches... He visto entrar á varios paisanos... la servidumbre de Vuestra Maternidad reverendísima.

—Yo no tengo servidumbre—dijo Sor Teodora bruscamente.

—¿Ha venido Vuestra Maternidad sola?—exclamó el padre Juanico desplegando toda la piel de los ojos.

—Sola, sí, sola—afirmó la dama con energía sin pensar en su reputación.

El padre Juanico iba á persignarse, pero no se persignó. Creyó que debía marcharse... y se marchó.

La de Aransis dió algunos pasos hacia la puerta, después retrocedió... Llevóse las manos á la cabeza, cruzólas después. Puede afirmarse que en los treinta y dos años de su existencia no había conocido su alma un afán tan grande. Tan grande era, que la última aventura de Tilín le parecía cosa lejana, indigna de fijar su atención, y en verdad aquel drama terrible, puramente externo y que en nada afectaba á sus sentimientos, le parecía muy menguada cosa en comparación de la íntima sacudida que ora sentía en su alma.

Tan absorta estaba, tan atenta á sí misma, que no observó que era espiada. Fuera de la ventana abierta á un segundo patio lleno de ruinas, un espantajo negro la vigilaba. Ella no veía el brillo verdoso de los ojos del buho acechando su presa.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXVII

Sí, aquel tenaz guerrillero D. Carlos Garrote, cuya cólera hirviente, cuyas palabras amenazantes encerraban un gran fondo de rectitud, porque anunciaban su odio á las intrigas y á las transacciones indecorosas, tuvo que abandonar parte de sus armas en Regina Cœli. Habría sido petulancia sostener un combate. Él no se sometía; pero se retiraba de la lucha. No disparaba un tiro en contra de la causa apostólica; pero tampoco en pró del Rey, cuya doblez conocía como nadie. Deferente y cortés con D. Pedro Guimaraens, á quien por sus altas cualidades apreciaba, no sólo le entregó algunas armas, sino también un valioso prisionero, y después de recomendarlo al señor coronel con la mayor eficacia, siguió adelante, para buscar por la Conca de Tremp el camino de Aragón.

No estaba á cien varas de Regina Cœli cuando su pequeño ejército inerme fué detenido por otro armado y relativamente grande. Era la

(c) 2008 Ministerio de Cultura

brigada que esperaba Guimaraens, y que había sido mandada por el conde de España para ocupar á Regina Cœli. Guimaraens, á quien España dió el día anterior pequeñas comisiones, fué encargado de ocupar previamente á Regina Cœli, en la previsión de que alguna pequeña partida se apoderase de punto tan conveniente, y de esperar allí á la brigada. El aviso de la campana fué cosa convenida entre el jefe de ésta y Guimaraens.

Garrote sabía que probablemente encontraría aquella tropa; sabía también quien la mandaba, y así con la esperanza de refrescar cordiales y antiguas amistades, luego que las avanzadas le detuvieron, preguntó:

—¿En dónde está el jefe? ¿En dónde está mi amigo queridísimo el Sr. D. Francisco Chaperón?

Fuéle respondido que no lejos venía, y poco después el valiente soldado navarro y el antiguo presidente de la Comisión Militar Ejecutiva se daban estrechísimo abrazo en mitad del camino, alargando cada cual el cuerpo sobre el caballo, de modo que por un instante parecieron un solo hombre sobre dos brutos.

—Por vida del Santísimo Sacramento—dijo el brigadier (*)—que no creí tener sorpresa tan agradable. Sabía que andaba usted por estos barrios... ¿Y á dónde se va? Supongo que en retirada.

—Me voy á mis montañas, me voy sin armas, sin ilusiones, sin esperanza por ahora... Han querido meterme en intrigas, y enlodarme con estos inmundos arreglos, y... me voy, me voy. ¡Esto es una farsa, señor D. Francisco, pero qué farsa!

—Hombre ¡qué diantres! ya sabemos que en el mundo, todo es farsa... Pero ¿á qué conducía esta guerra? Francamente, hablemos como hombres formales... más adelante, no digo que no; pero ahora... ¡Vaya con las diabluras catalanas! Es preciso sofocar esto, echarle tierra á todo trance, antes que tome vuelo, porque si no se aprovecharán de ello los liberales. Es lo que yo digo: divídase el partido del orden y tendremos á los masones tirándonos de la nariz...

—Los liberales tienen poco que ver en este negocio.

—¡Qué error! Por donde quiera que vamos recibimos la noticia de tramas horribles. Ellos son los que con halagos y promesas inclinan á los guerrilleros á no someterse. Yo le digo al conde de España. "Señor conde, mientras quede uno de esos, no tendremos paz en el reino„ y el conde es de mi opinión. Á veces me dice: "Chaperoncillo, aquí hay que

(*) Véase el retrato de este personaje en *El Terror de* 1821.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

amenazar á un lado y dar á otro,„ y yo soy también de esa opinión. Estoy contento de haber enviudado de aquella endiablada Comisión que me dió tantos disgustos, y de haberme casado con esta guerra. Me gustan los campamentos más que las oficinas, y nuestro jefe me agrada mucho. Es riguroso, y hace cumplir la ordenanza con crueldad; pero eso es bueno, eso es bueno. También sabe premiar á los que sirven con celo y á los que ejecutan sus órdenes con prontitud y sin vacilaciones... Con que, amigo mío... Por vida del Santísimo Sacramento, estoy por decirle á usted que vuelva grupas y me acompañe á Regina Cœli, que ya debe de estar cerca... allí echaremos una copa y fumaremos un cigarro.

—No puedo, Sr. D. Francisco... Regina Cœli está á dos pasos: allí descansará usted. Por cierto que le he dejado á usted allí un buen regalo.

—¿Algo de cena?—dijo D. Francisco haciendo con su mano en las inmediaciones de la fiera boca, el gesto vulgarísimo que denota buen apetito.

—Nada de eso.

—¿Pues qué?

—Un liberal.

—¿Y para qué quiero yo un liberal, como no sea para fusilarlo?

—Precisamente para eso.

—¿Sí? ¡Por vida del...! ¿Y quién es?

—Un gran delincuente. Anoche le cogimos *in fraganti*. Había pegado fuego al convento de San Salomó en Solsona.

—Hombre, ¡qué alhaja! Para encontrar estos primores no hay otro como usted.

—Vino á España enviado por los de Lóndres para tejer una de tantas conspiraciones. Es pájaro de cuenta: le conozco hace tiempo. Es de los que figuraron cuando las Cabezas... Después anduvo en masonerías y comunismo.

—¡Preciosísimo!

—Es paisano mío. Se llama Salvador Monsalud.

—Yo he oido ese nombre, lo he oido.

—Le han oido todos los que en Madrid asistieron á los infames escándalos de los tres años.

—¿Y está allí, en Regina Cœli?

—La verdad, no quise dejarle en Solsona porque no tengo confianza en la gentuza que queda allá. Es probable que le dejaran escapar. Después tuve intención de fusilarle en el camino; pero Sr. D. Francisco, yo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

soy buen católico y no me atrevo á matar á un hombre cuando no puedo darle los auxilios de la religión... Mis creencias no me permiten quitar á un hombre, por malvado que sea, la probabilidad de redención, y aunque éste sea de los que merecen morir como perros, yo... no quiero cuestiones con mi conciencia... ¿He hecho bien?

—Perfectamente: si es usted al mismo tiempo un bravo soldado y un doctor de la Iglesia. Para casos como este tengo yo mis capellanes, que despabilan un par de reos en diez minutos.

—Hay dos curas en Regina Cœli.

—El negocio corre de mi cuenta—dijo D. Francisco demostrando gran impaciencia.

—¿Confío en que usted castigará al mayor de los criminales?...

—¡Hombre, qué idea! Pues si así no lo hiciera... Además de que me gusta arrancar la mala yerba que encuentro en mi camino, soy hombre que no está dispuesto á recibir reprensiones del general en jefe, y le juro á usted que si el conde supiera que yo, después de tener en mi mano un pájaro del plumaje de ese caballero masón, le había de dejar escapar... vamos, no quiero pensarlo. Yo creo que me mandaría dar palos como á un recluta. Usted no conoce bien á ese insigne defensor de la Monarquía. ¡La ordenanza, el exterminio de la gente negra! Estos son los polos sobre que gira el grande espíritu del conde de España... Dicen que Su Excelencia está loco: yo no le tengo por tal, sino por muy cuerdo, y con media docena como él bastaba para arreglar el mundo.

—Es hombre que no perdona una falta ni á Cristo Sacramentado.

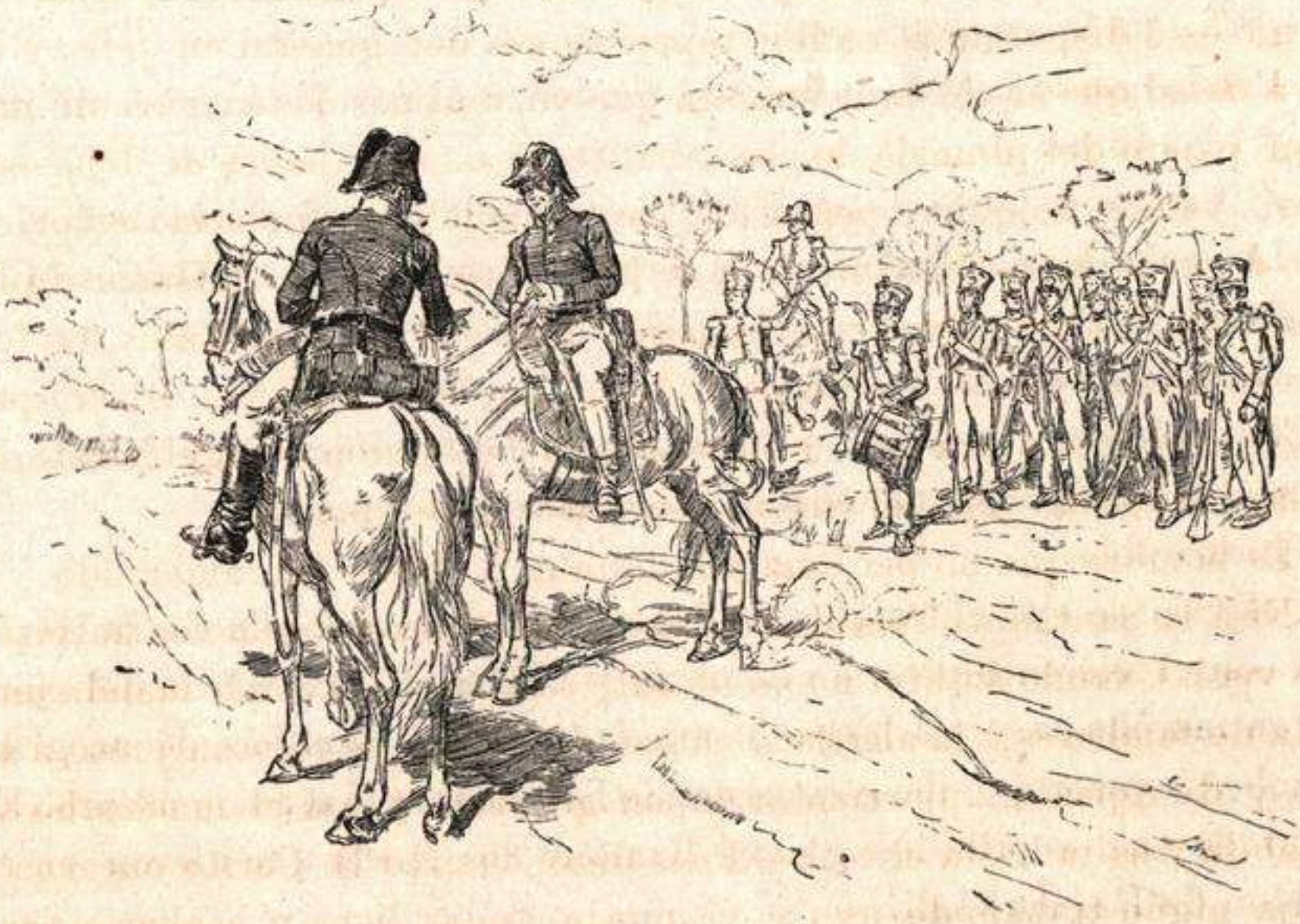
—Ni á la Santísima Trinidad. Hombre más inexorable no se ha visto ni se verá. Cuando su hijo no se levanta temprano, el conde manda una banda de tambores á la alcoba... entran despacito, se colocan junto á la cama y de repente... ¡purrúm! rompen generala, y así el muchacho se despabila y salta hasta el techo. Pues digo, cuando D. Carlos encarga á su hija algún trabajo de aguja, ya puede andar lista y acabarlo para cuando su padre le ha dicho, porque si no me la pone de centinela en el balcón con la escoba al hombro dos, tres, cuatro horas, según el caso. No tiene consideración ni con su señora la condesa... Ya podía descuidarse un día en ponerle tal ó cual plato que le gusta. La manda arrestada y la tiene cinco ó seis días sin salir del cuarto con un oficial de guardia á la puerta.

—Eso me parece extravagante.

—Pues yo no opino lo mismo; es preciso que el hombre del día sea muy enérgico. Los lazos del poder se van aflojando mucho, y llegará día

(c) 2008 Ministerio de Cultura

en que no haya disciplina ni autoridad, y héteme aquí á la sociedad desquiciada por completo. En España hacen falta hombres así, desengáñese usted, Carlos... ¡Si no, á dónde vamos á parar! Dicen que el conde está loco. Ya quisieran más de cuatro tener su juicio. ¡Por vida del Santísimo!... Lo que tiene es muchas agallas. Es el único hombre á quien veo con capacidad bastante para acabar con el bando liberal. Marchando despacito con su ejército va barriendo el país, lo va barriendo, sí, á fusilazos. Como nos dejen no quedará uno para muestra... Figúrese usted que él llega á un pueblo, sale á pasear por las calles y á todo el que encuentra le detiene y le dice: "enséñame el rosario." Como no se lo enseñe va derecho á la carcel. ¡Ay de los que sean conocidos por sus opiniones! Esos no van á la carcel: van á otra parte de donde no se vuelve... Yo no soy de los que opinan que España es un hombre cruel y sangui-



nario... no, todo es relativo. Hay que ver como está nuestro país, podrido de malas ideas. Es preciso que esta guerra corte y ampute y despedaze y descuartice. ¿No cree usted lo mismo?

—Lo mismo.

—¡Cruel y sanguinario! Pues yo sostengo que es un hombre de bonísimos sentimientos, muy pío y temeroso de Dios. Me consta que confiesa y comulga todas las semanas. ¡Con qué miramientos trata á los señores clérigos y frailes! Yo le he visto en la iglesia dándose golpes de pecho como el mayor pecador del mundo. Me han dicho que tiene éx-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tasis y que usa silicio... Pero le estoy deteniendo á usted demasiado con mi charla... Es tarde.

—Sí, Sr. D. Francisco, y quiero llegar mañana á la Conca. Mucho me place la compañía; pero es preciso que nos separemos.

—Hombre—dijo Chaperón con acento campechano. —Yo creo que algún día nos hemos de ver peleando juntos por una misma causa.

—También lo creo.

—Venga un abrazo.

Los dos hombres se acercaron el uno al otro, y dos corazones de tigre latieron juntos unidos por un abrazo. Al separarse, Chaperón le dijo

—Gracias por el regalo.

—Me olvidaba de una advertencia—indicó Garrote deteniendo un instante su caballo.—Ese Sr. D. Pedro Guimaraens que está en Regina Cœli me parece un poco débil y amigo de contemplaciones.

—¿Sí?... ya le arreglaré yo.

—Puede que le hable á usted de perdonar al reo. Es hombre de mimos y blanduras.

—¿Sí? á buena parte viene. Ya le leeremos la doctrina á ese señor.

—Los caballos se encabritaron, emprendióse la marcha y Garrote gritó desde lejos:

—Es preciso ser inexorable.

Chaperón se echó á reir, y su carcajada confundíase con el piafar de los caballos. Más lejos ya, el furibundo cabecilla repitió:

—Inexorable.

Después se oyó el tumulto de las voces de mando, y la tierra trepidaba con el violento pisar de hombres y brutos. El murmullo del ejército en marcha se oía á larga distancia, como el zumbido de un gran enjambre invasor que iba conquistando lentamente el espacio oscuro. El tañido de una esquila les guiaba llamándoles hasta que dieron en el portalón de Regina Cœli.

Fué recibido el señor brigadier por D. Pedro Guimaraens que le condujo adentro, mientras los subalternos daban órdenes para alojar y racionar á las tropas. Mostróse muy seco y disciplinario Chaperón, el cual, cuando se vió en su dormitorio, dijo al coronel que él no había venido á Cataluña á hacer niñerías, que él pensaba en todo y por todo inspirarse en las ideas del general en jefe D. Carlos España, y que prohibía absolutamente al D. Pedro hablar de clemencia y enternecerse como una cómica que representa el drama sentimental. Dicho esto, se paseó por la desmantelada sala y dijo que no habiendo camas, dormiría

(c) 2008 Ministerio de Cultura

en una silla, pues hombres como él no necesitaban finuras. Mandó que le trajesen un jarro de vino, un pan y la carne fiambre que traía en su balija, y puesto el mantel sobre una arca vieja, invitó á Guimaraens á que le acompañase con otros dos coroneles en su frugal cena. Hízolo D. Pedro, aunque no tenía gana, y Chaperón engullendo y bebiendo con apetito, no daba paz á la lengua. Era preciso convencerse de que él era inexorable, absolutamente inexorable; de que estaba decidido á corresponder á los deseos del conde de España, su jefe y amigo. Á los apostólicos que se sometieran, les perdonaría: eran alucinados y no criminales; á los jacobinos y masones les aplastaría sin piedad. Ya sabía él que en Regina Cœli estaba un gran criminal que debía acabar sus días en la mañana próxima, y como él era absolutamente inexorable contra los enemigos de la sociedad, prohibía al Sr. Guimaraens que le hablase de compasión, porque hombres como él no se ablandaban con suspirillos. Aunque D. Pedro respondía á todo afirmativamente, aún no parecía satisfecho el ogro, y ponía por testigo al Santísimo Sacramento de su decidido entusiasmo por lo absolutamente inexorable.

Asomóse después al balcón que daba al gran patio ó esplanada de ruinas, y al retirarse dijo:

—¡Qué negro está todo! Señor coronel Guimaraens...

D. Pedro se puso á sus órdenes.

—Mañana á las seis en punto, forma usted el cuadro en ese patio y me fusila usted al jacobino. Á las seis en punto. Yo quiero verlo desde este balcón; sí, quiero verlo con mis propios ojos.

Diciendo esto acercaba dos de sus dedos á los ojos y se estiraba los párpados inferiores, mostrando redondas y saltonas las córneas, bordadas de un cerco sanguinolento; después se sentó en una silla, estiró las piernas, apoyando el brazo derecho en el respaldo y la cabeza en la palma de la mano.

—Voy á dormir un rato. Son las tres. Que me llamen á las seis menos cuarto.

Retiráronse todos, y el ogro quedó roncando. Guimaraens fué á dar órdenes, y después de pasar largo rato en las cuadras bajas hablando con los oficiales que estaban á sus órdenes, recordó que Sor Teodora de Aransis le había mandado llamar poco antes. Gozoso de ser útil á tan insigne señora, corrió á la caverna donde estaba, y por espacio de media hora larga conferenció con ella. Lo que hablaron no lo sabemos; pero quizás lo adivine el que siga leyendo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXVIII

Don Pedro salió muy cabizbajo. Cuando la señora se quedó sola, sentóse sobre las piedras sepulcrales y apoyando el codo en una tabla y la frente en las coyunturas de su mano cerrada cual si empuñara un arma, estuvo largo rato inmergida en profunda meditación. Su alma sentía una ansiedad hasta entonces desconocida, como no tuviera su semejante en las vagas ansiedades de aquel amor místico que la inflamó durante los primeros días de su vida en el convento. Se preguntaba qué razón había para aquel interés por cosa que tan poco debía importarle: pero no podía darse respuesta satisfactoria. Trató de vencer aquel afán; pero contra este enemigo terrible eran débiles las armas de la razón, que hiriéndole sin matarle, le irritaban más. El enemigo se asentaba al mismo tiempo en su imaginación y en su corazón; aunque más parte ocupaba de aquélla que de éste.

En su mente había una idea, inmutable, aterradoramente fija y clara, la cual le ponía delante como la mayor de las desgracias y de las injus-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ticias posibles, el sacrificio de aquel hombre que estaba en lás mazmorras de Regina Cœli. No podía de ningún modo asentir á que pereciese aquella figura airosa y elegante, aquel semblante varonil, aquel mirar dulce y penetrante, aquella discreción y urbanidad de lenguaje, aquella nobleza que en toda su persona resplandecía, aquel misterio de su vida y de su entrada en el convento, la violencia misma de su aparición seguida después de manifestaciones hidalgas, aquel no sé qué de semejante hombre que había despertado súbitamente un interés muy vivo en el alma de Sor Teodora de Aransis. Ella protestaba contra la calumnia de que fuera incendiario de San Salomó. Tan grande injusticia poníala furiosa.

No tenía serenidad suficiente para considerar lo anómalo de sus sentimientos. Después de doce años de claustro, de calma y de tibia y rutinaria devoción, Teodora de Aransis perdía toda su entereza y su paz espiritual por la presencia de un desconocido. Quizás era ella menos monja de lo que parecían indicar sus doce largos y monótonos años de claustro; quizás aquel período lento y pesado como un sueño de embriaguez, había sido tan sólo un verdadero sueño estúpido del cual la despertaba la voz de un hombre; tal vez la verdadera juventud de la hermosa dama comenzaba en aquel instante, y quizás, quizás el grito de terror proferido al ver profanada su casta celda por el aventurero, fué la última palabra de su niñez.

Contra esta idea desfavorable protestó la razón de la vírgen del Señor, diciéndose:—No, es lástima, nada más que lástima lo que siento.

Pero una lástima profunda, abrasadora, una lástima que le hacía olvidar los sucesos de las últimas horas, las llamas de San Salomó, su rapto, el viaje con Tilín, y le hacía olvidar también sus doce años de cláustro. Creeríase que todos los deseos, todas las ilusiones, todos los caprichos, todas las afecciones arrinconadas durante los doce años habían renacido súbitamente, y se juntaban para hacer de aquella lástima un sentimiento sublimemente cariñoso. De mil cachivaches olvidados y perdidos en los repliegues de una vida oscura y pasiva, la compasión hacía su acopio en un día para fundir con ellos un afecto poderoso. El filo de esta arma iba derecho contra el propio corazón de la monja, el cual se partía y se hacía pedazos, pensando en la muerte injusta de un desconocido.

Mientras meditaba no vió que en la ventana aparecía un rostro oscuro, después un busto, y que el ágil cuerpo de Tilín saltaba sobre el antepecho y se acercaba pausadamente á ella. El viento entraba en la

(c) 2008 Ministerio de Cultura

sala, y la luz de la lámpara oscilaba como la llama de una antorcha, produciendo intervalos de claridad y sombra. Teodora no vió al dragón hasta que no estuvo delante de ella, con las manos cruzadas, inclinado el rostro. Ligera exclamación de sorpresa salió de los labios de la señora; pero nada más. La presencia de su enemigo ya no le causaba temor sin duda.

Sorprendióse Tilín de no ser recibido como esperaba, con exclamaciones de horror. Él daba por perdida ya su causa. Había entrado en Regina Cœli con el tumulto de tropa y paisanos, y se había deslizado entre las sombras del patio en ruinas para ver de lejos la presa que se le había escapado. No creía ya en su éxito; no tenía ilusión alguna. Sabía que su víctima estaba ya en seguridad contra él, y que un grito, una voz sola, le bastarían para defenderse, si nuevamente fuera perseguida. Á pesar de esto, esperaba oir en boca de la señora recriminaciones y apóstrofes. En vez de esto Tilín halló un silencio de sepulcro y una impasibilidad sombría y taciturna.

—Soy yo, señora—dijo Pepet en voz baja—soy yo, que aún aquí, donde está la monja más segura, vengo sin temor á nada, ni á la misma muerte.

La religiosa no contestó. Parecía que más enojaba á Tilín el silencio que las recriminaciones, porque alzando la voz con violencia, añadió:

—Soy yo, señora, que si supiera que no había de salir de aquí sino hecho pedazos, no dejaría de entrar. Vengo, porque quiero decir la última palabra.

Nuevo silencio.

—La última palabra, señora—prosiguió el voluntario realista.—He perdido la partida. Por primera vez dejo de creer en el buen éxito de mi osadía, de mi fuerza y de mi astucia. Mis diablos me han desamparado... vencido soy. El angel que á usted la protegía me destrozó en mitad del camino.

Tilín creía con ciega fé en esta idea de Satán abandonándole y del angel que le acuchillaba.

—Un recurso me queda—añadió sordamente—el recurso mío, el que más me gusta.

Sor Teodora le miró. Parecía que de improviso oía con interés las palabras de Tilín. Su atención indicaba un cambio brusco en sus ideas, algo como esperanza, ó presentimiento de una solución posible.

—Me queda—dijo él, animado por aquella mirada—el recurso de la muerte, que es ya mi único consuelo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Pepet se detuvo, y la monja, mirándole con mayor interés, le dijo:

—Sigue, Tilín, ya ves que te escucho sin enfado.

—El mundo se acabó para mí. Ninguna de las ambiciones de mi alma he podido satisfacer en él. Lo miro como un lodazal de hielo en el cual no nace ni una yerbecilla... Huir de él es lo que deseo. Dos objetos han llenado mi alma y cabalgando en ella parece que la han espoleado; ambos han sido un esfuerzo estéril y doloroso como las convulsiones del loco. Ni soldado ni amante, ni la gloria ni el amor... ¡Todo perdido! Los deseos no satisfechos, que son como áscuas que no puedo trocar en llamas ni tampoco en cenizas, me piden mi sangre, señora, mi sangre malvada.

Ronco por la violencia de su expresión y trémulo con las convulsiones del despecho, se clavó las dos manos en el seno. Después cayó de rodillas é hiriendo el suelo con su frente, dijo con voz angustiosa:

—Monja, díme que me perdonas y moriré contento.

La llama de la lámpara que poco antes parecía extinguida, inundó de claridad la sala. El rostro de la monja se tiñó de leve púrpura; sus ojos brillaron; no de otro modo brillan en el semblante humano las llamas de la inspiración. Sor Teodora tuvo una inspiración.

—¡Perdonarte!—dijo.—¿Y has podido dudar de mi perdón, siendo sincero tu arrepentimiento? ¿Reconoces tu sacrilegio, tu infame conducta?

—Yo no reconozco nada—repuso Tilín con desesperación.—No reconozco sino que amo, que adoro, y que por esto sólo merezco misericordia. Mis maldades no son maldades, son mis caricias, caricias á mi modo, porque no me es permitido hacerlas de otro modo. ¡El sacrilegio! El Diablo me lleve si entiendo esta palabra. No sé más sino que mi alma se abrasa, que pongo sobre todo el Universo á una sola persona; que esa persona me aborrece, y que no quiero vivir... Esto es lo que sé... ¡Perdón, perdón! Pido perdón, porque es lo único que espero me pueden dar; lo pido por poder decir: "Me arrojó una palabra dulce y dejó caer una lágrima de piedad sobre mi corazón envenenado." Por esto pido perdón.

—Y yo te lo doy—dijo la monja poniendo su dedo sobre la cabeza del hombre terrible.

—Esto me regocijará en la otra vida. Señora, adios; me voy á matar.

Apartóse algunos pasos, y metiéndose la mano en el pecho sacó un cuchillo. Corrió hacia él prontamente la monja, diciéndole:

—Aguarda.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Tilín extendió la mano armada, y apartando con ella á la de Aransis, dijo:

—Usted que me aborrece, no podrá impedirme que me mate.

—Yo no lo impido.

—¿Se opone usted á mi muerte?

—No, no me opongo, no.

—¿Por qué?

—Porque la mereces.

—Bien, señora. Todo ha concluido—dijo Tilín apartándose, resuelto á consumar el último crímen.—El Infierno me llama; voy al Infierno.

La monja se abalanzó á él denodada y sin miedo al arma ni á la descompuesta cara de Tilín, cuyos ojos inyectados de sangre causaban horror. Le puso ambas manos sobre el pecho, le miró con ternura y en tono dulce y persuasivo le dijo:

—¿Y por qué no al Cielo?

El tono y la mirada fascinaron de tal modo al dragón, que quedó extático, embelesado.

—¡Al Cielo!—murmuró.

Soltó el cuchillo. La monja volvió con apariencia tranquila á su asiento, é indicó con una seña á Tilín que se sentara también.

—Ya no hay Cielo para mí, ni puede haberlo—dijo el dragón.

—¿Por qué?

—Porque soy un malvado, porque amo lo imposible, lo que Dios prohibe, lo que es suyo, y no puedo dejar de amarlo... ¡Oh! Mi Cielo no es el Cielo de los demás, mi Cielo sería que usted me amase y usted no me puede amar, usted me aborrece.

—¿Y si dejase de aborrecerte?

Pepet sintió en su alma un consuelo inefable.

—¿Y si te amase?—añadió la monja con animación, pero sin dejar su acento y su expresión de melancolía.

La sensación que experimentó Tilín era como si unas manos de querubines le hubieran suspendido en el aire.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXIX

¡Oh, señora!—exclamó—no juegue usted con mi corazón. ¿Y cómo ha de poder ser que usted me ame?

—Mereciéndolo.

—¿Cómo?

—¿De qué nace el amor sino de la admiración y de la gratitud? Cuando no nace de esto es fútil capricho que se va tan pronto como viene.

—¡Admiración!—dijo Tilín meditabundo.—¡Oh! sí, es verdad. Por eso yo soñaba con ser un héroe, con realizar hazañas grandes y extender mi fama por todo el mundo, para que admirándome usted me amase.

—Pero más que de la admiración nace el amor de la gratitud—dijo la monja firme ya en su papel,—nace de la placentera dicha que nos produce la contemplación de las virtudes y de los sacrificios de otra persona. Un acto de abnegación sublime, uno de esos actos que ponen de manifiesto la superioridad de un alma, basta á encender el amor en el corazón más frío. El mío no puede ser conquistado de otra manera, Tilín; pero conquistado así, su posesión será eterna por los siglos de los siglos.

El bárbaro guerrero contemplaba embebecido y trastornado el rostro de la dama, que tenía en aquel momento una expresión sobrehumana. De sus ojos veía Tilín que emanaba y caía sobre él una luz divina.

—¡Ay!—exclamó—si eso fuera verdad, si el mundo no fuera un centro de vulgaridad, si existiera la posibilidad de esos actos sublimes... ¿Qué no haría yo por merecer esa vida que anhelo?... Pero no, lo que me puede acercar á usted no existe.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Sí puede existir—dijo con entereza la monja.

Después cambió de tono repentinamente. Dijo algunas palabras con desfallecido acento y en seguida algunas lágrimas brotaron de sus bellos ojos. La luz se amortiguó dejando en sombra la sala.

—¿Llora usted?

—Sí lloro... ¿No comprendes que hay en mí algo extraordinario?... ¿No me ves cambiada, no me ves muy otra de lo que fuí hasta hace algunas horas?

—Sí, y nada comprendo—dijo Tilín acercando su rostro para ver mejor el de ella.

—¡Qué has de comprender!... Mi angustia no puede comprenderse si yo no la explico... En pocas horas mi situación ha cambiado bruscamente... tengo que ocuparme de lo que antes no me ocupaba, y he tenido que olvidar mis desgracias porque he caido en desgracias mayores.

Parecía que lloraba amargamente. Armengol estaba perplejo.

—Escúchame—dijo la monja secando sus lágrimas—y tendrás lástima, mucha lástima de mí. Si entraste en Regina Cœli poco después que yo, verías que los guerrilleros dejaron aquí á un pobre prisionero á quien acusan de jacobino y de incendiario de San Salomó.

—Falsedad, porque el incendiario del convento soy yo.

—Verdad; pero en lo de jacobino tienen razón, no puedo menos de confesarlo.

—¿D. Jáime Servet? Le conozco.

—Pero no sabes que han decidido fusilarle y que mañana, es decir, hoy al romper el día se cumplirá esa horrible sentencia.

—Me lo figuraba.

—Pues bien—dijo la monja con brío.—Tilín, ese hombre, ese á quien tú llamas D. Jáime Servet, es mi hermano.

Al decir esto, la monja sintió que por sus labios pasaban unas como ascuas.. Aquella fué la primer mentira grave que Sor Teodora de Aransis había dicho en su vida.

—¡Oh, señora! ¡qué horrible caso!—exclamó Tilín ocultando su cabeza entre las manos.

—Mi hermano, sí, mi infeliz hermano—añadió la monja volviendo á llorar,—mi pobre hermano, á quien amo entrañablemente, á pesar de sus ideas jacobinas, y que tuvo la loca idea de dejar su emigración y venir á España con nombre supuesto á no sé qué, Tilín, á locuras y despropósitos...

—¡Su hermano!—murmuró Tilín.—Puede usted creerme que esta idea

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pasó por mi cabeza cuando sorprendí á ese hombre en Cardona y ví la carta que llevaba para la abadesa de San Salomó.

—¿Comprendes ahora mi desesperación, mi agonía? ¡Ver á mi hermano, el único consuelo y amparo de mi anciana madre, verlo, como lo estoy viendo, con las manos atadas á la espalda!... ¡Oh! esto es espantoso... Dios dé fuerzas á mi espíritu... yo moriré, moriré sin remedio... ¡Y estoy bajo el mismo techo que él! Si me parece que oigo los latidos de su corazón... Pepet, Pepet, ten compasión de mí.

Diciendo esto, dejó caer su afligida cabeza sobre el hombro del guerrillero.

—Los ruegos y las lágrimas de una religiosa—dijo Pepet,—¿no ablandarán al coronel?

—¡Ah! ¿no sabes tú que ha entrado en Regina Cœli un hombre terrible, un tigre, el célebre D. Francisco Chaperón, que jamás ha perdonado á nadie? Ese infame hombre hará fusilar dos veces á mi pobre hermano si hay quien implore misericordia por él. Guimaraens me ha dicho que no hay remedio, que no puede haberlo. Chaperón ha fijado la hora del amanecer para el suplicio; ha dado á Guimaraens órdenes que no tienen réplica, determinando que el acto se verifique en su presencia. El feroz verdugo se asomará al balcón de su alojamiento que cae á ese patio.

—¿No hay remedio?... ¿Y es posible que no haya remedio?—preguntó Tilín haciendo ademán de horadarse la frente con el puño.

—Después de una pausa, la monja suspiró y dijo:

—Sí hay remedio, sí lo hay. Chaperón no conoce á mi hermano, no le ha visto nunca.

Hubo una pausa larga y lúgubre, durante la cual no se oía voz ni suspiro. Al fin Tilín alzó la cara y dijo:

—Para salvarlo bastará que otro muera en su lugar. D. Pedro Guimaraens no tendrá inconveniente en la sustitución, si el sustituto...

Se detuvo para tomar aliento. Parecía que se ahogaba.

—Si el sustituto—dijo acabando la frase—soy yo, que le ofendí y le llevé con los codos atados á Solsona.

Una segunda pausa siguió á estas palabras.

—Pero los soldados conocerán el engaño—murmuró Tilín.

—Los de Chaperón no, porque no conocen á mi hermano—dijo Sor Teodora.—Los de Guimaraens tampoco... Mi pobre hermano ha entrado de noche. D. Pedro me responde de que se atreverá á engañar de este modo á Chaperón. Hablamos de esto. Yo pensaba en tí, que eres el verdadero criminal... La sustitución, además de ser justa, es facil.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Oh! morir así, morir á sangre fría—exclamó con fiereza Tilín, sintiendo que el instinto se sublevaba en él con impetuosa voz.—¡Y todo en cambio de un amor, de un premio que recibiré... en la eternidad!

La monja se levantó bruscamente. Tilín la miró con estupor porque parecía una encarnación divina, un angel de castigo que fulminaba rayos, una personificación extraordinariamente bella y terrible, tal como él la soñaba en sus horas de delirio amoroso y de ardor guerrero. Su actitud majestuosa, su ademán colérico, su voz grave, dejaron suspenso y sobrecogido al sacristán soldado. La monja le dijo:

—¡Y vacilas, hombre pequeño y miserable! ¡Y tiemblas, cobarde! No eres capaz de ningún acto sublime y generoso, gusano despreciable, y te has atrevido á poner los ojos en mí! !No eres capaz del sacrificio y has osado mirarme con amor, como si yo, mujer noble, hermosa y consagrada á Dios, pudiera acogerte sin merecimientos grandes, tan grandes como la inmensa escala que he de recorrer descendiendo desde mi altura á tu pequeñez!... Quítate de mi presencia, reptil despreciable; juzgué posible no aborrecerte, juzgué posible amarte; pero esto no puede ser, no; no puede alterarse la ley que prohibió á los sapos brillar como las estrellas del cielo. Quítate de mi presencia... ¿En dónde está ese corazón tuyo que llamas grande y es incapaz de un sentimiento de sublime piedad y abnegación? No tienes más que los estúpidos ardores de la bestia, y á eso llamas amor, miserable. Llamas amor á ese instinto de manchar, que es propio de los más bajos séres... y te has atrevido á mirarme, á mirarme á mí, que vivo de lo ideal, de los sentimientos puros, de las ideas castas y nobles... ¡Ves morir con ignominia á un inocente, acusado de un crímen cometido por tí, y no sientes piedad!... ¡Dices que me amas y no eres capaz de morir por mí! ¿Qué amor es ese que se atreve á llamarse tal sin conocer el sacrificio?... Me causas horror, vete, mátate cien veces; te aborrezco, no tendrás de mí ni aún la compasión que inspira el pobre insecto en el momento en que lo aplastamos con el pié; vete, te digo que te vayas, ¡maldito!

Dió algunos pasos, inclinóse, recogió del suelo el puñal que poco antes soltara Tilín, y arrojándoselo á los piés, le dijo:

—Toma tu cuchillo, puedes matarte de despecho por no haber poseido el tesoro que robaste, ladrón. Necio, estúpido, ¡cómo pudiste creer que Dios permitiría á la paloma casta y hermosa caer en el nido del murciélago asqueroso!... Puedes matarte delante de mí, aplacando con tu sangre el ardor de tus sentidos; no tendré lástima y miraré tu agonía con asco, no con lástima... y bajarás volando al Infierno, donde arderás

(c) 2008 Ministerio de Cultura

más y más, y estarás viéndome eternamente, y deseándome eternamente, y padeciendo los más horribles tormentos, siempre, siempre, sin poderme alcanzar nunca, sin poder llegar á tocar mi hermosura con tus dedos inmundos... y con una eternidad de suplicios expiarás la inmensidad de tu sacrilegio.

Dicho esto, en cuyo efecto creía, dejóse caer sin aliento sobre las piedras sepulcrales. Su pecho palpitaba como no había palpitado nunca. Tilín estaba como un idiota. No hallaba palabras para dar salida á aquel volcán de su pecho. Por fin soltó atropelladamente estas:

—¡Que yo no soy grande! ¡que yo no soy capaz de un acto heróico de abnegación y generosidad! ¡que yo no soy capaz de elevarme de un salto hasta los últimos cielos!... ¡que yo soy un insecto!... ¡que yo no sé amar sino como las bestias!... ¡que yo no tengo sentimientos nobles, ni idea de la justicia!... ¡Oh! señora, no me conoce quien tal dice. Todo lo que es humanamente posible lo haré yo. Tan hombre soy como cualquier santo... ¡Sacrificio! No hay quien sepa calcular la extensión de lo que yo puedo hacer, si en una hora de angustia y de sacudimiento como esta me lleno de esa luz que á veces me relampaguea dentro. ¡Ah! me he oido llamar maldito sin protestar; maldito, cuando mi corazón aceptaba quizás el sacrificio que se le imponía... ¿Sabe usted quien soy yo? ¿lo sabe?

Al decir esto se acercó á la monja, y con su brutal mano le tocó la barba para levantarle el rostro, que ella inclinaba mirando al suelo.

—¿Sabe usted quién soy yo?—añadió.—Pues yo soy el hombre de corazón más grande que ha nacido de madre. La paloma no lo cree... ¡Ah! ella con su nobleza, con su hermosura, con su castidad, con sus virtudes, con su santidad, no es capaz de hacer esa cosa extraordinariamente rara y grandiosa que yo voy á hacer. Ella, tan justamente orgullosa, no será nunca capaz de elevarse como se va á elevar ahora el reptil, el gusano, el miserable, el maldito. ¡Abnegación, sacrificio, justicia! ¿Y si yo dijera que todo eso me es familiar en un momento dado, que es mi centro, mi elemento, como lo es al pájaro la altura? ¿Qué diría á esto la dama ilustre que se siente manchada sólo con una mirada de mis pobres ojos? ¿qué diría á esto?

La dama no dijo nada.

Haciendo con el brazo derecho un movimiento semejante al de un hombre que arroja la vida con tanto desprecio como se arrojaría la cáscara de una fruta que se va á comer, Tilín dijo:

—Señora, si Guimaraens sabe arreglar esto, su hermano de usted está salvo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Teodora le miró. Estaba pálida, y una turbación piadosa había borrado de su rostro la expresión colérica. La dominica se acercó al bárbaro y le puso ambas manos sobre los hombros. Si antes le había abrumado con su ira, con su orgullo, con su violencia increpadora, ahora le embelesaba con su piedad, con su gratitud, con lágrimas que á él le parecieron resbalar por el mismo trono de Dios para caer sobre su corazón.

La caprichosa monja jugaba con los sentimientos del pobre Tilín como juega el diestro con la fiereza pujante pero ciega del toro.

—No es sólo sacrificio—le dijo.—Es también justicia. Mi hermano es inocente.

—Y yo culpable, lo sé; el orden natural me lleva á perecer en lugar suyo. Acepto. Pero lo que me arrastra á este sacrificio antes es amor que justicia. Así lo confesaré ante Dios.

—Pues bien—le dijo ella con dulcísimo tono—todo eso que has deseado, todo eso que has soñado...

—¿Qué?

—Ya lo mereces.

Tilín sintió su alma llena de congoja y desfallecimiento. Dejóse caer en el asiento y escondiendo su rostro entre los brazos, exclamó gimiendo:

—¡Pero cuándo... pero cuándo!

Teodora se acercó á él, puso la mano sobre su cabeza, y le dijo:

—¿Ciego, es la tierra el centro de las almas? ¿Nuestra vida no ha de tener complemento glorioso más allá de la muerte? ¿Qué vale este paso doloroso por la tierra al lado de la eterna dicha, donde los afectos duran eternamente, sin hastío, y donde los corazones alimentan con el eterno fuego sus ansias que aquí no son jamás satisfechas?... Perdóname, si te ofendí, creyéndote incapaz de un acto generoso. ¡Oh, Pepet, con una palabra has establecido entre tu alma y la mía esa relación, esa cadena de oro que enlaza pensamiento, corazón, voluntad, y de dos séres no hace más que uno solo. Te has trasfigurado á mis ojos; ya no eres Tilín, eres un sér adornado de esa belleza sublime que emana de las grandes acciones. Una idea sola, un sentimiento diferencian al mónstruo del angel. ¡Cuán admirables giros hace la obra predilecta de Dios, que es el alma! Has cautivado mi corazón de improviso, por la virtud de tu sacrificio. No hablan á mi corazón los sentidos, les habla la idea superior. Yo la he escuchado y te acojo con afecto y orgullo.

La monja le estrechó en sus brazos. Al hacerlo y al decirle lo último que le dijo, sintió que por sus labios pasaban aquellas mismas ascuas

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que pasaran antes, y sintió también como una trepidación, honda, un sacudimiento cual si se desquiciaran las esferas celestiales. Tuvo miedo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de sí misma, porque en sí misma estaba el orígen de aquel desquiciamiento.

—¡La eternidad!—murmuró Tilín besando con delirante ardor las manos de la virgen del Señor.—¡Qué lejos está eso! Dios mío, qué lejos!

—Toda la existencia terrenal es un soplo—repuso la monja con expresión mística.—El tiempo todo es un segundo. Considera cuán distinta es tu muerte de lo que habría sido dándotela tú mismo con desesperación. Ahora morirás cristianamente, y tu abnegación por salvar á otro hombre, tu generoso y sublime rasgo de caridad, tu espíritu de justicia te llevarán derecho al Cielo... al Cielo, donde gozarás de Dios eternamente, y donde las amorosas ansias que en vida han sido tu tormento, serán para tí manantial perdurable de delicias.

—Pero solo...

—Solo no. Pronto verás pasar junto á tí una sombra bella y cariñosa... Seré yo, yo, á quien dejas aquí inundada de gratitud y de admiración. En el cielo hay dulce compañía, y el grato, el inefable arrimo de todas las personas que hemos amado en el mundo. Los lazos tiernos, castos, nobles, que las almas establecieron en el mundo, permanecerán por los siglos de los siglos. Ningún sér que haya amado puede comprender la gloria de otro modo.

—¡Ah! sí, sí—exclamó Tilín que creyente firmísimo en el dogma del Cielo y del Infierno, aceptaba aquella idea con júbilo y con entusiasmo.

—Desde el instante de tu tránsito—añadió Sor Teodora haciendo un esfuerzo—serás feliz; me tendrás por los siglos de los siglos.

Como para anticipar aquella posesión de siglos de siglos, Tilín asía con fuerte mano los brazos de la monja.

—Sí, sí—balbució—seré feliz contigo.

Estaba ya ebrio, enloquecido, y su alma se cernía entre el amor y el misticismo. Á su turbado entendimiento se presentaba la morada de los justos, como un lugar que sin dejar de ser divino tenía algo de humano por albergar parejas felices y tiernos desposorios.

El tiempo volaba. Sor Teodora se apartó de él, y le dijo:

—¿Sostienes lo que has ofrecido?

—Yo no digo las cosas más que una vez.

—¿Insistes en un sacrificio que te hará grande á los ojos de Dios y á los míos?

—Sí—contestó Tilín inundado de amor, que tomaba un tinte de devoción abrasadora.

—Pues yo te bendigo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

La monja extendió sus manos sobre él.

—En vez de decirme: "yo te bendigo„ dime "yo te amo"—declaró Tilín con el cerebro enteramente trastornado.

—¡Pobre espíritu vacilante!—dijo ella.—¿No serás capaz de desprenderte de las miserias humanas y elevar tu corazón á aquellas esferas de luz donde reside el amor puro, el amor ideal, aquel amor que no se envilece con los sentidos? Hombre pequeño, que aspiras á ser grande y á ceñir la corona de los mártires, reconoce tu error, no me pidas un amor impropio de mi estado religioso, de mi nobleza, de mi dignidad, pídeme, sí, el que á uno y otro corresponde, aquel dulce fuego del corazón, más vivo cuanto más casto, porque es el verdadero amor de...

Á Sor Teodora se le atravesó algo en la garganta.

—El verdadero amor de los ángeles —dijo concluyendo la frase.

—¡El amor de los angeles!—exclamó Tilín cruzando las manos y dejándose caer en una especie de éxtasis.

- -¡Infeliz alucinado! Como el toro arremete ciego al lienzo rojo, así se abalanza su espíritu hacia la idea de los celestiales desposorios prometidos.

Sor Teodora miró al cielo.

—Ya va á amanecer.

—Ya llega mi hora—dijo él extremeciéndose.

—Para mí viene la aurora de un día triste como todos los días, para tí amanece ya el día infinito, Tilín.

Y haciendo un esfuerzo, el último, el más grande, exclamó con exaltación:

—Hombre generoso, espíritu elevado, estoy llena de admiración por tí. Ya no eres el incendiario de San Salomó, eres el redentor de la inocencia, porque salvas á mi hermano de la pena impuesta por un delito que no ha cometido; eres el realizador de la justicia, porque la haces recaer sobre el verdadero autor de aquel delito, que eres tú, y así quedas lavado, puro, sin mancha.

—¿Es su hermano, su hermano?...—murmuró Tilín cayendo en súbito abatimiento.

Parecía que un relámpago de duda y desconfianza surcaba por su cerebro.

—¿Dudas, amigo, dudas de mí?—dijo Teodora haciendo un esfuerzo mayor aún.

—No—replicó él alzando la cabeza y sacudiéndola como para echar de ella una mala idea.—No he dudado jamás.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

La dominica comprendió que era preciso reanimar aquel entusiasmo que parecía enfriarse y echar leña á la hoguera que oscilaba.

—Pepet—exclamó dando á su voz un tono arrebatador—te aborrecí sacrílego; pero verdugo de tí mismo, por la salvación de mi infeliz hermano, te admiro y te amo.

—Y yo—dijo Pepet con acento de hombre de mucha fé—yo que he sido perverso, que he sido arrastrado al crímen por mi despecho y mis bárbaras pasiones, consiento gozoso en realizar un sacrificio por salvar á otro hombre y agradar á la persona por quien he vivido y por quien he deseado morir. Ese sacrificio cuadra á mi alma, le viene bien y á medida, como un traje bien cortado. Donde hubo aquella fiebre intensa y aquel sacrilegio, y las ideas de destruir una obra de siglos para sacar de ella lo que reputaba mío, donde aquellos delirios hubo, señora, aquí, en mi alma no puede haber ya sino esta solución terrible, única que por la grandeza del suplicio corresponde á la fealdad de mis pecados. Y yo puedo decir: "¡Le devuelvo á su hermano, le doy, después de una gran amargura, la mayor alegría que puede recibirse. Conquisto con un solo hecho la benevolencia de su corazón, y muriendo, gano el inefable bien de vivir en su recuerdo. Conquisto lo que vale más que una posesión pasajera; conquisto su memoria en la tierra, y en el Cielo su compañía.„ Nada más hay que decir, señora. La hora se acerca.

—Aguarda—dijo la de Aransis.—No te muevas de aquí.

Salió precipitadamente sin añadir nada más. Pepet la vió salir y dirigirse por el patio adelante hasta desaparecer por una puerta que en el extremo opuesto había. Esperó un rato entregado á meditaciones, ó mejor dicho, á los delirios calenturientos de un idealismo desenfrenado. Su mente arrebatada navegó entre mil ideas, como nave á quien las olas llevan de peñasco en peñasco y aquí se estrella, allí se hunde, más allá se levanta, y nunca acaba de naufragar ni acaba de salvarse. No supo él cuanto tiempo duró este tormento, pero al fin abrióse la puerta dando paso á la dominica.

Sin decirle nada se acercó á él, y poniéndole la mano izquierda en el pecho, elevó al cielo la derecha. Estaba pálida y profundamente desconcertada; temblaban sus labios y sus ojos intranquilos y perturbados parecían recibir la impresión de imágenes aterradoras. Miró á Pepet, y aunque sus ojos no hablaban más lenguaje que el de un desasosiego dificil de comprender, el infeliz reo vió en aquella mirada discursos más elocuentes y conmovedores que cuantos pronuncian los ángeles en la conciencia del justo cuando acaba de hacer un gran bien; vió y leyó en

(c) 2008 Ministerio de Cultura

aquella mirada todo cuanto la religión y el amor pueden idear de más cariñoso y de más místico. El pobre Pepet perdió en tal instante lo que aún quedaba en su alma de terrenal y de egoista; era todo espiritu, todo idea, y se perdía en las esferas nebulosas por donde ha corrido sin freno el pensamiento de los soñadores místicos y de los enamorados caballerescos, que vienen á ser una misma casta de personas.

Él iba á decir algo; pero había llegado á una situación en que la lengua no sabía nada y los signos vocales no podían ser más que ruidos desapacibles. Se arrodilló, tomó las manos de Teodora para derramar sobre ellas besos y lágrimas, hasta que se entreabrió la puerta para dar paso á la voz y á la cara de D. Pedro Guimaraens, el cual dijo:

—Es tarde.

Pepet salió mirando hasta el último instante la figura majestuosa, sublime, soberana de Sor Teodora de Aransis, que con una mano puesta sobre su corazón y la otra alzada para señalar el cielo, le despedía en el centro de la sala.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXX

La dominica, al quedarse sola, estuvo un momento sin poder pensar ni sentir nada. Le pasaba algo semejante á una congelación, digámoslo así, de sus claras facultades, ó una como catalepsia moral. De repente vió un espectro que la llenó de mortal espanto. No es justo decir que lo vió, sino que lo sintió dentro de sí levantándose y saliendo majestuosamente de su corazón como de una tumba, para mostrársele por entero en su imponente grandor, pues abrazaba toda la extensión sensible: era su conciencia.

Causóle tanto miedo, que corrió velozmente de un lugar á otro de la estancia, huyendo de sí misma. Pero ¿cómo separarse de aquella sombra interior, proyectada por la íntima luz del alma? La sombra la seguía diciéndole:

—¡Impostora!...

La monja se dejó caer de rodillas y llamó en su auxilio con fuertes voces del alma... ¿á quién? á su razón, para que le diera argumentos, sutilezas, armas cortantes y punzantes contra aquel fantasma. Pero la razón no le dió más que un alfiler.

—No, no—dijo Sor Teodora esgrimiendo contra la sombra aqella arma pueril—no soy tan culpable como parece. Lo que me ha impulsado á representar esta farsa horrible no ha sido una liviandad, un capricho del corazón propenso á repentinas simpatías, ha sido lástima, caridad, compasión, amor al prójimo.

—¡Mentira, mentira!—gritó la sombra proyectada por la luz íntima del alma, y que cada vez parecía crecer más.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

El alfiler de la razón se torció en las manos de la dominica. Ella quería una espada cortante y bien templada. Pero la razón le ofreció un pedazo de alambre.

—Pues si no ha sido la compasión mi móvil, ha sido otro más grande, la justicia. Ese hombre es inocente de la destrucción de San Salomó. Pues si es inocente y Pepet culpable, ¿qué cosa más santa que inducir al culpable á la muerte para salvar al inocente?

—¡Impostora! Á tí no te toca enmendar las injusticias de los hombres. No te entrometas en la obra incógnita de Dios. ¡Justicia! ¿Qué entiendes tú de eso, mujer caprichosa? Has obedecido á un afecto nacido bruscamente en tu pecho.

—No, no—gritó ella con desesperación.

—Voy á decirte la verdad—declaró la sombra—voy á decírtela, palabra por palabra, letra por letra, clara, como el pensamiento divino que mueve mi lengua. Voy á decírtela.

—No, no—exclamó angustiada la dominica, pidiendo otra vez á la razón con furibundo anhelo espadas, flechas, catapultas, arietes y los más tremendos ingenios de guerra.

—Yo no puedo callar. El divino aliento sopla dentro de mí y sin quererlo yo, habla. Soy la voz de Dios que no puede mentir. Voy á decirte la verdad.

—Y yo no quiero oirla, no quiero—dijo horrorizada la de Aransis.

—Ese hombre te agrada, te agrada mundanamente—murmuró la sombra quedamente, teniendo la consideración de hablar bajo para que cosa tan grave no escandalizara demasiado á la buena madre.

—No, no puede ser. Te parecerá así y no será cierto. Es una alucinación, un error, una perversa ficción producida por el Demonio.

—Ese hombre te agrada, te ha inspirado una ilusión cariñosa—repitió la sombra alzando la voz al ver que había pasado el temor del primer momento,—y tu repentino afecto á un hombre desconocido debe espantarte, y de seguro espantaría al mismo que es objeto de él. Ninguna mujer que vive en el siglo, en comercio constante con los demás séres humanos, podría concebir esa inclinación inesperada y vehemente hacia un desconocido, que se entra como los ladrones en su habitación y con el cual apenas habla media hora. No hay hombre alguno, aunque sea el más hermoso, el más gallardo, el más discreto y el más valiente de todos, que pueda jactarse de un triunfo semejante con tal rapidez alcanzado. Esto que es absurdo en el mundo libre y activo, deja de serlo en la solitaria estrechura y en el aislamiento holgazán de una celda, de

(c) 2008 Ministerio de Cultura

aquel nido donde por espacio de doce años han dormido tus afectos y tus pasiones, tu vanidad de hermosa, tu presunción, tu exhuberante pujanza moral, tu ternura de doncella enamorada y tus presentimientos de esposa y de madre. Ese absurdo del siglo es natural y humano en tí, monja indigna, que has vivido doce años en ese sepulcro, ocupándote en profanidades y alimentando sin cesar con tu imaginación las ansias de tu pecho, honradas y nobles fuera de aquella casa.

—No, eso es mentira, conciencia—pensó la atribulada dominica, sintiéndose abandonada por la razón.—Yo me avergonzaría de mí misma, si me viera encendida de amcres por un hombre que entró en mi celda como un ladrón, y me pidió pan y asilo... No, eso no puede ser, eso es vergonzoso.

—Eso es verdad, monja alucinada. No le amaste cuando le viste; desde hace doce años estás alimentando la idea de él en tu fantasía exaltada por la soledad, el bienestar material y la holgazanería; hace doce años que le amas, y es el mismo, el mismo. Poco importa que en algún rasgo discreparan sus facciones de las que tú veías con los ojos cerrados; pero es el mismo. Confiesa una cosa, confiésala, mala monja. Cuando aquel hombre se presentó en tu celda; cuando pasado el primer momento de terror, le sacaste de comer y conversaste con él, te asombrabas interiormente de ver en forma humana al mismo compañero imaginario de las soporíferas soledades de San Salomó. En tu alma se elevaba un estupor angustioso viendo aquella figura real, que era él mismo, era el tuyo, aquel que en tu fantasía y en tu corazón no tuvo más rival que el detestable interés por las guerras. Era él, era el mismo cuyas facciones, cuyas miradas y palabras ha estado tejiendo y destejiendo tu aburrido pensamiento día tras día, año tras año... En el trabajo de esta tela invisible trascurren lentas y tristes muchas vidas bajo una máscara de mortecina santidad. ¡Ay pobre de tí! En el siglo hubieras sido una doncella honesta, una esposa amante, una madre ejemplar; enclaustrada sin vocación has podido perder tu alma en un instante.

Sor Teodora se sintió más abatida. No sabía qué contestar. Con gran espanto vió que al lado de aquella sombra habladora se alzaba otra: era su razón, que después de combatir un instante con ella se había pasado al enemigo. Viéndose tan sola, volvióse á la Fé, á Dios, y pidió armas á la oración; pero si la razón no le había dado más que alfileres y alambres, aquella no le dió más que unos pedacitos de caña que para nada servían.

Las dos sombras le dijeron:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—No, Dios no te puede perdonar.—Has querido engañarle, disfrazando de piedad y de justicia tus criminales afectos de monja soñadora.

—¡Misericordia, Dios mío!—exclamó Teodora bañado el rostro en frío sudor.

—No la hay para tí, porque has sido impostora.

—He sido impostorá por lástima, por piedad...

—Mentira. Has abusado de tu prestigio sobre Pepet y del loco amor que te tenía para hacerle morir por otro.

—¡Ha sido justicia!—exclamó Teodora con cierta locura.

—Mentira.

—He sacrificado al culpable para salvar al inocente.

—Mientes, monja embustera—gritó la sombra proyectada por la luz íntima del alma.—Sacrificaste al feo por salvar al hermoso.

—¡Misericordia, Dios mío! ¡Misericordia!

Sacáronla de aquel estado de congoja los ruidos de humanas voces y de tambores que llegaron hasta ella. Había amanecido: la sala estaba llena de claridad.

Olvidada al punto de aquel coloquio y de la reciente disputa que había encrespado las potencias de su alma, corrió á la ventana diciendo para sí:

—Si me habrá engañado Pepet, si me habrá engañado Guimaraens.

Grandísima pena sintió al ver la tropa preparada para el fúnebre acto; al ver al espantoso brigadier asomado en el balcón con toda su comitiva; al ver al reo que con la cabeza descubierta y las manos atadas se volvía hacia Chaperón y decía en voz alta su nombre y proclamaba la justicia de su muerte.

Sor Teodora se apartó horrorizada, y al refugiarse en el opuesto extremo de la sala oyó un estrépito semejante á un trueno.

Entonces la sombra volvió á levantarse delante de ella y le dijo:

—¡Impostora!... ¡homicida!

—¡Ha sido justicia, justicia!—exclamó ella con agonía de moribunda... El uno criminal, el otro inocente... ¡Misericordia, Señor!

—¡Caprichosa!... ¡embustera!

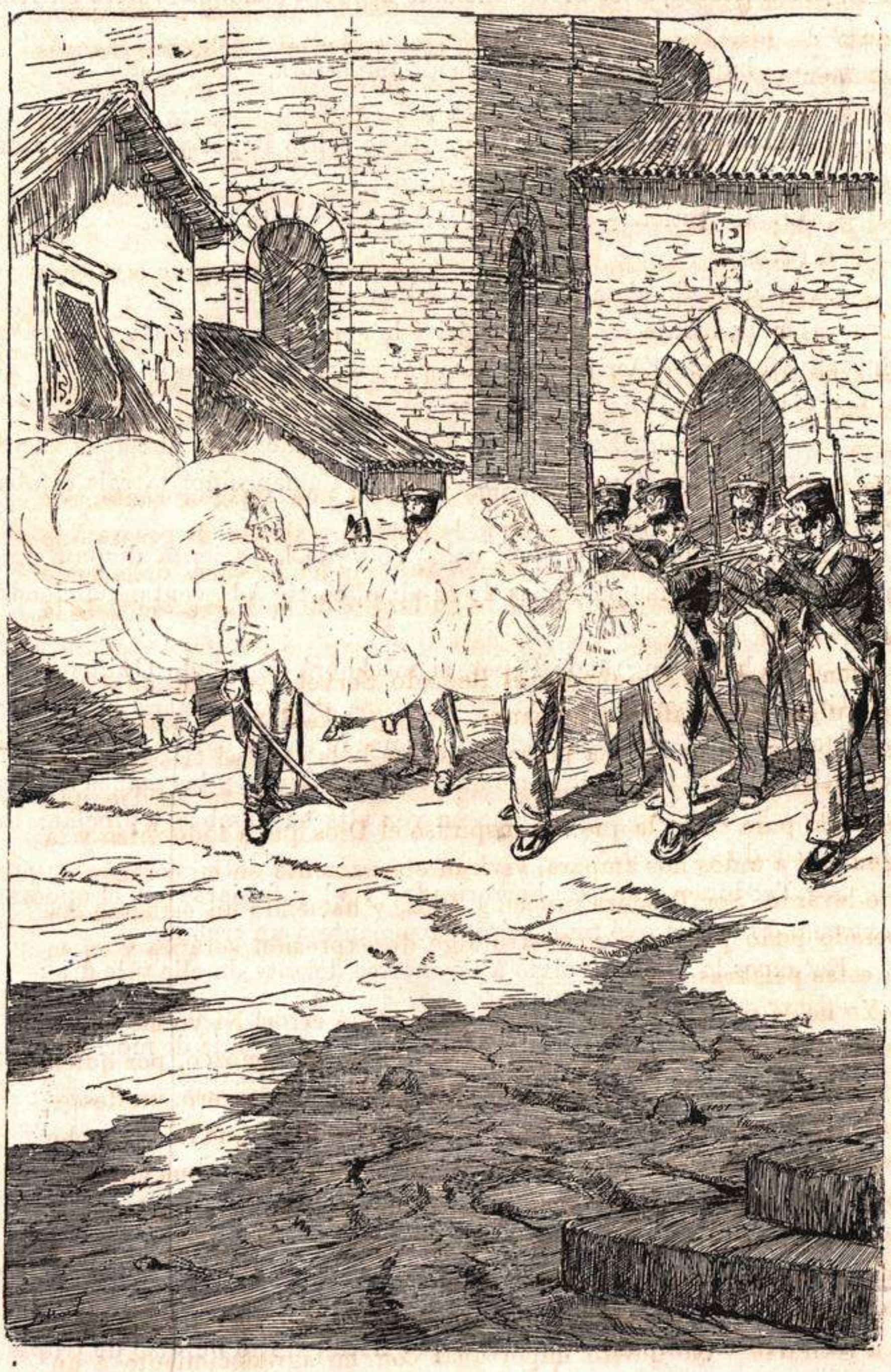
Más tarde, ella no sabía á qué hora, entró el padre Juanico á traerle un poco de alimento.

—Es lo único que han dejado esos pillos—le dijo.—Afortunadamente se van dentro de media hora.

Más tarde (tampoco supo ella á qué hora), sintió bullicio de tropas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Era Chaperón que salía para seguir desempeñando su papel de misionero realista en la estirpación de liberales.



(c) 2008 Ministerio de Cultura

Después reinó un gran silencio.

Mucho más tarde (á ella le pareció que sería al anochecer), dos hombres entraron en la sala. Sintió al verles turbación tan honda que estuvo á punto de desmayarse. Eran Guimaraens y Servet. Hablaron los tres un momento y después el coronel realista salió.

—Sin comprender la causa—dijo Servet—de la sustitución milagrosa á que debo la vida, sé que he tenido un angel tutelar. Hay aquí un misterio; yo no trato de penetrarlo, porque no se penetra lo divino. Mi angel ha sido usted, reverenda madre.

—¡Yo!—dijo ella tratando de fingir sorpresa, sin conseguir otra cosa que revelar más su confusión.

—Sí, usted, reverenda y santa mujer. Á usted debo la vida. Permítaseme arrodillarme delante de esa noble figura, cuya belleza proclama su santidad, y besar esas manos que tan bien saben arrancar víctimas á la muerte.

Se arrodilló delante de ella como si fuera una imagen santa. Sor Teodora, que había vuelto el rostro, le miró y, mal que le pesara á la sombra, hubo de confesarse á sí misma que veía hecho carne delante de sí el ideal de la belleza varonil, de la gallardía, de la discreción y de la caballerosidad.

—Ofendería á usted—añadió el llamado Servet—si hablase el lenguaje vulgar de los afectos humanos. No, si yo hablara de amistad, de amor, rebajaría la grandiosa personificación de la caridad cristiana que veo delante de mí. Una memoria sagrada como la de mi madre, una veneración pura como la que nos inspirase el Dios que á todos hizo y la Virgen que á todos nos ampara, vivirán eternamente en mi corazón.

Se levantó. Sor Teodora invocó á Dios, y haciendo un esfuerzo desesperado pudo poner en su rostro algo de expresión seráfica y en su boca estas palabras:

—Yo no sé nada de lo que usted habla... ¡Qué error! Ni yo me he interesado en salvarle, ni podía hacerlo por quien no conozco, por quien sólo he visto una sola vez... ¿Quién es usted? Un aventurero, un desconocido. ¿Qué tiene de común usted conmigo? El amparo que le dí anoche antes de aquella horrenda catástrofe... A fé que los sucesos que vinieron después han sido tales que debían hacerme olvidar su entrada en el convento... Santo Domingo mi patrón me ampare... Yo no sé quien es usted... yo no le conozco... déjeme usted.

—Compañera de la caridad es la modestia—dijo Servet disponiéndose á retirarse.—No quiero importunar con mi agradecimiento á un

(c) 2008 Ministerio de Cultura

alma superior, que á las pocas horas de haber hecho un inmenso bien ya no se acuerda de él. Usted es una santa, yo un pecador. La enorme diferencia que hay entre los dos, usted, madre reverendísima, la agrandará con su vida de constante sacrificio, de oración, de paz espiritual y de comunicación con Dios. Á mí me esperan las luchas del mundo, las turbulentas pasiones, las incesantes penas, las dolorosas victorias ó tristes caidas; á usted la paz del convento, la devoción sublime, los puros éxtasis del alma, aspirando siempre á volver á su orígen, y el noble privilegio de alcanzar de Dios con oraciones y penitencias el perdón de los malos. ¡Cuán distinto destino el nuestro y qué abismo tan grande nos separa!... Adios, señora: una memoria en sus oraciones es lo que pide este miserable y el permiso para besar la cruz del rosario que pende de la cintura de una santa.

Servet besó la cruz, y haciendo una gran reverencia se retiró para unirse á D. Pedro Guimaraens que había preparado el negocio de su marcha.

Sor Teodora sintió, no ya una voz, sino mil voces en su alma, y un horroroso sacudimiento y estallido como si parte muy principal de ella fuese arrancada por violenta mano. Vióse caida en un negro abismo; pero en medio de su congoja y espanto, pudo alzar la voz á su Padre espiritual y gritar:

—¡Confesión!... ¡Un confesor!

Pero ni el padre Martín de la Concepción ni el padre Juanico pudieron acudir á ella porque estaban abriendo un hoyo en el patio.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXXI

El aventurero emprendió de noche su camino. Iba solo, bien montado, algo molesto á causa de sus heridas, pero contento, apercibido de armas y pasaporte, con el mismo traje de paisano que usara Tilín en su postrera noche. No apartaba su pensamiento de las peripecias de su insensato viaje por el campo de aquella extraña guerra, tan parecida á los sangrientos desórdenes y rebeldías de la Edad Media. Él tenía del historiógrafo el discernimiento que clasifica y juzga los hechos, y del poeta la fantasía que los agranda y embellece; también tenía la vista larga y penetrante del profeta. Claramente vió que aquella guerra no era más que el prólogo, ó hablando musicalmente, la sinfonía de otra guerra mayor.

Pero la mayor parte de sus pensamientos la absorbían aquellos chistosos ó trágicos lances de su correría por Cataluña, y principalmente la milagrosa sustitución que le había salvado de la muerte. Quiso penetrar aquel misterio y no pudo. El mismo Guimaraens no lo sabía más que á medias. Tilín, declarándose culpable, y muriendo con heróica paciencia, sereno, grave, con más aire de convicción que de sufrimiento; Guimaraens sacándole de la prisión, después de hacerle cambiar de vestido, y por último, la hermosa monja que en dos momentos críticos le había salvado la vida, confundían su mente llevándole á forjar mil explicacio-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

nes quiméricas y á revestir de formas exageradamente dramáticas los hechos más sencillos.

Iba al extranjero, y en su triple calidad de historiógrafo, de poeta y de profeta, aportaría sin duda alguna idea, alguna forma nueva á las regiones donde ya se estaba elaborando el romanticismo.

FIN DE UN VOLUNTARIO REALISTA.

Madrid —Febrero-Marzo de 1878.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

B. PEREZ GALDÓS

EPISODIOS NACIONALES

IX

III
44 - 2
5

(c) 2008 Ministe